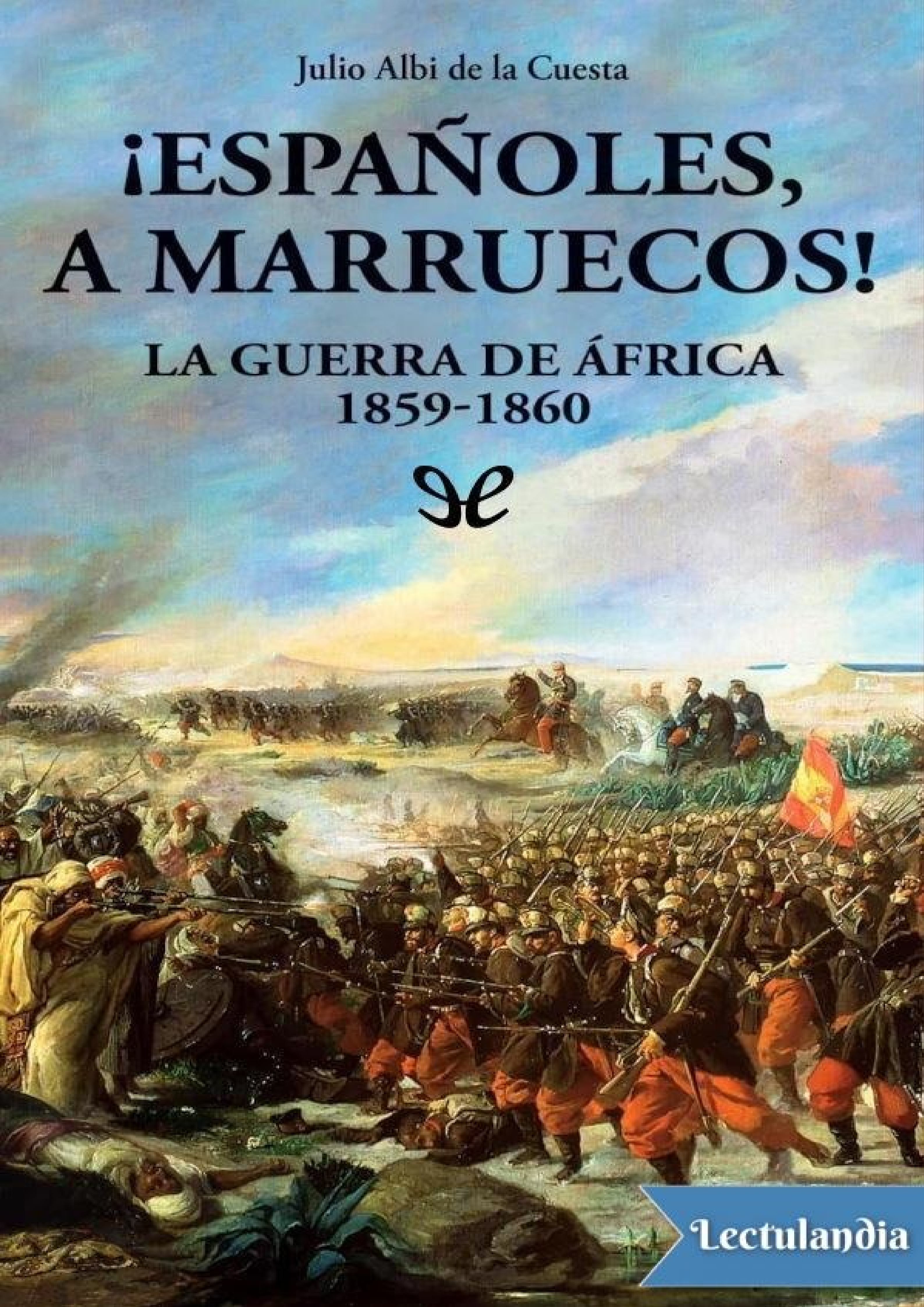

Julio Albi de la Cuesta
¡ESPAÑOLES, A MARRUECOS!
LA GUERRA DE ÁFRICA
1859-1860
Lectulandia

Cargas de coraceros con refulgentes cascos metálicos; agrestes cabileños, de chilabas rayadas; lanceros con multicolores banderolas; la legendaria Guardia Negra, azul y roja; audaces cornetas, casi niños; bellas hebreas; presidiarios encadenados, como salidos de *Los miserables*; húsares, blancos y celestes; áurea caballería marroquí, envuelta en jaiques fantasmales; misteriosas ciudades santas; arias de Bellini cantadas a la luz de las hogueras por oficiales sentimentales; zocos abigarrados; curtidas cantineras vestidas a la amazona, revólver en cinto; Prim tonante, en los Castillejos; caravanas ondulantes de camellos; ataques a la bayoneta con banderas desplegadas, al compás de músicas y charangas… Por estos y otros aspectos la Guerra de Marruecos de 1859-1860 ha pasado a la historia con el nombre de «Guerra Romántica», carácter que comparte la misma denominación oficial, Guerra de África, que desorbita el ámbito de las operaciones que se llevaron a cabo, para darles una dimensión continental. Junto a todo eso existe, sin embargo, otro rostro no tan evocador, el de una campaña improvisada, lanzada en la peor época del año y con medios navales insuficientes; soldados ateridos, mal cobijados en tiendas diseñadas para resguardar del sol, no para proteger de las constantes lluvias, y batallas inútiles y costosas. Y siempre, la sombra del cólera insidioso, matando a diestro y siniestro, más feroz que las balas, que envió a miles de hombres a la tumba, o a hospitales donde con frecuencia agonizaban olvidados en el suelo, sobre un montón de paja podrida. En *¡Españoles, a Marruecos! La Guerra de África 1859-1860* Julio Albi de la Cuesta retrata con maestría esta dicotomía, porque si la guerra fue indiscutiblemente popular, miles de españoles pagaron para no ir a ella; si concitó consensos de todos los partidos, la unanimidad duró poco; si obtuvo ciertas ventajas, generó decepciones; y si se derrochó bravura, sobraron imprudencias censurables.

Julio Albi de la Cuesta

¡Españoles, a Marruecos!

ePub r1.0
Titivillus 12-10-2021

Título original: *¡Españoles, a Marruecos!*
Julio Albi de la Cuesta, 2018

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1


Si hoy la Guerra de África ha reunido a los españoles,
desconfiemos de que los haya reunido.

Sueño político sobre las consecuencias de la Guerra de África
Nicomedes Martín Mateos
Madrid, 1860

Este pequeño ejército, realmente bravo, y admirablemente
paciente y disciplinado, se merecía algo mejor.

The Spanish campaign in Morocco
Frederick Hardman
Edimburgo-Londres, 1860

Norte de Marruecos

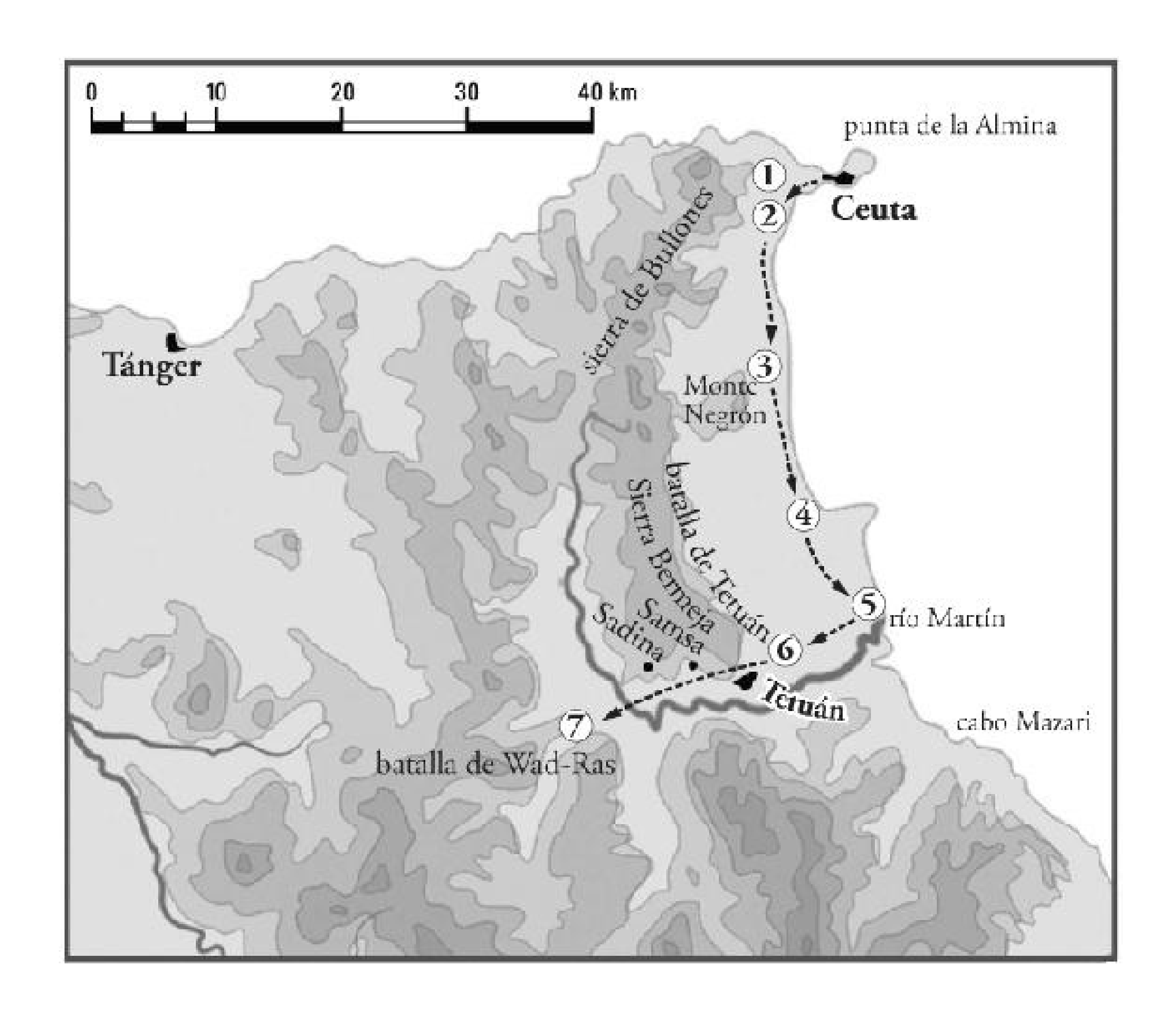
y la zona de operaciones durante la guerra de 1859-1860

Posiciones españolas en el norte de África antes del conflicto

La guerra

① Combates frente a Ceuta
② Batalla de Castillejos, 1 de enero de 1860
③ En las laderas del Monte Negrón, 6 de enero de 1860
④ Cabo Negro, 14 de enero de 1860
⑤ Batalla de Tetuán, 4 de febrero de 1860
⑥ Batalla de Wad-Ras, 23 de marzo de 1860





0
10
20
30
40 km
punta de la Almina
Ceuta
Tánger
sierra de Bullones
Monte Negrón
batalla de Tetuán
Sierra Bermeja
Samsa
Sadina
río Martín
Tetuán
cabo Mazari
batalla de Wad-Ras
1
2
3
4
5
6
7


peñón de Alhucemas
Melilla
Samar
Nador
islas Chafarinas
Izhafen
Segangan
Tizi Azza
Kandusi
Zoco el Arbaa
Tistutin
Targuist
Telata de Eslef
Afsa
Tizi Ouasli
MARRUECOS
Taourit

De Ceuta a las laderas del Monte Negrón

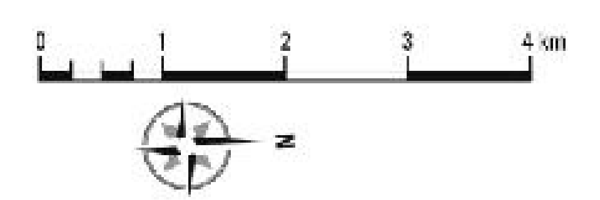
del 6 de enero al 6 de febrero de 1860

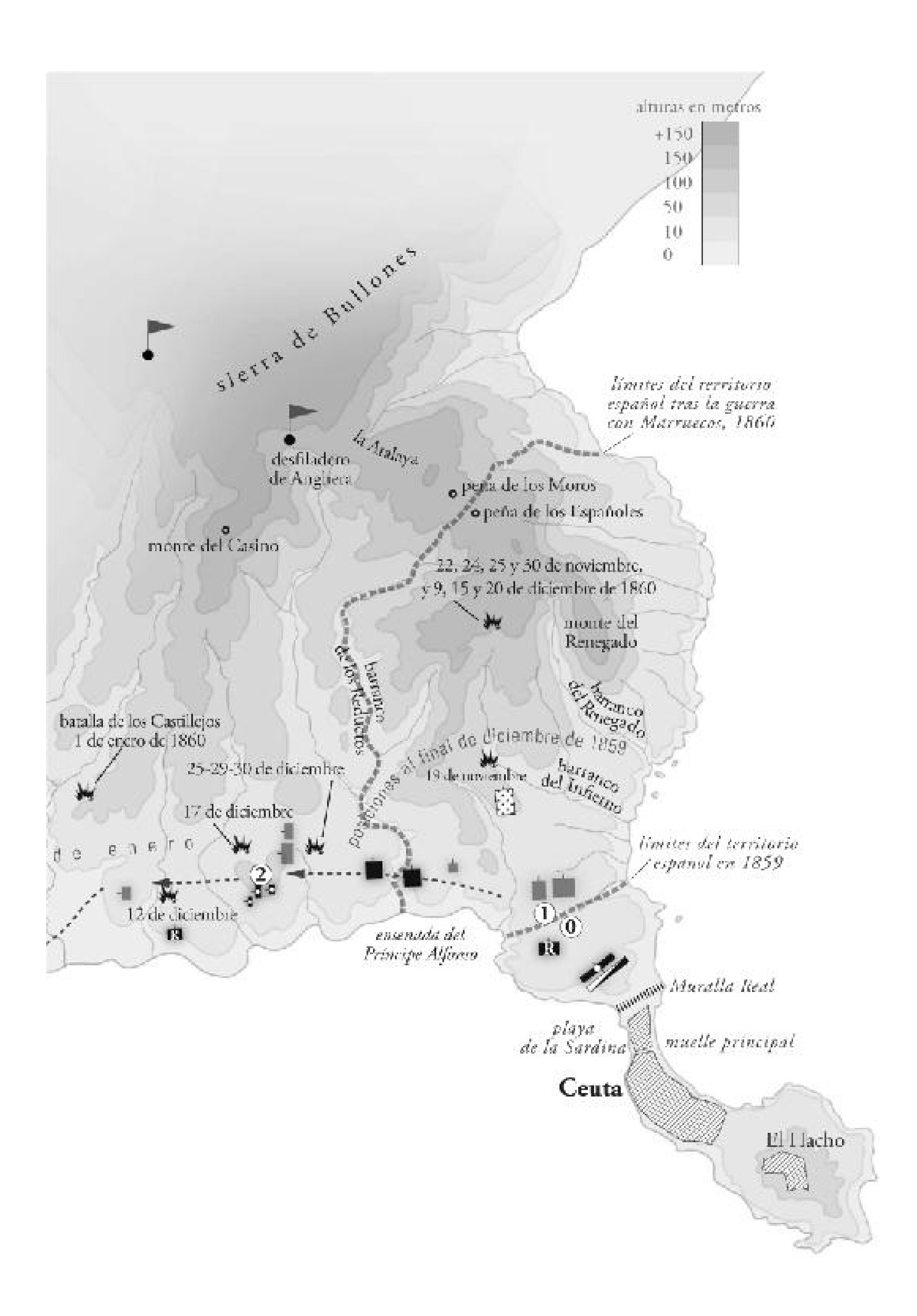


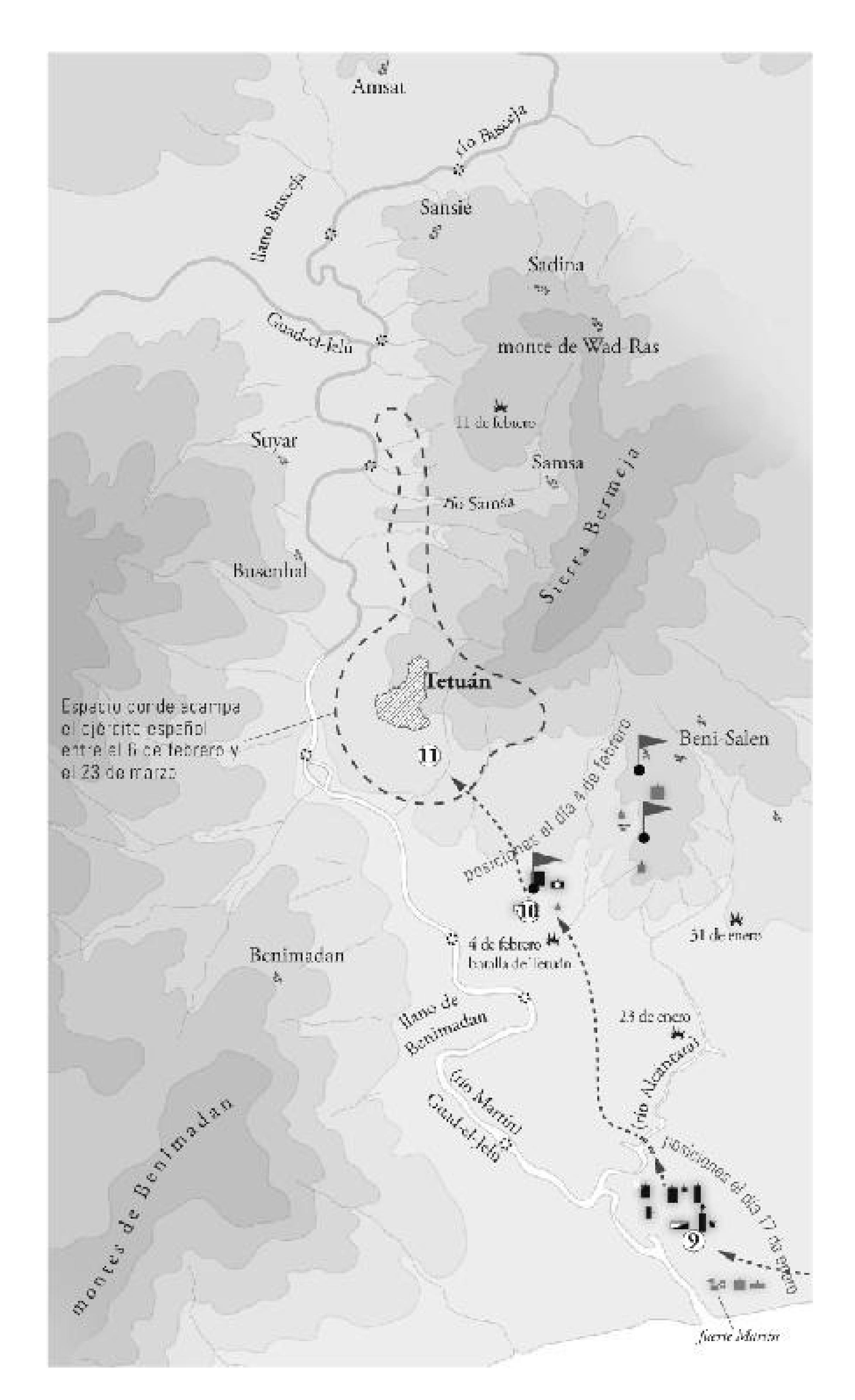
Etapas de la campaña según la ubicación de los campamentos del Estado Mayor

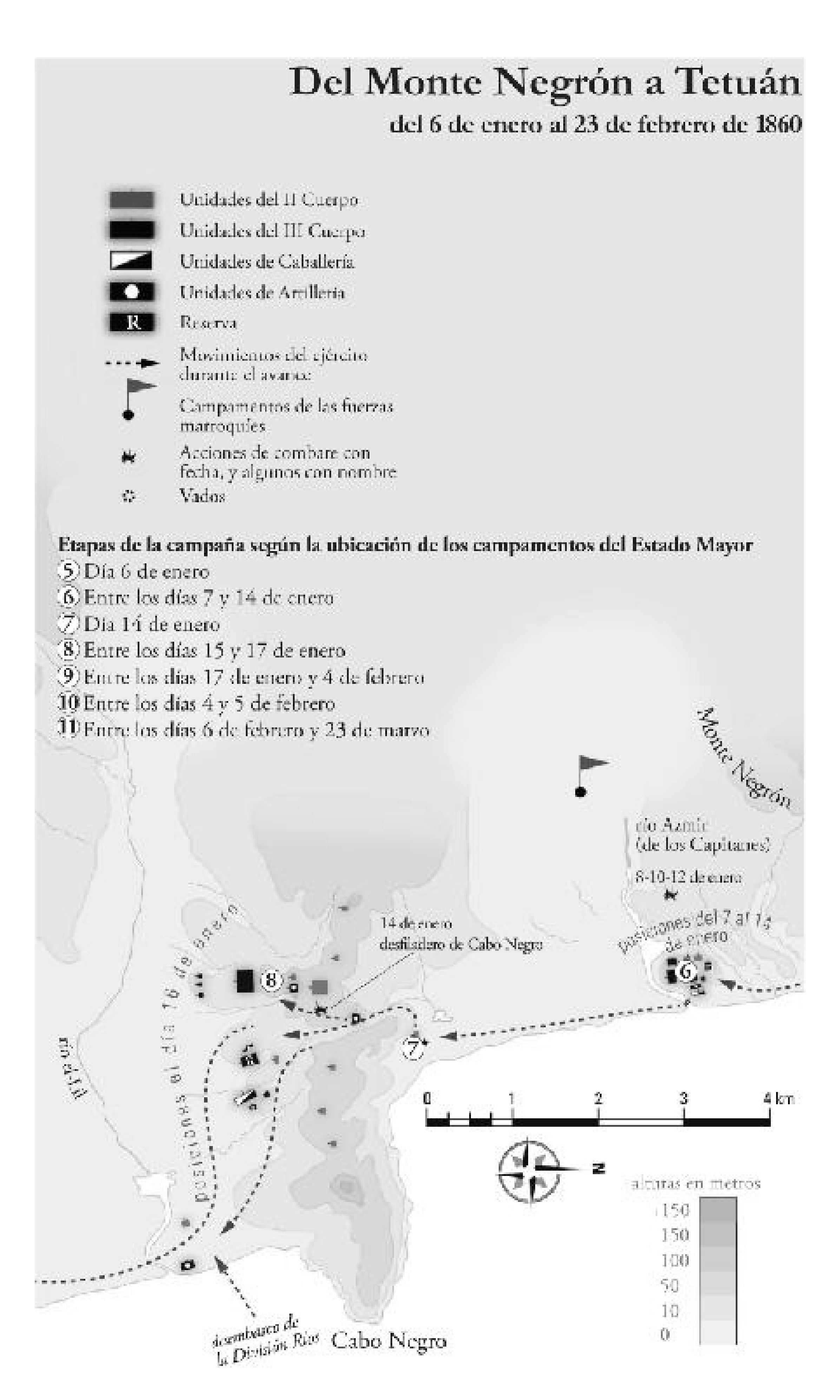
⓪ Entre los días 27 de noviembre y 15 de diciembre
① Entre los días 15 de diciembre y 1 de enero de 1860
② Día 1 de enero
③ Entre los días 2 y 3 de enero
④ Entre los días 4 y 5 de enero
⑤ Día 6 de enero






alturas en metros
+150
150
100
50
10
0
sierra de Bullones
la Atalaya
desfiladero
de Anghera
peña de los Moros
peña de los Españoles
monte del Casino
límites del territorio
español tras la guerra
con Marruecos, 1860
22, 24, 25 y 30 de noviembre,
y 9, 15 y 20 de diciembre de 1860
monte del
Renegado
barranco
del Renegado
barranco
de los Reductos
batalla de los Castillejos
1 de enero de 1860
25-29-30 de diciembre
posiciones al final de diciembre de 1859
19 de noviembre
barranco
del Infierno
17 de diciembre
límites del territorio
español en 1859
12 de diciembre
ensenada del
Príncipe Alfonso
Muralla Real
playa
de la Sardina
muelle principal
Ceuta
El Hacho


Amsat
río Busceja
llano Busceja
Sansie
Sadina
Guad-el-Jelu
monte de Wad-Ras
11 de febrero
Suyar
Samsa
río Samsa
Sierra Bermeja
Busenhal
Tetuán
Espacio donde acampa
el ejército español
entre el 6 de febrero y
el 23 de marzo
11
Beni-Salen
posiciones el día 4 de febrero
10
4 de febrero
batalla de Tetuán
31 de enero
Benimadan
llano de
Benimadan
23 de enero
(río Martín)
Guad-el-Jelu
(río Alcántara)
posiciones el día 17 de enero
9
montes de Benimadan
fuerte Martín


Del Monte Negrón a Tetuán
del 6 de enero al 23 de febrero de 1860
Unidades del II Cuerpo
Unidades del III Cuerpo
Unidades de Caballería
Unidades de Artillería
Reserva
Movimientos del ejército durante el avance
Campamentos de las fuerzas marroquíes
Acciones de combate con fecha, y algunos con nombre
Vados
Etapas de la campaña según la ubicación de los campamentos del Estado Mayor
5 Día 6 de enero
6 Entre los días 7 y 14 de enero
7 Día 14 de enero
8 Entre los días 15 y 17 de enero
9 Entre los días 17 de enero y 4 de febrero
10 Entre los días 4 y 5 de febrero
11 Entre los días 6 de febrero y 23 de marzo
Monte Negrón
río Azmir
(de los Capitanes)
8-10-12 de enero
posiciones del 7 al 14 de enero
14 de enero
desfiladero de Cabo Negro
posiciones al día 16 de enero
posiciones del día 18
0 1 2 3 4 km
N
alturas en metros
150
100
50
10
0
desembarco de la División Ríos
Cabo Negro

PRÓLOGO

La campaña de 1859 a 1860 ha pasado a la historia con el nombre, desde muchos puntos de vista plenamente justificado, de «Guerra Romántica». Para empezar, tiene ese carácter la misma denominación oficial, Guerra de África, que desorbita el ámbito de las operaciones que se llevaron a cabo para darles una dimensión continental, cuando, en realidad, solo se desarrollaron en un estrecho pasillo —se ha comparado la distancia entre Ceuta y la bahía de Tetuán a la que separa a Madrid de la sierra de Guadarrama— que apenas sería perceptible en un mapa de regular tamaño del enorme continente.

Junto a estas exageraciones, se reunieron muchos ingredientes románticos: cargas de coraceros con refulgentes cascos metálicos; agrestes cabileños de chilabas rayadas; lanceros con multicolores banderolas; la legendaria Guardia Negra, azul y roja; audaces cornetas, casi niños; bellas hebreas; presidiarios encadenados, como salidos de Los Miserables; húsares, blancos y celestes; aérea caballería marroquí, envuelta en jaiques fantasmales; misteriosas ciudades santas; arias de Bellini cantadas a la luz de las hogueras por oficiales sentimentales; zocos abigarrados; curtidas cantineras vestidas a la amazona, revólver en cinto; Prim tonante, en los Castillejos; caravanas ondulantes de camellos; ataques a la bayoneta con banderas desplegadas, al compás de músicas y charangas, y plumas como las de Alarcón, que tomaban sus sueños por realidades.

Pero, junto a todo eso, existen otros aspectos: una campaña improvisada, lanzada en la peor época del año y con medios navales insuficientes; soldados ateridos, mal cobijados en tiendas diseñadas para resguardar del sol, no para proteger de las constantes lluvias, y batallas inútiles y costosas. Y, siempre, la sombra del cólera insidioso, matando a diestro y siniestro, más feroz que las balas, y que envió a miles de hombres a la tumba, tras entierros clandestinos, para no desmoralizar a los supervivientes, o a hospitales donde con frecuencia agonizaban olvidados en el suelo, sobre un montón de paja podrida.

Es este doble aspecto de aquella guerra lo que se intenta reflejar en las páginas siguientes, procurando no caer en estereotipos manidos. Porque si la guerra fue indiscutiblemente popular, miles de españoles pagaron para no ir a ella; si concitó consensos de todos los partidos, la unanimidad duró poco; si obtuvo ciertas ventajas, generó decepciones, incluidas las de la propia Isabel II, y si se derrochó bravura, sobraron imprudencias censurables.

Fue, pues, una campaña con claroscuros, como tantas otras, lejos del escenario, a la vez idílico y teatral, que, en ocasiones, se ha presentado.

1

«¡ESPAÑOLES, A MARRUECOS!»[1]

LA CUESTIÓN DE LOS «MARMOLILLOS»

En la noche del 10 de agosto de 1859, sombras furtivas se afanan en torno a un edificio en construcción. Jadeantes, con palos y medios de fortuna destruyen las paredes apenas levantadas. Terminada la labor, se pierden en la oscuridad.

La mañana del día siguiente, Ramón Gómez Pulido, gobernador militar de Ceuta, envía a un subordinado a pedir explicaciones a la autoridad marroquí más próxima, el alcaide del Serrallo, un vetusto palacio situado a corta distancia de los muros de la plaza. El representante del sultán Abderramán se muestra sorprendido por la noticia, que atribuye a un desmán de la arisca cabila de Anghera. Aunque presenta sus excusas, maldiciendo a los montañeses, y ordena a sus acólitos restablecer como puedan un garitón que ha sido demolido, el español, hombre de corta paciencia, no se da por satisfecho. Ese mismo día 11, comunica al ministro de la Guerra, en Madrid, su propósito de «escarmentarlos [a los agresores] sangrientamente, emboscándoles fuerza fuera del recinto»[2].

No obstante, solicita permiso para esa iniciativa, consciente de su posible alcance. Por el mismo motivo, pone al corriente al cónsul general de España en Tánger, Juan Blanco del Valle. Este, un rico propietario de San Roque, transformado en diplomático por los azares de la política, no oculta su alarma, o, en frase más expresiva, «una bomba que hubiese caído a sus pies no hubiera causado más desastroso efecto»[3] que la inoportuna novedad.

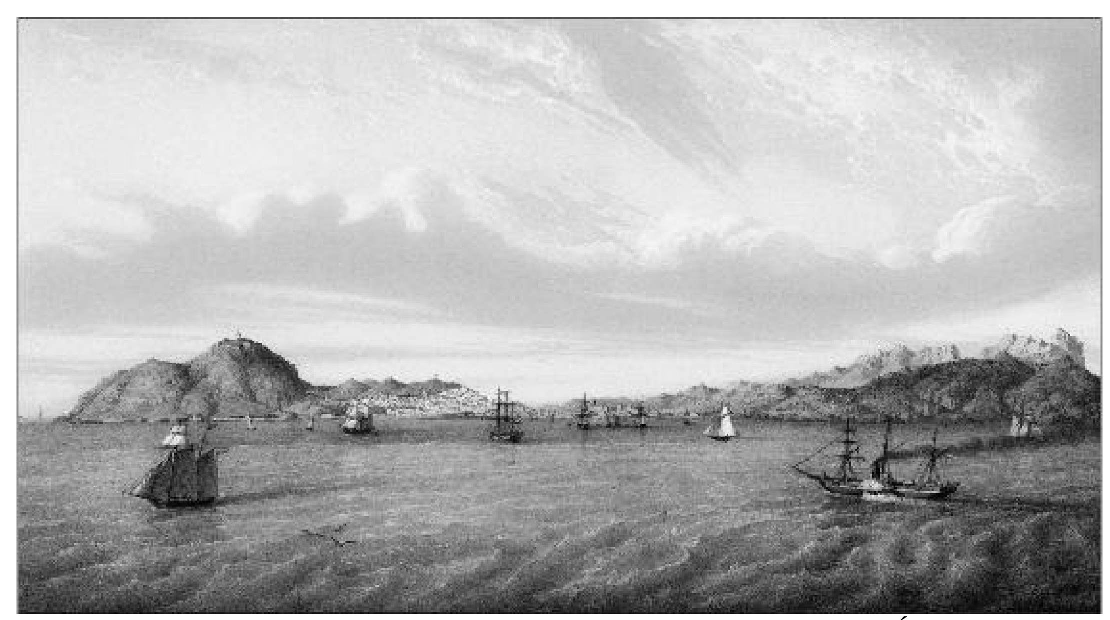
En esas fechas estaba pendiente de firma un acuerdo sobre los límites de Melilla[4], muy favorable para el Gobierno, y temía, justificadamente, que lo sucedido afectase a las buenas relaciones entre los dos países. De hecho, como recordará a Gómez Pulido, en respuesta a un oficio suyo del 6, había expresado ya su preocupación ante las eventuales «dilaciones y entorpecimientos» que podían causar los trabajos que se habían emprendido en el campo exterior de Ceuta.

Por eso, en su contestación del 12 volverá a mencionar las posibles «complicaciones y dificultades» que se suscitarían. Al tiempo, evoca el muy delicado estado de salud del «anciano emperador berberisco», esto es, del sultán, y comenta que «si llegare a sucumbir todo lo habríamos perdido, porque la anarquía más espantosa se entronizaría en este país casi salvaje», haciendo estériles todos sus desvelos para concluir el tratado de Melilla. Con ese motivo, le ruega que, de momento, «suspenda las obras proyectadas». A la vez, traslada al Ministerio de Estado, como se titulaba entonces el actual de Asuntos Exteriores, su inquietud ante «los propósitos belicosos» del gobernador.

Finalmente, se dirige a Mohamed el-Jetib, ministro de Negocios Extranjeros de Marruecos, refiriéndose al «ultraje» cometido, que «no puede quedar impune». «Es preciso, absolutamente preciso, que se haga en presencia de la mencionada plaza […] un ejemplar castigo […] justo y severo» de los culpables.

Siempre el 12, una delegación de cabileños pidió parlamento ante Ceuta y manifestó al mayor que salió a escucharles que, en ningún caso, consentirían la erección de edificaciones en ese terreno, «aunque el sultán lo mande». Al informar de ello, y de su firme respuesta, Gómez Pulido destacó que estaba «sumamente satisfecho de la conducta que ha observado el alcaide del Serrallo» en toda la cuestión, porque había hecho lo posible para convencer a los de Anghera para que depusiesen su actitud. Solo al final del despacho alude, por primera vez, a «los marmolillos […] volcados», que en el curso de los siete meses siguientes llevarían a la muerte a miles de hombres.

Para valorar lo sucedido, es preciso situar los acontecimientos en su contexto. En virtud del artículo 15 del Tratado de Mequínez, de 1 de agosto de 1799, vigente en 1895, que se remitía a su vez a un acuerdo de 1782, se estipulaba la concesión por parte de Marruecos de un «terreno para el pasto» a las afueras de Ceuta, delimitado por los malhadados marmolillos[5]. Se trataba del campo exterior, o «del moro» —la expresión ya revela la pertenencia—, de unos mil metros. Remacha[6] estima que ese «espacio agropecuario» es «territorio del sultán, gravado con una servidumbre», pero considera que ello no excluía que España pudiera tomar «medidas de seguridad para su mantenimiento y uso». Acaso, en cambio, cree que cualquier construcción en dicho territorio era contraria a «la letra y el espíritu del tratado en vigor»[7].



Panorama de Ceuta, en el *Atlas histórico y topográfico de la Guerra de África* (1861).

Este punto de vista parece acertado. Se trataba, sin duda, de suelo marroquí; más concretamente, de la cabila mencionada. Desde luego, al cederlo para su aprovechamiento en un ámbito específico, estaba implícito que el usufructuario pudiera tomar las providencias precisas para hacer efectivo su disfrute, ya que, en caso contrario, el derecho cedido estaría vacío de contenido. Pero incluir entre ellas el levantamiento de estructuras duraderas, y más aún de carácter militar, se antoja exagerado. Al respecto, es muy significativo que los montañeses no protestasen por la existencia de construcciones, sino porque las nuevas, a diferencia de las anteriores, no eran de madera, sino de obra, lo que implicaba una clara voluntad de permanencia.

El fondo del asunto es que, al margen de disquisiciones, dicha voluntad existía. En efecto, de creer a una fuente nada sospechosa[8], ya desde julio de 1854, Leopoldo O'Donnell, como ministro de la Guerra de un gobierno anterior, acariciaba la idea de «redimir de su desprestigio nuestra influencia en África mediante una acción enérgica». Con vistas a ello, en noviembre nombró gobernador militar de Melilla al brigadier Manuel Buceta, un belicoso militar. Es más, siendo presidente del gabinete, en 1859 le repuso en el puesto del que había sido relevado. Sin duda, se arrepentiría más tarde, ya que era tan impetuoso que sería condenado al año siguiente en un consejo de guerra por su acometividad, tan excesiva como poco prudente.

Por otro lado, en 1855, una comisión había realizado reconocimientos de la costa marroquí para estudiar posibles puntos de desembarco. Fueran o no reales los pretendidos planes de O'Donnell, existía una última cuestión de mayor cuantía: la vulnerabilidad de las plazas ante los crecientes avances en

el alcance de la artillería, fruto de la aparición de nuevas tecnologías, que permitían que Ceuta pudiese ser bombardeada desde la altura llamada El Otero, en pleno «campo del moro». Para eliminar esta eventualidad, en Madrid se había decidido la erección de cuatro fuertes en esa zona. Justamente para vigilar a los penados que trabajarían en ellos, se había comenzado a levantar el cuerpo de guardia llamado de Santa Clara, objeto del atentado del 11.

Complicaba todo la tenue soberanía ejercida por los sultanes en el ámbito de su propio país. Durante siglos, Marruecos estuvo dividido entre un estrecho Bled el-Majzen, donde la autoridad del emperador era indiscutida, y un amplio Bled es-Siba, en el que era contestada en mayor o menor medida, y que podía englobar, según las épocas, hasta dos tercios del territorio, incluyendo las regiones vecinas tanto de Ceuta como de Melilla.

De ahí que en el citado texto de 1799 se autorizara a España a usar «del cañón y del mortero», si resultara preciso por «la mala índole de aquellos naturales». Así, el sultán reconocía expresamente que no siempre estaba en condiciones de reprimir los desmanes de sus revoltosos y teóricos súbditos. Por eso, la buena voluntad del alcaide del Serrallo, aun siendo real, tenía una eficacia muy relativa.

En cierto modo, pues, a mediados de agosto ambos países se encontraban, incluso aunque no lo desearan, en rumbo de colisión. Los de Anghera se resistían a perder de forma definitiva unas tierras que consideraban propias, con razón; para Abderramán no era fácil controlarlos, pero tampoco podía ceder impunemente una parte de la herencia de sus antecesores, y menos todavía en su precario estado de salud, y para España resultaba vital impedir que Ceuta pudiese ser cañoneada. Se estaba ante intereses contrapuestos que resultaba problemático conciliar.

Un segundo escrito del gobernador al Departamento de Guerra, el 13, plasma meridianamente esa posición española. Narra ahora con más detenimiento lo sucedido. Dice que «habiendo dado principio a nuevas obras de fortificación», que requerirían movilizar a numerosos presidiarios, juzgó insuficiente la habitual custodia de dieciséis hombres de la compañía de lanzas, por lo que decidió levantar un cuerpo de guardia con capacidad para una compañía entera de infantería, a doscientos cuarenta pasos de las puertas de la plaza y a más de seiscientos del límite entre el «campo del moro» y el territorio plenamente marroquí. Antes de hacerlo, informó al alcaide del Serrallo.

En su opinión, esa comunicación no fue más que una prueba de su buena voluntad, ya que, en una lectura peculiar del ya citado artículo 15, consideraba que «los límites del campo absolutamente nos pertenecen». Desdeñaba, de esa manera, un punto tan esencial como era la limitada finalidad para la cual el sultán había renunciado parcialmente a sus derechos en ese espacio.

Continúa luego describiendo el incidente de la noche del 10 al 11 y detalla el encuentro con los cabileños. Menciona que estos se hicieron acompañar por tres escribanos, con lo que mostraban que contemplaban el conflicto como un contencioso jurídico, y que deseaban resolverlo por esa vía, y no por la fuerza. Argumentaron, en efecto, que el terreno pertenecía a su cabila —lo que era cierto— y que «solo había sido cedido para pastoreo de ganado y desahogo de la plaza», lo que también era verdad. Gómez Pulido cuenta que les respondió insistiendo en los derechos de España y que les amenazó con que «les ametrallaría» si no los respetaban. Entonces, sigue, los marroquíes «me pidieron que la obra se construyese solo de madera, a lo que me negué resueltamente, retirándome sin querer oír nuevas explicaciones».

Del infructuoso diálogo se deduce que los montañeses tenían, como mínimo, un argumento atendible. Atribuir su actitud, como hace Gómez Pulido, a «ignorancia siempre acompañada de mala fe» era tan racista como injusto. Sobre todo, porque al final del despacho muestra sus verdaderos pensamientos. De un lado, considera «muy favorable para los intereses de España» la muerte próxima del sultán y el posterior periodo de caos que era previsible. De otro, alude de nuevo «a los cuatro fuertes que están asignados y aprobados sobre El Otero, en la línea divisoria o próximos a ella».

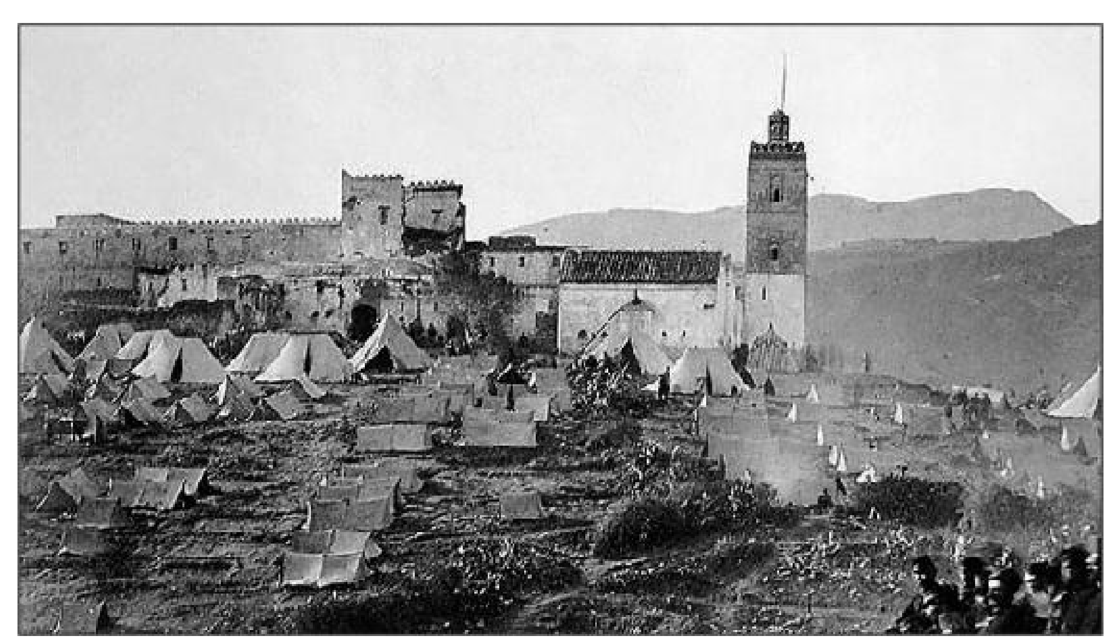
Admite, por tanto, algo determinante para valorar la crisis. No interesaba tener un interlocutor válido para negociar, y Madrid había decidido, sin consultar a Marruecos, extender las fortificaciones de Ceuta, estableciéndolas sobre un área en la que únicamente disfrutaba derechos de pasto. Además resultaba claro que esas obras estaban destinadas no a proteger al ganado mientras comía, sino a reforzar la seguridad de la plaza, una finalidad que nada tenía que ver con el uso para el que se había cedido el terreno.

La situación se iría degradando de forma inexorable. Aunque el 24 del mismo mes se firmará el convenio ampliando los términos jurisdiccionales de Melilla, aplicables también al Peñón de Vélez de la Gomera y a Alhucemas, pero no a Ceuta[9], los roces se siguen produciendo. El 20, Gómez Pulido oficia de nuevo al ministerio. Si bien dice «no comprender la analogía que pueda tener esta cuestión [el tratado sobre Melilla]», con la crisis ceutí,

incurriendo en contradicción con lo que había dicho el 11, propone, sin duda a regañadientes y «como concesión gratuita» acceder a la petición del cónsul para que se suspendieran de forma transitoria las obras, a fin de no envenenar el ambiente antes de la firma del tratado. Pero se le debió contestar anunciándole el envío de tropas, ya que el 22 informa que en Ceuta «podrán alojarse 2000 hombres más».

También se refiere a los «marmolillos», precisando que «tenían las armas de España por un lado y la media luna por el otro». Anuncia que ha mandado hacer uno igual al despedazado y que lo colocará esa tarde, junto a una bandera y una escolta adecuada. Añade, lo que indica su mentalidad, que si vuelve a ser destruido, cuando lo reponga «servirán de pedestal dos cabezas de la guardia marroquí», a quien considera responsable, directa o indirecta, de los hechos.

Incidentalmente, se podría comentar que, al haber una media luna tallada, los cabileños habían atentado tanto contra el sultán como contra España, lo que debilitaba la posición del Gobierno de O'Donnell que interpretaba lo sucedido como una afrenta dirigida exclusivamente contra su país.



Campamento militar en las ruinas del Serrallo. Primera posición ocupada por el ejército español en la Guerra de África de 1859-1860. Fotografía de Enrique Fazio, incluida en *La fotografía militar en la Guerra de África*.

El 23 confirma el gobernador que plantó la bandera, en presencia del alcaide del Serrallo, y que el mismo día se colocó un hito con el escudo español. Se amontonaron los de Anghera al percatarse de ello, pero salió con fuerzas y dos obuses, ante lo cual se retiraron. No obstante, ya de vuelta a la

ciudad, ha sabido que la piedra había sido derribada una vez más, por lo que pide permiso para retirar las armas reales de ella.

Descubre su juego cuando comenta: «mañana temprano volverá a colocarse, pero seguramente se volcará por la noche; esto no lo considero un mal, pues si se empeñan en destruir lo que marca la división de campos, nos autoriza a entrar en el suyo siempre que se tenga por conveniente», lo que es otra de sus peculiares interpretaciones jurídicas. Recomienda, como medida provisional, la edificación de cuatro blocaos de madera, dos de ellos artillados, cerca de donde se ha decidido «la construcción de los fuertes». Persevera, por tanto, en su intención de tomar el control del «campo del moro», recordando en otro oficio de igual fecha que «la altura en cuestión [el Otero] domina la plaza y por eso se ha proyectado y aprobado la construcción de cuatro fuertes en ella».

El 26 se hace eco de una gestión del hermano del bajá de Tetuán, que le dijo que había aprehendido a los siete montañeses culpables, pero que sus compañeros les habían liberado. Se comprometió, sin embargo, a detenerles de nuevo. El 28 señala que ha dado instrucciones a los medios navales de abrir fuego, y el 30 habla del fracasado intento de un «santón» por tranquilizar a los de Anghera, siempre agresivos.

Para entonces, ya han desembarcado los refuerzos prometidos; cuatro compañías del Regimiento de Infantería de Línea de Albuera, el 27, y el 30, elementos de los batallones de Cazadores de Madrid y de Barbastro. Son justamente los barcos que les transportaban los que ha utilizado Gómez Pulido para cañonear las concentraciones de cabileños. Hay un dato preocupante, por lo que después se verá; hasta el 9 de septiembre no se completa el traslado de las dos últimas unidades citadas.

Hasta aquí, la versión española de lo sucedido, que difiere, como no podía ser menos, de la marroquí. Según esta, existía la costumbre de que, para vigilar el «campo del moro», los cabileños establecían «chozas de enea o de otros materiales», y los cristianos, «cabañas de planchas de madera». Un día, sin embargo, soldados de la guarnición de Ceuta «edificaron una casa de piedra y arcilla, y pusieron la bandera de su rey, que llaman la “Corona”». Los de Anghera «les invitaron a derribar esa casa, que era contraria al uso, para que las cosas volvieran a la situación anterior. Los cristianos se negaron, y los de Anghera se apoderaron de la casa, la demolieron, cogieron la “Corona” y la mancharon de excrementos»; además, «mataron algunos hombres», se añade[10].

UNAS NEGOCIACIONES TORTUOSAS[11]

El origen, al menos teórico, de la Guerra de África fue una disputa territorial, que, en un primer momento se trató en el ámbito diplomático, lo que, a su vez, marcó los límites del conflicto antes de que empezara. Resulta preciso por ello examinar someramente su desarrollo.

Como se ha visto, ya desde el mismo 11 de agosto, y con motivo de los primeros incidentes, el cónsul general de España en Tetuán se había puesto en contacto con su interlocutor, el ministro de Negocios Extranjeros marroquí. Durante las siguientes semanas se cruzará entre ambos una correspondencia que irá plasmando la evolución de la crisis, y que resulta esencial para entenderla.

En su día, se presentó a El-Jetib como un viejo marrullero, que se complacía en maniobras dilatorias y trapaceras para no atender las legítimas y mesuradas reclamaciones de España. La realidad, como siempre, era más compleja.

Por lo que se refiere al personaje en sí, un científico español, Fernando Amor, ha dejado una interesante descripción de él, antes de que las tensiones entre los dos países nublaran todo. «Vestido de rigurosa etiqueta», le visitó en Tetuán, el 27 de julio, muy poco antes de los incidentes. Encontró a «un anciano venerable, de unos 66 años de edad, de alta estatura, tez blanquísima, color pálido y de fisonomía expresiva y dulce; viste con elegante sencillez, lo que y (sic) sus agradables maneras, su larga y blanca barba y su inteligente mirada, hacen de él un verdadero patriarca». Continúa: «me hizo ver el buen sentido en que el emperador está con nuestra augusta soberana, y el profundo sentimiento que en su ánimo y en el de su señor causaban los atentados cometidos por hordas que ni ellos mismos podían sujetar»[12].

Cabe mencionar que, según la fuente marroquí ya citada[13], los de Anghera consideraban que El-Jetib era demasiado complaciente con los europeos: «aprueba todo lo que le dicen, y es él quien los hace tan audaces contra nosotros»; «traiciona al sultán y a los musulmanes».

Como todo es opinable, otro viajero[14] se llevó una impresión bien distinta. Califica al ministro de «antiguo tendero de Tetuán», casado con una viuda rica y que había amasado «una fortuna enorme». Le califica de «musulmán fanático […] de espíritu estrecho», y afirma, en lo que acierta, que «no hace nada sin consultar al hábil representante de Gran Bretaña».

Un último retrato, hecho por un diplomático español, del ministro marroquí, que tan destacado papel jugó en la crisis. Dice:

> […] es hombre como de unos 50 a 60 años, de mediana estatura y bastante corpulento; tiene la barba blanca y blanco también el rostro; su continente es reposado, habla poco y en voz baja, y sus maneras son nobles y sencillas, como quien tiene gran conocimiento del mundo y de los hombres; no mira de frente ni se fija (sic), pero denota su mirada la astucia y la desconfianza; […] si este hombre viene de mala fe, ha de darnos mucho en qué entender.

De su vestuario comenta que «venía vestido de blanco, todo de lana finísima, y su traje era de un *comme il faut* irreprochable»[15].

La versión de Amor es acorde con el momento. Se estaba negociando entonces el tratado sobre Melilla, y España había obtenido satisfacción en dos cuestiones espinosas. Una era la indemnización por daños causados a sus naves por piratas berberiscos. La otra, la liberación, tras muchos avatares, de un militar, el ayudante Álvarez, que conocería una efímera celebridad con el relato de sus aventuras[16]. Por cierto, que las circunstancias de su captura son un buen ejemplo de la vida en aquella frontera agreste. Fue hecho prisionero cuando practicaba un reconocimiento sin uniforme, vestido de paisano, a la cabeza de veinte confinados, en lo que a todas luces era una operación clandestina.

Pero un mes después de la cordial entrevista, la atmósfera había cambiado radicalmente. Tanto que el 1 de septiembre el Gobierno de O'Donnell decreta la formación, en Algeciras y el Campo de Gibraltar, de un cuerpo de observación de dieciséis batallones, a las órdenes de Rafael Echagüe. De ellos, la mitad de los luego famosos cazadores, creados recientemente por el propio presidente, en su época de ministro de la Guerra de un gabinete anterior. Las unidades procedían sobre todo de Cataluña y Valencia, y parte de ellas, porque todavía no estaba terminado el ferrocarril de Andalucía, se habían embarcado en Alicante, donde, por desgracia, se habían producido brotes de cólera. El Ejército de África lo pagaría bien caro.

Simultáneamente, se organizó una división de reserva, confiada al general José de Orozco, con otros ocho batallones, dos escuadrones y tres compañías de artillería montada[17]. No existía, pues, el mejor ambiente para unas negociaciones reposadas, pero estas, en cualquier caso, se entablaron el 5 de septiembre[18]. Ese día, Blanco del Valle escribía a El-Jetib para exigirle la «debida reparación» al ultraje infligido a «una altiva nación». En concreto, pedía que las armas de España fueran repuestas con todos los honores y saludadas por las tropas del sultán, que los principales culpables fueran arrestados y conducidos frente a Ceuta para ser «severamente castigados» y que el Gobierno marroquí hiciera una «declaración oficial del perfecto derecho que asiste al Gobierno de la reina para levantar en el campo de dicha plaza las fortificaciones que juzgue necesarias para la seguridad de ella».

Como se apreciará, la expresión «campo» es, deliberadamente o no, imprecisa, ya que no aclara si se refiere al de la plaza o al «del moro».

Con poco tacto, repite dos veces que si el sultán carece de fuerzas para aplicar estas medidas, actuarán «los ejércitos españoles, penetrando en vuestras tierras» contra «esas tribus bárbaras, oprobio de los tiempos». Da diez días de plazo para que se tome una decisión. Era una forma brutal de hacer los movimientos de apertura inherentes a toda negociación.

El ministro le responde el 7. Acusa al gobernador de la plaza de ser «el único responsable», debido a su «impolítico proceder» y por su falta de paciencia para no aguardar a que se encontrara una solución pacífica al incidente. Sin embargo, acepta las reclamaciones, excepto por lo que se refiere a la construcción de las obras defensivas, para lo que necesita consultar. Señala, además, que los diez días son insuficientes y alude a la salud del emperador, ignorando que, de hecho, había fallecido el 29 de agosto. Dos días después comunicará al cónsul la muerte de Abderramán y le informará de que, según los rumores, el hijo mayor del difunto, que reinaría como Mohammed IV, ha sido proclamado nuevo sultán. Le transmite su convencimiento de que, tan pronto como le sea posible, este enviará «un grueso ejército» para castigar a los de Anghera.



Abderramán, último emperador de Marruecos. *El Museo Universal*, n.º 21 del 21 de noviembre de 1859.

El 12, Blanco del Valle amplía la moratoria en veinte días, que para El-Jetib, como le manifiesta el 15, no eran bastantes, lo que se entiende habida cuenta de la complejidad de los procesos sucesorios marroquíes, en los que nunca faltaban pretendientes que disputaran el trono al designado, entre los cuales, Muley Solimán, el propio hermano del sultán, no era el menos peligroso. Indica, asimismo, que Gómez Pulido, lejos de mantenerse a la expectativa había practicado nuevas salidas, llegando a «incendiar las pobres chozas de nuestros inofensivos pastores».

Desde luego, estos no se distinguían por su mansedumbre, pero lo cierto es que el gobernador, animado con las tropas recibidas y espoleado por Madrid, no solo había comenzado a construir los fuertes en duro, sino que había realizado incursiones de castigo adentrándose en pleno territorio marroquí, más allá del «campo del moro». Hay que apuntar que, desde un primer momento, O’Donnell actuaba acuciado por la prensa —por ejemplo, a

raíz de uno de los choques, *El Mundo Militar*[19] sentenciaría que «el combate del 13 de septiembre obliga al Gobierno español a ser más exigente en sus reclamaciones, a pedir mayor extensión de territorio»— y la opinión pública, enfervorecidas, en parte, desde el propio ejecutivo. Tal era la desinformación que, todavía en 1905, alguien de la talla de Gabriel Maura, resueltamente contrario a la guerra, por otra parte, escribía que los cabileños habían «pasado a degüello a los centinelas», lo que es rigurosamente falso[20].

Por otra parte, era tan tibio el interés español por una solución pacífica que el 25, Saturnino Calderón Collantes ya mencionaba al cónsul que «la moderación y el espíritu de templanza justificarían a los ojos de Europa las posibles medidas de fuerza necesarias»[21], con lo que desvelaba las verdaderas intenciones del Gobierno.

El 3 de octubre, Blanco del Valle acepta una nueva prórroga, hasta el 15, hace un encendido elogio del «digno y pundonoroso militar» que es Gómez Pulido, e insiste en el «derecho perfecto» de su Gobierno a «hacer lo que hizo en los terrenos de que es absoluta dueña y señora la reina Isabel II». Sus frases requieren dos comentarios. En realidad, el cónsul no aprobaba, como se ha visto, la actitud del gobernador. Cumplía, sin embargo, con su deber defendiéndolo ante una autoridad extranjera, son gajes de la diplomacia. Pero proclamar los derechos «absolutos» de España sobre aquellos terrenos, carecía de toda base jurídica. Al contrario, eran, según los tratados, tan limitados como específicos.

De mayor calado, no obstante, era que ahora añadía una nueva exigencia. Reclamaba «inmediatamente, un arreglo de límites de dicha plaza, hasta los altos más convenientes para su seguridad», en la línea de lo acordado recientemente para Melilla. Introducía de esa forma en la discusión un elemento extraño a la misma, como era una modificación de fronteras, y eso cuando Mohammed IV no había acabado de consolidarse en el poder.

Se lo señala un día después su interlocutor. Tras mencionar que tiene instrucciones de aceptar las peticiones del 5 de septiembre, rebate las «explicaciones» del cónsul: «respecto a las líneas de Ceuta, estábamos en la inteligencia de que la palabra española *campo* era el terreno construido entre las antiguas líneas de aquella plaza, y que el terreno para pastos no estaba incluido en él, porque en el artículo 15 del tratado antiguo, la palabra *campo de Ceuta* está mencionada, así como el terreno de pastos», por ser conceptos distintos[22].

El 5, El-Jetib le vuelve a escribir para reiterar su satisfacción por que el sultán le ha mandado ceder a las reclamaciones españolas, y anunciando que

se mandaba caballería para apresar a los agresores de Anghera. Ese mismo día, Blanco del Valle insiste en sus reivindicaciones. Argumenta que no se ha introducido ninguna novedad en ellas, porque en su nota del referido 5 de septiembre se mencionaba «el campo de Ceuta, esto es, dentro de la línea divisoria entre dicha plaza y el territorio marroquí». Tal afirmación complicaba todavía más los términos del litigio, ya que confundía dos conceptos totalmente distintos. Como se ha dicho, un espacio era el que ocupaba la ciudad, de plena soberanía, y otro muy diferente el campo exterior, de soberanía de Marruecos, en el que España disfrutaba solo de una servidumbre. Con su declaración, el cónsul eliminaba de un plumazo el territorio intermedio, objeto inicial del litigio, y lo anexionaba a Ceuta.

El ministro, en su respuesta del 13, establece, de nuevo, la distinción, ya que se refiere a «el terreno para el pasto de vuestro ganado». No obstante, agrega que «aceptamos que los expresados límites sean ensanchados hasta los parajes elevados más convenientes para la seguridad y desahogo» de la plaza.

Blanco del Valle le reprocha ese mismo día no haber contestado a un punto de su carta del 3 de octubre, en el que, dice, se refería a «los deseos de mi Gobierno relativos a la extensión del territorio que aún ha de anexionarse a los antiguos límites de la plaza de Ceuta». A pesar de su afirmación, esa frase no aparece en la comunicación que menciona y que se ha citado literalmente más arriba. Concluye diciendo que, de no recibir una contestación positiva, «saldré inmediatamente de este país con todos los súbditos españoles»[23]. El 16 de octubre aumenta más la presión: concede un «brevísimo plazo» para que dos ingenieros de cada parte procedan a la oportuna demarcación de unos nuevos límites que «tomarán necesariamente por base el deslinde de la sierra Bullones». Amenaza con que «el menor retardo […] será la señal del rompimiento de hostilidades».

Al día siguiente, el ministro muestra su disconformidad con esta interpretación, que pretende extender la frontera más allá del «campo del moro», pasado El Otero, en torno al cual giraba al principio el desacuerdo. Recuerda que «concedemos los parajes elevados para la seguridad de vuestra plaza y no otra cosa. Nos habéis dicho de viva voz que pensabais que los lugares en cuestión eran los comprendidos en el trazado de vuestros límites». Se muestra «sorprendido sobremanera» y recuerda que «hemos hecho concesión sobre concesión». En todo caso, no tiene potestad para acceder a esas pretensiones, ni sabe exactamente qué es la sierra de Bullones, lo que se entiende, porque españoles y marroquíes usaban topónimos diferentes.

El 24 se produce la ruptura. Blanco del Valle, tras protestar por los «subterfugios indisculpables» a los que, piensa, ha recurrido el ministro, le comunica que el Gobierno de España «encomienda a la fuerza de las armas la cuestión pendiente».

Analizando lo sucedido, resulta imposible no pensar que por parte de Madrid hubo «una clara escalada»[24]. Movido por el deseo de poner a Ceuta al abrigo de cualquier ataque, había ampliado paulatinamente sus ambiciones. De contentarse con erigir fortificaciones en El Otero, en las inmediaciones de la plaza, había pasado, primero, a pretender un «derecho absoluto» en el «campo del moro», y, luego, a mover las fronteras casi siete kilómetros. No es evidente que tuviera fundamentos jurídicos para ello. Al menos, el propio Blanco del Valle hablaría del «derecho bastante dudoso» que asistía a España en la controversia[25].

Del lado marroquí, parece, en efecto, que las condiciones planteadas por España eran «duras, humillantes y difíciles de aceptar por un soberano cuya autoridad estaba apenas establecida […]. Era difícil, por no decir imposible, para el emperador de Marruecos plegarse al desmembramiento de su territorio. Habría perdido el trono y la vida»[26].

Quizá O’Donnell no buscaba la guerra, pero desde luego estaba dispuesto a poner a salvo, por encima de todo, la seguridad de la plaza. Probablemente, Mohammed IV tampoco la deseaba pero, a su vez, no se encontraba —o al menos así lo creía— en situación de pagar un precio tan elevado como se le exigía para evitarla.

EN LA CARRERA DE SAN JERÓNIMO

En paralelo a las gestiones diplomáticas y a los movimientos de tropas, el Gobierno lanzó en el Parlamento una ofensiva política en torno a los incidentes de Ceuta. Bien es cierto que con el estado de ánimo de la opinión pública y de la prensa y la holgada mayoría de que disfrutaba, tampoco tuvo que esforzarse mucho. Da idea de la misma, por ejemplo, que cuando el 13 de marzo se votó una enmienda sobre el proyecto de ley que llamaba a filas a 25 000 hombres del reemplazo de 1859, fue derrotada por 126 votos contra 9.[27]

Pasadas las vacaciones del Congreso, el Ejecutivo presentó el 1 de octubre[28] una nueva propuesta. Argumentando «la posibilidad de una guerra extranjera a consecuencia de graves sucesos ocurridos recientemente», pide autorización para reclutar 50 000 hombres adicionales de la quinta de 1860

para elevar el ejército a 100 000. Anuncia, también, que por Real Decreto de 8 de septiembre de 1859 había adelantado tres meses «las operaciones preliminares del reemplazo ordinario». Lleva, por fin, un proyecto autorizando, «si las circunstancias lo exigieran», aumentar el ejército hasta 160 000 plazas[29].

Las correspondientes comisiones actúan con una celeridad digna de elogio. El 6 y el 7, respectivamente, hacen suyos ambos textos, a la vista «del estado político de la Europa» y de lo «inminente que parece una guerra exterior», en el caso del segundo[30], y de la «apremiante necesidad» ante la «posibilidad de una guerra exterior» en el primero[31]. Conviene recordar que por esas fechas proseguían las negociaciones con Marruecos.

La sesión del 11[32] reviste especial interés, porque en ella se expresaron las distintas sensibilidades que, aunque en muy diferente proporción, estaban representadas en los escaños. Las intervenciones proporcionan un buen retrato del ambiente que se respiraba entonces en el país. Nicolás M. Rivero, encarnación del Partido Democrático, acusa al gabinete de haber aprovechado «la coyuntura de Italia» —se refiere al conflicto entre Francia y Cerdeña, de un lado, y Austria, del otro— para reforzar a las fuerzas armadas. Pero, a continuación, añade que «la excitación que en España han producido los acontecimientos de África ha sido inmensa, extraordinaria, grandísima. Nuestros resentimientos, verdaderos o supuestos, con el imperio de Marruecos nos han traído a España la idea de una gran guerra con África». Más adelante, sostuvo que «desde […] 1808 no ha habido ninguna que excite el entusiasmo, el ardor en todo pecho español que la guerra de África». Mostrando un africanismo temprano, manifiesta que «creo que las grandes soluciones políticas, económicas y sociales de España están [en] esa guerra de África».

Salustiano de Olózaga, la gran figura progresista, se referirá, por su parte, al «sentimiento nacional, hondamente ultrajado en Riff (sic)[33] […] a ese instinto popular, ese sentimiento general en todas las clases del Estado», señalando que «el pueblo español deseaba que la reparación siguiera tan cerca como fuera posible al agravio». Acaba brindando «mi apoyo absoluto, incondicional, al Gobierno en esta cuestión».

Por último, Luis González Brabo, de la minoría moderada, tras recordar que «en África hay un pueblo por civilizar, que estamos constantemente amenazados por sus tribus y estamos llamados por la Providencia a llevar allí la luz de la civilización y a extenderla por todo el imperio» marroquí, se

compromete a que «ninguno de los diputados conservadores dejarán de votar con plena sinceridad, lealtad y franqueza» la propuesta del Gobierno.

Naturalmente, tal estado de ánimo general, que no hacía sino responder al que de forma más estridente manifestaban los periódicos, era una bendición, el escenario soñado por cualquier político.

O’Donnell administró el triunfo con modestia, afirmando que no deseaba la guerra, sino la paz «para desarrollar todos los elementos de riqueza que encierra esta nación». Reconoce, lo que quizá no es muy hábil, que el «agravio» sufrido «no es ni más ni menos que el que durante cincuenta años ha estado España sufriendo del África». La diferencia estriba en que «el Gobierno actual ha creído que la nación española estaba en el caso de decir: esto ha concluido». Por ello, si las satisfacciones pedidas y las garantías exigidas «se nos dan, no habrá guerra; pero, si no se nos dan, la habrá».



Entusiasmo en las calles de Madrid, grabado de José Martínez en *El Mundo Pintoresco*, n.º 7, del 12 de febrero de 1860.

Hará, también, una declaración que condicionará todo el futuro conflicto antes de que empiece: «no, nosotros no vamos a conquistar […] sino a vengar agravios recibidos». Su ministro de Estado, Calderón Collantes, lo ratificará en la misma sesión: si se rompen las hostilidades, «no sería en primer término el deseo o deber de llevar la civilización a África lo que le hiciera [al

gabinete] emprenderlas; iría a vengar sus agravios, a procurar la seguridad de sus posesiones».

Al día siguiente, el Congreso aprobaba el alistamiento de 50 000 hombres y la elevación de efectivos a 100 000, ampliables a 160 000[34].

El 17[35] se abre un brevísimo paréntesis en la belicosa atmósfera cuando dicho ministro comunica a la cámara que «el Gobierno de Su Majestad ha recibido antes de expirar el plazo señalado contestación del de Marruecos, concediendo todas las satisfacciones pedidas» y «seguridades para el porvenir». Precisa, sin embargo, que sobre estas se ha considerado oportuno demandar «aclaraciones». Del tenor de ellas dependería que estallase o no el conflicto. Aun con esa reserva, la declaración suponía reconocer la política de apaciguamiento seguida por Mohammed IV, dentro de los límites de su estrecho margen de maniobra.

La sesión definitiva tendrá lugar el sábado 22 de octubre. Solemne, O’Donnell toma la palabra: «el Gobierno ha creído que era llegado el caso de apelar a las armas para recibir —“aplausos generales”, anota el taquígrafo—, para recibir (sic) la satisfacción del agravio hecho al honor de la nación española». Después de un relato de las negociaciones, desde su perspectiva, sentencia: «no vamos animados de un espíritu de conquista», para reiterar enseguida «no nos lleva un espíritu de conquista, no vamos al África a atacar los intereses de Europa, no, ningún sentimiento de esta clase nos preocupa; vamos a lavar nuestra honra, a exigir garantías para lo futuro […]. Nadie puede tacharnos de ambiciosos». «Grandes y repetidos aplausos», apostilla el escribano.

Las intervenciones de respuesta son todo lo favorables que cabría esperar en esas circunstancias.

Pedro Calvo Asensio, de la minoría progresista, presenta en la sala un escrito de la crema del periodismo español expresando «el entusiasmo […] de toda la prensa española, sin distinción de colores políticos». De su propia cosecha, ofrece al Gobierno «sin reserva alguna el apoyo de todos los españoles, sin distinción de clases, ideas y condiciones». Proclama que «el dedo de Dios es el que traza el rumbo» en aquella tesitura; que la «ruin morisma» debe ser vencida y que tiene que «rodar por el suelo la media luna al embate de la cruz y de la civilización».

González Brabo sostiene que «la ocasión no puede ser más grande» y que «mi patria empieza a ser tenida en cuenta en la opinión de Europa», al tiempo que expresa su satisfacción por «tener dispuesto este ejército para ir al África

inmediatamente a vengar las ofensas». Se trata de «iniciar el cumplimiento de los destinos de esta nación».

Olózaga no se queda atrás. Después de fustigar al «bárbaro y obcecado gobierno» marroquí, comparte con los presentes «el placer inmenso de que seamos todos españoles y nada más que españoles […] llevando las glorias de nuestras armas al territorio de África […], donde hace siglos nos están esperando». Enardecido, asegura al ministro de Hacienda que «cuente con todo cuanto puedan votar los representantes de la nación».

Por último, los ciento ochenta y siete diputados presentes aprueban por unanimidad una proposición de apoyo al gabinete, «sin que el Congreso se cuidara en examinar la clase de agravio porque se pleiteaba, y si se habían apurado todos los medios pacíficos; […] no hubo más que entusiasmo y aplausos»[36].

El *Diario del Congreso* de la misma fecha reproduce un proyecto de ley estableciendo una ampliación presupuestaria si el ejército superase los cien mil efectivos. El 27, la comisión emitió su dictamen. El 29, se aprobó.

LA PÉRFIDA ALBIÓN

La exposición que había hecho O'Donnell sobre los motivos que llevaban al Gobierno a la guerra, y los objetivos que se habían fijado en ella, coincidía con los términos de una circular que se había enviado el 24 de septiembre a los representantes diplomáticos de España en el extranjero. Se decía en ella que «el Gobierno de la reina no cede en esta cuestión al impulso de un deseo preexistente de engrandecimiento territorial; las operaciones militares, si comenzasen, tendrían por único objeto el castigo de la agresión y la celebración de acuerdos encaminados a dar garantías» de que lo sucedido no se volvería a repetir.

El 29 de octubre, ya en estado de guerra, se distribuyó una segunda, justificando y ensalzando la actuación del ejecutivo, que contrastaba con la «deslealtad» del Majzén, designado como responsable del inminente conflicto armado. Reiteraba que se descartaba «toda mira ambiciosa» y se proclamaba que «el Gobierno de Su Majestad […] no ocupará permanentemente punto alguno cuya posesión pueda proporcionar a España una superioridad peligrosa para la libre navegación del Mediterráneo».

Ambos textos, como todos los de su clase, eran discutibles. Estaban cargados de subjetividad y contenían afirmaciones, como la referencia a que los cabileños de Anghera «en número de 1500 atacaron la plaza de Ceuta»,

que eran manifiestamente falsas. La autolimitación que se fijaba el gabinete sobre sus objetivos no era completamente espontánea, sino que se debía, en gran medida, a previas gestiones británicas.

En el contexto de la Guerra de África, Inglaterra fue la bestia negra para la mayoría de los españoles[37], que la hicieron blanco de sus iras y de sus chanzas[38]. Se le atribuyó que azuzara al sultán a mantener posiciones inflexibles y hasta que le facilitase material, e incluso mandos, para su ejército.

Lo cierto es que todas las capitales europeas importantes acogieron con complacencia la circular de septiembre, con excepción de Londres[39]. La explicación reside en que Inglaterra era la única potencia que se había implantado en Marruecos, habiendo conseguido, de hecho, una posición hegemónica, articulada en torno al tratado de comercio de 1856, firmado tras ejercer muy serias presiones y repartir algún soborno[40]. Quizá no sea preciso puntualizar que mientras Gran Bretaña obtuvo grandes beneficios de esa situación, para Marruecos supuso el «inexorable debilitamiento del Majzén», al tiempo que se sometió al país «a una penetración comercial que no podía controlar» y a «reformas a veces innecesarias y costosas que, eventualmente, vaciaron el tesoro»[41]. Fue una relación profundamente desequilibrada, propia de los tiempos.

En ese aspecto, Inglaterra contó con un auxiliar precioso, su cónsul general en Tánger, John Drummond-Hay, personaje de calibre muy superior a Blanco del Valle, su colega y rival. En el curso de su carrera diplomática había sucedido a su padre en el puesto, en 1845, y permanecería en él hasta 1886. A diferencia del español, hablaba árabe con fluidez, ejerció una enorme influencia en la corte de sucesivos sultanes y supo trabar relaciones directas muy útiles con las cabilas.

Siguiendo la más elemental línea de la ortodoxia diplomática, el Gobierno de la reina Victoria no tenía el menor interés en que surgieran nuevos competidores en Marruecos, ni en que se alterara en lo más mínimo el provechoso *statu quo* del que disfrutaba. Por otro lado, entraba en juego otro elemento vital: Gibraltar.

Gran Bretaña goza de la enorme ventaja de haber mantenido durante siglos una política exterior invariable y coherente, que había sabido mantener con enorme firmeza. Uno de sus pilares era que la costa este del canal de la Mancha no estuviera nunca en manos de una gran potencia. Eso le llevó, por solo mencionar algunas, a sostener guerras con Felipe II, con Napoleón, el káiser Guillermo II y Hitler. Otro de esos pilares residía en el dominio del

Estrecho, arteria de sus comunicaciones con el Mediterráneo y la India, y que no podía poner en riesgo, fuesen cuales fueran las circunstancias.

Desde esa doble perspectiva, pues, tenía motivos para recelar de las intenciones de España, que ya contaba en Marruecos con las cabezas de puente que eran los presidios. Pero precisamente porque estaba satisfecha con su posición, no tenía ningún deseo de que se rompieran las hostilidades entre los dos países. Conocía mejor que nadie las limitaciones del ejército del sultán y la fragilidad de la posición de Mohammed IV, y hubiese sido insensato empujarle a un conflicto que no podía ganar y en el que Londres tenía mucho que perder. Se deben descartar, por tanto, las suspicacias españolas, en modo alguno justificadas.

Bien es verdad que los mismos motivos que impelían a Gran Bretaña a procurar que Marruecos no fuese a la guerra, también la llevaban a intentar que tampoco lo hiciese España, ante las consecuencias que una victoria decisiva podría tener para la estabilidad del Majzén, para su propia influencia y para su control del Estrecho. En función de ello, estableció su política respecto a los futuros contendientes.

Así, y en contra de lo que se pensaba en Madrid, en fecha tan temprana como el 10 de septiembre, Andrew Buchanan —representante británico ante Isabel II—, escribe al vicecónsul James Reade, sustituto temporal de Drummond-Hay, que se hallaba de vacaciones, para que haga llegar al sultán que «no puede esperar el apoyo del Gobierno de Su Majestad si se opone a peticiones razonables del Gobierno español»[42].

De su lado, Drummond-Hay, cuando se reincorpora, envía el 16 un despacho a Buchanan. Lo que dice en él hubiera llenado de asombro a miles de españoles, que hubiese aumentado de haber sabido que era partidario de mantener buenas relaciones con España, e incluso de canjear Gibraltar por Ceuta[43]. Se refiere al acuerdo hispanomarroquí firmado en 1845, texto en el que, entre otras materias, se satisfacían pretensiones de Madrid sobre Ceuta[44]. Era perfecto conocedor del mismo, ya que su padre —algo convenientemente olvidado en España— había desempeñado un papel fundamental en su negociación, hasta el punto de que su rúbrica figura en dos de los documentos suscritos, mientras que la del propio Hay está en el tercero y definitivo.

Pues bien, el cónsul general, que también había estado involucrado en otros contenciosos entre ambos países, señala que el texto por el que se ratifica la cesión del terreno para pastos no contenía ninguna cláusula que prohibiera expresamente a España construir fortificaciones. En otras palabras,

adopta una postura que se puede calificar de comprensiva con la española. Agrega que, en su criterio, el sultán no tiene otra opción que ceder.

Resulta interesante que Ahmed Ennasiri Esslaoui[45] confirme que El-Jetib «se dirigió, dice, al ministro de Inglaterra, que le incitó a convocar a los acusados [de los desmanes], para salvar las apariencias a los ojos de las potencias, y le garantizó que no les haría ningún daño, caso de que se comprobara que a los españoles les asistía el derecho; esta propuesta gustó a El Jetib, y se dispuso a aplicarla».

No obstante, y a pesar de todo, Drummond-Hay está persuadido de que la impetuosidad del gobernador Gómez Pulido había agravado de forma innecesaria los incidentes de Ceuta. Curiosamente, según otro despacho suyo del 21[46], el propio Blanco del Valle así lo habría admitido en una conversación entre ambos del día anterior, en la cual añadió que, sin embargo, la opinión pública exigía la guerra. Se sabe, por lo que se ha visto más arriba, que el cónsul desaprobaba las iniciativas del gobernador, pero reconocerlo ante un colega extranjero fue o una indiscreción o una muestra de inexperiencia.

El 27, el cónsul informa a lord Russell, ministro británico de Negocios Extranjeros, de que ha dictado, literalmente, a El-Jetib una carta para Mohammed IV, en la que condenaba la actitud de los cabileños y aconsejaba con firmeza que se accediese a las demandas del gabinete de O’Donnell[47]. De esa forma, hacía gala ante su superior de su influencia y demostraba, en palabras de Francis Rosebro Flournoy, que «El Jetib actuó más como el secretario de Hay que como el ministro de Asuntos Exteriores de un país soberano»[48].

El 17 del mes siguiente volverá a tomar la pluma para dar su opinión a Russell sobre la crisis. Considera para entonces que los marroquíes han cedido constantemente, pero que «los españoles han ido aumentando sus exigencias y la arrogancia de su lenguaje a medida que, gracias a mis gestiones, se hacían concesiones». En suma, estima que Madrid está dando pruebas de mala fe.

Tres días después pudo haber una oportunidad para la paz, cuando El-Jetib comunica al cónsul de Inglaterra que «si la nueva frontera que el Gobierno español codicia está solo a dos millas y media de Ceuta, que haga a esos efectos una declaración formal por escrito a su Gobierno [el británico] y […] será tomada en consideración y aceptada, de forma que haya paz […]. Pero si es más de lo que puedo ceder, según los poderes que tengo concedidos […] consultaré a mi señor el sultán». La propuesta no podía prosperar, porque

España ni confiaba ya en Marruecos ni estaba dispuesta a aceptar ninguna mediación de Gran Bretaña[49].

Se siguen desarrollando los acontecimientos, y el 23 de octubre, Hay manifiesta a su capital que el ministro marroquí le había confesado que no tenía información exacta del lugar al que aludía el cónsul español en sus reclamaciones, cuando se refería a la sierra de Bullones. Así pues, y en contra de lo que pensaba Blanco del Valle, la ignorancia del canciller era real, no fingida. Para aclarar la cuestión, el propio Hay hizo un reconocimiento de esa zona desde el mar. Como resultado del mismo, informó que «ninguna nación que quiera evitar conflictos con los nativos podía razonablemente aspirar a ese terreno». Por ello, sospecha, haciéndose eco de sus propios recelos, «que el Gobierno español puede tener otros objetivos distintos de la defensa de Ceuta»[50].

En resumen, Drummond-Hay, siguiendo instrucciones no dictadas por la filantropía —moneda inexistente en diplomacia—, sino por el interés, principio que rige la política exterior, hizo lo posible por evitar una ruptura, que en nada favorecía a su Gobierno. Ello no quiere decir que sus simpatías personales no estuviesen perfectamente definidas a favor de Marruecos. En sus *Memorias*, publicadas por su hija Louisa Annette[51] queda claro que pensaba que España actuaba movida «por un plan de engrandecimiento» de sus posesiones en la costa frente a Gibraltar. Refiere, asimismo, que un colaborador de Blanco del Valle le había confesado que «se había decidido hacer la guerra, fuesen cuales fueran las concesiones de Marruecos». Y en una carta a su madre sostendrá que «los españoles han estado haciendo tonterías en Ceuta, y ahora piden una satisfacción que humillará al sultán y que, si acepta, le hará tambalear en el trono». Para terminar, existe un oficio suyo a Buchanan en el que subraya que «no se debe permitir [a España] que tome Tánger, la puerta del estrecho y de la que depende Gibraltar»[52]. Prueba de todo eso es que «durante la guerra, Hay trabajó con funcionarios del Majzén; en ocasiones les hizo sugerencias tácticas de cómo combatir a los españoles y otras veces les facilitó información sobre los movimientos de las fuerzas españolas»[53]. Como no podía ser menos, la línea seguida por Londres en Tánger coincidía con la que mantenía en Madrid.

Alarmado ante los incidentes de Ceuta, el 11 de septiembre Buchanan envió una nota a Calderón Collantes ofreciendo los buenos oficios de su país para desactivar la crisis. Un mes después, el ministro escribió al embajador de Isabel II en Londres, comentándole que el 10 había visto al inglés que le había reiterado la posición británica expuesta a principios de abril, con motivo de

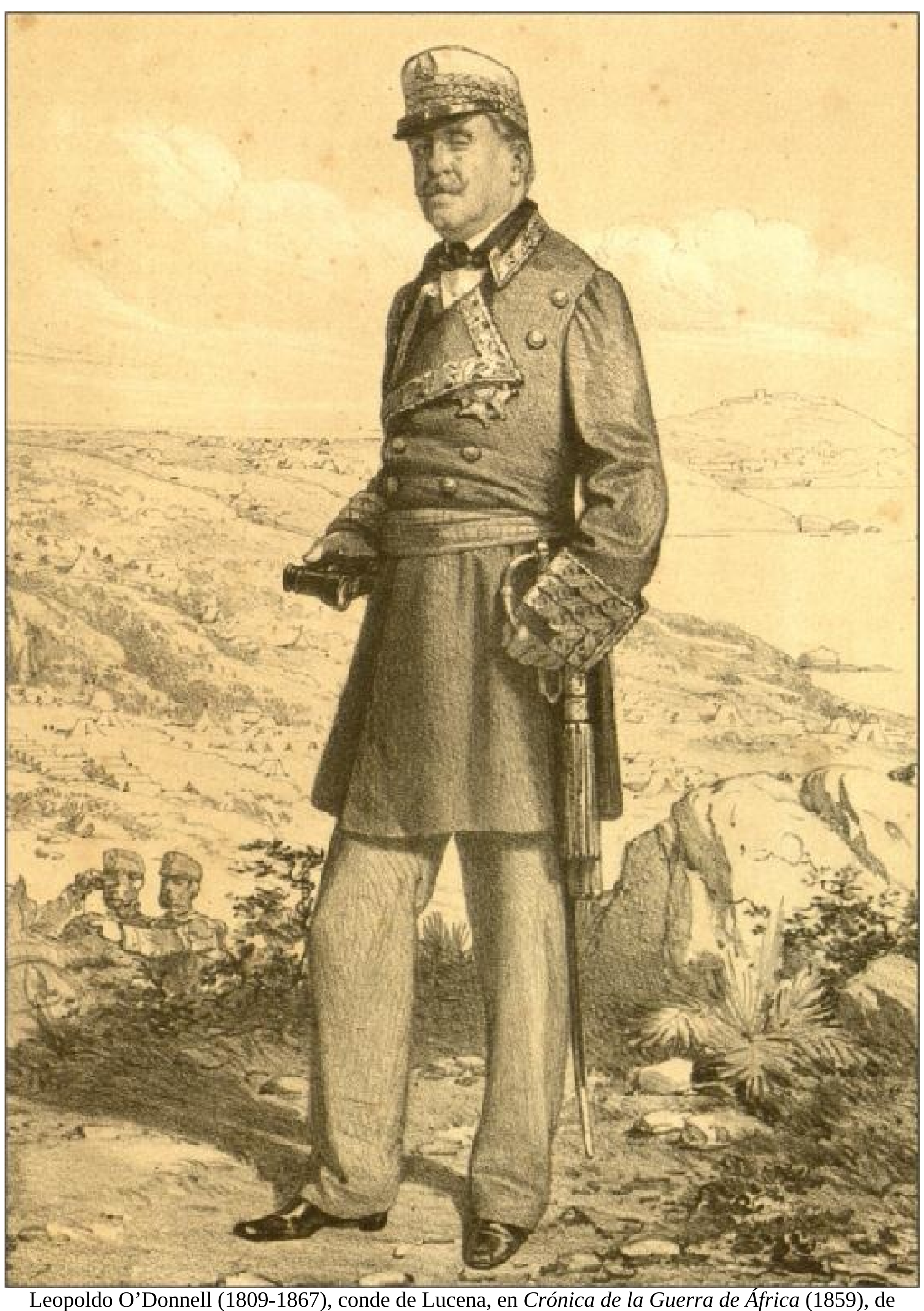
otro incidente, en el sentido de que su Gobierno «consideraría como cuestión grave cualquier ataque de fuerzas españolas contra los puertos del imperio de Marruecos, y especialmente contra Tánger». En aquella ocasión, lord Malmesbury, entonces jefe del Ministerio de Asuntos Exteriores británico, había llegado a manifestar que «si los buques españoles rompían las hostilidades contra Tánger, el Gobierno de la Gran Bretaña se creería en la obligación de dar órdenes a su marina para proteger aquella plaza»[54].

Calderón Collantes habría respondido que «el Gobierno de la reina está dispuesto a mantener su completa libertad de acción», y que «se había propuesto romper definitivamente las antiguas tradiciones, con arreglo a las cuales España, en sus diferencias con el Gobierno marroquí, se creía obligada a acudir a la mediación de otras potencias».

Ya en abril, por tanto, ambos gabinetes habían dejado establecida sus posiciones. El de O'Donnell, reclamaba su autonomía; el de Londres, intentaba poner coto a eventuales ambiciones españolas.

El 27 de septiembre, tres días después de la primera circular de Madrid, se produce un intercambio de notas significativo. Buchanan pide seguridades de que «los grandes aprestos» militares que hacía España «no proceden de variación alguna en los proyectos del Gobierno de Su Majestad católica, y no indican una intención por su parte de hacer conquistas en Marruecos, o de ocupar permanentemente una parte del territorio del sultán».

Su interlocutor le respondió en la misma fecha, repitiendo los términos de la circular. Va más allá, incluso, y asegura que «una vez firmado el tratado de paz que haya de poner término a las hostilidades […] el Gobierno español no mantendría la ocupación de aquella plaza [Tánger] dado el caso de que se viera en la necesidad de establecerse en ella».



Leopoldo O’Donnell (1809-1867), conde de Lucena, en *Crónica de la Guerra de África* (1859), de Emilio Castelar *et al*.

No obstante, el representante de Isabel II en Londres transmite a su ministerio una nota que ha enviado a lord Russell, a petición de este, en la que

resume una conversación que han tenido. En ella, reitera la posición del Gobierno. El 3 de octubre se le contestó con la impertinente frase de que «considero justo añadir que si Gran Bretaña no recibiera las seguridades que pide, se considerará en libertad para seguir la conducta que su interés le pueda exigir». El 6 respondió a su vez el diplomático español insistiendo una vez más en que «el Gobierno no abriga deseos de conquista, ni ambiciona nuevos dominios».

Quince días más tarde, y todavía no convencido, Buchanan se dirige a Calderón Collantes. Reconoce que su propio Gobierno «alberga recelos» —otra expresión fuera de lugar— de que la pretensión de ampliar la frontera de Ceuta «no pueda llevarse a cabo sin que resulte seriamente comprometida la libertad de navegación en el Estrecho de Gibraltar». Pide, en consecuencia, ser informado de «hasta dónde se propone el Gobierno de Su Majestad la reina de España ensanchar el radio de Ceuta».

Reacciona con la misma fecha del 21 el ministro diciendo que «es muy difícil, si no imposible, para el Gobierno de Madrid determinar, ni aun aproximadamente, la naturaleza de las garantías que podría verse en la necesidad de pedir». Se compromete, sin embargo, a «no ocupar en el Estrecho punto alguno cuya posición pueda proporcionar a España una superioridad peligrosa para la navegación». Claramente amostazado, apostilla: «he dado a V. S. repetidamente las explicaciones necesarias».

El penúltimo documento enviado por el gabinete de O'Donnell al Congreso es una orden, del 25 de octubre, al representante en Londres. En ella, y a raíz de una enésima entrevista con Buchanan, se subraya que España había establecido «espontáneamente» su posición en la cuestión de Marruecos. Es decir, la anunciada voluntad de renunciar a toda conquista era fruto de una decisión autónoma y no respondía a presiones externas de ningún tipo.

Del largo intercambio entre ambos países se desprende la obsesión del Gobierno británico por evitar que España mejorase su posición en el Estrecho. No se le puede negar sutileza, sin embargo. Así, cuando, dentro del forcejeo diplomático, el Almirantazgo despacha buques a Gibraltar, Drummond-Hay se apresura a aclarar al ministro de Mohammed IV que no estaban allí para obstaculizar las negociaciones con España «y que las simpatías del Gobierno británico estarían del lado español si el Majzén no aceptaba las peticiones sin demora»[55]. De esa forma, se utilizaba a los barcos, a la vez, para intimidar al gabinete de O'Donnell y poner coto a sus eventuales ambiciones de

engrandecimiento, y para advertir al sultán de que no contara con ellos como una baza contra Madrid.



Retrato de Isabel II, realizado por Fernando de Madrazo, Museo de Bellas Artes de Córdoba.

También se perciben los equilibrios que tuvo que hacer Calderón Collantes para conciliar su postura inicial frente a Marruecos, que no incluía ninguna reclamación territorial, con la consiguiente evolución hasta la

exigencia de que los límites de Ceuta llegasen a la sierra de Bullones. El ejercicio era todavía más complicado porque no podía ignorar que todos los escritos a El-Jetib pasaban por los ojos del cónsul inglés.

Desde luego, Gran Bretaña no actuó con entera lealtad en sus contactos con España, lo que, por otra parte, era normal en esas circunstancias. Así, en noviembre, la muy oficial *London Gazette* hizo públicos los textos intercambiados entre Londres y Madrid, mientras que el *Gibraltar Chronicle* hacía lo mismo, sin duda por consejo de Drummond-Hay, con los cruzados por El-Jetib y Blanco del Valle. Esta doble maniobra estaba dirigida a poner en una situación embarazosa a O'Donnell, lo que consiguió, en parte. Se verá enseguida que esos documentos provocarían en España una oleada de ataques al gabinete —como se pretendía—, y que continuó después de empezada la guerra, y aun cuando esta acabó, pero también de indignación contra Inglaterra, lo que, en cambio, no convenía a los intereses británicos.

Una reacción típica fue la de Manuel Ibo Alfaro[56], una combinación de rabia y de impotencia, cuando dice, a raíz de que «las notas diplomáticas entre Inglaterra y España se están publicando hoy»: «tomar Tánger para abandonarlo después es exponernos a perder y no ganar. Queremos que a nuestro pabellón no se le contente como a un niño, dejándole sentar en un banco que no es suyo, para hacerle levantar después». Algún excitado iría mucho más lejos: «Inglaterra con sus temidas y poderosas naves exagera y se engaña en su poderío», al tiempo que olvida que «España puede y vale apoyada en su derecho y en sus propias fuerzas mucho más que los ingleses creen». En caso preciso, añade, le sería fácil lanzar «cientos de buques» de corso, que pondrían en aprietos a la Royal Navy[57].

Se produciría, por otro lado, una circunstancia que colaboró a enturbiar aún más las relaciones bilaterales. Se trata de una deuda de 42 millones de reales, contraída durante la Primera Guerra Carlista, cuyo pago reclamó Inglaterra, lo que fue interpretado como una maniobra artera para colocar a España en una situación embarazosa, cuando se movilizaba contra Marruecos. El Gobierno hizo gran alarde de pagarla en el acto y en su totalidad. Pero, en realidad, fue un acto, a la vez, de puro quijotismo y de manipulación de la opinión pública nacional. La reclamación se había presentado en noviembre de 1858 —antes, por tanto, de los incidentes de Ceuta— y se había brindado la posibilidad de que se abonara en cuatro plazos anuales[58].

La actitud de lord Palmerston dejaría honda huella de «sospechas y odio» hacia Gran Bretaña, que se centraron en particular en Drummond-Hay, al que

se llegó a acusar de mandar en persona a las fuerzas marroquíes, lo que es tan poco verosímil como incompatible con su profesión[59].

A su vez, tampoco el Gobierno español actuó con total transparencia, no revelando a la opinión pública hasta junio del año siguiente una parte de las gestiones realizadas con Marruecos y Gran Bretaña, en un intento de ocultar las presiones que había sufrido y escamoteando los momentos de tensión con esta última que se llegaron a producir[60]. Más tarde, tendría que soportar los reproches en el Congreso de la oposición, que sostuvo que, de haber dispuesto de esa información en su momento, quizá no habría prestado su apoyo a la guerra.

LA CONEXIÓN FRANCESA

Se da la paradoja de que, cuando las presiones inglesas se conocieron en España, despertaron una reacción prácticamente universal de cólera. No obstante, en realidad, el primer ministro Palmerston había terminado por ceder, aunque solo fuera en parte. De ahí, que se haya escrito que «Buchanan cayó en la trampa», siendo superado en astucia por Calderón Collantes, y que el Majzén quedó «sorprendido y consternado por la aceptación inglesa de una ocupación temporal de una ciudad de Marruecos»[61]. En efecto, a la hora de la verdad, O'Donnell iba a tener «su» guerra. El 17 de octubre, Palmerston, irritado con «las agresiones de España», había escrito a Russell, para comentarle que «Marruecos ha cedido en todo lo que le hemos aconsejado ceder, y creo que nuestro honor está empeñado en protegerle ante más exigencias». Incluso se giraron instrucciones «para la ejecución de las medidas navales que sea preciso adoptar con el fin de interceptar a la escuadra española», en caso preciso[62].

Russell definió bien a Buchanan la irritación británica ante el empeño de Madrid, que había acabado por imponerse: «si España tiene el capricho de hacer la guerra, hay que condescender con ello»[63].

Aunque ni en las calles ni en las redacciones españolas se apreciaba, la actitud inglesa en este contencioso contrastaba favorablemente con la observada hacia Francia respecto a África del Norte, cuando había mostrado mucha mayor firmeza. Entonces, el primer ministro francés «reconoció francamente el derecho que tenía Inglaterra de pedir explicaciones sobre una empresa que podía afectar a sus intereses, y el deber de Francia de disipar las sospechas»; «el Gobierno francés, antes y después de la guerra, prometió no apoderarse de ninguna porción del territorio marroquí, pidiendo solo una

reparación», lo que cumplió. En efecto, «en 1844, Inglaterra demandó explicaciones, y Francia no consideró humillante darlas de una manera franca y completa»[64].

Sin duda, esa diferencia obedecía a varias razones. Entre ellas, el apoyo, al que ya se ha aludido, que España recibió de varias potencias, o la muy superior amenaza que representaba Francia, pero también la enorme hostilidad contra Gran Bretaña que se había producido en la opinión pública española y que Londres no deseaba alimentar.

No pudo complacer al soberbio Napoleón III «el gran contraste entre las escasas garantías [obtenidas por Gran Bretaña de España] y los completos compromisos impuestos a Francia en 1844»[65]. A ello hay que sumar que «no cabe duda de que el avance de O'Donnell en Marruecos generó un inquieto desasosiego en Francia […] presta a cortar de raíz cualquier conato de enfrentamiento entre España e Inglaterra»[66], pero que tampoco podía ver con satisfacción que otra potencia europea tuviera miras sobre Marruecos, que ya entonces consideraba como un territorio de expansión natural para sus posesiones en Argelia.

Por el momento, sin embargo, necesitaba aliados para equilibrar el poderío británico y España le resultaba un útil apoyo en sus aventuras exteriores, como ya estaba haciendo en Cochinchina y no tardaría en repetirlo, aunque con carácter limitado, en México.

Debido, pues, a su interés en mantener buenas relaciones con Madrid, el emperador daría, el 7 de septiembre de 1859, instrucciones a su ministro de Asuntos Exteriores para que insertase en el diario *Le Moniteur* una referencia a «la satisfacción que [Francia] sentiría al ver a España vengar las afrentas sufridas»[67]. Con ello pretendía contentar al Gobierno de Madrid, más que al patriotismo, de una prensa ibérica desencadenada, cuyo muy numeroso sector liberal le era hostil. Sin embargo, al hallarse todavía sin resolver la potencialmente explosiva «cuestión de Italia» el respaldo sería limitado, como demuestra que el 23 de noviembre de ese año, ya rotas las hostilidades, el embajador francés alardeara de que había observado «una actitud completamente neutral e imparcial»[68].

Si el entusiasmo francés por las iniciativas africanas del gabinete de O'Donnell era descriptible, también lo era el que despertaba en distintos ámbitos de España el expansionismo del vecino imperio: «el Gobierno español no puede mirar con indiferencia que otras naciones vayan ensanchando su dominio en un país que está tocando a España, y en el que tiene enclavadas algunas de sus plazas fuertes». Se recordaba, al respecto, que

«España quedaría cercada si Francia toma Marruecos»[69]. Así pues, al final de una enrevesada senda diplomática, O'Donnell tenía las manos libres para operar en el norte de África, aunque dentro del estrecho límite fijado por Gran Bretaña.

Se ha discutido si se actuó con buena fe en las gestiones realizadas con el Majzén. Desde luego, ya se ha visto, Inglaterra opinaba que no, y lo mismo, inevitablemente, creyeron los marroquíes, que difundieron una circular respondiendo a las de Madrid[70]. En sentido opuesto pensaba la mayoría de los países europeos importantes, que deseaban acabar con la piratería berberisca y que, en todo caso, eran poco escrupulosos con las naciones que consideraban «incivilizadas».

No hace falta decir que en el Congreso, la prensa y la opinión pública de España prevalecía el convencimiento de que se había actuado con mesura y que la ruptura había sido inevitable por la obcecación y la intransigencia de Mohammed IV. Hubo, sin embargo, voces que resaltarían después que «los esfuerzos de los marroquíes para evitar una ruptura fueron infructuosos, pues sea que fuesen exageradas las pretensiones nuestras respecto a satisfacciones, sea que fuesen en realidad insatisfactorias, o más bien por ambas cosas, no se prestó O'Donnell a admitir ninguna solución pacífica de las cuestiones, prefiriendo la guerra»[71]. «Sin mirar que la gravísima enfermedad del sultán dejaba a Marruecos sin gobierno momentáneamente y amenazaba con todos los peligros de la sucesión», España nunca cejó en sus presiones, y, «aunque el Majzén no se negó a dar satisfacción, proclamamos el propósito de tomarla por nuestras manos»[72].

Quizá sea apropiado dejar la última palabra en esta materia a alguien tan bien informado, a pesar de su juventud entonces, como Antonio Cánovas del Castillo. Admite que «Inglaterra fue más prudente con nosotros que lo había sido con los franceses en ocasión semejante», destacando que «la moderación de la Inglaterra y la del Gobierno español nos han salvado tal vez de un gran riesgo»[73]. Respecto a Marruecos, sostiene que «las dilaciones, tal vez necesarias; los escrúpulos, tal vez excusables, de los marroquíes se tomaron en la Península por nuevas y calculadas afrentas». La realidad es que «no había ya medio de avenencia; la España quería pelear a toda costa, mientras que el nuevo sultán, mal seguro en su trono, deseaba más vivamente cada día la paz». En efecto, «sobrevino la guerra con España a pesar de los deseos que realmente tenía el sultán de mantener la paz […]. Nada bastó para colmar la justa cólera [de España]». Exonerando de responsabilidad al Ejecutivo, lo que

es discutible, afirma que «el Gobierno que presidía el conde de Lucena [O'Donnell] no pudo entonces oponerse al unánime impulso» de la nación[74].

Tenía razón el futuro presidente del Consejo de Ministros. Mohammed IV necesitaba una tregua para consolidarse en el poder. Poseía, además, conocimiento de primera mano de las limitaciones de su propio ejército y de las capacidades de uno europeo, por haberlas experimentado personalmente en la tremenda derrota de Isly[75]. No ignoraba, por tanto, que podía ganar poco y perder mucho en un conflicto con España.

En sentido contrario, se ha mantenido que «es probable que el nuevo sultán, muy necesitado del apoyo de sus súbditos, buscara para afirmarse en el trono la Guerra Santa»[76], mientras que Ennasiri Esslaoui sostiene que ante las protestas de los cabileños, Mohammed IV consultó a sus asesores y «algunas personas de su entorno le inclinaron a la guerra; […] pretendían dar buenos consejos y le presentaron al enemigo como si fuera insignificante, lo que es muy impolítico, aunque el adversario sea débil y despreciable».

Al margen de que el mencionado autor no es siempre fiable, y del desprecio que sus compatriotas sentían por los españoles como militares, sorprende que el sultán, que, como se acaba de comentar, sabía de la potencia del armamento moderno, quisiera embarcarse en un conflicto. Parece más bien que, al contrario, y por, entre otros, los motivos mencionados antes, «tenía muchos más deseos que su padre de mantener buenas relaciones con los países cristianos»[77].

LOS MOTIVOS

Las razones que tuvo España para lanzarse a esa guerra son múltiples y todavía hoy se debaten. Lo que no se puede discutir es su profunda popularidad. «El octogenario anciano», «el balbuciente niño», «la distraída ama de casa», «la retirada virgen en el claustro»[78], fueron uno, junto al resto de sus compatriotas, a la hora de pedir sangre de «infiel». Sin duda, fue «el único acontecimiento bélico de esta época que halló verdadero eco en la opinión pública»[79]. Resulta imposible exagerar la magnitud del papel que, por primera vez en la historia del país, desempeñó la prensa en ese estado de ánimo[80], no vacilando en jugar con los peores instintos de la población, lo que justifica plenamente que se haya hablado de la «primera guerra mediática española»[81]. Con el lenguaje almibarado y ampuloso de la época, erigió un tosco edificio, hecho de cartón piedra, tan basto, por lo simplista, como efímero, por lo que luego se vio, apelando a los manes de Isabel la Católica y

de Cisneros, a un falso patriotismo y a los más innobles atavismos, como los que destilan, entre muchas otras, las páginas del periódico satírico *El Cañón Rayado*.

Desplegó, al tiempo, un tacticismo digno de mejor causa. Los periódicos de la oposición, quizá porque esperaban que O'Donnell se empantanara en las arenas africanas. Por su parte, los ministeriales, como se decía, bien seguían la corriente, bien obedecían las inspiraciones del departamento de Gobernación, cuyo titular, José de Posada Herrera, era un notorio belicista. Frederick Hardman estima que en su virulenta «unanimidad» exigiendo la ruptura, la prensa hizo «un uso poco juicioso de su poder»[82] y Alfred Germond de Lavigne alude a su «lenguaje demasiado enfático y prematuramente glorioso»[83]. Coincide Gabriel Maura[84], el cual, comprende que la masa de la población se dejara arrastrar por las demagógicas llamadas de los periódicos, pero no entiende, en cambio, que «las clases directoras, la prensa, muy singularmente» entraran en ese juego.

El fervor despertado fue tal que, para saciar la avidez de noticias, se produjo una eclosión de publicaciones, algunas de ellas de muy bajos vuelos, y que no se recataban de plagiarse entre sí. En periódicos como *La Correspondencia* hubo que pedir protección policial para «que pusiese coto a la muchedumbre que con su dinero en la mano acudía a comprar los partes extraordinarios»[85].

Que llegó un momento en el que «España quería pelear a toda costa», como acaba de decir Cánovas, es irrebatible, y así hubo malas lenguas que tildaron a O'Donnell de «Príncipe de la Paz»[86] por persistir en las negociaciones. Quedan abiertas, sin embargo, dos cuestiones. La primera es la causa de esa llamarada belicista. La segunda reside en si el gabinete se dejó llevar por un torrente que no podía controlar ya, o si, por el contrario, lo propició, para apuntalar una política previamente decidida.

Son múltiples los motivos que se adujeron para justificar la guerra. Para la facción neocatólica, era una nueva cruzada, destinada a cristianizar a los infieles, pero se trataba entonces de una corriente minoritaria, aunque no exenta de influencia. Otra razón alegada, con deplorable frecuencia fue «el odio al musulmán, como levadura inextinguible»[87]; «la mortal contienda entre moros y cristianos, el profundo antagonismo de razas»[88]. Menudearon al efecto, las alusiones a la Reconquista: «diez siglos hace que la España está esperando este momento; en el reloj de la Historia había sonado la hora de venganza contra sus enemigos hereditarios», «los moros son los enemigos de nuestra raza»[89].

También hubo posiciones más altruistas, en la línea condescendiente tan habitual en aquellos tiempos. Se trataba de «introducir la civilización en las naciones incultas» —lo que no impedía que se soñase con una colonia de 50 000 km^2, poblada por cerca de un millón de habitantes—,[90] «para honra y gloria de la Humanidad y la civilización», ya que «ahora se trata de civilizar al África»[91]. Ese ímpetu podía ser tan fuerte como para desembocar en declaraciones sorprendentes: para España «sería más humillante no llevar la civilización a Marruecos que soportar una guarnición extranjera en Gibraltar»[92].

Había quien consideraba que llevar las luces al otro lado del Estrecho, y más aún si eran acompañadas por la religión, era empresa tan elevada que permitía ignorar los principios jurídicos: «la conquista puede ser santa, aun atropellando el derecho de gentes, si el conquistador enarbola, al mismo tiempo que la espada, la antorcha de la civilización y el estandarte de la verdadera fe»[93].

No eran pocos los que pensaban, sin embargo, que el país no estaba en condiciones de ir a «civilizar» a nadie: «no vamos a civilizar a los moros, […] encárguense de vivificar a otros países los que tengan exceso de vida; ¿no tenemos acaso necesidad de recoger, de concentrar en el interior todo el espíritu vital para luchar contras las causas de nuestra decadencia?»[94]. En esa línea, se alegaba que en España faltaba población y sobraba tierra por explotar, con una densidad de 950 habitantes por legua cuadrada, comparada con los 2000 del vecino país[95]. Además, «conquistas, no las necesitamos, que harta dificultad nos cuesta mantener nuestras dilatadas y ricas colonias, sin contar con que en la península hay no poco terreno»[96]. Alguno se preguntaba si el país «¿debía empobrecerse y despoblarse más y más para buscar en las inhospitalarias playas y pantanosos valles del África lo que de sobra tiene?»[97].

El modelo francés, en cualquier caso, estaba presente: «la obra de Francia en Argelia es la obra que a la España espera en Tánger y Tetuán»[98], aunque tampoco faltaban voces menos ambiciosas: «abandonemos, para siempre, el sistema de conquistas», lo que hay que buscar es «influencia política y ventajas religiosas, civiles y comerciales»[99].

Primaba, no obstante, el naciente africanismo, que planteaba una misión secular, designada por el Cielo: «nuestro destino es África; Dios la ha acercado al continente español, a la civilización española, para llevar sobre ella su vida […] El trabajo de civilizar al África le corresponde al pueblo más occidental de Europa, a España. El dedo de Dios señala el camino»[100].

Abundando en esa dirección, se invocaba «el grito providencial que nos manda llevar a sus inhospitalarias playas la civilización», porque «Dios, que nos ha apartado del resto de Europa por una formidable cordillera, […] nos ha unido al África por un Estrecho, angosto paso»; no había sino que respetar «el plan divino de la Historia»[101]. Se destacaba, asimismo, «el porvenir que allí se brinda a nuestra patria, norte a donde se dirigió constantemente la política de Fernando el V»[102], afirmándose que «el Riff nos convida a su conquista», e incluso se diseñaba «un plan de conquista»[103].

Algunos, como Márquez de Prado, estimaban que «es llegada la hora de que el pabellón español domine y se eleve orgulloso entre las tribus agarenas, con beneficio propio y sin detrimento de las demás naciones; al contrario, prestará utilidad a la seguridad y comercio universal»[104]. Anglófobo, como tantos de sus compatriotas, y sospechando ambiciones británicas, advertía: «¡Ah del día en que la bandera de San Jorge llegase a tremolar sobre el pináculo del Monte Hacho!». Si eso llegaba a suceder, pronosticaba Ceuta que «sería aún más temida que la nombrada y potente Gibraltar»[105].

Cánovas, entonces, militaba en esas aguerridas filas. En 1851, declaró que «en el Atlas está nuestra frontera natural»[106], y tres años después sostuvo que «España puede ser todavía una gran nación […] extendiéndose por la vecina costa de África»[107], para confirmar en 1860 que había que «cumplir en África nuestro destino»[108]. Más tarde, cargado ya de amargas experiencias, renegaría de esos fervores, de «esa frase juvenil», pronunciando solemnemente en la Cámara: «yo me desdigo»[109].

Otros opinaban que la vía del sur era la única para «la recuperación de nuestro antiguo poderío», debido a que «perdidas las Américas, y sin poder intentar ningún género de empresa en el continente europeo, no le queda a España para ensancharse otro campo abierto que el de las regiones africanas», con la ventaja adicional de que así se evitaba el cerco francés de la Península[110]. Quedaba espacio para el delirio; la conquista de Marruecos sería fácil, «por el miserable estado del conocimiento en todos los ramos, y especialmente en el arte de la guerra», y ofrecía una ventaja añadida: «además, en lo interior del África está Tim-bo-Kud (sic), ciudad célebre por sus riquezas»[111].

Había también quienes buscaban en la guerra efectos que se podrían llamar terapéuticos. Se trataba de «sacar a España de su abyección»[112]; «el grito de “¡Guerra al África!”, vino a reanimar su decaído espíritu»[113], al tiempo que servía para «cerrar horizontes sombríos que señalaban las diversas banderías al Ejército»[114], protagonista político de aquel siglo.

Tampoco cabe desdeñar un complejo de inferioridad nacional que se quería borrar. No se iba a Marruecos a tomar «posesión de dos o tres leguas de terreno», ni a conquistar Tánger u otra ciudad, ni a dominar el Estrecho. «La idea grande, la idea principal […] es la de colocarnos entre las naciones de Europa en el sitio que nos corresponde, es la de hacer ver que hemos sido mal juzgados, que valemos tanto como cualquier otra potencia, y más que algunas». Hasta entonces, se afirmaba, los españoles habían vivido «despreciados y abatidos» porque «la Europa se ha vengado en el siglo XIX de las humillaciones por la que la hicimos pasar en los siglos XVI y XVII»[115].

La guerra se convertía así en una panacea. Para Alarcón, uno de los más notables africanistas de la época[116], en Marruecos no solo se hallaba «el tesoro de grandeza que perdimos», sino que España encontraría allí «un interés común para sus mal avenidos hijos, […] un empleo digno a su valor y a sus fuerzas», al tiempo que se «purifica […] una atmósfera malsana y, sobre todo, nos revela a los demás y nos devuelve a nosotros mismos la conciencia que casi habíamos perdido de nuestro ser»[117]. Gracias al conflicto, «el pueblo español se agita hoy movido por el entusiasmo; este entusiasmo une los partidos entre sí, y los partidos unidos se acercan al trono; hoy el trono de España está identificado con el pueblo»[118]. El campo de batalla sería «el gran absorbente de todos los elementos de agitación que pueden perturbar nuestra sociedad»[119]. Para conseguirlo, todo sacrificio era poco: España debe «levantar su nombre, aunque para ello tenga que derramar con profusión sus tesoros y su sangre»[120]. Se habría tratado, entonces, desde esa perspectiva, «de un ejemplo clásico de una guerra de honor»[121].

Es curioso que varios incondicionales de la intervención estimaran que los incidentes de Ceuta, por sí mismos, no la justificaban. Así se reconocía que «hay desproporción entre la noble ira que hoy conmueve a toda España y el vejamen que pudo haber sufrido nuestro pabellón»[122], y que «sin grande mortificación para el orgullo nacional se hubiera podido una vez más tolerarse» lo sucedido[123]. Si los que apoyaron la expedición pensaban de esa manera, los críticos eran demoledores; se trató de una «represión ridículamente desproporcionada»[124]; «la Guerra de África, [es] gloria de nuestro ejército, aunque no de la justificación española. […] En ningún escrito [la] vemos justificada»[125]; «la guerra pudo y debió evitarse»[126].

Autores posteriores se mostraron menos contundentes: los acontecimientos «fueron en un principio de escasa importancia, y es muy probable que un poco de buena voluntad por ambas partes hubiera podido conjurar la tormenta totalmente, sin menoscabo del honor de nadie»[127].

A la vista de tantos beneficios como se anticipaban —hasta «una resurrección» de España—,[128] nada extraña que muchos vieran detrás de la general efervescencia la larga mano del Gobierno. El poco sospechoso Tomás García Figueras[129] admite que «la Guerra de África se montó artificialmente, para servir un objetivo interior: la gran unión efímera de los españoles en torno a una empresa exterior», y Nelson Durán[130] afirma que se trató de «aprovechar las complicaciones en el exterior para distraer la atención de las cuestiones domésticas».

Con ello, confirman las opiniones de distinguidos antecesores: se habría buscado «sobre todo, asegurar la preponderancia de un partido nuevo que surgía con proyectos nobles y generosos»[131]; «no para vindicar el honor nacional, que no fue verdaderamente ultrajado, sino con otros fines se promovió la guerra con Marruecos; […] se proponía con aquella lucha distraer a los partidos políticos de las cuestiones que los destrozaban, y al país, reuniendo su pensamiento y su acción en un asunto verdaderamente nacional y popular»[132]; «es verosímil que el Gobierno buscase en África, a sabiendas de que nada más lograría, esa gloria militar aparatosa y huera, pero tan fecunda después en provechos políticos dentro de las naciones latinas»[133].

Según esa teoría, O'Donnell «no pudo menos de aprovechar, como venida del cielo, esta coyuntura de una guerra exterior […] que le permitía apaciguar las pasiones políticas, reconciliar a los partidos entre sí y consolidar la autoridad del trono»[134]. Los incidentes habrían sido un «pretexto» para una «guerra absolutamente querida, buscada por España»[135]; «la fortuna del general le proporcionó una ocasión de rehabilitarse, de distraer al menos la atención pública hacia un objeto de preponderante interés: la Guerra de África»[136]. El embajador francés fue más lejos. El 25 de agosto de 1858, más de un año antes de la ruptura, informa a su ministerio que el jefe del gabinete se hallaba «en una situación crítica, acosado por las fuerzas de la reacción y de la revolución», y el 3 de diciembre asegura a París que el propio O'Donnell le ha comentado que desde hacía años tenía en la cabeza la idea de una operación contra Marruecos[137]. De ahí que, en 1859, lanzara ese «cebo al honor nacional»[138].

Lo que resulta indiscutible es que tan pronto como el 27 de agosto de ese año, el conde de Lucena empezó a utilizar un lenguaje amenazador, seguido casi de inmediato por preparativos bélicos, que se compaginaban mal con los pretendidos deseos de paz, y que existió una «frustración española ante el constante "sí" marroquí», que dificultaba el recurso a la guerra[139].

Es, asimismo, claro que, bajo la apariencia de oasis de paz que se tiene del «gobierno largo» de O’Donnell, subyacían serias tensiones. Una publicación tan oficial como la *Memoria sobre la organización y estado del ejército en 1 de enero de 1860*[140], elaborada por el Depósito de la Guerra, a la que se recurrirá con frecuencia en el capítulo siguiente, dedica siete páginas a describir lo que llama «sucesos políticos». En la introducción, mantiene que:

> […] los años de 1857, 1858 y 1859 fueron de bastante gravedad porque revelaron que las ideas socialistas se habían infiltrado en determinadas provincias entre las clases bajas del pueblo, manifestándose por repetidos ataques a la propiedad y otros actos no menos odiosos y alarmantes; las ideas absolutistas [esto es, carlistas], sirvieron también de pretexto para alterar momentáneamente el orden en algunos puntos.

Así pues, durante el periodo, la situación interna fue tranquila, pero, solo comparada con las agitaciones aún peores que se habían producido, que por sí misma.

Resulta singular que biógrafos abiertamente favorables al presidente del Consejo de Ministros admitan su deseo de llegar a un conflicto, o, al menos, que este le favoreció. En la interpretación de uno de ellos, «don Leopoldo O’Donnell supo manejar con tan hábil política esta cuestión, que consiguió que el pueblo mismo le pidiera a gritos lo que él deseaba dar al pueblo», añadiendo que las sucesivas prórrogas concedidas a Marruecos tenían el objeto de «dejar que el corazón de los españoles fuera colmándose en (sic) encono»[141]. Según otro, «asediado siempre por las recriminaciones de sus enemigos, por los golpes de la prensa y por las interpelaciones de la oposición, el conde de Lucena, cansado de aquella lucha continua, comenzaba a entrever que no podía resistir mucho tiempo; sin embargo, se presentó un incidente que hizo cambiar repentinamente la faz de los negocios del Estado; este incidente fue el atentado de los marroquíes», que le permitió «sacar todo el partido posible de la guerra»[142].

Galdós[143] lo ha dicho con gracejo: «el agravio no es de los que piden una reparación de sangre. Fueron los españoles a la guerra porque necesitaban gallear un poquito ante Europa, y dar al sentimiento público, en el interior, un alimento sano y reconstituyente. Demostró el general O’Donnell gran sagacidad política, inventando aquel ingenioso saneamiento», aunque no falta quien estime que «antes de que la conveniencia de la guerra se hubiera sopesado lo suficiente, el clamor público la había hecho inevitable»[144]. Al final, en realidad tanto el gabinete como el país la querían; además, llegó un momento en que «era evidente que si el Gobierno no la hacía, la oposición se encontraría en situación de derribarlo»[145], hasta tal punto se habían

exacerbado los ánimos bélicos. Queda la duda de si el «invento» al que alude don Benito fue espontáneo o si acabó por arrastrar a su presunto creador.

Hay, no obstante, algo melancólico en el conflicto próximo a reventar. Lo comentaron dos militares que pasaron a Marruecos. Uno de ellos, al ver el tristemente famoso garitón que inició todo, no pudo evitar una alusión al «mísero origen, manzana de la discordia de la presente campaña»[146]. Otro de ellos, el jefe del Estado Mayor del Ejército, mascullaría: «cuando nuestros nietos recuerden esta guerra, no querrán creer que ese miserable edificio había dado origen a la terrible campaña que nos espera»[147].

2

ESPAÑA, 1859

UN PARTIDO «BABILÓNICO»[1]

En la época, se podía afirmar que España era «tan poco conocida hoy como la China o el Japón»[2]. En efecto, «por extraño que parezca, ese país, situado, por así decirlo, a las puertas de Europa, es menos conocido que América del Sur»[3], y «raramente visitado»[4].

De alguna manera, y a pesar de que se contaba entre las potencias vencedoras de Napoleón, tras 1814 y el Congreso de Viena, Fernando VII y su diplomacia habían conseguido que España se apartara del concierto continental, mientras que una interminable sucesión de pronunciamientos y contiendas internas la habían mantenido alejada de las corrientes de la época. Los viajeros que, por curiosidad o con motivo de las guerras habían pasado los Pirineos, estampaban memorias habitadas por mujeres morenas y de ojos ardientes, torvos curas envueltos en los manteos, contrabandistas de trabuco y calañés y hombres apoyados en las paredes, calado el sombrero de amplias alas que tapaba el rostro, arrebujados con la pañosa y fumando en tétrico silencio. Cualquier ruina eran restos de castillos musulmanes, nunca cristianos; las ciudades, conventos, y en la comida sobraban el ajo y la cebolla.

Desde la Primera Guerra Carlista, el país había estado gobernado por dos espadones, Baldomero Espartero y Ramón María Narváez, antiguos compañeros de armas convertidos en adversarios irreconciliables, llegados al poder merced a la debilidad de partidos, que intentaban perennizar su fugaz paso por el Gobierno promulgando constituciones de corta vida. El rival político era un enemigo a destruir y la expresión «leal oposición» se consideraba una absurda contradicción en términos. El objetivo fundamental era, casi tanto como hacerse con el mando, expulsar de él al contrincante.

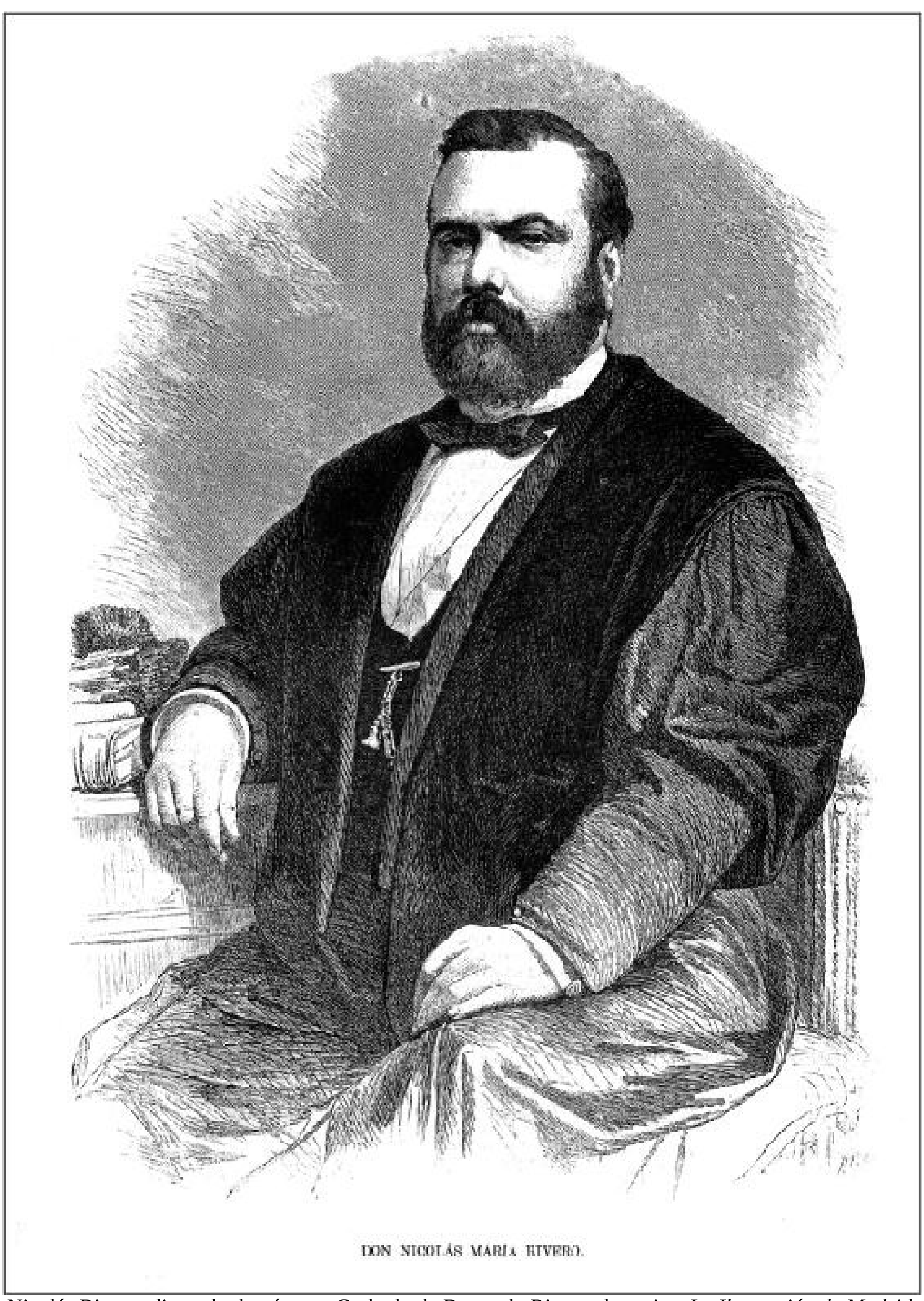
Todo ello cambiaría, en gran medida, con el nombramiento de Leopoldo O’Donnell como presidente del Consejo de Ministros, en junio de 1858. Descendiente de una familia irlandesa de militares, había hecho una brillante carrera en la guerra carlista, que empezó como capitán y acabó como mariscal

de campo —equivalente a general de división— y con el título de conde de Lucena, lo que testimonia tanto su indiscutible valía como la exagerada generosidad que se practicaba en España con los ascensos y los honores. Hay que anotar que él mismo diría, lo que le honra, que no se podía ganar gloria en una contienda civil[5]. Poseía, también, una amplia experiencia política, habiendo participado, como era propio de la edad, en conspiraciones y pronunciamientos, alternando el exilio con la cartera ministerial, lo que era asimismo habitual, en una época en la que se aceptaba como algo natural que cada partido contase con su propia «baraja de generales»[6].

No obstante, «fue siempre *rara avis* entre los grandes políticos pretorianos del liberalismo de su época»[7]. «El más sutil entre todos los personajes militares de la época»[8], hacía gala de «una conducta enigmática»[9], de una permanente flema —«singularidad inapreciable», que le hacía parecer «un general extranjero al servicio de España»[10]—, plasmada en la eterna sonrisa que todos sus contemporáneos resaltaron, indescifrable para unos y exasperante para otros.

«Liberal a su modo»[11], huyó del cainismo que había presidido hasta entonces la vida española, en la que al enfrentamiento entre patriotas y afrancesados sucedió el de liberales y carlistas, primero, y el de progresistas y moderados, después. Buscaba una tercera vía que, recogiendo las facciones más razonables de los dos últimos partidos citados, acabase con las confrontaciones estériles que habían paralizado al país, para sustituirlas por algo parecido a lo que años después se llamaría un proyecto sugestivo en común.

La fórmula que encontró, con la inestimable ayuda de su secretario particular, Cánovas del Castillo, fue bautizada con el nombre de Unión Liberal y agrupaba a moderados sensatos y a los denominados «progresistas resellados», que defendían posiciones alejadas de toda estridencia. El mecanismo, «resultado de la descomposición de los antiguos partidos»[12], erosionados por el ejercicio del poder, tuvo tal éxito que permitió formar el «gabinete largo», el de más prolongada vida —cuatro años y casi ocho meses — desde la Guerra de la Independencia. Una idea de su popularidad la da que en las elecciones de 1858 obtuvo 251 de 349 escaños, frente a 69 de los moderados no integrados, 26 de los progresistas «puros» o «ayacuchos», 2 de los neocatólicos —algo parecido a una reencarnación del carlismo— y 1 para los demócratas.



Nicolás Rivero, diputado demócrata. Grabado de Bernardo Rico en la revista *La Ilustración de Madrid*, del 27 de marzo de 1870.

Rompiendo con una desdichada tradición, «la función de la política bajo el sistema consistía en la reconciliación de los diversos intereses, más que en

la imposición de soluciones dogmáticas»[13], lo que le permitiría, por ejemplo, hacer suya sin complejos, y con buenos resultados, parte de la línea económica del Bienio Progresista (1854-1856). Anclado, otra bienvenida novedad, en el pragmatismo, el eclecticismo y el posibilismo, fue un «intento de modernizar la vida política», partiendo de «la transigencia, no del dogmatismo»[14].

Uno de sus miembros, Alonso Martínez, expuso su génesis y objetivos. En la Unión Liberal «vinieron a tocarse las dos fracciones, la más conservadora del antiguo Partido Progresista y la más liberal del antiguo Partido Moderado». Pretendía «primero, impedir a todo trance que el poder llegue a manos de la reacción, […] y segundo, impedir la invasión de las ideas democráticas y socialistas», para lo que se creía que «debía reforzarse el principio de autoridad, pero sin renunciar de ninguna manera a los principios legítimos, a las conquistas gloriosas de la revolución, y aceptando la idea de un progreso lento, pero indefinido»[15]. El único diputado demócrata, Nicolás María Rivero, coincidía en parte, al aludir a «esta que no es reacción ni revolución, y que se ha convenido en llamar Unión Liberal»[16], mientras que un periódico de la oposición[17] la describía, sañudo, como una alianza entre «moderados sofistas» y «progresistas eunucos».

El problema del ensayo era que se trataba de una reunión de hombres, más que de proyectos, carente de una auténtica vertebración ideológica, «una colección de burgraves [los que hoy se llamarían barones] de intereses no ya divergentes, sino hasta a veces contradictorios, amalgamados por su lealtad personal a O'Donnell»[18], y separados por sus egoísmos respectivos, se podría añadir. Se trataba de «un admirable estado mayor sin ejército», como se ha dicho en términos castrenses[19], un conglomerado de ambiciones individuales que el paso del tiempo hizo cada vez más difícil conciliar, ante la «falta de principios fijos»[20]. Un avezado rival apostilló, en referencia al conde de Lucena: «sus aspiraciones tenían que concretarse a allegar a su persona individuos, fuese la que quisiera su comunión anterior; bastábale el que aceptasen simplemente el seguirle, olvidando su pasado, anteponiendo a él su interés en unir su suerte y su porvenir a la suerte personal del capitán general O'Donnell»[21]. No faltaban socarrones que, por esa razón, cambiaban el nombre del partido por «Confusión Liberal».

Por otro lado, el sistema en sí tenía serias limitaciones de fondo. La ley electoral exigía para votar un patrimonio que pagara 400 reales de contribución directa, y de 1000, con una renta de 12 000, para ser elegible[22]. A su vez, «las clases proletarias no pueden nada sin la asociación, y la

asociación, cuyo solo nombre entre nosotros es un crimen, les está vedada, o poco menos, por las leyes»[23]. De esa forma, amplios sectores de la población, incluyendo el incipiente de trabajadores de la industria, permanecían al margen de la vida política. El descarado activismo del ministro de la Gobernación, Posada Herrera, maestro en la manipulación electoral, hasta el punto de que se le ha atribuido la creación del cacique político, aumentaba la artificialidad del régimen.

Al tiempo, al fagocitar la Unión Liberal a amplios sectores de los dos grandes partidos que habían sido columnas de toda la estructura política, el progresista y el moderado, ambos quedaron seriamente debilitados. Aquel, además, hipotecado por la ciega hostilidad de Isabel II, y este, que desde un principio «se mostró hostil al nuevo gabinete»[24], maltratado de forma especial por el Gobierno, que, bien pertrechado por una severa ley de censura[25], que se endurecería mientras duró el conflicto[26], se cebó en sus órganos de prensa. El mismo O'Donnell sabía mejor que nadie del peligro para la estabilidad que ese vacío suponía. Consciente de que «la Unión Liberal no es partido, ¿cómo ha de ser partido el que entraña la idea de todos?»[27], propuso a Juan Prim, sin éxito, establecer entre ambos un esquema rotatorio, que entonces no pudo ser, pero que se implantaría en el turno pacífico de la Restauración.

A la falta de un verdadero respaldo popular, la carencia de ideología y de alternativa, y el fraccionamiento de las formaciones políticas tradicionales, se sumó un aventurismo en política exterior, mediante intervenciones armadas, que contribuiría al eventual fracaso de la Unión Liberal. Entre ellas, la Guerra de África fue la menos desafortunada, o la más acertada, dependiendo del punto de vista. La de Cochinchina resultó estéril, aunque supuso pérdidas humanas y gastos para el erario. Quizá, su única compensación fue permitir al público leer, en un mismo día[28], noticias sobre operaciones en tan lejanas tierras y en Marruecos, lo que es posible que diera una sensación de poderío, falsa, por otro lado. En cuanto a la de Santo Domingo fue un derroche ruinoso, con un coste de más 30 000 vidas y casi 400 millones de reales, para nada. Se intentó jugar a la gran potencia, al modo de la Francia de Napoleón III, sin que el país pudiera permitirse tales lujos. A larga, esas empresas contribuyeron a fragilizar los gobiernos de O'Donnell.

Dicho esto, no cabe duda de que, merced a la estabilidad que implantó y a muchas de las decisiones que adoptó, «el gobierno largo de la Unión Liberal constituyó el momento más brillante de la era isabelina»[29], lo que se podría ampliar hasta englobar la regencia de María Cristina. Fue «una tregua

benéfica y fructífera»[30], que permitió hasta a los rivales hablar de «nuestro progresivo y visible engrandecimiento»[31], y a los extranjeros de un país «tranquilo y bien administrado», así como expresar su «sorpresa a la vista de esta organización administrativa, de estas organizaciones prácticas tan variadas, de ese desarrollo de la instrucción pública, de esas creaciones de medios de viabilidad, de industria, de comercio; lejos de estar atrasada con respecto a otras naciones, España está a la altura de las demás, desde varios puntos de vista, y en víspera de llegar a ella en los restantes»[32]. «Se pensaba que ya no quedaba más que la España legendaria», y, sin embargo, en «industria, administración, instrucción pública, finanzas, guerra, la nación española ha abordado, aunque no totalmente resuelto, todos los problemas que plantean estas diferentes ramas del gobierno»[33].

Al calor de la situación, se generó en el país un inusitado optimismo, una renovada fe en sus capacidades y en su destino, que harían posible la campaña de Marruecos.

«EL PASO AL SUBDESARROLLO»

Ese estado de ánimo, casi eufórico, se debía, en gran medida, a la mejora de la situación económica: «España avanza desde todos los puntos de vista»[34]; «florece nuestra hacienda, se afirma nuestro crédito, aparece nuestra industria, resucita nuestro nombre en Europa»[35].

Existía una base para tales afirmaciones. O’Donnell, dando pruebas de su pragmatismo y en contra de la extendida tendencia de los gobiernos de la época a demoler la labor de sus predecesores, hizo suya la legislación en materia económica dictada durante el Bienio Progresista, en especial, la relativa a desamortización, concesiones ferroviarias y bancos y sociedades de crédito, dotándose así de los instrumentos financieros y legales precisos para abordar un ambicioso programa de modernización. Su principal instrumento sería el presupuesto extraordinario de 1859, dotado con dos mil millones de reales, de los cuales la mitad se dedicaron a Fomento y 350 000 al Ejército. Se adjudicaron 450 000 a la Marina, en una prueba de decidida voluntad de sacarla del marasmo en el que había caído después de Trafalgar.

Los resultados de esos esfuerzos fueron palpables. Por citar algunos ejemplos, si en 1848 se contaba con 29 kilómetros de ferrocarril en explotación, en 1859 había llegado a 1120, con casi otros tantos en construcción[36]; mientras que la correspondencia telegráfica, que generaba en 1855 poco más de medio millón de reales, en 1859 se aproximaba a los cinco

millones. En concreto, el producto del servicio interior había aumentado de 300 000 a 3 760 000, y el del exterior, de 216 00 a casi 1 200 000[37]. De los 8500 kilómetros de carreteras existentes en 1859 se había pasado a 9100 un año después y se estaban construyendo otros 1718[38]. En cuanto a la industria algodonera catalana, que en 1846 tenía una producción de menos de 28 millones de libras y empleaba a 98 000 obreros, en 1860 la primera cifra había aumentado a 60 millones y la segunda a 116 000[39]. En el ámbito minero, al amparo de la ley de minas de 1859, las exportaciones de minerales aumentaron de 16 000 toneladas en 1855 a 111 500 en 1859[40].

La población también se hallaba en pleno crecimiento, habiéndose estimado en 1857 en más de 15 400 000[41] —cifra que los propios miembros de la Comisión de Estadística consideraban inferior a la real—, comparada con los 12 millones que había en 1833.

Se trataba, indiscutiblemente, de datos alentadores, como incluso la oposición lo reconocía: «la riqueza pública, la prosperidad han tenido gran desarrollo»[42].

Pero, tras ellos, subyacían otros mucho menos favorables. Solo 3 180 015 españoles sabían leer y escribir y 705 000 eran capaces nada más que de leer, con lo que el número de «analfabetos totales» se acercaba a los 12 millones[43]. En 1859, los alumnos de primera enseñanza apenas superaban el millón, con una tercera parte de niñas, y los de segunda pasaban poco de los 20 000, cifra ligeramente inferior a los matriculados en seminarios[44]. La situación no era mejor en la universidad: para 3755 estudiantes de Derecho, 3087 de Bellas Artes y 560 del Real Conservatorio de Música y Declamación, había 489 de Ingeniería Industrial, 27 de Ingeniería Agraria, 38 de Arquitectura y 9 de Comercio[45].

Por otro lado, en términos comparativos, las magnitudes que se manejaban en sectores clave eran ínfimas respecto a las de otros países. Las 320 000 toneladas de hulla, 173 210 de hierro y 17 000 de algodón que producía España parecían casi ridículas ante los más de 81 millones, 8 millones y 392 000 toneladas, respectivamente, de Gran Bretaña[46].

La desamortización, mal encauzada, no había servido para crear una clase de pequeños campesinos propietarios. Por el contrario, había consolidado los latifundios, lo que ponía las tierras fuera del alcance de los patrimonios modestos, con la consecuencia de que «la clase media ha adquirido más de la mitad de esos bienes; el resto se ha repartido entre la clase media alta y los ricos». Al tiempo, se habían liquidado los pocos bienes comunales que habían sobrevivido a la Guerra de la Independencia y al primer ciclo desamortizador,

empobreciendo a los pueblos, mientras que, al ofrecer una inversión cómoda y segura, detrajo excedentes de capital de otros ámbitos, como la industria. En realidad, «igual que la de Mendizábal, era más operación financiera que reforma agraria»[47]. Sin caer en la demagogia, se podía preguntar: «¿Qué ventajas han sacado los trabajadores? Ninguna, y sépase que se han vendido sus bienes, que podíamos llamar particulares suyos, como son los comunales. […] El resultado ha sido aumentar la riqueza de los ricos, sin disminuir la miseria de los pobres»[48].

En efecto, se perdió la oportunidad de una redistribución de la propiedad agrícola, pero tampoco se introdujeron innovaciones técnicas profundas en la explotación del campo —que ocupaba a más de tres millones de personas, frente a 260 000 del sector secundario—;[49] la exportación, aunque creciente, siguió centrada en las materias primas, y la industria no logró despegar, entre otros motivos, por falta de inversiones y de espíritu de riesgo. En algún caso, también, como la producción de hierro, intervinieron otros factores, como los altos costes, dos veces superiores a los de naciones del entorno. Habría que esperar todavía años para la eclosión del gran desarrollo industrial vasco y catalán.

Los ambiciosos proyectos del Ministerio de Fomento, de otro lado, generaron una peligrosa dependencia del capital extranjero, que invirtió masivamente en una red ferroviaria de tal extensión que superó con creces la demanda interna, con la consiguiente catastrófica caída de los rendimientos, mientras que, confiando en un crecimiento constante y sin límites temporales, se manejó la Deuda Pública de forma «irresponsable»[50], permitiendo que aumentara de manera desproporcionada. Todo ello tendría un coste brutal, económico, social y político, a medio plazo.

Aun así, y si bien solo se había dado el paso de una economía atrasada a una subdesarrollada[51], es posible hablar de una «expansión capitalista de 1854 a 1862»[52]; se había producido un indiscutible enriquecimiento nacional, aunque desigualmente distribuido, y el país se había dotado de un embrión industrial y de unas infraestructuras modernas que, además de sus obvios beneficios, facilitaron la campaña de África.

EL EJÉRCITO ESPAÑOL

El componente humano

En España, las Fuerzas Armadas ocupaban una posición peculiar. El general Dulce pensaba que «ejército se llama a una reunión de hombres armados, regidos por un reglamento especial, y con el solo y exclusivo encargo de mantener las leyes en su más completa integridad»[53], lo que es un punto de vista indudablemente curioso. Como lo es que, desde posiciones progresistas, se considerase que, si bien «graves son, sin duda, los inconvenientes de que los individuos que componen el ejército coloquen sus opiniones políticas más altas que la ordenanza, pero no lo son menos los que resultan de la obediencia pasiva». Se justificaba tal razonamiento, blasfemo en un país ordenado, en que los pronunciamientos de 1820, 1824 y 1854 habían sido favorables a la «regeneración». Es decir, que la sociedad civil se consideraba incapaz de alcanzarla por sí misma y que necesitaba apelar a los cuarteles para conseguirla[54].

De ahí que «la historia de las revoluciones intentadas o realizadas por sus individuos sería la historia política de la nación española en el presente siglo»[55]. Una desoladora enumeración, no exhaustiva, mencionaba, hasta 1860, las «revoluciones» —pronunciamientos, más bien—, de 1814, 1820, 1822, los producidos en los últimos diez años de Fernando VII, 1835, 1838, 1840, 1843, 1844, 1846, 1848, 1854, 1855, 1856, 1859 y 1860. El único, y relativo, atenuante es que «se debe señalar que […] ningún general político del reinado de Isabel II intentó siquiera gobernar como dictador militar»[56], sino que, apoyándose en los civiles, y muchas veces impulsado por ellos, se apoderaba de las instituciones y las ponía al servicio de sus ideas y de sus ambiciones.

No obstante, en vísperas de la Guerra de África se había producido una cierta evolución, al menos técnica. De hecho, al periodo de Narváez se debe «la creación de lo que hoy llamamos Ejército español»[57]. Un viajero, en 1850, describe, «lo que no habría podido decir veinte años antes», a un ejército con «elevado estado de disciplina, perfectamente instruido en los últimos adelantos de la ciencia militar»; «los regimientos que fueron a Roma[58] causaron allí admiración», afirma, y considera a «la guarnición de Madrid, tanto de Infantería como de Caballería, un magnífico conjunto de hombres ágiles, activos y de una apariencia extraordinariamente marcial»[59]. Desde luego, las desharrapadas tropas que participaron en la Primera Guerra Carlista habrían experimentado serias dificultades en Marruecos. Sin duda, se debe en parte al Espadón de Loja que estuvieran en condiciones de afrontar la campaña.

El *Anuario estadístico de 1859*[60] situaba los efectivos del Ejército para ese año en 677 jefes, 6289 oficiales y 144 693 de tropa. De ellos, 278, 6289 y 57 258, respectivamente, de Infantería; 107, 829 y 11 840, de Caballería; 44, 369 y 9899, de Artillería, y 8, 72 y 2368 de Ingenieros. El resto, hasta la suma total, pertenecían a batallones provinciales, una especie de reserva, Carabineros y Guardia Civil.

No se menciona a los generales, que Garrido[61] sitúa en 591, incluyendo los brigadieres, que formalmente no tenían categoría de tales, mientras que otras fuentes[62] hablan, aparte de un pequeño número de capitanes generales, de 67 tenientes generales, 157 mariscales de campo —equivalentes a generales de división— y 387 brigadieres, y que, según datos oficiales, eran en 1859, 66 tenientes generales, 152 mariscales de campo y 384 brigadieres[63]. Se trataba, en todo caso, de un número «absurdo», del que se decía que triplicaba el de Francia, que tenía cinco veces más soldados; la proporción era aún menor en Prusia, y en Austria, había la mitad, para el cuádruple de hombres[64]. Daniel R. Headrick[65], por su parte, indica que el número total de generales del Ejército español ascendía a 608 en 1859 y 603 en 1860. Era el producto de dos defectos, que mucho tenían de vicio: la costumbre de los pronunciamientos, coronados con «la faja o la caja», y el inveterado hábito de otorgar desorbitados premios. Por ejemplo, más de un militar obtuvo un título aristocrático en tiempos de paz, lo que cuesta trabajo entender, y que en ocasiones se explicaba solo por el favor o el capricho real.

La fiebre del ennoblecimiento fue, por cierto, una particularidad de la época. Si desde su creación y hasta 1834, se habían concedido un total de 973 títulos entre ducados, marquesados y condados, en el periodo 1834-1868, se otorgaron 334[66], un crecimiento exponencial que solo se explicaba por un relajamiento de los requisitos. En efecto, desde ningún punto de vista esa treintena de años podía considerarse la más gloriosa de la historia de España, único motivo que habría justificado la súbita inflación.

Respecto a los jefes y oficiales, la situación tampoco era alentadora. La serie de guerras había ido creando sucesivos estratos de ellos, muchos sin cualificación alguna, mientras que se produjeron «oleadas masivas de gentes procedentes de las clases bajas que ascendían a la oficialidad como consecuencia de las recompensas concedidas tras los pronunciamientos triunfantes»[67]. El fenómeno era, en especial, notable en Infantería y Caballería, con pocos mandos procedentes de las academias y muchos de la clase de cadetes o de sargentos. Ello se explicaba, de un lado, porque en esas armas el acceso era mucho más sencillo y, de otra, porque poseían escalas

abiertas, al contrario que los cuerpos facultativos —Artillería e Ingenieros— que las tenían cerradas y admitían solo el ascenso por rigurosa antigüedad.

Se sumaba la infausta práctica de una dualidad, basada en la distinción entre empleos y grados, que permitía, por ejemplo, que un teniente de artillería, bloqueado en su escalafón a la espera del transcurso del tiempo, pudiera llegar a alcanzar el grado de capitán o de comandante de infantería, conservando el empleo en su propio cuerpo. Este, sin embargo, soberbio, para el mando de sus unidades solo le consideraba como teniente, ignorando su grado. Así, se llegaba al absurdo de considerar que una persona con formación artillera era apta para dirigir un batallón de infantería con sus seis compañías, pero no una batería, equivalente orgánico de una de ellas.



De izq. a dcha., ingenieros, artilleros, oficial de ingenieros, capitán de artillería, capitán de cazadores, cazador de Madrid y soldado de infantería, grabado de Francisco Javier Ortego en la revista *El Museo Universal* n.º 1, del 1 de enero de 1860. Cortesía del Zumalakarregi Museoa.

En realidad, se podía hablar casi de dos ejércitos: el formado por las armas, macrocefálico, con cuadros de variopinta naturaleza y de muy diversa formación, y el de los cuerpos, uniforme en su procedencia y preparación, ya que todos procedían de las respectivas academias. Por eso, en el caso del primero, Severn T. Wallis se limitaba a sostener que «hasta sus peores enemigos […] reconocen la bravura personal de los oficiales», mientras que admitía sin ambages la valía y la profesionalidad del segundo**[68]**. Esa situación se reflejaba en el origen social. Partiendo de que «la ausencia de las clases nobles o de las altas es una constante» en el Ejército isabelino, en

Infantería el 30 % de los mandos eran hijos de militares; el 23,2 pertenecía a la clase media y el 17,2 a la baja. En Artillería, esos porcentajes eran del 43,5, el 32,8 y el 1,5 %, respectivamente[69]. La Caballería se distinguía por albergar «algunos nobles segundones», pero era, en términos generales, «un ejército dominado por la burguesía y por oficiales recientemente ennoblecidos»[70].

La superioridad de los cuerpos facultativos se reconocía de diversos modos, triviales en apariencia. Por ejemplo, la Artillería en las formaciones de tropas a pie ocupaba el cuarto lugar, después de los Alabarderos, la Armada y el Regimiento de Infantería Inmemorial del Rey, y antes del resto del Ejército. Cuando se trataba de fuerzas montadas, el privilegio era aún mayor: ocupaba el primer puesto, aunque se tratase de Artillería de Montaña o Montada, que disponía de mulos, y se anteponía a la Caballería propiamente dicha. Tenía, también una doble prioridad a la hora de escoger hombres en el reemplazo. De un lado, gozaba, junto a los Ingenieros de la «saca de privilegio», que de forma automática destinaba a sus filas a todos los obreros. De otro, para el reparto de los quintos, la Artillería elegía en primer lugar, dos; luego, uno los Ingenieros; después, otro la Caballería y, por fin, uno la Infantería[71], repitiéndose este proceso hasta que la distribución quedaba terminada.

Las cuestiones económicas explicaban en cierta medida el casi nulo interés de las clases más acomodadas por la profesión militar. Desde teniente a brigadier, y hasta que la inflación no erosionara los sueldos en el último tercio del siglo, los haberes eran equiparables a los de actividades propias de la clase media (profesionales, comerciantes…). Había que alcanzar la cúspide para que los ingresos fuesen significativos: el mariscal de campo ganaba lo que un subsecretario y el capitán general, lo que un ministro[72]. Aun así, era tal el exceso de mandos, que más de la mitad del presupuesto del Ministerio de la Guerra se dedicaba a sus pagas.

En cuanto a la tropa, se reclutaba por el sistema de quintas —lo que se denominó «contribución de sangre»—, que «entre 1854 y 1868 se desarrolló rápidamente»[73]. El término, sin embargo, no se aplicaba en sentido literal. En la práctica, se fijaba un «cupo» de hombres que el Ejército necesitaba, y solo se llamaba a filas a los necesarios para cubrirlo. De esa manera, en 1859 fue a servir un mozo por cada 614 habitantes, lo que era un porcentaje muy razonable, inferior, en todo caso, al de muchos países europeos. En el llamamiento normal de ese año, se sortearon 128 403 mozos, pero por el cupo no se escogieron más de 24 139. Las diferentes exenciones libraron a 23 330,

de ellos hasta 14 007 por ser cortos de talla, a pesar de que ese año se había rebajado en 27 milímetros, dejándola en 1,569[74]. Del reemplazo extraordinario de 25 000, mencionado antes, únicamente entraron en caja 16 526, y del también extraordinario de 1860, 35 354[75].

Existían dos medios de evitar esa «contribución», además de la suerte y de los impedimentos físicos y exenciones de uno u otro tipo. Debido a que en España, como en otros países europeos, se impuso «el modelo burgués de reclutamiento»[76], existían tanto la sustitución como la redención a metálico, que en la época que nos ocupa pasó de 6000 a 8000 reales, prueba de la aceptación que tenía. Con esos procedimientos, el mozo, o bien «compraba», al «precio del mercado», a otro para que ocupara su puesto en el ejército, o bien abonaba al Estado una suma destinada, en teoría, a encontrar un voluntario que se alistara en su lugar. Desde luego, las clases menos favorecidas estaban excluidas del disfrute de ambos, ya que la última cifra citada era tan elevada como el importe de los ingresos de un profesional durante un año entero.

La consecuencia es que el servicio militar se consideraba «una desgracia, que se estima y se avalora por la nación en 6000 reales [la cantidad vigente cuando escribía el autor]; el honor de servir a la patria no lo solicita nadie, sino cuando está arruinado, cuando no tiene dinero para otra cosa». Los hombres, de «lo que huyen, y con sobrada razón, es el cuartel», donde son «como un comodín para los jefes de cuerpo y hasta para los sargentos y cabos de la compañía»[77], que los empleaban incluso en labores domésticas.

Los mismos militares ilustrados[78] reconocían «la triste idea que existe de la vida material del soldado» y «el aborrecimiento que la quinta inspira», que hacía, por ejemplo, que el pueblo llamase *vendidos* a los que sentaban plaza a cambio de dinero. Aunque no se pusiera el sistema en cuestión, se admitía que «la ley de reemplazos ha sacrificado los principios más democráticos a las exigencias del espíritu mercantil», al aceptar «el principio de redención a metálico [que] degrada el carácter elevado y patriótico de la conscripción y desmoraliza al ejército».

En abril de 1859, se produjo un interesante debate sobre esta materia, que refleja los dos principales puntos de vista. Rivero, enemigo declarado del reclutamiento forzoso, al que consideraba un «odioso e inicuo tributo que se impone al pueblo español, digo mal, a la parte más desgraciada del pueblo español», afirmó que el «sistema de reemplazos es mortífero» y que «las quintas desmoralizan y perturban todas clases proletarias»[79]. El ministro de la Gobernación le respondió, señalando que:

> […] la base constitucional es que todo español está obligado a defender a la patria […] pero […] hay muchos que, aunque tengan las condiciones exteriores necesarias para ser llamados al reemplazo del ejército, no tienen verdaderamente ni vocación, ni condiciones físicas, ni hábitos de trabajo material […] Son precisamente los hijos de las clases acomodadas y familias ricas, personas que no tienen verdaderamente la robustez necesaria para servir en el ejército, y […] no servirían más que para aumentar la cifra de mortandad o la cifra de enfermos.

Rivero le contestaría mordazmente: «aquí pasa lo siguiente: todos los hijos de familias ricas son enanos, son tísicos, no tienen fuerzas, son endebles para llevar las armas; todos los proletarios son gigantes, son fuertes, deben servir para la guerra […] y para los goces y delicias del servicio».

Desde posiciones opuestas a las de Rivero, Antonio Aparici y Guijarro sostuvo que el sistema era «injusto y funesto» y que hacía falta sustituirlo por otro «más justo, más equitativo, más favorable a los pobres»[80]. Le contestó un miembro de la Unión Liberal, Juan José Gálvez Cañero, resaltando que «todo lo que sea quererlas sacar [a “ciertas clases”] de sus condiciones naturales, cuando las sociedades están ya constituidas, podría llegar a ser una doctrina peligrosa y una doctrina hasta de funestísimas consecuencias». Pensaba que «el servicio militar es una carrera que se abre al pobre», ya que «las dos terceras partes de vacantes de subtenientes están destinadas a los sargentos».

Parte de la base de que existe una «aversión» al servicio militar y acepta que «hay en la redención un principio de gravamen, y hasta un principio de injusticia». Comenta, sin embargo, que se estableció en 1851, para «remediar los males inmensos de la sustitución» —cuyo origen sitúa, equivocándose, en 1837, cuando es de 1811— y que «los ha desterrado casi todos». Además, «abolir el principio de la redención no puede ser, es un principio de conveniencia pública» y «desde que hay servicio militar hay exenciones». Por otro lado, apunta que «casi todos los [principios] de la sociedad» son «completamente de desigualdad»; se trata de un hecho, que se debe aceptar como tal.

En todo caso, con la aplastante mayoría con la que contaba el Gobierno, se mantuvieron los dos privilegios. Sí que se intentó regular la redención, admitiendo que «está lejos de haber producido hasta el día los ventajosos resultados que pudieran esperarse», debido a la escasez de voluntarios que, aunque respondía además a otras causas, atribuye al «desarrollo de las empresas industriales y otras, con más ventajosas colocaciones»[81]. La comisión encargada lo informó favorablemente; dado que «no se encuentran voluntarios», se debían ofrecer «mayores alicientes»[82]. El texto aprobado[83] incluía dos novedades: la elevación a 8000 reales del precio de la redención,

estableciendo una escala de «premios pecuniarios», según el periodo de enganche —desde uno a los ocho años que duraba el servicio militar normal —, y la creación de un Fondo de Redención y Enganches, con un consejo de gobierno y una administración. Este debía destinar las cantidades percibidas a reclutar voluntarios, pero también, «podrá, cuando lo estime conveniente, y previa la autorización del gobierno, invertir una parte de aquellas existencias en compras del papel del Estado».

Aun con estas salvaguardas, la exención se convirtió en un gran negocio. En el ámbito privado, surgieron empresas que, a cambio de una cuota, cubrían del riesgo de ser designado para el servicio por la suerte, en cuyo caso, aportaban un sustituto[84]. Pero el Estado también se lucró de un mecanismo que generaba grandes cantidades. Así, a fines de 1860 el Fondo de Redención y Enganches había ingresado casi 60 750 000 reales, y, en 1861, 75 100 000[85]. Abusando del margen concedido por el Parlamento, destinó sumas cada vez mayores a fines que nada tenían que ver con el objetivo primordial de reclutar hombres, y operó, de hecho, como una especie de «caja chica» del Gobierno. Según Albino Feijóo[86], entre 1854 y 1858, se obtuvo un beneficio de 32 millones de reales, por la diferencia entre los premios de enganche y el coste de un voluntario.

Los beneficios estaban directamente relacionados con la intensidad del deseo de evitar el servicio militar. Las quintas, a las que se ha aludido antes, de 25 000 y de 50 000 plazas, generaron, respectivamente, 5476 y 7648 redenciones, que, a su vez, supusieron 32 850 000 y 61 190 000 reales[87]. Por el contrario, los enganches y reenganches en esos dos años fueron de 1455 y 4511[88], prueba del escaso interés que había por alistarse. No deja de ser curioso el contraste que en ese periodo, que coincide parcialmente con la campaña de África, existía entre el entusiasmo popular por la guerra y el muy relativo deseo de abandonar la vida civil para participar en ella.

La vida militar

Entre las numerosas razones para la reticencia generalizada a entrar en filas estaban la poco atractiva perspectiva que ofrecía el Ejército. Las maniobras y los ejercicios de tiro eran algo excepcional, por la falta de presupuesto y de espacios adecuados, y el soldado se dedicaba a tareas muy alejadas de la profesión de las armas, o a interminables servicios o a una instrucción monótona y mecánica. El tedio era la nota dominante.

Por otra parte, los horizontes eran limitados, debido a la lentitud de los ascensos. Aunque se podía acceder a la categoría de oficial, una vez en ella la

trayectoria quedaba bloqueada, a todos los efectos, en los escalones más bajos. En Artillería, incluso, donde dar el paso desde la tropa resultaba particularmente difícil, para distinguirlos de los oficiales «facultativos», procedentes del Real Colegio de Segovia, se llamaba a esos hombres «prácticos». En Ingenieros, simplemente, no existía ninguna posibilidad de promoción a oficial.

De otro lado, los cuarteles, en muchos casos conventos abandonados, resultaban completamente inadecuados. Un informe oficial destacaba «el escaso número de edificios destinados para cuarteles», «la mala distribución de una gran parte de ellos, por no haber sido construidos de nueva planta para este objeto» y «el estado ruinoso de algunos», que «son la causa de que no esté alojada la tropa con la comodidad y condiciones higiénicas convenientes», y aludía a la cantidad de enfermedades que producían esas condiciones[89].

La alimentación tampoco era un motivo para alistarse. Los ranchos, además de por «veintiocho onzas castellanas» de pan —la onza equivale a 28,70 gramos—, estaban «compuestos, en lo general, solo de patatas, garbanzos u otras legumbres equivalentes, y de tocino o chorizo». Se pretendía que en 1860 «han sido buenos, bien condimentados y abundantes», lo que no resultaba evidente, pero se añadía que «no entra en general como componente la carne, en razón de su alto precio», a pesar de que «tan ventajoso sería que [la] comieran nuestros soldados, por lo menos una vez al día».

Hay que añadir a ello que, justamente hasta la Guerra de África, cuando se introdujo el desayuno, solo se suministraban almuerzos y cenas, de forma que los hombres pasaban varias horas en ayunas por la mañana hasta ingerir el primer alimento, a no ser que se abastecieran a su costa en más que dudosas cantinas.

Únicamente «en casos extraordinarios en que así lo acuerden los generales en jefe», se podía distribuir un «convite» o un «refresco». El primero, a base de seis onzas de queso y cuatro de galleta, o seis de pan, por cabeza, a lo que se añadía un cuartillo (0,512 litros) de aguardiente para cada ocho plazas. Mediante el segundo, se distribuía, también a cada ocho hombres, cuarenta y ocho onzas de pan, o treinta y seis de galleta, vinagre, aceite, ajos y sal «para componer gazpacho o sopa fría».

Un abnegado médico, escribiendo antes de la campaña, se lamentaba de que las dos comidas al día que recibía el soldado, «en nada diferían la una de la otra, constando ambas de una regular cantidad de patatas, arroz o

garbanzos, cocidos con la grasa de poco más de una onza de tocino y condimentados con sal y pimiento encarnado», más libra y media de pan. Facilita, como ejemplo, dos papeletas de rancho. Una de ellas comprende más de kilo y medio de patatas, 96 gramos de garbanzos, 38 de tocino y 26 de sal. Claro es que dicho régimen «está muy lejos de satisfacer» las necesidades elementales del organismo humano; «solo en su cantidad lo encontramos aceptable». Con tacto, afirmaba que esa alimentación «no nos parece decorosa para el Estado» y la comparaba con el rancho en Francia, que incluía, además de pan blanco y legumbres, 125 gramos de carne fresca**[90]**. Según Yusuf**[91]**, este consistía en 750 gramos de pan, 60 de arroz o de otra legumbre, 250 de carne y 25 centilitros de vino. Parece que la discrepancia en los datos obedece a que los primeros se refieren a una sola comida, y los segundos, a las dos.

Los factores mencionados explicaban el precario estado de salud del ejército. En concreto, la pobre calidad de la comida daba «lugar a una debilidad constitucional que priva al hombre de su energía y le coloca en aptitud de no poder resistir a la más leve causa de enfermedad». Incluso provocaba «esos vahídos que son tan frecuentes»**[92]**.

El Ministerio de la Guerra calculaba, antes de que se rompieran las hostilidades contra Marruecos, que de septiembre a diciembre de 1859 se producirían 890 defunciones y que 740 hombres quedarían inútiles. Para todo 1860, los muertos serían 2986. Se puede añadir que los desertores estimados en el primer año eran 440 y 1417 en el segundo**[93]**. Hay otras cifras significativas, que hablan por sí solas. En 1858, el número de hospitalizaciones y fallecimientos fue, por poner algunos ejemplos, en Castilla la Nueva del 74 % de la fuerza; en Valencia, el 80,77; en Aragón, el 82,60; en Andalucía, el 107,34. En esta última región, con 6000 hombres de media, 6442 fueron hospitalizados y 180 sucumbieron**[94]**.

Es notable que, a pesar de las duras condiciones de vida, de la monotonía y de la incultura, el ejército, en general, observara una conducta digna de alabanza, con un encausado por cada 95 hombres en el último año citado, lo que se calificaba de «muy poco». Se abrieron 1664 causas, incluidas 96 de jefes, oficiales y sargentos. De ellas, 109, algunas a reincidentes, por «abusos de autoridad», lo que, por definición, solo afectaba a los mandos; por «quimeras y heridas», 67; por «homicidio o conato», 62, y por deserción, 1050**[95]**. Descontando esta, en realidad apenas hubo delitos.

Los observadores extranjeros lo destacaron, incluso durante la campaña, en la que tantas penalidades se padecieron. Hardman es particularmente

elogioso: «no se puede superar al soldado español en su resistencia paciente y en su alegría bajo condiciones difíciles. […] Está hecho del material de los soldados de primera»; «no importa lo duro o lo largo que sea el trabajo, nunca se queja»[96]. Además, «no irrita su sistema y su temperamento con el abuso de las bebidas fuertes, a diferencia de los ingleses y franceses». Quizá, en parte por eso, «ni una vez he oído hablar de una pelea entre ellos, ni la he visto; raramente, hay una breve discusión». Además, «generalmente no es ni brutal ni cruel» y «su conducta hacia los nativos [era] irreprochable»[97].

La misión militar prusiana dijo cosas muy parecidas del soldado español[98], «menudo, seco, alerta y de aspecto ágil», alabando su «valor, prudencia, resistencia y decisión» y su «actitud nacional, reposada, casi majestuosa». También llamó su atención que «no hay casos ni de tan siquiera ligera embriaguez», al contrario de lo que sucedía con franceses y alemanes. Destaca asimismo el trato humano que recibían por parte de la oficialidad. No obstante, señala que aunque personalmente eran limpios, mantenían sus armas en mal estado, mostraban escasa preocupación por su aspecto y eran indolentes. Destacó, por otro lado, el carácter despreocupado de los hombres, que les llevaba a correr riesgos inútiles y que fue causa, en ocasiones, de que el enemigo les cogiera por sorpresa. La sensación era que no les impresionaba demasiado, lo que se traducía en peligrosas imprudencias.

Organización

El cuerpo de Estado Mayor fue recreado, con gran retraso en relación con otros países, durante la Primera Guerra Carlista. Sin embargo, las funciones que se le atribuyen parecen más propias de un conjunto de ayudantes de campo. Así, se habla de «reunir y examinar documentos históricos o topográficos»; «reunir y presentar […] noticias»; «comunicar las órdenes». En suma, «desempeñar cuantas comisiones puedan conferirse a un oficial, a no ser algunas que son peculiares de la facultad del ingeniero o artillero». No figura, pues, ninguna referencia a auxiliar y colaborar con el mando en la elaboración de planes de operaciones. Contaba con un director general, 3 brigadieres, 9 coroneles, 12 tenientes coroneles, 25 comandantes, 60 capitanes y 40 tenientes.

La Infantería del Ejército metropolitano agrupaba 41 regimientos de línea —llamados oficialmente solo «de Infantería»—, 20 batallones de cazadores y 80 de provinciales. De ellos, enviarían tropas a África 31 de los primeros —aunque, en varios casos nada más que uno de sus dos batallones—, 19 de los

segundos y 2 de los terceros, lo que refleja bien el valor combativo que se les atribuía.

El regimiento tenía dos batallones, menos el Fijo de Ceuta, con tres, divididos cada uno en seis compañías. De ellas, dos, manteniendo una distinción que estaba quedando anticuada, eran de preferencia: una de granaderos y otra de cazadores. Las demás eran de fusileros. El total del regimiento alcanzaba, sobre el papel, unos efectivos de 1041 hombres, con una proporción de mandos que reflejaba la macrocefalia a la que ya se ha aludido. Había, en efecto, un coronel, un teniente coronel, dos primeros comandantes, cuatro segundos, trece capitanes, dos ayudantes, veinticuatro tenientes y catorce subtenientes. Debido a ese exceso, dos de los segundos comandantes eran «jueces fiscales», para «instruir los procesos y diligencias judiciales», lo que parece desorbitado teniendo en cuenta la baja criminalidad. En cuanto al capitán «sobrante se denomina de plana mayor». El batallón de cazadores, por su parte, tenía 8 compañías y 800 de tropa, a las órdenes de un teniente coronel, 2 segundos comandantes, 9 capitanes, 1 ayudante, 16 tenientes y 9 subtenientes.



De izq. a dcha., capitán de coraceros, húsar, carabinero, cazador y lancero, grabado de Francisco Javier Ortego en la revista *El Museo Universal* n.º 2, del 8 de enero de 1860. Cortesía del Zumalakarregi Museoa.

Debido al elevado número de jefes y oficiales, en 1859 había «590 jefes en situación de reemplazo»; en agosto de dicho año se dictaron instrucciones para «dar colocación a todos los capitanes que se encuentran en [esa] situación» que se tradujeron en el envío de dos de ellos a cada batallón de

infantería, con lo que se mejoró su situación personal, pero a cambio de sobrecargar todavía más a las unidades.

En cuanto a los provinciales, tenían un valor muy relativo. En los pueblos, el militar de mayor graduación debía reunirlas el primer y el tercer domingo de cada mes para impartir «la posible instrucción práctica», que no debía ser mucha. En las ciudades, con el mismo fin, los mandos organizaban entre ellos una «asamblea» anual durante dos meses, y con la tropa, una de un mes. No obstante, durante la campaña se mandaron a África batallones de esta clase y otros se movilizaron en la Península, hasta un total de 38, lo que da idea del precario estado del Ejército regular.

La Caballería agrupaba diecinueve regimientos; cuatro de coraceros, otros tantos de cazadores, ocho de lanceros y tres de húsares. Los de coraceros constaban de 625 hombres, pero con solo 500 caballos. Los restantes, con 563 y 450, respectivamente, lo que eran muy pocas plazas montadas. Los mandos consistían en un coronel, un teniente coronel, tres comandantes, ocho capitanes, cuatro ayudantes, trece tenientes y ocho alféreces, cantidad exagerada para esos efectivos, y más teniendo en cuenta que la cifra de monturas era más importante que la de hombres. Aun así, en agosto de 1859 se agregaron cuatro capitanes más por regimiento, con lo que para los cuatro escuadrones que tenía cada uno, había doce capitanes, lo que es disparatado. Incluso con esa medida, a fines de 1859 quedaban 168 jefes y oficiales en situación de reemplazo.

La Artillería tenía una estructura particularmente compleja. Constaba de cinco regimientos a pie; el mismo número de montados; uno, y una compañía suelta, de montaña y uno a caballo, además de batallones fijos y de compañías de obrero.

Los 1.º, 2.º y 4.º regimientos a pie eran a dos batallones de cuatro compañías; el 3.º y el 5.º, a tres, también a tres compañías. Este último incluía una batería de montaña de la segunda brigada, que había sido disuelta y que se distinguió mucho en África. Los mandos eran un coronel, un teniente coronel y, por batallón, un comandante, cuatro capitanes, un ayudante y doce tenientes, proporción razonable, a diferencia de lo que sucedía en las armas descritas anteriormente.

Los 1.º, 2.º y 4.º regimientos montados contaban cada uno con cuatro compañías, con doce piezas. El 3.º, llamado de Reserva o de Posición, reunía también cuatro de aquellas, pero dieciséis de estas. El 5.º, del mismo número de compañías y cañones, se diferenciaba de los demás en que disponía de caballos —298, en concreto—, no de mulas. La oficialidad consistía en un

teniente coronel, un comandante, cuatro capitanes, un ayudante y doce tenientes, como correspondía a la entidad de ese tipo de unidades. El material de esas unidades consistía en cañones rayados de a 4 largos (de 8 cm) y de 12 centímetros cortos, y obuses de 7 pulgadas largos (16 cm).

El Regimiento de Montaña sumaba cuatro compañías con veinticuatro piezas rayadas de 8 centímetros cortas y obuses de 5 pulgadas cortos (12 cm). El Regimiento a Caballo, cuatro escuadrones con 16 cañones, rayados de a 8 largos (10 cm) y obuses de 5 pulgadas largos (12 cm[99]). Los mandos de estos dos regimientos eran los mismos que en los montados. También se improvisó una compañía de cohetes de la que se tratará más adelante.

Con vistas a la campaña, se dispuso a principios de noviembre que el ganado de los regimientos montados y del de a caballo se aumentase hasta 80 mulos o caballos por compañía o escuadrón, 96 en el de reserva y 70 en la artillería de montaña.

Al margen de sus responsabilidades en unidades de combate, el cuerpo de Artillería se ocupaba de la construcción, mantenimiento y reparación del armamento, en diecisiete dependencias distintas, que iban desde maestranzas a talleres de precisión.

Los Ingenieros también mantenían una organización complicada, existiendo el cuerpo propiamente dicho, encargado, entre otras cosas, del ataque y la defensa de plazas, la fortificación y la construcción de edificios militares, y el regimiento de su especialidad, con tres batallones a seis compañías, de ellas cuatro de zapadores, una de minadores y otra de pontoneros.

El cuerpo administrativo, entonces en su infancia, se ocupaba de todos los aspectos económicos y de contabilidad, manutención, alojamiento y, por desgracia, de los hospitales, en todo lo que no estuviese directamente relacionado con el tratamiento de heridos y enfermos. Se pagaría cara en Marruecos esa diferenciación, imitada de Francia. En noviembre de 1859 se creó una compañía de obreros, que ante las deficiencias y necesidades observadas, fue reforzada con otras dos en diciembre.

La sanidad, asimismo reciente, ya que databa de la Primera Guerra Carlista, se ocupaba exclusivamente de «la conservación de la salud» y de la «curación» y no de la gestión de los hospitales. Como sucedió en el Ejército de Napoleón I, al de Isabel II le costó asimilar los mandos de esta especialidad a los de los cuerpos y armas tradicionales. Solo al final del conflicto en África se equipararon los sueldos y tuvieron que esperar a fines de marzo de 1860 para que se les diera un uniforme digno, «en armonía con el

usan las diferentes clases del ejército»[100]. La mayor parte de los practicantes, por ejemplo, harían toda la guerra vestidos de civil, con una simple gorra en la que ponían el emblema del cuerpo[101].

Estaba previsto en campaña organizar en cada brigada lo que se daba en llamar «una compañía de sanidad», aunque no tenía una instrucción específica, compuesta de tantas secciones como batallones había. Cada una de ellas estaba integrada por 1 oficial, 1 sargento segundo, 3 cabos y 25 soldados. En caso de que no bastara, se podían utilizar los gastadores, una especie de comodín del mando, «o tomar la providencia que se juzgue más oportuna», donosa fórmula para tan esencial servicio.

Armamento y equipo

Con la Guerra de África de 1859 sucedió lo mismo que con la de Cuba de 1895: ambas estallaron cuando la Infantería estaba cambiando de modelo de fusil. Aquella, en concreto, se produjo en un momento en el que se estaba pasando del fusil liso al rayado, de mayor alcance y precisión, ambos de percusión y avancarga. Ese periodo de transición se tradujo sobre el terreno, como se verá, en situaciones delicadas. En 1860, en pleno conflicto, se decía que «los cuerpos conservan todavía armamento antiguo, y así hay en él poca uniformidad; en los Regimientos de Línea, hay unos que usan el fusil de percusión, calibre de 18 adarmes, otros, de calibre de a 15, modelo 1836, otros, del modelo de 1846, de igual calibre que el anterior; otros, el fusil inglés, y, por último, hay regimientos que reúnen fusiles de los diferentes modelos indicados».

Por orden de 3 de mayo de 1859 se dispuso interrumpir la fabricación de fusiles lisos, «y que se proceda lentamente a la de rayados», aunque a los pocos meses, los acontecimientos obligarían acelerar la producción.

Los cazadores, al menos, disponían de carabinas rayadas, igual que los cornetas de línea, pero también «de diferentes modelos», por lo que se mandó en julio de ese año que los batallones «las intercambiasen entre sí, a fin de que cada uno quedase con todas las suyas de una misma clase».

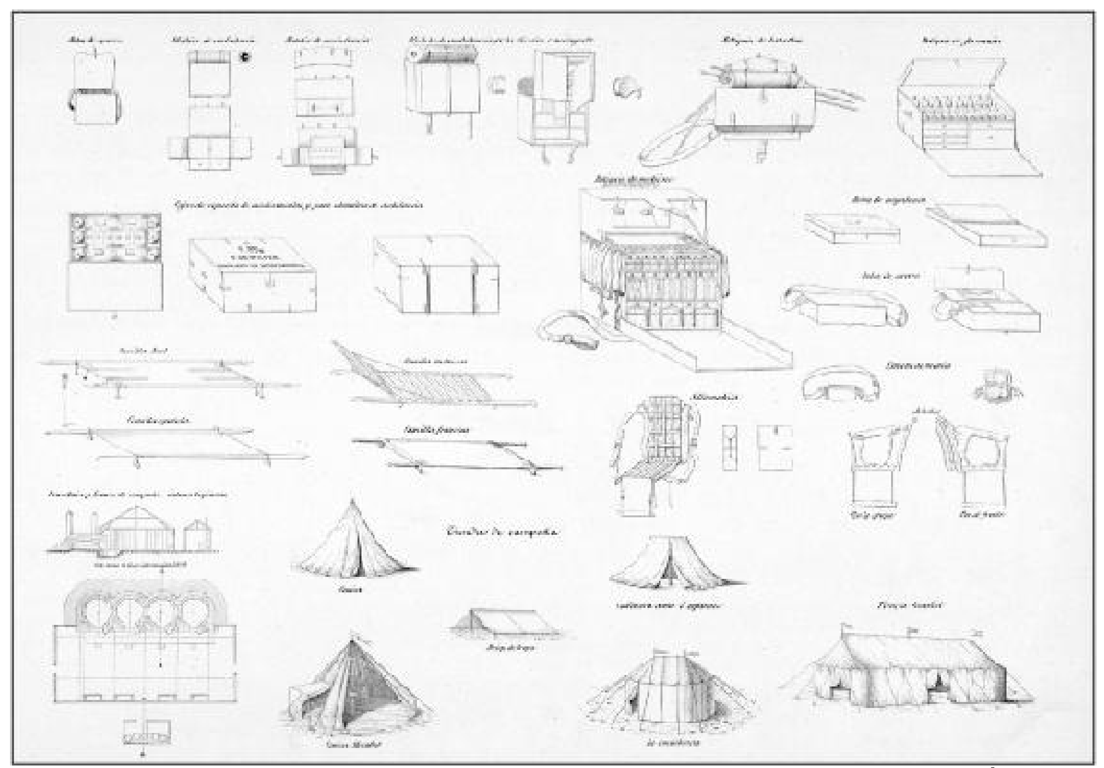
La misión militar prusiana que siguió la guerra durante unos meses, y en la que participaba Augusto Von Goeben, un curtido veterano del ejército carlista, indica que en la línea solo un regimiento disponía del fusil rayado Minié, mientras que todos los batallones de cazadores llevaban carabinas estriadas[102]. André Joly[103], sin embargo, sostiene que eran cinco los regimientos con fusiles rayados, y que el resto tenía los «ordinarios». De las carabinas Minié, afirma que su alcance teórico era de 1300 metros, pero se

calculaba que el efectivo oscilaba entre los 500 y los 600. Un buen tirador a 800 metros tenía un 25 % de posibilidades de hacer blanco en un objetivo de dos metros de altura. El fusil de cañón estriado poseía un alcance parecido, aunque tenía menor precisión.

En Caballería, «sucede como en la infantería, que todavía no ha podido reemplazarse todo el armamento antiguo y no hay uniformidad». La mayoría de las lanzas y de las carabinas eran de modelos obsoletos, y los sables, «de diferentes clases».

Los oficiales de cazadores usaban, además del sable, el revólver, que se estaba introduciendo también en los de infantería de línea y caballería. La tropa, por su parte, completaba las bayonetas con navajas. Los que carecían de ellas, las adquirieron en los puertos de embarque para África.

Respecto a la Artillería, y merced a un acelerado proceso de sustitución de las piezas lisas por las rayadas, con un alcance tres veces superior y mayor precisión, parece que el ejército pudo contar en Marruecos con 78 piezas, sin incluir las de sitio: 12 de a 12, 24 de a 8, 30 de a 8 corto, todas ellas rayadas, y 12 de a 8 lisas[104]. Todas ellas, de avancarga y de bronce.



Material empleado en las campañas, en el *Atlas histórico y topográfico de la Guerra de África* (1861).

La prenda principal del equipo era la mochila. Como se comprobó en África era «de mucho peso, […] produce cansancio y fatiga». Es sorprendente que, no obstante, a veces se llevaron en las cargas a la bayoneta, en las que

fueron «funestas», abrumando al soldado. Resulta inexplicable que, después de la experiencia de la Primera Guerra Carlista, no se hubiese generalizado el mucho más práctico morral que llevaban los defensores de don Carlos. Al menos, por fortuna, se había suprimido ya el nefasto correaje usado anteriormente, «la fatal cruz», que oprimía el pecho de los hombres, asfixiándolos[105].

Uniformidad[106]

En África, en lugar del peto azul reglamentario para diario, los generales y brigadieres utilizaron de forma habitual la levita del mismo color, con los entorchados y faja de su empleo, pantalones rojos y el universal ros. Era entonces este, designado por el nombre de su inventor, Antonio Ros de Olano, una prenda de tal novedad, que hasta los periódicos gráficos incluían dibujos de él, como se ve, por ejemplo, en *El Mundo Militar*[107]. Ni siquiera la denominación oficial estaba definida, y se le designaba, indistintamente, como ros, quepis-ros o morrión-ros. Apenas aparece, en cambio, la palabra «leopoldina». O'Donnell dio ejemplo de usar una indumentaria más civil que militar, aunque también hay alusiones a que «vestía la levita abierta introducida por él para los generales»[108].

El Estado Mayor usaba levita y pantalón azul, con la franja celeste del cuerpo, en vez de la de oro reglamentaria para gala. Gastaba también polainas, en lugar de botas de montar, y sustituyó el sombrero de galón por el ros «de castor blanco, con imperial, barboquejo y visera de charol negro, una franja de paño celeste, en la parte inferior del mismo, sobre la que se colocan las divisas, escarapela encarnada y presilla de cordoncillo de oro». Los destinados en el cuartel general se distinguían por «un lazo blanco con fleco y ribete dorados» anudado en el brazo[109].

La infantería tenía el ros; el poncho marrón, típico de esa campaña; polaina de paño pardo; borceguí de cuero negro, cinturón, cartuchera y pistonera —para las cápsulas del fusil— negras. La mochila era de piel de ternera con correas negras; el morral de pan, de lona blanca, y la bota para vino, de piel, con funda azul oscura. La chaqueta de cuartel era amarilla. Excepciones fueron el Regimiento de Línea de Castilla y el Batallón de Cazadores de Baza. El primero no llevó el ros, por lo que tuvo que usar bien el antiguo chacó, bien la gorra de cuartel. Los marroquíes, al verlo, se gritaron unos a otros: «ser soldados de la reina y estar gallinas», según un cazador que añade que lo decían «porque a nosotros, los de pantalón colorado, nos creen franceses que estamos al servicio de la sultana de España»[110]. Por otra parte,

Baza marchó con los antiguos capotes grises, que algunos tomaron por celestes.

Con esa uniformidad, no se distinguía a las compañías de preferencia, que solo se identificaban por las hombreras y las sardinetas de estambre amarillo en la levita de gala. Las primeras eran rojas para granaderos, que llevaban las sardinetas en la bocamanga, y verdes para cazadores, que las tenían encima de estas.

Los batallones de cazadores iban igual que la línea, pero mientras esta gastaba cuello grana y pantalones celestes, ellos los llevaban grancé y rojos, respectivamente.

Los oficiales vestían básicamente como la tropa, distinguiéndose, además de por las divisas, por el cinturón del sable, la funda del revólver —los que disponían de él—, y las polainas de charol negro. Con frecuencia, usaban impermeables con capucha de hule**[111]**, y, en los campamentos, camisas «de tartán o franela del rojo más subido»**[112]**.

Los observadores extranjeros alabaron esa uniformidad tan original y tan reciente que, de nuevo, se reprodujo en publicaciones**[113]**. La misión prusiana la describió**[114]** como «poco decorativa, pero responde mejor que la de cualquier otro país europeo a las exigencias de la vida de campaña»; «su poncho marrón y sus altas polainas son poco brillantes, pero evidentemente son cómodos y prácticos». Comenta que «los soldados tienen todos borceguíes, pero prefieren sus alpargatas [en español, en el original], incluso con mal tiempo». Tras haber pasado por Gibraltar, compara desfavorablemente los uniformes ingleses y sus pesadas casacas rojas, con los españoles, más adecuados.

Para el corresponsal del *The Times* de Londres, que había vivido la campaña carlista en el lado liberal, el uniforme de la infantería española era «bastante peculiar» y hace una detallada descripción del cubrecabezas, «diseñado por el general Ros de Olano y conocido en el ejército como "ros"». De los cazadores dice que «eran la mejor infantería que tiene España; hay aquí [en Málaga, el 17 de noviembre de 1859] un par de batallones y tienen un aspecto muy elegante y marcial». Duda solo «sobre las polainas de tela, ya que piensa que sería preferible que estuvieran hechas de cuero»**[115]**.

El doctor Antonio Población tenía, en cambio, una opinión crítica. Del poncho dice que «cuando se moja adquiere un peso extraordinario, y conserva mucho tiempo la humedad»; prefería el antiguo capote, que Baza había utilizado durante la guerra. En cuanto al ros, el imperial de color negro se calentaba con el sol. Una solución era la adoptada por los oficiales de

sanidad: cubrirlo con lienzo blanco. Discrepando del británico, estimaba que las polainas de paño eran «de gran utilidad», al contrario de las de charol, pero «convendría que nuestros soldados las llevasen desprovistas de botín», que en las marchas acumulan piedrecillas que, a su vez, causan roces y heridas. Coincide con los prusianos, y comentan que, en general, se ha utilizado el borceguí, porque así lo exigía el terreno, lleno de maleza, pero que la tropa se inclinaba por las alpargatas, más ligeras, que no producían roces en los pies y a las que estaba acostumbrada en sus casas.

En cuanto a la chaqueta amarilla de lana, «ha prestado muy buen servicio», abrigando al soldado mientras tenía puesto a secar el poncho mojado por la lluvia. Lo pensaba también de la «faja higiénica», creyendo, como era habitual entonces, que constituía una defensa contra el cólera[116].

En los provinciales, el capote era gris con cuello de grana y un alamar amarillo, y habían empezado a cambiar el chacó por el ros.

En comparación con la sobriedad de la infantería, la caballería deslumbraba con su colorido. Los coraceros se pavoneaban con casco a la romana, levita azul con vivos, carteras de las bocamangas y cuello del color del regimiento, y pantalón grancé con franja de la divisa, que también aparecía en las charreteras. El capote era gris celeste, con cuello de la divisa, «mangas agabanadas» y esclavina, y del mismo tono era la chaqueta de cuartel, que se llevaba con gorro redondo azul, de nuevo, con franja del color distintivo. Con buen acuerdo, se dejaron las embarazosas corazas en España, aunque la prensa tardó en enterarse. Así, el 24 de diciembre, más de un mes después del principio de las operaciones, se regodeaba pensando en la sorpresa de los marroquíes al enfrentarse a «hombres vestidos con pechos de acero»[117]. Parece que, en cambio, se llevaron para gala los llorones grancé de los cascos. Los trompetas se reconocían por los cinco ojales en el pecho del color del regimiento, y por el llorón blanco.

La divisa era blanca para el Regimiento del Rey; amarilla para el de la Reina; grancé para el Príncipe, con franja azul turquí en el pantalón, y celeste en Borbón, con el cuello del capote turquí.

Los lanceros vestían como los coraceros, pero todos los cuerpos con divisa grana, hombreras de metal blanco y llorones negros. Se diferenciaban entre sí por el color de las banderolas, blancas en Farnesio, encarnadas en Villaviciosa, y celestes y blancas en Santiago. No es seguro, sin embargo, que se llevaran a Marruecos, donde parece que todas eran de igual color. Dionisio Monedero, por ejemplo, asegura que los vio «gualdas y rojas»[118].

Los cazadores tenían chacó celeste, con galón grancé en la parte superior; dolmán celeste con cuello grancé y cordonadura del pecho y trencillas en las costuras de la espalda de estambre negro; pantalón grancé con franja celeste; capote gris celeste con cuello grancé y gorro de cuartel celeste con franja grancé. La chaqueta de cuartel, igual que los coraceros. Los trompetas se identificaban por la cordonadura y la trencilla grancé. Los correajes de las unidades mencionadas hasta ahora eran blancos.

Los Húsares de la Princesa eran el regimiento más espectacular de todo el Ejército. Gastaban chacó blanco, con una chapa con la cruz de San Fernando, en memoria de las tres laureadas ganadas en la Primera Guerra Carlista. El dolmán era enteramente celeste, con «cordonadura amarilla, tres hileras de diez botones grandes de metal amarillo»; escusón también de cordonadura amarilla en las mangas y una trencilla del mismo color en las costuras de la espalda, en el cuello, y en un bolsillo figurado a cada lado del pecho. La pelliza era blanca, con cordonadura amarilla, cuatro hileras de botones y pieles negras. El pantalón, celeste, con dos franjas estrechas y un vivo de paño amarillo, y media bota. La faja, de estambre encarnado, con bellotas amarillas; el capote blanco y el gorro de cuartel celeste, con una franja amarilla. Los trompetas, siguiendo la tradición, llevaban los colores trocados, es decir, pelliza celeste y dolmán blanco. Los correajes eran negros.

Con tan poco práctico uniforme hicieron la campaña de África. Al final de la misma debía estar en deplorables condiciones, como en la carlista, cuando tuvieron que cambiar al menos tres veces de vestuario y del color del mismo.

Los jefes y el oficial de caballería vestían como la tropa, pero en materiales de mejor calidad, y cambiando el blanco y el amarillo de los metales por la plata y el oro.

La artillería tenía una uniformidad anticuada, consistente, para los regimientos a pie y de montaña en chacó azul, con galón encarnado, y casaca corta turquí con divisa grana, colores que se reproducían en el pantalón y su franja. El capote también era azul, con las habituales bombas en el cuello, que también aparecían en el de la levita; las polainas, de paño negro y el correaje blanco. Los regimientos montados gastaban levita turquí, con cuello asimismo azul, no grana como en la casaca mencionada antes. Las plazas montadas usaban espuelas. Por fin, el Regimiento a Caballo se distinguía por su media bota de becerro negro, y porque toda la unidad calzaba espuelas. Al ser inapropiado el uniforme para campaña, según muchos grabados de la época, los artilleros utilizaron la gorra redonda de cuartel azul turquí, con franja grana, y el capote.

Los ingenieros tenían casco de baqueta negra y portallorón; casaquilla azul turquí con cuello, barras y bocamangas granas; castillos blancos en el cuello; sardinetas blancas en las bocamangas, y pantalón, azul turquí. Charreteras de metal blanco, correaje blanco y, para el trabajo, mandil de ante blanco. El capote era gris claro, con castillos y sardinetas. También ellos sustituyeron el casco por el gorro de cuartel, que era del tipo llamado «isabelino», de color turquí, con galón, borlas y castillo blancos y vivos encarnados. Parece que utilizaron el capote más que la casaquilla. Lo demuestra que los militares prusianos citados más arriba hablan de que «la artillería y los ingenieros, en lugar del poncho, usan capote azul»[119]. Hay dibujos de estos, con gorro, en un caso llevado encima de un pañuelo; capote abierto o con los faldones recogidos y sardinetas en las bocamangas[120].

Tanto los oficiales de artillería como los de ingenieros usaron levita enteramente azul en Marruecos, con ros o gorro de cuartel, en lugar del sombrero apuntado o del casco.

No solo ellos y sus hombres se adaptaron a las exigencias de la campaña. Así, hay referencia, en los Húsares de la Princesa, a la «especie de zamarra de lana burda que, por economía y abrigo, han sustituido los jefes y oficiales al dolmán»[121]. Se comprende, los blancos tenían que soportar muy mal la intemperie, la vida diaria y el humo de las hogueras, y los mandos los pagaban de sus bolsillos. La tropa, en cambio, llevó constantemente la pelliza «calzada», es decir, puesta, no colgando del hombro izquierdo, parece que en lugar del dolmán.

Por lo que se refiere a la infantería, hay un excelente retrato de un soldado, que plasma su apariencia en el campamento: «la gorra de cuartel echada hacia atrás, la chaqueta amarilla sin abrochar, luciendo una faja encarnada». El testigo[122], un oficial de artillería, dice de él mismo que vestía gorro de cuartel, levita y capote, a pesar del tremendo calor que hizo ese día, el de la batalla de Wad-Ras. Para otro observador, la tropa en general compartía dos características: se había dejado la barba y no usaba el corbatín[123].

En las marchas, naturalmente, las unidades tenían un aspecto pintoresco, como era común desde, al menos, la época de los tercios. A veces, los hombres, para protegerse del sol, adaptaban a los roses «una de esas enormes hojas parasol, cogidas en una llanura, en un terreno pantanoso»; se podía ver, también, a uno con «un enorme palo provisto en el extremo de un molinillo, para indicar la dirección del viento, […] aquel cargaba un tambor o un pandereta, otro, añadía a su equipo, pesado de por sí, una guitarra»[124]…

La guerra causó estragos en los uniformes, como confirma esta descripción del aspecto de los ingenieros a su regreso[125]. Habla de su «larga cabellera, […] larga barba, las alpargatas se rompieron y llevan las suelas atadas a los pies con cuerdas, […] los capotes y las camisas se rompieron también, y por todas partes van enseñando la carne, […] penden al hombro con cuerdas las mochilas y con cuerdas sujetan a sus cinturas las bayonetas». Con motivo, el autor de esas líneas advierte a sus lectores que «no busquéis en ellos aquellos militares arrogantes que pasaron el Estrecho en dirección a Marruecos». En efecto, parecían más mendigos que soldados. El texto se acompaña de una ilustración que lo confirma, en la que aparece un ingeniero con gorro de cuartel, manta terciada, alpargatas o babuchas y morral de tipo carlista. En cuanto a los ponchos de los infantes, se comentó su «color terroso y gran deterioro»[126].

«SOLO SE RESPIRA GUERRA»[127]

De todas esas fuerzas, se extraería el Ejército de África. Pero la movilización militar estuvo precedida y acompañada de una popular, masiva. Se reflejó no solo en todo tipo de festejos por cada hito de la campaña, sino, de forma especial, en un diluvio de donativos, en abrumadora cantidad, auténtico «termómetro»[128] del espíritu público. A pesar de que los periódicos de la época, incluida la *Gaceta*, eran de muy poca extensión, cuatro páginas por línea general, aparecían diariamente con columnas enteras que los recogían. Es, pues, imposible mencionar aquí cada uno de ellos, pero se pueden aportar algunos datos que demuestran, de un lado, que «no había español ni española que no sintiera en su alma el ultraje, y en su propio rostro, la bofetada que a España le dio la cabila de Anghera»[129]; de otro, que colaborar en el esfuerzo guerrero se convirtió en una auténtica moda: «las recepciones de buen tono tuvieron ya por objeto hacer hilas en lugar de hacer música»[130]. Algunas de esas labores «ofrecían un agradable aspecto en elegantes macitos atados con lujosas cintas», hechos con «exquisito gusto y delicadeza»[131]. También los presos de la cárcel de Alicante se presentaron voluntarios para realizar la misma labor[132], aunque es de suponer que lo harían de forma más burda.

El *Álbum de la guerra de África*, publicado por el periódico *Las Novedades*, enumera, caso por caso, las cantidades que se donaron a favor de los inutilizados en campaña, que alcanzan un total que supera los cuatro millones y medio de reales; los «donativos diversos para dar pensiones, socorrer heridos, atender a los gastos de la guerra o recompensar hechos

heroicos» ocupan doce páginas y los recibidos de Cuba, Puerto Rico y Filipinas casi llegan a los veintiséis millones[133].

Por su parte, la *Memoria administrativa de la campaña de África*[134] cataloga los donativos de los que ha tenido conocimiento en varios apartados. Entre ellos, para gastos de la guerra, un millón y medio, incluidos los veinticuatro reales dados por el maestro de Oza de Santa María; en especie se recibieron multitud de «tabacos», medio millón de puros, por ejemplo; para «vestuario y equipo» llegaron, entre otros, 7800 pares de alpargatas; sorprendentemente hubo donaciones para la artillería, como un millón de cartuchos. En el capítulo de «subsistencias» hay diversos artículos, pero llaman la atención 150 000 raciones de vino. Por fin, en los recibidos para hospitales destacan 4500 varas de lienzo y 2700 arrobas de hilas y vendajes. Era tanto que, terminada la guerra, «han quedado todavía repuestos para largo tiempo»[135], demostrando que las meriendas benéficas dieron resultado.

Ante la plétora de ofrecimientos, se pueden escoger algunos curiosos. El famoso torero Francisco Arjona Herrera, llamado Cúchares, habría proclamado: «puesto que es para la guerra, doy cuanto tengo y mato todos los toros de España»[136]; un espartero ciego, de Andújar, se mostró dispuesto a hacer cien varas de tomiza —un tipo de cuerda—, para atar a los enemigos prisioneros; el director de una compañía «gimnástica-aerostática» brindó 302 reales, producto de una función que había dado[137], y el siempre rumboso duque de Osuna, embajador en San Petersburgo, anunció que en lo sucesivo, «los empleos subalternos de sus estados, que ascenderían a unos 1300» —lo que da idea de las dimensiones de sus propiedades— se cubrirían con heridos o inutilizados en la guerra, mientras que «los destinos de más consideración, que no bajarán de 350» irían a oficiales que hubiesen hecho la campaña[138]. En cuanto al ayuntamiento de Puebla de Sanabria, estableció una pensión de cuatro reales diarios para el primer soldado de la localidad que quedase inútil[139]. El de Montoro, más ambiguo, ofreció «vidas y haciendas para proseguir contra los hijos fanáticos de Mahoma la guerra»[140]. Por su parte, los presos del penal de Valladolid renunciaron a un rancho el domingo, para dedicar la cantidad ahorrada —entre 1000 y 1200 reales— a las necesidades de la guerra[141].



Un hospital de Ceuta, ilustración de José Severini y Francisco Javier Ortego del *Diario de un testigo de la guerra de África* (1859), de P. A. de Alarcón. Cortesía del Zumalakarregi Museoa.

Es bien conocido el gesto demagógico de Isabel II, cuando, queriendo imitar a Isabel la Católica, se expresó dispuesta a vender todas sus joyas para entregarlas a la causa, en la seguridad de que «una humilde cinta» luciría mejor en su cuello que un collar de perlas. Más relevancia tiene que los jornaleros empleados en la total renovación de la Puerta del Sol de Madrid, para darla una estructura básicamente similar a la actual, cedieran su salario de un día, «aunque apenas ganan lo suficiente para cubrir sus más precisas necesidades en las temporadas que tienen trabajo»**[142]**.

Anécdotas al margen, resulta innegable que, como proclamaría Emilio Castelar desde dos de sus tribunas, durante algunas semanas, «en esta cuestión no hay, no puede haber partidos; todos somos españoles»**[143]**; «una corriente eléctrica se ha extendido desde uno a otro extremo de la península»; «¡cuántos años hace que no presenciábamos ese unánime movimiento!»**[144]**.

En cuanto a la movilización militar, se hizo sobre el Cuerpo de Observación ya existente y partió de las serias deficiencias que sufría el Ejército. «Comenzó la campaña en tiempo en que aún no se contaba con todos los elementos»**[145]** precisos, dado que las tropas «no tenían trenes de sanidad, ni de transportes, ni nada de lo que necesitaban regimientos dispersos

en guarniciones pequeñas»[146] para entrar en campaña; «cuatro meses antes de promoverse la cuestión de Marruecos, España carecía de material de guerra; […] pero en el escaso tiempo de tres o cuatro meses, la transformación fue completa [adquiriéndose] desde la tienda de campaña hasta la camilla del soldado, desde el horno ambulante hasta la máquina de café»[147].

Por ejemplo, «faltaba todo cuanto en el ramo de sanidad era indispensable». La solución fue drástica. Primero, se habilitaron 400 000 reales y luego un crédito ilimitado. Con tan sólido respaldo, en poco tiempo se adquirieron medios para atender hasta a 17 000 pacientes[148]. Así, dos meses antes de que se rompieran las hostilidades se construyeron «ocho furgones de ambulancia; ocho atalajes; 400 camillas, unas del sistema Amel, otras del austriaco; cincuenta artolas para el transporte a lomo y 50 carteras de curación para los practicantes». A todo ello siguió la adquisición en Francia de «grandes furgones de ambulancia, un tren de artolas y tiendas de hospital»[149], además de los muchos elementos que se compraron en otros países, la propia Francia y Gran Bretaña, en especial.

Al tiempo, en España se desarrolló una actividad febril, poniendo a contribución todas las energías del país. Así, se dijo que en Trubia se fundían hasta seis cañones rayados a la semana, se aumentó la fabricación de carabinas, revólveres, bayonetas «y se está construyendo el taller para la fabricación de corazas para la caballería», lo que llama la atención, ya que, como es sabido, no se emplearon. Quizá fuera un proyecto temprano. En el Arsenal de la Carraca se habilitaron 24 cañoneras, «barcos de la carga de sal y de la puerta de Sevilla, de Cádiz», artilladas con piezas de la maestranza sevillana, y se trabajaba en 30 balsas, capaces para 120 hombres o para artillería o para caballería, de muy poco fondo y compuertas abatibles, destinadas al transporte, así como en «seis pontones con barandillas de hierro, que forman un muelle seguro»[150].

En Sevilla, se hicieron también 24 cañones rayados de montaña, donativo de los maestrantes[151], y entre ocho y diez piezas semanales, asimismo rayadas y de diversos calibres, además de 550 proyectiles para ese tipo de ánima y 150 convencionales[152]. Los primeros de aquellos se entregaron a la Compañía de Montaña del 5.º de a Pie, que se haría famosa. Estaba a las órdenes del capitán y diputado José López Domínguez[153], que había asistido a las guerras de Crimea y de Italia. La formaban seis cañones de a 8 corto, bautizados con los nombres de Do, Re, Mi, Fa, Sol y La, por lo que,

naturalmente, recibió el apodo de la Solfa. Cuando tiraba se decía que «estaba solfeando»[154].

Ese alarde de eficacia permitió dotar de artillería rayada a casi todo el ejército de operaciones. Era, en especial, meritorio porque «todo ha sido preciso improvisarlo», ya que al principio no existía la maquinaria para fabricar la munición, «las piezas del nuevo sistema francés, que es el imitado en España»[155].

Seguramente la publicación que mejor recoge el esfuerzo titánico, realizado sin duda a un coste desproporcionado, ante la premura del tiempo, es la *Memoria administrativa de la campaña de África*. Recayó gran parte de la tarea, además, en un cuerpo de la Administración militar que, en la práctica, «ha empezado su carrera en esta guerra, puesto que su antigua organización, bajo la cual funcionó todavía en la última dinástica [la carlista] distaba mucho de hallarse en armonía con sus necesidades y las del ejército». Por si eso fuera poco, contó «con el mismo personal designado para el servicio ordinario», de tiempos de paz[156].

La relación de las adquisiciones y de las labores llevadas a cabo sería interminable, pero se pueden escoger algunos datos representativos. Por lo que se refiere a hospitales, hubo 38 en África y 24 en el litoral español. En el vestuario, se gastaron dos millones de reales y, además, se adquirieron 2455 pares de zapatos (a 18 reales de media), 296 000 de borceguíes (a 25,57) y 73 970 de alpargatas (a 6,30). Con ello, queda claro el tipo de calzado que se utilizó mayoritariamente.

En Francia, se compraron hornos de campaña y 600 tiendas de 90 francos; 200 de 28 y 41 000 sacos-tiendas, a los que se unieron otros 19 500 hechos en Málaga. Las raciones de campaña incluían, en distintas combinaciones, además del pan o del bizcocho o galleta, 6 onzas de arroz, 8 de habichuelas, 6 de garbanzos, 16 de patatas, 8 de bacalao, 4 de tocino, 8 de carne fresca, medio cuartillo de vino, una onza y media de aceite, un tercio de onza de café y tres cuartos de azúcar. La carne en conserva venía en latas de un kilo, para 16 raciones. En total, se distribuyeron 113 000 arrobas de arroz, a la vista de lo cual, no extraña que los soldados llamaran a este producto, porque siempre aparecía en las comidas, «Fijo de Ceuta», por el nombre de ese regimiento; 10 700 de habichuelas; 21 000 de garbanzos; 79 500 de patatas; 10 900 de bacalao; 91 500 de tocino; 29 600 de carne fresca; 133 200 de vino; 580 de aceite; 8300 de café y 14 000 de azúcar. Se consumieron 213 000 latas de carne en conserva. En total, fueron más de siete millones y medio de raciones

de etapa, y uno y medio de raciones de cebada. La plaza en rancho costó 3,30 reales de media y la de la caballería, 8,52.

En materia de transportes, se alquilaron 3122 acémilas —las mejores fueron las de Zaragoza y las de Teruel—, de las que 770 murieron y 140 fueron robadas. Se construyeron 250 carretones y se alquilaron 46 vapores, que utilizaron 42 000 toneladas de carbón, y una veintena de barcos de vela. Recorrieron unas 2800 millas marinas.

La Artillería llevó a África, entre otro mucho material, 154 cañones, 18 morteros y 23 obuses, además de 6600 quintales de pólvora y 70 000 proyectiles, de los que se consumieron 20 700, junto a más de 6 300 000 cartuchos de fusil y de carabina y 279 cohetes. Por fin, en el equipo de Ingenieros hay que destacar un tren de puentes para llevar sobre camellos, de 22,68 metros, y tres blocaos desmontados de 428 piezas cada uno.

Esta relación contiene una serie de novedades importantes. Además de utilizar elementos tan modernos como el ferrocarril, el telégrafo, el vapor y las raciones en conserva, se pertrechó al soldado mejor que nunca, dotándole, por primera vez, de calzoncillos, manta y tiendas de campaña. El café, el azúcar y la distribución sistemática de carne fueron también primicias, que merecen algún comentario.

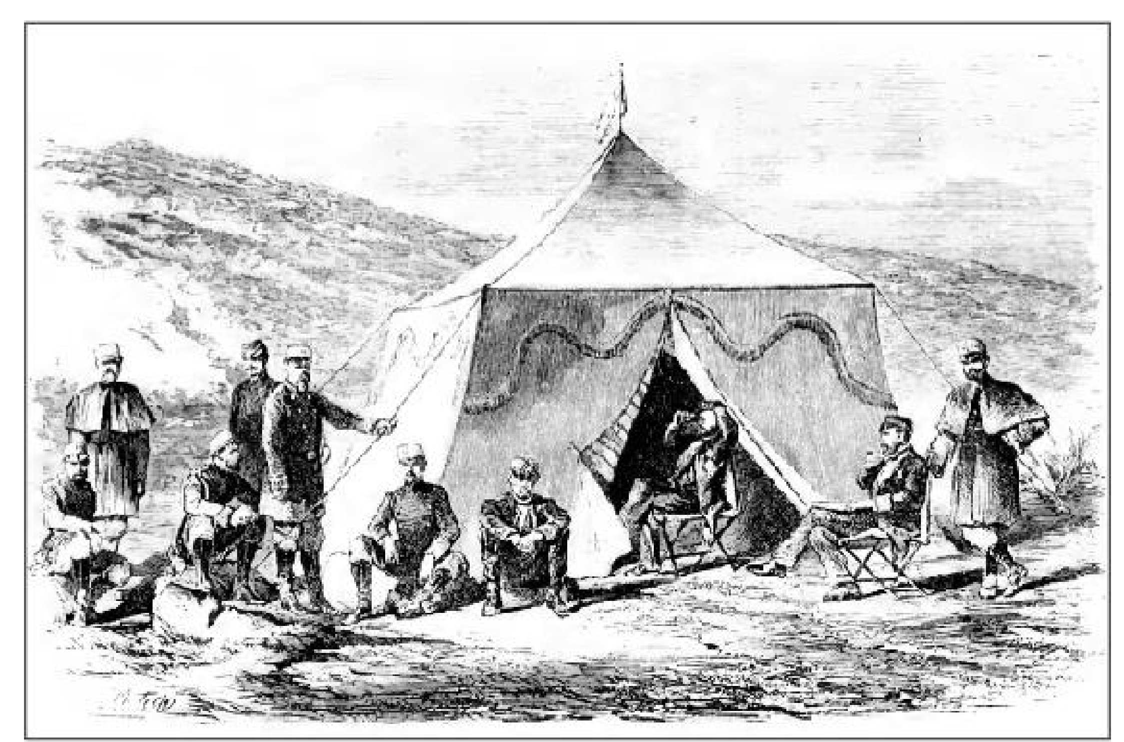
Antes, sin embargo, cabe mencionar que el afán por la innovación podía llegar demasiado lejos. Así, se experimentó con inventos extraordinarios como bombas asfixiantes, un artilugio dotado de varios cañones, y estrafalarias escalas de asalto diseñadas por un carpintero de Alicante, y se habló de un aparato estadounidense «que permite a los buques en la mar comunicarse en todo tiempo»[157]. La prensa esperaba grandes cosas de las escalas, que, al parecer, cabían en el bolsillo. Con ellas, aseguraba, y «como no han de hacer ruido, no serán sentidas, y las tropas subirán [a las fortalezas enemigas] cada uno por la suya como quien sube la escalera de su casa»[158].

Las mantas «fuertes, de color gris», se llevaban con frecuencia enrolladas y terciadas sobre el pecho, también por los oficiales subalternos, constituyendo una protección en el cuerpo a cuerpo e incluso contra las balas. En tiempo frío o lluvioso se ponían sobre el poncho, «consiguiéndose de ese modo hacerse un abrigo largo y útil»[159]. De día, en el campamento, cuando llovía, era habitual tener en cada tienda una «manta de servicio», que usaban por turnos los soldados cuando salían fuera. De esa forma, las restantes estaban secas para la noche. También, sustituían al poncho «cuando el agua nos visitaba, encontrándolo de reserva cuando necesitaba abrigo»[160].

Respecto a las tiendas, la de O'Donnell era de «dimensiones muy moderadas», ya que le gustaba compartir las penalidades de sus hombres[161], «blanca y sumamente sencilla»[162]. Tenía una de aparato, más grande, con un galón rojo, y doble, para defenderse mejor del frío y del agua, que utilizaba solamente cuando el ejército acampaba durante un periodo largo de tiempo[163]. Se denominaba «de consejo» a las de los generales. La de Echagüe era de fondo blanco, con rayas azules, la de Prim también blanca, «con vivo encarnado en las costuras», y la de Ros, «amarilla, con listas encarnadas»[164]. Las de los jefes y los oficiales eran cónicas o marquesinas y, lo que es curioso, soportaban peor la lluvia que las de la tropa. Uno de ellos le comentó a Hardman[165] que «cuando llueve, te mojas lo mismo en la tienda que fuera de ella». Las había «españolas», para tres hombres, y «francesas», para cuatro. Dormían en ellas sobre paja o heno, envueltos en una manta y en el gabán impermeable que casi todos habían comprado. El mobiliario solía ser mínimo, aparte de la cama de campaña plegable. Por ejemplo, las sillas de tijera, o «banquillos […] parecidos a los que llevan algunas señoras a la iglesia»[166] se consideraban un lujo y se sustituían por las maletas[167].

En el caso de la tropa, eran «una vivienda completamente nueva en nuestro ejército […] incómodas en sumo grado, puesto que no es posible estar en ellas sino a gatas o acostado», pero, al menos, «preservaban de la lluvia»[168]. Aunque solo en parte, lo que pronto se vería. Los soldados las llamaban «perreras»[169]; con su «bajísimo techo», «la atmósfera que allí se respiraba era abrumadora»[170]. Como lecho se usaban hojas de palmito y la manta. Durante la campaña se confirmó la profecía del corresponsal del *The Times*, cuando dijo que, previstas para climas cálidos, eran buenas para proteger del sol, «pero serán inadecuadas en tiempo húmedo o inclemente»[171].

Sin duda, existieron de diversos modelos, ya que hay testimonios que indican que las había tanto para tres como para cinco hombres. Por ejemplo, en una orden general de O'Donnell se especificaba que se montaban con «cinco sacos-abrigos», con «dos a cada costado y uno de boca», dejando abierto el lado «contrario al viento». Eran del tipo de la *tente-abri* francesa y se han descrito como «unas pequeñas covachas que tenían la forma de dos naipes puestos a la larga y apoyados unos en otros»[172]. Se formaban a base de abotonar los lienzos individuales que llevaba cada soldado, junto con unos piquetes.



El general Prim en su tienda, en *Diario de un testigo de la guerra de África* (1859), de P. A. de Alarcón.

A pesar de sus limitaciones, las tiendas recibieron elogios de sus enemigos: «son todo lo cómodas, y están todo lo bien confeccionadas que es posible; absolutamente suficientes y muy ligeras, hasta el extremo de que una tienda completa plegada y con todos sus accesorios podría ser llevada por un solo hombre», aunque se hacía «entre tres», ya que «de esa manera su transporte no era molesto». Por cierto, también alababan las «bonitas mochilas que no son demasiado pesadas»[173]. Es dudoso que la tropa compartiera ese juicio.

Un análisis bastante completo sobre los ranchos[174], destaca sobre todo el uso de carne fresca, aunque se lamenta de que no se repartiera con mayor frecuencia, lo que hubiera sido posible. La de conserva solo se debía tomar muy frita, ya que, en caso contrario, provocaba «diarreas pertinaces». En cuanto al tocino, «tan conforme con el que usaban en sus casas», «a los soldados les gustaba mucho». El suministrado era de mejor calidad que el que se daba en España. Las patatas suponían un «precioso alimento, a que el soldado español está muy habituado». Bacalao se dio muy pocas veces, al contrario que el «eterno»[175] arroz casi cotidiano.

La galleta era buena y se comía tras haberla calentado, mojándola en vino, aunque había quien prefería meterla en agua para que se ablandara un poco y luego asarla en las brasas. Seca, resultaba tan dura que para comerla se ponía en la palma de la mano y se rompía con el codo, ya que ni con un cuchillo se

podía cortar[176]. No extraña tanta solidez; muchas se habían fabricado cuatro años antes[177]. Cuando se instalaron en Tetuán hornos de pan, salía de calidad superior al de la Península.

Aun antes de que empezara la guerra, ya se escribía que «parece que el Gobierno ha previsto la necesidad de café, si se llega a operar en África, y ha dado las órdenes convenientes para la adquisición de los enseres necesarios a su preparación», siendo entonces «extraño a nuestros soldados»[178]. Era, al principio, en grano, excelente; luego, en polvo, y la calidad empeoró. Aunque tenía sus detractores, en general se consideraba «una bebida alimenticia y tónica». Se recomendaba tomarla con un cuarto de la ración de pan o de galleta mojado en ella. Así «fortificado y abrigado el estómago», el soldado se hallaría «bien predispuesto para las marchas, despejada su parte intelectual y apto para la defensiva y la ofensiva»[179].

La prensa saludó la medida: «el ejército expedicionario ha llevado muy a bien el nuevo desayuno de café que toma después de levantarse, con gran ventaja para su alimentación y salud»[180].

El azúcar era «unas veces blanco, otras moreno y algunas, más que moreno y mezclado con sustancias extrañas». El vino, tinto, que era mejor que el blanco, supuso otro «recurso precioso» y de buen sabor; sustituyó al agua, que en general era mala.

Parece que esas raciones se podían comparar favorablemente con las francesas de campaña, consistentes en 643 gramos de galleta, 300 de carne, 60 de arroz y 12 de café y azúcar, y que resultaban tan insuficientes que «los soldados comen cuanto encuentran» —incluidas ratas, serpientes y raíces—, porque «preciso es tener valor para decirlo: en nuestras expediciones, los hombres pasan hambre»[181].

El diagnóstico final fue que «el ejército ha estado magníficamente servido», «hasta con lujo». Era una agradable novedad, ya que «el soldado español ordinariamente no está sometido al régimen animal durante la paz, ni usa el café», y solo «en alguna ocasión» se le daba carne fresca[182]. En efecto, «ya no eran solo vegetales y tocino los que constituían el rancho. […] Al fin tenía yo la satisfacción de ver al soldado comiendo carne»[183]. Por desgracia, en cuanto se regresó a España, se volvió al sistema tradicional.

Otras fuentes también elogian la comida, asegurando que era «excelente» y en «cantidad ampliamente suficiente», tanto, que se derrochó mucho. Se destacaba el pan, «blanco y bueno», el arroz y el tocino, pero parece que los hombres rechazaban la carne en conserva, prefiriendo contentarse con arroz que hervían con tocino[184]. Se entiende, si era verdad que esa carne tenía un

«incómodo sabor a hierro»[185]. Es posible que se debiera a que la industria no estaba todavía suficientemente desarrollada. Lo indica que muchos oficiales preferían el rancho ordinario de la tropa a los alimentos en conserva que se habían traído de la Península. Para los observadores prusianos, en cambio, el rancho era solo suficiente debido a la sobriedad del soldado de España. Estimaban que, a largo plazo, no bastaría para sus colegas alemanes[186].

Del lado marroquí, se ratifica la abundancia que reinaba en el español. Cuando el ejército de O'Donnell trasladaba su campamento, «dejaba tras de sí muchas cosas, de las que se alimentaban los pobres de la región». Es notable que ello se atribuyera a «una artimaña para mostrar su poderío y el bienestar de que disfrutaba»[187].

3

LOS CONTENDIENTES

EL EJÉRCITO DE ÁFRICA

Por Real Decreto de 3 de noviembre de 1859[1], Leopoldo O'Donnell es nombrado comandante en jefe del Ejército de África. Le acompañará una sección del departamento de la Guerra, que actuará como su secretaría de campaña. Según un contemporáneo[2], tenía entonces «la edad del siglo» —aunque en realidad había nacido en 1809—, «si le falta la experiencia de la guerra grande y la ciencia previsora del organizador, posee al menos, como militar, como hombre de acción, las cualidades más eminentes; bravo, infatigable, se ocupa de todo». Físicamente, le describe «alto, su pelo corto era rubio y comenzaba a blanquear», mientras que se definió su carácter como de «temperamento frío, reflexivo, meditabundo»[3].

Dado que acumulaba varios cargos, hubo que designar los correspondientes suplentes durante su ausencia. El ministro de Estado, Calderón Collantes, sería nombrado presidente interino del gabinete; José María MacCrohon, el de Marina, asumiría también temporalmente el de la Guerra, y un director general, Augusto Ulloa, el de Ultramar[4].

Se pusieron tres cuerpos de ejército y dos divisiones bajo el mando de O'Donnell; el I Cuerpo, a las órdenes de Rafael Echagüe, se reunió en Algeciras y sus alrededores; el II, de Juan de Zavala, en Cádiz; el III, de Antonio Ros de Olano, en Málaga; la División de Reserva, de Juan Prim, en Antequera, y la División de Caballería, de Félix Alcalá Galiano, en el Puerto de Santa María (véase orden de batalla del 18 de noviembre de 1859 en apéndice I). El jefe del Estado Mayor general era Luis García. Como se ha afirmado, básicamente el núcleo estaba formado por «los generales que en 1854 se habían sublevado contra el gobierno de Sartorius»[5], con O'Donnell, en la llamada Vicalvarada.

Uno de ellos era Rafael Echagüe (San Sebastián, 1815[6]). Su carrera no había sido muy ortodoxa. Empezó durante la Primera Guerra Carlista como subteniente del cuerpo franco liberal conocido como chapelgorris, de eficacia

probada, pero de dudosa reputación, en el que sirvió más de dos años. Cuando terminó el conflicto era mayor de batallón, habiendo acumulado seis ascensos por méritos de guerra. En 1847 pasaría a coronel, tras participar en la columna de operaciones enviada a Portugal con motivo de la guerra civil llamada de la Patuleia. Llama la atención tal recompensa, porque no se disparó un tiro. En 1849, sería ya brigadier, en premio por su actuación contra las gavillas carlistas del conde de Montemolín, en lo que tampoco fue una campaña digna de tal nombre.

De los jefes de cuerpo de ejército, quizá Zavala era el de trayectoria más brillante[7]. Nacido en Lima, en 1804, pertenecía a una de las primeras familias peruanas. Con catorce años entró como cadete en el Regimiento de Milicias Disciplinadas de su ciudad natal. Cuando España perdió el virreinato, pasó a la Península, ingresando en el prestigioso Regimiento de Lanceros de la Guardia, y haría la mayor parte de la Primera Guerra Carlista en él y con los no menos distinguidos Húsares de la Princesa, ganando la reputación de ser uno de los mejores jefes de Caballería. Empezó el conflicto de alférez y lo terminó de mariscal de campo, acumulando los ascensos por méritos de guerra.

Ros de Olano (Caracas, 1808)[8] había ingresado en el ejército con dieciocho años, y durante casi once formó parte de la Guardia Real de Infantería. Había combatido, como todos sus compañeros, en la guerra carlista, que comenzó como teniente y acabó con grado de coronel. Estaba considerado un intelectual, autor de libros y de poesías, y a su amparo fueron a Marruecos figuras tan conocidas como Alarcón, el cual le dedicó su *Diario de un testigo de la guerra de África*.

Prim (Reus, 1814[9]), que ostentaba el título de conde de Reus, la localidad de su nacimiento, brillaba con luz propia en el plantel de generales. Procedente de las filas progresistas, como Zavala, por otro lado[10], se había alineado por el momento en la Unión Liberal, pero no tenía toda la confianza de sus dirigentes. Lo prueba que se escribiera que, «como es sabido, no se contó con el general Prim al nombrarse a los jefes» de las tropas destinadas a África, y que si «por último» se le designó, fue porque se había ofrecido a ponerse al frente de hasta solo una compañía y «esta manera de solicitar no podía de ningún modo ser desatendida»[11], dado el prestigio que ya en la época tenía.

Este general, que en Marruecos alcanzaría la categoría de ídolo, sobre todo en Cataluña, tenía en su haber otra de las carreras fulgurantes que produjo la Primera Guerra Carlista. La empezó de soldado, en un despreciado

cuerpo franco, el de Tiradores de Isabel II, y la acabó de coronel. Ferdinand de Lesseps, el futuro padre del canal de Suez, lo describió como de «ardiente imaginación, ninguna moralidad, de lealtad dudosa, un verdadero aventurero, peligroso»[12]. A lo que se podría añadir una acentuada afición a la intriga y una enorme ambición, casi tan grande como su valentía personal. El problema es que esta era, lo dice suavemente Lavigne[13], «con frecuencia imprudente», y lo que es peor, hacía extensible a sus hombres el desprecio por su propia vida, como se verá a lo largo de la inminente campaña. Desde ese punto de vista, el coraje frío de O'Donnell resultaba mucho más digno de admiración.

Para Von Goeben «tenía gran valor, [era] vigoroso, muy ambicioso, muy apasionado». Indica, no obstante, que sus «numerosos» adversarios, «no hablan de sus hazañas sin una sonrisa irónica»[14].

Hay opiniones muy tajantes sobre el conde de Reus. Según un brigadier que estuvo en la guerra y que coincidía con la de «algunos generales y amigos personales de don Leopoldo O'Donnell»:

> […] fue falta de previsión en este el conferir a Prim el mando de una división en la campaña de África, por considerarlo como hombre muy peligroso para la monarquía y para la tranquilidad de España, vista su desmedida ambición, espíritu levantisco y avanzadas ideas, teniendo, sobre todo, en cuenta la popularidad que podría alcanzar, no por hechos de extraordinario mérito, sino por el bombo que sus adláteres y los periódicos progresistas, con la entonces famosa *Iberia* a la cabeza, le darían.

Añadía, lo que es inverosímil, que «los defensores del nombramiento aseguraban que O'Donnell lo llevaba a la guerra para ver si quedaba en ella y así se deshacía de hombre tan peligroso»[15].

La anómala posición de Prim en el ejército se plasma en que solo se le dio el mando de una división, y reducida, siendo teniente general, mientras que sus compañeros de empleo recibieron cuerpos de ejército, igual que Echagüe, simple mariscal de campo. Era, además, el único, junto con Ros, que se había batido anteriormente en África, lo que si se hubiera atendido nada más que a criterios militares, era una razón adicional para haberle encomendado mayores responsabilidades.

Luis García, el jefe de Estado Mayor, era originario de El Ferrol, donde nació en 1802[16]. Ingresó en el ejército con solo trece años, en calidad de cadete, y con dieciséis marchó voluntario para América, donde combatió contra los independentistas hasta 1823. Para entonces había sido herido una vez, y promovido a 2.º ayudante, lo que era poco, teniendo en cuenta que en esas campañas se recompensaba con gran generosidad a los oficiales «europeos», como se les llamaba. Combatió contra los carlistas desde 1833

hasta 1840, subiendo en el escalafón hasta el grado —no el empleo— de coronel, lo que, de nuevo, para aquellos tiempos era una promoción modesta.

La División de Caballería estaba a cargo de Félix Alcalá Galiano (Madrid, 1804[17]). Había servido en los Coraceros y los Lanceros de la Guardia Real, y, como bastantes de sus compañeros en ella, se pasó al campo de don Carlos, en el que sirvió hasta el Convenio de Vergara, ascendiendo de capitán a coronel, lo que tampoco era inusual en un ejército que no era menos pródigo en premios que el liberal. De hecho, el primer paso, de capitán a comandante, lo dio en nueve días, simplemente por haber cambiado de bando.

Quizá por su proveniencia carlista, escogió para el mando de una de las brigadas de su división a un militar del mismo origen, Francisco Romero Palomeque, conocido como Milhombres, que tiene la curiosa distinción de haber sido objeto de dos pequeños libros[18], algo inusual por su escasa relevancia profesional.

De la estructura de la fuerza expedicionaria llama la atención ante todo su debilidad. No respetaba ni los propios reglamentos españoles, que preveían las brigadas de dos regimientos de línea, con dos batallones cada uno y un batallón adicional de cazadores. De hecho, había brigadas con solo tres batallones, que se parecían más a un regimiento reforzado. En cuanto a la llamada División de Reserva, en realidad contaba con una brigada de combate solamente. La única explicación, como se ha aventurado, era que se pensara utilizarla en asedios, de ahí su fuerte componente de artilleros sin cañones y de ingenieros. En cuanto al I Cuerpo, apenas lo era, con solo una división, tres brigadas y catorce batallones. Pronto se modificó esta organización, barajando algunos batallones con otros, sin que se sepa el motivo.

Respecto a la caballería, se trataba de «una brigada a la que llaman división». Aunque «los coraceros han dejado sensatamente las corazas» y los caballos se encontraban «en excelente condición»[19], en realidad apenas sumaban dos regimientos al completo, al margen de que si en los tiempos de la Vicalvarada «en mi opinión era la peor de Europa», en 1859 «ha mejorado mucho»[20], lo que no implicaba que no perviviesen problemas. Por ejemplo, debido al sistema de selección de reclutas ya descrito, «la caballería apenas saca una tercera parte de sus quintos con las condiciones que necesita»[21], mientras que el número de sus mandos escandalizaba a los observadores extranjeros[22].


Luis García, jefe del Estado Mayor, en *Crónica de la Guerra de África* (1859), de Emilio Castelar, *et al*.

El que sería uno de sus jefes hace los siguientes comentarios. Tras lamentar que las unidades llegasen a sus puntos de concentración antes que sus superiores, por lo que no recibieron con anticipación «las instrucciones

necesarias», juzga su disciplina «inmejorable». Prosigue: «la caballería debió componerse de húsares y de cazadores, con quepis e impermeables», en lo que le asiste la razón, porque eran la clase de unidades más apta para el tipo de guerra que les esperaba; «los escuadrones de lanceros carecían de la instrucción que esta arma requiere, […] no tienen compañías de tiradores ni aún pistolas, por lo que no pueden prestar el servicio de avanzadas; los escuadrones de coraceros, en su personal y caballos, muy bien, pero no traen más armas que sus espadas rectas y en no muy buen estado»[23].

Sus reflexiones sobre el tipo de unidades que se habían movilizado son muy pertinentes. Las distintas clases de jinetes no se distinguían solo por su uniformidad, sino que tenían misiones totalmente diferentes. Los coraceros eran hombres de gran talla, con caballos de elevada alzada. Su cometido era romper, con la compacta masa que representaban, formaciones enemigas sólidas, abriendo una brecha en la línea. Esa capacidad de choque conllevaba también desventajas. Necesitaban un terreno liso y uniforme para operar y estaban instruidos para operar siempre en formaciones cerradas. Su ámbito era la batalla campal, de poder a poder.

Los lanceros se empleaban de una forma muy similar, aunque no requerían jinetes y monturas tan seleccionados, y poseían una cierta flexibilidad. Su fuerza residía en su armamento, que les permitía alcanzar al contrario antes de que este pudiese usar su sable, pero que tenía el inconveniente de requerir un largo aprendizaje.

Cazadores y húsares, por fin, solo se diferenciaban por el vestuario. Eran unidades de hombres y caballos pequeños y ágiles, concebidas sobre todo para la escaramuza, el reconocimiento y para la exploración, no para choques frontales contra unidades de línea. Podían operar en casi cualquier terreno, eran eminentemente versátiles y su ambiente natural era la guerra irregular.

Teniendo en cuenta que esta era precisamente la que se iba a disputar en Marruecos, extraña el escaso número de esa clase de tropas que se incluyó en el ejército, muy inferior al de coraceros y lanceros, diseñados, como se ha dicho, para teatros y enemigos que no se encontrarían en toda la campaña. Por algo, los franceses habían hecho la conquista de Argelia con la caballería ligera, y no desplazaron allí ni uno solo de los excelentes escuadrones pesados de que disponían en sus numerosos regimientos de esa especialidad.

Por otro lado, muchas de las unidades estaban cortas de efectivos, lo que era sobre todo el caso de las de infantería de línea, con unas 500 plazas por batallón; las de cazadores, con entre 700 y 750 tenían una fuerza más razonable. En caballería, los escuadrones de húsares apenas superaban el

centenar de monturas; los de lanceros tenían unos 115, y los coraceros, 125. En artillería, la de montaña contaba con 100 hombres por compañía, la montada, con 120 y los escuadrones a caballo, 150. Las compañías de ingenieros, con 100, eran muy débiles, especialmente para la carga de trabajo que recayó en ellas[24]. Quizá debido a la poca fuerza de los batallones de línea, el 19 de noviembre, recién empezada la campaña, Ros ordenó reorganizar los de su cuerpo a cuatro compañías, en lugar de seis.

En realidad, todas las denominaciones orgánicas estaban sobredimensionadas, y cada una correspondía a un escalón inferior. Máxime, cuando las brigadas se dividían a su vez en dos medias brigadas, cada una al mando de un coronel. En el caso de la segunda media brigada de la I Brigada de la 1.ª División del III Cuerpo, su coronel solo tenía a sus órdenes un batallón.

Resultaba también peculiar la falta de homogeneidad de cuerpos, divisiones y brigadas, y el hecho de que algunos regimientos de Infantería estaban representados por sus dos batallones, y otros solo por uno. En los primeros, dado que los cuerpos de línea estaban bajos de fuerza, las tropas expedicionarias tuvieron que completar las plantillas a costa de otras unidades. En cuanto a los segundos, el batallón que partió para Marruecos cubrió sus huecos con el que quedaba en España. Se ha comentado que tanta diversidad fue deliberada, para que el mayor número posible de cuerpos estuviesen representados: Pero, aparte de que desde el punto de vista orgánico trocear así los regimientos no era aconsejable, entonces se habría mandado solo un batallón por regimiento, lo que no fue el caso. Más bien parece que fueron simplemente designados por sorteo[25], es de suponer que entre los que se hallaban en mejores condiciones. Algunos, sin embargo, como el Borbón, de infantería, se presentaron voluntarios para la campaña.

No le falta razón a Fernando Fernández de Córdova[26], cuando se lamenta, aunque exagerando algo, de que todos los regimientos de infantería y de caballería fueron «incompletos», «destruyéndose también la unidad de los de artillería, pues se sacaron de cada uno dos baterías». Lo menos que se puede decir, como admite una fuente oficial[27], es que se enviaron «unidades un poco artificiales, por el estado precario de nuestra organización militar».

La sanidad merece mención aparte, dado que, por desgracia, y en parte por imprevisión, sus servicios fueron extensamente solicitados. En la guerra se utilizaría casi todo su personal. En teoría, era de 399 plazas, pero, por lo poco atractivo de su situación, solo había, de hecho, 282. De ellos, 123 jefes y oficiales acompañaron al ejército, y gran parte de los demás se incorporaron a

los hospitales del sur de España, quedando muy pocos para los del resto de la Península. También partieron entre ochenta y noventa practicantes; «los más eran sangradores no habilitados».

En septiembre de 1859 se formaron lo que se llaman «compañías sanitarias»[28], de veinticuatro hombres por batallón, pero «carecían absolutamente de instrucción y de experiencia», ya que estaban integradas por soldados sacados directamente de filas. Muchas veces se recurrió, al igual que en otros ejércitos, como el británico, a los músicos. Solo en enero de 1860, ante la amarga experiencia, se organizó una auténtica compañía especializada, de ciento veinte efectivos.

Para el servicio de cada batallón había un oficial médico y un practicante, que contaban con un mulo para transportar el material, y con una mochila-botiquín, para el más ligero y más urgente. En cuanto a las camillas[29], las españolas, de tipo Amel, demostraron tener una excelente resistencia, aunque resultaban pesadas; en cambio, las austriacas, articuladas y ligeras, quedaron inútiles rápidamente.

En el escalón brigada, las ambulancias, atendidas por once personas, actuaban prácticamente en primera línea. Las de división, a retaguardia, contaban con entre 25 y 27 doctores y practicantes. Por fin, en todos los campamentos existían hospitales de socorro, dotados de grandes tiendas marquesinas[30], de las que había dos por cuerpo de ejército, con capacidad para veintiséis camas cada una, lo que era demasiado poco. Finalmente existían en Ceuta, y después en Tánger, y en ciudades peninsulares de la costa hospitales fijos, preexistentes o improvisados. Completaban el despliegue cuatro barcos especialmente preparados para atender a enfermos y heridos. Fue desafortunado que dos se dedicaran, asimismo, al transporte de municiones y efectos de guerra, con perjuicio de su misión principal[31].

De forma general, la atención prestada por los médicos resultó tan sobresaliente como lamentables fueron los cuidados que se dieron a los pacientes en ámbitos que dependían de la administración militar. Así, no fue raro, por ejemplo, que permanecieran «literalmente tirados en el húmedo y fangoso suelo, sin más abrigo que sus mantas»[32]. La propia administración reconocía una de sus principales deficiencias, cuando aludía a «los empleados de plana menor[33] de provisiones y hospitales, que tuvieron que improvisarse de la clase de paisanos, sin otra esperanza por punto general que la de volver a sus casas, carecían naturalmente de interés por el servicio y, por supuesto, de la instrucción necesaria». Muchos huyeron de los hospitales «por no sufrir los males reunidos de la guerra y la epidemia»[34]. Era un crimen poner en

manos de esa ralea a los enfermos y a los heridos. Su pésima reputación contrasta con la que adquirieron esos menesteres sacerdotes y Hermanas de la Caridad.



Jinetes condecorados (de izq. a dcha., Pedro Mur y Francisco Pérez Navarro, húsares de la Princesa, y Pedro Castillo y Ramírez, lancero de Farnesio), en *Crónica de la Guerra de África* (1859), de Emilio Castelar, *et al*.

Los efectivos del ejército incluían también al menos tres mujeres, cantineras, herederas de una vieja tradición, que remonta a los tercios. Una «rubia, joven y bastante agraciada […] marchaba sobre un bagaje mayor delante del regimiento de Borbón». Las otras dos tenían una apariencia más convencional: «enjutas, de aspecto varonil, y calzadas con polainas y alpargatas» iban con Zamora y con Baza[35]. Esta última, de nombre Ignacia Martínez, «tostada y curtida por los campamentos», llegó a ganar gran popularidad, apareciendo retratada en diversas publicaciones. Desfiló en Málaga con «todos los efectos necesarios a una cantinera y dos magníficos revólveres en el cinturón». Para entonces, tenía cuarenta años de edad, veinticuatro de servicios y una cruz por un balazo en una pierna que recibió en 1842[36]. En África se la vería «con su barrilito de aguardiente y su cántaro de agua, animando a unos, socorriendo a otros, y hasta haciendo fuego al enemigo»[37].

Se trataba de «mujeres varoniles, que desde niñas viven entre la tropa; […] siguen a los batallones hasta en las épocas de mayores calamidades»[38], vendiendo pan, aguardiente, tabaco, embutidos y condimentos, «algunas, elegantemente vestidas de amazonas»[39]. Se las describió ataviadas «con

airosos ros (sic, en singular), ponchos, pantalones bombachos y una graciosa enagua de paño encarnado que dejaba ver un poco de pantalón y las polainas sobre la ligera alpargata»[40].

Reunir la fuerza en los puntos de concentración no fue tarea fácil. De un lado, por la mencionada debilidad de las unidades, su insuficiente instrucción y la necesidad de adaptarse al nuevo material; de otro porque, al no estar entonces terminado el ferrocarril Madrid-Andalucía, muchas tuvieron que rodear por mar la Península, mientras que otras fueron por la línea férrea de Levante hasta un puerto en el Mediterráneo, para embarcar. Por último, la pésima estación del año escogida para emprender las operaciones, de lo que se hablará, complicó los movimientos.

Se pueden poner algunos ejemplos de estos problemas. El Regimiento de Húsares de la Princesa marchó por tierra de Aranjuez a Sevilla, ya en septiembre, ante las perspectivas de guerra. Con ese motivo, los oficiales que estaban de permiso se reincorporaron voluntariamente. El 23 se dio órdenes de preparar un escuadrón expedicionario. Se eligió el 1.º, pero, como estaba corto de efectivos, se tuvo que completar con parte del 2.º. El 13 de octubre se mandó formar otro. Fue el 4.º el elegido, pero, por la misma razón, tuvo que recurrir al 3.º, quedando el regimiento casi en cuadro. Hubo, también, la dificultad de que la mayor parte de los caballos eran jóvenes y poco acostumbrados al servicio activo.

El 1.º fue afectado al II Cuerpo, y se embarcó para Ceuta el 11 de diciembre; el 4.º, a la Brigada de Coraceros de la División de Caballería; llegó a Ceuta el 17[41].

Los Cazadores de Alba de Tormes partieron por mar de Barcelona el 28 de octubre, llegando a Cádiz el 1 de noviembre, desde donde fueron a Chiclana. Allí permanecieron hasta el 10, haciendo ejercicios en orden abierto y de formación de cuadros. El 11, recibieron material de campamento, y marcharon a Medina Sidonia, donde estuvieron siete días aprendiendo a montar y desmontar las desconocidas tiendas. Volvieron a Chiclana el 18; el 19, fueron al Puerto de Santa María, y el 28, al Trocadero, en ferrocarril. Se embarcaron ese día a las diez de la noche para Ceuta, donde desembarcaron el 29, a las dos de la tarde, un mes después de su salida de Barcelona[42].



Ignacia Martínez, cantinera en la Guerra de África, en *Diario de un testigo de la guerra de África* (1859), de P. A. de Alarcón.

Otro batallón de la misma especialidad, el de Llerena, fue por tren el 20 de noviembre desde Manresa a Sabadell, y el 25 desde esta última localidad a

Barcelona, para embarcarse. El 2 de noviembre llegó a Málaga, donde recibió mantas y tiendas. Estuvo instruyéndose hasta el 11 de diciembre, y el 12 estaba en Ceuta. En total, pasaron tres semanas desde que dejó el cuartel hasta que se presentó en la zona de operaciones[43]. En total, el cuerpo de ejército al que pertenecía, el III, necesitó veintidós días para desplegar en torno al presidio[44].

En cuando a la División Prim, realizó una tristemente célebre caminata desde Antequera a San Roque en medio de «un deshecho temporal de agua y viento» que duró todo el día. Caída la noche, y al ver que no llegaba, los vecinos alarmados salieron a su encuentro, con antorchas. La fuerza no empezó a entrar hasta las doce de la noche, con varias horas de retraso, «los batallones hechos una desdicha y cubiertos los soldados de lodo, y muchos con el rostro y las manos ensangrentadas de resultas de heridas recibidas en los riscos de la sierra, […] llegando por la mañana un sinnúmero de soldados en estado lastimoso». La población les atendió como pudo, pero las tropas habían sufrido un desgaste innecesario, debido a lo impropio de la estación[45].

Esta afectó también al Regimiento de Toledo, pero en el mar, lo que sucedió a otros muchos cuerpos. Partiendo de Pasajes, tuvo que arribar a El Ferrol entre «fuertes temporales», que debilitaron a la mareada tropa, aumentando el número de enfermos[46]. No tuvo mejor suerte el de Infantería de la Princesa, del que se escribió desde Vigo que «ayer por fin se embarcaron de nuevo […] y siguieron su rumbo los soldados del Batallón de la Princesa, a quienes el temporal había arrojado a este puerto». A modo de consuelo, se les regaló aguardiente y tabaco[47]. Por su lado, el 1.º del Príncipe y una compañía de zapadores no subieron a los transportes en La Coruña hasta el 7 de noviembre, debido a que «dos días antes, por efecto del temporal, hubo que suspender» la operación[48].

Un destacamento del 2.º de Almansa experimentó sinsabores por tierra y por mar. Caminó durante nueve días desde Burgos a Santander, con tal mal tiempo que encontró en la ruta diligencias abandonadas, «cubiertas de nieve hasta el imperial». Completada la primera etapa del viaje, embarcó en el puerto cántabro, en un buque oficialmente dado de baja por inútil, al que sorprendió un temporal de tal fuerza que tuvo que arribar a El Ferrol, desarbolado y en precarias condiciones. Durante el viaje, se suministró a la tropa como rancho tocino crudo, galleta y vino. Casi fue una suerte que el mar se lo llevara[49].

Excepcional fue el número de desplazamientos de un medio batallón que se creó con las compañías 1.ª y 4.ª del 4.º Regimiento de Artillería a Pie, destinado a servir al tren de sitio ordenado reunir por O'Donnell. Destinado en La Coruña, el 19 de noviembre abordó el vapor Cataluña, rindiendo viaje en Cádiz el 23, tras haber capeado «un mal temporal». Después de realizar allí distintas funciones propias de su instituto, embarcó el 6 de enero de 1860. Un «fuertísimo temporal» obligó a su transporte a refugiarse en la bahía de Gibraltar. Lo aguantaron en esas aguas hasta el 10, lo que no es poco decir, y al fin saltaron a tierra ese día en Puente Mayorga. Pasaron luego a San Roque, regresando a Puente Mayorga el 13, desde donde fueron por mar a Algeciras, para desembarcar finalmente en suelo africano el 15 de ese mes[50].

A pesar de los sinsabores, las unidades partieron, y fueron recibidas, entre el entusiasmo popular desencadenado, con multitudes acudiendo a los puertos, músicas, cohetes o «voladores», obsequios y arengas patrióticas, que los periódicos describían hasta la náusea. Así, Santander distribuyó entre un batallón de Albuera y a una compañía de ingenieros, setecientos napoleones y siete mil cigarros, regalados «por el alto comercio»[51]. Una idea del ambiente reinante fueron las palabras que el obispo de Barcelona dirigió a los Cazadores de Llerena: «recordó a nuestros soldados que iban a combatir a los descendientes de aquellos hombres que hace casi mil años habían venido a invadir nuestro suelo»[52]. No sorprende la compra masiva de navajas, a las que ya se ha aludido. Los amoladores se las afilaban gratis.

Un caso magnífico de la improvisación que existía fue el de la batería de cohetes de la que tanto se habló. Se formó simplemente porque un capitán de artillería, Miguel Orus, destinado al ejército como ayudante de su tío, el brigadier Barcáiztegui, se encontró sin puesto en Cádiz debido a la súbita muerte de este. En vez de regresar a Madrid, «pensó llevar cohetes a la *Congreve* a la costa africana». Fue, pues a San Fernando, donde la Armada tenía su «batería doctrinal» de esos ingenios. Tras inspeccionarlos, hace la correspondiente propuesta al general Diego de Ríos, quien la transmitió a O'Donnell, que dio su aprobación, decretando: «venga la batería de cohetes».

Orus consigue personal del 3.er Regimiento de Artillería a Pie, ganado de la administración militar y ocho «tubos disparadores» de la marina, todo ello, «sin que la dirección general del cuerpo [de Artillería] tuviera noticia de haber organizado tal batería». Como los montajes no eran aptos para ser llevados a lomo, se hicieron otros *ex profeso* en el parque gaditano. Apresuradamente se escribió un reglamento de instrucción, se compraron seis caballos, mitad para oficiales y mitad para ordenanzas, y la unidad quedó

constituida. Partió así para África, nada desanimada porque la única prueba que hizo concluyó con un «disparador» reventado, y con un soldado de ingenieros y un niño curioso heridos.

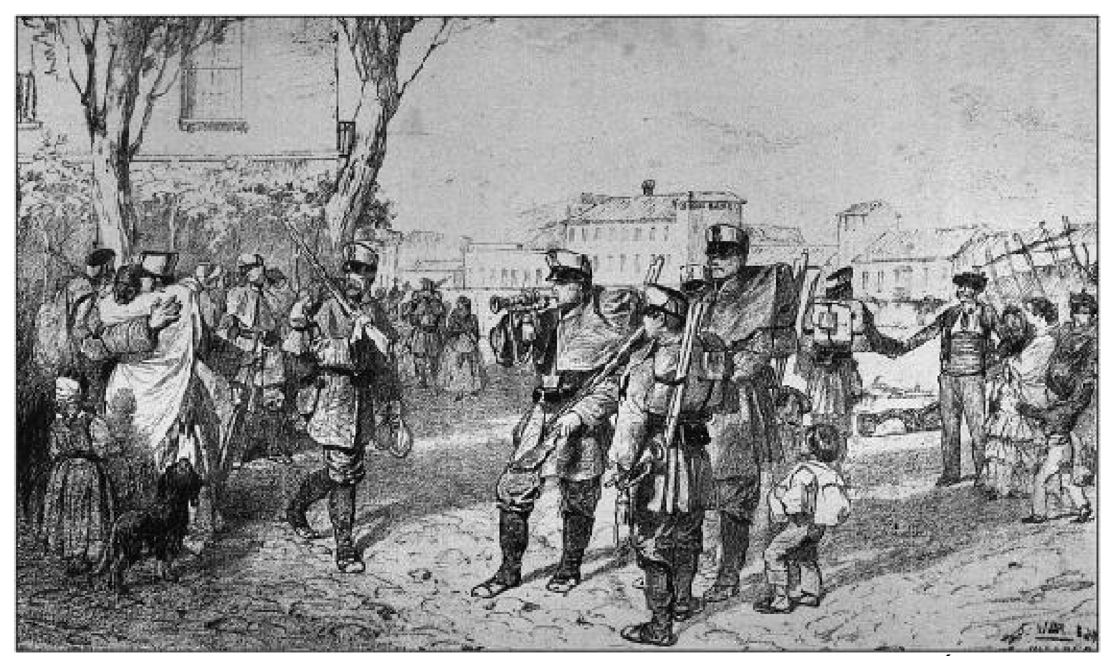
Tenía tres oficiales, 83 de tropa —incluido un corneta de 13 años— y 24 mulos, llevado cada uno por un artillero. Cada pieza requería tres caballerías, incluyendo la munición. La primera llevaba la «mesa-montaje» y un tubo disparador «cilíndrico, de hierro de más de medio metro de longitud y de más de cinco centímetros de diámetro» y las siguientes, cada una dos cajas de cohetes y un haz de rabizas, «palos labrados de dos metros y más de dos centímetros de grueso cada uno, y herrados en sus dos extremos, terminando en un tornillo que se ajusta, cuando se arma el cohete, a la tuerca que este tiene en el centro de su base».

Es interesante que, como era costumbre, el 3.º aprovechó la formación de la batería para desprenderse de los que sus jefes consideraban «la cizaña», los peores hombres, «candidatos para el Fijo de Ceuta […] siempre con las huellas de la reja del calabozo en las mejillas, […] terror de las patronas, […] que no tropiezan en las marchas con gallina que no pelen, ni con cepa que no vendimien». Sin embargo, esos «soldados listos, aun frisando en calaveras, […] son los mejores para la guerra». Servirían, en efecto, de forma admirable, y robarían a diestro y siniestro, sin olvidar a sus jefes, que estuvieron siempre abastecidos de toda clase de lujos, incluyendo una alfombra, y a la propia unidad, cuyas mulas de inferior condición fueron sustituidas por otras mejores, sustraídas a distintos cuerpos. Para mayor comodidad, la batería entera se alojaba en tiendas de oficiales, «en vez de las pequeñas e incómodas tiendas-sacos, que llaman “chozas” los soldados». En cada una, dormía un cabo y ocho artilleros[53].

En términos generales, el ejército partió con una extraordinaria moral, que mantendría durante toda la campaña. Resulta inevitable, sin embargo, que hubiera excepciones. La *Gaceta de Madrid*, del 12 de diciembre de 1859, recogía una real orden destinada a cortar «la frecuencia con que muchos oficiales son baja del mismo cuerpo, por no incorporarse a sus banderas en el término prefijado».

Pero el 8 de febrero del año siguiente publicó una relación de casos peores. Los de jefes y oficiales que solicitaban el retiro «sin justificación de motivo admisible, hallándose al frente del enemigo», o «hallándose su regimiento destinado al ejército de África», o bien «encontrándose la nación en guerra contra el imperio de Marruecos». En las primeras circunstancias se hallaban once mandos, incluido el coronel del Fijo de Ceuta, lo que parece

escandaloso; en las segundas y en las terceras, seis. Los días 20 de ese mes, 5 de marzo y 4 de abril[54], entre otros, aparecieron nuevas listas, aunque con solo ocho nombres en total.



Llamada a las tropas del III Cuerpo para el embarque, en *Crónica de la Guerra de África* (1859), de Emilio Castelar, *et al*.

Son cifras que palidecen en comparación con las decenas y decenas de sus compañeros que pidieron el reingreso en el servicio activo, y que comprendían desde un antiguo oficial carlista, a un teniente que se ofrecía para incorporarse de soldado[55]. Lo mismo sucedió con la tropa. A lo largo de toda la guerra, el ejército no dejó de recibir un constante goteo de refuerzos voluntarios, procedente tanto de reenganchados como, sobre todo, de hombres destinados en unidades de la Península que se ofrecían para ir a Marruecos, lo que le permitió cubrir, parcialmente, las bajas que experimentaba.

En cuanto a la Armada, que desempeñó un papel decisivo durante toda la campaña, de transporte de fuerzas, apoyo logístico y de fuego, y bombardeo a fuertes, tenía, en 1859, 86 buques, con 834 cañones, 8651 caballos y 5007 toneladas, tripulados por 10 339 hombres. Los más significativos eran dos navíos, cuatro fragatas de vela, dos de hélice y cuatro corbetas, cifras insuficientes, teniendo en cuenta sus compromisos en ultramar, que absorbían alrededor de la mitad de los efectivos[56]. Pudo comprobarse, a pesar de la ausencia de adversario, desde el principio de la guerra, con los enormes retrasos en el envío de tropas, que obligaron a contratar precipitadamente decenas de barcos españoles y extranjeros. Ante ese estado de cosas, desde Sevilla se llegó a proponer una «derrama voluntaria» de las provincias, para

que cada una costease un buque[57]. Se hallaba entonces en marcha el ambicioso proceso de ampliación al que se ha hecho referencia, con 11 entre fragatas y goletas de hélice en construcción, con 181 cañones y 2540 caballos, pero no era posible completarlo a tiempo[58].

Al año siguiente, contaba con 105 buques, 902 cañones, 12 450 caballos y 17 599 toneladas, tripulados por 14 695 hombres. En un gran esfuerzo, las fragatas de hélice habían pasado a 6, mientras que las de vela se reducían a 2, y se había incorporado una corbeta de hélice, entre otras naves de menor envergadura[59], colmándose, aunque solo parcialmente, el déficit.

La división de operaciones que se organizó para la campaña, al mando del jefe de escuadra Segundo Herrera, sufrió cambios en su composición, pero a fines de 1859 estaba compuesta por el navío Isabel II, de 86 cañones, que a veces tuvo que ser remolcado por un buque de vapor; corbeta Villa de Bilbao, de vela, como el anterior; fragatas de hélice Princesa de Asturias y Blanca; goletas de hélice Buenaventura, Ceres y Rosalía; vapores Núñez de Balboa, Colón, León, Vulcano, Santa Isabel, Alerta y Piles, más otras embarcaciones menores. En total, 25 buques, con 289 cañones, 4200 caballos y 4617 hombres[60]. Otra relación ligeramente diferente arroja la cifra de 327 piezas[61].

Quizá, esos medios podrían haberse reforzado con otros venidos de América, y, de hecho, desde Cuba se enviarían un navío, tres fragatas, un bergantín y un vapor de ruedas, pero llegarían demasiado tarde, por la premura con que, «atropelladamente»[62], empezó la guerra.

EL EJÉRCITO MARROQUÍ

Marruecos era, en la mitad del siglo XIX, un verdadero misterio. Apenas visitado por extranjeros, se tenían contadas noticias de él, sobre las que se precipitó un público español ansioso de información. En efecto, «como China, está cerrado a los extranjeros»[63], que se aventuraban en el interior asumiendo serios riesgos y con escolta, que, en ciertas regiones, podía ser de hasta cuatro hombres por viajero. Consecuencia de ello era que «desde el punto de vista geográfico, solo se conoce Marruecos de manera muy imperfecta; […] hoy, hacer un buen mapa es tarea imposible»[64], con el inconveniente añadido, por lo que respecta a los caminos, de que «no se conocen más que los abiertos por el paso ordinario de los que viajan», ya que «no existe ningún género de carruajes, ni el mismo emperador conoce este lujo»[65]. El ejército de O’Donnell comprobó a su costa lo cierto de ambas

afirmaciones, teniendo que avanzar «a ciegas», como se afirmó en la época, y hacer los caminos sobre la marcha.



La Armada transporta las tropas a África, de Bernardo Rico. Cortesía del Zumalakarregi Museoa.

Con una población que oscilaba, según los autores, entre los ocho millones y medio y los nueve, en principio debía estar en condiciones de mantener una fuerza armada respetable. No obstante, el tenue control del sultán sobre parte del territorio, la debilidad institucional, la precaria situación de las finanzas públicas y la tradición eran obstáculos que impedían que desarrollara todo su potencial.

Las fuentes francesas, mejores conocedoras del norte de África, resultan preferibles a las españolas a la hora de establecer la importancia cuantitativa y cualitativa de los efectivos disponibles. Una clasificación útil es la que los divide entre fuerzas que recibían un sueldo permanente y las que no lo percibían. Las primeras pertenecían a cuatro grandes grupos: la famosa Guardia Negra o bojaris, también llamados bujaris; los «moros de rey» o Majzén; el Nizam y la artillería.

La Guardia Negra, creada en 1692, se reclutaban entre los esclavos procedentes de las regiones del Sudán, y comprendía tanto infantería como caballería; integrada por «forzados y atléticos negros»[66], «constituye el

nervio principal del ejército»[67]. Las fuentes varían a la hora de establecer su entidad entre los 6000 y los 15 000 hombres, pero había que tener en cuenta que de ellos «necesita una parte el emperador para defenderse de sus propios súbditos»[68] y, en ocasiones, para hacer efectiva la recaudación de impuestos. Valdés[69], que los calcula en la exagerada cifra de 36 000, estimaba que entre 6000 y 8000 permanecían siempre cerca de Mohammed IV.

La unidad básica era el grupo de 100 hombres, subdividido en cuatro secciones de 25. Por encima de él, había contingentes de 500, 1000 y hasta 10 000. Se trataba, pues, de un conjunto relativamente estructurado.

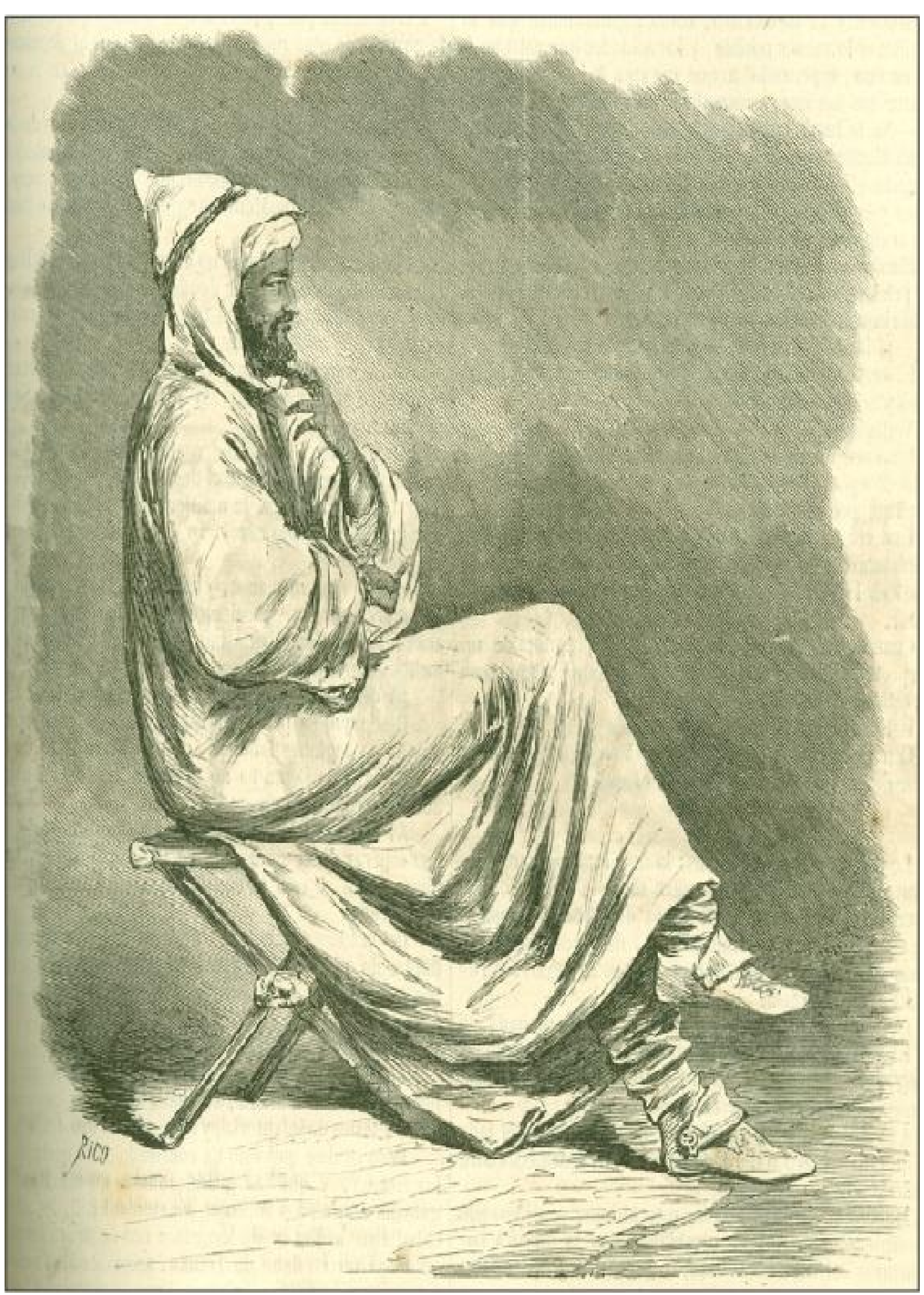
Su vestuario consistía en una camisa, sobre la que iba un caftán «de lana encarnada, y de la forma de una sotana […] sujeto por un cinturón de badana bordado de seda; encima, se colocan una especie de manto, de color azul turquí, con capucha». Llevaban gorro encarnado cónico, con borla verde, alrededor del cual se enrollaban un turbante blanco[70]. Característico de los jinetes marroquíes era el uso de botas sin suela, que se llevaban con zapatos de montar de cuero delgado, con suelas de lo mismo[71]. Muy frecuentemente eran amarillas. En cuanto a «sus monturas, son iguales a las que usan nuestros picadores en la plaza de toros»[72].

Los españoles, que los temían, erigieron toda una leyenda en torno a ellos, pero la verdad es que «más ejercitados en la fantasía que en maniobras serias, están por debajo de su reputación, si tuvieran que medirse con tropas europeas»[73]. Un juicio equilibrado es que eran «feroces y extremadamente fanáticos […], pero por muy bravos que sean, difícilmente resisten a la tropa europea, como hemos visto en Isly»[74].

Los «moros de rey», en ocasiones confundidos con los anteriores, formaban una especie de colonia militar, y prestaban servicio a cambio de un corto sueldo, un pedazo de tierra para cultivar y privilegios fiscales; «se distinguen por su gorro rojo puntiagudo, rematado por una pequeña borla azul»[75]. Parece que solían envolverlo en la funda de la espingarda[76]. De ellos se entresacaban las escoltas de los extranjeros mencionadas antes. En cierto modo, encarnaban el poder del Gobierno, aunque marchasen aislados, por lo que eran conocidos también como mejazníes. Podían ser unos 25 000, mitad infantes y mitad jinetes.

El Nizam en la época de la guerra estaba en pleno periodo de organización, iniciado, precisamente, por el propio sultán en su época de príncipe heredero. Se trataba de un intento por dotarse de infantería regular, a la vista de la amarga experiencia de Isly[77]. No fue utilizado contra los españoles, y, en todo caso, el ayudante Álvarez[78] se mostró muy poco

impresionado por algunos soldados que vio, vestidos con gorro, chupa y bombachos, todo de color grana. Se dice que eran hasta 27 000 de infantería y de caballería por mitades[79].



Muley el-Abbás, jefe del ejército marroquí, de Bernardo Rico en *Diario de un testigo de la guerra de África* (1859), de P. A. de Alarcón. Cortesía del Zumalakarregi Museoa.

Por último, estaba la artillería, cuyos efectivos varían según los autores, entre 2000 y 500, pero que, en todo caso, incluía un número importante de

renegados. Los juicios sobre ella son demoledores: «de todo tiene, menos de diestra y bien instruida»[80]; «la instrucción en el manejo de las piezas es casi nula»[81].

En cuanto a las fuerzas sin sueldo fijo, se trataba del *gum* aportado por cada cabila o ciudad, dentro de las limitaciones que suponía la existencia del Bled es-Siba, y que afectaba a todos los varones válidos, entre los dieciséis y los sesenta años. Podía reunir varias decenas de miles de hombres de esas «milicias […] malamente armadas […] gente poco temible para una tropa reglada, por inferior que sea en su número»[82]. Fuentes oficiales españolas calculaban que llegaban, sobre el papel, a los 50 000 o 60 000 combatientes[83].

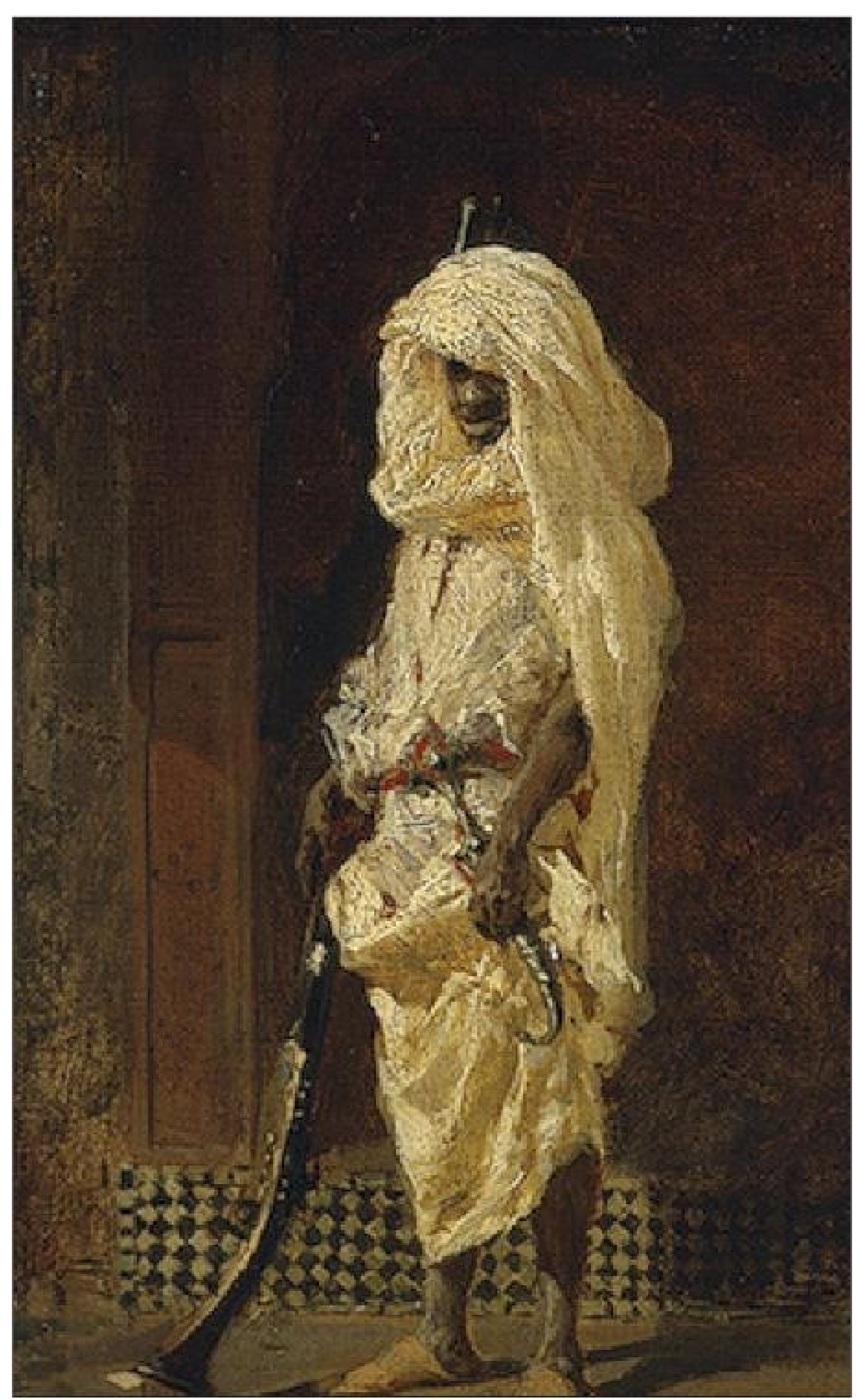
Hay un relato interesante sobre el sistema de su movilización, en Tetuán, en concreto: «salió un moro de la casa del gobernador, acompañado de algunas tropas de rey, y dio un pregón en medio de la plaza, diciendo de orden del emperador que había guerra con el cristiano, y que todo el mundo se pusiese sobre las armas; el que no tuviera espingarda, que la adquiriera inmediatamente, y a los pobres, se las daría el gobierno». Los precios se multiplicaron en el acto, pero los más previsores las habían comprado ya antes. Mientras los hombres se ejercitaban, las mujeres cosían y bordaban bolsas para balas y pólvora, y acumulaban provisiones; en especial, pan, manteca, pasas, higos, dátiles y naranjas. De su lado, los almuédanos exhortaban a los fieles todos los viernes en las mezquitas para que acudiesen en defensa del islam[84].

En las cabilas, una forma de difundir el mensaje era aprovechando los zocos semanales. Las de Anghera, el Rif y Wad-Ras gozaban especial reputación de belicosas. Un documento ligeramente posterior da una idea de cómo se reunían los hombres de los aduares. Una carta del sultán animaba a sus jefes «a excitar e incitar a los musulmanes a que hagan frente contra las operaciones del incrédulo (a quien Dios extermine)». A continuación, estipulaba la cuota que se había asignado a cada localidad, en este caso concreto: «os he impuesto 100 tiradores», con el compromiso, muchas veces incumplido, de que «a los cuales nuestro Amo proveerá de todas las provisiones de boca que les hagan falta». Termina con una admonición: «es preciso que no omitáis ningún esfuerzo, pues nadie debe titubear en alcanzar tan grande ventaja e inconmensurable mérito»[85].

En conjunto, se ha estimado que la fuerza acumulada frente a O’Donnell rondaba los 50 000 hombres[86], lo que es posible, en el bien entendido que solo una parte de ellos estuvo presente en la mayor parte de los encuentros.

Quizá entre 10 000 y 12 000, como máximo, sería una cifra aplicable a casi todos los choques.

Respecto al armamento, el arma de fuego principal era la espingarda de chispa, «una escopeta de extraordinaria longitud […] la culata es anchísima y plana por su parte inferior»[87], «un arma excelente» por «la longitud del cañón, el peso proporcionado de la culata y su buen equilibrio»[88], aunque no era comparable a los fusiles modernos. Alguno la atribuyó un «alcance fabuloso»[89], pero no era mayor de 300 metros[90]. Tenía varios inconvenientes. Por su tamaño, para poder apuntar bien, la infantería estaba obligada a colocarla sobre un punto de apoyo, lo que limitaba su movilidad. Los jinetes, por el contrario, la disparaban desde el caballo, por lo que «no pueden ser en consecuencia muy certeros»[91] sus tiros, y menos sobre un animal inquieto.



Soldado marroquí (1860), obra de Mariano Fortuny, Museo del Hermitage, San Petersburgo.

No acababan ahí sus desventajas. Los hombres llevaban la pólvora y las balas sueltas, no en cartuchos, y en bolsas, lo que producía tantos retrasos en la carga que se puede «calcular que un soldado español dispara cinco tiros

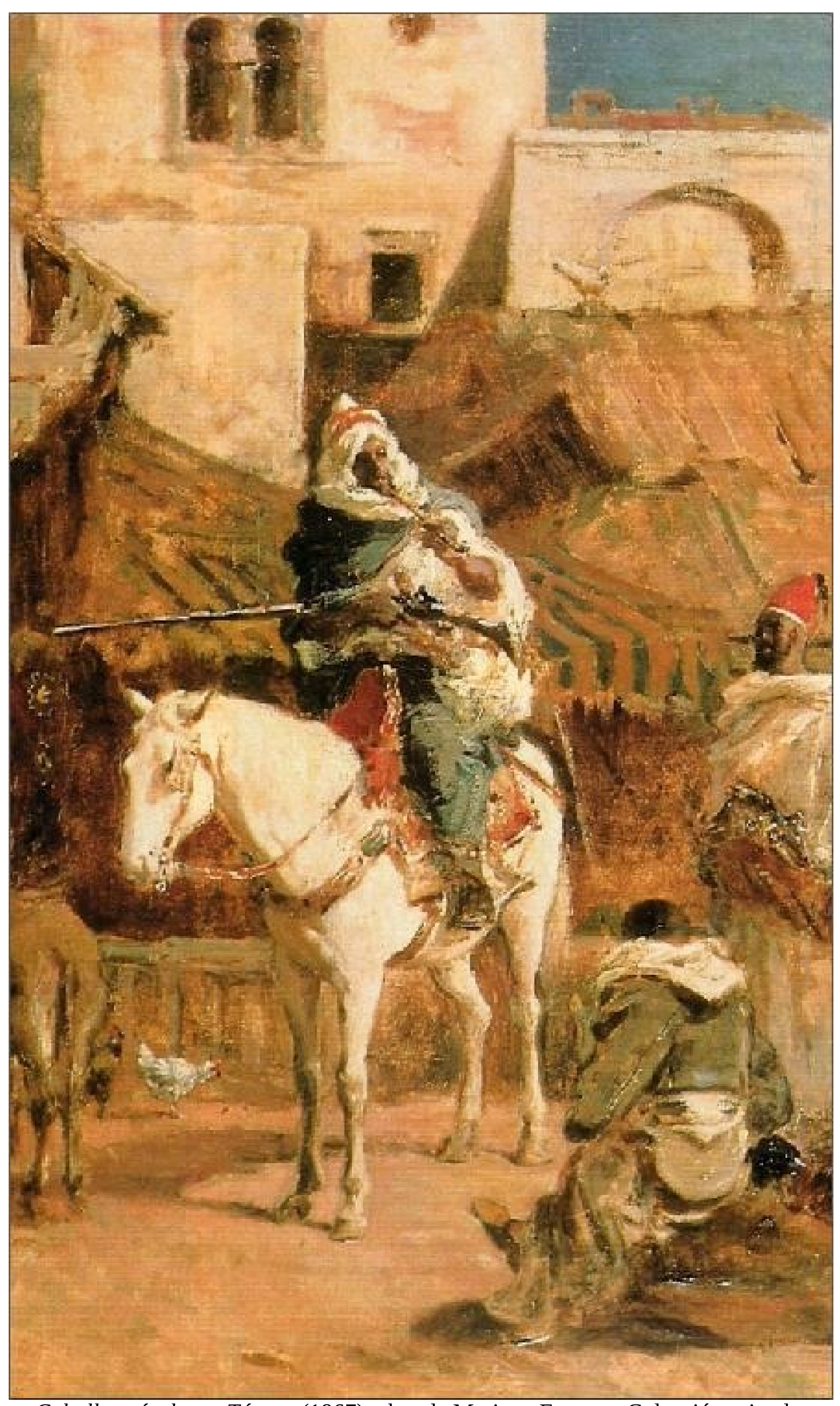
mientras los moros, uno»[92]. Por otro lado, sus proyectiles eran «de forma esférica imperfecta o de dado» y de pequeño calibre —como de una onza—, o «un puñado de balines y pedazos de plomo». Un testigo comenta que «todas las [balas] que he visto son sumamente pequeñas, verdaderas postas»[93]. A veces, las deformaban a cuchilladas —o a dentelladas, se aseguraba— pensando hacerlas así más dañinas, pero consiguiendo solo aumentar sus deficiencias balísticas, aunque producían lesiones más serias y dificultaban la extracción.

Ello explica que, en el lado español «las operaciones quirúrgicas hayan sido tan raras», debido a que los proyectiles, impulsados con poca fuerza, tendían a resbalar sobre el hueso sin romperlo: «la gravedad de las heridas, consideradas de una manera general, no ha sido grande ni numerosa (sic)»[94]. Por ello, un médico del ejército de O'Donnell[95] alabó sin reservas la llamada «bala redonda»: «¡con qué facilidad se extrae, cuán sencillamente cicatrizan las heridas, cuán pocas fracturas determinan, y cuánto menor es su mortalidad consecutiva!».

Así era, a diferencia de la bala cónica que usaban las tropas de Isabel II, que «destroza cuanto encuentra en su camino», las esféricas de los marroquíes buscaban la línea de menor resistencia[96]. Por solo citar algunos casos, «vi a un soldado herido en una pierna que estaba sentado, y que tenía en la mano la bala que él mismo se había extraído y que enseñaba a los que a su lado estaban»; un corneta, a la media hora de haber sido alcanzado, vuelve a la línea de fuego diciendo: «ya me han sacado la bala; estoy curado»; un capitán recibe un impacto en la esclavina de su poncho, sin sufrir ningún daño, muy probablemente porque se trataba de una posta[97]; un testigo habla de «un cazador, que tuvo la suficiente fuerza de ánimo para extraerse él mismo, sin auxilio de nadie y con una sangre fría asombrosa, una bala que le había penetrado en el hombro»[98]. Con independencia del valor de los interesados, resulta difícil imaginar esos alardes con proyectiles cónicos.

Además de las espingardas, que a veces llevaban bayoneta, los marroquíes usaban la clásica gumía, pero también alguna otra arma menos convencional, como «chuzos a modo de lanzas, y que, a no carecer de farolillo, más bien parecerían [de] serenos»[99]. Con esta salvedad, se ha descrito de la siguiente manera lo que podría ser el equipo de un cabileño: junto al arma de fuego, llevaban «una gumía semejante al sable que usan los sargento de Infantería, colgada de un cordón; una especie de calabaza adornada con clavos dorados, que también pende de un cordón, en la que llevan la pólvora, así como una

redecilla llena de estopas para tacos y una serita de fina paja para los balines», de los que con frecuencia cargaban cuatro o seis a la vez[100].



Caballero árabe en Tánger (1867), obra de Mariano Fortuny. Colección privada.

A la hora de calibrar la valía de sus enemigos, los españoles cometieron varios errores de apreciación. Hablaron, en efecto, de que «desconocen la táctica y hacen la guerra sin sistema fijo»[101]; «en cuanto a la táctica, no la

conocen; […] sin disciplina de ningún género, el ejército marroquí más parece un enjambre de abejas en tropel confuso que tropas de ningún género ni condición»[102]; «la caballería, bien pudiera enfrentarse con cualquier caballería europea»[103]. De la artillería ya se han citado opiniones negativas.

En realidad, como se verá a continuación, poseían conocimientos tácticos, aunque no encajasen en los moldes del Viejo Continente, y, a su manera, una cierta disciplina, que les alejaba mucho del «enjambre de abejas». En cuanto a la caballería, el comentario que se acaba de citar no era exacto. Como ya había descubierto Bonaparte en Egipto luchando contra los mamelucos, uno de ellos era superior, individualmente, a un jinete francés, pero esa primacía iba desapareciendo de forma más que proporcional a medida que aumentaba el número de combatientes, cuando la cohesión y la disciplina de sus tropas se potenciaba, al tiempo que crecía el desorden y la confusión de los musulmanes. En campo abierto y en masa, estos de modo alguno podían hacer frente con éxito a escuadrones sólidos, y menos a batallones formados. Por el contrario, en lo que se refiere a los artilleros, los comentarios despectivos se vieron desmentidos en la práctica. Apenas tuvieron ocasión los cañones del sultán de enfrentarse con los de España, pero cuando lo hicieron, sus servidores demostraron un singular arrojo, en condiciones de tremenda inferioridad.

LAS TÁCTICAS

En los campos de batalla marroquíes se iban a enfrentar dos sistemas opuestos de hacer la guerra. De un lado, el europeo, convencional, basado en una rígida organización jerárquica y en el esfuerzo colectivo de hombres encuadrados en unidades; de otro, un conjunto de fuerzas irregulares con un concepto laxo de la disciplina y del orden, una suma de individualidades. Simplificando, sería una lucha entre soldados y guerreros.

En teoría, aquellos tenían toda la superioridad que aportan la ciencia y la técnica militares, mientras que estos, con una estructura y un material casi medievales, partían de una situación de desventaja abrumadora.

En la práctica, todo era más complicado. Por lo que se refiere a los españoles, habían transcurrido casi veinte años desde el conflicto carlista, por lo que todo el ejército, de capitán a corneta, era bisoño, con excepción, quizá, de algún sargento primero veterano. Su instrucción era mediocre, por falta de presupuesto y de instalaciones, se hallaba en pleno proceso de transición de las armas lisas a las rayadas, y debía adaptarse a equipos, y, en ocasiones,

armamento, que acababa de recibir. Tendría, además, que operar en una región perfectamente desconocida y en la estación del año más desfavorable. En verdad estaba formado de «soldados nuevos, menos ágiles que los moros, nunca fogueados, que han aprendido ahora a armar una tienda de campaña, a vivir en un campamento»[104].

En cuanto a sus altos mandos, tampoco tenían un concepto claro de lo que les esperaba. Se puede apreciar en una muy elogiada alocución a su Cuerpo de Ros de Olano. En ella, recomienda, el 19 de noviembre de 1859, «que nadie olvide en el orden cerrado el costado del guía, ni deje el tacto de codos» y señala que «la bayoneta tendrá poco en que cebarse». En la práctica, el orden cerrado se empleará poco en combate y, en cambio, la bayoneta mucho. Parece, pues, que aunque ya había estado destinado en África, no había extraído demasiadas enseñanzas. Es de imaginar que el elogio que dirigió a los soldados al final de esas palabras, diciéndoles que «tenéis el ojo y la agilidad del árabe, el brazo y las piernas del godo y la inteligencia y el corazón del romano» les dejaría estupefactos.

Con la misma fecha dictó una orden general, que, entre otras disposiciones, mandaba que los campamentos fuesen siempre fortificados con un foso o con parapetos de fajinas, aunque parece que lo habitual era adoptar ambas precauciones. Observadores extranjeros las consideraron excesivas, y, en cambio, criticaron que se dispusiera un perímetro de seguridad demasiado reducido como para dar la alarma con suficiente antelación. Hubiese sido preferible situarlo a mayor distancia y, en cambio, disminuir los atrincheramientos, que supusieron un trabajo adicional para la tropa.

Por cierto, los autores del otro lado de los Pirineos mantienen que los españoles se beneficiaron de la experiencia francesa en Argelia, pero no es evidente. Por ejemplo, el mariscal Bugeaud consideraba que para algo tan esencial como romper el frente enemigo, había que avanzar contra él y hacer una descarga a quemarropa, que bastaría para ponerle en fuga[105]. Las tropas de O’Donnell nunca practicaron esta táctica, sino que apelaban directamente a la bayoneta.

Los marroquíes, por su lado, contaban con varios elementos a su favor. Eran mucho más robustos que sus enemigos, combatían en su propio terreno, tenían una propensión innata a la guerra irregular y, al menos en la primera parte de la campaña, luchaban en condiciones que anulaban en gran medida la superioridad española, que para desplegarse en toda su amplitud requería espacios abiertos, a fin de explotar al máximo las cualidades de su artillería y de su caballería, así como la eficacia de su infantería.

A la hora de enjuiciar la valía respectiva de los contendientes, quizá no haya crítica más ácida que la estampada por Ennasiri Esslaoui sobre sus compatriotas. Hay que aclarar que ni era militar ni, al parecer, siguió personalmente la campaña. Dictamina que «los musulmanes no peleaban siguiendo un plan determinado, ni de una forma regular; luchaban en grupos dispersos y, a la noche, volvían a sus campamentos, sin que se hubiera fijado el momento y sin órdenes; el enemigo, al contrario, combatía en línea y manteniendo un orden sólido»[106]. Insiste más adelante, «a diferencia [de los españoles], luchaban sin disciplina, y solo los que querían». Unas páginas más adelante, lo reitera «los musulmanes combaten sin formar líneas y sin orden […] se esconden para luchar y no saben atacar al adversario de frente más que por grupos aislados y descoordinados»; además, los de caballería «son tan dueños de sus movimientos como el jefe del ejército, que no tiene la menor autoridad sobre ellos», y si combaten es solo «por un favor de Dios y por respeto a su jefe»[107].

Para situar en su contexto los enfrentamientos descritos en este trabajo, puede ser útil resumir ahora los métodos de combate de ambos contendientes.

El ejército marroquí acostumbraba a adoptar la formación clásica de los países musulmanes, entre otros, en forma de media luna, buscando envolver al contrario. Aunque tanto las tropas de a pie como las de a caballo se presentaban como aparentes «enjambres» anárquicos, en los que cada hombre actuaba por su cuenta, en realidad, «esa especie de desorden suyo no dejaba de ser un sistema estratégico; […] sería un error pensar que no tenían ninguna idea de táctica preconcebida»[108]. Así, se pudo apreciar que con frecuencia cambiaban el eje de gravedad de sus acometidas, trasladándolo de un punto en el que encontraban resistencia a otro, donde esperaban no hallarla. También se vio en numerosas oportunidades cómo respondía a señales hechas con banderas por los jefes.

Dicho esto, tiene razón Hardman[109] al afirmar que «cuando leo los partes oficiales españoles de combates que he presenciado me cuesta trabajo seguir todas las ideas estratégicas que en ellos se atribuyen a los marroquíes», ya que en realidad su táctica se reducía a la de un perro luchando contra un toro, pero aun eso requiere seguir unas ciertas reglas. Es posible que Prim acertara con el punto justo al considerar que el enemigo, «sin ilustración guerrera, sin conocimiento táctico, tiene el instinto práctico de ella»[110], lo que, unido a su bravura, le convertía en un adversario nada despreciable.

En todos los enfrentamientos de la guerra, excepto las batallas de Tetuán y Wad-Ras, los marroquíes tomaron la iniciativa, mediante avances que los de

O’Donnell interpretaron como ataques a fondo, que eran siempre rechazados. Es posible, no obstante, que en muchos de ellos «su objetivo es provocar a los españoles a que dejen sus posiciones a cubierto, y que salgan a un terreno donde presenten blanco fácil a sus espingardas»[111]. Se habrían tratado, pues, de fintas, más que de verdaderos asaltos, aunque también hay referencias a «la forma de combatir de los habitantes del Magreb, que es la carga seguida por la retirada»[112].

En la mayor parte de los combates, desde luego en los de la primera fase de la guerra, el infante marroquí actuó en un terreno de «elevadas montañas, profundas cañadas, bosques apiñados». En él, «podía impunemente correrse sin ser visto, por el flanco, por el frente, por la retaguardia […] con la seguridad de evadirse estando cercado, con la certitud de herir sin ser descubierto»; «el valle, el monte, el bosque y las más inmediatas cañadas estaban cuajadas de enemigos, cubiertos con los troncos de los árboles, parapetados entre enormes piedras»[113].

Su habilidad para camuflarse planteaba los más serios problemas: «aunque quizás no se ven más de cincuenta hombres a la vez, hay probablemente mil a tiro de las guerrillas»[114], que solo se revelaban «por la explosión de sus cazoletas y el humo de sus disparos»; de forma que cuando no hacían fuego, parecían «un ejército de seres invisibles»[115]. Además, adoptaban despliegues muy abiertos con lo que, de nuevo al contrario de lo que pensaban los españoles «la acción del fuego [de la artillería] es casi nula; en efecto, los marroquíes evitan formar grupos compactos»[116].

Por otro lado, era innegable su superioridad en la precisión del tiro y en el aprovechamiento del terreno. En efecto, las lamentaciones por la «certera puntería» de sus adversarios eran constantes entre los de O’Donnell, que fueron realmente afortunados porque no contaran con armas ni con proyectiles de mejor calidad. Recurrían también con frecuencia a tretas, como colgar una chilaba en un lugar y apostarse cerca de ella, para cazar, literalmente, al español que se descubría para disparar contra ella. También solían tomar como punto de referencia algún objeto a la altura de la cabeza de un hombre, como una rama o el remate de un matorral, y aguardaban a que un enemigo se interpusiese entre él y la espingarda para abatirle con más seguridad. Junto a esas técnicas ancestrales, aprendieron otras nuevas, como la de reconocer los toques de corneta españoles, lo que llevó a los oficiales de estos a recurrir a silbatos para dar sus órdenes, con el fin de que los marroquíes no las identificasen.

Desmintiendo la leyenda, actuaban fundamentalmente mediante el fuego y rehuían en lo posible las armas blancas: «las heridas de gumía […] han sido poco frecuentes, porque los marroquíes respetaban mucho en combate personal las bayonetas de nuestros soldados»[117]. Preferían, de hecho, en el cuerpo a cuerpo utilizar la espingarda como maza y solo utilizaban el acero si se les había roto o la habían perdido, lo que se entiende, porque un arma tan corta como la gumía les ponía en seria desventaja.

Por lo que se refiere a la caballería, por su forma de operar se le ha comparado a «una bandada de palomas»; «corriendo sin cesar de un lado a otro, esto es, multiplicándose por sí mismos; esparcidos al acaso, desparramados; flotantes, airosos, dispersos […] aparentando diez veces más de los que son», pero «en un momento dado, cuando creen llegada la ocasión, se condensa, confluyen en un determinado punto»[118]; «los soldados de caballería poseen un modo maravilloso para manejar el caballo, no necesitan las riendas para darle dirección, […] jamás se ve caer un árabe del caballo; […] es una buena caballería de montaña»[119]. Los jinetes, al igual que los infantes, combatían sobre todo por el fuego. Se acercaban al galope, sin apenas disminuir la velocidad «hacen un disparo, necesariamente poco ajustado, apoyando un dedo de la mano izquierda sobre el gatillo, sin abandonar las riendas, y sujetando el fusil con la derecha»[120], y se alejaban con toda rapidez.

Antes de que empezara la guerra algunos sostuvieron que la fuerza montada marroquí «no inspira ningún temor, hace más ruido que daño real y se dispersa casi siempre por una descarga oportuna de algunos batallones de infantería»[121]. Era gran verdad, pero, hasta que lo comprobaron de forma personal, los generales de O'Donnell estuvieron obsesionados con ella, haciendo practicar a sus hombres sin cesar las maniobras requeridas para formar el cuadro.

Hay que destacar que tanto la infantería como la caballería tenían un sistema informal de relevos, «siguiéndose los unos a los otros cual marea creciente»[122], lo que implica un cierto grado de organización, y les permitía disponer siempre en primera línea de hombres con las armas recargadas. Detrás de las agrupaciones de combatientes a pie, había casi siempre otras dos. Una, formada por los que carecían de espingarda, a la espera de tomar las de aquellos que caían muertos o heridos. La otra, encargada de recoger las bajas, muchas veces arrastrándolas desde el caballo mediante un lazo, para evitar dejarlas en manos de los enemigos. Ponían verdadero empeño en ello, hasta el punto de arriesgar la vida por recoger un cadáver, a fin de enterrarle

con todo el ritual debido. Incidentalmente, esta costumbre complicaba sobremanera el cálculo de sus pérdidas, lo que hace que muchas veces los partes que se enviaban a Madrid sean poco fiables.

En cuanto a los jinetes, por grupos «salen sucesivamente a la carrera y con gran griterío a descargar sus armas sobre el enemigo, pero sin intentar jamás penetrar en sus filas mientras estas conservan su formación»[123]. Tras disparar, volvían al grueso, y eran sustituidos por otros, que repetían el proceso, esperando así erosionar al contrario y abrir una brecha. Era, en realidad, la técnica llamada de «la caracola», muy usada en Europa durante los siglos XVI y XVII.

Queda un último punto por comentar, por ahora. La extrema crueldad que desplegaban en combate, rematando a los heridos y decapitando a los muertos, esto último explicable en parte por la arraigada costumbre de conceder un premio por cabeza de enemigo presentada. El sultán hizo lo posible para desterrar esta práctica, ofreciendo una recompensa mayor por los prisioneros que por sus cabezas. De todas formas, estaba tan enraizada que en toda la campaña solo diecisiete españoles cayeron vivos en manos de sus adversarios, e incluso de alguno de ellos se sospecha que se pasó voluntariamente. Los de O'Donnell pagaban con la misma moneda, para mayor irritación de este. Aunque está demostrado que los marroquíes heridos se negaban a entregarse, y aunque la mayoría de ellos eran evacuados por sus compañeros, la mínima cifra de los que fueron capturados indica que, con mucha frecuencia, no recibían cuartel.

La forma de luchar del enemigo planteaba varios problemas. El primero es que los duelos de fusilería perjudicaban a los españoles, a pesar de la superioridad de sus armas, debido a que su instrucción en tiro era «deficientísima» y «bastante descuidada en orden abierto»[124], y, por añadidura, tendían a disparar cuando el enemigo estaba demasiado distante. Parece que incluso el comandante de los marroquíes se permitió comentar a su rival que «para otra guerra aconsejaba más calma en el soldado, para que hiciese la puntería más baja»[125]. A consecuencia de ello, se adoptó desde el principio una mala solución: la carga casi automática a la bayoneta.

Con poco acierto, se ha elogiado que «pronto quedaron convencidos los soldados españoles de que el mejor sistema de ataque contra los marroquíes era el de una rápida carga a la bayoneta». El recurso al acero tenía una ventaja: «la fuerza moral y material que lleva consigo el hombre que, jugada ya su vida, y arrastrado por una masa que no le permite materialmente retroceder», que «no es libre de su acción», posee frente a quien «tiene libre

el pensamiento y ve venir hacia sí la muerte en la punta de una bayoneta»[126]. Acompañadas por «el toque de ataque, vehemente, delirante, vertiginoso […] que no cesa ni un momento durante las cargas»[127], estas parecían una «instantánea solución»[128], añadida al espectáculo plástico que brindaban a escritores y dibujantes.

A pesar de que se ha asegurado que «los españoles hicieron de la bayoneta un empleo muy racional, dadas las condiciones topográficas, la moral y la manera de combatir del enemigo, al mismo tiempo que su temperamento ardiente y apasionado»[129], el inconveniente era que ante esos ataques, los adversarios «huían, sin dar tiempo la mayor parte de las veces a que les alcanzaran las bayonetas de nuestros soldados»[130]. Por otro lado, al término de ellos, los de O'Donnell se encontraban en una situación precaria: «mas entonces, ¿qué hacer?». Quedarse en campo abierto, expuestos a los disparos de los marroquíes que tras dispersarse reanudaban el fuego, emboscados en el terreno, resultaba suicida; «no nos queda, pues, otro arbitrio que retroceder», de vuelta al punto de partida. Era en ese momento cuando «los moros, que saben perfectamente todo esto, esperan siempre nuestra retirada para volver sobre nosotros»; «la ocasión del valor, de la habilidad, del aplomo llega siempre con la última hora del combate, también es durante ella cuando tenemos que lamentar pérdidas más dolorosas»[131].

Así pues, las famosas cargas eran golpes de espada en el agua, apenas causaban bajas contrarias, solo servían para ahuyentar momentáneamente al enemigo y dejaban a las tropas propias en situación comprometida. Se prodigaron de tal forma que a ellas, entre otros factores, los médicos atribuyeron, «de un modo determinante», efectos perniciosos sobre «las vísceras respiratorias» de los hombres, ya que exigían un gran esfuerzo físico, en especial, cuando se daban en terrenos difíciles, como sucedió con frecuencia, o con el soldado pesadamente cargado, lo que fue demasiado habitual[132].

Tenían, no obstante, una virtud, en el ámbito de la moral. Llegó un momento en el que «en general, no es ni siquiera necesario armar bayonetas para rechazarlos [a los marroquíes]; basta que los españoles avancen contra ellos sin hacer fuego, y se retiran inmediatamente»[133]. Hubo casos de batallones que protestaron porque no se les autorizó a cargar a los jinetes[134], lo que es el mejor ejemplo de una infantería llena de confianza en sí misma.

Parece que era muy frecuente que esas cargas se dieran directamente desde el despliegue en guerrillas. Ello explica que Alarcón[135], al narrar un combate comente que «no había visto todavía a nuestras tropas atacar en

columna; ¡es un espectáculo arrebatador!, imagínate una masa de 600 hombres formando un cuadro casi perfecto, moviéndose uniformemente […] corriendo sin descomponerse, subiendo y bajando a merced del terreno y arrollando cuanto se opone a su paso».

Desde luego, la guerrilla era el método utilizado sistemáticamente para el combate por el fuego. Se empleaban en ella la compañía ligera de los batallones de línea, o la unidad al completo si era preciso, en el caso de los de cazadores, desplegada por parejas, y siempre con una reserva, más los servicios de sanidad, a sus espaldas. «Si bien al comenzar la campaña de África tenían a merma el ocultar sus desarmados pechos», enseguida se percataron de que en los intercambios de fuego era mejor protegerse cuanto fuera posible[136]. Los hombres aprendieron así pronto a combatir a cubierto, tirando tanto rodilla en tierra como tumbados, aunque para alimentar el arma, al ser de avancarga, tenían que incorporarse. Los oficiales, en cambio, permanecían de pie, procurando, si era posible, ampararse en algún arbusto o en la maleza, pero siempre erectos[137]. Eso, más la costumbre de atacar «siempre delante de sus soldados, sin más defensa que su sable […] es la razón de que no guarda proporción el número de bajas de la clase de oficial con la de la tropa»[138]. Otra explicación, más sobria, es «porque cumplen con su deber»[139].

Tras el cordón de guerrillas se situaban batallones formados, muy raramente en línea, y casi siempre en columna de dos compañías de frente, que permitía moverse con relativa agilidad en campo abierto. Desde luego, en terrenos muy cerrados, como sucedía con frecuencia, «el tacto de codos» del que gustaba Ros de Olano era totalmente inviable. Ese tipo de despliegue resultaba también una forma sencilla de afrontar a la caballería, aunque la ideal era el famoso cuadro, que se adoptó en varias ocasiones. Parece que en alguna contaba con cuatro filas por lado, pero lo usual eran tres. La primera hacía fuego, rodilla en tierra, y luego presentaba la bayoneta. Las otras dos se alternaban tirando, la segunda por encima de la primera y la tercera entre los intervalos de la segunda.

Paulatinamente, el mando español pudo comprobar que el sistema de empezar los disparos desde demasiado lejos, fuera casi del alcance eficaz, y de asestar a continuación cargas a la bayoneta no era el más adecuado.

Ya el 30 de noviembre de 1859 se destaca que «a diferencia de lo que se ha hecho en los combates anteriores, no se dio orden a las tropas de atacar de frente, pues la experiencia ha demostrado que si bien nuestros soldados baten siempre a los moros, estos, que cuentan con la ventaja del terreno, eluden

fácilmente la persecución, y después de derramar mucha sangre no se consigue ningún gran resultado»[140].

Para fines de diciembre, el cuerpo más veterano, el I, había constatado que era preferible esperar con tranquilidad detrás de sus posiciones, sin responder a los tiradores enemigos hasta que se acercasen lo suficiente para entonces lanzar acciones más decisivas que un simple intercambio de disparos a larga distancia. Siguieron luego su ejemplo el II y el III: «se han percatado de que no hay nada que ganar con ese sistema (el seguido anteriormente) ante un enemigo muy ágil que huye cuando se le ataca y vuelve en enjambre para acosar la retaguardia de los españoles con una lluvia de balas, cuando estos se repliegan a sus posiciones, como están obligados a hacer»[141].

Sin embargo, parece que las enseñanzas se olvidaron y, en repetidas ocasiones, se verá a los españoles lanzarse sobre los marroquíes para, al término del combate, volver al punto de partida.

LOS PLANES DE O'DONNELL

La unanimidad que generó la Guerra de África acabó por desembocar en una agria controversia, que se tratará en el último capítulo. Se puede adelantar ya, no obstante, que una parte apreciable de ella se centró en torno al plan adoptado por O'Donnell. Parece, por ello, de justicia recoger, en primer lugar, la explicación que su propio autor dio sobre el mismo[142].

Dijo que se presentaban ante él tres opciones: desembarcar en las inmediaciones de Tánger, en la bahía de Jeremías, por ejemplo; en la costa mediterránea, cerca de Tetuán, y en Ceuta. «Las dificultades eran iguales para las dos soluciones primeras: en primer lugar, los medios de que podíamos disponer; en segundo, lo bravo de esa costa», y «la marina […] no tenía medios para una empresa de esta especie».

Continúa: «no se me ocultaban a mí los inconvenientes que tenía el desembarco en Ceuta; uno de estos era la mala salida que tenía la plaza». Por ello, «tenía necesidad de hacer creer al enemigo que mi desembarco era en Tánger». De ahí, la dispersión de los cuerpos de ejército en varios puntos de la costa andaluza.

Luego, «llegué a Cádiz, conferencié con los generales de Marina […] y no necesité más de una hora para resolver lo que para mí no era ya dudoso, pero quería asegurarme de ello», esto es, la insuficiencia de medios navales y lo peligroso de la estación. Ceuta sería, pues, la base de partida de las operaciones.

El conde de Lucena, quizá por las limitaciones de una intervención en el Parlamento, simplifica mucho una materia complicada y, sobre todo, no revela cuál era su verdadero plan[143]. En efecto, en la reunión de la capital gaditana desechó las alternativas de Tánger y de Tetuán, debido a las objeciones formuladas «con franqueza»[144] por Segundo Herrera sobre las limitaciones de la marina y los problemas que planteaba la meteorología. Pero también, y es un extremo que pasa por alto, porque, como se ha visto, Gran Bretaña en ningún caso habría tolerado un ataque a la primera de las ciudades mencionadas. No obstante, según uno de sus biógrafos[145], «el general en jefe quería ir a Tánger, y si en Cádiz cambió de parecer lo hizo forzado» por los argumentos de los marinos, lo que «mucho [le] contrarió»[146].

Quedaba solo, pues, la opción de Ceuta que, a su vez, abría dos posibilidades. La primera, un avance directo y masivo contra Tánger, fue descartada porque «el camino no es practicable para la artillería, los furgones y todo el tren que lleva consigo un ejército»[147]. Una vez eliminada, no había otra alternativa que la estrategia indirecta que se adoptó: marchar sobre Tetuán y, desde allí, atacar Tánger.

Sin embargo, O'Donnell la había concebido de forma muy distinta a lo que después sucedió. Como explicó al ministro interino de la Guerra en un escrito del 16 de noviembre, su propósito era desembarcar en el presidio solo el I Cuerpo, el de Echagüe. Él mismo, con el II, parte del III y las tropas de Prim, saltaría a tierra junto a Cabo Negro, entre Ceuta y Tetuán, donde se les reuniría Echagüe, tras dejar fuerza suficiente para la defensa aquella. Todos juntos, marcharían sobre el propio Tetuán, en cuyas proximidades desembarcarían, cuando fuera el momento oportuno, el resto del III, de Zavala, y la caballería de Alcalá Galiano. Más tarde, conquistada esa ciudad, según él «la toma [de Tánger] por tierra no la considero difícil ni larga», frase con la que, a la vez, hacía caso omiso de su compromiso con Londres y demostraba poco conocimiento de la situación real.

Se trataba, por consiguiente, de una serie de operaciones anfibias sucesivas, una empresa compleja, habida cuenta de las deficiencias navales y de lo imprevisible del tiempo.

Hay en ella tres aspectos que merecen comentario. El primero, que se había decretado la movilización y enviado a las unidades a sus puntos de concentración sin un plan de campaña previo y definido. Se les había situado en sus bases de partida antes de saber el destino concreto que se les fijaría.

El segundo, que hasta el encuentro de Cádiz parece que no se había tenido en cuenta el elemento marítimo, que, sin embargo, era esencial, ya que, por

definición, si se quería llevar la guerra terrestre a Marruecos, resultaba imprescindible transportar las tropas allí. Teniendo en cuenta que O'Donnell, además de titular del Departamento de Guerra era presidente del Gobierno, no se entiende que se hubiera planteado siquiera la ruptura de hostilidades sin antes haberse informado a fondo sobre el verdadero estado de la escuadra. Más aún cuando el Consejo de Ministros había autorizado y financiado generosamente un gran programa de desarrollo naval —en 1859 había 11 fragatas y goletas de hélice en construcción— que, lógicamente, habría estado precedido de un estudio detallado sobre la situación de la marina.

El tercero es que no se había tenido en cuenta, al parecer, ni lo impropio de la estación ni los riesgos que ello conllevaba. Resultaba obvio que «en el mes de diciembre contar con la escuadra es echarse demasiado en brazos de la casualidad; una mar alborotada, un temporal tan frecuente en aquella época del año, y que durase varios días, exponían al ejército a una catástrofe»[148]. Como señalaba el viejo dicho: «Junio, julio, agosto y puerto Mahón, los mejores puertos del Mediterráneo son»[149]. Operar sin valorar esas circunstancias, de todos sabidas, era asumir un grave riesgo, como la experiencia demostraría.

Para dar una idea de la negativa influencia que tuvo la meteorología, basta citar una anotación de la *Memoria administrativa*[150]: «días de temporal que no pudieron sostenerse los buques en la costa: 30», lo que es muy considerable, para una campaña que no superó los cuatro meses y que en todo momento dependió completamente del apoyo naval.

Más tarde, a mediados de diciembre, Calderón Collantes confesaría al embajador de Francia que en un principio se había pensado emprender la guerra en marzo, y que «había sido adelantada a raíz de las presiones ejercidas por la opinión pública», que a su vez, apostilla el diplomático, había sido «enervada de forma imprudente por el propio Gobierno»[151]. Este, pues, habría puesto en movimiento un mecanismo que después se le fue de las manos, hasta el extremo de que no solo perdió el control sobre él, sino que acabó por imponerse al gabinete.

La combinación de las adversas condiciones climáticas, de la falta de transportes y de los cambios en los planes, se reflejó en el ritmo de llegada de las unidades a Ceuta, de lo que algo se ha hablado ya, pero que se puede sintetizar con lo sucedido a las de artillería adscritas a los distintos cuerpos: el 19 de noviembre desembarcaron tres compañías de montaña y la suelta del 5.º a Pie, pertenecientes al I Cuerpo; el 27, sendos batallones del 3.º y del 5.º a Pie —sin piezas—, más dos compañías del 4.º, de la División de Reserva; el

29, dos compañías del 2.º Montado, y el 7 de diciembre, otra de ese regimiento, las tres, parte del II Cuerpo; el 12, una de montaña, y el 16, dos del 1.º Montado, todas del III Cuerpo; el 18, el 4.º Escuadrón a Caballo; el 21, el 1.º; el 24, tres compañías del 3.º Montado; el 26, el 2.º Escuadrón a Caballo, todos, adscritos a la División de Caballería, y, el 29, la Compañía de Cohetes, a las órdenes directas del general en jefe[152]. Fue un método muy poco ortodoxo de acumulación de fuerzas en el teatro de operaciones, que se arrastró a lo largo de más de un mes, a pesar de la poca distancia que hubo que franquear. Es de imaginar lo que esa llegada espasmódica y fragmentaria de los elementos hubiera supuesto frente a un enemigo mejor organizado, preparado y equipado.

A pesar de todo, como se verá, se persistió en la idea de los desembarcos múltiples, hasta que la evidencia obligó a abandonarla de forma definitiva.

La decisión de tomar Ceuta como base, aunque «está malísimamente situada» para ello, lo que reconocía el propio conde de Lucena en un oficio de 6 de diciembre, era ciertamente aventurada. En su obra, como es sabido anterior a la ruptura de hostilidades, Gómez de Arteche y Coello[153] comentan al respecto que «cuantos recursos y cuantos medios se empleen en intentar la conquista desde un punto solo del litoral son ineficaces, […] mucho más si ese punto es Tánger y, sobre todo, Ceuta», «donde es más elevado y áspero el pequeño Atlas, las comunicaciones son difíciles por lo escabroso del terreno, los numerosos ríos que descienden al mar entre barrancos profundos cubiertos de rocas o bosques peligrosos, por el mal estado de los caminos» y porque habita allí «una población de montañeses fanáticos». Sin saberlo, estaban describiendo el escenario en el que durante dos meses se desangrarían los españoles.

Que la opción de decidirse por el presidio planteara problemas no implica que, en otros aspectos, ofreciera ventajas que, sin duda, O'Donnell tuvo muy en cuenta. La más importante es que allí se podrían reunir medios y constituir una plataforma para lanzar ulteriores operaciones, con mucha más facilidad que en una costa hostil. La segunda, nada desdeñable, es que permitiría foguearse a las bisoñas tropas con combates locales, antes de iniciar empresas más ambiciosas[154]. En cualquier caso, tampoco le quedaban opciones, decidido como estaba a llevar al ejército a suelo marroquí, en invierno y con los insuficientes medios navales disponibles.

Para situar en su contexto las ideas del conde de Lucena, es preciso recordar el desaforado optimismo que reinaba en los primeros tiempos, cuando no había límites a las ambiciones, y se veía a Marruecos como un

inestable castillo de naipes, que se desplomaría al empuje de las bayonetas castellanas, impulsadas por el espíritu de Isabel la Católica y de Cisneros, y el recuerdo de mil victorias sobre el infiel. Por no citar a las exaltadas fuentes nacionales, que solo soñaban con «laureles inmarcesibles», como decían con fruición, incluso alguien como Friedrich Engels consideraba «bastante sensato» el rumor que atribuía a España la intención de apoderarse de Tetuán, Tánger y Larache, con el fin de establecer una «base para futuras operaciones contra Fez y Mequínez»[155].

En cuanto al rival de O'Donnell, el califa Muley el-Abbás, «persona de talento claro y elevado carácter»[156], hermano de Mohammed IV, no tenía otro plan que oponerse a los invasores. De ahí que tomara posiciones cerca de Tánger, en Aïn Eddâlia, con un contingente de fuerzas regulares, que incluía quinientos jinetes, para cubrir al tiempo esa ciudad y Tetuán, a la espera de que las tropas de Isabel II descubriesen su verdadero objetivo. Luego se trasladaría al pueblo de El-bouyout, en Anghera[157], pero en el intervalo, mandó movilizar las cabilas vecinas.

4

OPERACIONES DE NOVIEMBRE Y DICIEMBRE DE 1859

ECHAGÜE

El 7 de noviembre de 1859, a las 22.30 de la noche, el general O’Donnell, tras despedirse de Isabel II, tomaba en Madrid un tren especial. Vestía «uniforme sin bordados, faja con los tres pasadores que indican su elevada graduación, pantalón grancé y ros blanco con los entorchados de capitán general». Le acompañaban, entre otros, además de sus edecanes, el general Luis García, jefe de su Estado Mayor, y el brigadier Ustáriz, que lo era de su secretaría de campaña. En el andén le despidieron varios ministros, el capitán general de Madrid, un edecán del rey y algunos amigos «que momentos antes supieron de su partida»[1]. Esta se había mantenido tan en secreto que en un boletín especial de ese mismo día, el periódico demócrata *La Discusión* había asegurado que, a pesar de lo publicado por sus colegas, «podemos asegurar que no hay nada decidido» sobre el viaje del presidente del Gobierno. Quizá por eso, apuntó con despecho el 8 que «ayer noche por fin salió»[2].

Mal que le pese al diario, muchos madrileños debieron leer a la competencia, porque «el Prado, el Paseo de Atocha y demás inmediaciones de la estación de ferrocarril se hallaban llenas de carruajes y de gentes a pie y a caballo»[3] que acudieron a vitorear con entusiasmo al presidente que partía a la guerra.

Junto con el ministro de Gobernación y el gobernador de Madrid fue hasta Alcázar de San Juan, donde se separaron. El general tomó allí una silla de postas y su séquito se instaló en un coche de catorce plazas. Antes, a pesar de que había llegado a las tres de la madrugada, tuvo que soportar el recibimiento que le ofrecieron las fuerzas vivas, las cuales le ofrecieron lo que la prensa llamó, en francés, un «*repas*». Fue breve, porque a la media hora se puso en marcha. Entró en Andújar a las ocho, saliendo para Córdoba, adonde llegó a las siete del 9, y a las diez, a Sevilla. En todas las localidades del itinerario fue acogido con discursos, iluminaciones, repiques de campanas y

vivas, en algunos de los cuales se le bautizaba como duque de Tánger, prueba del optimismo reinante.

A las 18.42 del 10 terminaba al fin su trayecto, en Cádiz. En olor de multitud, y tras rechazar con amabilidad la oferta del ayuntamiento, que le invitó a asistir a la ópera *Lucrezia* con que se celebraba la inauguración del Teatro Nuevo, se trasladó en un coche de cuatro caballos, «que no era del mayor boato», a la casa del gobernador interino, donde dio con sus aspeados huesos. «Una inmensa muchedumbre» con sus incesantes vítores le obligó a salir al balcón a saludar, cuando es presumible que solo quisiese echarse en la cama. Venía tan cansado que había ordenado antes que no quería que se le rindiesen honores.

El 11, celebró una reunión con que sus principales generales —los tres jefes de cuerpo, Prim y Alcalá Galiano— con los que almorzó. Una serenata retrasó de nuevo su descanso. Pasó el 12 visitando el Arsenal de la Carraca, donde se trabajaba con frenética actividad, y el 13 se despidió de sus subordinados, que regresaron a sus puestos respectivos. Ese día, la *Gaceta* dictaba una disposición, a la que ya se ha aludido, sobre la censura de prensa, que se aplicó sin contemplaciones. Por ejemplo, entre el 19 y el 20 siete diarios fueron «recogidos», como se decía**[4]**, y el 29 se comentaría que, de los diez periódicos de oposición, cada día al menos uno sufría esa suerte**[5]**. Existía incluso un «señor fiscal de novelas»**[6]**, que se dedicaba a examinar, y prohibir, en su caso, los folletines que se publicaban en los diarios.

El 14, a las 20.30, se embarcó en el Vulcano con García y Ustáriz. Para su desgracia, al poco de largar amarras, se levantó tal levante que «las olas cubrían el buque por completo, de proa a popa». Tras reconocer la costa marroquí, a las nueve de mañana del 15 estaba en Ceuta, donde se le unió Echagüe, llegado en el Alerta, y pasó revista a las tropas y a las fortificaciones. A las 16.00, regresó a Cádiz, con un tiempo infernal. Tanto así que no se pudo enviar suministros al presidio y que un batallón de Albuera que iba allí destinado se quedó en la Península. Para O'Donnell, la experiencia fue especialmente dura, ya que, al parecer, era mal marinero: «desde que se embarcó en Cádiz […] no dejó de sufrir con el mareo»**[7]**.

A pesar del «impenetrable secreto»**[8]** que rodeó al viaje, resulta evidente que había decidido iniciar la campaña. De hecho, ya se habían tomado medidas preparatorias: «desde 14 se dieron las órdenes oportunas […] para la concentración de las tropas de infantería», sin que el 15 se pudiera hacer lo mismo con las caballerías por las condiciones meteorológicas y la falta de material**[9]**.


Tarjeta de visita con el retrato de Rafael Echagüe. Col. Romero Ortiz.

Durante su estancia en Ceuta pudo estudiar el poco halagüeño escenario que se ofrecía a sus ojos, un triángulo, con la ciudad en el vértice, dos lados delimitados por el Estrecho y el Mediterráneo y una cadena montañosa en la

base: «apenas se sale de Ceuta, comienza el terreno a elevarse gradualmente por colinas que se suceden y van siendo cada vez mayores»[10], «todo el terreno Ceuta hasta el Serrallo carece de arboleda, pero después comienza un espesísimo bosque de alcornoques, con algunos madroños, robles y otros árboles» que, pasando por una serie de lomas intermedias, llegaba al pie de la sombría sierra de Bullones, que cerraba el horizonte; «ásperas y escabrosas sendas atraviesan aquellas sombrías montañas, cubiertas de verdura, donde los jarales y espinos detienen a cada paso al que intenta penetrar por las interminables espesuras»[11]. En cuanto a la sierra en sí, era «una montaña alta y pelada; […] a sus pies, había "una inmensa torrentera, cubierta de vigorosa vegetación de un verde sombrío: es el bosque de Anghera"[12], donde acechaba el enemigo. En esa "peña pelada y blanquecina", con sus "imponentes y estribaciones e intrincados contrafuertes, la serie de alturas que van disminuyendo de elevación, y los cerros y altozanos [que] forman estrechas barrancas y arroyos"[13], se abría el temido boquete de Anghera, "angosta y formidable garganta, […], la puerta del infierno"[14], que durante semanas no dejaría de vomitar cabilas a través de sombríos barrancos. Desde las elevaciones, "baja el terreno en rápidas pendientes, cubiertas de bosques, que se prolongan hasta las trincheras"[15] que eventualmente construirían los españoles».

Era el terreno perfecto para los marroquíes, que lo conocían a palmos. Les ofrecía la posibilidad de llegar sin ser vistos a las posiciones del contrario, una retirada segura, lugares donde montar emboscadas y apostaderos para sus tiradores. Las fuerzas de Isabel II, en cambio, solo tropezarían con desventajas: su infantería no podía actuar en masa ni en orden; la caballería encontraría allí su tumba, si se acercaba a tiro de espingarda, y la artillería tendría dificultades ímprobas para encontrar blancos «rentables». La geografía, pues, anulaba en gran parte tanto a los avances técnicos como a la disciplina. Se trataba, en suma, de una palestra ideal para los unos y de pesadilla para los otros.

EL CAZADOR FRANCISCO LÓPEZ CONEJERO Y EL CORNETA DE LAS BELLOTAS

El 18, por la tarde, el I Cuerpo se embarcó en Algeciras; a las 20.00, completada la operación, el convoy levó anclas. La fuerza no se desplazaba con todos sus efectivos, únicamente con Borbón y Granada, a dos batallones cada uno, Cazadores de Mérida, Simancas y Alba de Tormes, tres baterías de

montaña y un escuadrón de Albuera. El resto —los dos batallones del Regimiento del Rey, los de Cazadores de Madrid y de Barbastro y el escuadrón independiente de Mallorca— ya estaba en Ceuta. En la madrugada del 19, saltó a tierra.

Con las tropas llegaba un despiadado viajero, el cólera. Ya a fines de septiembre se habían detectado en Algeciras los primeros brotes, pero se prefirió ocultarlos, sin declarar oficialmente la existencia de una epidemia que, de una parte, hubiese sembrado la alarma y, de otra, habría ido acompañada de la imposición de una cuarentena, que hubiera complicado, si no hecho imposible, la concentración de fuerzas[16]. Es más, «reinaba ya en Cartagena y en Murcia»[17], cuando las unidades pasaron por allí camino de Andalucía.

Echagüe actuó con tal rapidez ese mismo día, aunque «amaneció frío y lluvioso»[18], que O'Donnell, a las 18.09, transmitía a Madrid un telegrama que había recibido a las ocho de ese cuerpo de ejército. En él, Echagüe comunicaba que había ocupado el Serrallo, donde se atrincheraba, a tres kilómetros del presidio, sin apenas resistencia. Había estudiado las alturas dominantes y se aprestaba a levantar fortificaciones. Sin duda, le ayudó que sus «guerrillas [fueron] guiadas por los moros de Ceuta»[19], expresión que parece designar a los restos de los famosos mogataces[20]. Por cierto, a propósito de esta clase de tropas, pocos días después, noticias de Melilla señalaban que «se está alistando una sección de moros voluntarios que se denominarán Tiradores del Riff para servir a favor de España»[21].

Aun tras ese éxito, y a las pocas horas de iniciada la guerra, el general ya daba una mala noticia: «la operación se ha retardado porque el estado de la mar desde el principio de la noche impidió que las tropas desembarcasen con la celeridad que yo me había prometido». Lo corroboraba el conde de Lucena, el 20, a las 12.17: «el estado del mar no le había permitido [a Echagüe] a la fecha de su parte [el 19] desembarcar con todo el material, pero supongo que ya lo habrá verificado; el tiempo es malo para embarques». A las 20.05 del mismo día, señalaba: «temporal furioso»[22].

Las condiciones tardaron en mejorar. El 21, a las 20.40, indicaba: «el temporal continúa y tiene paralizadas todas las operaciones», y el 22, a la misma hora: «el temporal sigue». Añadía que un vapor enviado a Ceuta se había visto forzado a dar la vuelta «por no haber podido pasar el Estrecho»[23]. En resumen, durante los cuatro días que se llevaban de campaña, el I Cuerpo había estado incomunicado frente al enemigo, no contaba con todos sus elementos y se hallaba separado del ejército por un mar

infranqueable. Además, se había constatado la insuficiencia de medios, tanto en los puertos peninsulares como en el de Ceuta: «este puerto es pequeño y malo, y ningún porvenir ofrece»[24]. Lo corroboró el general cuando manifestó por escrito al conde de Lucena que había empezado a operar «a pesar de que no había podido reunir el completo de mis fuerzas, porque en Algeciras se retrasó el embarque contra mis deseos, y lo mismo en Ceuta con el desembarco por ser de noche»[25]. No era un buen principio.

Durante ese intervalo, Echagüe se había organizado como había podido. La ocupación, a costa de algunos heridos, de la llamada mezquita, en realidad el sepulcro de un santón, y, sobre todo, del Serrallo, un edificio en pésimo estado, donde menos un patio y una torre, «todas son ruinas, desplomadas paredes»[26], habían sido tempranos hitos de su avance. Desde allí, según se decía, el sultán Muley Ismail había supervisado el sitio de Ceuta en 1694, y allí habían estado hasta el mismo 19 las autoridades marroquíes asignadas a la vigilancia del «campo del moro». Se quiso solemnizar el momento izando la bandera del Regimiento del Rey, pero reinaba tal ventarrón que hubo que contentarse con colocar un banderín de compañía. Ese día era el cumpleaños de Isabel II, y sobraron voces que acusaron al general en jefe de haberlo escogido deliberadamente para iniciar las operaciones, con el fin de celebrarlo, a pesar de que los preparativos distaban mucho de estar completados.

El I Cuerpo se había adentrado en tierra enemiga sin perder un instante ni conceder reposo a las tropas que, tras la ruda travesía, y deteniéndose solo a recibir raciones, marchaban a vanguardia a medida que iban llegando. Se ha criticado a Echagüe por ello, pero parece que actuó correctamente. En primer lugar, necesitaba ganar espacio para alejar de la plaza al adversario, y le era preciso, además, controlar lo antes posible las avenidas de sus probables ataques. También se ha añadido que debía ocupar terreno para la llegada del resto del ejército, pero ello supone olvidar que entonces ese estaba destinado a desembarcar en otros puntos de la costa, según el plan de O'Donnell todavía vigente. De hecho, la misión del I, entonces, era hacer creer al enemigo que se avanzaría contra Tánger, a través del boquete de Anghera, para desviar su atención de Tetuán[27].

Desde la primera noche, los de Echagüe experimentaron los inconvenientes de la época y la forma en que se había iniciado la campaña. Instalaron su campamento en torno al Serrallo, donde se situó el puesto de mando, pero «algunos cuerpos no tenían el completo de tiendas ni de mantas, y aun los jefes y oficiales carecían también en su mayor parte de tiendas», por

lo que utilizaron algunas de la tropa; «tampoco se pudo disponer para curar los heridos sino del botiquín de la artillería, porque los demás regimientos dejaron los suyos en Ceuta, no teniendo acémilas para conducirlos». Por otro lado, se mandó que la artillería y la caballería volvieran a la ciudad, «no sirviendo de nada, puesto que allí no podían prestar servicio»[28].

En la misma fecha que el I Cuerpo empezó sus operaciones, O'Donnell revistaba al II y a la División de Caballería, a media legua del Puerto de Santa María, camino de Sanlúcar, ante «millares de personas» y «centenares de carruajes» «llegados de toda la región». Los periodistas se extasiaron ante el entusiasmo y el panorama: «ni la Casa de Campo [de Madrid] con su gentío, con sus lujosos y aristocráticos trenes en un día de carreras pueden compararse a la vista que presentaban estos campos». Les impresionaron, menos, en cambio, las tiendas de campaña. Los Cazadores de Arapiles y Chiclana hicieron una exhibición de su montaje y desmontaje, que acababan de aprender, pero un observador comentó que «son del gusto francés, y, en mi pobre opinión, incómodas y pequeñas para contener seis hombres cada una».

Al término de la parada, el general en jefe mandó repartir dos reales a cada cabo y a cada soldado, y seis a los sargentos. El ayuntamiento, por su parte, ofreció medio cuartillo de vino por cabeza a la tropa, y «un espléndido banquete», todavía había categorías, a los mandos[29].

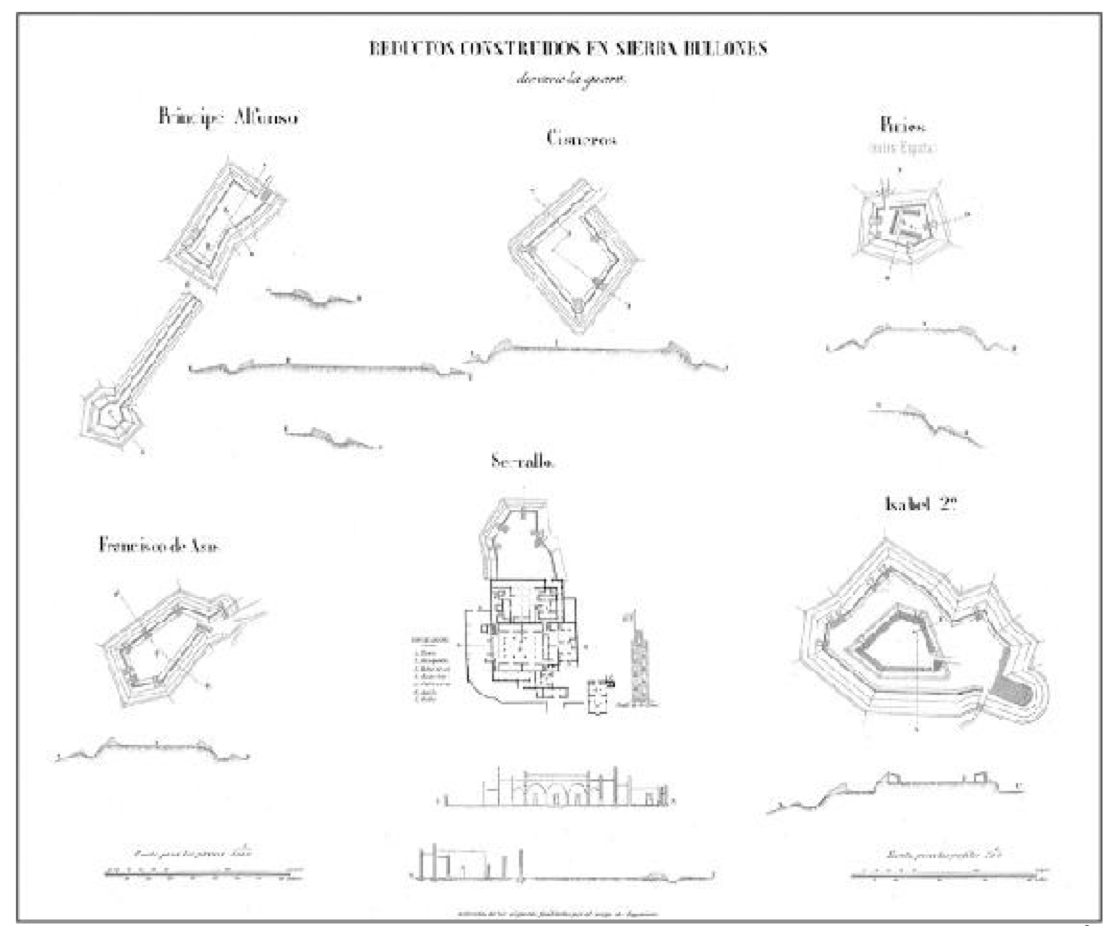
En esa oportunidad, el general en jefe lanzó una proclama al ejército. En ella definió el marco de la campaña: «nuestra causa es la de la justicia y la civilización contra la barbarie».

Por esos días, en Madrid existía «verdadera ansiedad» por recibir noticias del frente, que aumentó cuando se cortó, momentáneamente, la línea telegráfica con Andalucía. A falta de información, los rumores iban al galope; unos decían que la marina había bombardeado Tánger, otros, que «tres divisiones habían penetrado en territorio africano». Todo eran impaciencias y bulos[30].

Mientras, en Marruecos, el 20, «nebuloso y frío»[31], se empezó a trabajar en la erección, con sacos de arena, de dos reductos, el Isabel II, en la derecha de la línea española, frente al boquete de Anghera, donde se hallaba el campamento enemigo y la ruta hacia Tánger, y el Príncipe Alfonso, o Príncipe de Asturias, en el camino a Tetuán. Los cabileños comenzaron a reaccionar, lo que obligó a entrar en fuego a las cuatro compañías de preferencia de Granada, que tuvieron dos muertos, uno en el campo y el otro, que había sido herido junto a trece hombres más, falleció en el hospital.

Posteriormente, esas y otras fortificaciones fueron perfeccionadas con maderos, y dotadas de artillería.

Se llevaron asimismo víveres, cuando lo permitía el tiempo, teniendo que vencer dos problemas: se disponía nada más que de cuarenta acémilas, «pues las demás quedaron en Algeciras sin poder embarcarlas», con sus conductores —vestidos con chaqueta ancha, pantalones bombachos y sombrero estilo chambergo—, y no se habían previsto envases para transportar el vino[32].



Reductos construidos en la sierra de Bullones, en *Atlas histórico y topográfico de la Guerra de África* (1861).

Ya desde entonces se recurrió como mano de obra a los penados del presidio, que cargaron a hombros las provisiones. Enseguida se les utilizaría como mozos de cuerda, enfermeros, sepultureros, auxiliares de los ingenieros y, eventualmente, los de mayor confianza, como exploradores armados, encuadrados en una pequeña unidad. En total, eran cuatrocientos, la mitad de ellos con cadena perpetua. A estos se les ofreció, a cambio de sus servicios, permutar su pena por «cadena temporal»; a aquellos, por «rebaja de condena»[33]. Ofrecían un espectáculo lamentable, aunque en ningún caso

exclusivo de España, con su deambular «vestidos de marrón, encadenados de dos en dos»[34], al ritmo lúgubre de los hierros.

Tan rápido como fue Echagüe en su breve ofensiva lo fue a la hora de solicitar recompensas por el pequeño tiroteo para un segundo comandante y un capitán. O'Donnell no se quedó atrás; le expresó dos veces por escrito su satisfacción y aseguró que consultaría, es decir, que propondría, la concesión de cruces sencillas y pensionadas. Posteriormente se publicó la relación de «gracias» por esa escaramuza y la del 19. Afectaron a veintinueve hombres, e incluían cuatro ascensos y seis cruces de San Fernando, lo que parece mucho premio para choques de tan escasa relevancia[35].

El 21, siguieron las labores de fortificación sin reacción de los marroquíes, pero hubo «escasez de víveres» y «falta de herramientas», que redujo el ritmo de los trabajos.

Al día siguiente, terminó la breve tregua. A las once de la mañana, las cabilas, convocadas como era costumbre con hogueras y disparos de fusil, lanzaron su primer ataque serio. Sin duda, sorprendieron a los españoles, en concreto al Batallón de Cazadores de Simancas que estaba de servicio. No se explica de otra manera que llegaran hasta la contraescarpa del Isabel II, aunque ya se habían emplazado en él piezas de montaña. Una crónica de prensa menciona prudentemente, quizá por la censura, que atacaron «con tal cautela, merced a lo escabroso y desigual del terreno que nuestros soldados, que estaban comiendo el rancho, fueron casi sorprendidos»[36].

Rechazaron a los marroquíes cuatro compañías de la citada unidad, otras tantas de los Cazadores de Talavera, el 2.º de Borbón —que empleó otra compañía— y el 1.º del Rey, que dio la primera carga a la bayoneta de la campaña. Puso así término a cuatro horas de fuego «sin ningún resultado favorable, porque los moros, […] entre las breñas y matorrales, contestaban sin cesar a los disparos»[37]. Tanto se habían acercado que se llevaron como botín dos ollas del rancho de los presidiarios, que estaban en el foso. Costó el susto 6 muertos y 39 heridos, todos de bala, lo que significa que no hubo verdadero cuerpo a cuerpo. La artillería hizo 34 disparos[38]. Echagüe, con prodigalidad inexplicable, felicitó en su parte a Manuel Gasset, comandante de su única división, al jefe del Estado Mayor de este, a sus ayudantes y oficiales de órdenes y a cinco mandos más, amén de a un cadete[39].

En esa jornada nació un mito, que nunca moriría del todo. Se aseguró que entre las huestes enemigas había «algunos jinetes, que por sus hermosos caballos, lujosas prendas de vestuario a la europea y por otros particulares que omitimos, podía suponerse que no eran moros»[40], una forma velada de decir

que se trataba de británicos. La anglofobia y el racismo propio de la época, que negaba cualquier habilidad, militar o de cualquier tipo, a los «bárbaros», creaban esos espejismos.

En Madrid se celebró el triunfo con fervor: «la campaña se ha inaugurado con un suceso brillante», subrayando que al I Cuerpo le había correspondido «la insigne honra de alcanzar los primeros laureles»[41].

El 23, de nuevo, descansaron las cabilas, quizá para reponerse, pero apareció un enemigo no menos peligroso, la lluvia, que llevaría a la zaga otro aún peor: el cólera. En cuanto a la primera, hizo sufrir «extraordinariamente a los soldados y oficiales que no tenían tiendas suficientes», aunque llevaban ya cuatro días allí, lo que se debía a la interrupción de comunicaciones con la Península. Respecto al segundo, aunque se sabía que «ese espectro que parece despertarse al ruido del cañón»[42] era «compañero inseparable de los ejércitos modernos», y a pesar de que, como se ha dicho, se habían presentado ya casos en Algeciras, en el presidio solo se había previsto un hospital, dotado nada más que con tres médicos, y sin enfermeros ni los utensilios necesarios[43]; «el estado sanitario de Ceuta cuando dieron principio las hostilidades no podía ser más alarmante». Parece que ya había habido brotes poco antes, pero cuando empezaron a llegar tropas, que lo traían consigo tras su paso por los puertos levantinos, la ciudad se convirtió en «un inmenso hospital»[44].

Se pagaría un precio terrible por la culpable dejadez. De momento, hubo doscientos cincuenta casos en esas veinticuatro horas[45], pero hay que tener en cuenta que la epidemia no solo enviaba a los hombres al hospital y al cementerio. Era, también, fiel aliada de las heridas, hasta el extremo de que los médicos españoles opinaron que la mayor de parte de los heridos que murieron, fallecieron «por el cólera morbo, que complicó» su estado[46]. Se ignoraba entonces todo sobre ese mal —«nada sabe la ciencia sobre su causa»—,[47] pensando algunos que se trataba de una «fiebre perniciosa intermitente de un solo acceso». Uno de los tratamientos no iba más allá de té con ocho gotas de cloroformo[48], pero también se recomendaba «láudano tomado con las infusiones de té y de manzanilla, pero en dosis valientes», y «cocimiento de arroz»[49]. Un hombre lo superó a base de esos productos, la faja que llevaba y un terrón de azúcar mezclado con láudano y alcanfor[50].

No extraña que se señalara que «aquel día fue muy triste»; «el temporal amenazaba seguir impidiendo por muchos días que se recibiesen socorros», y «los soldados tenían que dormir sobre el barro y la humedad, y batirse de día en medio de torrentes de lluvia, y con los pies hundidos en los charcos y el

lodo»[51]. Las noches, pasadas bajo el insuficiente cobijo de las tiendas o de guardia, al aire libre, eran todavía peores. Nada de ello ayudaba a poner coto a la epidemia y al desarrollo de enfermedades.

Una consecuencia adicional de la lluvia, y no menor, fue que prohibió la tala de los alrededores de las posiciones españolas, lo que permitió a sus enemigos continuar acercándose a distancia peligrosa, sin ser vistos.

El 24 nada mejoró; al contrario hubo que enfrentarse al lodo, al fuego y al agua. Los cabileños montaron un ataque envolvente, como todos los suyos, que empezaron sorprendiendo a una avanzadilla, dos de cuyos miembros fueron decapitados, aunque luego se recuperaron los cadáveres. Se inició a la una de la tarde. Aprovechando una densa niebla, y «arrastrándose como culebras»[52], los cabileños se lanzan sobre la 1.ª[53] Compañía de Cazadores del Regimiento del Rey, de servicio vigilando el boquete de Anghera, la desbordan, y la obligan a replegarse sobre el resto de su batallón. Sus esfuerzos se concentraron, de nuevo, contra el reducto de Isabel II, defendido por el 2.º del Rey y una batería de montaña. Fue tal su ímpetu que hubo que apoyar al 1.º de ese regimiento con los Cazadores de Barbastro, mientras que los de Las Navas y Simancas también acudieron. Con su llegada, se restableció la situación, y los marroquíes tuvieron que replegarse al punto de partida[54].

Fue un pequeño combate sin especial relevancia, que causó tres muertos, cifra que un parte posterior elevó a ocho, y treinta y uno entre heridos y contusos[55], a pesar de lo cual se alabó al jefe de Estado Mayor y a «los oficiales y ayudantes a mis órdenes», lo que era casi una cláusula de estilo, y se apeló a «la munificencia» de O’Donnell para que concediera recompensas. Estas, en efecto, llovieron, y ocupan casi una página de la *Gaceta*[56]. Más tarde, Fausto Elío, que mandaba la brigada integrada por el Rey, Las Navas, Barbastro y Simancas, recibiría la gran cruz de Isabel la Católica[57].

Hay, sin embargo, que reseñar dos hechos. El primero es que «aquel día se comenzó a comprender que la bayoneta era un arma terrible y de efecto seguro para los moros»[58], aludiendo a la carga que dieron dos compañías de Barbastro. El segundo fue la conducta del cazador Francisco López Conejero, de la 1.ª del Rey que, cuando su compañía se retiraba, se percata de que un amigo suyo había quedado en poder de los cabileños. Enardecido, dirige una reacción, que termina con su rescate de manos marroquíes; se lo echa a hombros y, cargado con todo su equipo y armamento, regresa a las filas propias.

Entre los aspectos de modernidad que tuvo aquella guerra figuraba el peso de la prensa. Esta necesitaba héroes y Conejero era el primero que servía para ello. Su rasgo de compañerismo fue, pues, exaltado en todos los medios. Echagüe, con fina sensibilidad, recomendó que se le diera un premio especial, y al general en jefe, que también la tenía, se le ocurrió otorgarle una medalla de oro que el Ateneo de Cádiz había prometido al primer hombre que realizara un hecho distinguido en África. Así se hizo, y el cazador, seguramente para su asombro, se convirtió en una personalidad conocida en toda España. Se colocó su nombre con letras de oro en la docta institución[59].

El combate terminó en medio de un copioso aguacero, y con un viento furioso, quedando el campamento inundado, una vez más. El soldado se vio privado, por tanto, del consuelo de una hoguera para secarse o para preparar un rancho caliente. A mayor abundamiento, una falsa alarma mantuvo a la tropa en pie durante parte de la noche. No era la mejor manera de prepararse para lo que se avecinaba.

Porque el 25 fue un día de prueba. A las tres de la tarde, se presentó el adversario más numeroso que nunca, «en una procesión de largas filas de hombres envueltos en jaiques grises y blancos, precedidos por un añafil y un tambor»[60]. En efecto, había dado ya tiempo para convocar a las cabilas situadas en un gran radio de terreno, por lo que se presentaron las de Anghera, Tetuán y Wad-Ras, complementadas, por primera vez, por moros de rey[61], reuniendo una fuerza de cuatro mil o cinco mil, según cálculos españoles. Sus objetivos fueron los de siempre, el camino de Anghera y el reducto de Isabel II. El Regimiento de Borbón y una batería de artillería, entre aquel y la casa del Renegado, en la extrema derecha, y los Cazadores de Madrid y Alcántara, a la izquierda de la fortificación, aguantaron el primer embate.

Los Cazadores de Madrid se vieron en situación comprometida. Empeñaron primero las compañías 7.ª y 8.ª, que no fueron suficientes, por lo que entraron en línea la 1.ª y la mitad de la 4.ª. El enemigo se presentaba tan pegajoso, que la 1.ª y la 8.ª tuvieron que cargar a la bayoneta para alejarle algo, pero, a pesar de eso, hubo que embeber en la lucha a la 2.ª y a la 3.ª y, por fin, a toda la unidad. La situación llegó a ser tan seria, que hasta el capellán y el médico tomaron la carabina. No cejaron los cabileños, que «parecían salir de las entrañas de la tierra, tan espeso es el bosque en que se abrigaban»; a su cabeza iban «figurones vestidos de negro y con gorro encarnados que, por sus gestos y ademanes, parecían ser los caudillos»[62].

Con el batallón ya casi anegado por las mareas de enemigos, intervino el de Alcántara, también de cazadores. En el boquete de Anghera, sobre el

apropiadamente llamado barranco del Infierno, y en «un cerradísimo bosque en que nada se ve a quince pasos»[63], desplegó como pudo la 1.ª Compañía, junto a la escuadra de gastadores, habitual comodín del mando para toda clase de tareas. Era una fuerza insignificante y pronto todo el cuerpo al completo luchaba por su vida ante las sucesivas avalanchas de contrarios, que dieron tres asaltos, seguidos por contracargas a la bayoneta de los españoles. Al fin, la llegada de los Cazadores de Talavera solventó la crisis.

En el centro, en el reducto de Isabel II guarnecido por Simancas, la situación no fue menos apurada; los marroquíes llegaron a abrazarse a los cañones, teniendo que repelerlos los artilleros a machetazos, a golpe de escobillón y con lo que encontraban a mano, mientras los oficiales hacían fuego con sus revólveres; «los moros de rey arrojaron las espingardas, haciendo uso de las gumías y lanzándose con el mayor furor sobre la artillería». La defensa que de esta se hizo y el hecho de que «por efectos de la descargas […] se empotró en el lodo, siendo difícil ponerla en movimiento», impidió que se la llevasen, según unos exagerados cronistas[64]. En realidad, nunca corrió peligro de perderse, aunque solo sea porque arrastrarla por aquellos vericuetos en pleno combate era imposible, pero sin duda, durante unos minutos, se encontró en una delicada posición.

En la derecha, Borbón lanzó dos notables cargas a la bayoneta, que despejaron el frente. Se comentó que, arrastrado por un espíritu de emulación con otras unidades, se dejó llevar demasiado lejos por su ímpetu, sufriendo pérdidas innecesarias. Sea como fuere, reforzado luego por los Cazadores de Talavera y los de Mérida, pusieron en fuga al enemigo. Un miembro de Borbón diría luego que «pinchamos muchos, y los cazadores de Mérida mataron moritos hasta que se hartaron»[65].

También pertenecía a ese regimiento un corneta de catorce años, León Franco, por mal nombre *Arapiles*. Acabada la lucha, se adentró en un bosque con el fin de buscar agua para su coronel. Atraído por una encina cargada, trepó a ella para coger bellotas. En eso estaba cuando lo descubrió un grupo de cabileños, que se dirigió a él para capturarlo. Con gran presencia de ánimo, se le ocurrió dar el toque de ataque, lo que hizo huir a los marroquíes y acudir a sus compañeros, que le pusieron a salvo. A su regreso, fue recompensado con una cruz de María Isabel, pensionada con 10 reales al mes. Era tan buen material como la cantinera de Baza para hacer de él un héroe. Pronto en «periódicos, abanicos, fotografías, carteles de espectáculos públicos» apareció su imagen.

Cuando terminó la guerra, volvió a la Península, tras haberse batido ante Tetuán y en Wad-Ras. Era ya tan conocido que en Valencia los estudiantes le pasearon, entre vítores, en una silla de manos, cubierta de flores y de coronas de laurel. Lo mismo le sucedió luego en Madrid. Se pensó que ingresara en el colegio de cadetes de Toledo, pero no sabía leer ni escribir, en vista de lo cual, le mandaron a los Escolapios de Getafe. Debía ser un chico de carácter. En Tarifa, antes de embarcarse, cuando su patrona le dio una bofetada, respondió golpeándola con la hebilla del cinturón hasta hacerle una herida de dos pulgadas, aunque «sintió mucho no llevar la bayoneta»[66]. Es de suponer que le parecería que merecía un castigo aún mayor.

Hay que decir que los cornetas, por su corta edad, y por ser tan visibles, siempre cerca de su jefe, resultaban muy atractivos para los corresponsales. Por ejemplo, Yriarte recoge y dibuja el caso de otro, que hecho prisionero y llevado a horcajadas por un enemigo, sacó la navaja y le degolló.

Los generales se tuvieron que emplear en persona ese día 25, en el que la artillería hizo ciento sesenta disparos. Ricardo de Lassausaye, jefe de la Brigada de Vanguardia, permaneció «a pocos pasos de las guerrillas», muy visible, a caballo y con «un gabán blanco»[67]. Más tarde, sería premiado con el ascenso a mariscal de campo[68]. Echagüe, recorriendo el frente, se vio envuelto en un tiroteo, en el que perdió su montura y recibió un balazo en el índice de la mano derecha, siendo relevado por Gasset. Se dijo que solo se salvó porque los marroquíes se entretuvieron cortando la cincha de la silla, como botín. Mordacq[69] comentaría que los generales españoles se batían como cabos de escuadra, en primera línea, aunque admitió que del mismo defecto pecaron los franceses en la guerra contra Prusia de 1870.

El combate había sido sangriento[70]. Los de Isabel II tuvieron 89 muertos y 272 heridos. Alcántara y Madrid, ya muy desgastados, 23 de los primeros y 85 de los segundos, y 25 y 72, respectivamente. Borbón, tuvo 15 y 69, aunque en dos batallones. Su 1.ª Compañía de Cazadores perdió al capitán y 11 hombres, y de 14 gastadores quedaron 9. En cuanto a Madrid, en concreto, tuvo a su coronel, Piniés, muerto. Se necesitaron tres equipos de camilleros para evacuar su cadáver, ya que los dos primeros fueron baja, lo que demuestra la intensidad de la lucha. El segundo comandante cayó herido. Por otro lado, según un muy difundido parte del jefe accidental del batallón, «la 7.ª [compañía] fue casi quintada», muriendo su capitán, y quedando los dos tenientes heridos. Uno de la 2.ª también falleció y otro de la 4.ª fue alcanzado. Echagüe pidió la laureada para la unidad, y, al parecer, fue concedida[71].

Tanta merma superó los servicios sanitarios; ocho camillas por batallón no podían dar abasto. Los heridos a la espera de transporte, yacían en el suelo, entre lamentos: «asemejábase aquel ruido triste, continuo y suplicante al balido de las ovejas». La mayor parte de ellos fueron llevados por cuatro compañeros tendidos en una manta, hasta que llegaron a recogerlos confinados que iban encadenados. A raíz de aquello, se aumentaron las camillas a diez, lo que seguía siendo insuficiente[72]. Al menos, todos ingresaron en el hospital con la primera cura ya hecha en el campo de batalla, lo que era una proeza. Posteriormente, serían trasladados a Málaga, parte sobre la cubierta de un buque, apenas protegidos por un toldo.

No dio cifra de las pérdidas del enemigo, en lo que fue prudente, ya que su costumbre de retirarlas y lo cubierto del terreno hacía muy aventurado cualquier cálculo.



Ataque del Serrallo el 25 de noviembre de 1859, en *La Guerra de África emprendida por el Ejército español en octubre de 1859*.

Claro está que se aseguró que «la dirección de los beduinos (sic) está encomendada a oficiales ingleses», y se afirmó, faltando a la verdad, que se encontraron dos cuerpos «cuyo tipo no dejaba la menor duda acerca de su procedencia»[73]. León Galibert y Antonio Rotondo[74], en la misma línea, hablan de una pretendida carta expedida en Cádiz, según la cual: «entre los moros muertos hallamos algunos que parecían ingleses por lo rubios, bien vestidos, uñas limpias y bien cortadas; estos debieron ser los directores de la

función, porque se notaba más orden que de ordinario». Otra supuesta carta, esta vez de Málaga, revela que «catorce moros altos y rubios defendían la casa llamada del Renegado, […] parecían haber comido más beef steck (sic) que alcuzcuz»[75]. El orgullo europeo se seguía resistiendo a reconocer mérito alguno a los africanos.

Fue una victoria pírrica. En una semana, el I Cuerpo había perdido más de un tercio de sus efectivos[76]. Aunque el general en jefe lo negaría con energía en el Congreso meses después, la realidad es que «la posición del general Echagüe se hizo sumamente comprometida»[77]. Sin duda alguna, «el combate del 25 hizo apresurar la partida de O'Donnell»[78]. Hasta el extremo, dice una fuente irreprochable[79], que «recibir en Cádiz el parte de la acción del 25 de noviembre y ordenar el inmediato embarque del II Cuerpo y de la División de Reserva para que fueran a Ceuta sin pérdida de tiempo, fue todo uno». Causó sorpresa el envío de esta última[80] que, como indicaba su denominación, debió haber partido la última, tras las del III Cuerpo. Quizá obedeció a presiones de Prim, ansioso de acudir a primera línea.

A pesar de que en los mentideros de Madrid corriera el rumor de que se habían hecho prisioneros a quinientos marroquíes, el presidente del Consejo de Ministros, mejor informado, comprendió en el acto la gravedad de la situación. Se había abierto una grieta en sus planes de tal magnitud que obligaba a revisarlos por entero. Si había previsto que el I se bastase para establecer una cabeza de puente en torno al presidio y luego se uniese al grueso mediante una marcha por tierra, ahora comprobaba que carecía de fuerzas suficientes para defenderse a sí mismo. Al acudir en su socorro con tres de las cinco divisiones disponibles, renunciaba al proyecto de varios desembarcos en puntos intermedios de la costa. El ejército tendría que ir por tierra hasta las puertas de Tetuán, con lo que eso suponía de pérdida de vidas y de tiempo.

Si se ha sostenido que «Echagüe se hizo notar por su valor y su sangre fría»[81], parece más posible, como se dijo en la capital, que ha caído en «cierta desgracia»[82]. Quizá no dispuso de suficientes medios, o fue excesivamente ambicioso en su penetración, pero, en cualquier caso, estaba al mando y era responsable de lo sucedido. Sin duda, la denominada «cuenta del carnicero», tan abultada, «afectó a O'Donnell, como no podía menos»[83]. Sería poco razonable, en efecto, esperar que hubiera podido evitar cierto despecho al verse forzado a renunciar a la gran maniobra de la que dependía su prestigio y, más que probablemente —debido a la efervescencia de la prensa y de la opinión pública— su propia continuidad al frente del gabinete.

La excitación en España era, en efecto, grande. En la capital, «apenas salía el sol […] discurrían por las calles ciegos y no ciegos anunciando a voz en grito los últimos partes recibidos de África […] Al mediodía, continuaban los gritadores; al anochecer, los cafés estaban llenos; […] en todos los teatros resonaban los vivas a España y los mueras al moro». Sonaban «nuevos himnos», «el ruido de las máquinas de imprenta por todos lados se oía en Madrid», en los «insinuantes escaparates abundaban cuadritos buenos y malos, en que siempre salían vencidos los moros», y «los repartidores de los periódicos se codeaban con los fosforeros y quincalleros ambulantes»[84]. Era una fiebre peligrosa, cargada de expectativas.

Se puede pensar que, con la intención de aplacarlas, se dio el mayor lustre posible al combate, desplegándose a la hora de las recompensas toda la «munificencia» que rogaba el comandante del I Cuerpo. De hecho, ocupan más de dos de las cuatro páginas de la *Gaceta de Madrid* del 18 de diciembre; el propio Echagüe fue ascendido a teniente general, lo que puede obedecer al deseo de presentar lo sucedido como una gran victoria[85]. Es probable que el mismo motivo impeliera a O'Donnell a transmitir al Gobierno el parte de esa acción diciendo, el 26 a las 14.47, que «el I Cuerpo del Ejército de África ha inaugurado la campaña de una manera brillante», para, poco más de una hora después, a las 15.50, anunciar que él mismo salía hacia el presidio[86].

Así era, en efecto, por telegrama informaba que «se han embarcado las acémilas de la 1.ª División del II Cuerpo, y esta lo acaba de verificar hoy; esta tarde saldrá dicha división para Ceuta, a cuyo punto me dirigiré yo con en el cuartel general a las 10 de la noche». Como ya había sucedido anteriormente, las tropas de Zavala tuvieron que pasar el Estrecho troceadas, por la sempiterna falta de medios navales. Así, el 27, el capitán general de Marina indicaba que «confío que la 2.ª División del II Cuerpo, que habrá de embarcar en detall, lo verificará con la mayor prontitud posible». Ese día, habían salido los batallones de Navarra y Chiclana, y esperaba que el 28 lo haría el cuartel general, las acémilas y «algunos cuerpos, si hay vapores disponibles». El 29, partió Almansa[87].

O'DONNELL EN ÁFRICA

Para entonces, O'Donnell estaba ya hastiado. El 28, al tiempo que informaba desde Ceuta que «he llegado a esta plaza a las 8 de la mañana», señalaba que «la ofensiva, que tomaría de buen grado, se retrasará si la marina no aviva sus aprestos». Había dejado instrucciones al general Ríos, en Cádiz, que

organizaba una nueva división, para que imprimiera rapidez a los transportes[88], o como decía al capitán general de Marina en una comunicación que este unía a sus telegramas arriba citados, para que «se allanen y orillen las dificultades». Irritada la Armada, respondió, con razón, que el presidente del Gobierno ya conocía las deficiencias existentes. En cualquier caso, en su calidad de tal, tenía la obligación de estar al corriente de ellas, aún más cuando estaba pergeñando una campaña.

Al parecer, se produjo con este motivo un «vivo altercado» con Herrera, que le espetó que «no puede ignorar lo que nos falta y lo que deberíamos tener»[89]. Quizá por eso y para atenuar crispaciones, el 7 escribía[90] que «el despacho en que yo decía que si la marina activaba sus aprestos tomaría pronto la ofensiva, ha sido mal interpretado y comentado; es mi deber explicarlo, porque estoy satisfecho de los servicios prestados por ella, y solo me refería a que, no teniendo los medios necesarios, le era preciso, por lo tanto, redoblar su actividad y trabajo».

Da la sensación de que hasta esas fechas no se hizo cargo de la realidad, ya que al día siguiente reconoció al Gobierno que «creí que podría traer al ejército simultáneamente a África con todo el material, […], pero luego vi que era imposible»[91].

Resulta elocuente, en relación con esos desencuentros, que, a pesar del estricto control que se ejercía sobre la prensa, se permitieran alusiones a «las repetidas censuras» de que eran objeto «algunos marinos» por parte de la opinión pública[92]. Por cierto, que, en un desagradable contraste, el 26 la escuadra francesa había bombardeado con éxito las fortificaciones costeras de Tetuán, que habían osado hacer un disparo contra ella, quizá por error, tomándola por la española.

Se explica la impaciencia del conde de Lucena por asumir la iniciativa. Aunque aún le faltaran muchos medios, iba a disponer de una fuerza importante, que pasó de 22 900 hombres de media en noviembre a 36 673 en diciembre[93], y «dándose cuenta de que la prolongación de la defensiva podía llevar a un desastre y, en todo caso, podía contribuir a desarrollar en gran medida el espíritu ofensivo de los marroquíes, hacía todo lo posible por acelerar el embarque»[94] de las fuerzas. Era cierto; se daba la circunstancia de que los adversarios, al ver que cada avance español iba seguido del regreso a sus posiciones, se consideraban victoriosos en cada encuentro, lo que se entiende. Era el resultado de que «todos los combates se habían hecho más encarnizados por nuestra culpa; en vez de limitarnos a rechazar los ataques del enemigo, […] nos separábamos a gran distancia de los campamentos en su

persecución, que no tenía objeto, pues por último había que abandonar el terreno conquistado a fuerza de sangre»[95]. Parece, ciertamente, que «sería mejor esperarles a pie firme, rechazarlos cuando viniesen al campamento, y no salir a campo descubierto»[96], pero casi nunca se hizo.

Por otro lado, el mismo entusiasmo con que el conde de Lucena fue recibido en Ceuta por las castigadas tropas del I Cuerpo «no deja de ser síntoma de que su estado de ánimo se hallaba algo deprimido; […] toda manifestación vigorosa y ruidosa acusa un decaimiento anterior considerable»[97].

No extraña que por entonces se describiera al general en jefe como «un anciano alto, encorvado y silencioso, […] la cabeza casi constantemente inclinada hacia el suelo, vestido con una larga hopalanda cuyo cuello subido tapa los galones de su quepis (sic) y cuyos faldones azotan los pantalones rojos»[98]. Otro testigo le pinta «alto, pelo gris […] la frente arrugada más por las preocupaciones y por la ansiedad que por la edad»; resalta, sin embargo, «que conserva, en no pequeña medida, el vigor y la elasticidad de la juventud»[99].

Se comentaba de él que «duerme muy poco, puede decirse más bien que descansa, […] de día y de noche recorre las calles de algunas tiendas para hablar con los jefes y, alguna vez, con los soldados, […] medita en su tienda, conversando solo ligeramente»[100].

Las preocupaciones y la ansiedad seguramente habían aumentado a la vista de las dificultades de todo tipo que surgieron durante el traslado del contingente que llevó consigo. «Desembarcamos de mogollón», escribió uno[101], como podían haber escrito cientos. La falta de instalaciones portuarias obligaba en muchos casos, a la salida de la Península, a pasar de embarcaciones de menor calado a las de mayor quilla que hacían la travesía del Estrecho, y a repetir la operación, en sentido inverso, a la llegada a Ceuta. Ello se aplicaba sobre todo a las caballerías. Núñez de Arce[102], que llegó con el II Cuerpo como corresponsal de *La Iberia*, lo describe: primero, «los pobres animales, suspendidos de unas fajas, eran trasladados a las chalanas por medio de machinas, a fuerza de brazos y pataleando en el aire»; luego, «fue preciso transbordarlas de nuevo desde las chalanas a los barcos que debían conducirlos hasta las costas africanas», donde pasarían a la inversa por una prueba idéntica. Se entiende así «la resistencia que oponen las caballerías a ser levantadas por las poleas que las colocan en las balsas y de estas a los vapores»[103].

Había que agregar, para complicar todo, «las precipitaciones de los vapores [que] en sus perentorios movimientos de carga y descarga producen averías, cambios de dirección de los bultos y aún extravíos en su dirección»[104]. De ahí que muchas unidades, y todavía más jefes y oficiales, descubriesen al llegar a tierra que parte de su impedimenta, o sus monturas o su equipaje habían quedado al otro lado del Estrecho, lo que aumentaba la confusión. No son pocos los memorialistas que han dejado constancia de su perplejidad al encontrarse en tierra desmontados, sin sus maletas o, lo que era peor, sin su asistente.

Aún tendría O'Donnell otro disgusto, cuando se entera del incendio, en Málaga, del vapor Génova. Se salvaron, por fortuna, todos los que iban a bordo —aunque hubo algunos heridos—, y un millón de reales en efectivo, pero se perdió todo el equipo telegráfico que se llevaba para la sección de campaña de su Estado Mayor, así como el destinado para el cable que se quería tender entre Ceuta y la Península. Más de cien acémilas perecieron achicharradas. Varios voluntarios, entre ellos un teniente de zapadores, se distinguieron luchando contra las llamas. El barco, uno de los mejores y de mayor capacidad de los que habían sido contratados, fue remolcado fuera del puerto y cañoneado, para evitar que el fuego se propagara a un gran depósito de pólvora y granadas que llevaba.

Mientras el ejército seguía en sus posiciones en el entorno de Ceuta, el general en jefe dictó una larga orden estableciendo una serie de normas para la campaña. Entre ellas, se adjudicaban distintas banderas de identificación. Su cuartel general tendría la de España; su Estado Mayor, una azul; el I Cuerpo, de los colores de la Orden de San Fernando, encarnado con filete amarillo; el II, los de la de San Hermenegildo, blanco y morado; el III, los de la de Carlos III, blanco y celeste, y la División de Reserva, los de la de Isabel la Católica, blanco y naranja. A la de caballería correspondía el blanco y el encarnado, que no eran tradicionales; a los ingenieros y su parque, el verde, también inexplicable, con el clásico castillo blanco. La plana mayor de artillería usaría el morado con una bomba encarnada, y era roja la de su tren y su parque. El amarillo indicaría a la sanidad y el blanco con cruz azul a la administración militar.

Previendo que la artillería actuaría por baterías sueltas, se dispuso que depositase sus estandartes en La Maestranza de Sevilla. Un caso singular fue el de la División de Caballería, ya que, de todos sus componentes, solo los Lanceros de Farnesio se presentaron con su estandarte. Unas señoras del Puerto de Santa María decidieron ofrecerle una corbata que, además de no ser

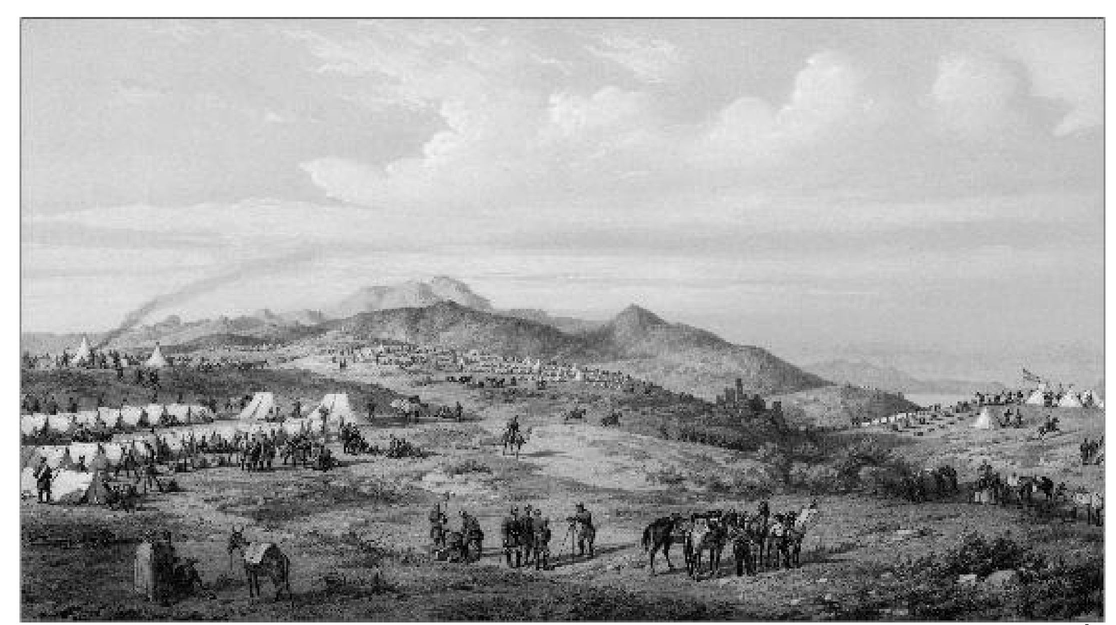
reglamentaria, cosa entonces sin importancia, ya que se puso de moda esa clase de obsequios, contenía la inscripción: «División de Caballería del Ejército de África», nada ortodoxa para un regimiento. Era grana y oro, y llevaba, bordada «con una propiedad y perfección superior a todo encarecimiento», la imagen de la Virgen[105].

Por último, se ordenó que se dejasen en la Península los engorrosos bombos, única concesión a la guerra que se hizo en las músicas que acompañaban a todos los cuerpos de expedicionarios de infantería.

La acción del 25 debió ser tan ruda prueba para los marroquíes como lo fue para los españoles, porque dieron tregua hasta el 30. Ese día, sin embargo, se presentaron una vez más.

Recayó de nuevo la tarea de rechazarlos en el I Cuerpo, que seguía en vanguardia, a pesar de que para entonces debía hallarse muy cerca del límite, tras tantos días de choques y de mal tiempo, a los que había que añadir los estragos del cólera.

En cuanto el vigía del Hacho dio la alarma, Gasset, que seguía al mando, se apresuró a marchar con refuerzos a la primera línea, formada por Simancas, en un extremo, apoyado por Las Navas; Rey en el reducto de Isabel II, sostenido por Barbastro, y en la izquierda Alcántara, en el Príncipe Alfonso. Ambas fortificaciones se hallaban entonces en construcción. Envía a Borbón y a Talavera a la derecha, al Isabel II, ya que el enemigo estaba desplegando en las alturas que dominaban la casa del Renegado, mientras que Cataluña y Madrid fueron frente al ominoso boquete de Anghera, la usual avenida de todas las ofensivas. El resto del cuerpo siguió a estas primeras unidades. Por su parte, O’Donnell se apresuró a acudir al fuego, no sin ordenar antes que Zavala con su II Cuerpo se adelantase hasta más allá del Serrallo, por si se le necesitaba, y que Prim se situase tras él. No fue preciso que intervinieran, los ya veteranos del I se bastaron para, primero, frenar a los adversarios, y, luego, empujarlos hasta la cabila de Benzú, en la derecha, que fue incendiada, y hasta el mismo boquete, a la izquierda.



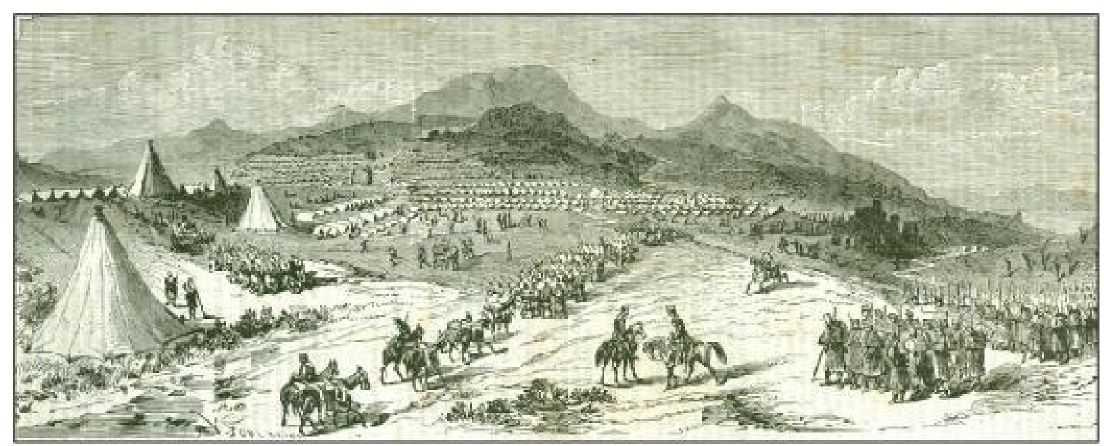
Campamento en Ceuta en diciembre de 1859, en *Atlas histórico y topográfico de la Guerra de África* (1861).

Borbón, mandado por Antonio Caballero Fernández de Rodas, se lució ese día. No solo quemó el aduar mencionado, sino que tuvo la oportunidad de copar, entre sus bayonetas y el mar, a buen número de cabileños, que, antes que rendirse, prefirieron arrojarse por los acantilados, perdiendo muchos la vida.

No hace falta decir que, como era ya práctica establecida, al término de la lucha los españoles volvieron a sus posiciones iniciales, sin haber ganado un palmo de terreno, en el que dejaron 52 muertos. Los heridos subieron a 274. Entre esas pérdidas figuran los hermanos Ruiz Labastida, que servían como oficiales en la 5.ª del Batallón de Cazadores de Cataluña, de los que uno murió, y el otro, de quien en un primer momento se dijo que también había fallecido, resultó gravemente herido. El lamentable caso fue muy comentado en toda España.

El conde de Lucena cifró las bajas de sus contrarios en 230 muertos y 600 heridos. Hubo la habitual lluvia de recompensas, ya que, como él mismo dice, y como primera providencia, premió «sobre el campo de batalla a la casi totalidad de los heridos». Las condecoraciones y ascensos, en efecto, ocuparon más de tres páginas y media de dos *Gacetas*. Había cosas ciertamente curiosas, como las 21 concedidas al Escuadrón de Cazadores de Mallorca, que ni intervino ni pegó un tiro**[106]**. Cabe preguntarse si ese derroche era bueno para la moral, o malo, ya que abarataba el concepto del mérito, a costa de desdibujar el del deber. Gasset recibió la Gran Cruz de Carlos III**[107]**.

Apenas terminado el combate, lo apunta quejumbrosamente otro recién llegado, Félix González Ruesgas, de los carabineros de la escolta de O’Donnell, «dio principio el agua, de tal modo que las tiendas eran inútiles, pues corría copiosamente por bajo ellas»[108]. Para él, se trató de una ingrata experiencia, y todavía más porque el 30 no fue mejor el tiempo, pero para los asendereados hombres de Gasset, aquello era ya casi una rutina. Por fin, el 2 de diciembre serían relevados por el II Cuerpo, que, como sucedía a las tropas a medida que desembarcaban, sufría ya los embates del cólera.



Vista del campamento del ejército español a su llegada a Marruecos, de Francisco Gabañach. En *El Álbum de las Familias*, n.º 46, del 26 de febrero de 1860. Cortesía del Zumalakarregi Museoa.

Con esa gran unidad fue José Gutiérrez Maturana, un antiguo oficial carlista, ayudante de Enrique O’Donnell, hermano del general en jefe y comandante de la 2.ª División, y que ha dejado un notable cuadro de lo que encontró. Describe el baile de lanchones y chalanas en el puerto de Ceuta, el trasiego de hombres, acémilas y el material más diverso, las cadenas de presidiarios y la congestión de las calles, «estrechas y tortuosas». Pero lo que más le impresionó fue «la triste procesión de camillas empezada con el toque de diana [que] seguía sin interrupción desde el Serrallo» hasta la ciudad, y que los veteranos del I veían desfilar sin emoción, mascullando que lo que pasaba frente a ellos era «lo que anda», como llamaban a la muerte. De los efectos de la tormenta de aquella noche, que convirtió al campamento en «un inmundo lodazal», comenta que «nuestros capotes nos habían sido completamente inútiles; nuestras tiendas no nos habían servido para nada; nuestro calzado, llamado impermeable, se había calado»[109]. En esos párrafos, entre apestados, barro y agua, están algunas de las facetas de la romántica Guerra de África.

«SUFRIDOS Y RESIGNADOS», LAS DELICIAS DE ÁFRICA

Durante el mes de diciembre, el ejército vivió un verdadero calvario, combatiendo contra sus tres enemigos: los marroquíes, los elementos y, el más mortífero, el cólera[110]. Encerrado en su tienda, batida por los vientos y las tormentas, O'Donnell tuvo noches enteras para arrepentirse de su decisión de operar en aquella época del año.

Para no caer en la monotonía, bastará recoger varios telegramas referentes a la situación en la primera semana. El 1, el general en jefe señalaba que «el temporal de agua y viento que sufrimos desde ayer es horroroso», mientras que el capitán general del departamento de Cádiz informaba que, debido a «la cerrazón» no habían salido barcos. El 4, el comandante de las fuerzas navales de operaciones se refería a «la mar gruesa, que impide la salida»; el 5, desde Algeciras, se hablaba de «temporal deshecho, […] tanto aquí como en Ceuta; en ambos puntos mucha mar y no se pueden hacer operaciones de embarque». Ese mismo día, O'Donnell comentaba que «el temporal es recio, de lluvia y viento». El 8, el capitán general de Cádiz informaba de que «el Álava y la Niña han suspendido su salida por haber refrescado en viento del SE; continuarán los caballos embarcados y aprovecharán la primera oportunidad» para partir[111].

Muchos tuvieron que pensar que:

> Un pacto infernal, sin duda,
> al mar proceloso liga;
> siempre que la Cruz navega
> se encrespa para abatirla[112].

Ello suponía, de un lado, continuas interrupciones en el envío de fuerzas y de suministros, así como en la repatriación de heridos y enfermos; de otro, penalidades sin cuento para los hombres. El 1 se decía, «esta noche ha sido cruel; no ha dejado de llover a torrentes y el viento ha sido tan fuerte que ha derribado la tienda de los ayudantes del general en jefe, que tuvieron que salir a gatas por debajo del lienzo; juzguen Vds. por este hecho lo que habrá sucedido con las tiendecitas de la tropa»; el 4, «terrible aguacero, […] no hemos salido a dos horas de sueño al día»; el 5, «de temporales, peor»[113]. El 7, al fin los generales pudieron ir a ver a O'Donnell, «pues habían estado incomunicados tres días los campamentos» de las diversas fuerzas.

Adelantado el mes, las cosas no mejoraron. Durante el 13, cayó «menuda y penetrante lluvia que consiguió calar las tiendas y convirtió las vertientes de las montañas en verdaderas e impetuosas cascadas». Esa noche, «se desató un huracán furioso; […] un verdadero diluvio amenazaba anegar el campamento y arrastrarlo hacia el mar; […] todos, soldados, oficiales y generales,

quedaron sin amparo y expuestos a las inclemencias del cielo, calados de agua hasta los huesos, sin abrigo ni tienda que los cobijara, envueltos en sus mantas»[114]. En esas condiciones, además, «ni el alimento se podía tomar caliente», porque «las hogueras se apagaban y los ranchos no podían condimentarse»[115]. Para resumir, en todo diciembre nunca hubo más de sesenta o setenta horas seguidas de buen tiempo, y, en cambio, «torrentes [de agua] de 12, 24 e incluso 48 horas ininterrumpidas»[116]. Ni los veteranos de la Guerra de Crimea, famosa por sus crudos inviernos, habían visto nada parecido.

Lo peor, es que, mientras, la campaña seguía, y al margen de los combates de los que se hablará, había que mantener los correspondientes servicios. El de trincheras fue «cruel, especialmente, en las noches de noviembre, diciembre y enero»[117]. Un soldado lo describe con detalle: «consiste en pasar la noche en vela vigilando al enemigo», y se consagraba a él casi la mitad de los efectivos; «la noche se divide en cuatro cuartos, de los que los soldados pasan uno de escucha o de trinchera, otro de vigilancia alrededor de la lumbre y los otros dos en sus tiendas».

Los escuchas se colocaban «adelante, fuera ya del campo atrincherado […] echados en tierra, con el oído pegado en tierra, a fin de percibir el movimiento del enemigo»; los que estaban «de trinchera» permanecían de pie, «muy cerca unos de otros, formando un cordón». En cuanto a los de retén, «pasan el tiempo de vigilancia con fusil en mano al amor de la lumbre, cuando puede encenderse, pues el peligro que podía ofrecer la suprime algunas veces, y otras —y son muchas— la apaga la lluvia, tan continua en este país; entonces, calados hasta los huesos, pasamos sufridos y resignados la lóbrega noche, que se hace eterna».

No hacía falta ser médico para sentenciar: «¿Qué extraño es que con estas costumbres tan poco higiénicas se estableciera en nuestros reales esa enfermedad tan terrible?, me refiero al cólera, que no nos ha abandonado ni un momento, siguiéndonos a todas partes»[118]. En efecto, «recrudeció con los temporales, las fatigas y los combates, y con tal intensidad que hubo batallón de 770 hombres que envió 300 al hospital mientras que los restantes fueron tratados en sus tiendas, algunos varias veces»[119].

La infernal meteorología complicaba todo: «los campamentos presentaban un aspecto desgarrador; los coléricos aumentaban, la mar se embravecía y no permitía que los transportes arribasen para transportar a los enfermos»[120], aunque los atacados por la epidemia fueron tratados en Ceuta, tanto para evitar el contagio en la Península como el mal efecto que podrían producir. Se

propagó con tal intensidad que si al principio de las operaciones había en el presidio 49 enfermos, «a los pocos días había 3000 camas ocupadas por ellos», en los 16 hospitales que se tuvieron que improvisar, requisando hasta el casino, el teatro y todas las iglesias menos una. Solo en los dos principales de ellos hubo en enero 48 500 estancias[121], lo que superaba el total de efectivos, indicando casos de recaídas. Es admirable que, en esas condiciones, los servicios del campamento se siguieran prestando de forma impecable, haciéndose el cambio de guardia «como si fuese una parada en el Prado de Madrid»[122].

El ejército seguía, literalmente, empantanado, roído por las enfermedades, incomunicado con la Península de forma intermitente, y privado de los buques necesarios para acelerar los desplazamientos entre ambas orillas cuando el tiempo daba tregua.

Dos comunicaciones de O'Donnell al Gobierno, la primera del 6 de diciembre y la otra, a la que se ha hecho alusión antes, del 8,[123] recogen sus «tribulaciones», por no decir frustraciones. La lista abarca los problemas que cabía esperar y que habían acosado al ejército casi desde el primer día: «los temporales han contrariado mis movimientos», «no haberse reunido los medios marítimos suficientes» y «Dios ha querido enviarnos el cólera». Lo triste es que todo se tenía que haber sabido de antemano. El mal tiempo, por la estación del año; las penurias de la marina, debido a que databan de años; la epidemia, porque era, ya se ha visto, consustancial a la reunión de tropas, porque muchas de ellas habían pasado por puertos infectados y porque en Algeciras, antes de salir de la Península, ya se había detectado.

En un intento desesperado para adaptarse a las adversas circunstancias, pergeñó una nueva combinación. En la primera semana de diciembre, ordenó que se le reunieran las fuerzas que quedaban disponibles, el III Cuerpo, de Ros, y la División de Caballería. Abandonando la idea de desembarcos parciales en la costa, había optado por marchar con el grueso de ellas contra Tetuán. Es interesante que la prensa, noticiosa de que las unidades iban a salir de España, pero ignorando su destino, especuló sobre cuál sería este, en la creencia de que se mantenían las operaciones anfibias previstas inicialmente.

Como es de suponer, fue difícil para el general en jefe descartar su proyecto; de hecho escribe que «la venida del III Cuerpo será […] harto sensible para mí». Lo que resulta singular es que atribuya la anulación a que el comandante general de las fuerzas navales, concretando sus capacidades, le manifestó que carecía de medios para transportar de una vez a dicha unidad, a

pesar de que «tan solo tiene catorce batallones, un escuadrón y dos baterías de artillería montada», lo que aparentemente fue para él una sorpresa.

Si esas eran las limitaciones reales, no solo parece que deberían haber sido tomadas en consideración antes de iniciar la campaña, como se ha apuntado, sino que es curioso que el marino, cuando le informa de ellas el 8, dice que ya se las había señalado el 30 de noviembre, sin que el de Lucena lo desmienta. Poseía, pues, esos datos desde hacía una semana, a pesar de lo cual mandó en un principio que el III partiera de la Península, «dirigiéndose a la playa que indicaré», hasta que se vio obligado a dar contraorden. Por cierto, menciona, entre el material que lamenta no haber recibido todavía, debido a las restricciones navales, el pesadísimo tren de sitio, aunque no se concibe cómo habría podido llevarlo por tierra hasta Tetuán.

Sin embargo, O'Donnell no renunciaba aún por completo a la intención de maniobrar. Proyectaba que, tomada esa ciudad, el siguiente objetivo, Tánger, sería atacado en una segunda fase desde dos direcciones distintas. Él, con los cuerpos II y III, la división de Prim y la de Alcalá Galiano, operaría desde Tetuán, mientras que el I realizaría simultáneamente un movimiento convergente a partir de Ceuta[124], tras «destruir y aniquilar» a las cabilas de Anghera y Benzú. Para ello, tendría que ser reforzado por ocho batallones y los tercios vascongados.

El plan «más bien que concebido y proyectado por aquel [O'Donnell], fue dictado por la realidad»[125]. Aunque tampoco este sobreviviría, la decisión de acumular fuerzas en torno al presidio, las condenaba, como sucedió, a los embates del cólera, que se reavivó el 14, con las primeras unidades del III que tomaron tierra, y que se cebó con saña, sobre todo en la caballería, haciendo de diciembre «el mes más negro».

Llegaron, además, en malas condiciones. El motivo fue que, antes de que, por fin, lograra partir, «puede decirse que en aquella época el [cuerpo de] ejército vivía a bordo, porque cada día se desembarcaban las caballerías para que diesen un paseo, y enseguida se volvían a embarcar»[126], mientras se esperaba a que el tiempo clareara para levar anclas en el acto. A pesar de que entre el 26 de noviembre y fines de año se evacuó a la Península a 1018 enfermos —aquejados de otras dolencias— y a 711 heridos[127], los hospitales no dejaron nunca de estar llenos.

Charles Yriarte llegó con el Cuerpo de Ros y lo pudo constatar[128]: «la nueva división que ha desembarcado paga su tributo a la aclimatación». Era ella, ahora, la que alimentaba los «largos convoyes de camillas que desfilan por las estrechas calles [de Ceuta]; los coléricos y los enfermos son sacados

del campamento, contamos hasta 40; las ambulancias, las casas particulares están llenas».

Por su parte, los marroquíes, desde luego, no dieron facilidad alguna al conde de Lucena para que ejecutara sus ideas. Durante diciembre se registraron ataques a la línea de reductos los días 9, 15, 20, 25 y 30; y el 12, el 17 y el 29, contra las obras que Prim inició el 8 para acondicionar el camino de Tetuán. Fueron de muy distinta entidad, algunos, simples escaramuzas, pero varios revistieron mayor importancia.

El primero de estos se produjo el 9**[129]** y dio oportunidad al II Cuerpo de recibir su bautismo de fuego. Comenzó de madrugada, lo que era excepcional, cuando el enemigo, para aprovechar el momento de los relevos «tras una noche fría y húmeda», se dirigió contra los reductos Isabel II y Rey Francisco, por entonces en construcción, y que se encontraban guarnecidos por elementos de la 1.ª División. Se hallaban en el primero tres compañías del 1.º de Castilla, con una batería de montaña, y en el segundo, otras tres de Córdoba. Una vez más, los marroquíes, «serpenteando por escabrosos senderos entre las sombras de la noche»**[130]**, atacaron «con brío y con furor, […] como siempre salieron del bosque dando al aire sus aullidos de costumbre»**[131]**. Pudieron acercarse tanto «que se hallaban resguardados del fuego de los cañones» y que llegaron a apedrear, desde los fosos, a los defensores. A vanguardia se hallaba el brigadier José Angulo, jefe de la II Brigada de la 1.ª División, con el resto de ambas unidades y los Cazadores de Figueras, practicando una descubierta. Es decir, los cabileños habían conseguido infiltrarse sin ser vistos, y no por primera vez, entre ellos y la línea de fortificaciones.

Mientras Angulo combatía contra los que le rodeaban, «sin saber de dónde salían, que brotaban a su paso de las peñas, de los árboles, de las malezas», Zavala, avisado por una bandera roja enarbolada en el Isabel II, ya que el levante no permitía oír los disparos, acudió al combate, con todo su cuerpo. El 2.º de Castilla y el Batallón de Cazadores de Arapiles cargaron por la derecha, sostenidos por el 1.º de Saboya —todos de la 1.ª División—, para expulsar a los adversarios que, desde un bosque, acribillaban al reducto de ese lado. Por la izquierda, O’Donnell, que ya había llegado al lugar de la acción, envió a su jefe de Estado Mayor, García, al frente de la Brigada Hediger, II de la 2.ª División (Princesa, 1.º de León y Cazadores de Alba de Tormes).

La entrada en fuego de tantos efectivos y su enérgico avance hizo retroceder en todo el frente a los marroquíes, que incluían un pequeño contingente de jinetes. Sin embargo, según el parte que presenta como una

novedad de ese día la presencia de «un jefe superior de conocida autoridad», al que otras fuentes describen vestido enteramente de grana, se rehicieron y atacaron una vez más en toda la línea. Los Cazadores de Figueras y Alba de Tormes no solo los detuvieron, sino que sostenidos por el 1.º de León, los persiguieron largo tiempo.

Mientras, el punto de gravedad se había trasladado a la extrema derecha española. Allí estaba el Batallón de Cazadores de Chiclana. Lo disimulan los informes oficiales, pero lo cierto es que, «desgraciadamente, habiéndose cambiado su armamento en la tarde anterior, los soldados ignoraban casi por completo […] la dificultad que ofrece el perfecto ajuste de la bala, la carga de las armas que por primera vez manejan»[132]. Fuerzan así la entrada del cartucho, que queda encajado en el cañón, inutilizando la carabina. Inermes, los cazadores fueron desbordados y se replegaron en desorden. O'Donnell afirma que había previsto la nueva dirección del ataque enemigo, por lo que el 1.º de Navarra y el 2.º de Toledo, de la I Brigada de la 2.ª División, estaban a mano para colmar la brecha, mientras que José Ramón Mackenna, segundo jefe del Estado Mayor General, reagrupaba al batallón dispersado, que volvió a su puesto. Un contraataque de esos cuerpos ahuyentó a los adversarios, que, a su vez, se organizaron de nuevo a prudente distancia. A las tres de la tarde, por fin, dejaron el campo de batalla[133]. Luego, un veterano tan curtido como Zavala admitiría que «nunca había oído tantas balas como al subir al reducto de Isabel II»[134] ese día, en el que los artilleros hicieron doscientos cincuenta disparos.

Por error, en la prensa se confundió al 2.º de Toledo con el 1.º de León, de la misma división, y se señaló que este formó el cuadro, lo que, de haber sucedido realmente, hubiera figurado en el parte. Es un error que solo refleja la obsesión con la afamada caballería marroquí y con los cuadros, que habían ganado la categoría de mito desde la batalla de Isly. Llamó la atención no el valor de los atacantes, que para entonces era algo habitual, sino «lo que es más de extrañar», que desplegaran «interacción e inteligencia»[135], obedeciendo a una dirección centralizada.

El conde de Lucena, que había dirigido el combate usando como bastón la baqueta de una espingarda capturada, estimó al enemigo en 10 000 hombres, y situó sus bajas en 300 muertos y 1000 heridos. Las suyas fueron de 80 y 292, respectivamente, entre ellos el coronel de Castilla, uno de ingenieros y un teniente coronel de Córdoba. Aunque no se resalta de forma especial en el parte, Arapiles se empleó a fondo, ya que sufrió la muy elevada pérdida de 138 hombres. Antonio Pirala[136] lo califica de «distinguido» y anota que 19

de sus 33 mandos fueron baja. Su comandante fue ascendido en el acto a coronel. La victoria dejó el inexorable rastro de recompensas. Entre los beneficiarios estaba Zavala, que recibió la Gran Cruz de San Fernando, y Mackenna ascendido a mariscal de campo[137]. También, en una escala más modesta, un corneta de Saboya que salvó a un oficial del ataque de tres enemigos, de los que puso a dos fuera de combate. El subsiguiente diálogo apareció en todos los periódicos:

> O'Donnell: En nombre de la reina concedo a Vd. la cruz de San Fernando, con una pensión de 30 reales al mes.
> —Muchas gracias, mi general.
> —A la reina, señor corneta.

El tratamiento, en lugar del familiar tuteo, indicaba la nueva situación del soldado tras haber sido condecorado.

Resulta sintomático que Francisco Brugada y Ros, el historiador de Alba de Tormes, comentara que «muy oportuna fue la embriaguez de esta brillante victoria para amenguar el dolor que embargaba el ánimo de los cazadores» ante el cólera que había llegado al «extremo de causar en un solo día 50 bajas»[138], cifra que habría que comparar con el muerto y los siete heridos que tuvo el día 9.

La noche no les traería el descanso. Una falsa alarma les tendría sobre las armas hasta casi el alba, cuando al fin se les autorizó que se fueran a dormir.

ENTRA PRIM

Fue aquel el primer combate que presenció Pedro Antonio de Alarcón, llegado con Ros. Describiendo la táctica de los adversarios dice admirado que «en toda la tarde divisé un solo moro, […] aquello no es guerra, es caza», y agrega, pesaroso: «siempre parapetados, valiéndose de emboscadas y sorpresas y aprovechando la retirada forzosa del anochecer para dejar sus guaridas y picarnos la retaguardia»[139].

El 12 hubo otro enfrentamiento, interesante porque su objetivo fue la división del conde de Reus, que —ya se ha dicho—, trabajaba en los primeros tramos del camino que el ejército tendría que seguir para llegar a Tetuán. Según el parte que envió a O'Donnell, salió por la mañana con sus tropas, reforzadas por el Regimiento de Granada, del I Cuerpo, que cubría su derecha. A continuación de este, situó al 1.º del Príncipe y a cuatro compañías de Almansa, batallón perteneciente al III Cuerpo, que quizá se le había agregado. Confió el frente y la izquierda a los Cazadores de Vergara,

guardando como reserva a dos compañías de Almansa, dos del 1.º de Cuenca y al 1.º de Luchana. Llama la atención esa forma de disgregar a las unidades en pequeños elementos.

Tras rebasar el Príncipe Alfonso, y a cubierto de ese despliegue, emprendió la tarea su II Brigada, 1.º de Ingenieros, y 1.º del 3.º y 2.º del 5.º de Artillería a Pie. Al mediodía, los marroquíes atacaron su derecha. Según afirma, eran entre 4000 y 5000, y Vergara «resistió y rechazó enérgicamente dos cargas», aunque parece difícil que el enemigo pudiera y quisiera buscar el cuerpo a cuerpo con un batallón formado y dotado con carabinas rayadas. La prensa incluso afirmó que formó el cuadro, sin que, una vez más, el parte lo confirme. Entró en línea Luchana, mientras ingenieros y artilleros dejaban sus útiles y se preparaban a combatir. Añade luego que los cabileños se acercaron «a tiro de pistola, valiéndose siempre de las quebraduras del bosque y espesura del matorral», lo que era más acorde con su forma de pelear que las cargas que mencionó. Para acabar con la incómoda situación, tiene la buena idea de tenderle una emboscada, que se realiza con pleno éxito —«les hice rodar como pelotas», escribiría—,[140] completada por una carga de cincuenta caballos que O’Donnell le había mandado a las órdenes de un ayudante suyo. Tras desalojar al enemigo en toda la línea, a las 16.00 se replegó, siendo hostigado hasta que llegó a las posiciones del I Cuerpo.



Juan de Zavala y de la Puente (1839), obra de Vicente López y Portaña, en el que el militar y político español aparece con el uniforme del Regimiento de los Húsares de la Princesa. Colección particular.

Calcula las bajas del adversario en 400 hombres y las suyas en cuatro muertos y 71 heridos[141], desproporción poco verosímil, sobre todo porque la artillería no entró en fuego hasta el final, y solo hizo 25 disparos. Entre las pérdidas españolas es notable el alto número de mandos: un coronel de

artillería y otro de infantería, y un teniente coronel de ingenieros y uno de infantería, y un comandante, el edecán de O’Donnell[142], cuyo «arrojo le condujo a un boquete donde sufrieron pérdidas de consideración»[143].

En esta, su primera acción con un mando independiente importante, Prim recurrió a tácticas ciertamente heterodoxas. Encargó a un simple teniente la dirección de la celada, y empleó en su contraataque, de un lado a Vergara y a un batallón «formado de tres compañías de Luchana y una de Cuenca», y, de otro, a «las compañías de Cazadores de Cuenca, Luchana y una de Vergara». No se explica esa forma de «romper» unidades. Da la sensación de que para él la pieza esencial de maniobra era la compañía, no el batallón, lo que es extraño en un jefe de una división.

A su vez, O’Donnell, al remitir el parte del de Reus, no deja de apostillar[144] que tuvo que enviar al general Gasset con tres batallones del I Cuerpo, más la Brigada Elío, del mismo, y una sección del 3.º de Artillería Montada para cubrir su repliegue. Solo «desde ese instante el enemigo se contuvo» en su acoso. Sin embargo, aplaude «el comportamiento distinguido» de su subordinado, «su valor y serenidad», y le describe como «valiente y entendido». Muchos elogios para un combate de tan poca monta, quizá dictados por la política, más que por consideraciones militares. Por cierto, hace referencia a la «distancia admirable» que alcanzaron las piezas rayadas.

Un parte del general en jefe del 13, estimaba las bajas marroquíes hasta entonces en cinco mil. Poco más de una semana antes había escrito que por «el deseo de que mis partes llevasen toda la exactitud posible, evitando el que se juzgasen exagerados, me he contenido en poner pérdidas al enemigo, pero ya que V. E. me las pide» había decidido facilitarlas[145]. Es probable que ello le llevara a caer en el defecto que había intentado soslayar. Desde luego, los observadores extranjeros así lo pensaban.

Dos días después se produjo un choque de mayor cuantía, en el que se atribuyó a los marroquíes una fuerza de 15 000 infantes y 1000 caballos, a los que unas veces el parte oficial[146] describe como moros de rey, y otras como «Guardia del emperador, pues vimos jinetes blancos y negros con magníficos trajes y arreos que solo ellos usan», reflejando la confusión que había entre los españoles sobre el ejército enemigo. Se añade que «es posible» que Muley el-Abbás en persona estuviera al frente de este. Quizá fue el caso, ya que, tras la acción del 9, y seguro ya de que el objetivo de los españoles no era Tánger, se incorporó con refuerzos, tomando el mando, en sustitución del bajá de esa ciudad que lo había ostentado hasta entonces[147].



El general Prim y sus ayudantes, en *Diario de un testigo de la Guerra de África* (1859), de P. A. de Alarcón.

Aunque desde el amanecer se vieron grandes masas de infantería y caballería y se oían los tiros que disparaban para congregar a nuevos contingentes, el general en jefe decidió seguir adelante con la misa que había dispuesto que se celebrara a las nueve en recuerdo de los muertos de la campaña. Al término de la ceremonia, y ante las disposiciones amenazadoras de los adversarios, O'Donnell tomó las primeras providencias. Pensando al principio que se dirigían sobre su izquierda, hacia el reducto Príncipe Alfonso, donde se hallaba el III Cuerpo, de Ros, mandó que se pusiera sobre las armas, y le envió una batería.

En esos momentos, se estaba realizando el relevo de la primera línea entre unidades del I Cuerpo. De derecha a izquierda se hallaban un batallón del Rey y el de Cazadores de Simancas; Barbastro, entre Isabel II y Rey Francisco, guarnecido por el 2.º de Borbón. El otro del Rey y el de Las Navas cubrían a Alba de Tormes, destinado a trabajos de fortificación.

Viendo que el enemigo se corría hacia su izquierda, contra un nuevo reducto que se estaba construyendo bajo la protección de los Cazadores de Talavera, Gasset, que seguía con el mando interino del I, envía hacia allí al 2.º de Granada, mientras que los Cazadores de Cataluña y de Madrid, que acababan de salir de servicio, prolongan su derecha, entre la casa del Renegado y el Isabel II. Él mismo se aposta tras el Rey Francisco, con el resto

de su cuerpo: 1.º de Granada, 1.º de Borbón, Cazadores de Mérida y una batería de montaña.

O'Donnell, desde luego, ha acudido al combate, y establece su cuartel general en el Príncipe Alfonso. Por el motivo que fuera, opta por encargar a García la dirección de las operaciones, aunque estas solo afectaban a un cuerpo de ejército, que tenía su propio mando. El jefe del Estado Mayor acude al lugar más amenazado, en las inmediaciones del Isabel II, donde las tropas sufrían bajas por el tiroteo marroquí. Para resolver la situación, acude al expediente habitual, una carga del 1.º de Granada, formado en columna, que ahuyenta a los adversarios. Repitiendo el sempiterno juego, estos se reagrupan más a retaguardia, y los españoles regresan a sus posiciones. La actuación de García, junto con la que había desplegado el 9, fue premiada con su ascenso a teniente general[148].

Mientras, los marroquíes han tanteado la extrema izquierda de la línea, pero Ros, con el apoyo de la ya famosa batería de montaña del 5.º de Artillería a Pie y sus cañones rayados, los rechaza sin problemas; «las piezas rayadas de 8 cms (sic) llenaron a todos de asombro por su alcance y buena dirección»[149]. Incluso, siguiendo instrucciones del conde de Lucena, inicia un envolvimiento por ese flanco. Ante ello, y la presencia de todo el II Cuerpo, que ha avanzado a segunda línea, el enemigo rompe el contacto, acosado por las tres baterías del 3.º Montado, también rayadas, que hacen blancos a más de media legua, por encima de los 2500 metros.

Solo se produjo ya un pequeño incidente, en la derecha, cuando los Cazadores de Madrid abandonan prematuramente unas posiciones cerca de la casa del Renegado, circunstancia que aprovecharon los cabileños, siempre alerta, para presionar a los batallones españoles. O'Donnell corre allí y ordena que se vuelvan a ocupar y, lo que parece muy sensato, que «nuestros soldados se pusiesen a cubierto para evitar pérdidas, dejando que el enemigo gastara en fuego inútil sus municiones», hasta que se aburrió de hacerlo.

En total, se hicieron 286 disparos de cañón, la cifra más elevada hasta entonces, lo que ha llevado a escribir que la acción fue «totalmente artillera»[150], afirmación quizá exagerada.

Se dijo que en uno de los diversos choques, una cantinera cayó en manos del enemigo, siendo rescatada por dos aguerridos cazadores; que se casó con uno de ellos, que fue condecorado con la cruz de San Fernando, y que, al término de la guerra se fueron a vivir a un pueblo de Aragón[151]. Parece todo demasiado zarzuelero, y es muy posible que se trate de uno de los innumerables bulos que circulaban, pero es grato traerlo a colación.

«Sin traspasar los límites de lo racional», el parte menciona 1500 bajas del adversario, por 37 muertos y 163 heridos de los de Isabel II, pérdida, se apresura a subrayar, «muy inferior» a la de anteriores choques, en referencia, sin duda, al luctuoso 25 de noviembre. Sus contrincantes, en cambio, aseguraron que tuvieron 23 muertos y 38 heridos, y que los de O'Donnell fueron 30 y 126. Resulta algo desconcertante que se aproximaran tanto a la cifra de bajas propias facilitada por este, incluso disminuyéndola, lo que presta verosimilitud a las afirmaciones marroquíes, y siembra la duda sobre las españolas[152].

Aunque la merma fuera limitada en términos relativos, como escribió un teniente de Borbón[153], en alusión a las tácticas españolas de renunciar a la superioridad que les daba su armamento, y salir de los reductos al encuentro del enemigo: «es muy sensible el que se derrame tan preciosa sangre para tomar muchas veces posiciones que luego hay que volver a dejar, para disputarlas de nuevo al día siguiente». En efecto, se buscaba de forma obsesiva un cuerpo a cuerpo estéril, que costaba vidas, sin más resultado que alejar, no vencer, al adversario. Se dijo por entonces, de forma prosaica pero realista: las cargas «aparte de algún hecho aislado, consistían en correr ellos delante y los nuestros detrás, al toque de ataque y grito de "¡Viva Isabel II!"»[154]. No se podía esperar, pues, grandes frutos de ellas.

El informe que elevó Gasset[155] difiere en algunos puntos del que envió el general en jefe. No alaba en especial la carga de Granada, y sí, en cambio, la de Mérida, «al paso de ataque tocado por las músicas», en el curso de la cual se cogió al primer prisionero de la campaña, un marroquí herido. También elogia otra de Simancas, que también alcanzó a un enemigo herido, pero, como se negó a entregarse, «fue preciso darle la muerte que prefería a la prisión». Desde luego, este batallón se batió el cobre, aunque O'Donnell no lo destacó; tuvo 13 muertes y 51 heridos, un tercio de las bajas totales del I Cuerpo, mientras que las de Granada, por ejemplo, fueron de 3 y 8, en sus dos batallones.

Este tipo de discrepancias, inevitables, se traducía a la hora de repartir recompensas. Quizá por eso los soldados tatareaban:

Si me rompen el testuz,
cruz.
Si salgo perniquebrado,
grado.
Si la acción ni oigo ni veo,
empleo.
Y si les parezco feo
a los que mandando van,

entonces no me darán,
ni cruz, ni grado ni empleo[156].

Para entonces, los españoles empezaban ya a familiarizarse con las distintas fuerzas irregulares que se les oponían. A los cabileños «se les reconocía por su larga trenza de cabellos, en cuya punta penden amuletos de coral». Los de Anghera, gastaban chilaba gris, sujeta al talle por una cuerda, y llevaban las piernas desnudas y los pies calzados con babuchas amarillas. Los que acudieron de Orán y la Argelia francesa eran «de elevada talla, rasgos secos, cráneo pelado, barba corta y dura, con las ropas rayadas de gris y sombreros anchos con madroños de lana»[157]; Benzú llevaba bandera verde y amarilla[158]; Anghera la tenía encarnada, y la cabila de Cabo Negro, verde. Los montañeses de ambas con sus «miserables y asquerosos jaiques», «contrastaban muchísimo» con las tropas a sueldo[159]. Al parecer, existía un protocolo en virtud del cual el estandarte de la cabila más débil saludaba al de la más nutrida, y todas, a las enseñas de los moros de rey.

Según datos reunidos a base de sumar los publicados en la *Gaceta*, desde el principio de la guerra hasta el 15 de diciembre, los españoles habían tenido, sin contar los fallecimientos por enfermedad, 22 jefes y oficiales, y 263 de tropa, muertos, y 85 y 1108, heridos. Las pérdidas del contrario se estimaban en los 9100 hombres. En premio, se habían distribuido al Ejército de África 128 empleos, 102 grados y una multitud de condecoraciones, incluyendo, para la tropa, «bastantes —en realidad, centenares— cruces de María Isabel Luisa, pues sus individuos no tienen otra distinción que este pequeño testimonio de reconocimiento»[160].

El 17 se produjo otro choque, de escasa relevancia, cuando la División Prim fue de nuevo atacada mientras trabajaba en la ruta a Tetuán, y que se saldó con 2 muertos y 28 heridos del lado español, y 200 bajas marroquíes, según el parte[161]. Prim, en el informe[162] que mandó al general en jefe, estima que los atacantes eran más de 2000 infantes y 400 caballos. Habla de una carga a la bayoneta de dos batallones en columna, en la que subraya que se hizo «cuatro muertos al arma blanca», como algo destacable, prueba de que, efectivamente y como se ha dicho más arriba, las pretendidas cargas consistían, más que en un choque, en una carrera de los españoles hacia adelante y de los marroquíes hacia atrás, en la que se producían pocas víctimas.

Una novedad, en cambio, de nuevo heterodoxa, es que ordenó a una compañía de Cazadores de Vergara «no hacer fuego en guerrilla, sino de compañía a la voz de mando», lo que iba contra el espíritu mismo de esa clase

de unidades. En sus propias palabras, así «le soplaba [al enemigo] una rociada de 80 balas»[163]. Comenta también, merecidamente, «el extraordinario arrojo» de la compañía de penados. Se hacía un uso tan intensivo de estos, para toda clase de labores —incluido el espionaje, como habría sido el caso de uno apodado el Relojero, enviado con esa misión a Tetuán—,[164] que hubo que aumentarlos con otros trescientos, procedentes del presidio de Cartagena.

Con la misma fecha del 17, una Real Orden formalizaba la creación de una nueva división, que mandaría el mariscal de campo Diego de Ríos, capitán general de Andalucía. Constituiría, junto con la de reserva, un nuevo cuerpo de ejército, que sería confiado al conde de Reus. Estaría compuesta, en principio, de los dos batallones del Regimiento de Zaragoza, el 2.º de África, el 2.º de Soria, el 1.º de Bailén, uno de Iberia, los provinciales de Orense y de Málaga y un escuadrón de Lanceros de Farnesio. Como se ha indicado en el capítulo 2, el empleo de los provinciales testimoniaba del estado del Ejército regular, exhausto tras la constitución del expedicionario a Marruecos y el constante suministro de reemplazos voluntarios para cubrir las bajas de este[165]. Lo prueba que, aun tomando efectivos del 1.º, el 2.º de Soria reunió nada más que 650 hombres, lo que era poco para un batallón de guerra.

En la práctica, la estructura de la división se modificaría luego, quedando organizada en dos brigadas. La primera, con los dos batallones de Zaragoza, el 1.º de Soria y 1.º de Bailén; la otra, de dos de Iberia, el 2.º de Cantabria y el Provincial de Málaga.

Hay que señalar que la formación de esta gran unidad suscitó problemas, que solo se pueden atribuir a una deficiente gestión por parte del Ministerio. Así, se había previsto que se integraran en ella el 1.º de Cantabria, el Regimiento de Murcia y el Provincial de Orense. Sin embargo, a la hora de la verdad se descubrió que el batallón citado en primer lugar tenía compañías destacadas en Ciudad Rodrigo y en Oviedo, por lo que hubo que recurrir al 2.º. En cuanto al de Murcia, resultó que su 1.er batallón estaba en Melilla, y el 2.º partiría para los presidios menores, así que no se pudo contar con él. Por último, se constató que el de Orense carecía de la instrucción y del armamento requeridos, además de tener en sus filas un número elevado de hombres casados, por lo que se quedó en la Península. También, se sustituyó el escuadrón de Farnesio que en principio estaba asignado, por uno de Lanceros de Villaviciosa, ya que aquel tenía demasiados potros en sus filas[166].

El 18, arreció el mal tiempo. Tras la consuetudinaria y vacía fórmula de «no hay novedad», O'Donnell informaba que «desde anoche a las 12 está lloviendo sin cesar, de modo que nos hallamos sobre un pantano; la enfermedad [eufemismo para designar el cólera] mejoraba, pero con esta humedad no es extraño que recrudezca». Fueron tales las torrenteras que cavó el agua que varias caballerías se ahogaron, mientras que «los generales andaban errantes en medio del fango, sin saber dónde poner su planta que no fuera un lago»[167]. La única ventaja es que el ganado de los cabileños, espantado por la tormenta, se puso a tiro del campo español. El coronel de Borbón, con una carabina prestada por sus gastadores, abatió dos reses, que mejorarían el rancho, si se logró encender hogueras.

El 19, el conde de Lucena decía: «hemos sufrido un temporal deshecho de agua y viento por espacio de 30 horas»; no obstante, aseguraba, «el espíritu de la tropa» seguía «admirable, alegre y satisfecho»[168].

Esto último es opinable. Lo prueba que tras las «36 horas de una lluvia tenaz, abrumadora, cayendo de una atmósfera baja y cenicienta en una tierra parda, cuajada de lagunas», y dado que «el cólera ha acampado bajo nuestras tiendas […] dispúsose que la música de cada cuerpo sacara a relucir los aires nacionales más conocidos de su gente»[169], para animarla. Es cierto que observadores españoles y extranjeros se manifestaron impresionados por el buen humor que mostraron los soldados durante toda una campaña plagada de penalidades, pero parece natural que hubiese momentos de desaliento, igual que sucedía a sus compatriotas que seguían la campaña desde la Península.

Partidarios incondicionales de la guerra, admitían que la áspera realidad había hecho «rebajar el entusiasmo muchos grados, no soñamos ya con la conquista del reino de Fez». Deseaban ya, más bien, que «acabase decorosamente la cuestión». Eso sí, no se contentaban con menos que la toma de Tetuán, sin saber lo que iba a costar[170]. No eran los únicos. El anónimo autor de *La guerra de África emprendida por el Ejército español…*[171] admitía también que la opinión pública empezaba a percatarse de las dificultades de la campaña, y a dudar si 40 000 hombres bastarían para llevarla a buen término.

La lentitud en la recepción de información aumentaba la desazón. Aunque se había creado una «sección especial de imprenta» en el Ministerio de Gobernación para distribuir a los periódicos los despachos telegráficos llegados de África[172], las redacciones, aun las que escribían que el Gobierno «tiene nuestra cooperación, la de toda la prensa, la de la nación entera»[173], se impacientaban: «no hay una noticia por un ojo de la cara»,

proclamaban[174], cuando en «Madrid es todo curiosidad, todo rumores, todo comentarios más o menos inverosímiles»[175]. Combates sangrientos, como el del 25 de noviembre, multiplicaban la preocupación, creando una «ansiedad imposible de explicar»[176], ante la demora en conocer detalles.

Si eso se opinaba alrededor de las mesas camillas madrileñas, en los campamentos del ejército encharcados, sacudidos por los elementos y la epidemia, tampoco reinaba el optimismo; «al menos muchos de los oficiales pensaban en una campaña rápida, del tipo *vini, vidi, vinci* (sic)», lo que distaba de ser el caso, y se comentaba al respecto que O'Donnell había dicho a amigos que pasaría la Navidad en Madrid, porque para entonces habría acabado. También muchos creían que ya existía arrepentimiento en altas esferas por haberla iniciado con prisas, y sin suficientes deliberaciones ni preparativos previos, y que terminaría tan pronto como se pudiera hacerlo sin caer en el ridículo[177].

La implacable epidemia coadyuvó a ese estado de ánimo: «no conozco cuadros más sombríos que los que presenta un hospital de apestados», visitarlos «os parte las entrañas y os trastorna el espíritu». Se oían «angustiosos gemidos» y el «rumor de tantas fatigosas respiraciones», y en la penumbra, «en inmensa soledad», se adivinaban rostros lívidos, ojos yertos, perfiles hundidos. El general en jefe visitaba cuanto podía los lúgubres establecimientos, y hacía lo que estaba en su mano para mejorar «la organización y la asistencia que dejaban bastante que desear»[178], utilizando un eufemismo. Sin embargo, había escaso margen; la imprevisión, las carencias de la administración militar, el desconocimiento de tratamientos adecuados, y el mismo volumen de atacados se confabulaban para desbordar a los servicios. No quedaba sino esperar a que la enfermedad, por sí misma, ahíta, remitiera.

Los constantes entierros de víctimas del cólera, destinadas a las «cien tumbas deprisa abiertas»[179], en «un ataúd toscamente construido, cubierto con igual tosquedad por una basta tela negra», y precedido por un capellán envuelto en «una vieja capa negra y con un sombrero que fue negro, pero ahora es marrón rojizo por el uso y la exposición a las inclemencias», bastaban para desanimar a cualquiera. Por eso, había instrucciones de celebrarlos «casi en secreto», y que con ellos no fueran sacerdotes con sotana ni se hicieran salvas, para evitar «impresiones fúnebres y alarmantes, y que se sabe por experiencia que aumentan la propagación de la enfermedad»[180].

Todo ello eran síntomas de un explicable malestar. Lo que sorprende no es que existiera, sino que, a la hora de la verdad y sobreponiéndose a todo, el

ejército se batiera sistemáticamente bien, como lo hizo, a pesar de que el soldado vivió durante semanas «mojado bajo su reducida tienda, destinada a preservarle de los rayos del sol, y no a librarle de la lluvia o a resistir el viento, fatigado por las frecuentes guardias y servicios de avanzada, escuchas de noche e improductivas escaramuzas»[181].

Durante el resto del mes, las tropas del conde de Lucena se consagraron al perfeccionamiento del sistema de defensas, y de las comunicaciones entre ellas, mientras que la División de Reserva proseguía su labor de hormigas ensanchando y allanando la ruta hacia Tetuán, a fin de hacerla practicable para la artillería. Hubo ya, desde principios de diciembre, críticas al respecto: «extraña a todos la inacción del ejército, que permanece aquí días y días, en terreno poco sano y en la estación más cruda, sin adelantar un paso; […] todos los trabajos de estos días se reducen a la recomposición del camino de Tetuán y a fortificar más y más los reductos»[182]. No obstante, tanto el clima adverso como la falta de muchos elementos impedían a O'Donnell tomar de momento la iniciativa.

Aprovechando las treguas de la meteorología, la marina prosiguió la tarea de transportar hombres, animales y material, hasta completarla. El embarque y desembarco de los cientos de monturas de la División de Caballería fue especialmente complicado.

Esos ingratos trabajos minaban la resistencia de los hombres, que de buena gana los hubieran cambiado por los riesgos del combate. El viejo dicho colonial francés de que abrir una trinchera equivalía a cavar una tumba se reflejó en las muertes a causa del cólera.

Apenas hubo enfrentamientos mencionables, pero sirvieron para demostrar que, despacio, los españoles iban tomando la medida de sus contrincantes.

El 20, una masa de cabileños, calculada entre los siete mil y los ocho mil efectivos, atacó al I Cuerpo, en la derecha. O'Donnell la rechazó esta vez apelando a la técnica, no a la bayoneta. Concentró, en efecto, una potente masa de fuego, con doce piezas de montaña y ocho de artillería montada, que con metralla y granadas disolvieron las concentraciones enemigas. Otro intento simultáneo contra el III, en la izquierda, fue contenido con la ayuda de la célebre Solfa de López Domínguez. El lado de Isabel II tuvo 43 muertos y 80 heridos, y atribuyó entre 500 y 600 bajas a los de Mohammed IV, de los que se señala que «no habían mostrado el ardor que en otros combates»[183]. Quizá se explica por las granadas, a las que, indignados, llamaban «balas con trampa», porque reventaban, a diferencia de las convencionales.

Dos días después fue el turno de Prim, de nuevo. Intervinieron, como ya había sucedido el 17, fuerzas navales que tiraron desde el mar, completando la acción de la artillería de montaña. Hubo un momento de crisis durante la retirada española que seguía a todas las acciones, en curso de la cual los Cazadores de Llerena se vieron en situación comprometida[184]. Se resolvió con un contraataque de infantería apoyada por cañones de montaña, en el que se distinguió «la brillante compañía de Cazadores de Almansa». Por lo que después se verá, hay que anotar también un ensayo de emboscada a un escuadrón de Húsares de la Princesa, que se estrelló ante una disciplina severa. Se vio «los blancos dormanes con remates negros [que] se destacaban sobre el fondo verde claro de la llanura; […] impasibles, con la carabina montada y apoyada en el muslo»[185], desdeñando los intentos de la caballería contraria por llevarles a una celada.

Las pérdidas fueron pocas: 3 muertos y 34 heridos, entre estos un miembro de la compañía de confinados, siempre empleada en vanguardia, y se dijo que el oponente dejó 400 hombres «y muchos caballos» en el campo. Pero lo significativo es que el informe oficial destaca «el conocimiento que va adquiriendo nuestro soldado no solo del terreno, sino del modo de utilizarlo para su defensa». Solo faltaba agregar que ese proceso de aprendizaje también afectaba a sus mandos[186].

El 25, los marroquíes decidieron dar la Navidad a sus contrarios, quizá en la confianza de tener como aliados a los excesos de la Nochebuena. Ciertamente, esta se había celebrado, con una distribución de dos reales por cabeza, ración doble de vino, rancho extraordinario, de carne para unos y de bacalao para otros, batatas y castañas para todos, y «algún pavo para la gente gorda», que se deleitó canturreando arias de Verdi y de Bellini. Aprovechando que se retrasó la retreta dos horas, «se improvisaron zambombas, se improvisaron panderos, se improvisaron coplas de actualidad» y, los oficiales del 1.º de León formaron «una especie de estudiantina», mientras que las músicas de la infantería de línea y las charangas de los cazadores tocaban aires regionales, entre bailes y cantos más o menos avinados.

A pesar de ello, los marroquíes no lograron su objetivo, porque el ejército estaba preparado para recibirlos y porque, una vez más, O’Donnell que ese día «no paró un instante —era preciso que estuviese en las mismas guerrillas»—, hasta el punto de que su escolta le perdió de vista, recurrió a la artillería, que «mandó colocar […] a presencia suya». Tres compañías de montaña, una montada del 2.º Regimiento y dos del de a caballo, llegado con

la división de Alcalá Galiano, bombardearon a los de Muley el-Abbás, lanzando 666 proyectiles, hasta hacerles desistir «desbandándose como las grullas»[187]. La nueva, y elemental, táctica dio sus frutos. Los españoles solo tuvieron 8 muertos y 79 heridos, mientras que atribuyeron entre 700 y 800 bajas a sus adversarios. Un dato interesante es que de la descripción del combate se deduce que al menos la 1.ª Compañía de Artillería de Montaña aún no disponía de piezas rayadas[188].

De creer a un testigo que habló con Alarcón[189], es seguro que a ese combate asistió Muley el-Abbás, al que los soldados, con elemental sentido del humor, llamaban bien Muele Habas, Muley Habichuela, o bien Muley Habas. Se le vio pasar por Tetuán el 22, camino del frente, y anunciando que atacaría el 25. Era un hombre como de 35 años, «alto, bien parecido, un poco grueso, sumamente elegante, de color pálido y ligeramente oscuro». Vestía jaique verde, llevaba un turbante blanco enrollado alrededor del gorro rojo y calzaba botas amarillas. Le precedían veinte tambores y trompetas, y montaba un alazán. Era seguido por tres infantes negros, llevando cada uno un caballo de mano, de respeto, y a sus lados cabalgaban dos hombres que, con pañuelos de seda, le espantaban las moscas.

Después de otros tres días de lluvias, correspondió a Ros hacer frente al siguiente ataque, el 29, aunque fue dirigido inicialmente contra el batallón de Vergara, de la División de Reserva, que protegía el trabajo de una compañía de ingenieros en el camino a Tetuán. Al parecer, se abusó de la bayoneta. Los cazadores del «brillante Batallón de Baza» dieron «una de esas cargas tan admirables por la velocidad como por el atrevimiento», pero que, lo que era frecuente en esa clase de acciones, «fue más allá de donde yo esperaba», dice el general en su parte. Aun así, la repitió tres veces, mientras que también Albuera, Zamora, Llerena y Barcelona recurrían al mismo sistema. Hubo 8 muertos y 108 heridos, incluido un coronel, y se dijo que los marroquíes tuvieron unos 400 o 500. El informe destaca «el mucho proyectil cónico que nos arrojaban, lo que prueba usan en mayor o menor parte armamento europeo, rifle de espiga inglés»[190]. Es probable que lo llevaran tropas regulares. Prim dio su propio parte parcial[191], en el que alababa al «siempre excelente» Vergara, que tuvo un muerto y 25 heridos.

Ese mismo día, quizá en preparación del avance que se planeaba, la escuadra bombardeó las defensas costeras marroquíes, en la ría de Tetuán. Fue una operación fácil, dada la disparidad de medios, en la que, sin bajas por parte española, se lograron apagar los fuegos enemigos. Participaron en ella el navío Isabel II, las fragatas de hélice Princesa de Asturias —recién fletada en

La Carraca— y Blanca, la corbeta Villa de Bilbao y los vapores Colón, Vasco de Gama, Vulcano y León. La circunstancia de que no hacía mucho la marina francesa había lanzado un ataque similar facilitó la tarea. En la prensa se recibió con alborozo la noticia, como prueba del renacimiento de la Marina, tras los años de decadencia que siguieron a Trafalgar. No fue gran hazaña, sin embargo, dada la calidad de la artillería contraria y de sus servidores que, sistemáticamente, tiraron demasiado alto.

El 30, el III Cuerpo, quizá por la experiencia de la víspera, realizó una exhibición de sentido común: «nuestros soldados, sin necesidad de rebasar las líneas y protegidos por ellas», hicieron «aprovechado fuego», reforzado por «el certero de dos baterías de montaña». Con eso bastó para alejar al enemigo, del que se calculó que experimentó 300 bajas, a cambio de nueve españoles muertos y 36 heridos[192]. Parece que en un punto dado se acercaron tanto los marroquíes que «llegaron a ponerse debajo del parapeto, y con el extremo del cañón de sus espingardas empujaban las piedras que los coronaban, haciéndolas caer sobre nuestros soldados». Ello se debió a que la compañía de Cazadores de Ciudad Rodrigo que lo guarnecía agotó sus municiones y recibió un repuesto de cartuchos de un calibre superior al de sus fusiles, por lo que, al no poder usarlos, respondió, a su vez, a pedradas[193]. Era uno de los inconvenientes del dispar armamento que aún tenía el ejército.

Para entonces, y al fin, se habían terminado los preparativos; los cuerpos disponían de todos sus elementos, e incluso se había logrado tender, tras ímprobos esfuerzos y una rotura de la línea que obligó a colocarla de nuevo, el cable telegráfico entre Ceuta y Tarifa, atendido por oficiales identificados por pequeños rayos en el cuello. O'Donnell podía ya dar la tan esperada orden de avance contra Tetuán.

Dejaba tras de sí un verdadero campo fortificado, que se extendía desde el arranque de la ruta a esa ciudad, en la izquierda, hasta la casa del Renegado, a la derecha. Lo formaban, desde ese extremo los reductos Isabel II, Príncipe de Asturias, Rey Francisco —el más avanzado—, Piniés, Cisneros, Príncipe Alfonso y el campamento atrincherado del III Cuerpo, en el valle de la Concepción. El Serrallo constituía el centro del dispositivo, cuyos componentes, que cruzaban los fuegos, estaban unidos entre sí por caminos tan anchos que permitían el paso de la artillería.

Para guarnecerlo, se dejó allí al I Cuerpo. Sus miembros lo consideraron una injusticia; era el que más había sufrido en esa zona, desde el primer día, y, también, el más fogueado y experimentado. Quizá fue, como se rumoreó en Madrid, «por el ardor un poco comprometedor» mostrado por Echagüe,

reincorporado ya a su mando, porque se «había arriesgado demasiado»[194] en sus operaciones. Pero, de ser ese el caso, no se entiende que, una vez más en contra de lo que indicaba su nombre, se designara a la División de Reserva para que encabezara la marcha contra Tetuán. Es cierto que ella había trabajado en la recomposición del itinerario que iba a emprender el ejército, pero, también, que era la más débil de todas y que, si preocupaba el «ardor» de Echagüe, el de Prim, como enseguida lo demostraría, era aún mayor.

Un analista, quizá demasiado crítico, juzgará así las semanas transcurridas: «en esta primera parte de las operaciones, los resultados obtenidos eran bien poco halagüeños; los españoles no habían ganado un palmo de terreno y solo lograban defender a duras penas el que habían ocupado al principio para establecer su campamento; […] los días del Serrallo fueron los más duros de toda la campaña […] sin que las fatigas, los peligros y los esfuerzos derrochados pareciesen producir el menor resultado»; «llueve», «el cólera», «los marroquíes atacan» eran las palabras más repetidas[195].

Se trata de una valoración en exceso severa. De hecho, sí que se había establecido una cabeza de puente, de amplitud suficiente para albergar a varias decenas de miles de hombres, y haber ido más allá de ella solo tenía sentido si se disponía de los medios de atacar directamente Tánger por tierra, lo que distaba de ser el caso.

No obstante, es de suponer que los mandos y sus tropas abandonarían sin pena aquellos lugares. Aunque siempre victoriosos, se habían enfrentado a unos adversarios mucho más aguerridos de lo que esperaban, y a dos enemigos adicionales, el cólera y el mal tiempo —llovió 35 días de 40—, que habían causado deprimentes estragos. Pocos buenos recuerdos se llevaban, y dejaban tras de sí demasiadas tumbas.

5

«UN MAL SUEÑO»;[1] LA LARGA MARCHA (ENERO DE 1860)

EL CABO MUR Y UN ESTANDARTE

El 1 de enero de 1860, una hora y media antes de lo acostumbrado, sonó la diana en los campamentos españoles en el entorno de Ceuta. Como se anunció a la opinión pública, por fin «llegó el momento con tanta impaciencia deseado; hoy nuestras tropas han abandonado la briosa defensiva» para iniciar la ofensiva. Se esperaban grandes cosas del nuevo año, que consagraría la «resurrección» de España. Vuelto ya el optimismo, se iban a «borrar y hacer desaparecer los últimos vestigios de la barbarie», encarnados en el imperio de Marruecos, al que se llevaría «la civilización de nuestro siglo, el siglo XIX, el siglo más grande de la Historia». Allí estaban el «hilo eléctrico» del telégrafo y el cable submarino con la Península para testimoniar que la civilización había entrado en África[2]. Que el uno y el otro dieran un rendimiento menor del esperado, eran minucias en las que nadie se detenía en aquellos momentos de exaltación, que se entienden. Estudiando cualquiera de esos mapas que se vendían por doquier y que los periódicos reproducían a millares, Tetuán estaba al alcance de la mano, a una cuarentena de kilómetros, poco más de un día de marcha.

No se contaba, sin embargo, con tres factores: la dificultad de la ruta para un ejército europeo y su impedimenta; el enemigo, que no dejaría de hostigar a los expedicionarios, y la estrategia de O'Donnell. El conde de Lucena, fiel a su línea de preferir la prudencia a la audacia, no estaba dispuesto ni a correr riesgos ni a precipitarse. Empujado por las circunstancias, que habían anulado sus planes, la única alternativa que le quedaba era marchar por la costa hacia su primer objetivo, Tetuán, aunque sabía que, apenas alejado de Ceuta, vería cortadas sus comunicaciones con la ciudad. Por ello, la escuadra, que navegaría en paralelo a sus tropas, sería su base de suministros flotante. No pensaba, en cualquier caso, en una operación rápida, como lo demuestra que decidiera llevar consigo la engorrosa artillería rodada, que, necesariamente,

impondría un avance lento. El hecho de que ese primer día decidiera que, además del armamento y de las municiones, los soldados cargaran con la mochila, la manta, las piezas de tienda que les correspondían y seis días de raciones, confirma esa hipótesis.

El horizonte que se presentaba ante él, por otro lado, no era prometedor. Tendría que marchar por un estrecho pasillo, entre el mar, a la izquierda, y una serie de cadenas montañosas, cubiertas de bosques y de matorrales, a su derecha, ofreciendo el flanco al adversario. Además, le esperaba una sucesión de valles, otros tantos obstáculos. El primero, de norte a sur, el de los Castillejos, bañado por el río de ese nombre, y que terminaba en las alturas de la Condesa. A continuación, el del río M'Nuel o Manuel, cerrado por el Monte Negrón; luego, el del Azmir o de los Capitanes, estrangulado por el Cabo Negro. Solo superados esos tres llegaría al de Tetuán.

Gómez de Arteche y Coello**[3]** lo habían advertido antes de que se disparase el primer tiro: había «varias playas interrumpidas por puntos de roca que son el término de tierras que sucesivamente se van accidentando y elevando hacia el interior», «esta costa es brava y abrupta en general, e inhospitalaria […] por la continua hostilidad de los habitantes, siempre en acecho para ofender al extranjero».

Ya se ha dicho que se encargó al conde de Reus que encabezara el movimiento del ejército. Uno de sus biógrafos señala la anomalía que ello suponía, «convirtiéndose la División de Reserva en división de vanguardia por una de esas peripecias que en la guerra apenas pueden explicarse», y que atribuye a la Providencia**[4]**. Más probable parece que entrase en juego tanto la conocida acometividad del general como su no menos acreditada sed de gloria. Tan dudoso es que estas consideraciones justificaran la elección que hasta la historia oficial indica que esa gran unidad era «por su composición, inadecuada para realizar la misión»**[5]**. Conviene recordar, en efecto, que, no obstante su nombre, se trataba de una simple brigada de infantería, que apoyaba a otra más apta para el trabajo que para el combate. Que la «no escasa influencia política» —siempre según la misma fuente— bastara para hacer olvidar la debilidad de los efectivos a emplear parece criticable.

Bien es verdad que para esa jornada inicial, O'Donnell se había fijado una meta modesta, un recorrido de poco más de una hora: ocupar la casa llamada del Morabito, tender un puente sobre la desembocadura del Castillejos para permitir el paso de los cañones**[6]** y, solo al día siguiente, franquear el valle. Seguramente, su idea era no fatigar a las tropas y permitir la concentración de su fuerza y de la impedimenta que la seguía. La temprana partida de Prim

respondía al deseo de simplificar aún más la operación, esperando sorprender al enemigo desapercibido y ocupar posiciones sin lucha, antes de que reaccionara.



Vista del valle de los Castillejos en *Atlas histórico y topográfico de la Guerra de África* (1861).

No obstante, desde el principio nada se desarrolló como se había planeado. Tan pronto como la División de Reserva, con dos escuadrones de húsares y otras tantas compañías de montaña, seguida por el cuartel general, otra compañía de artillería y el II Cuerpo, empezó a caminar, se vio que los marroquíes se aprestaban a la resistencia. Posteriormente se sabría que, junto a moros de rey, figuraban contingentes de Anghera, de Tetuán y también del Rif.

El espacio donde se reñiría el encuentro estaba limitado al oeste por estribaciones montañosas, al este, por el mar y al sur, la dirección del avance español, por una cañada que desembocaba en un claro donde se hallaba el campamento de Muley el-Abbás. Delante de este se alzaba una serie de alturas escalonadas, teatro principal del choque. Entre ellas y la playa se encontraban, como puntos de referencia, primero la casa del Morabito y luego las ruinas de antiguas fortificaciones a las que debía el valle su nombre.

Ligeramente hostigada en un principio, la columna se abre paso por las suaves lomas cubiertas de chaparral que descienden a la llanura. Llegada a ella, se lanza al asalto de la casa del Morabito, que toma con escasa resistencia, llevando a los presidiarios armados en vanguardia. Un destacamento de marinería perteneciente a los buques que acompañan al ejército desembarca, y participa en la operación con tal ardor que un alférez de navío fue amonestado por arriesgarse demasiado[7]. Más tarde, la tumba

que había en el edificio será violada, encontrándose «un esqueleto que se exhumó el día 3 en mi presencia»[8]. Ya en unos momentos tan iniciales, O'Donnell percibe lo insuficiente de la fuerza de Prim, y ordena a una brigada del II Cuerpo, con una compañía de montaña, que cubra su derecha, prolongándola.

Despejado ya el valle, un tapiz de hierba esmaltado de flores amarillas, brezo y tomillo, los húsares lo ocupan, a la izquierda de la División de Reserva, cuya infantería, sin gran resistencia, ocupa una altura donde estaba previsto acampar.

A partir de aquí empieza a plantearse la primera de las varias controversias abiertas durante una batalla que la leyenda ha dominado. Según el parte telegráfico del conde de Lucena[9], es entonces cuando «el general Prim ha avanzado más de lo que le tenía prevenido». Incluso en la versión detallada, autocensurada, como se verá, mantendrá que «la operación principal estaba terminada y mi pensamiento cumplido con felicidad». Así era, no deseaba ir más allá ese día.

Pero entonces, el de Reus, encorajinado porque los adversarios, como era su costumbre, se habían reagrupado más allá y le tiroteaban, como dice en el primero de los dos informes que elevó a O'Donnell[10]: «emprendí desde luego el ataque […] mientras que por la llanura y valle del Castillejo empleé los escuadrones 1.º y 4.º de húsares». Esas sencillas frases encierran sendos dramas, que han dado nacimiento a escenas convertidas en mito.

En el ataque del que habla, y que entabla en contra de las órdenes recibidas, empeñó la totalidad de su exigua infantería: los batallones 1.º del Príncipe —en vanguardia—, 1.º de Luchana y Cazadores de Vergara, con el 1.º de Cuenca a la derecha. Se trata de tomar tres alturas sucesivas ocupadas por el enemigo, cada una más elevada que la anterior, y que, por su conformación, «se auxiliaban y reforzaban recíprocamente»[11]. Con sendos empellones, apoyados por la artillería de montaña que se le había agregado, lo logra, a costa de bajas, pero sin conseguir otra cosa que ganar terreno, ya que los marroquíes se replegaban de una posición a otra, sin plantear una lucha decisiva, de poder a poder. Parece deducirse del parte de O'Donnell que es entonces cuando Prim le propone atacar el campamento enemigo, que divisa desde la última eminencia tomada. El general en jefe acude desde la casa del Morabito, que había elegido para dirigir la batalla. Tras estudiar el panorama, opta por no aceptar la propuesta, muy arriesgada porque «colocado en el fondo del valle y cercado por todas partes de escabrosas y pendientes laderas hubiéramos sido fusilados», y regresa a la casa.

Era ya la una de la tarde; la acción había empezado a las ocho de la mañana, y las tropas, tras cinco horas de pelea subiendo y bajando pendientes, sufriendo pérdidas y con solo un café bebido al amanecer, estaban ya cerca del límite. Muley el-Abbás lo debió intuir, porque sus hombres empezaron a lanzar contraataques contra sus exhaustos oponentes: «se precipitaron sobre nosotros con la violencia y el estrépito de una avalancha»[12]. Prim pretende, en una expresión que luego O'Donnell retendría, que disponía de «sólidas reservas», designando como tales a los ingenieros y artilleros de su II Brigada, lo que, simplemente, no resulta serio. Podían ser, y lo eran, valerosos, pero desde ningún punto de vista se podían considerar unidades propias para un combate a corta distancia entre infanterías, ya que carecían de la necesaria instrucción. Se desangraron, pues, en primera línea —sobre todo los artilleros, porque los ingenieros fueron empleados principalmente en improvisar fortificaciones de fortuna—,[13] apoyando a los cansados batallones, pero sin conseguir contener los asaltos.

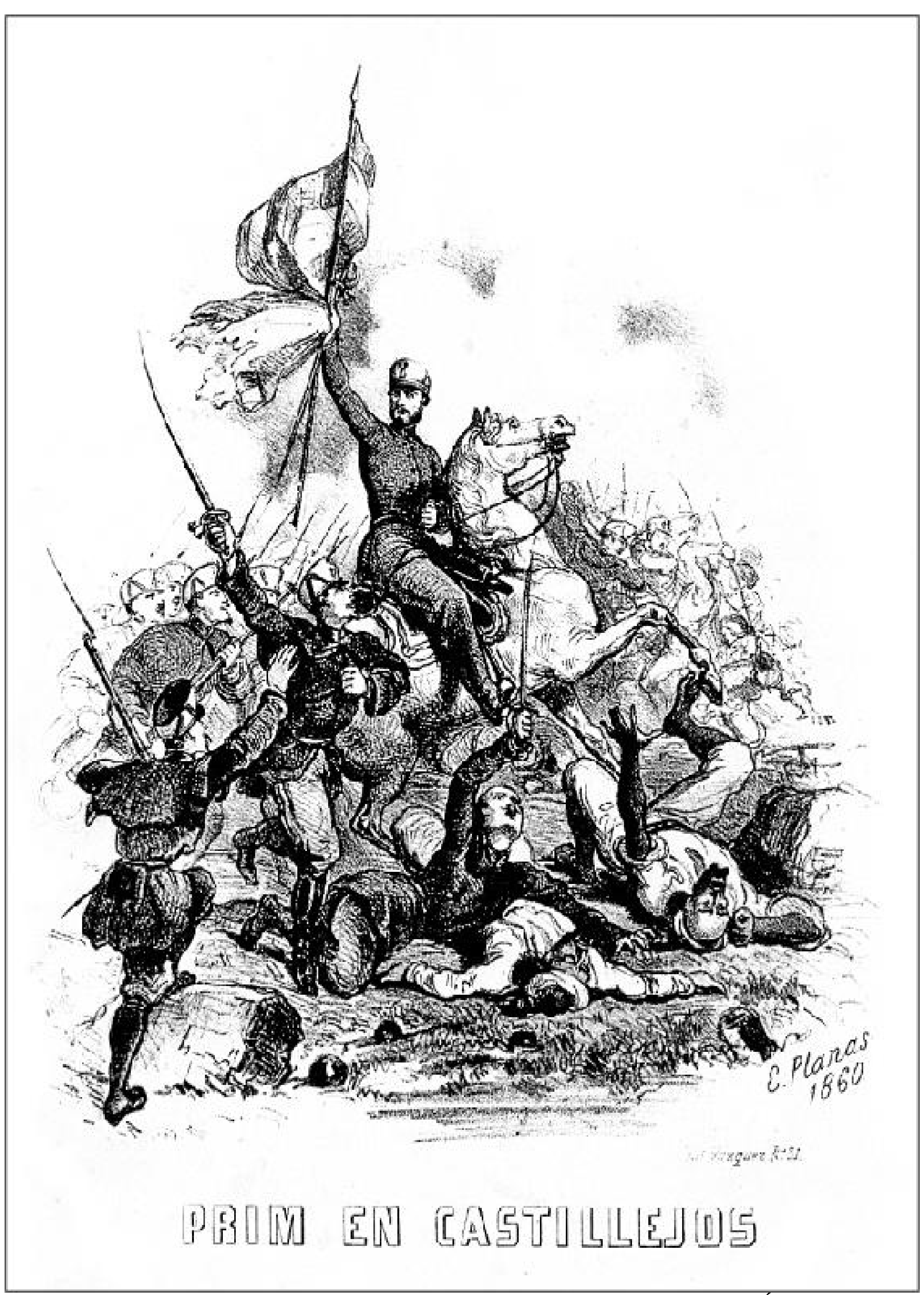
A las tres, dice el conde de Reus, «agotadas las municiones», socorrido pretexto utilizado innumerables veces en la guerra carlista, se ve obligado a abandonar, una tras otra, las dos posiciones más avanzadas para replegarse a la primera. Por fortuna, el general en jefe ha anticipado la crisis, y le envía a toda prisa los dos batallones de Córdoba, de la II Brigada de la 1.ª División del II Cuerpo, de Zavala. Tras una carrera, abrumados por el peso que llevan a cuestas, los refuerzos llegan sin resuello a retaguardia del frágil frente de Prim.

Este les da tiempo solo para dejar las mochilas en tierra y arroja uno de los batallones al fuego. Consigue nada más que recuperar brevemente la segunda altura, porque una nueva embestida le fuerza a retroceder en desorden al punto de partida. Se ha dicho de los cuerpos empleados hasta entonces que, después de las duras pruebas a las que habían sido sometidos, «andaban estas tropas revueltas y desconcertadas»[14]. Ese escenario de hombres jadeantes que agotados se apoyan en los fusiles, los rostros cubiertos de polvo surcado por chorros de sudor, con los uniformes en desorden, casi sin mandos, próximos al letal pánico, será el de la apoteosis del conde de Reus. Decenas de libros la han descrito y se ha plasmado repetidas veces en cuadros y grabados. Prim, encolerizado, arranca la bandera de manos del que la llevaba, la blande, pronuncia una enérgica arenga y arrastra al batallón avergonzado tras de sí, contra el enemigo. Algún cronista, dominado por la exaltación, menciona que también agitaba la espada.

No resulta evidente que las cosas sucedieran así; desde luego, en ningún caso con la bandera en una mano y el acero en la otra. No hay jinete que logre mantener el equilibrio, en esas condiciones, sobre un caballo excitado por la fusilería y el griterío de los cabileños.

Todo recuerda mucho al archiduque Carlos de Austria, en la batalla de Aspern, en 1809, agitando una bandera, escena inmortalizada en la estatua ecuestre de la Heldenplatz de Viena. En aquella ocasión, el propio protagonista se burló luego de la proeza que se le atribuía, comentando que para un hombre como él hubiese sido imposible sostener una pesada enseña de infantería con una sola mano y, a la vez, mantener el control de su montura.

Es posible que lo mismo le sucediera a Prim. Por algo los abanderados, incluso a pie, utilizan un regatón para ayudarles a sostener la enseña, y por algo los estandartes de caballería tienen menores proporciones que las banderas de infantería; mantener una de estas, por no decir ya tremolarla, a pulso y sobre un corcel, es tarea de Hércules. Quizá González Ruesgas, presente en los Castillejos, acierte cuando dice[15]: «Prim, toma su bandera y poniéndola sobre el arzón de la silla gritó […]». Se trata de la hipótesis más verosímil, aunque menos teatral, porque es la mejor manera de llevar un objeto pesado, sobre todo si es alargado, cuando se está a caballo, aunque ello suponga que el general regresó a la refriega sin arma alguna. Otra alternativa, también creíble, es que levantara la bandera unos instantes, y se la devolviera a su portador. Él mismo, en su primer parte ni menciona el tema, mientras que en el segundo señala que «empuñé la bandera y se la mostré», sin ir más allá. En todo caso, que oficiase, como dice en una carta[16], «de general abanderado» parece algo exagerado. Por cierto, en ella no menciona que se hubiera quedado sin cartuchos. Aunque sea una simple anécdota, al menos durante una parte de ese día mantuvo en la mano no la espada, sino su bastón de general con pomo dorado[17].



Prim durante la batalla de los Castillejos, en *Jornadas de Gloria o Los Españoles en África* (1860), de Víctor Balaguer.

Más interesante es que confiese que sus hombres estaban «algo arremolinados», y que, al referirse al contraataque mencione a «los que

quedaban del Príncipe y Vergara», de lo que se deduciría, primero, lo desgastados que estaban esos batallones, y, también, que Córdoba, en contra de la leyenda, no le siguió, arrepentido de su fugaz debilidad. Quizá estaba intentando reorganizarse, lo que parece lógico. En todo caso, logra, a costa de sangre, reconquistar la segunda altura. Por mencionar nada más a la escolta que le rodeó en el desesperado contraataque, cayeron la mitad de sus catorce componentes.

Para acabar con la descripción del combate en ese sector, O'Donnell, a pesar de la momentánea ventaja obtenida por el conde de Reus, era consciente de lo precario de su situación. Viéndola peligrar, ordena a Hediger que le siga con los dos batallones del Regimiento de Infantería de la Princesa, de su brigada —II de la 2.ª División del cuerpo de Zavala— y, «inflamado, vehemente, impetuoso»[18], parte a galope, espada en mano, en ayuda de Prim, mientras que su hermano Enrique y García acuden con el 1.º de Navarra y los Cazadores de Chiclana, de la I Brigada, mientras que el propio Zavala lleva al 1.º de León, 1.º de Saboya y Cazadores de Arapiles y Simancas. La llegada de todas esas fuerzas estabiliza la batalla, no sin que antes el conde de Lucena, en su angustia y preocupación, llegase a mezclarse con las guerrillas, hasta que el de Reus le exige respetuosamente que se aparte algo del fuego. En torno a las siete de la tarde todo acaba. Mientras la División de Reserva se instala en las posiciones tomadas, que los ingenieros han fortificado como han podido, Muley el-Abbás se acoge a su campamento. Al día siguiente lo levantará, abandonando el campo.

Queda por relatar el episodio de los húsares. Fue «audaz hasta la locura»[19], se ha afirmado, mientras que O'Donnell no ahorra adjetivos: «heroica carga», «ardor imposible de describir», «se cubrieron de gloria». Dado que se trata de otro momento álgido, y discutido, merece algún comentario.

Resumiendo mucho, los escuadrones 1.º y 4.º del Regimiento de la Princesa dieron una carga a una masa de caballería enemiga, que cedió ante ellos. Encelados, la siguieron por la cañada que llevaba al campamento enemigo, cayendo en una trampa, porque los tiradores emboscados en las pendientes que lo rodeaban les acribillaron a balazos, mientras que los jinetes marroquíes se revolvieron y les atacaron.

Fueron unos minutos de total confusión. Se dijo que la 1.ª sección del 4.º Escuadrón, que cargaba en cabeza, mandada por el comandante Aldama, cayó en una zanja, en un caos de caballos pataleando y de hombres rodando por tierra. La 2.ª, a las órdenes del capitán Enrique Gorostarzu, acude en su

auxilio[20], y la ayuda a reagruparse, siempre bajo el fuego que la diezma. Se suma entonces el 1.er Escuadrón a la refriega, que se descompone en una serie de peripecias individuales, entre una nube de adversarios. Una carta, sin duda de un oficial[21], aporta detalles. El alférez Mathé logra reunir a su sección, salvando a varios heridos, el también alférez Paulino Fernández de Córdoba, «cayó con su caballo hecho un lío», y su compañero del mismo empleo, Andrés Salazar, lo rescató y consiguió colocarle a la grupa de un húsar; «a Valledor le mataron el caballo y se libró de buena, acudieron cinco húsares y lo salvaron». El teniente García Aburrea, herido, yace en el suelo; el cabo Francisco Pérez Navarro acude en su socorro, entre la polvareda y la fusilería, le ayuda a levantarse, lo monta detrás de él, y ambos logran retornar a las líneas españolas. El teniente le concedió una pensión «y le ofreció su casa para cuando hubiera cumplido los años de servicio que le faltan». Un húsar al menos llegó a penetrar entre las tiendas, arrebatando una bandera al que la llevaba.

La odisea del capitán Valledor fue durante unos días la comidilla de España[22]. Al parecer, vio que el teniente Manuel Rodríguez Salvadores era arrastrado por su caballo desbocado hacia un grupo de adversarios; procura auxiliarlo, galopando en pos de él, pero su montura tropieza y cae, sufriendo el capitán una conmoción, cuando su cabeza choca con una piedra. En ese estado, es pisoteado por las cabalgaduras de ambos bandos que, en el vaivén de la lucha, pasan por encima de su cuerpo, dejándolo magullado. Luego, se acercan varios cabileños, que tras acuchillarle con sus gumías, se dedican a saquearle, rompiéndole la forrajera y arrancándole la pelliza, a pesar de que tenía «metidas las mangas y [estaba] abrochada hasta el cuello», es decir que la llevaba, como se decía, «calzada». Se trata de una historia inverosímil. No hay fuerza humana que pueda sacar esa prenda cuando se lleva puesta sin romper los alamares que la sujetan. Según una versión, los marroquíes empezaron a disputarse por veinticinco onzas que encontraron, lo que le permitió escapar corriendo. Más creíble es lo que se afirma en la carta citada, que fue rescatado, y sacado de ese infierno echado sobre el arzón de un húsar, como también se dijo.

Valledor, aunque cosido a puñaladas y pisoteado, sobrevivió, para combatir más tarde en Samsa y en Wad Ras. Por su conducta en los Castillejos se ganó la Laureada de primera clase, y por la segunda batalla mencionada, el ascenso a teniente coronel. Gorostarzu tendría peor suerte, el cólera le mató en Tetuán.

Los de la Princesa lograron por fin salir del atolladero lo mejor que les fue posible, mediante embestidas «en escalones de secciones»[23], dejando numerosas bajas, pero llevando consigo varios de sus heridos. Eso, la solidaridad que demostraron entre ellos arriesgando sus vidas y el hecho de que al poco estuvieran formados de nuevo, indica una muy notable firmeza. En la parte final de la retirada, les protegió un grupo de quince cazadores de Vergara que por allí andaban, y que con sus carabinas les dieron fuego de cobertura. Los mandos de los húsares les recompensaron con seiscientos reales.

Al margen del informe oficial de O'Donnell, lo sucedido provocó de inmediato una controversia, en gran parte artificial.

Prim reconoce que, mientras las infanterías luchaban a la derecha, a la vista de una concentración de adversarios «empleé» a los escuadrones, —versión del primer parte— y «creí conveniente salir a recibirlos» —segundo parte—. Pero la imagen de los prestigiosos húsares, con sus pellizas blancas, lanzados a la carga, enzarzados en lucha a muerte con la morisma era «uno de los episodios más conmovedores de la campaña»[24]. Se trataba, se dijo, de unos escuadrones «compuestos de soldados escogidos» —lo que es discutible—, mandados por miembros «de todas las aristocracias», muy conocidos en Madrid, y que habían «hecho el gasto» de la batalla[25]. Además, la carga de la Brigada Ligera británica en Balaclava, durante la Guerra de Crimea estaba demasiado próxima para que no se hicieran comparaciones. Así, se dijo que se trató de «una carga que oscurece la decantada de Balaclava»[26], cuando en realidad no tuvo demasiado que ver con ella[27].

También, inevitablemente, se desató la especulación. Tras establecer el paralelismo —fue «exactamente igual»— entre ambas situaciones, se afirmó que se produjo «la misma equivocación de un edecán, la misma implícita obediencia; […] según las versiones más acreditadas, un edecán pronunció la palabra cobardes, aludiendo a los moros, la cual creyó el oficial al mando de la caballería dirigida a esta»[28], por lo que, picado en su orgullo, ordenó la carga. Friedrich Engels estima que «indudablemente por equivocación, se dio órdenes de cargar a dos débiles escuadrones de Húsares de la Princesa, los cuales lo hicieron con tanto espíritu que cruzaron el frente de los moros y se metieron en su mismo campamento»[29].

Nada autoriza el rumor. Se acaba de ver más arriba que el propio Prim manifiesta que envió a la caballería contra los marroquíes, mientras que el nada gráfico informe que le hizo el capitán de la Princesa Alejandro Jaquetot, se limita a mencionar que su escuadrón, el 1.º, «en cumplimiento de la orden

que V. E. se sirvió comunicar, […] se dirigió por el valle de los Castillejos para proteger al 4.º escuadrón que anteriormente había emprendido el movimiento, tomando la ofensiva con una carga»[30]. Los húsares, pues, «no hicieron más que obedecer, pero obedecer con honor y gloria suya, como debía esperarse de un cuerpo tan bizarro»[31].

Es una lástima que los oficiales del regimiento escribieran con tan poca claridad. El parte de Gorostarzu, citado antes, aumenta la perplejidad, en lugar de disiparla. Dice que «cumplimentando las órdenes» del de Reus, «me dirigí con mi fuerza por el valle de los Castillejos con el objeto de acuchillar al enemigo si se le presentaba». Lo que resulta confuso es que continúe señalando que «pero habiendo visto que la 1.ª sección con el señor comandante don Juan de Aldama se había separado del resto del escuadrón, momentos antes y que le creía en las alturas, mi sorpresa fue grande cuando lo encontré en el mismo campamento de los moros y completamente rodeado por estos». Añade: «mandé al galope y con un viva la reina me lancé a la carga para salvar a mis compañeros de armas, lo que conseguí afortunadamente».

El problema que plantea el mal redactado texto es que todos los testigos están conformes en que las tiendas marroquíes se hallaban en el fondo de una garganta, tras una curva del camino que llevaba a ellas, por lo que no se las veía desde el valle. La 2.ª sección, pues, solo podía «encontrar» en el campamento a la 1.ª si había cargado a continuación de ella. Por otro lado, la nutrida fusilería —«tres fuegos», dice el capitán—, y el sistemático griterío de los marroquíes en combate se compaginan mal con la «grande sorpresa» que experimentó al divisar súbitamente a los hombres de Aldama.

Al margen de estas consideraciones, queda claro, pues, que el principio de la operación fue completamente deliberado, y que los escuadrones tenían instrucciones de atacar «al enemigo, si se le presentaba». Es muy posible, en cambio que «la caballería, arrastrada por su ardor»[32], fuera mucho más lejos de lo que en principio se pretendía. En efecto, parece que, tras la primera carga, la que se le había ordenado si se ofrecía la oportunidad, ya «frenaba su marcha» cuando, tras una revuelta de la cañada a la que le había llevado el ímpetu del ataque, divisa el campamento enemigo; «hubo un momento de entusiasmo, y, sin pensar», se lanzó a galope contra él[33].

Martín Arrúe[34] es quien mejor ha calificado las distintas fases del episodio: «la carga fue brillantísima y oportuna hasta que llegaron a la cañada; temeraria desde que se internaron en esta, desconociendo el terreno que se presentaba muy difícil; […] absurda, al invadir la hondonada y llegar

hasta el campamento marroquí; peligrosísima […] cuando se vieron en la absoluta necesidad de retroceder por la misma cañada […] y siempre heroica». Otro punto de vista, más radical, es que fue «militarmente hablando, incomprensible, pues se llevó a cabo en un terreno en que ningún jinete del mundo podía cargar bajo el fuego de frente y de flanco»[35]. Según un enfoque menos literario, los húsares, «sin encomendarse ni a Dios ni al diablo», realizaron un «acto de sublime demencia»[36].

El relativamente bajo consumo de proyectiles de artillería —446—, indica que esta no se empleó con gran intensidad, lo que es acorde con el tipo de combate muy próximo que se empleó en los Castillejos, desaprovechando una de las mayores ventajas que tenían las tropas españolas.

A la hora de hacer balance, el mismo 1 de enero, O'Donnell informaba de que en el «hecho de armas, [que] considero el más importante hasta hoy», se había enfrentado, según los prisioneros[37], a entre 40 000 y 50 000 hombres, cifra que consideraba exagerada. Les habría producido pérdidas «inmensas», que sitúa en torno a las 1500. Respecto a sus bajas, las estima entre 400 y 600. Al día siguiente[38], comunica que ha tenido «unos 50 muertos» y 450 heridos, siendo «muy sensible» el número de oficiales caídos. Aprovecha el telegrama para aplaudir la labor en la batalla de la armada y exaltar la de los batallones de ingenieros y de artilleros, «ya combatiendo, ya en los trabajos de su instituto».

La *Gaceta de Madrid* del 5 incluye una relación nominal, sin fecha, de jefes y oficiales, con 7 muertos y 68 heridos. En la tropa ha habido 73 de los primeros y 481 de los segundos. Hay casos notables, en unidades concretas: Príncipe perdió a su coronel y a un segundo comandante, heridos; León, a su coronel, al primer comandante y al segundo, también heridos; la artillería a pie tuvo dos tenientes muertos y seis heridos; Córdoba, dos tenientes muertos y tres capitanes, cinco tenientes y ocho subtenientes heridos, con lo que debió quedarse sin oficiales subalternos. Quizá se sacrificaron intentando reorganizar a los batallones amilanados. En los húsares, por fin, hubo dos tenientes muertos, y los dos comandantes, dos capitanes y un teniente heridos, lo que es mucho para solo dos escuadrones, aunque les sobraran mandos.

Hasta el 17 no se conoció el parte detallado, redactado el 8. Calcula 20 000 efectivos al adversario, de los que 2000 quedaron fuera de combate, y establece las bajas propias en 7 jefes y oficiales, y 63 de tropa muertos, y 69 y 481, respectivamente, heridos. Entre ellos figuraba el brigadier Angulo, de la II Brigada de la 1.ª División del II Cuerpo, y dos ayudantes y el gobernador del cuartel general de Zavala, lo que indica cuánto se había expuesto su

Estado Mayor. Hubo al menos, una herida más de las «milagrosas», debida al pequeño calibre de los proyectiles marroquíes. Un soldado recibió un impacto en la cabeza, con la suerte de que la bala —quizá una posta— se aplastó contra la chapa del ros, se deslizó bajo la piel, y fue a alojarse en la sien izquierda, sin romper el hueso. A pesar de que el tiro le dio «en lo alto y en medio de la frente», no produjo ninguna lesión seria[39].

En cuanto a los húsares, se dio tanta relevancia a su hazaña que la *Gaceta*[40] publicó, lo que entonces había caído en desuso, la lista con los nombres de todos los que cayeron. Eran, además de los mandos ya mencionados, 8 soldados muertos y 24 heridos. Por lo que se refiere a las monturas, 20 fallecieron y 39 resultaron alcanzadas, un porcentaje muy elevado para dos escuadrones que, atacados por el cólera, no sumaban entre ambos más de 200 plazas. Tres de los heridos quedaron en manos de los marroquíes, pero fallecieron en Tetuán, y sus pellizas blancas fueron vendidas en el zoco. Valledor, aunque se recuperó, como se ha dicho, quedó «horriblemente herido, […] sufría terriblemente, desde que le recogieron no había recobrado el conocimiento», se escribía desde Ceuta, adonde había sido evacuado[41].

Una baja indirecta fue el propio Zavala. Cuando, terminado el combate bajó del caballo, descubrió que no podía sostenerse en pie. Solo pudo llegar a su tienda apoyándose en los edecanes que habían quedado indemnes. Diez horas en la silla, y las «delicias» de los campamentos de Ceuta, con su humedad y sus lluvias torrenciales le habían dejado, literalmente, baldado. Tuvo que ser evacuado. También puede considerarse como una consecuencia de la batalla el suicidio, dos días después, del teniente coronel Barroeta, que mandaba la media brigada de artillería a pie que tantas bajas había sufrido.

Con tales pérdidas, el campo de batalla ofrecía un espectáculo atroz. Alarcón vio[42] «una pila de cadáveres […] amontonados unos encima de otros, como pedazos de leña, como escombros de unas ruinas». Eran artilleros, sacrificados. Otro observador dice que «el camino montaña abajo tras el combate no era nada agradable; se veía a muchos hombres sangrando en camillas, muertos llevados trabajosamente a hombros, medio envueltos en una manta, mientras aquí y allá, en algún rincón, un pobre desgraciado gemía y gritaba en manos de los médicos»[43]. Hay testimonios de que, como mínimo, un oficial de húsares y un presidiario fueron decapitados.

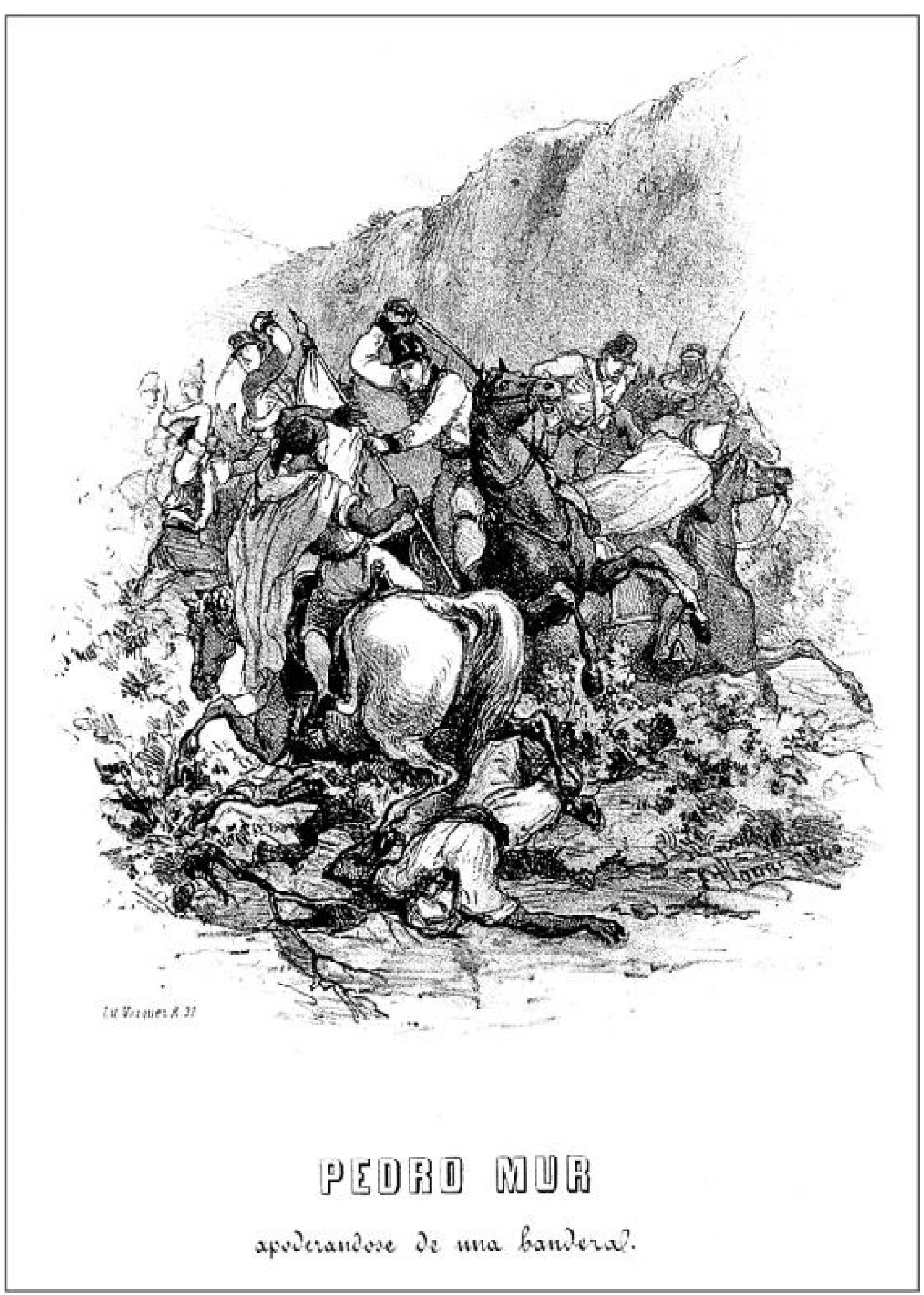
Al menos, se evacuó con rapidez a los heridos. El 2, al día siguiente, llegaban a Cádiz 20 oficiales y 134 soldados —tres murieron en la travesía—, y a Ceuta 12 oficiales y 60 hombres del Córdoba, 7 y 65 del Príncipe, y 2

jefes, 5 oficiales y 19 de tropa de húsares[44]. Esta última ciudad «se hallaba atestada materialmente de lechos de dolor, […] está habitada por el dolor, es la antesala de la muerte, es un cementerio de moribundos». Poco después albergaría cuatro mil enfermos y heridos entre sus muros[45].

Debido a la obsesión por fortificarse, los agotados vencedores completaron la jornada trabajando hasta las dos de la madrugada en los atrincheramientos. Era una tropa admirable.

La noticia de la victoria, la primera de importancia real, se acogió en España con júbilo, aunque atemperado por el elevado número de pérdidas. Hasta que llegaron las noticias, con gran retraso, florecieron los rumores más o menos disparatados. Uno de mayor calibre fue el que aseveraba que se habían capturado a mil quinientos marroquíes, pero que fue imposible hacer ningún prisionero porque o se habían suicidado o habían forzado con su resistencia a que se les diera muerte[46]. Eran, sin embargo, tales las expectativas que el mismo día de la batalla, el editorialista de un semanario decía, apesadumbrado, que «todavía no estamos en Tetuán, como creíamos»[47].

En esas circunstancias, era muy oportuno contar con un nuevo héroe. Lo fue el cabo Mur, el húsar que con gran audacia se introdujo en el campamento enemigo y cogió una bandera. O'Donnell resaltó el hecho en el diario oficial[48]. Aludía a la «brillante y arrojada carga» y anunciaba que remitía a la reina «el estandarte de la caballería mora». Probablemente este último dato no sea cierto. Las descripciones mencionan bien «un pedazo casi cuadrado de seda amarilla», añadiendo irrespetuosamente, y faltando a la verdad, que «el trapo está algún tanto roto a causa de los tirones que le dieron el moro y el cristiano»[49], bien «un pedazo de damasco rojo, gastado, viejo y sucio»[50]. Como, en general, las enseñas musulmanas ostentan suras del Corán o símbolos como la media luna, no parece que la capturada fuera tan importante. Es posible que se tratara nada más de una de las que se veían con frecuencia y que se utilizaban para hacer señales o para designar la presencia de algún mando subalterno. Isabel II la colocó, de momento, en su oratorio de palacio[51], antes de que fuera trasladada con gran pompa a la Virgen de Atocha, donde quedó depositada.



Pedro Mur y Escalona en la carga de los húsares durante la batalla de los Castillejos, en *Jornadas de Gloria o Los Españoles en África* (1860), de Víctor Balaguer.

Mur era, en cualquier caso, el hombre del momento. Su retrato apareció en todas partes; fue ascendido a sargento y recibió la cruz de San Fernando de

primera clase, con una pensión de 30 reales. Cuando terminó la campaña, la reina le recibió, y, al poco, le nombró «correo de Su Majestad», con un buen sueldo de 8000 reales anuales. Entre los premios que recibió destaca una saboneta de oro, con una dedicatoria en la tapa de «un zuavo agradecido». Se trataba de un obsequio de un relojero, de nombre Couillant, que, al parecer, habría servido en ese prestigioso cuerpo del Ejército francés. Su gesto le valió una gran publicidad, porque la *Gaceta*, que se volcó en este asunto, hizo referencia a él[52]. Mur le contestó muy atento, agradeciéndole «el reló».

Resulta interesante tan brillante trayectoria, porque había desertado cuando llevaba menos de un año de servicio. Condenado a que esos meses no se le contaran como pasados bajo los estandartes, fue amnistiado luego, ya que entonces lo que se llamaba «primera deserción» no era considerado un delito grave[53]. Muy cerca ya de ser licenciado, empezó la guerra, por lo que decidió reengancharse durante un año adicional. Tras Castillejos, sirvió en Samsa y en Wad-Ras.[54]

A pesar de todas las celebraciones, la batalla daría lugar a una polémica más, centrada en la actitud observada por Prim. Que hubo fricciones con O'Donnell parece indiscutible. Ya se ha señalado que en su primer parte, del mismo 1 de enero, le acusó de haber avanzado demasiado. Al día siguiente, como también se ha comentado, añadió datos complementarios, pero no rectificó ese juicio. Solo en el parte final, redactado el 8, hace desaparecer dicha alusión, pero persiste en indicar que el objetivo estaba conseguido cuando el conde de Reus continuó su ataque, aunque ya no dice que lo hizo sin órdenes. La verdad es que «se sorprendió del adelanto de Prim, pero, ya comprometido, le apoyó»[55], como no podía menos de hacer si quería evitar un sonoro revés.

De su lado, el propio Prim en sus partes al general en jefe del 3 y del 12 de enero nada menciona al respecto. Germond de Lavigne[56], siempre al corriente de los rumores que circulaban en Madrid, afirmó que O'Donnell «ha reprochado a Prim por haberse aventurado con el ardor que le caracteriza». Uno de sus biógrafos señala que «se creyó que era víctima de una ofensa el conde de Reus» por el tenor del primer parte del comandante en jefe, pero que el segundo, unido al título de nobleza que eventualmente se le concedería, «borran completamente hasta las huellas de la mala impresión que causaron las primeras palabras del general O'Donnell»[57].

Se ha pretendido que este, con su segundo informe, en cierto modo asumía la conducta de su subordinado, ya que no la criticaba. El argumento es válido, si Prim hubiese sido solo un militar. Pero era, además, un político

influyente, y con apoyos en la prensa. El presidente del Gobierno al condonar, como hizo, su comportamiento, actuó como político, no como general. En esa calidad, no le interesaba enfrentarse a alguien como el conde de Reus, y menos aún cuando, desde un principio, había preconizado que uno de los objetivos de la campaña era unir entre sí a los españoles y a los partidos.

Incluso el siempre prudente Martín Arrúe[58] se preguntó si hubo «arrojo temerario» por parte de Prim y reconoce que «la solución es algo dudosa», pero destaca el enorme coste ante la opinión pública que habría tenido para el general en jefe un choque con aquel.

Sin embargo, el malhumor de O'Donnell se reflejó de forma muy clara. Ya se ha dicho que el mando del II Cuerpo quedó vacante por la enfermedad de Zavala; pues bien, en lugar de entregárselo a Prim, como le correspondía por escalafón, optó por la heterodoxa fórmula de confiárselo a García, su propio jefe de Estado Mayor, dejando, de momento, al de Reus al frente de su maltrecha división.

Son, en todo caso, muchos los que fustigan la gestión del combate que realizó ese general[59]. Se ha dicho que la llevó a cabo «perdiendo, probablemente, la serenidad» y que «Zavala salvó a las tropas de Prim y decidió el éxito de la batalla»[60]; así como que «atacó a pesar de las órdenes del comandante en jefe, que le había mandado no moverse»[61]. También, que el resultado fue que, rompiendo las estructuras orgánicas, hubo necesidad de emplear «una mezcla de unidades», algunas de las cuales fueron «absorbidas inmediata y personalmente por el general conde de Reus» para lanzarlas al fuego, eso sin mencionar el despropósito que supuso emplear a ingenieros y a artilleros como infantes[62]. Santiago Pieltain[63], escribiendo en la muy oficial *Revista de Historia Militar*, hablará, al respecto, de una «absurda orden», y de «un cruento e inútil sacrificio».

Un comentarista más benévolo apunta que «malinterpretó las órdenes», pero no deja de mencionar que «estaba en su elemento»[64] en la desesperada refriega que había provocado, dando a entender que las situaciones extremas, a vida o muerte como fue aquella, le exaltaban.

Hay dos opiniones más que mencionar, plasmadas por dos militares profesionales que hicieron la campaña, desde perspectivas tan distintas como son la de un artillero y la de un jinete.

El primero[65] dice que «empeñada la acción, a todo trance había que coronarla con la victoria, pero ¿debió empeñarla el general Prim? Según el duque de Tetuán [O'Donnell], no; según los resultados, tampoco». Porque «las alturas tan difícilmente conquistadas quedaban muy a la derecha del

camino que debía seguir el ejército a Tetuán, y, por inútiles, se abandonaron al día siguiente de ocuparlas, con 800 bajas en nuestras filas».

Añade que, a pesar de todo, «no cabe duda de que don Juan Prim es la figura culminante de la Guerra de África», pero lo atribuye a que la opinión pública admira «lo épico, lo artístico, lo desusado, lo maravilloso, lo nacido del corazón, más que forjado en la cabeza»; «el defecto militar único del general Prim […] era de embriagarse algunas veces con el humo de la pólvora, y acometer entonces al enemigo, sin curarse de su número ni de sus posiciones, y sin tener tampoco en cuenta si los que detrás de sí llevaba eran pocos o muchos, buenos o malos». Justamente eso sucedió en los Castillejos.

Por esa razón, prefería el valor de O’Donnell, más frío, pero no menor, y cuyos resultados «son más seguros y menos sangrientos para la patria».

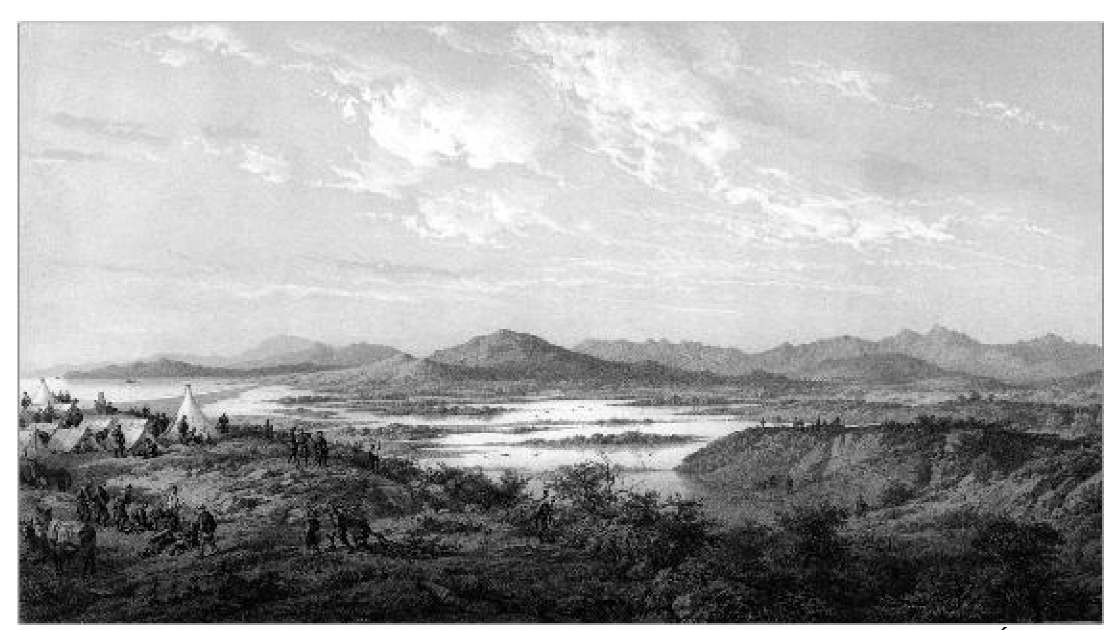
Romero Palomeque[66], de su lado, estima que «el general Prim comprometió la fuerza de su mando […] revelando deseos de llamar la atención aún a costa de múltiples pérdidas». Como jinete, le duele en especial lo sucedido a los húsares, hasta el extremo de que piensa que el conde de Reus debería haber sido relevado del mando de su división. Señala que un general que lo sea «más que de nombre», debe saber emplear todas las armas y que, sin embargo, en el caso de la caballería mostró «completo desconocimiento de las reglas y circunstancias del momento y del terreno, que deben tenerse en cuenta en estas operaciones, dando lugar a pérdidas, sensibles y numerosas, de jefes, oficiales y tropas, sin ningún resultado práctico ni político; en efecto, fue una pantomima militar hacer cargar a los húsares».

Prim mostró, prosigue, un gran coraje, lo que nunca nadie le negó, pero se comportó más como «un esforzado jefe de escuadrón» que como un general. Olvidó un principio cardinal: «conseguir su objetivo economizando todo lo posible la vida de sus soldados».

EL «CAMPAMENTO DEL HAMBRE»

O’Donnell consagró los días siguientes a descansar y reorganizar a las tropas que habían combatido el 1, y reunir a todo el ejército que le iba a acompañar, lo que supuso perfeccionar el camino para que la artillería rodada pudiera alcanzarle. Solo hizo un mínimo movimiento, para trasladarse a las alturas de la Condesa, acercándose a su próximo objetivo, el Monte Negrón[67]. Lo reconoció con minuciosidad García ese mismo 4 de enero, jugándose la vida,

ya que su caballo recibió dos balazos. Es interesante que en el parte se facilite este dato antes que la herida de un ordenanza que le acompañaba.



Vista del valle y lagunas del río M’nuel en *Atlas histórico y topográfico de la Guerra de África* (1861).

El breve recorrido de media legua, desde el campamento de Castillejos hasta la nueva posición, fue hostigado por el enemigo, y costó cinco soldados muertos, y un coronel, un oficial y diecisiete de tropa heridos. Lo protegieron tiradores de húsares, ya repuestos de la experiencia del 1, junto con la escolta de carabineros montados de O’Donnell, «que no dejó de hacer fuego a caballo en guerrilla»[68]. Cuando los contrarios se mostraron demasiado pegajosos, fueron disueltos por los cañonazos de una compañía de posición[69].

Para entonces, los españoles ya estaban incomunicados por tierra con Ceuta, prueba de la precariedad de sus conquistas, pero les acompañaba la escuadra y una flotilla de veinticinco vapores, con distintas clases de suministros, cada una de ellas identificada con grandes letras en los costados del buque.

Tenían ante sí el primero de los obstáculos que les separaban de Tetuán, la pétrea mole de Monte Negrón, que parecía bañar su base en las olas. Por fortuna, García había descubierto «una estrecha lengua de arena, cortada en algunos puntos por trozos de roca, y encerrada entre las lagunas y el mar», «engastada» entre este y «un escarpe de rocas calcáreas»[70]. Dichas lagunas, ricas en sanguijuelas, que daban una buena renta al sultán, y en tortugas, nacían en la desembocadura del río M’Nuel, y presentaban una dificultad adicional, complicando el estrecho paso, eminentemente defendible. No era, pues, sencillo el desafío que se presentaba ante O’Donnell.

Lo resolvió, sin embargo, de forma ejemplar. El 6, antes del toque de diana, su jefe de Estado Mayor, a la cabeza del II Cuerpo, tres compañías de artillería de montaña y dos escuadrones de lanceros, se pone en movimiento. Los infantes, a los que se ha prohibido fumar, avanzan silenciosos en columna de a cuatro. Sin ser detectada, la fuerza atraviesa la angostura. A cien metros de la salida, una mitad —media compañía— de los cazadores de Toledo, de la I Brigada de la 2.ª División, ocupa a la carrera, tras una breve escaramuza, «las peñas que nos cerraban el frente; […] el desfiladero era nuestro». En ese instante, se oyen las cornetas tocando diana en el campamento, pero «ya era tarde […] para los moros. Demasiado confiados en la avanzadilla que acababa de ser sorprendida, cuando quieren reaccionar ya se les ha arrebatado la posición».

Es más, son ahora las dos compañías de cazadores del Regimiento de Toledo las que avanzan contra ellos, todavía desconcertados. Cuando, ya reunidos contraatacan, los españoles se retiran, solo para atraerles bajo los disparos de las piezas de montaña que acaban de ser emplazadas[71]. Su fuego ayuda a disuadirlos de ir más adelante, en especial porque coincide con una finta de parte del III Cuerpo, de Ros, por su izquierda, que amenaza con encerrarlos entre las bayonetas y el mar. Totalmente desbordados por la habilidad del general en jefe español, se repliegan, mientras que el resto del ejército, al amparo de los de García, y precedido por los ingenieros, que van allanando el camino, supera el obstáculo[72].

Toledo pagó con un muerto y dos heridos[73] un éxito tan notable. El Regimiento de Infantería de la Princesa —II Brigada de la citada división—, que participó en la maniobra, también con sus dos compañías de cazadores, solo tuvo cuatro heridos[74]. Por su parte, los Cazadores de Alba de Tormes, de la misma brigada, necesitaron desplegar nada más que una de sus compañías, «dedicándose las demás a campar y disponer sus ranchos»[75], y no tuvieron ninguna baja.

O’Donnell podía legítimamente preciarse de haber realizado de forma impecable «una operación arriesgada y difícil, pero indispensable». Le permitió apoderarse de «una posición que, a (sic) haber sido bien defendida por el enemigo, nos hubiese costado abundante sangre»[76]. Demostró, en efecto su maestría, tanto como Muley el-Abbás sus limitaciones, hasta el punto de que al propio conde de Lucena le pareció «verdaderamente pasmoso»[77] lo sucedido. Fijó su pérdida en un muerto y tres heridos, un poco por debajo de los datos parciales que se acaban de citar. Aquella noche, sus hombres vivaqueaban al pie de la cara sur del monte.

No hubo nada épico en el paso del Negrón. Por eso, no se celebró en largos párrafos hiperbólicos, ni en poesías empalagosas, ni existe un solo grabado que inmortalice el hecho. Pero fue una maniobra de enorme limpieza, perfectamente medida, «una marcha que vale una batalla», «que debería haber costado 1000 hombres»[78], y que costó uno. Sin embargo, no despertó el mismo entusiasmo que el casi desastre de Castillejos.

En el afán por el melodrama, se llegó a falsear la realidad. Así, se presentó a O’Donnell «sentado en una peña, observando el movimiento del ejército musulmán; […] de repente, aprovecha un momento oportuno y manda al general García» la operación que desarrolló acto seguido[79]. Es absurdo, desde luego. De un lado, una acción tan compleja no se improvisa en un instante; de otro, porque en uno de los partes ya citados, del 5, el conde de Lucena informó al Gobierno de sus propósitos para el día siguiente. Parece que había una necesidad de exagerar todo.

La misma noche del 6 se produce un pequeño incidente en el campamento de los expedicionarios. Lo cuenta el renegado Sousa que, al parecer, lo vivió de cerca. Un marroquí, con «el poncho y el pantalón de los españoles» —otras fuentes precisan que vestía pantalón de húsar, sin duda procedente de un cadáver—, se arrastra «como una serpiente», rebasa la línea de escuchas y «anduvo de aquí para allí buscando caballos, hasta que vio uno que llevaba un soldado». Con gran descaro, se le acercó y le pidió en castellano que se lo entregara; el interpelado «se le quedó mirando, esto le hizo perder la serenidad». De un salto, montó, y partió al galope, «pero el camino estaba obstruido por las tiendas y por multitud de zarzas y arrayanes» y se había dado la alarma. Abrieron fuego los centinelas y cayó muerto[80]. La anécdota, mínima, refleja la audacia de los cabileños y también un estado de cosas que duraría hasta el fin de la guerra. Apenas hubo noche en que los enemigos no intentaran golpes como el descrito, o de mayor envergadura, haciendo alarde de una inquietante facilidad para deslizarse en la oscuridad sin ser vistos, a pesar de toda la vigilancia que se intentaba desplegar.

Al día siguiente, se levanta el campo, no sin que antes el general en jefe recibiera a José María Bustillo, el nuevo comandante de las fuerzas navales. Se ignoran los motivos para el relevo de Segundo Díaz Herrera. Quizá se debió a los problemas que plantearon los transportes marítimos en la primera fase de la campaña y que para enero estaban en gran medida resueltos. Apunta Castillo, melifluo: «cualquiera que fuese el motivo de su separación, bien que la había solicitado, como se dijo, bien que el Gobierno desde el principio de la guerra había pensado en el nuevamente nombrado», pero

retrasó su designación para que organizara los embarques a África, «ello es que nunca sería por motivo que pudiese de manera alguna afectar su acrisolada reputación de marino y de caballero»[81]. El mismo 7, no se sabe en qué momento, el conde de Lucena decidió entregar el mando del II Cuerpo a Prim, mientras que Leoncio Rubín de Celis asumía el de la División de Reserva. No parece especular demasiado si se indica que eso señalaba la reconciliación entre ambos, ya que el 8, O'Donnell escribiría el parte sobre los Castillejos en el que eliminaba la alusión negativa al de Reus.

La marcha llevó a las tropas junto al Azmir, «río humilde y sin recuerdos hasta ahora»[82], aunque pronto los tendrá en abundancia, y malos. Al poco de iniciar la caminata, «saltó temporal de Levante», acompañado de una copiosa lluvia. Las consecuencias fueron múltiples: los soldados alcanzaron su destino empapados; los buques tuvieron que alejarse y el ejército quedó aislado, o, mejor dicho, empantanado. O'Donnell reconoció su triste situación cuando, al excusarse por el retraso en mandar noticias al Gobierno, alega que fue «porque incomunicado por mar, no era posible su remisión por tierra, pues el portador caería de seguro en poder del enemigo»[83].

Sería el principio de unas jornadas inolvidables. Aunque se anunció[84] que «para tranquilidad del público podemos asegurar que todos los prácticos están conformes en que los temporales del Este no pasan de tres días, y eso no continuos; por consiguiente, hallándose nuestros buques con 500 000 raciones al abrigo del Cabo Negro, no habrá que temer ni remotamente que faltasen al ejército municiones de boca y guerra», la realidad desmintió todas esas afirmaciones. Las tormentas fueron brutales, los barcos no estaban donde se decía y faltaron alimentos al ejército.

La marcha hasta allí ya había sido penosa: «la artillería se atascaba, la infantería caminaba sobre lodazales». Ante las adversas condiciones, el general en jefe ordenó hacer alto e instalar las tiendas, «siendo él el último que entró en la suya»[85]. O'Donnell, en su parte, menciona que «merced a los eficaces esfuerzos de los ingenieros y artilleros», la columna había llegado a su destino, pero no detalla lo que eso suponía de hombres calados hasta los huesos empujando las pesadas cureñas, resbalando y cayendo en el barro, entre maldiciones a las mulas recalcitrantes. Terminada la agotadora tarea, había que levantar las tiendas sacudidas por el viento, peleando con unos lienzos tan rebeldes como las caballerías, para después, si se tenía la suerte de no estar de servicio, tenderse sobre un charco.

La noche fue más ingrata que el día, y el mal tiempo se mantuvo hasta el 11, con una pequeña mejoría el 10. El 8, por ejemplo, el parte indicaba que

hubo «continuo temporal, y el mar en el mismo estado». Destacaba, sin embargo, «el espíritu del ejército siempre bueno, y el soldado, contento y animoso». Un observador lo ratifica: a pesar de que «nada de lo que pueda escribir puede dar una idea de la desolación y de la tristeza» del sitio, le parecía «sorprendente la paciencia y el buen humor que muestran los soldados»[86]. Incluso se consideró que la «jovialidad que les caracteriza» limitó, en cierta medida, los efectos de la epidemia[87].

Sí que era sorprendente, habida cuenta de las circunstancias. González Ruesgas[88] anota del 7: «la noche fue cruel y horrenda, pues los coléricos se (sic) aumentaron y no tenían lugar donde colocarlos […] el día 8 fue peor». Con el agravante de que el río Azmir o de los Capitanes resultó «fatalísimo por sus aguas» y por sus «pantanos de olor fétido, cubiertos de juncos y malezas»; «es, y debía ser, fatal para la salud del ejército»[89].

Para los hombres de guardia, las condiciones resultaban particularmente duras en «las avanzadas del campamento, sin una tienda, sin un árbol donde guarecerse, parecían a lo lejos una sucesión de negruzcas rocas engastadas en la tierra arcillosa», que aguantaban pacientes la furia de los elementos. Aunque tampoco la situación de los francos de servicio era envidiable: tumbados en torno a «tres guijarros» que servían de chimenea a un fuego mortecino que llenaba de humo «la conejera», «al cambiar de lugar en busca de alivio se encontraban con que el peso del cuerpo había producido un charco debajo del jergón». Acabada la noche, «los primeros albores de la mañana aparecieron en medio de una cerrazón completa, sin menguar la lluvia, sin cesar el viento, sin sosegarse la mar»[90].

En cuanto a los enfermos, tirados en la tierra húmeda, o, los afortunados, en una camilla, no podían sino esperar, temblando de frío y de fiebre, en un entorno repugnante: «los lugares excusados se generalizaron tanto, que no se podía fijar la planta sin que participase el pie de sustancias elereogéneas[91] (sic)»[92].

Los de Muley el-Abbás hacían lo posible por agravar la situación. Así, en la noche del 8, algunos de ellos lograron infiltrarse, y asesinaron a dos vivanderos, e hirieron gravemente a uno.

Eso no era todo; faltaba el hambre. Hay que resaltar que un informe del 7 del comandante de las fuerzas navales[93], tras indicar la paulatina retirada, a causa del temporal, de los vapores de transporte y de las cañoneras, primero; de las fragatas, después, y, por fin, de toda la escuadra, para ponerse a salvo, señala que «el ejército está completo de municiones y con víveres para cinco días», con lo que no habrían tenido que surgir problemas. Sin embargo, era un

hecho conocido —se vio en la guerra carlista—, que los hombres, por voracidad, imprevisión o, simplemente por quitarse peso, hacían desaparecer las raciones a una velocidad superior a lo previsto en los reglamentos.

Uno de ellos cuenta a ese respecto[94] que allí estuvieron «sufriendo el rigor de los malos tiempos, llegando al estado de faltar comestibles por el motivo de hallarse la mar bastante alborotada […] sustentándose la tropa solamente con algunos granos de arroz cocido[95], sin sal ni nada, y algunas y otras conchas». La galleta llegó a ser un artículo de lujo, pagándose a una peseta y más por unidad; «un soldado español contó después que la *galeta* (sic) que se vendía al principio del día a peseta, valía por la noche un duro, y que ni a ese precio se encontraba»[96]; los cigarros de 10 maravedíes, valían de 8 a 10 reales, y los de papel, 4 y hasta 5. Un condumio de arroz a medio cocinar, por la imposibilidad de mantener vivas las hogueras, y tocino se consideraba un banquete. De ahí que el aciago lugar fuese bautizado como Campamento del Hambre, aunque hay en ello alguna exageración. Escaseaban el bizcocho y el café, se había agotado el azúcar y quedaba poco tabaco, pero, «por fortuna, tenemos carne del ganado que nos acompaña»[97].

El temporal no se ciñó a las riberas del Azmir, sino que azotó ambas costas: «son terribles y desconsoladoras las noticias que se van recibiendo de los desastres causados»; «en Algeciras fue horrorosa la tormenta en la noche del 8 y madrugada del 9, el agua y el granizo corrían a torrentes». Las gentes, asustadas, se precipitaron a las iglesias a hacer rogativas[98]. En Málaga, hizo naufragar seis buques, el día 8, y en Cádiz, «ha causado el temporal del 8 algunos desastres, si bien de menos consideración»[99] que en la capital malagueña.

En Ceuta, el espectáculo fue dantesco. Yriarte[100] lo vivió encerrado en un buque durante cuarenta y ocho horas, sin poder desembarcar, alimentándose de naranjas: «a cada instante veíamos entrar en el puerto naves con averías, la arboladura rota o las velas desgarradas; restos de todas clases flotaban a nuestro alrededor, […] piezas de madera, pedazos de arboladura, caballos muertos, bueyes ahogados, sacos de avena, toneles…».

En el curso de esos días, y sin contar los buques ajenos a la guerra[101], fue cuando naufragaron varios de los 15 que la *Memoria administrativa*[102]… dio por perdidos durante la campaña. El más importante fue la goleta de guerra La Rosalía, que la corriente arrastró hasta la costa, en la playa de los Castillejos, donde quedó embarrancada e inutilizada. Perecieron tres hombres y varios resultaron heridos. Además, se habían «perdido todas las chalanas y embarcaciones menores que había en Ceuta, lo mismo que las de Algeciras»,

por lo que se mandó un oficial de Marina a Málaga «para que alquile, compre o embargue el número de barcazas suficientes» a fin de atender a las necesidades[103].

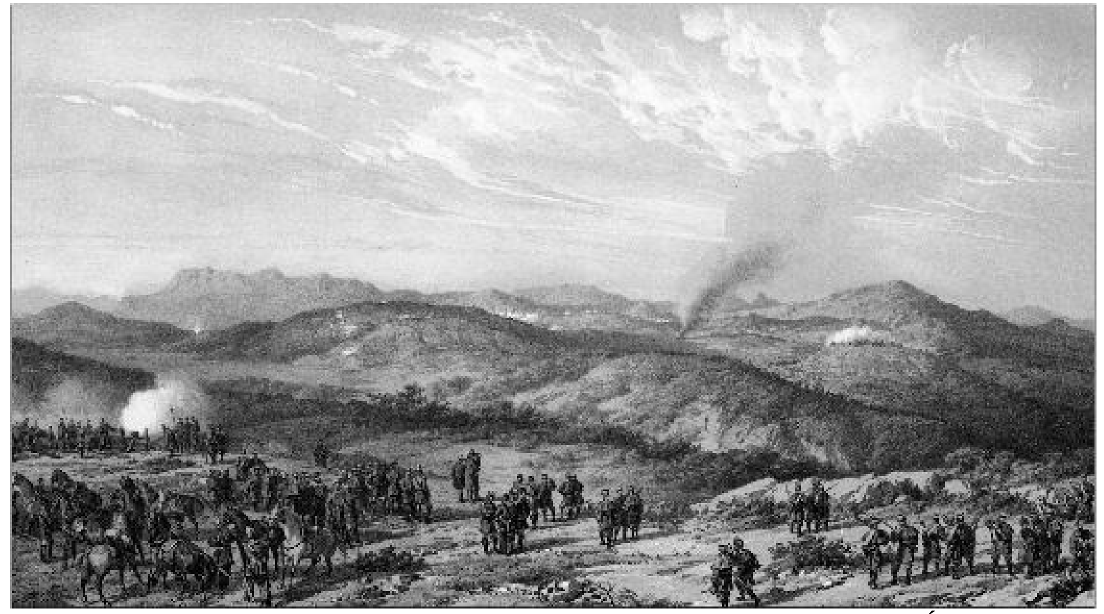
La situación llegó a ser tan complicada que el 10 por la mañana estaban formados los Cazadores de Chiclana, Figueras, Alba de Tormes, Arapiles y Simancas, junto a la División de Caballería, con Prim a la cabeza, y con varios cientos de acémilas, listos para realizar una marcha a la desesperada hasta Ceuta, al objeto de recoger allí provisiones. No fue necesario, porque ese día, para alivio de generales y satisfacción de la tropa, mejoró algo el tiempo, lo suficiente para que reaparecieran los barcos. El estado del mar no permitió desembarcar provisiones, porque se mojaban y el agua las echaba a perder, pero al menos se pudieron suministrar, recurriendo a andariveles, 159 pacas de forraje para las caballerías, aún más necesitadas que los hombres. Saltó a tierra, aunque jugándose la vida, Bustillo, el comandante de las fuerzas navales, que mantuvo una conferencia con O'Donnell. Así se evitó una operación ciertamente arriesgada, porque el pesado convoy terrestre se habría visto obligado a abrirse paso entre los marroquíes, lo que hubiera supuesto un aumento de la lista de bajas.

Los enemigos aprovecharon la tregua que dio la lluvia para lanzar un nuevo ataque. Llegaron en mal momento: «los soldados, hambrientos y privados del *cigarrito*[104], que valoran más que la comida, no están del mejor humor, […] lo que les convierte en enemigos peligrosos»[105]. Quizá por eso dieron «dos cargas a la bayoneta resueltísimas», aunque hay muchas posibilidades de que las 34 piezas —18 de montaña, 12 del 2.º Montado y 4 de posición— que O'Donnell puso en batería jugaran un papel destacado, con los 412 disparos que hicieron. Prim en su nuevo mando, demostró «notable acierto y bizarría», en palabras de su superior que evidenciaban las buenas relaciones que existían entre ambos. No deja este, sin embargo, de comentar que «el general conde de Reus juzgó llegado el momento de obrar enérgicamente»[106], lo que puede encerrar una crítica velada, porque el impetuoso avance de su infantería obligó a cesar el fuego de los cañones, de forma que el conde de Lucena tuvo que mandar a la siempre disponible compañía de López Domínguez, afecta al 5.º de Artillería a Pie, que se adelantara a primera línea, a fin de que los infantes contaran con alguna protección artillera.

Hubo 13 soldados españoles muertos, y 15 jefes y oficiales, y 149 de tropa heridos. Muchos, levemente[107]. Las pérdidas de los contrarios fueron, en lo que llevaba camino de convertirse en una cláusula de estilo, «infinitas». En la

misma oportunidad, O’Donnell comunicaba a Madrid que el mal tiempo impedía abastecer al ejército, por lo que no se movería hasta que estuviera «completamente provisto de todo».

El conde de Reus dictó un informe[108] demasiado prolijo, habida cuenta de la escasa trascendencia del encuentro. Habla en él de sendas cargas. Una, de Castilla, sostenido por las guerrillas de Saboya y de Córdoba, de la 1.ª División, de Orozco, y otra de Toledo, de la 2.ª, de Enrique O’Donnell, «que se vio obligado a cargar cinco veces, y de ellas dos a la caballería enemiga», distinguiéndose en especial los granaderos. En su avance, los españoles tomaron, una tras otra, tres posiciones de sus adversarios, hasta que el general en jefe dio la orden de repliegue. Una vez más, cabe preguntarse si era razonable que varios miles de hombres, dotados de armamento moderno, en un campo fortificado y poderosamente artillado, salieran a campo abierto y recurrieran al arma blanca para ahuyentar a fuerzas irregulares, equipadas de fusiles de chispa y sin cañones. En efecto, llama la atención que Prim apelara a la bayoneta, a costa de renunciar al fuego de las 34 piezas desplegadas por su general.



Vista del valle del río Asmir en *Atlas histórico y topográfico de la Guerra de África* (1861).

Hasta el 10, las pérdidas en combate de la fuerza expedicionaria se cifraban en 28 jefes y oficiales muertos y 189 heridos, y 331 y 2079, respectivamente, de tropa[109].

Tras otra noche de diluvio, y con el campamento hecho un nauseabundo barrizal, el 11 por fin se pudo hacer llegar al ejército una ración y más pienso: «el agua de mar había averiado las provisiones, el heno estaba mojado, la

avena nadaba en el fondo de las barcas, pero nadie entonces se preocupaba por tan poca cosa»[110]. Entre los primeros envíos desde los buques estaban paquetes de tabaco. Los soldados, «que no se acordaban del pan y clamaban por un cigarro»[111], enloquecidos, se tiraban al mar a por ellos, lanzando incluso dinero a las tripulaciones de los botes para pagar por adelantado. O'Donnell en persona tuvo que poner orden y «se pudieron sacar cajones de galleta y tocino, valiéndose de las tropas, que se metían hasta la cintura en el agua»[112] para formar una cadena humana.

Ya era tiempo. En el campamento se veían «los caballos tendidos, abatidos, eran de una flacura espantosa; las mulas se tambaleaban bajo el menor peso y, a cada paso, encontrábamos cadáveres de esos pobres animales»; en cuanto a los hombres, «los mejor provistos estaba (sic) reducidos a comer galleta mojada y a beber aguar corrompida»[113].

Lo más importante es que se logró evacuar a enfermos y heridos[114]. Muchos de aquellos estarían en lamentables condiciones, tras días sin una atención médica adecuada. El comandante de la 2.ª División había hecho una visita el 10 al improvisado hospital, y había visto «ocupadas las camillas con los enfermos y heridos de anteriores días, aglomerados en reducido espacio, […] sin más lecho que una manta de provisión tendida sobre el barro; sin más resguardo contra el viento que el oscilante paño de una tienda; sin más distancia entre ellos que la necesaria para la colocación del pie del practicante». Se entiende que saliera «con el corazón partido»[115].

El general en jefe concedió ese mismo día un nuevo ascenso, el de Ustáriz, su secretario de campaña, a mariscal de campo[116]. Desde luego, sus colaboradores no le podían acusar de falta de generosidad.

El 12 tendría lugar un nuevo combate, cuando hacia las dos de la tarde los marroquíes se presentaron una vez más con intenciones agresivas. También en esa oportunidad correspondió a Prim la tarea de ahuyentarlos. No parece, según su propio parte[117], que lo hiciese con toda felicidad. Comenta, al respecto, que dos batallones de la División O'Donnell, debido a «la escabrosidad del terreno […] cambiaron de dirección y avanzaron extraordinariamente sobre la derecha», obligándole a tomar en persona medidas para que no fuesen copados. Luego dice que los Cazadores de Arapiles, Figueras y Simancas, de la otra división, la de Orozco, se empeñaron tanto en una carga que se encontraron en una posición en la que «carecían del suficiente apoyo, pues en mis cálculos no había entrado tan impetuoso avance», por lo que tuvo que mandar a Castilla y a Córdoba en su socorro. Un corresponsal opinó que «el general Prim se adelantó, a mi modo

de ver, demasiado, y tuvo que sostener el fuego hasta oscurecido, por evitar que le cargaran en la retirada»[118], porque a la caída de la noche, y como siempre, tuvo que abandonar lo ganado y regresar al campamento. Era tan tarde que se encendieron antorchas para alumbrar a las tropas. Hasta las 12 no llegaron a su destino.

Comenta el conde de Reus que los adversarios dejaron en el campo 47 muertos, lo que era muy infrecuente, y 4 prisioneros. Él tuvo un muerto y 77 heridos, bajas modestas que contradicen algo la gravedad de los momentos de crisis que describe. Aun así, estimó preciso citar nominalmente como distinguidos a 25 generales, jefes y oficiales.

Por su lado, O’Donnell destacaría más sobriamente en su informe telegráfico que «los efectos de la artillería les son fatales [a los marroquíes]»[119]. Da la sensación de que cada día aumentaba, con sobradas razones, su confianza en ese arma. En el parte detallado[120] se aprecia que agrupó una compañía de montaña, otra del 3.º Montado y tres del 2.º de esa especialidad para formar una base de fuegos, que intervino activamente. La de López Domínguez se ganó una nueva mención honrosa. Actuaron en total, diez batallones, de los cuerpos II y III y de la División de Reserva. Eventualmente, García de Paredes, jefe de la I Brigada de la 1.ª División del II Cuerpo, sería recompensado con su ascenso a mariscal de campo[121].

CABO NEGRO

En resumen, durante aquellas largas jornadas, nuevamente la meteorología hostil había contrariado los planes del de Lucena, bloqueándole en medio de la nada y sin recursos, con el subsiguiente desgaste para el ejército. La intensidad de la merma sufrida se refleja en la petición a España de veinticinco hombres adicionales por cada escuadrón, lo que indicaba unas bajas de entre el 20 y el 25 %, sin haber combatido, excepto los húsares. Además, las pérdidas experimentadas en los medios navales complicaban y retrasaban el envío por mar de la División Ríos, ya terminada de formar, con la que O’Donnell contaba reunirse frente a Tetuán, en una versión reducida de sus proyectos originales.

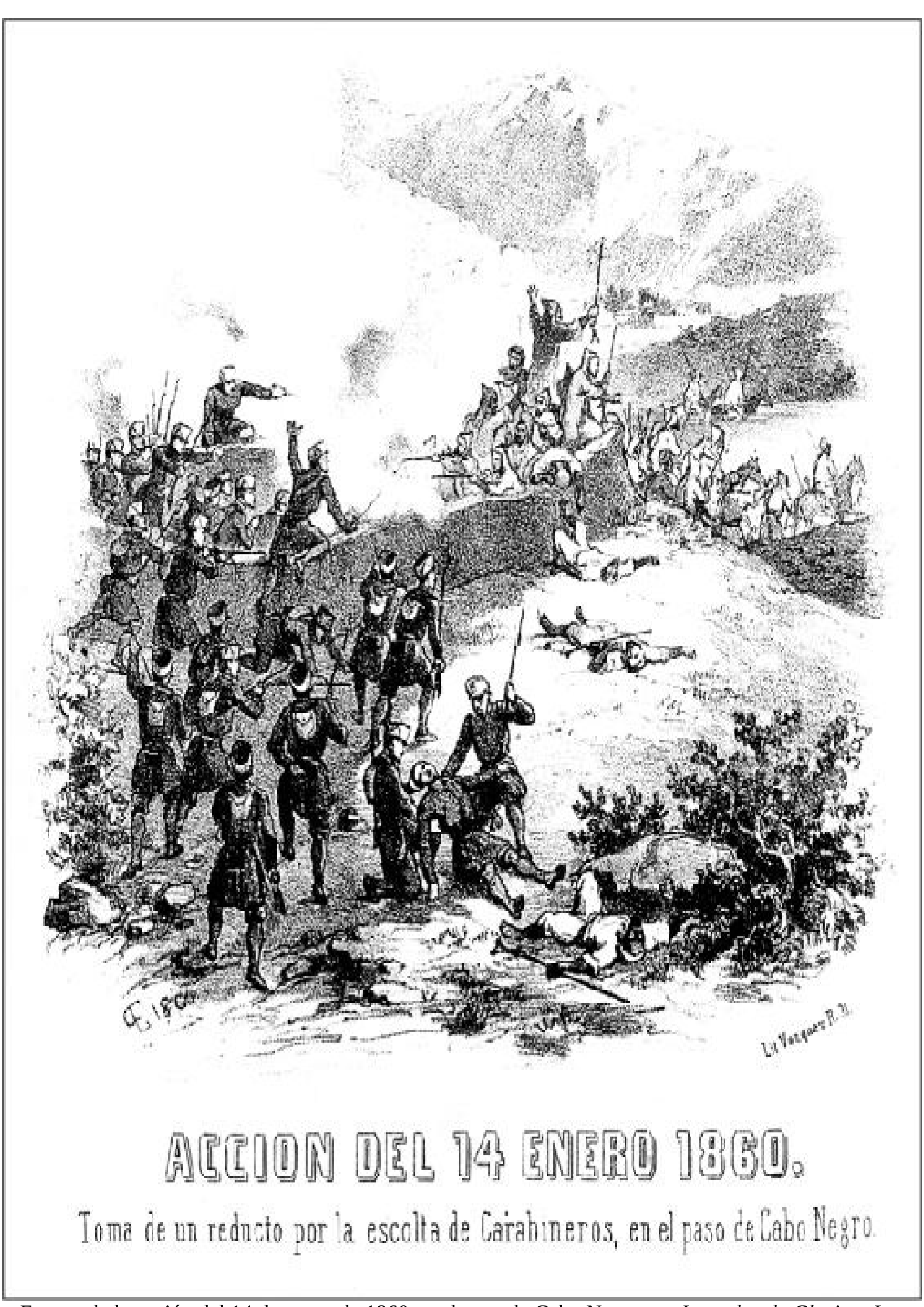
Todo ello minaba la confianza de la opinión pública, que empezaba a tambalearse: «dudábase ya, en medio de la natural tribulación, si el resultado de la guerra correspondería al sacrificio, si los millones y la sangre derramada en tan terrible y continuada lucha serían el verdadero precio de los bienes que

pudiera reportarnos»[122], al tiempo que corrían «especies de todo género y perversa índole»[123] sobre la situación del ejército.

Por fin, el general en jefe pudo comunicar el 14, una vez reabastecido el ejército: «emprendo la marcha a tomar posiciones en Cabo Negro»[124]. Abordaba con estas palabras el último obstáculo que le separaba del valle de Tetuán. No era sencilla su tarea. Ante él se alzaba, «cortada perpendicularmente», «la oscura y tenebrosa punta de Cabo Negro, penetrando en el mar como un inmenso fantasma»[125]. Era, no obstante, «la verdadera llave de Tetuán»[126] y tenía que caer.

A diferencia de Monte Negrón, cuyo paso tenía la ventaja de que el flanco izquierdo estaba protegido por el mar, controlado por los españoles, Cabo Negro solo se podía franquear adentrándose por un abrupto desfiladero, «un verdadero antro sumido entre escabrosidades y asperezas de dificilísimo acceso»[127], «sin visible salida, dominado en todas direcciones por cordilleras más elevadas»[128]. En concreto, la garganta se deslizaba entre, al este, la mole del cabo propiamente dicho, en la que se distinguía lo que se ha definido como aduar miserable o como un cortijo desvencijado, y, a la derecha, las estribaciones de la sierra de Bullones que no solo tenían laderas empinadas, cubiertas de matorrales y bosques, sino que se sucedían formando tres líneas, cada una más alta que la anterior. Se trataba, de hecho, de una muralla, con una angosta poterna. Nada más fácil de defender. Allí se dejaría Muley el-Abbás su reputación.

Dos horas antes de amanecer suena la diana y el ejército franquea el río Azmir por un puente construido por los ingenieros y otro improvisado por la marina con puentes y tablones[129]. Va en vanguardia, con una compañía de ingenieros y otra de artillería de montaña, el II, un homenaje a la valía de Prim, o a su influencia política, o a ambos factores. Cabe imaginar que Ros no estaría muy satisfecho del papel secundario que se había adjudicado a su III Cuerpo. Sin un solo disparo, la 1.ª División, que va en cabeza, ocupa el aduar, donde se instala el hospital. En un tributo a las experiencias pasadas, se dejan en ese lugar las mochilas, y los hombres se tercian las mantas, tanto como protección como para abrigarse si la noche les sorprende en el campo. Luego, suben la primera línea de alturas «gateando por las pendientes y sirviéndose de la misma maleza que les cerraba el paso»[130].



Escena de la acción del 14 de enero de 1860 en el paso de Cabo Negro, en *Jornadas de Gloria o Los Españoles en África* (1860), de Víctor Balaguer.

A partir de entonces, todo serán combates. Los marroquíes reaccionan, aunque tarde, y empiezan a lanzar sus habituales y estridentes asaltos; «con

gran algaraza y gritería, tocando una gaita y un tamboril», dice Clemente Borobio, que estaba allí con los Cazadores de Llerena[131]. Atacan con escasa intensidad en su derecha, por miedo a que una maniobra envolvente los encierre entre los batallones enemigos y el Mediterráneo. En el otro flanco, en cambio, despliegan notable obstinación, dado que allí el copo resultaba imposible. El frente que se les opone está constituido, de este a oeste, por Figueras, 2.º de Castilla, 1.º de Córdoba, 1.º de Saboya, 2.º de Córdoba, Simancas, Arapiles y 1.º de Castilla, gran parte de las fuerzas de la 1.ª División de Prim. El grueso del ejército, por su lado, se enfrasca por el tramo ya despejado del desfiladero, y O'Donnell hace relevar por fuerzas del III Cuerpo a las del II que habían quedado atrás, a fin de liberarlas para que puedan entrar en fuego. Lo hizo a tiempo, porque un importante contingente de adversarios amenaza la extrema derecha de Prim, que manda contra ellos a la 3.ª de Artillería de Montaña y a la I Brigada de la 2.ª División, que pronto habrá que reforzar con la II.

Los regimientos de línea de Córdoba, Saboya, Princesa y Toledo, y los Cazadores de Simancas, Chiclana, Arapiles y Alba de Tormes no se limitan a aguantar los embates que los adversarios emprenden desde la segunda serie de montes, sino que, en un contraataque a fondo, les rechazan, les persiguen ladera abajo, trepan tras ellos a lo que había sido su base de partida y la toman, arrojándoles a la tercera y última sierra. Un dato que demuestra la aspereza de la orografía es que Alba de Tormes, que recibió orden de cargar a la derecha de Arapiles, tuvo que abrirse paso en la maleza «con los machetes de los gastadores y los útiles de las compañías»[132].

Tras un breve descanso para recuperar el aliento, Enrique O'Donnell, jefe de la 2.ª División, ordena una nueva embestida a los dos batallones de Toledo, al 2.º de la Princesa, a Simancas y a la mitad de Chiclana, y se apodera de las crestas que faltaban por conquistar, desde las que ya se divisa Tetuán, mientras que los contrarios huyen en desorden. Para orgullo de Toledo, sus banderas fueron agujereadas por las balas marroquíes[133].

Se habían cubierto todos los objetivos, lo que era especialmente meritorio porque, al menos en la segunda parte de la acción, los hombres habían tenido que combatir «en medio de una lluvia menuda y penetrante»[134], que hacía aún más resbaladizo el infernal terreno. Junto a los batallones victoriosos figuraban, no podía ser menos, los cañones de López Domínguez: «el comandante en jefe les había ordenado solfear desde arriba», y allí subieron, a costa de que «en los pasos más abruptos y escarpados desmontaban las piezas y las cureñas y las llevaban a hombros»[135], en un esfuerzo brutal. Junto a

otra compañía del arma, también de montaña, hicieron un total de 210 disparos, cantidad elevada para tan corto número de bocas de fuego.

Durante la lucha, Chiclana pasó un momento complicado cuando primero las carabinas de la mitad del batallón y luego las de las restantes compañías se encasquillaron. Enrique O'Donnell atendió al problema ordenando al comandante de aquella que «a toda costa se sostenga, supliendo con la bayoneta el fuego que le falta», mientras que las segundas se mantuvieron «simulando ataques», para que no se descubriera el estado en que se hallaban, hasta que el 1.º de Toledo acudió en su ayuda. Es de suponer que esa unidad había recibido armamento defectuoso[136].

Con encomiable previsión, el comandante en jefe había agregado a Prim un escuadrón de Húsares de la Princesa y otro de Lanceros de Villaviciosa, que marcharon entre las dos divisiones de infantería. Cuando estas terminan de conquistar las alturas que batían el desfiladero, la caballería pudo salir a campo más abierto, lo que la sitúa ante una masa de jinetes marroquíes, que se ha dicho que pertenecían a la Guardia Negra. Entonces resuena la orden de ataque general y la línea de bayonetas españolas avanza, «quedando en nuestro poder toda la última loma del descenso»[137] al valle, mientras que los de la Princesa y Villaviciosa[138] dan una carga a fondo, calificada de «decisiva» por el conde de Reus, que dispersa a sus rivales. Mandaba a los húsares el capitán Gorostarzu, al que se recordará de los Castillejos, y que tomó entonces venganza.

Ya solo quedaba a las fuerzas del sultán una postrera defensa, un reducto situado en dicho valle. Resulta curioso comparar dos descripciones que revelan otras tantas mentalidades muy distintas. Para José Navarrete[139], siempre con los pies en el suelo, se trataba de «dos malísimos fortines». González Ruesgas, que todo lo dramatiza, afirma[140], para resaltar la calidad de la obra, que «la construcción del rediente era de manos europeas y de gente de patillas rubias; el lector podrá calcular sin dificultad cuáles serían los ingenieros». No obstante, la construcción revelaba falta de conocimientos técnicos. Se había colocado en un punto dominado desde alturas cercanas, por lo que, si estas caían en manos de un enemigo dotado de artillería, como fue el caso, sería batida impunemente, lo que sucedió. Por otro lado, solo se habían construido foso y parapetos en su parte central, lo que la hacía muy vulnerable a un ataque envolvente.

Después de un previo bombardeo de López Domínguez desde una de esas alturas, cayó con gran facilidad, en manos de Figueras y de medio batallón de

Córdoba, a los que O’Donnell añade, precediéndolos, su propia escolta de carabineros, detalle que Prim no menciona.

Las bajas españolas fueron un oficial —«degollado en la carga»— y 24 de tropa muertos, y 19 jefes y oficiales y 363 soldados heridos. La baja del adversario se calcula que fue «al menos doble que la nuestra». En esta ocasión el conde de Reus elogió nominalmente el comportamiento de 49 mandos.

En ocasiones, tenía que parecer al general en jefe que los elementos se confabulaban contra él. Se encontró, al final de la acción y del día, con sus hombres empapados por una lluvia que caía «no a hilos, sino a chorros»[141], con el estómago vacío, ya que solo habían tomado un café antes de salir el sol, y sin tiendas de campaña, que estaban en la retaguardia, con la impedimenta. Ante esa situación, O’Donnell decidió dejar en las posiciones conquistadas y apresuradamente atrincheradas, a elementos de la 2.ª División, mientras que el resto de las tropas retrocedía en busca de abrigo y de provisiones.

Los pobres heridos fueron los que más sufrieron. Primero, les tuvieron que bajar por aquellos despeñaderos. Aunque Prim destacó en su parte la labor de la sanidad, tenía sus límites, y resultaba imposible llevarles a mano cómodamente por aquellos senderos de cabras; alguno cayó rodando por un precipicio y se mató, cuando resbalaron los camilleros. En segundo lugar, por un error, ciento sesenta de ellos permanecieron embarcados en un buque hospital hasta el 18, cuando salieron para Málaga, donde al día siguiente del combate habían llegado los demás. Por cierto, se dio rienda suelta al romanticismo en torno a una misteriosa mujer que se afanó atendiendo a los caídos. Parece, sin embargo, que la explicación era bastante prosaica. Se trataba de una cantinera francesa, veterana de Crimea y de Italia. En lugar de imitar a sus colegas, despellejando a los soldados vendiéndoles a precio abusivos brebajes de dudoso origen, prefirió ocuparse de ellos[142].

De todos los combates disputados hasta ahora, quizá fue este el que más dañó el prestigio de Muley el-Abbás, al menos ante los ojos de sus oponentes. Ya en Monte Negrón, el de Lucena había maniobrado de forma que le venció sin apenas disparar un tiro. Que se hubiese dejado derrotar de nuevo y con relativa facilidad tras esa experiencia, siendo dueño de alturas tan ásperas que se dijo que subirlas, aunque fuera sin combatir, ya era una hazaña, y además abiertas solo por un estrecho y sinuoso desfiladero —lo que los franceses llaman gráficamente un «corta gargantas»—, demostraba que, siendo como lo probó un caballero y un fino diplomático, no era un general.

A la vez, después de tantos fracasos, la moral de sus hombres empezaba a vacilar, no faltando, junto a los «resueltos y llenos de ardor», quienes murmuraban «que las gentes de Tetuán se batan para defender su Tetuán»[143].

El 15, las tropas se dedicaron a descansar, mientras los ingenieros abrían un camino para la artillería arrastrada, que había quedado al otro lado de Cabo Negro, pero el 16 se desencadenó una notable actividad en varios frentes.

LA DIVISIÓN RÍOS

Fue una operación compleja, que se desarrolló sin graves incidentes. La inició Bustillo, acercándose con su escuadra al fuerte que defendía la ría o último tramo del Guad-el-Jelú, también llamado Martín, antes de su desembocadura. Tras hacer un disparo, que no es respondido, manda desembarcar un destacamento de tropa y marinería, que ocupan el edificio abandonado, trepando por una cuerda al segundo piso, donde se hallaba su única entrada.

Inmediatamente después, comienza el desembarco, que se completó en dos horas, de la División Ríos, en lanchas que se habían traído de Málaga y Almería[144]. Había subido en Algeciras a los transportes en la tarde del 13, donde se le dio un rancho de «pan y tocino, para abreviar y por ser difícil otra cosa»[145]. Permaneció en ellos todo el 14, por precaución, hasta «tener seguridad» de que el tiempo sería favorable para la navegación.

Tan pronto como salta a tierra, sale a la carrera para apoderarse de la Aduana, otra construcción desvencijada, próxima a la anterior, pero más alejada del mar. Ambas serán piezas claves del futuro dispositivo defensivo español. Por entonces se descubrió que la ría tenía suficiente calado para que entraran en ella las cañoneras, lo que suponía una ventaja adicional. Al poco, se unió a Ríos una batería de montaña enviada por O'Donnell desde su campamento. El propio general en jefe inició un avance en esa dirección, pero «suspendió el movimiento, ocupando de nuevo las posiciones que tenía por la mañana al sur de Cabo Negro, en razón de haber encontrado un vado sobre el que había que formar un puente para el paso de la artillería»[146].

El conde de Lucena lo explica mejor: «la artillería de posición, que quedó ayer aparcada en el camino, ha pasado al llano, y se está arreglando un paso de un brazo de dicho río [el Martín o Guad-el-Jelú] para que el ejército tome el camino de Tetuán»[147]. Así era, al descender de las alturas donde se encontraba, para unirse a la nueva división, comprobó que el río, igual que los otros que había franqueado durante su marcha, antes de llegar al mar formaba

un conjunto de marismas que planteaban dificultades a sus cañones más pesados.

Mientras se solventaban, adelanta a toda la División de Caballería, bien acompañada por las doce piezas rayadas del 2.º de Artillería Montada[148]. Para mayor seguridad, añade cuatro batallones de la I Brigada de la División de Reserva, que forman cuadros, aunque se tardaron algo en completar porque las mulas que llevaban la munición se hundían en el barro hasta el corvejón. A los ojos de los espectadores, a pesar del lodo, es una escena soberbia. Los escuadrones forman en dos filas, de coraceros y uno de húsares en la primera; de lanceros y el otro de la Princesa, detrás. Las pellizas estaban ennegrecidas por el humo de las hogueras y la suciedad, las levitas azules y los pantalones rojos, descoloridos por la intemperie, pero los sables y los cascos a la romana conservaban todo el prestigio de la caballería. En cuanto a las monturas, para sorpresa de propios y extraños habían resistido las penalidades mejor que las mulas, y se presentaban en excelente estado.

Desde el bando contrario, el renegado Sousa ha dejado una descripción no muy conocida, que vale la pena citar: «el espectáculo era magnífico: un escuadrón de húsares abría la marcha en guerrilla; seguían dos regimientos de artillería rodada, protegidos por cuatro batallones que avanzaban formados en cuadro, y cubrían la retaguardia dos alas de caballería, compuestas de mil jinetes»[149]. Era aquella, aunque no se sabía, la última parada de la caballería española en campaña, vestida de gala.

Al verla, los jinetes marroquíes, incluyendo grandes contingentes de la Guardia Negra, acudieron a centenares, y se entregaron a su frenética fantasía, yendo y viniendo al galope, disparando sus largas espingardas. Pero era solo un alarde de equitación; aquel guante de desafío no se podía recoger. La artillería, a cañonazos —hizo ese día 275 disparos— les demostró que vivían en el pasado, espantándoles en todas direcciones. El muro de los españoles, siempre acompañado por las piezas, avanzó un tanto, silencioso, los aceros sobre los hombros y las lanzas enhiestas, pero los de Muley el-Abbás sabían de su impotencia, y se retiraron, dejando tras de sí, por tierra, su reputación, como un despojo más.

Al tiempo que en el llano tenía lugar este lucido episodio, la situación era muy diferente en Cabo Negro. Al amanecer, la diana había despertado a los hombres, todavía ateridos por la lluvia, atenazados por una humedad que cubría de verdín hasta la ropa guardada en las maletas de los oficiales. Apenas formados, se encontraron envueltos en una densa y húmeda niebla que, con

intervalos, no levantaría hasta las once, tras «cuatro horas de absoluta ceguera».

A las diez, se habían dado órdenes de partir a toda la impedimenta, y el II y el III cuerpos esperaban con paciencia que llegara al punto designado en el valle para acampar, cuando se constató la imposibilidad de que accediera a él la artillería montada hasta que no se construyera el puente citado antes. Para evitar que se quedase atrás, desprotegida, se mandó regresar a las acémilas, con la idea de volver a acampar donde se había pasado la noche anterior. Por desgracia, entonces rompió a llover, y los batallones pasaron cinco horas adicionales al raso, en ayunas y bajo la tromba, hasta que se pudieron reunir con sus tiendas y sus utensilios de cocina. Mientras aguardaban, «el que llevaba espada, se apoyó en la espada; el que tenía fusil, se apoyó en el fusil, y de este modo aguantamos de pie derecho inmóviles, silenciosos, aquellas horas de agua y hambre»[150]; «nos moríamos de hambre y de frío, estábamos empapados hasta los huesos, los caballos bajaban tristemente la cabeza, y los soldados, sin desanimarse, cantaban lo mismo que si el sol nos saludase»[151].

Pero esas condiciones tenían que pasar factura. Esa noche, Yriarte[152] cenó con O'Donnell, que había soportado el diluvio junto a sus hombres. Cuando, al término de la comida salía de la tienda, el centinela rodó a sus pies, «dando espantosos gritos». El general pidió a voces una taza de manzanilla, acudieron el médico y el farmacéutico, pero el soldado murió, víctima del cólera que, si bien mitigado, nunca había abandonado al ejército.

Por fin, el 17, el conde de Lucena comunicaba al Gobierno[153] que «hoy he verificado la traslación de mi campo por el flanco izquierdo, sin ser molestado, a las orillas del río Guad-el-Jelú o Martín; […] nuestro campamento se extiende desde la Aduana, de que estamos posesionados, hasta la orilla del mar». Ese día los cuerpos II y III descendieron de las cumbres de Cabo Negro, teniendo que vencer nuevas dificultades. En efecto, «en el momento en que la vanguardia se pone en camino, una nueva borrasca nos acomete»; bajo ella, se atraviesa una «inmensa llanura convertida en marisma por la lluvia torrencial», que, imparcialmente, se abate sobre todos; «nunca he visto a un héroe más enlodado» que Prim, dirá un testigo[154]. Algunos batallones vadearon el río con el agua hasta la cintura, por insuficiencia de los puentes que se tendieron, y hubo que poner tiros dobles a la artillería, que se atascaba en la playa. Lo dijo un oficial, aburrido: «cuando dejamos la arena, subimos a las montañas, y cuando dejamos las montañas, nos hundimos en los pantanos»[155].

Ya en el llano, las tropas se unieron a sus camaradas recién llegados de España. El contraste entre unos y otros no podía ser más marcado. Los veteranos, atezados, enflaquecidos, muchos de ellos convalecientes de la epidemia, con los uniformes deslucidos y remendados, pero todos hechos a la guerra, fibrosos, capaces de enfrentarse a cualquier enemigo. Los bisoños, rozagantes, relucientes, llenos de preguntas inquietas sobre los temibles «moros», que serían contestadas, a cambio de tabaco y vino, con pavorosas exageraciones. Pronto empezarían a pagar su cuota al cólera, que se cebará en ellos.

Con el agravante de que, al estar los barcos hospital dedicados a otras funciones, distintas a las que se habían previsto, se transportó a Ceuta a los afectados en pequeños vapores, «obligados los pobres enfermos a ir sobre cubierta, sin precaución alguna, expuestos al frío y a la inclemencia, llevando por cama las tablas del buque, completamente privados de asistencia facultativa». Ante la enérgica protesta de los médicos, se consiguió embarcar con ellos a un doctor y a un practicante, pero sin medio alguno, y continuaron yendo «tendidos sobre cubierta, mal envueltos en su pobre manta, apiñados». Más de uno murió en el trayecto. Así serían las evacuaciones hasta el final de la campaña[156].

Con la continua llegada de aquellos desdichados, el presidio seguía ofreciendo el mismo lúgubre panorama que desde mediados de noviembre: «el entrar en Ceuta, el corazón se cubre de tristeza; a cada paso se encuentran oficiales y soldados de rostro cadavérico, en el que llevan pintadas todavía las huellas de la terrible epidemia, […] como si fueran muertos vivientes; […] pasan a la mitad del día carros atestados de muertos sacados de los depósitos de los hospitales», pero «el público no ve de noche a esos grupos de soldados silenciosos que abren sepulturas». Había en la ciudad 17 hospitales, con 2300 pacientes, de ellos, 1980 coléricos[157].

Incomparablemente mejor era la suerte de los enviados a la Península, donde se les acogía como a héroes. Una descripción de época anterior[158], pero válida mientras duró el conflicto, cuenta la llegada de un transporte a Cádiz con 111 heridos. Tras la «delicada y penosa operación del embarque», el director de la compañía de ferrocarriles se ofreció a conducir personalmente la máquina del convoy que les llevaría a Sevilla. En un alto en Jerez se ofreció a los pacientes sopa y caldo, «vinos ricos y abundantes» y cigarros; en todas las siguientes, recibieron «cigarros, vinos y bizcochos», mientras que bandas locales amenizaban la espera. Tras haber sufrido «un leve descarrilamiento», llegaron, entre los vítores de la población, a su

destino, después de algo más de diez horas de viaje, con cuatro de retraso. Les esperaban camillas y carruajes, tanto particulares como públicos, que se negaron a aceptar remuneración por sus servicios, y que les trasladaron a los lugares donde se les administrarían los cuidados médicos. Un soldado se cayó, «y un caballero le levantó caritativamente, dándole enseguida una moneda de cien reales», acto que redobló el entusiasmo.

EN LA VEGA TETUANÍ

Aparte de la enfermedad, que ya se vivía con resignación, como una maldición bíblica, el de Lucena podía sentirse satisfecho de las dos últimas jornadas, que marcaban el fin de «una angustiosa pesadilla, […] de un mal sueño»[159].

Había culminado una marcha lenta y penosa —16 días para recorrer 30 kilómetros—,[160] luchando, por este orden, contra el tiempo y los marroquíes, escoltado por la epidemia, en un terreno en que todo era favorable al contrario. Simplemente hacer ese trayecto fue una experiencia agotadora para el ejército. Joseph Dalton Hooker y John Ball[161], recorriendo en sentido inverso ese mismo camino, han dejado constancia de sus dificultades. Además, al término de cada etapa, antes de armar las tiendas, los soldados «cortaban ramaje, reunían piedras y construían las trincheras». Si era de noche, resultaba difícil encontrar a oscuras agua, o leña para cocinar y para calentarse. Con frecuencia, la impedimenta se retrasaba, y los hombres tenían que esperarla al sereno, y sin comer. Las condiciones higiénicas, por otro lado, eran mejorables, ya que «los comunes, construidos fuera de la trinchera, aunque no siempre, no se cubrían con capas de tierra todos los días»[162]. En resumen, «el soldado ha vivido a la intemperie, algunas veces con insuficiente abrigo, mojado hasta los huesos y sin esperanzas de secarse más que con el calor de su cuerpo»[163].

Ahora, habían cambiado las tornas. El ejército había recibido refuerzos —la media de sus efectivos pasaría de 36 673 hombres, en diciembre, a 41 518 en enero[164]— y se encontraba en terreno abierto, donde podía aplicar sin restricciones su demoledora superioridad en artillería y emplear a fondo sus disciplinados escuadrones. Tras más de un mes de lucha casi de guerrillas, de bayoneta y cañones de montaña de pequeño calibre, podía soñar en maniobras de gran estilo, poniendo en juego todos los medios de que disponía.

No poco tenía que agradecer a su rival que, de forma incomprensible, le había dejado completar el recorrido, sin atacar en ningún momento su

vulnerable retaguardia ni su flanco derecho, siempre abierto. Al contrario, le había dejado desfilar ante sus ojos y solo había acometido cuando los españoles se hallaban protegidos en sus campamentos.

Para coronar su éxito, O'Donnell se había apoderado, en fuerte Martín, de siete cañones de a 18 y de a 24, auténticas piezas de museo, más peligrosas para sus sirvientes que para sus blancos, como se comentó sardónicamente. Se había hablado mucho de una temible batería rasante, atribuida a europeos, desde luego, pero no estaba artillada. Todo ello deslucía el bombardeo naval del 29 de noviembre, que tuvo más de ejercicio de tiro que de combate, al tiempo que se constató que «el campo estaba materialmente sembrado de granadas que no habían estallado»[165]. También, alimentaba las críticas sobre la forma de enfocar la campaña. A la vista de la facilidad con que había desembarcado Ríos, se oían voces que se preguntaban si no habría podido hacer lo mismo desde el principio una fuerza más poderosa, lo que hubiera ahorrado el calvario del desplazamiento por tierra desde Ceuta.

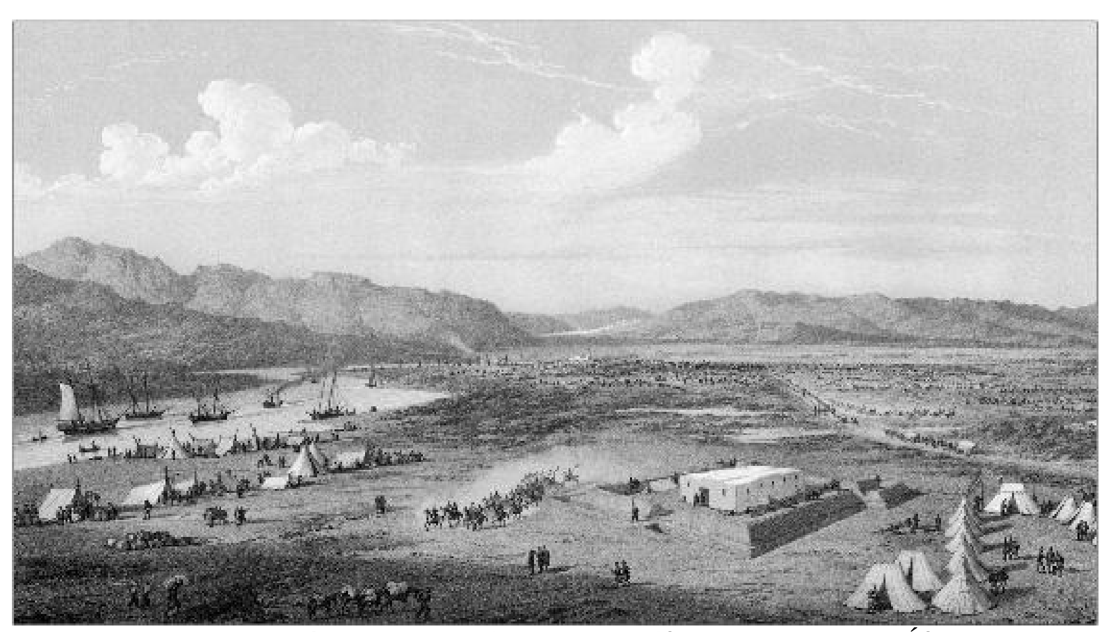
Pero, polémicas al margen, lo que importaba era la última frase del informe del 17 de enero: «estamos completamente al frente de Tetuán, a cuatro millas de distancia». Así era; se encontraba el ejército en:

> […] un vasto anfiteatro, limitado al oriente, por el mar; al norte, por las alturas de Cabo Negro; al occidente, por la Sierra Bermeja, a cuya falda se halla situada la ciudad, y a la parte meridional, por las pintorescas montañas del Rif; por el valle que se abre entre una y otra sierra corre el Guad el Jelú, que también llaman Guad el Martil, el cual atraviesa gran parte de la vega de sudoeste a nordeste hasta desembocar en el mar a dos leguas escasas de la población; todo el llano de la izquierda está inculto.

Era «un terreno de aluvión, formado en gran parte por las arenas que el mar arroja, y tan húmedo y pantanoso lo restante, que durante el invierno apenas puede transitarse»[166]. En ese entorno plantarían los españoles sus tiendas.

No hay que decir que la contemplación del ansiado objetivo desató el romanticismo de muchos expedicionarios. Se comparó a Tetuán con Venus, con una azucena, con una hurí, y con una joya engastada, y se sacó a relucir a Tasso. La más conocida es, por supuesto, la descripción de Alarcón, aún más enfática porque venía precedida de una cierta decepción: «la curiosidad del artista y del poeta ha carecido, por lo menos hasta ahora, de emociones y misterios extraños a la civilización de occidente», escribió poco antes, lamentando haber visto solo «montes desiertos y alguno que otro morabito arruinado»[167]. Bien es cierto que, como dijo un amigo suyo[168], el autor del *Diario de un testigo*, «desde que puso los pies en África lleva una existencia febril, […] para él, Tetuán es Jerusalén». La tropa, menos poética, se limitaría

a registrar, al igual que hizo Borobio, que tuvo vistas «a las vegas y Aduana de Tetuán»[169], sin más florituras.



Vista del valle de Tetuán en *Atlas histórico y topográfico de la Guerra de África* (1861).

Los siguientes días fueron dedicados a la erección de un verdadero campo atrincherado, apoyado, a la izquierda, en la Aduana y el río y a la derecha, en un nuevo reducto que se diseñó, bautizado como la Estrella. El cuartel general se instaló en torno al fuerte. Una línea de parapetos, hecha con toneles y cajas llenas de tierra, protegida por el exiguo cauce del Alcántara, unía ambos extremos, mientras el mar quedaba a retaguardia. Lo diría, rencoroso, Ennasiri Esslaoui[170]: «se fortificaron con reductos de arena y con cañones, y se establecieron con toda seguridad; sus barcos iban y venían continuamente para llevarles víveres, armas, soldados y todo lo que precisaban». Durante ese tiempo, los vapores no dejaron de desembarcar suministros, siempre que lo permitió el caprichoso clima; por ejemplo, el 18 fue «bastante infame», como lo había sido el anterior, con «poniente fuerte y frecuentes chaparrones»[171], y el 19 se comunicaba que «el temporal de agua ha sido grande»[172].

Entre lo mucho que se bajó a tierra, a costa de ímprobos esfuerzos, destaca un descomunal tren de sitio, formado por 12 cañones de a 24, 6 de a 16, 4 rayados de a 12, 6 morteros de a 14, 12 de a 12 y 4 obuses de a 9 cortos, 44 piezas en conjunto, con todo su enorme acompañamiento de municiones, carros fuertes, trinquibales, cabrias, fraguas de campaña, juegos de armas, carruajes de respeto y «otras máquinas»[173].

Llevar hasta África todo ese aparato, que se calculó en más de tres mil toneladas de peso y que incluía varios miles de proyectiles pesados, había

sido una odisea, que afectó a las compañías 1.ª y 4.ª del 4.º Regimiento de Artillería a Pie, de las que se ha hecho mención en el capítulo 3. Reunidas en África con los batallones de la misma especialidad —1.º del 3.º y 2.º del 5.º— que ya estaban allí desde el principio de la guerra, dedicarían tres días enteros a desembarcarlo entre las diez compañías, «operación prolija y pesada que retarda la marcha del ejército hacia Tetuán»[174]. Vapores de poco calado colaboraron en el trabajo, acercando en lo posible el material desde los buques de transporte a tierra. Un inconveniente adicional con que se tropezó fue la inexistencia en la región de bueyes de labranza, que habitualmente se requisaban para mover las enormes piezas, lo que obligó a multiplicar los tiros de caballería.

Al gobernador británico de Gibraltar que vio aquel despliegue, le pareció «excesivo y suntuoso».

Ya se verá que no sirvió para nada, pero el comandante en jefe estimaba que «los moros están decididos a defender Tetuán, y esto exige que lleve todo lo necesario para el sitio de la plaza, con el fin de asegurar la toma de ella, y aun arrasarla, si lo hiciese necesario su resistencia»[175]. La verdad, sin embargo es que la ciudad estaba «mal defendida y peor fortificada»[176], pero ya se ha dicho que el conde de Lucena había hecho de la prudencia el norte de su campaña, y, por otro lado, estaba muy viva en la memoria de todos la Guerra de Crimea, con el colosal sitio de Sebastopol. Todo se había pensado, y así se remitieron desde las grandes plataformas para los cañones hasta cien escalas de asalto.

Eventualmente, también se llevarían desde España 14 kilómetros de raíles —que pesaron 2000 toneladas—, al menos parte de los cuales fueron ofrecidos por las empresas de los ferrocarriles Sevilla-Córdoba, Sevilla-Cádiz y Madrid-Alicante. Parece que se pensó en ese sistema para el transporte de materiales pesados, relacionados con el asedio previsto, aunque al final lo utilizó un ómnibus, arrastrado por tracción animal. Tuvo corta vida, pero en su día se presentó como un ejemplo de la modernidad que España llevaba a África. Peor fue, para lo que después sucedió, que se interpretó, con razón, que el tendido de aquella vía «indica que, después de tomada [Tetuán], se piensa conservarla permanentemente»[177].

O’Donnell aprovechó ese periodo de relativa calma, aunque las tropas no dejaron nunca de trabajar, ni de ser hostigadas de noche por francotiradores y por merodeadores, para emitir el 19 una orden llamando la atención sobre «el desorden en que marchan los bagajes» así como el excesivo número de soldados que iban con ellos, y fustigaba la costumbre de incendiar los aduares

que se encontraban sobre la marcha, a la vez que recordaba que, en combate, no se debían dedicar más que cuatro hombres a cargar cada camilla, y uno, si el herido podía andar. Anunciaba que a retaguardia de cada cuerpo y división habría destacamentos de la Guardia Civil encargados de hacer regresar a los cuerpos «a los que bajen indebidamente».

La tranquilidad animó a decenas de comerciantes de toda laya, que acudieron a la segura ganancia —la tropa había percibido de forma regular sus haberes, pero no había tenido dónde gastarlos—, montando en la playa, a base de tenderetes, un verdadero zoco de circunstancias, en el que se expendían toda clase de alimentos y de brebajes, muchos de dudoso origen. Hubo que tomar medidas para limitar ese flujo, que incluía bastantes indeseables. Aportaron, sin embargo, variedad a la monotonía del rancho, y algunos lujos casi olvidados, como huevos, pescado fresco, y hasta pavos, tinta y sobres para cartas.

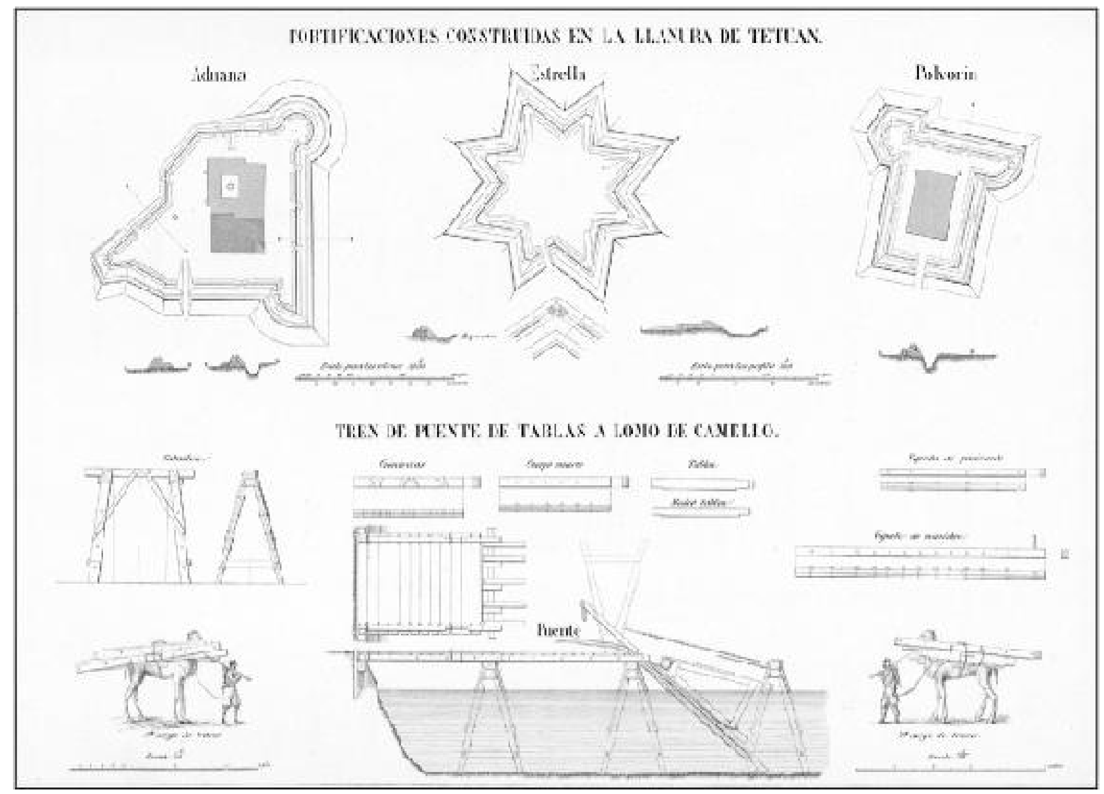
Aliviarían algo la vida en unos campamentos poblados de «ratas de colosal tamaño», situados sobre arenales, donde «nada ha sido suficiente para librarnos de las molestias que nos causan no poder masticar absolutamente nada sin encontrar como aditamento» los granos de arena que se depositaban en la comida[178]. Estaban, también, perfumados con el olor que emanaba de los despojos de animales sacrificados a los que no siempre se enterraba, y de la mal controlada satisfacción de las necesidades fisiológicas, lo que se llamaba «ir a tirar a las palomas»[179]. Al menos dos hombres se suicidarían[180].

Si los soldados agradecerían la informal tregua, en Madrid, la opinión pública, que había creído en la fulgurante caída de Tetuán, se impacientaba ante la ausencia de noticias de nuevas victorias: «faltaba el continuo y punzante chillido de los vendedores de suplementos extraordinarios y gacetas supletorias»[181]. Paulatinamente, el ejército empezó a experimentar una sensación parecida, preguntándose por el objeto de tanto y tan minucioso preparativo ante un enemigo que había derrotado de forma sistemática y al que ya no temía. La decepción comenzaba, asimismo, a abrirse paso, aunque luego alcanzaría mayores cuotas: «vista a distancia, la vega es hermosísima, […], pero apenas se adelanta, toda ilusión desaparece; el llano es una corrompida charca»[182].

UN LANCERO DE FARNESIO

El 23 de enero todo cambió[183]. Se continuaba construyendo la línea defensiva española, con el reducto de la Estrella, en el extremo derecho, y ese día, como los anteriores se mandaron hombres para trabajar en ella, protegidos por un batallón, dos escuadrones de caballería y uno de artillería a caballo, todo ello al mando del brigadier Blas Villate. O'Donnell realizó una visita de inspección y volvió al campamento. Allí estaba, cuando a las doce le llegó aviso de que se concentraban masas de infantes y de jinetes enemigos. Entre ellos había, por primera vez, moros de rey a caballo: «estos vestían largos ropones encarnados; aquellos, alquiceles azules y casquetes rojos; había muchos con jaiques pardos y no pocos con abultados turbantes y ancho calzón amarillo o verde»[184].

El general en jefe se apresuró a presentarse en el punto amenazado, haciéndose acompañar por la división de Alcalá Galiano, los dos escuadrones de artillería restantes y una compañía del 3.º de Posición, a los que seguía el III Cuerpo, puesto sobre las armas. Ríos tuvo órdenes de cubrir la izquierda. La elección de las fuerzas, con el despliegue de tantas piezas era otro ejemplo de su confianza en ese arma; de hecho, el de Lucena dice que tenía «la seguridad de alejarlo [al adversario] sin empeñar un combate», simplemente por el fuego, subrayado por el alarde de fuerzas.



Fortificaciones españolas en la llanura de Tetuán y estructura del puente sobre el río, en *Atlas histórico y topográfico de la Guerra de África* (1861).

Era, sin duda, la solución más sensata y más económica en vidas, pero un incidente la hizo imposible. Una guerrilla del batallón de Cantabria, que se tiroteaba con ventaja con los marroquíes, decidió apurar el éxito y se alejó demasiado del grueso en pos de ellos. Al ver que podía correr peligro, Ríos se puso al frente del resto del batallón y acudió a ampararla. Al hacerlo, actuaba igual que otros generales y brigadieres, que durante toda la guerra y de forma sistemática, llevaron al combate a unidades de entidad muy inferior a la que les correspondía. El problema es que su movimiento —que O'Donnell intentó detener, sin que llegara a tiempo su edecán— le arrastró al otro lado de una franja pantanosa que se extendía en paralelo al frente del ejército español, de forma que ya no era una guerrilla, sino un batallón entero, en que se encontraba aislado.

No se sabe si tanto ímpetu se debía a la inexperiencia de unas tropas recién llegadas, o al deseo de mostrar a los veteranos que estaban a la altura de ellos. El caso es que se produjo una crisis momentánea, cuando los contrarios, siempre al acecho de oportunidades, empezaron a converger sobre los de Cantabria. Ríos y sus hombres, por fortuna, reaccionaron como mandan los cánones, formando en el acto un cuadro, invulnerable ante un enemigo como el que se tenía enfrente. El propio general, con su Estado Mayor, la bandera y el médico, se situaron en el interior, también como dictaba la ordenanza. Los primeros, montados, ofrecían un fácil blanco; un coronel y un oficial serían heridos, lo que son muchas bajas para un combate que, a pesar de su espectacularidad, resultaría poco sangriento para los españoles.

A su vez, O'Donnell, que asegura haber previsto el caso, se adelanta con los escuadrones 1.º y 2.º de Farnesio, mandados por el antiguo carlista Romero Palomeque, los batallones de la Reina, Baza, Zamora, Ciudad Rodrigo y Segorbe, y medio del Zamora, y dos compañías de artillería de montaña.

Manda, además, una carga de caballería, en la que intervienen los lanceros, una sección de Cazadores de Albuera y el puñado de guardias civiles montados del cuartel general. Tras atravesar una zona cenagosa, caen sobre el enemigo, cortando como un cuchillo sus inconexas masas, y llevan la persecución tan lejos como el terreno lo permite. Se detienen entonces, ya cerca del campamento de los súbditos del sultán, y, cuando reciben la orden —era ya las 4 de la tarde y el sol empezaba a ponerse—, se repliegan, al amparo de otras unidades de jinetes. Los oficiales de Farnesio, caso único, iban equipados con lanzas, que les habían regalado milicianos de Jerez y del Puerto de Santa María.

Por si todo ello fuese poco, el 1.er Escuadrón de Artillería a Caballo atravesó al trote —a mayor velocidad era imposible— la franja fangosa para situarse en primera línea, mientras que los otros dos y la compañía del 3.º tiraban desde sus asentamientos. No había modo de que los marroquíes pudieran resistir ese chaparrón de acero en sus más diversas formas, y se batieron en retirada, que era lo razonable.

El vencedor les atribuyó una pérdida «considerable», que no cifra. La que él mismo sufrió fue de muy poca entidad, lo que revela la verdadera importancia de la acción: 1 oficial y 7 de tropa muertos, y 5 jefes y oficiales y 45 soldados heridos. El juicioso uso de las piezas, que efectuaron hasta 611 disparos, explica en gran parte el resultado.

Pero lo de menos era la trascendencia real de lo ocurrido. El combate había ofrecido escenas dramáticas: el batallón aislado; el mítico cuadro, de reminiscencias napoleónicas; las lanzas en ristre con sus gallardetes multicolores; la artillería adentrándose en los pantanos, levantando fuentes de lodo y agua… Y, para coronarlo todo, se había cogido un estandarte. La prensa se lanzó con entusiasmo sobre tan apetecibles bocados, y el público, huérfano de triunfos desde hacía una semana, devoró los periódicos, cuyas suscripciones se habían doblado, mientras que «los despachos telegráficos se vendían a altos precios, según la importancia de la noticia y la hora en que se expendían»[185]. Fue tal el enardecimiento, que se atribuyó a Muley el-Abbás la posesión de piezas rayadas y obuses, cuando en realidad solo disponía de un cañón de pequeño calibre, cuyos disparos no produjeron víctimas.

La toma de la bandera proporcionó un nuevo héroe. En esta ocasión, se trató de Pedro Castillo, un pastor de Villarrobledo (Albacete) que cumplía su servicio militar en Farnesio. Se le premió con la cruz de San Fernando, pensionada con 2 reales diarios; su brigadier, Romero Palomeque, le asignó, de su propio bolsillo, otros 60 trimestrales hasta que recibiera la licencia; y su imagen se reprodujo en todas partes, uniéndose a la galería de paladines que iba formándose. Terminada la campaña, fue agraciado con un «estanquillo». Una deriva curiosa es que Romero recibió la Flor de Oro concedida por el Ateneo de Cádiz, inusitada recompensa para un aguerrido jefe de caballería.

En cuanto al trofeo, que fue enviado sin pérdida de tiempo al príncipe de Asturias, fue objeto de desorbitados elogios. Se trataba «nada menos, que de la enseña de la caballería del rey»; «ni bandera tan grande se ha columbrado en las falanges marroquíes, ni con tanto honor conducida, ni tan bien resguardada se ha visto otra»; era «la más grande, la más elegante». Luego se admitiría que «el honor» y «el resguardo» se reducían al abanderado —

muerto por Castillo— y un solo jinete, que huyó, y que la bandera era parecida a la cogida por Mur, aunque de mayores dimensiones, «menos usada» y «no tiene tantos girones y balazos», pero, al igual que ella, sin adornos ni inscripciones, lo que, de nuevo, hace dudar de su auténtico valor[186]. Para otros, en cambio «estaba muy usada» y «muy deshilachada»[187]; «sucísima y astrosa»[188].

Fue muy aplaudido también el comportamiento de Gastón de Orleans, conde de Eu, un francés, nieto del rey Luis Felipe, que servía en los Húsares de la Princesa, y al que se concedió en esa jornada la cruz de San Fernando, se dice que por cargar con Farnesio. Alguien que estuvo allí[189] da una versión distinta. Él mismo quiso incorporarse a los lanceros, y vio que el conde, seguido de su ayuda de cámara, pretendía hacer igual. Sin embargo, cuando llegaron, el ataque ya había terminado —dice: «vi venir a un soldado con un estandarte moro»—, porque los jarales eran tan altos que cubrían a los caballos. Españoles y marroquíes, pues, se limitaban a intercambiar disparos. El de Eu, a pesar de ello, quiso cargar: «estaba casualmente a mi lado, y me tomé la libertad de suplicarles no lo hiciese», uniéndose el criado a los ruegos, a la vez que cogía las riendas de su montura. No pudo, pues el joven satisfacer sus deseos, y el combate terminó. Fue una forma sencilla de ganarse la Laureada.

Se pueden añadir unas pinceladas, procedentes de testigos, que matizan la versión oficial, que se ha seguido hasta ahora. Parece que los españoles decidieron celebrar el cumpleaños del príncipe de Asturias con salvas, pero con fuego real, bombardeando los campamentos del adversario, lo que seguramente provocó la reacción hostil de este. Por otro lado, Cantabria habría avanzado, sobre todo, en apoyo de unas guerrillas de Cazadores de Baza[190], que se aventuraron en exceso. Amenazados por jinetes marroquíes, se reunieron «en grupos contra la caballería», es decir, hombres apelotonados que presentaban sus carabinas y sus bayonetas en todas direcciones. Era el sistema más recomendable y eficaz para unidades demasiado dispersas y demasiado poco numerosas como para constituir un verdadero cuadro.

Respecto al ataque de Farnesio, se dijo tanto que había superado la zona pantanosa en correcto despliegue, como que adoptó este una vez pasada, que es lo que sostiene el parte. Lo primero no es muy verosímil. Hay testimonios que aseguran que el agua y el barro llegaban a la cintura de los infantes, por lo que parece imposible que los caballos, chapoteando en ese terreno, pudieran mantener la formación cerrada propia de los lanceros. Por otro lado, estos afirman que recorrieron «cinco cuartos de legua»[191]. Conservar dicha

formación durante más de seis kilómetros, a galope y en condiciones de combate, resulta poco verosímil.

Además, alguien como Ibo Alfaro[192], tan poco imparcial que no vacilaba en describir las lagunas como «armas viles y crueles con que el ejército enemigo ha atacado», indica que, a medida que franqueaban la marisma, los jinetes se lanzaban individualmente contra los marroquíes. Esta es la versión más creíble, aunque menos extendida. Supone incluso más valor que atacar en orden, pero no es una verdadera carga. Tuvieron un teniente y dos soldados muertos, nueve heridos, y más de diez caballos muertos y catorce heridos, lo que es mucho. Ambos bandos utilizaron, además de las armas blancas —se vio «más de un soldado con la banderola de su lanza enteramente roja»—,[193] las de fuego. Así, el oficial que fue baja falleció de un tiro en la cabeza.

El mismo autor va más allá incluso, y sostiene que, a la vista de los pantanos, Romero Palomeque vaciló; solo se lanzó a ellos cuando se le reiteró la orden. La bizarría del brigadier era incontestable, hasta famosa, y la había demostrado numerosas veces en la guerra civil. De otra parte, siempre sirvió en caballería y la conocía bien. Si dudó, fue porque le sobraban los motivos. Cargar a través de aquel obstáculo era un disparate y únicamente la urgencia podía justificarlo, pero Cantabria, una vez formado el cuadro, no corría peligro inminente ante fuerzas irregulares.

Parece que lo mejor es escuchar al propio Romero[194]: «ni comprendí, ni he llegado a comprender todavía, el plan del general en jefe, si es que fue este quien empeñó la acción. […] La caballería fue empleada con precipitación, recibiendo órdenes repetidas de pasar las lagunas al galope, lagunas que no estaban reconocidas y fue preciso pasarlas a nado los caballos, saliendo a la desfilada en condiciones tales que, si los enemigos no hubiesen sido tan bárbaros, nos habrían cazado uno a uno».

Prosigue diciendo que los marroquíes, al ver dispersos a los lanceros, se reagruparon y se volvieron contra ellos «como enjambres de abejas, y atacando y huyendo alternativamente, nos disparaban sus espingardas a medio tiro de pistola [de distancia]». Añade que evitó un desastre porque logró reunir una sección, que sirvió de amparo a los demás hombres; aun así, «hice uso de mi revólver, disparándoles cinco tiros con resultados».

El brigadier, aparte de ratificar que se le tuvo que confirmar la orden; que los caballos vadearon la marisma en condiciones incompatibles con cualquier formación y que los de Farnesio atacaron desperdigados, da una lección del uso de las tropas montadas. Las cargas no eran, o no debían ser, la especie de carrera desenfrenada que a veces se presenta. Al contrario, se trataba de una

operación tan meditada como compleja que, desde luego, debía incluir un rápido examen previo del terreno por un oficial; una férrea cohesión —por eso el galope se emprendía en los últimos metros, no antes—, y, siempre, el mantenimiento de una fuerza intacta en la mano del jefe, para reaccionar ante los imprevistos. Ninguna de esas condiciones se reunió el 23 de enero de 1860.

En resumen, su narración difiere de la oficial en dos puntos importantes. Se le dio la orden de cargar ante la zona pantanosa, no una vez superada esta, y lo que siguió fue una lucha de los de Farnesio por la supervivencia, no el ataque victorioso al que se refiere el parte y que prosiguió hasta que «el terreno que encontraron, imposibilitando la continuación de la carga, obligó a nuestra caballería a detenerse».

Es una gran lástima que, quebrantada su salud «por la humedad y el paso de las lagunas»[195], Romero se viera obligado por prescripción facultativa a dejar el ejército, que perdió así a un notable especialista en caballería y a un hombre que no vacilaba en disentir razonadamente de la opinión de sus superiores.

Aunque se trata de una simple anécdota, conviene recordar que a fines de diciembre se había hablado de la formación, en Cádiz, de una cuadrilla de toreros, que tenían la intención de celebrar un festejo taurino el 23, justamente cuando tuvo lugar la acción que se acaba de comentar, en Tetuán[196], que para esa fecha se daba ya por conquistado y pacificado. Ello refleja las enormes expectativas que existían en España, muy alejadas de la realidad.

A los pocos días del combate, Zavala, todavía convaleciente y mal curado de sus achaques, y temeroso de perderse el ataque contra Tetuán, se reincorporó, y asumió el mando del II Cuerpo. Con buen tino, O'Donnell reagrupó las dos divisiones sueltas que había, la de reserva y la nueva de Ríos, y formó con ellas un cuerpo, titulado de reserva, que confió a Prim. Ambos duraron muy poco en esos cargos. Zavala volvió a recaer, y se vio obligado a dejar de forma definitiva el ejército, con gran pesar por su parte, y por la del conde de Lucena, que perdía «un valiente general y el amigo en el que más confiaba»[197]. El de Reus tornó al II, y Ríos se puso al frente del de reserva.

De su lado, los marroquíes compensaron las pérdidas sufridas el 23 con la llegada de Muley Ahmed, hermano de Muley el-Abbás, con un considerable refuerzo, «un ejército enviado desde Mequínez por el sultán»[198], de unos 4000 infantes y 3000 jinetes —unos 2000 de la Guardia Negra— que se unen a los 12 000 y 3000, respectivamente. Se instalaron en dos campamentos

separados; el uno, en las estribaciones de Sierra Bermeja, alrededor de la Torre Jeleli; el otro, en las proximidades de Tetuán.

Hay una carta muy interesante[199], de esas fechas, que el conde de Lucena dirige a Calderón Collantes y que refleja su verdadero estado de ánimo, poco acorde con la postura que mostraba oficialmente y con los triunfos que había conseguido. El que escribe es un vencedor cansado, «metido en la desierta África, luchando con los elementos, con los moros, sin caminos, sin habitaciones ni poblaciones, teniendo sobre mí una inmensa responsabilidad». Siempre preocupado por su retaguardia política, recela de que «mis émulos y enemigos en esa [la corte] anunciarán catástrofes, cuyos ecos llegarán al regio Alcázar y hasta harían impresión en el ánimo de Sus Majestades».

Confiesa que «estoy fatigado y necesito descanso», que «se siente sin fuerzas para volver a la vida política y a la lucha parlamentaria», y ruega a su interlocutor que la reina piense en alguien para sustituirle en la presidencia del Gobierno. No hay rastro del general victorioso, salvo un reconocimiento a «este ejército modelo»; al contrario, es un hombre empeñado en una labor ingrata y que desea acabarla en cuanto pueda, para retirarse a reposar, lejos del murmullo de las intrigas solapadas y del ruido los debates parlamentarios.

Incidentalmente, seguía convencido de que «los moros están resueltos a defender» Tetuán, para lo que «estoy preparando todo el mayor número de destrucción posible (sic)».

EL DÍA QUE O’DONNELL NO OYÓ LAS BALAS

El mes terminó con un combate bautizado, por el lugar donde se desarrolló, con el nombre de Guad-el-Jelú. Sería el de mayor envergadura de los que se habían producido hasta entonces, lo acreditan los 2527 disparos de artillería que se hicieron, cifra nunca antes superada en la campaña.

Empezó a las nueve de la mañana del 31, cuando de los campamentos enemigos se desprendieron grandes masas, que el parte oficial[200] cifra en 3000 caballos y entre 10 000 y 12 000 infantes, de Muley el-Abbás, en la mitad izquierda de su despliegue, y 900 y 4000 de Muley Ahmed, en la derecha, fuerzas que avanzaron contra los españoles en la tradicional media luna, amenazando los flancos.

O’Donnell les esperaba, con la reserva en primera línea, desde la Aduana, en su propia extrema izquierda, hasta el reducto de la Estrella, aún en construcción, en parte porque cada noche los marroquíes intentaban destruir

las obras del día. Estaba formada en línea paralela de batallones en columna cerrada. Detrás se hallaba el III Cuerpo, con Ros, en dobles columnas de división, y en tercera línea, la caballería y la artillería, en posición de espera. Prim, con su II, cubría la derecha, que se extendía hasta la playa, fuera del sistema fortificado.

Vistas las intenciones de los contrarios, el conde de Lucena mandó avanzar a la caballería, acompañada por un escuadrón de artillería a caballo, en un movimiento destinado a abortar el intento de flanqueo, lo que consiguió, porque los de Muley el-Abbás desistieron de sus propósitos y se corrieron hacia el centro, reforzándolo. Lo mismo hizo Alcalá Galiano con sus jinetes, quedando a la derecha del reducto. Mientras, el III ha pasado a primera línea, y sus batallones forman en cuadros, ante la acumulación de fuerzas montadas del contrario. En los intervalos, se emplazan los tres escuadrones de artillería a caballo, una vez recuperado el que estaba con Alcalá. Sucesivamente, irán entrando en fuego las tres baterías del 2.º Montado, y las tres del 3.º, una temible acumulación de piezas.

Terminadas las jugadas de apertura, y tras un largo periodo de tiro entre guerrillas y de cañoneo, que no podía dar resultados decisivos, a las dos de la tarde, O'Donnell decide entrar en materia, ordenando a la División de Caballería que «cargase en el momento oportuno». Lo hace Villate con la brigada de coraceros, Reina y Príncipe, seguidos de Rey, que enseguida entrará en liza. Están tan desgastados por la dureza de la campaña que, aunque todavía no han intervenido activamente en ella, no superan entre todos los doscientos hombres[201]. Una sección del Escuadrón 1.º de húsares, en tiradores, cubre su derecha. Por su lado, y a la izquierda, amaga el conde de la Cimera —que ha relevado a Romero— con los lanceros y el 4.º de la Princesa. El escuadrón de Santiago va en cabeza.

Todas las cargas de aquella guerra fueron objeto de polémica y la que dieron los coraceros no es una excepción. El general en jefe, siempre cuidadoso con los prestigios, como era su obligación, se limita a decir que atacaron «a fondo», aventando a sus contrincantes, hasta dar en una hondonada al pie de las estribaciones de Sierra Bermeja, donde se ocultaban mil caballos de la Guardia Negra, «extraños seres adornados con vestimentas rojas y turbantes blancos, o con jaiques blancos y altos casquetes rojos, mulatos casi todos, negros algunos»[202]. Salen de su escondite y avanzan contra los españoles, al tiempo que «una gran muchedumbre» rompía el fuego. «Era forzosa la retirada —continúa, que se efectúa—, no sin dar otras tres cargas sucesivas».

Muchos no han compartido esta aséptica versión. Al contrario, hay quien sostiene que solo tenían instrucciones de hacer una finta, pero que su «ardor» les hizo ir «más allá», y que «con asombro de todo el ejército» se les vio cargar[203]. Se ha dicho asimismo que los de Villate se lanzaron «atravesando lagunas, saltando enmarañados y espinosos arbustos» —ciertamente, no lo apropiado para caballería pesada—, encontrándose al final «acosados, acorralados, cercados por todas partes», y que se zafaron como pudieron. Hay, por supuesto, una alusión a una zanja traidora[204].

En otro lugar[205], se habla de cargas «bizarrísimas», «acaso más de lo debido, […] tal vez prematuramente, tal vez más aprisa y con más arrojo del necesario». También se ha opinado que la caballería «no fue empleada con mucho juicio», que los coraceros «atacaron valerosamente y en buen orden, avanzaron demasiado y cayeron en el fuego enemigo más denso y mejor sostenido del que he oído hasta ahora, y volvieron con no pequeño desorden, dejando atrás muertos, heridos y algunos prisioneros»[206], entre ellos, un oficial que fue desmontado. A propósito del regreso, se le describió como «un turbión de los deshechos escuadrones, que pugnan inútilmente por rehacerse», delante del cual galopan despavoridos, los ollares dilatados, «diez o doce caballos árabes, sin jinetes, enjaezados con grandes caparazones de color escarlata, corriendo sin dirección»[207], lo que parece desmentir toda idea de una retirada controlada.

Como en situaciones parecidas anteriores, se alaba el valor demostrado y los «grandes linternazos» que se dieron en el «maremágnum de cristianos e infieles»[208]; hubo caso de mandos defendiéndose a tiros de revólver, lo que da idea de la proximidad del enemigo, y de soldados arriesgándose para salvar a oficiales. Lo que estaba en cuestión no era el coraje, era el conocimiento de las capacidades y de las limitaciones del arma montada, y el hecho inapelable de que «esta caballería nunca debió alejarse sin reservas»[209].

Tan comprometida llegó a ser la posición de los coraceros —fue «un momento de horrible ansiedad»[210]— que se movilizaron todos los medios para auxiliarles. El 1.er Escuadrón de húsares les sostiene «cuando, después de la carga, se rehicieron a su abrigo»[211]; un escuadrón de Cazadores de Albuera dio un contraataque limitado, como hicieron los lanceros. O'Donnell envió, además, a batallones de Baza, Ciudad Rodrigo y el 2.º de Albuera[212], que llegó a formar el cuadro. Pero quien hizo una exhibición fue la artillería, que se precipitó a través de las marismas «con la rapidez de un destacamento de caballería ligera; las mulas llevaban las piezas volando; los artilleros juraban, azotando con sus látigos a los pobres animales, […] en fantástica

carrera»[213], que, en un abrir y cerrar de ojos, entra en batería y rompe el fuego.

De esta forma se resolvió la crisis, pero el combate distaba de estar terminado. Ros avanza decidido con su cuerpo contra lo que se podría llamar la izquierda del centro enemigo en dos columnas. Una, de la 1.ª División, que manda en persona, y la otra, de la 2.ª, guiada por Genaro de Quesada, apoyadas por un escuadrón de artillería a caballo y una compañía de montaña. Como siempre fue el caso, este movimiento ofensivo resulta irresistible, y los marroquíes huyen en todas direcciones, siendo perseguidos hasta sus últimas posiciones. Se cuenta la anécdota que Ros mandó a su hijo, que actuaba de edecán, a una peligrosa misión, y que a su regreso, para comprobar si tenía los nervios bien templados, le pidió que le liase «un papelito»[214], lo que hizo con gran flema.

Los cohetes —«aquellas serpientes de fuego, aquellas exhalaciones continuas, aquellas improvisadas centellas»[215]— entran en acción por primera vez, aumentando el pánico con «sus alcances, rebotes y oportuna explosión», en palabras de O'Donnell. No obstante, los propios usuarios de esas armas eran conscientes de sus servidumbres, considerándolas un «enemigo». Fuera por defectos de fabricación o por el largo periodo de almacenaje, muchas eran defectuosas, y más del veinte por ciento reventaron de forma prematura. Para el final de la batalla, «habían estallado los ocho tubos por su mitad superior, hiriendo a varios artilleros y matando dos mulas». A pesar de ello, siguieron tirando con ellos rotos. Los soldados llamaban «trabuquillos» al engendro resultante[216].

Por la derecha, Prim se adelanta con su III Cuerpo formado en cuadros. Para entonces era tal la confianza de la infantería española en sí misma, que podía efectuar esa delicada maniobra sin temor a la caballería contraria, que se dispersa ante su avance. Cuando una compañía de montaña se une al de Reus, los batallones pasan a columna, y continúan su progresión como en una parada, con las músicas tocando y las banderas al viento.

En la izquierda, Ríos, apoyado por la compañía de montaña de López Domínguez, también avanza en cuadros, arrollando toda resistencia. Sin embargo, allí se producirá un incidente, que Joly[217] califica de «enojoso», pero que pudo ser mucho más grave, del que será víctima la caballería, lo que se estaba convirtiendo en habitual. Masas de enemigos ceden ante el Cuerpo de Reserva, pero solo para correrse a su propia derecha, amenazando con un último intento de envolver a las tropas de Isabel II. La respuesta es enviar contra ellos a un escuadrón de Villaviciosa.

El parte oficial sostiene que el terreno, «pantanoso en exceso, opuso grandes dificultades a su retirada, hundiéndose los caballos en el fango hasta los pechos». No fue exactamente así. Los lanceros se adentraron en el suelo traidor al dar la carga, no tras ella, y quedaron paralizados por el lodo, convertidos en impotentes estatuas ecuestres de barro, blanco de los marroquíes jubilosos que les fusilaban a mansalva desde el otro lado. La situación era desesperada, y una tragedia, inminente. Por suerte, el Provincial de Málaga estaba cerca. Los soldados, a pesar de ser bisoños, se arrojan al barro, lo pasan como pueden, inutilizando muchos sus fusiles al emplearlos como punto de apoyo, llegan a tierra firme y con un empujón violento alejan al enemigo, lo que permite a los jinetes arrancarse de esa trampa mortal a la que les había enviado una orden que nunca se debió dar.

Con razón, se habló de «desgraciada carga», y se dijo que el de Málaga «pudo salvar a varios heridos clavados en el cieno, como también recoger sables, cascos y otros efectos»[218], lo que confirmaría que se trató de un revés local.

Batidos ya en todos los puntos los del sultán y acercándose la noche, el fatigado ejército volvió a su base de partida, tras haber desplegado, de nuevo, las mismas y costosas tácticas adoptadas desde el principio de la campaña, que tan pocos resultados daban. Tuvo 5 oficiales y 42 soldados muertos, y 48 jefes y oficiales y 364 de tropa heridos. Calculó las bajas de sus adversarios en 800. Entre las pérdidas españolas sobresalían las de caballería. Por solo mencionar a los mandos[219], los Coraceros del Rey tuvieron un teniente muerto y dos comandantes heridos; los de la Reina, un capitán y un teniente heridos; los del Príncipe, dos capitanes y un teniente heridos; los Lanceros de Farnesio, un alférez muerto y un comandante y un capitán heridos, y los de Villaviciosa, un alférez muerto y dos tenientes heridos. Teniendo en cuenta que se trataba de unidades tipo escuadrón, era una sangría considerable.

Algunos de los de O'Donnell cantaron, satisfechos de la jornada:

Vinieron los sarracenos,
a ser molidos a palos,
que Dios ayudó a los buenos,
aunque fueron más los malos.

La infantería se había comportado admirablemente, lo que es más digno de alabanza en el caso de los novatos que formaban la mitad del Cuerpo de Reserva, y que dieron un magnífico rendimiento. Las tácticas escogidas por sus superiores la obligaron, en ocasiones, a marchar a través de marismas, a veces incluso con el agua y el fango más arriba de la cintura. Ante ellas, los

soldados «se quitaron las polainas y se llenaron las piernas de morunas y rabiosas sanguijuelas»[220], lo que en ningún momento les detuvo. También, realizaron cambios de formaciones frente al enemigo con gran exactitud. No fue el caso de Zamora, cuya manera de hacer el cuadro «no satisfizo» al brigadier Mogrobejo, pero cuando este «mandó rehacerlo, teniendo ya a los moros muy cerca»[221], la orden fue ejecutada con toda precisión, en un alarde de disciplina.

De los jinetes, ya se ha comentado su bizarría, a pesar de lo mal que eran empleados, y los riesgos que asumieron para auxiliar a compañeros o a oficiales en peligro. Se dieron, asimismo, casos como el del teniente de Coraceros del Rey, Cabrera, que murió combatiendo pie a tierra, tras haberse negado a aceptar la oferta que le hizo un soldado de que tomase su caballo para ponerse a salvo. También fue notable la capacidad de recuperación de esas tropas. Lo demuestra que, cerca del fin del combate, un escuadrón de húsares y otro de Coraceros del Rey —tan maltratado pocas horas antes— asestaron una carga para alejar a grupos enemigos que intentaban hostigar al ejército en su repliegue. Todo ello, sin embargo, solo servía para dar «una idea de lo que haría esta brillante arma en un terreno más a propósito para sus movimientos»[222], y mejor mandada, cabe añadir.

Sobre los artilleros, existe un retrato de la compañía de montaña adscrita al 5.º de a Pie que excusa comentarios. Se hallaba en fuego, en primera línea, entre un cuadro de Iberia y otro de Cantabria: «los oficiales a pie, con el sable en la mano derecha y en la izquierda el revólver, […] suplían la falta de los sirvientes, que sin cesar iban cayendo». Dejando las armas, manejaban el escobillón, apuntaban… Un teniente, con el brazo atravesado de un tiro, seguía en su puesto; otro, «yacía en tierra sin sentido […] salvándole la vida la visera de gorra», que desvió un balazo[223]. Solo pues, estaban incólumes un capitán y un teniente, la mitad de los mandos. En cuanto a la tropa, de 6 sargentos, 6 cabos, «36 artilleros de pelotón y 30 conductores», había 40 fuera de combate. Una pieza estaba atendida por solo dos hombres[224], pero no se alteró la cadencia de los disparos.

Además de estos ejemplos colectivos, hubo otros individuales. Ante todo, el del propio O’Donnell, que sin abandonar nunca su proverbial impasibilidad y sin alharacas, se complacía en mezclarse con las guerrillas, alegando que «no oía las balas», aunque silbaban nutridas a su alrededor. Con esas costumbres, servir en su Estado Mayor era uno de los puestos más peligrosos. Solo el 31 de enero hubo en él cinco bajas, y el comandante general de la

artillería, brigadier Dolz, cayó a unos pasos del de Lucena, con un balazo en la frente.

El caso más comentado fue el de Gutiérrez Maturana[225]. Enrique O'Donnell, su tío, con quien servía, le mandó hacer un reconocimiento, y le dio por escolta los ordenanzas montados de la división, un oficial y nueve números de la Guardia Civil, tres coraceros, un cazador y un artillero. Se interna en tierra de nadie y «descubrió de repente, en una depresión del terreno hasta entonces no vista», cincuenta o sesenta caballos enemigos, con más a ambos lados. Su reacción fue la endémica, cargar. Hubo un «horrible choque, […] hiriendo como ariete en el compacto grupo de jinetes moros, desquicia, trunca y raja», poniéndoles en huida. Galopa en su persecución hasta que, lo que era inevitable, se encuentra copado. Da, pues, la media vuelta, y carga en sentido contrario, abriéndose paso.

Ya casi fuera de alcance, un impacto derriba la montura de un guardia civil. Un jefe marroquí, seguido por seis hombres, corre hacia él. Gutiérrez Maturana acude a recogerlo, revólver en mano. Mata al adalid, «vestido con chilaba encarnada, calzón blanco y botas de tafilete amarillo», y hiere a dos más, sin duda embarazados por batirse con la espingarda en una mano y la gumía en la otra, a la vez que atienden a las riendas. Regresan por su parte los ordenanzas, percatados de lo que sucedía, al tiempo que corre al lugar del encuentro otro edecán de O'Donnell con sendas compañías de infantería de Princesa y Toledo, lo que resuelve la situación, no sin que antes el ayudante de campo hiciese un prisionero. Para salvarle la vida, tuvo que ponerlo a la grupa de su caballo, ya que los soldados irritados porque «a nuestros muertos y heridos los mutilan horriblemente», seguían reacios a dar cuartel[226].

Maturana despojó a su enemigo. Guardó la espingarda, dio el jaique a Enrique O'Donnell, y el caballo a Prim, que lo montó en la batalla de Tetuán. Moriría en Wad Ras. Al igual que las banderas y todo lo cogido a los contrarios, estos trofeos también fueron reproducidos en publicaciones de la época.

También en esta ocasión se distribuyeron recompensas. Entre otras, los ascensos a mariscales de campo de los brigadieres Dolz y Morales de Rada, jefe este de la II Brigada de la 2.ª División de Reserva[227].

A pesar del arrojo derrochado, hubo censuras en torno al combate. Parece que, incluso en el propio ejército. De creer a un testigo[228], Ríos «había sufrido alguna, aunque suave, reconvención del general en jefe», quizá por el uso que dio al escuadrón de Villaviciosa. Se escribió, por otro lado, que «podría discutirse sobre la oportunidad o inoportunidad de haber aceptado

este combate, cuando no había el propósito de adelantar nuestro campamento y ocupar las posiciones que tomásemos»[229].

En efecto, se estaba construyendo a costa de grandes esfuerzos humanos y económicos, y de tiempo, una poderosa línea fortificada y artillada, ya casi completada. No se ve la necesidad de dejarla a las espaldas, para luchar en campo abierto y, al final, volver a ella, aunque hubo quien escribió, con una curiosa concepción de la guerra, que hubiese sido una «vergüenza» que los generales se «encerrasen» en las trincheras[230]. En cambio, Martín Arrúe, con la frialdad de un técnico, sostiene que el propósito de los marroquíes, tanto el 23 como el 31 de enero, era alejar a los españoles de sus atrincheramientos, para, de ser posible, envolverlos. Aunque no lograron esto último, sí que consiguieron lo primero. Desde ese punto de vista, O'Donnell habría reaccionado como quería su enemigo, lo que nunca es bueno.

En España, «algunos espíritus descontentadizos, sin más que las primeras noticias de la situación en que se habían encontrado los coraceros y el escuadrón de Lanceros de Villaviciosa, según a los pueblos de la costa llegaban los heridos de la acción, quisieron levantar alguna crítica»[231]. Desde luego, si vieron al capitán Moravoski, de Coraceros del Príncipe, se tuvieron que quedar horrorizados. Estaba irreconocible, con cuarenta y ocho heridas, diez de ellas en la cara y en la cabeza, las dos muñecas cortadas y había perdido el ojo izquierdo.

Esa no fue la única reacción negativa; otros, al enterarse la victoria, «exclamaban con indiferencia: ¡Creíamos que era la toma de la plaza!»[232]. Se referían a Tetuán, pero faltaba sangre por correr antes de que viesen colmados sus deseos.

6

AITA TETTAUEN

CATALANES Y VASCOS

La enorme popularidad en toda España de la Guerra de África es un hecho indiscutible, que revistió las formas más diversas. Entre ellas destacó la formación de sendas unidades armadas en Cataluña y en el País Vasco. Una y otra, sin embargo, fueron muy diferentes, tanto desde una perspectiva jurídica como desde el punto de vista militar. Aunque cronológicamente cuajaron en momentos distintos, parece conveniente tratarlas en conjunto, ya que comparten aspectos comunes, como son su carácter voluntario, y que ambas procedieran de territorios que presentan importantes singularidades.

Respecto a Cataluña, el diario *La Iberia*, en su número de 24 de diciembre de 1859, se hace eco de la propuesta formulada al Gobierno por un antiguo guerrillero, el Noy de las Barraquetas, que se ofrecía a organizar «un batallón de gente escogida y voluntaria para formar siempre la vanguardia del ejército». El periódico aplaudía la iniciativa, ya que pensaba que un cuerpo de ese tipo, una especie de infantería irregular, podría ser de gran utilidad para la clase de combates que entonces se estaban desarrollando en el agreste entorno de Ceuta. Sin embargo, el 11 de enero de 1860 informaba de que parecía que la idea no iba a prosperar, ya que el Noy pretendía aportar los mandos de esa fuerza, lo que resultaba inaceptable para el Ejército. Se entienden esas reticencias. Sin un encuadramiento profesional, aquello podía convertirse en una banda de forajidos más o menos disimulada.

Más serio era el proyecto[1], presentado el 18 de diciembre por el capitán general, de crear un batallón que se denominaría «1.º de Voluntarios de Cataluña», de cuatro compañías a 125 hombres, de entre 17 y 36 años de edad. Los mandos serían oficiales retirados. Como indicaba el numeral, se contemplaba la posibilidad de levantar sucesivamente otros, si se contaba con personal suficiente. Se les asignaba un curioso uniforme azul celeste, con barretina, y se proponía que, a medida que se fuesen constituyendo las compañías, se las enviara a Ceuta para que recibieran allí armamento. La unidad sería equipada con carabinas, igual que las de cazadores.

Se trataba, en suma, de aprovechar el entusiasmo que había generado el conflicto para dotarse de una fuerza adicional de infantería ligera, similar a las excelentes que tradicionalmente Cataluña había generado desde el siglo XVIII, cuando fueron introducidas en el Ejército español.

Seguramente, producto de esa iniciativa fue una disposición del Ministerio de la Guerra, del 24 del mismo mes, celeridad que demuestra la complacencia con que había sido recibida. Por ella se decretaba la formación, mientras durase el conflicto con Marruecos, de un batallón con el nombre de «Voluntarios de Cataluña», sin número de orden, de cuatro compañías integradas por jóvenes de entre 20 y 35 años, que percibirían unos haberes de 90 reales mensuales. *La Iberia* recogió en un suplemento[2] la noticia de que «se están organizando cuatro compañías». Se mencionaba la particularidad de que, dado que «no podían usar poncho ni ros, serán uniformadas probablemente con el traje catalán». Así era; por motivos que no se conocen, el Gobierno había decidido que llevaran un vestuario diferente al de las tropas regulares, lo que no dejaría de suscitar críticas, como también sucedió con los vascos. Indicaba, asimismo que, a partir de cabo, todos los mandos procederían del Ejército, lo que no correspondía a la realidad.

El batallón sería dotado de barretina roja —blanca para el comandante—, chaqueta de pana azul con vivos, vuelta y solapa encarnados; calzón de paño también azul; polainas de cuero, «según costumbre de la Segarra»; borceguíes; alpargatas con cintas moradas; peales de bayeta; anguarina con capucha de paño pardo y «manta del país». Llevaban canana, más práctica que la cartuchera[3]. Juan Pérez Calvo[4], que los vio en África, añade algunas precisiones: usaban chaleco a rayas encarnadas y negras, pañuelo al cuello con un anillo de plata, y morral «un tanto embarazoso por falta de sujeción». Los cornetas se distinguían por sus barretinas moradas, y los oficiales gastaban «túnico de paño gris, pantalón de paño sujeto debajo de la rodilla, bota ceñida de gamuza anteada, zapato ruso y jaique con capuchón gris». Víctor Balaguer publicó una lámina en color representando al teniente coronel, a un voluntario y a una cantinera.



Voluntarios catalanes en la Guerra de África, de José Roig. En *El Museo Universal*, n.º 6, del 5 de febrero de 1860.

La diputación de Barcelona se encargó de todo, desde el reclutamiento hasta el equipamiento, con tanta eficacia que el 26 de enero, con un día de retraso debido al mal tiempo, la unidad al completo, con 466 efectivos —la gran mayoría de ellos alistados en la provincia de Barcelona— embarcaba entre el delirio de la multitud y las enardecidas bendiciones del obispo. Iba a su cabeza el teniente coronel graduado, capitán retirado, Victoriano Sugrañes, natural de Reus, como Prim. Durante la operación, «llamaban particularmente la atención cuatro cantineras[5] que vestían su pintoresco traje, y que de pie sobre el puente disparaban pistoletazos, dando vivas a la reina y al ejército». Un voluntario retrasado, se tiró al agua, y fue hasta el buque a nado[6].

Tras recoger en Algeciras su armamento de carabinas rayadas, llegaban a tierra marroquí el 3 de febrero, a la una de la tarde. Fue todo un alarde. En menos de mes y medio se había creado de la nada, y situado en el teatro de operaciones, un batallón al completo.

Es preciso, no obstante, mencionar, a efectos de matizar las comparaciones negativas que se harían con el caso del País Vasco, que en Cataluña, a diferencia de aquel, había procedimientos rodados de alistar

hombres, y una costumbre de servir fuera de los límites de la región. En efecto, la región participaba en las quintas, como cualquier otro punto de España menos las Vascongadas. De hecho, en la de 25 000 hombres, de 1859, se le había fijado un cupo de 3292, que sería de 4575 en la de 50 000, de 1860. Cumplió con ambas, aunque con una cifra elevada de redenciones a metálico, superior a la media española. Así, por ejemplo, de los 456 quintos asignados a Gerona en el primer año citado, solo entraron en caja 200, y de los 992 de 1860, lo hicieron 585. La diferencia se debía, aparte de los casos muy concretos de inutilidad, a que habían preferido pagar antes que entrar en filas, lo que era perfectamente legítimo[7].

Los catalanes fueron recibidos en el campamento de O'Donnell con gran curiosidad y expectación, que todos los cronistas comentaron[8]. Prim, al que «era muy difícil disimular el gozo que sentía por la llegada de sus paisanos», «gente suelta y vigorosa»[9], recibió al batallón en la misma ría, y, en cierto modo, lo apadrinó desde un principio, dirigiéndole una inflamada arenga en su propio idioma. Cuando desfiló ante el comandante en jefe, este hizo un comentario sobre las evidentes deficiencias que había percibido en la instrucción de la tropa, inevitables porque apenas había tenido tiempo de realizar ejercicios, y casi no conocía las armas que acababa de recibir. La respuesta de que «mañana la completarían», aludiendo a la batalla prevista para el día siguiente, puede parecer muy épica, y causó gran sensación en su momento. Efectismos aparte, desde el punto de vista militar, en cambio, era una fanfarronada, que se pagaría en sangre.

Así es; la instrucción tiene como finalidad principal hacer combatientes eficientes, pero tanto para vencer al adversario como para salvar vidas propias. Por decirlo de una forma brutal, el soldado debe saber matar, pero también evitar que le maten a él; un bisoño es un peligro para sí mismo y para sus camaradas, más que para el enemigo.

La decisión que se tomó, sin duda por razones políticas y respondiendo a presiones de Prim, de no solo emplear esa unidad en la batalla de Tetuán, sino ponerla en un lugar que la llevaría al cuerpo a cuerpo con los marroquíes, es eminentemente criticable. El pequeño contingente de poco más de 400 hombres carecía de relevancia en un ejército que superaba los 35 000. Si se quería foguearlo, se le podría haber situado en la reserva, donde habría experimentado el ambiente y la tensión de un combate, el ruido del fuego y la vista de muertos y heridos, sin correr apenas riesgos. De hecho, era la práctica normal con fuerzas inexpertas. Colocarlo a vanguardia, como se hizo, sin ninguna necesidad, es poco defendible.

El caso del País Vasco difería completamente del de Cataluña. Para empezar, allí no regía la quinta. Se fijaba un cupo —por ejemplo, 589 para Álava, 354 para Guipúzcoa y 574 para Vizcaya, en la quinta de los 50 000 de 1860—,[10] pero no se llevaba a efecto, al amparo de los fueros. De otro lado, ya en la guerra carlista, los habitantes de esas provincias habían mostrado con serios incidentes su resistencia a marchar a Castilla o a Cataluña. Hacerlo a la remota África era aún más complicado. Por último, la sombra del carlismo seguía planeando, tanto en la región como en los gabinetes de Madrid, lo que añadía un factor perturbador más. Estos elementos, unidos a las complejidades del sistema foral y a problemas meteorológicos, dificultarían la organización de las tropas vascas.

Se ha visto en los primeros capítulos que, meses antes de la ruptura con Marruecos, el ruido de sables era claramente perceptible en España. Ello incluía desde las mismas Provincias —como se las designaba, por antonomasia— a los pasillos del Congreso. De las unas y los otros surgirían las iniciativas que desembocarían en el establecimiento de la División Vascongada. Partieron, respectivamente, del diputado general de Guipúzcoa, Juan Manuel de Moyua Adarraga, marqués de Roca Verde[11], y del diputado por San Sebastián, Fermín Lasala. Ambos eran conscientes de dos hechos preocupantes. De un lado, todavía no se habían establecido legalmente las consecuencias sobre la normativa foral del Convenio de Vergara, que cerró —en gran parte en falso— la guerra civil, por lo que aquella se encontraba, por así decirlo, en precario. De otro, que el Gobierno, mucho más sólidamente instalado en el poder que sus antecesores, veían sin entusiasmo alguno la excepcionalidad de la situación vasca con respecto al resto del país.

En esa tesitura, el conflicto con Marruecos era una excelente piedra de toque para mostrar que los fueros no eran en absoluto un obstáculo a la solidaridad de las Vascongadas con las grandes empresas nacionales. En su deseo de adelantarse a las críticas que anticipaban en las Cámaras, ambos próceres deseaban que se ofreciera cuanto antes una aportación al esfuerzo común.

El problema es que, aun con la mejor voluntad, resultaba imposible hacerlo en un breve plazo. Como recuerda Arturo Cajal Valero[12], en las tres provincias existían «tres regímenes distintos», definidos por otros tantos fueros. No existía, por tanto, una autoridad central, sino tres, soberanas, que se tenían que coordinar entre sí para adoptar cualquier decisión que les afectara colectivamente y que, además, debía ser ratificada por las respectivas asambleas. Por otra parte, desde 1839 habían desaparecido hasta los vestigios

de la primitiva organización defensiva foral. Cualquier paso que se diera en ese ámbito, pues, debería partir de cero.

Estimulado por Lasala, Roca Verde escribió, en fecha tan temprana como el 19 de septiembre de 1859, a sus dos colegas, de Vizcaya y de Álava, proponiendo la celebración de una «conferencia», como se llamaba a la reunión de las diputaciones. En la carta señalaba que «de ello pudiera depender en gran parte el porvenir de nuestras instituciones forales»[13]. Los diputados vascos y los representantes en Madrid de las diputaciones, que no tardarían en reunirse con O'Donnell, y que conocían el ambiente que se respiraba en la Villa y Corte, apoyaron con fervor la idea.

Tras diversas tergiversaciones y demoras que no caben aquí, el 4 de noviembre tiene lugar la conferencia en Vergara. En ella se acuerda que se formará una brigada de cuatro tercios, con tres mil plazas, a base de hombres de entre veinte y treinta años. Los oficiales deberían ser vascos, y se fijaba una escala de sueldos, que partía de dos reales al día para el soldado, que se reduciría a uno cuando las unidades hubieran salido del territorio, en cuyo momento el Estado se haría cargo de todo lo referente a ellas. Se decretaría también «el alistamiento general», y se haría un donativo de cuatro millones de reales para gastos de la guerra.

La oferta suponía, en primer lugar, una novedad, ya que aspiraba a crear una unidad vasca, cuando, según la costumbre, cada provincia formaba sus propias fuerzas, independientes de las demás. En segundo lugar, era generosa. Cuatro millones representaban mucho para una población escasa —apenas rebasaba las 400 000 almas—, no excesivamente próspera en aquella época y que aún no se había recuperado de los devastadores efectos de la guerra civil. En cuanto a los 3000 efectivos, bastará decir que el cupo asignado a las Provincias en la quinta de 1860 será de 1520[14]. Es decir, que el Estado cifraba que ese número era su capacidad para generar soldados.

Se trataba, por consiguiente, de un gran paso —inicialmente se había hablado de un millón y 500 hombres— que, además, tampoco tenía encaje en la obligación foral de servir al rey, ya que esta se aplicaba solo en caso de invasión extranjera del territorio.

Durante lo que quedaba del mes, las respectivas juntas generales hicieron suya la propuesta. A las autoridades del Gobierno central y a la prensa el plazo se les hizo largo, en especial porque hasta que el acuerdo fuera ratificado por las asambleas, ni los diputados ni las diputaciones podían dar ninguna información. O'Donnell se manifestó sorprendido, por no decir molesto, ante el estruendoso silencio[15], mientras que resulta elocuente, para

reflejar un cierto estado de ánimo generalizado, la columna que en la primera página de *La Correspondencia* de 30 de noviembre escribió Martínez Muller. Señalaba que «las Provincias Vascongadas han sido las últimas que se han conmovido al grito de guerra»; «se esperaba un gran arranque de patriotismo», que un periódico llegó a cifrar en una contribución de 60 000 hombres —cifra absolutamente disparatada, hay que precisar—, y, en cambio, se había tropezado con una «resistencia […] callada y pasiva». Afeaba lo que consideraba falta de solidaridad, sobre todo a la vista de los «privilegios» de que gozaba esa región, y, de forma injusta, hablaba despectivamente del donativo de «unos cuantos millones».

Cuando llegó la hora de llevar a la práctica lo decidido en Vergara, empezaron a surgir las discrepancias: «la imagen de las Provincias Vascongadas felizmente unidas en una obvia unanimidad interior frente a las invectivas foráneas no se corresponde evidentemente con la realidad»[16]. Los problemas fundamentales giraron en torno a la espinosa cuestión del reclutamiento. Por evidentes razones de política interna, las diputaciones procuraban a toda costa evitar el sorteo para encontrar los hombres precisos. Pero ante la falta de voluntarios que se hizo patente desde un principio, la única fórmula posible era «comprarlos», es decir, ofrecer incentivos económicos para conseguir que sentaran plaza.

Ahí entraba en juego el dinero, lo que favorecía a las provincias más ricas, Vizcaya y, en menor medida, Guipúzcoa, frente a la más pobre, Álava. Se inició así una especie de subasta, una «verdadera competición»[17], que llevaría las primas de enganche iniciales por encima de los 2500 reales, que en principio se había previsto, y que ya era una cantidad considerable, si se tiene en cuenta que un jornal normal oscilaba entre los 5 y los 10. Vizcaya llegó a ofrecer 4000, y se dieron casos en Guipúzcoa de hasta 5160, en Rentería[18]. Álava vería, en consecuencia, que sus vecinos se alistaban en unidades de otras provincias, lo que aumentaba el coste humano que para ella tuvo el reclutamiento.

Ello fue acentuado por otro aspecto de la cuestión que, a su vez, provocaría roces no solo internos, sino con el Gobierno central. Este deseaba que los integrantes de esos cuerpos fuesen originarios del País Vasco, para que no se viera afectada por la recluta para el ejército en las demás regiones. Guipúzcoa y Vizcaya se opusieron —no así Álava, más purista—, con la alegación de que lo importante era acelerar lo más posible los alistamientos, logrando imponer su punto de vista. La necesidad de hombres también llevó a ampliar la franja de los posibles candidatos, que, al menos en Guipúzcoa,

pasó de ser de entre 20 y 30 años, a entre 18 y 40, aceptándose incluso casados, previo consentimiento de la esposa. En cuanto a la financiación del sistema, se hizo, en parte, con fondos propios de las diputaciones; en parte, con cantidades que aportaban los mozos sorteables, y, por último, y en algunos casos, con cargas fiscales establecidas *ad hoc*.

También se presentaron dificultades en relación con los mandos. Las provincias deseaban nombrarlos, como era la tradición, pero el Ministerio de la Guerra se mostró intratable. Adujo, con razón, que las condiciones del siglo XIX exigían verdaderos profesionales al frente de las fuerzas, y recabó el derecho a designarlos, desde el empleo de sargento primero[19]. Lo consiguió, entre otras razones porque el argumento era de peso. Procuró, eso sí, y en la medida de lo posible, elegir a militares vascos, pero el jefe de la unidad, el mariscal de campo Carlos María de la Torre, era sevillano, y su jefe de Estado Mayor, el coronel Sarabia, granadino. Por fortuna, desempeñaron su labor con tacto y no hubo fricciones. Ambos, lo que es notable, procedían del progresismo, no de la Unión Liberal, habiendo sido el primero diputado y amigo de Prim. En total fueron 122, todos, menos 7, procedentes del ejército activo. De los 12 jefes superiores de los tercios, la mitad eran vascos, 4 de ellos antiguos carlistas[20]. Se admitió, en cambio, que las diputaciones seleccionaran a los médicos y a los capellanes de las unidades, a un ayudante y a un subayudante.

Entre otros escollos, más anecdóticos, que se presentaron se puede citar, por ejemplo, que a la hora de tallar a los hombres, en las Vascongadas no estaba en vigor el sistema métrico decimal, sino uno que se articulaba en torno al pie, la línea y la pulgada, y que, además, variaba entre las diferentes comarcas. También fue un problema reclutar cornetas, ya que no se encontraban en la región[21].

Al final, se logró constituir la oficialmente llamada División Vascongada del Ejército de África[22], denominación que, como todas las demás, no se correspondía a sus efectivos reales. La formaban, junto a la plana mayor, cuatro tercios. El 1.º, de Álava; el 2.º, de Guipúzcoa; el 3.º, de Vizcaya, y el 4.º, mixto de guipuzcoanos y vizcaínos. Cada uno constaba de seis compañías, siendo la 1.ª de granaderos, con los hombres de «mayor estatura», y la 4.ª, de cazadores, con los «robustos», lo que indicaba la función que se les reservaba, y contradice el aserto de que para tropas ligeras se prefería mozos de poca envergadura, por considerarles más ágiles. Había tres cornetas por compañía y otros tantos banderines por tercio, una denominación histórica

por desgracia abandonada por el Ejército. Al parecer, menos uno, todos los tercios poseían la charanga, reglamentaria en los cazadores.

En cuanto a los efectivos, el 1.º tenía 700 plazas, 765 el 2.º, 766 el 3.º y 779 el 4.º, de los que 374 eran de Guipúzcoa. En el 2.º, y la parte guipuzcoana del 4.º, 1139 hombres, formaban 915 oriundos de la provincia, 52 de ellos procedentes del Cuerpo de Miqueletes. Menos 23 alaveses y 14 vizcaínos, el resto provenía de otras regiones[23]. El 3.º y la fracción teóricamente vizcaína del 4.º, con 1165 hombres incluían 180 guipuzcoanos y 84 alaveses, con solo 1015 vascos en total[24], mientras que el 1.º, ya se ha dicho, era todo de alaveses, muchos de los cuales habían tenido que ser sorteados. En conjunto, los no vascos en toda la división sumaban alrededor de 250.



Tercios Vascongados en el Ejército de África, de Francisco Gabañach. En *El Álbum de las Familias*, n.º 24, del 1 de abril de 1860.

Por lo que respecta al uniforme, consistía en boina roja, con borla amarilla para los oficiales; capote gris tina, con cuello encarnado y esclavina postiza; pantalón grancé; polaina alta de paño pardo; «chaqueta de abrigo» amarilla con cuello rojo —el equivalente a la chaqueta de cuartel—, «cinturón gimnástico encarnado»; borceguíes, y alpargatas «para marcha»[25], y «excelentes mantas […] de un color gris muy sufrido»[26]. Las banderas eran

las españolas, con las armas reales, debajo de las cuales estaban las tres manos entrelazadas de las Provincias Vascongadas con el lema Iruac-Bat. Los banderines, azules, para el 1.º[27]; rojos, para el 2.º; blancos, para el 3.º y mitad rojos y mitad blancos para el 4.º, todos timbrados con los escudos de la provincia respectiva.

El vestuario era solo una parte de lo que necesitaba la división. Se optó por comprar las tiendas —750, para cuatro hombres, suponiendo que siempre habría uno de ellos de servicio—, mantas —3000—, mochilas y otros efectos, como botiquines, mochilas y revólveres, en Francia, «artículos que podrían haber encontrado y adquirido a mejores precios en el mercado nacional», en expresión de Patxi Albisu, y que, por tanto, fueron gravados a la importación con elevados aranceles. Además, las tiendas llegarían a África en pésimas condiciones, y hubo que utilizar las del ejército. En cambio, el material sanitario era lujoso, si bien las camillas resultaron demasiado pesadas y faltaba instrumental quirúrgico, mientras sobraban los productos farmacéuticos.

La búsqueda del armamento, ya que se querían carabinas rayadas y la producción española estaba copada por las tropas de O'Donnell, fue una auténtica odisea, que llevó a los encargados de ella en un largo, caro y estéril peregrinaje por Bélgica, Reino Unido y Francia. Al final, la división recibiría «un fusil nuevo, muy bueno, aunque no rayado», según La Torre, del ejército[28].

Al acabar 1859, los tercios estaban ya preparados para partir, aunque sin armas. Empezaban nuevas tribulaciones. En principio, el punto de concentración era el puerto de Pasajes, pero una combinación de retrasos del Gobierno en enviar los transportes y una racha de seis días de tiempo infernal —el 24 de enero, por ejemplo, se hablaba de que «terrible es el temporal; […] por el viento de las dos últimas noches parecía iban a volar las casas»—,[29] retrasó la salida de los tercios 1.º, 2.º y parte del 4.º. El 27 de enero de 1860, a pesar de la cerrazón y «una lluvia bastante tenaz»[30], se hacen a la mar en infames condiciones de alojamiento, ya que las plazas disponibles oscilaban entre las novecientas y las mil, y los hombres, sin embargo, eran 1775[31]. En la travesía, les sorprendió una tempestad que casi les arroja contra la peligrosa barra de Bayona, pero lograron desembarcar en Santander el 28, zarandeados, mojados y mareados. Casi sesenta tuvieron que ser hospitalizados.

Allí se le reunirían el 3.º y la parte vizcaína del 4.º, que, a la vista de esa experiencia, fueron andando; completaron el viaje, durante el que sufrieron las inclemencias meteorológicas, el 31 de enero. Llegaron «estropeadísimos

por el terrible temporal» que soportaron por el camino. Se elogió, a pesar de todo, la calidad de la tropa vasca: «es muy buen personal y su gallardía llama desde luego la atención», aunque, «se nota, en general, gran diferencia en disciplina, comparándolos a los cuerpos del ejército que por aquí han pasado»[32]. Una de las características que se alabó de los hombres fue que «no eran demasiado jóvenes»[33], ya que existía en la época el convencimiento de que los de cierta edad eran más resistentes a las fatigas que los de menos años.

Entre el 4 y el 5 de febrero los primeros tercios dejaron Santander, entrando en La Carraca de Cádiz, con escala en La Coruña, el 9. De allí, irían a San Fernando, donde se les entregó el armamento los días 12 y 13. El 4.º dejó Santander el 13 y el 14, en dos expediciones distintas, que llegaron el 17 y el 21, recibiendo también el armamento.

El 25 y el 26 salió toda la división por mar, pero, de nuevo, un temporal la obligó a refugiarse en la bahía de Algeciras, hasta que amainó. Por fin, el 27 puso rumbo a Tetuán, donde desembarcó ese mismo día, más de cuatro meses después de la declaración de guerra, a las catorce semanas de la conferencia de Vergara y a los veintitrés días de haberse dado la batalla de Tetuán. Algunos afirmaron que se formó en el «corto espacio de 70 días»[34], pero la mayoría, incluidas muchas autoridades vascas, consideró que el retraso, aunque quizá inevitable por las razones ya expuestas, deslució en gran medida la aportación vasca. Bastará decir, como indicio de lo distante que quedó la realidad de las esperanzas, que desde el 10 de diciembre O’Donnell reclamaba que, para poder desarrollar sus planes, «debe activarse cuanto sea dable […] la organización y envío» de lo que llamaba «brigada vascongada»[35], y que el 22 de ese mes *La Iberia* se había hecho eco de impaciencias: «hay ya deseo de que lleguen a África los valientes tercios vascongados».

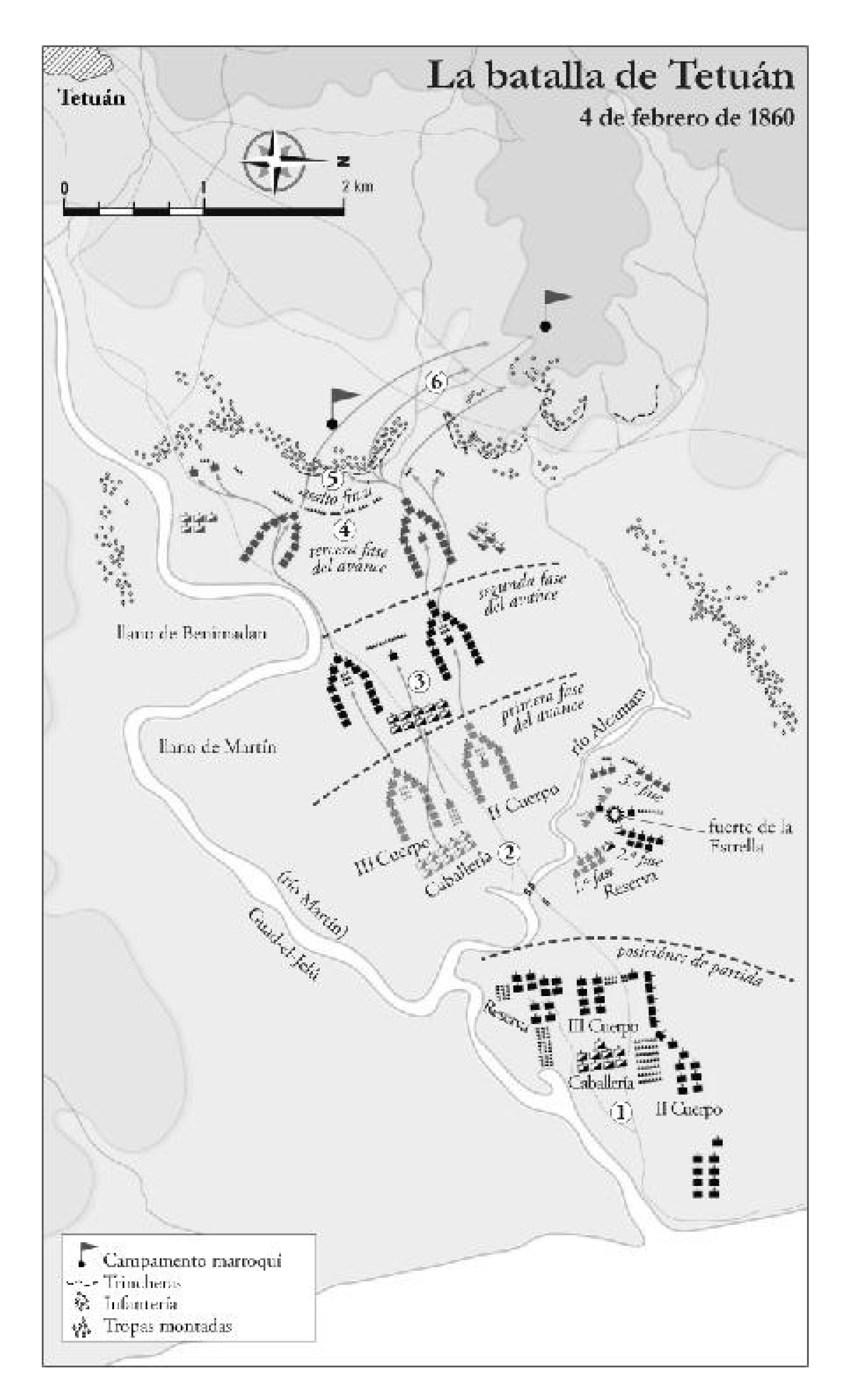
Pero no era solo que esos cuerpos hubieran llegado cuando la campaña se hallaba muy avanzada; además, «no estaban los Tercios diestros aún en los ejercicios de fuego y tiro de guerra»[36]. No podía ser de otra manera, ya que acababan de recibir los fusiles, pero así, la falta de operatividad se unió a la demora, y eso, cuando «el País Vasco deseaba que sus Tercios derramasen su sangre peleando»[37], para justificar los esfuerzos de todo tipo, humano, político y económico, que se habían hecho para situarlos en aquellas costas. Al final, y aunque de forma limitada, dichas expectativas se verán cumplidas.

EL 4 DE FEBRERO

Para cuando llegaron los voluntarios catalanes, el ejército llevaba medio mes instalado en sus insalubres campamentos, trabajando en las fortificaciones y en las agotadoras labores de desembarcar de los transportes desde artillería pesada a latas de carne, que requerían hasta mil hombres diarios. Completadas aquellas y reunido lo que O'Donnell estimaba necesario, se planeó el siguiente paso, el ataque a Tetuán, lo que, en cierto modo suponía abordar el primer objetivo de la campaña, tras el largo y penoso preludio de los más de sesenta días transcurridos desde el comienzo de las operaciones.

Antes, se procedió a una reorganización general. Como se puede apreciar en el orden de batalla del 3 de febrero de 1860 incluido en el apéndice II, no se habían subsanado ninguna las deficiencias orgánicas que se arrastraban desde el principio. La 1.ª División del Cuerpo de Reserva era una contradicción en términos, al disponer de solo una brigada; seguía habiendo dos brigadas de solo tres batallones; la llamada «Brigada» de Artillería y de Ingenieros tenía efectivos propios de un regimiento y persistía el gran exceso de mandos de caballería, casi uno por cada diez hombres. Es de notar la escasez de unidades de cazadores en la reserva. Se explica, de un lado, porque los batallones de esa especialidad estaban ya prácticamente todos en África y porque, sorprendentemente, el I Cuerpo, destinado a una mera misión defensiva en Ceuta, contaba con siete de esas unidades de élite, de las dieciséis que estaban en Marruecos. Hay que mencionar que los Voluntarios Catalanes fueron asignados a Prim, debido a que era oriundo de esa región. Por el mismo motivo, la División Vascongada pretendería ser destinada al Cuerpo de Echagüe, que había nacido en San Sebastián.

O'Donnell estudió con cuidado su próximo movimiento, destinado a batir al ejército contrario. Por primera vez, se tomaba la ofensiva contra un enemigo atrincherado, y era aconsejable no correr riesgos innecesarios.


La batalla de Tetuán
4 de febrero de 1860
Tetuán
0
1
2 km
N
llano de Benimadan
llano de Martín
segunda fase del avance
primera fase del avance
tercera fase del avance
asalto final
río Alcantara
II Cuerpo
III Cuerpo
Caballería
fuerte de la Estrella
3.ª fase
2.ª fase
1.ª fase
Reserva
(río Martín)
Guad-el-Jelú
posiciones de partida
Reserva
III Cuerpo
Caballería
II Cuerpo
Campamento marroquí
Trincheras
Infantería
Tropas montadas

Mapa de la batalla de Tetúan

1. Campamento base.
2. Los II y III cuerpos junto con la División de Caballería atraviesan el río Alcántara por los puentes establecidos al efecto, siguiendo por el camino a Tetuán. La reserva se sitúa junto al fuerte de la Estrella protegiendo el flanco del avance.
3. El ejército avanza por el camino a Tetuán, se adelanta el 3.er Regimiento Montado de Artillería que contesta al fuego que viene de las trincheras marroquíes. La reserva evoluciona en su posición tratando de disuadir al enemigo de que actúe contra el flanco del ejército durante su avance.
4. Situados a corta distancia de las trincheras enemigas, se despliega a lo largo de todo el frente a toda la artillería, cubriendo sus flancos con la caballería.
5. Tras media hora de fuego, se asaltan las trincheras del enemigo con éxito, alcanzando poco después su campamento en la llanura.
6. La 2.ª División del II Cuerpo con el refuerzo de algunos batallones del III, avanzan sobre la colina de la derecha que terminan tomando. Los marroquíes se retiran en todas direcciones, la batalla ha terminado.

El 2 de febrero, después de misa, subió con sus principales subordinados a la azotea de la Aduana para desde allí explicarles sobre el terreno la maniobra que había pergeñado. Para aclarar aún más su proyecto, hizo que la reserva se dividiera en tres contingentes, que efectuaron las evoluciones previstas al día siguiente para los cuerpos de ejército. Además, por lo menos en su II Cuerpo, Prim tuvo la previsión de hacer prácticas de formar cuadros y cuñas, y, a los cazadores, de reunirse «en grupos sencillos y dobles contra caballería, estando en orden abierto»[38]. Por la tarde desembarcaría un batallón de América y 104 acémilas[39].

Al día siguiente, se dictó una orden general[40] que daba algunas directrices. Entre otras, que al toque de diana se batieran las tiendas, y que la tropa hubiese desayunado a las 6.30, para ponerse en movimiento a las 7. Se advertía a los oficiales que llevasen consigo comida para 24 horas y, «en el supuesto de que hubiese combate», indicaba cómo se realizaría la evacuación de los heridos. A las 10, O’Donnell informaba al Gobierno de que «el ejército […] mañana probablemente marchará sobre Tetuán»[41]. Como se recordará, ese mismo día llegaron los Voluntarios Catalanes.

Al amanecer del 4, cuando los soldados salieron tiritando de sus tiendas, tras una noche muy fría, vieron que las cumbres del Atlas estaban cubiertas de nieve. Una fina lluvia, que calaba los ponchos, acabó de ensombrecer el horizonte para los muchos que no habrían podido conciliar el sueño, entre las bajas temperaturas y la aprensión por la batalla que se avecinaba. Parecería que los elementos no dejaban de acosar a los españoles. El suelo empapado dificultaba los movimientos de la artillería y, como Napoleón en Waterloo, O’Donnell prefirió esperar a que escampase y se secase. Por fin, a las 8.30, el

arcoíris anunció el sol, y las tropas se apresuraron a ocupar sus puestos en formación.

Se ha afirmado que el despliegue adoptado por el conde de Lucena, a base de «baluartes humanos», «no pudo ser más práctico, ingenioso y original»[42]. En realidad, era muy similar al de Bugeaud en Isly[43]. No se trata de ningún reproche; al contrario, era la solución más inteligente, ya que estaba considerado como modélico para hacer frente a fuerzas irregulares, y ese era el caso en el que O’Donnell se encontraba. Se limitó, pues, a hacer los ajustes necesarios a su situación, ya que tendría que habérselas con un adversario fortificado, no contra masas de caballería como había sucedido al mariscal francés.

Dispuso a su izquierda al III Cuerpo en forma de cuña, con dos brigadas escalonadas en punta, por así decirlo, y cubiertas por compañías de cazadores desplegadas en guerrilla. Las otras dos, con sus batallones en columna cerrada, constituían los lados y, entre ellos, se colocaron los tres escuadrones del Regimiento de Artillería a Caballo, de la división de Alcalá Galiano. El II se colocó a la derecha de aquel, en la misma disposición, llevando dos compañías del 2.º Montado, y «las dos rayadas» —el artículo es de O’Donnell— de Montaña, una del 1.º y la del 5.º. Detrás de cada cuerpo de ejército marchaban cincuenta acémilas con munición, además de las que seguían a cada batallón, y había otras treinta con proyectiles para la artillería.

Entre las dos cuñas, a retaguardia iba el 3.er Regimiento de Artillería Montada, o de Reserva, junto a «las cuatro piezas rayadas del tren de sitio», que, por carecer de ganado orgánico, eran arrastradas por el extraído de las fraguas y el cedido por la administración militar. Los ingenieros precedían al despliegue artillero, que iba seguido por la División de Caballería.

Es interesante constatar que, como había hecho durante toda la campaña, pero ese 4 de febrero con mayores medios, el de Lucena manejaba los cañones como algo propio, desgajándoles de las formaciones a las que pertenecían, para crear así una potente masa de fuego.

En cuanto al Cuerpo de Reserva, el primero que se puso en marcha, con la restante compañía del 2.º Montado y una de Montaña del 1.º[44], a las diez se situó en el reducto de la Estrella, en el extremo derecho del dispositivo español. A continuación, se ponen en movimiento los otros, y franquean el Alcántara por el puente de piedra y otros dos de madera tendidos por los ingenieros.

Tenían ante sí sus objetivos: a la izquierda, «en una pendiente muy suave», cerca de Tetuán, el campamento de Muley Ahmed, contra el que se

dirigía el ataque principal; a la derecha, en torno a la torre Jeleli, «en un cerro bastante elevado»[45], el de Muley el-Abbás. La idea de la maniobra, básicamente era que Ríos observase a este, y protegiese la derecha de los cuerpos que avanzaban. Prim debería hacer un ataque frontal contra Muley Ahmed, al tiempo que Ros le desbordaba y le envolvía por la izquierda.

Hay unanimidad en la solemnidad del avance hacia el enemigo, en silencio, en una formación tan perfecta como si se tratara de una parada. Las banderas desplegadas, las músicas de los regimientos y las charangas de los batallones acentuaban esa impresión, subrayada por el brillo de bayonetas, sables y cascos, y los ondeantes gallardetes de los lanceros. Las barretinas de los catalanes daban una mancha de color, entre los imperiales negros de los roses.

Cuando el ejército había recorrido unos mil metros[46], rompió el fuego la artillería de ambos campamentos, aunque otras fuentes[47] señalan que la iniciativa fue de las cañoneras que acompañaban al ejército en su progresión, cubriendo su flanco izquierdo. Coinciden los testigos en que los disparos marroquíes bien «pasaban a una altura enorme», cayendo hasta doscientos metros a retaguardia de los batallones[48], bien quedaban «siempre hundidos en tierra a vara y media de las cabezas»[49] de las columnas. Fue una gran fortuna, porque las unidades marchaban en formación cerrada, y los proyectiles, aunque no fuesen explosivos, podrían haber hecho estragos.

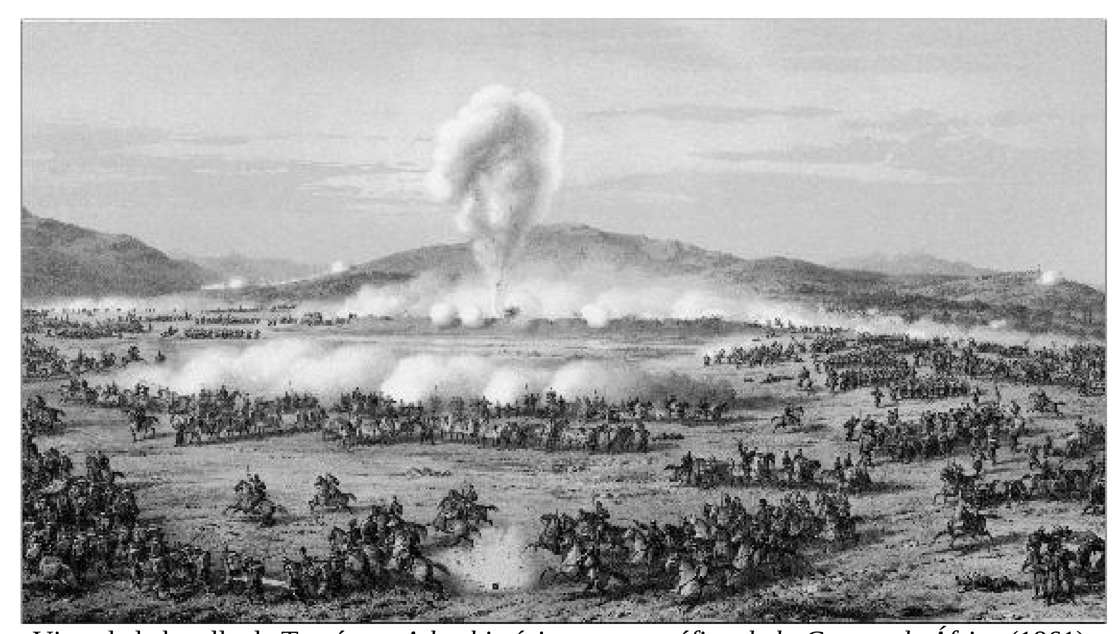
Prosiguió el movimiento sin que el ejército respondiera al tiro, hasta que, a unos 1700 metros del adversario, O'Donnell manda al 3.º de Artillería Montada[50] que entre en batería. Lo hace al descompasado galope de sus mulos, y empieza a tirar, según el parte, «con gran viveza», lo que es seguro, y «acierto», lo que no lo es. Quizá por eso, y para llegar a alcances adecuados a piezas de inferior calibre, se reanuda el avance, al tiempo que los del 3.º realizan una exhibición de «hacer fuego por baterías, ganando terreno», es decir, acompañan la progresión sin dejar de tirar por turnos. Sus más rápidos compañeros de la Artillería a Caballo se unen al bombardeo, desplegando a la izquierda. Al poco, lo hacen también los del 2.º Montado, una de cuyas compañías bate el campamento de Muley Ahmed, mientras que la otra toma como blanco a las fuerzas que se desprendían del de Muley el-Abbás. Ante la amenaza que estas representan, el general en jefe desplaza a su derecha a la brigada de lanceros, que queda allí en observación.

Por su parte, los batallones de cazadores aportan guerrillas para proteger a la artillería. Si el caso del de Baza, en la extrema izquierda, puede servir de

ejemplo, situó en ellas a la mitad de cuatro compañías, con la otra mitad en reserva, y el resto tras esta, en columna por divisiones[51].

Se llega así a los 600 metros, sin que se haya disparado un fusil. Un amago del contrario sobre su izquierda es contrarrestado por O’Donnell, que envía allí a los coraceros[52], mientras Ros, por precaución, hace doblar sus guerrillas, lo que basta para hacer abortar el movimiento.

Ya se estaba a 400 metros, y el núcleo de la izquierda española —III Cuerpo y artillería a caballo— había desbordado los atrincheramientos contrarios, y mediante una conversión a la derecha amenazaba con envolverlos por ese lado. Rompe entonces el fuego toda la artillería del ejército —40 piezas, «un círculo de bronce»—,[53] cuando la de montaña, la única que no había actuado aún, entra en acción.



Vista de la batalla de Tetuán en *Atlas histórico y topográfico de la Guerra de África* (1861).

Es de suponer que entonces lo hicieran también los cohetes, de los que el parte no indica su situación, pero el verídico Navarrete atestigua que «en la batalla del 4 de febrero reventaron dos trabuquillos»[54]. Como se ha dicho, de esa manera se llamó a lo que quedó de los tubos iniciales, tras una cadena de explosiones fortuitas. Los artilugios se habían convertido en tan peligrosos para sus sirvientes que los disparaban solo un artillero y un teniente, procurando que no les alcanzase «el chorro de fuego que vomita cada cohete al incendiarse», mientras los demás se ponían a cubierto. También es posible que la unidad estuviese con Ríos, a cuyo cuerpo pertenecía, y que tirase sobre la caballería que por allí caracoleaba.

Gutiérrez Maturana[55], que asistió al combate, afirma que los batallones se sentaron durante el tiempo que duró el cañoneo, lo que era una medida acertada; así descansaban, tomaban fuerzas para lo que les esperaba, y presentaban menos blanco.

Reconoce O’Donnell que «muchas granadas estaban a la vez en el aire y muchas reventaban en el campo contrario, […] sin lograr inutilizar la artillería enemiga, que seguía disparando», a pesar de los 2960 cañonazos que se tiraron. Lo explica por «lo robusto y bien entendido de los parapetos y trincheras», de lo que luego se hablará. Varios participantes indican que sí se logró volar dos polvorines. Borobio[56] lo pondría en malos versos:

> Un jefe de artillería
> dirigió un cañón rayado
> y les metió una granada
> que el polvorín ha volado.

Tras la fase de ablandamiento del enemigo, llegaba el momento decisivo: el asalto.

Las tropas se ponen en pie, y forman en línea, al parecer. Se ha dicho que la División Turón[57], 1.ª del III, y los Voluntarios Catalanes[58], en la 1.ª del II, se desprendieron de las mochilas antes de lanzarse hacia delante. Era una sabia decisión, ya que para la carrera final cualquier peso sobraba, y es de esperar que lo mismo hicieran las demás unidades. No fue el caso, por desgracia, y se sabe de alguna que padeció toda la batalla abrumada por «mochila, manta, tienda y provisiones»[59]. Resulta difícil explicarse por qué, para un recorrido de un par de kilómetros, los soldados llevaron todo esa carga. Ya se ha comentado que en el ejército francés de África las mochilas se descartaban siempre en acción, como dictaba el sentido común. Es una lástima que el español no hiciese lo mismo y se dejase la decisión al albedrío de cada jefe.

Se ha visto, sin embargo, que O’Donnell había recomendado a los oficiales que llevaran consigo alimentos para un día, lo que indica que había previsto que la impedimenta quizá no se les reuniría a tiempo. De nuevo, ello despierta cierta perplejidad, a la vista de lo cerca que había quedado, en el campamento español. Por otro lado, también se ha señalado que las tropas iban acompañadas por más de cien acémilas con cartuchos de reserva, que no se utilizarían, dado el tipo de batalla que el general en jefe había planteado y que preveía un asalto directo, sin intercambio de fusilería. Quizá parte de ellas podrían haber transportado algunos suministros para la tropa, que hubiesen

obviado parcialmente la necesidad de que esta hubiese entrado en acción con esa sobrecarga a cuestas.

Las unidades de vanguardia, las que iban a sufrir el primer choque eran, en el III Cuerpo, de Ros, el 1.º de Albuera, los Cazadores de Ciudad Rodrigo, el 2.º de Albuera, Zamora y el 1.º de Asturias, esto es, la 1.ª División casi al completo. En el II, los Cazadores de Alba de Tormes, los Voluntarios Catalanes, el 1.º de la Princesa, el 1.º de León y el 1.º y el 2.º de Córdoba, es decir, tres de la II Brigada de la 1.ª División, y otros tantos de la II Brigada de la 2.ª División[60]. Se dijo que también estaban los Cazadores de Chiclana, de la I Brigada de la 2.ª División, en competición con los de Alba de Tormes, con los que tenían una antigua rivalidad, pero el parte no los cita. Los hombres de Prim marchaban enardecidos por una arenga de este, que el día 2 les había dicho, señalando al enemigo: «¡Yo quiero que aquellos cañones sean para los soldados que mando!»[61], y estaban decididos a cumplir sus deseos, espoleados por una segunda orden, en pleno combate: «¡Adelante, que no se os anticipe el III!»[62].

Las bandas tocan al unísono la orden de ataque general y el ejército se lanza a la carrera decisiva, casi al mismo tiempo que, ya a alcance corto de fusil, los parapetos de los marroquíes, que habían observado una notable disciplina, se encienden con los disparos de las espingardas. Es entonces cuando los de Isabel II empiezan a sufrir bajas significativas, que no les arredran.

Los hombres de Ros no encuentran grandes dificultades. Han desbordado las fortificaciones del contrario por la izquierda, y no tienen otro obstáculo ante sí que los propios adversarios, a los que fácilmente ponen en fuga con una carga a la bayoneta, penetrando en su campo.

En el sector de Prim, en cambio, todo resulta más complicado. Primero, hay que vadear una zona pantanosa, «como un arrozal»[63], cubierta de hierba y flores que existía allí, delante de los parapetos. Los soldados se hunden en ella hasta las rodillas, ofreciendo un fácil blanco a los marroquíes y a sus cañones, que «hicieron a quemarropa dos o tres disparos de metralla sobre los Voluntarios Catalanes, sobre los Cazadores de Alba de Tormes y sobre otro batallón que no recuerdo»[64]. Era el 1.º de Saboya, de la II Brigada de la 1.ª División, que se encuentra ya toda en primera línea. Solo un impacto en la compañía de granaderos dejó fuera de combate a un teniente, todos los sargentos y 35 hombres. Poco antes, su capitán había dicho a Prim: «mi general, quíteme de delante esta guerrilla», a fin de poder lanzarse al asalto, lo que hizo, a pesar de las bajas[65]. La descarga espanta al caballo de Yriarte,

que se encabrita y le hace caer en el «barro, espeso y blanquecino como la leche»[66], de «olor fétido e inmundo»[67], del que con dificultad, ayudándose unos a otros, se van extrayendo los soldados, para continuar el ataque; «varios, que iban cargando a la bayoneta, permanecieron algunos instantes de pie y como clavados en el fango, después de haber recibido balazos en el pecho y aun en la cabeza que eran mortales de necesidad»[68]. Alguien que pasó por allí después hablaría del «barro ensangrentado»[69].

El historiador de la unidad asegura de los catalanes que «nuestros soldados no supieron reaccionar hasta que Prim, que estaba en la retaguardia, se puso al frente y les animó a continuar avanzando»[70]. Las cantineras del batallón, que lo habían acompañado, «tuvieron que reclamar ajeno auxilio»[71] para poder salir del barrizal. En realidad, todos los que se encontraron en la angustiosa situación, necesitaron «ajeno auxilio», a la vez que lo prestaban a otros. Fue un sálvese el que pueda, pero para atacar, no para retroceder. Por lo que se refiere a los Voluntarios, lanzar a bisoños a aquel infierno, hacerles soportar en formación cerrada fuego de artillería, para luego entrar en una ciénaga y a continuación salir de ella para asaltar un campo atrincherado, es algo que desafía a toda lógica, excepto la política. Lo asombroso es que no echaran a correr.

O’Donnell, dejando de lado por primera vez su legendaria frialdad, grita en francés, «*En avant!, en avant!*»[72]. Los momentos son críticos, aún más porque, «ora por haberse anticipado Prim en su ataque a la trinchera, ora por haberse involuntariamente retrasado el general Ros en su marcha envolvente, no coincidieron ambos cuerpos como estaba prevenido en el instante mismo del asalto», lo que «hubiera ahorrado mucha sangre»[73]. Sea como fuere, en pequeños grupos rebozados de barro, los hombres se arrojan contra la línea de Muley Ahmed. Al parecer, Alba de Tormes y los catalanes lo hicieron de frente, mientras que Prim se corre a la izquierda, con Princesa, León y Córdoba, hasta que encuentra un hueco —una tronera, afirman muchos— y entra por ella en el campamento, matando, al hacerlo, de un tiro o de un sablazo, según las fuentes, a un artillero.

Se ha hablado de encarnizados combates cuerpo a cuerpo, pero más bien parece que los marroquíes, como lo reconocen sus propios cronistas[74], al ver superadas las defensas, a la vez que el III les atacaba por su flanco derecho, no tardaron en apelar a la fuga. Era lo mejor que podían hacer, en esas circunstancias. Borobio[75], que estaba con sus Cazadores de Llerena, pertenecientes a dicho cuerpo, lo cuenta todo en pocas palabras: «tan luego

como asaltaron las trincheras nuestros soldados, empezamos con ellos a la bayoneta, huyendo todos los moros, llenos de terror y espanto».

Los artilleros fueron una excepción. Continuaron tirando hasta el último momento «con cuatro piezas desmontadas[76], sufriendo la voladura de un repuesto, y teniendo multitud de sirvientes hechos pedazos por los cascos de nuestros proyectiles». Luego, con los españoles ya dentro, siguieron defendiéndose, hasta que la intervención de López Domínguez, con los de su compañía de montaña del 5.º Regimiento, «impidió que los pocos artilleros marroquíes heridos […] que sin retroceder una pulgada, ya que no podían los cañones, disparaban las espingardas, fueran rematados a bayonetazos». Navarrete, al que pertenecen estas palabras[77], añade el mayor de los elogios: «no ambicionaría en mi hoja de servicios empresa más loable que haber mandado una batería» como lo hicieron aquel día los marroquíes.

Todo indica que, en efecto, no se dio cuartel, lo que nada tiene que extrañar en el curso de un asalto, cuando los atacantes, tras haber sufrido al descubierto el fuego enemigo, pueden por fin tomarse cumplida venganza. Prim era la viva imagen de la tensión por la que todos habían pasado: «su semblante está verde, los labios apretados por nerviosa contracción; la placa de Carlos III estaba rota; el sable lo tenía torcido, y secó en la mantilla del caballo la sangre que empapaba la hoja»; su montura estaba herida[78].

Parece que la primera bandera que se plantó fue la del 1.º de León, cuyo coronel dio el asalto seguido por solo 29 hombres, ya que los demás habían quedado empantanados. Dejaron en el barro un jefe con tres tiros, 12 oficiales heridos, 9 soldados muertos y 128 heridos[79].

Mientras caía el campamento de Muley Ahmed, Enrique O'Donnell, con su 2.ª División del II Cuerpo, marchaba contra el de Muley el-Abbás, que fue abandonado sin lucha.

Había sido un triunfo en toda la línea, «una brillante acción»[80], en la que «los españoles se portaron muy bien»[81]. «La infantería española, tan famosa por su reputación en los siglos pasados, pero que tan poco había hecho en mantenerla en la primera mitad del actual, puede aún recobrar su elevado prestigio entre los ejércitos europeos», tras su celebrada actuación el 4 de febrero[82].

Los soldados, boquiabiertos, vagaban entre las ochocientas tiendas y las chozas cubiertas de cañizo que habían capturado, indiferentes al cañón de la alcazaba de Tetuán que seguía tirando, con nulo efecto, como había sucedido durante todo el día. Mientras, un cazador de Chiclana blandía gozoso una bandera que había capturado, y un teniente del 1.º de la Princesa cogía otra.

No había, sin embargo, muchas cosas agradables que ver: «nuestros caballos hollaban los sangrientos despojos de nuestros enemigos; por aquí, un tronco sin cabeza; por allí, los miembros esparcidos de uno despedazado por una granada; más allá, un cuerpo completamente quemado; un poco más lejos, dos mutilados hombres, horriblemente desfigurados»[83]. Tampoco había gran botín. Lo demuestra que entre los trofeos considerados significativos que se mandaron a España, además de la tienda de Muley el-Abbás, figuraban objetos tan pobres como «dos lindos pebeteros de cobre», otras tantas cafeteras inglesas «de muy mala calidad», y una taza de porcelana inglesa[84]. Sin embargo, Navarro, con la exageración propia de la época, hablaría en una crónica de «los objetos de regalo oriental de los príncipes en fuga»[85].

Reinaba, asimismo, una gran inmundicia, y, como pronto se descubrió, los piojos eran los verdaderos dueños del campo. Prudente, la tropa se instalaría algo alejada, al aire libre, mientras que los mandos, por romanticismo o esperando mayores comodidades, se acogieron bajo techado, lo que les costó sufrir los ataques de los animalejos. El entorno, en cambio, era paradisiaco: jardines, naranjos, aloes, chumberas, flores amarillas y azules, «una serie de frondosas huertas, plantadas en su mayor parte de viñas y frutales»[86]. Al amanecer del día siguiente los vencedores oirán, por primera vez después de muchas semanas, el cántico de los pájaros[87].

O'Donnell podía sentirse orgulloso de esa «batalla elegante», como la llamó Castillo[88]. Hasta el siempre hostil *Gibraltar Chronicle*[89] escribiría que «la victoria del 4 es la mejor contestación a los que censuraban su larga permanencia en la rada de Tetuán». El ejército había actuado como un mecanismo bien engrasado, sin fallo alguno, excepto la coordinación en el último momento entre los cuerpos II y III, imposible de sincronizar al minuto, por otra parte. La infantería había estado espléndida de serenidad y, a la vez de agresividad, y la artillería, aunque poco precisa, había hecho gala de una extraordinaria rapidez de movimientos y de bravura, siempre en vanguardia, junto a las guerrillas. Solo la caballería no había tenido ocasión de lucirse. El propio general en jefe manejó las piezas de su tablero con mano maestra. Casi no hace falta decir que mostró su coraje habitual. En los últimos momentos de la lucha, un disparó derribó muerto junto a él a un correo de gabinete, con lo que los dos que le habían acompañado voluntariamente desde España fueron baja. El de Lucena se limitó a mascullar: «se está bastante mal aquí»[90].



Los voluntarios catalanes durante la batalla de Tetuán, en *Jornadas de Gloria o Los Españoles en África* (1860), de Víctor Balaguer.

La reputación de los marroquíes sufrió un nuevo golpe. Quizá sus jefes, a la vista de que sus tropas no lograban vencer a los españoles en campo abierto, pensaron que era posible que tuvieran más posibilidades a la defensiva, protegidas por atrincheramientos. Pero no estaban hechas para eso, como la mayoría de las irregulares, y si mostraron una elogiable disciplina de fuego, rehuyeron el asalto. La realidad era que no estaban en condiciones de enfrentarse a un ejército europeo, generosamente dotado con artillería moderna.

En su parte, O'Donnell habla de que batió a 35 000 adversarios —los efectivos españoles empleados en el asalto se calcularon en unos 25 000 como máximo—, a los que causó una pérdida «inmensa», afirmación que se ha discutido, ya que combatieron a cubierto y no hubo persecución[91]. La suya fue, según un informe inicial, de 1 jefe, 10 oficiales y 58 de tropas muertos, y 6, 50 y 711, respectivamente, heridos[92], cifra luego rectificada por la de 10 oficiales y 57 de tropa muertos, y 3 jefes, 52 oficiales y 707 de tropa heridos[93]. Entre el botín capturado figuraban las dos banderas mencionadas —«sucias y grandes», según un periódico[94]— y ocho cañones[95], además de camellos, tiendas y otros efectos. Las enseñas eran una de color amarillo, al igual que otras ya tomadas, pero «de gruesa tela de seda con rayas», y una azul, adornadas ambas con borlas[96].

Las bajas de los españoles fueron sensibles y se concentraron en seis batallones; era el precio de la vanguardia. Ya se han mencionado las del 1.º de León, que el informe sitúa en 1 oficial y 7 soldados muertos, y 11 y 105, respectivamente, heridos, pero no fue un caso único. En Alba de Tormes, su jefe accidental recibió dos balazos, y tuvo 1 capitán y 2 tenientes muertos, y 4 capitanes, y otros tantos tenientes y 2 subtenientes, heridos. De sus ocho compañías, la 2.ª, la 4.ª, la 5.ª, la 6.ª y la 7.ª se quedaron sin capitanes; en la tropa hubo 4 muertos y 105 heridos y «el trapo (sic) y el asta de la bandera» quedaron destrozados[97]. A propósito de ese distinguido batallón, es singular que dos de sus jefes sucesivos pidieran y obtuvieran el retiro poco menos de un mes después de que empezaran las operaciones.

En los Voluntarios Catalanes, que atacaron tras la unidad que se acaba de citar, murieron su comandante, 1 teniente y 14 hombres, y quedaron heridos 80. Princesa tuvo 4 soldados muertos y 94 heridos, junto a 2 mandos. Saboya, 1 oficial y 4 soldados muertos, y 2 y 75, heridos. Córdoba, por fin, 6 soldados muertos y 9 oficiales y 91 hombres heridos[98]. Menos este último cuerpo, que alineó dos batallones, las pérdidas de los demás fueron muy importantes, sobre todo en el caso de los catalanes, para sus pocos efectivos. Es notable la elevada proporción de heridos respecto a muertos, resultado del escaso calibre de las balas marroquíes.

Como siempre, hasta que llegó información oficial, España fue presa de los rumores más descabellados sobre el resultado de la batalla, llegándose a escribir que se habían hecho dos mil prisioneros[99], cuando no hubo ninguno. En todo caso, se le dio tanta importancia, que mereció al menos un editorial[100].

Algún romántico pensó, en referencia a la proximidad de Tetuán, a poco más de un kilómetro, que «cada cual se forjó aquella noche una ciudad fantástica poblada de alhambras y alcázares»[101]. Pero fueron muchos más los que guardaron una fúnebre memoria, a causa de las pérdidas sufridas.

Los servicios médicos habían funcionado correctamente, en tres escalones. En el primero, los propios del batallón; en el segundo, las ambulancias de brigada; y, en el tercero, un hospital, tan avanzado que se le ordenó retroceder, porque estaba al alcance de la artillería enemiga, a lo que se negaron sus responsables. No obstante, la cantidad de heridos que hubo que atender fue muy elevada —a uno de ellos, de Chiclana, se le practicó la primera amputación de la campaña— y, lo que era peor, las medidas de evacuación se colapsaron.

No fue culpa de nadie, sino de ese incansable adversario, el mal tiempo. En efecto, el mismo día 4, a las diez de la mañana, Bustillo había informado de que «traté de comunicarme con el general en jefe, y no me lo permitió el estado de la barra [de la ría]». De hecho, al amanecer ordenó retirarse a todos los transportes, con los de vapor remolcando a los de vela, mientras que la escuadra se quedó fondeada, aunque «el tiempo siguió achubascándose» y «hay mucha mar del Este»[102]. A las siete de la tarde, logró saltar a tierra y felicitar a O'Donnell, pero regresó a su buque «con el bote lleno de agua», y, añade, «creo imposible embarcar mañana enfermos y heridos».

El 5, a las seis de la mañana, indicaba, ya desde Puente Mayorga, que «ayer», con «la mar reventada» y «los horizontes todos cerrados», había partido de la rada de Tetuán, para acogerse al punto mencionado. Como no podía procederse a la evacuación, había dado órdenes de ir a repostar a Gibraltar[103]. El 6, ya de vuelta, señala a las cinco y media de la tarde que las condiciones meteorológicas siguen sin permitir el embarque[104]. Solo el 7, a la misma hora, puede anunciar que ya se ha realizado. Por cierto, bajaron a tierra como refuerzos el Batallón de Cazadores de Tarifa, cuatrocientos hombres «establecidos» y cien presidiarios para ayudar en los trabajos[105].

Tan considerable retraso fue una tortura para los enfermos y heridos. Ante la imposibilidad de repatriarlos, se levantaron a toda prisa en la playa barracones, que, con la precipitación en erigirlos, distaron de ser satisfactorios. Resultaron, además, insuficientes: «los heridos no cabían en las salas que se habían preparado en la Aduana, a más de un inmenso local de tablas que al lado de la ría tenía su destino para los coléricos» y los pacientes estaban «hacinados», por lo que se montaron tiendas[106], que tampoco eran buena solución. «¡Ojalá que tan luego como se llegó a la Aduana se hubieran mandado construir, porque muchos enfermos y heridos habrían tenido mejor suerte!», clamaba con razón un médico, añadiendo que, por ese motivo, «el día después de la batalla de Tetuán y los sucesivos dejaron un triste recuerdo en nuestra mente»[107]. Para mayor desgracia, esa noche llovió.

Cuando por fin pudo realizarse la evacuación, muchos catalanes fueron embarcados en el vapor Barcelona, que transportaba ciento noventa heridos. Veinte de los voluntarios, además, estaban afectados por el cólera. De ellos, seis fallecieron durante la travesía, pagando la clásica contribución de los recién llegados[108]. Fue el suyo un trágico destino, a los cinco días de haber pisado África.

Las unidades combatientes compartían el estado de ánimo de los médicos: «la embriaguez de la victoria no se manifestó esa noche con músicas y

algazaras; […] la amargaba el recuerdo de los numerosos valientes que yacían enterrados en las lagunas, o gimiendo mortalmente heridos en la Aduana»[109]. Acentuaba el ambiente opresivo la actividad de los gastadores, una de cuyas múltiples funciones era la de sepultureros: «de un palazo abrían un hoyo, echaban el despojo humano, y de otro palazo lo cubrían de tierra»[110]. Los que recibieron esa lúgubre misión fueron los de Iberia, Cantabria y América.

Terminada la batalla, era la hora del análisis de la misma. Decir de ella que fue «donde realmente se decidió el éxito de la guerra»[111], resumía bien su repercusión, pero hay otros factores a tener en cuenta. El principal es la resistencia que realmente hubo que vencer, materia en la que resulta imposible conciliar los distintos puntos de vista. Hardman alude a los «elevados» parapetos marroquíes y compara su campamento con «una ciudadela»[112], que si hubiese sido defendida tan bien como fue construida, habría sido impregnable. La misma línea siguen los cronistas y autores españoles, que hablan de poderosas fortificaciones, no faltando quien, desde luego, las atribuya a los ingleses.

Pero la misión militar prusiana, que visitó el 19 de febrero el campo de batalla, menciona «trincheras insignificantes», tan fáciles de franquear como el elemental foso, y «lamentables atrincheramientos y no menos miserable artillería». Añade que solo algunos cañones estaban protegidos por troneras y considera ofensivo para los ingleses que alguien pensara que ellos habían erigido tales fortificaciones[113]. No eran solo los alemanes quienes tenían esa opinión. Un artillero español[114] habla de «una sola batería a barbeta, artillada con siete piezas de calibres pequeños o irregulares, montadas sobre cureñas de modelos antiquísimos, tan mal traídas que las ruedas de algunas eran groseros discos de madera, […] sin proyectiles huecos y cebando con unos estopines fatales de hoja de lata». Como es sabido, «a barbeta» significa «que tiene el parapeto sin troneras ni merlones, y no cubre a los artilleros».

Desde luego, es irrefutable que las piezas eran verdaderas antiguallas, dignas de un museo. La más moderna databa de 1808 y había alguna del siglo XVIII. Tenían, además, diferentes calibres y origen, desde Suecia a España, pasando por Venecia. No obstante, a corta distancia y cargadas con metralla eran tan letales como los cañones modernos, por lo que asaltarlas a pecho descubierto requería un gran valor por parte de los infantes. En cambio, en un duelo con artillería rayada resultaban patéticas.

Muchos no compartieron el criterio, ya señalado, del periódico gibraltareño, que justificaba la larga estancia de O’Donnell en su campamento

sin operar, a la espera de acumular medios. Pensaban que la, en último extremo, débil resistencia del enemigo no justificaba tanto preparativo. Pero «la más justificada crítica», a ojos de la historia oficial de la campaña, fue «no emplearse la caballería para explotar el éxito obtenido»[115] el día 4. Cuando fueron tomadas las posiciones, quedaban horas de luz, y los adversarios huían a la desbandada, perdida la moral y la primitiva organización que tenían. El de Lucena disponía en la división de Alcalá Galiano de diez escuadrones frescos, que no habían participado en el combate. Lanzarlos en pos de los fugitivos habría dado importantes réditos, quizá decisivos.

La victoria se reflejaría en un auténtico delirio de recompensas. Por solo citar las más importantes: García recibió la Gran Cruz de San Fernando; Ros de Olano, el título de marqués de Guad-el-Jelú, con grandeza de primera clase; Prim, el marquesado de los Castillejos, también con grandeza; Zavala, el de la sierra de Bullones; Alcalá Galiano, ascendió a teniente general, al igual que Turón, Quesada, Orozco, Enrique O'Donnell y Ríos, es decir, prácticamente todos los divisionarios presentes; Bustillo pasó de jefe de escuadra a teniente general de la Armada, y Hediger —que mandaba la II Brigada de la 2.ª División del II Cuerpo— y Cervino —al frente de la II Brigada de la 1.ª División del III Cuerpo— a mariscales de campo[116]. Aunque los títulos de nobleza se otorgaron por el comportamiento de los agraciados durante toda la campaña, muchos considerarán excesivas siete promociones a teniente general por una batalla dada con tamaña disparidad de medios entre uno y otro bando.

UNA CONQUISTA AGRIDULCE

En la noche del 4 al 5, desde su campo, los españoles oían con claridad gritos y tiros procedentes de la vecina Tetuán, sin que supieran a qué atribuirlos. Ennasiri Esslaoui[117] desvela la incógnita. Cuenta que, tras la derrota, Muley el-Abbás atravesó la ciudad en su retirada, «con un pañuelo sobre los ojos, llorando de pena por la religión, que tan mal había sido defendida». Los vecinos pudientes se dirigieron a él, pidiendo permiso, que hasta entonces había negado, para seguirle con todos sus bienes, a lo que accedió. Mientras, los restos del ejército también hacían su entrada, dispersos y ajenos a todo control.

Entonces, «el tumulto estalló»; turbas de «montañeses, árabes y bribones» se entregaron al más frenético de los pillajes hasta el amanecer. Cuando salió

el sol, «no se contentaron [ya] con saquear; se mataba por el botín». Hubo al menos veinte asesinatos, en un desorden indescriptible.

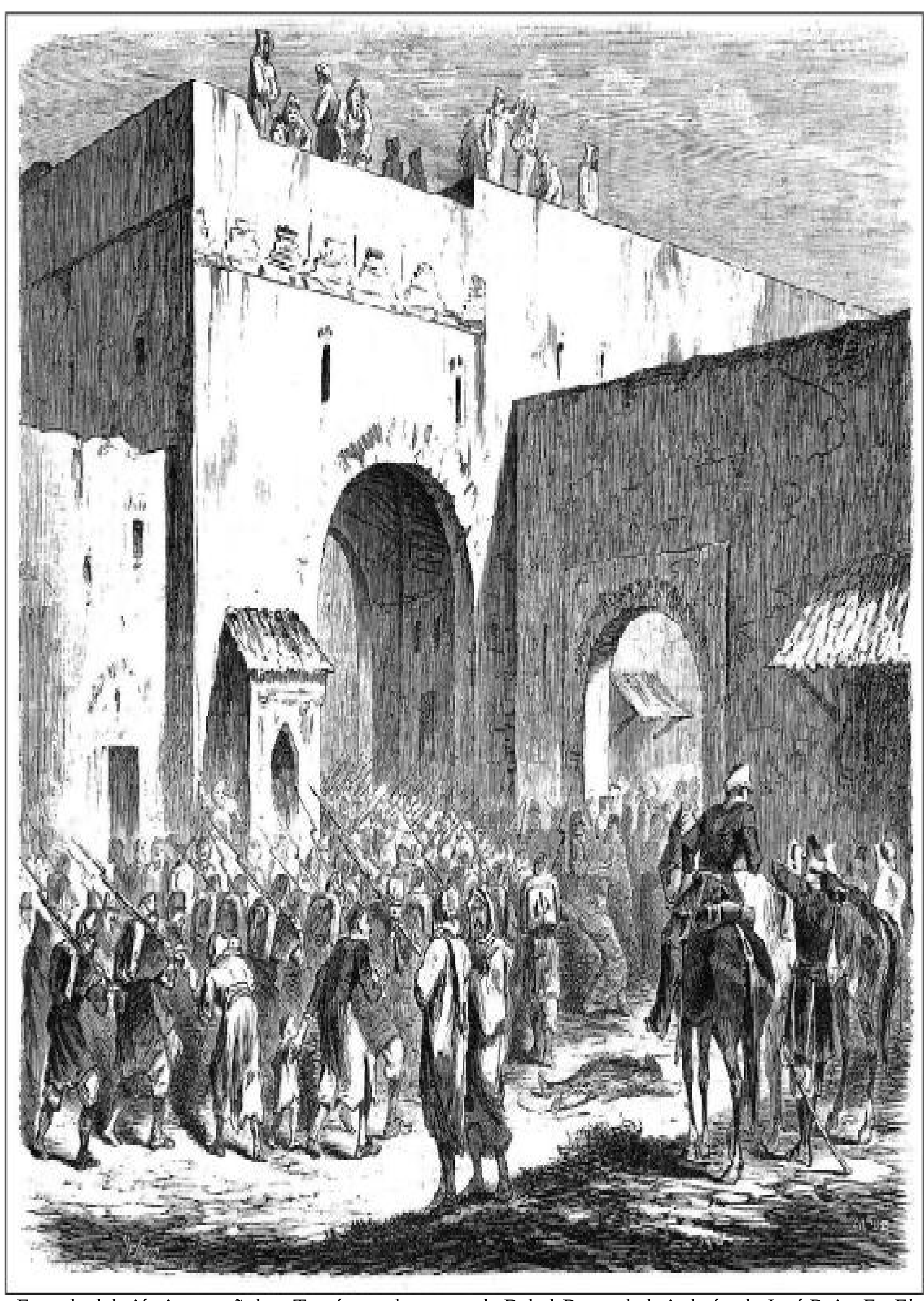
Impotentes, los notables enviaron una delegación a O'Donnell, implorando que ocupase la desdichada urbe y pusiese fin a los desmanes. El general la recibió «con amabilidad y contento» y prometió que lo haría al día siguiente. Durante todo el 5, «la situación no había cambiado, seguían rompiendo las puertas de las tiendas, demoliendo las casas y el fuerte devoraba al débil». Continuó igual durante toda la noche, en la que reinó un caos absoluto.

Hasta aquí, la versión de los vencidos. El conde de Lucena, por su parte, estaba determinado a ocupar rápidamente la ciudad, antes de que el enemigo pudiera rehacerse. Para ello, hizo llevar a su campamento doce morteros del tren de sitio, con sendas compañías de los regimientos 3.º, 4.º y 5.º de artillería a pie. Al tiempo, preparó una intimación[118], en la que amenazaba con «destruir la ciudad en cuatro horas», si no se entregaba. Como ya se ha dicho, ese era el más ferviente deseo de los notables tetuaníes, que mandaron al cónsul honorario de Austria al encuentro del general en jefe. El Hadj Ahmed ben Alí Abir describió la luctuosa situación de la ciudad y recibió de manos de su interlocutor el ultimátum que había redactado, dando de plazo hasta las diez del día siguiente para la rendición. No hubo derroches de diplomacia; ambas partes solo querían que entrase el ejército en Tetuán cuanto antes.

El 6 fueron satisfechas. Un renegado de nombre Robles, que había visitado la víspera el campamento, apareció para anunciar que se esperaba con impaciencia a los españoles. Las tropas se pusieron en marcha en dos columnas. La de O'Donnell, «pasó por el cementerio, dirigiéndose hacia la puerta que se abre sobre ese lugar; la otra —con Prim— subió en dirección de la alcazaba», penetrando ambas casi a la vez; la primera, por la puerta, tras algún forcejeo porque estaba cerrada; la segunda, trepando por «los muros con escalas de cuerda gruesa, que tenían garfios en los extremos»[119], lo que desmonta la leyenda de que los catalanes recurrieron a sus habilidades como *castellers*, aunque también se ha dicho que utilizaron sus fajas, a modo de sogas.

La solemnidad de la toma de posesión, a los aires de la Marcha Real, quedó un tanto ajada por el espectáculo que ofrecía la ciudad. Hay muchas descripciones de ese momento y de lo que vieron los vencedores. Pero la más expresiva, y la menos grandilocuente, es la del cazador del Batallón de Llerena: «todas las puertas de las casas estaban hechas pedazos, todos los

efectos de las tiendas y muebles de las casas se encontraban tirados por las calles; algunos moros muertos; toda la ciudad estaba sin gente, solamente se veían algunos judíos que se acercaban a los soldados suplicando les dieran algún pedazo de pan o galleta, [por] haberles ultrajado los moros robándoles y no habiéndoles dejado casa donde habitar»[120]. En efecto, se habían cebado en el gueto, donde causaron males sin cuento. Los españoles castigaron a los últimos saqueadores que huían descargando sobre ellos algunos de los 78 cañones viejos —muchos databan de los siglos XVII y XVIII— que acababan de capturar en las murallas.



Entrada del ejército español en Tetuán por los arcos de Babel-Rua y de la judería, de José Roig. En *El Museo Universal*, n.º 14, del 1 de abril de 1860.

Tras visitar su conquista, durante la cual quizá apreció sus «muros que se derribarían de un soplido, […] hechos de yeso y adobe»[121], que

proclamaban la inutilidad del tren de sitio llevado hasta allí con tanto trabajo, O'Donnell regresó al campamento. Dejó de guarnición a la división de Ríos, que se instaló inmediatamente: «todos llevaba un papel indicando los nombres de las casas donde debían alojarse; […] conocían por completo la ciudad antes de haber entrado»[122].

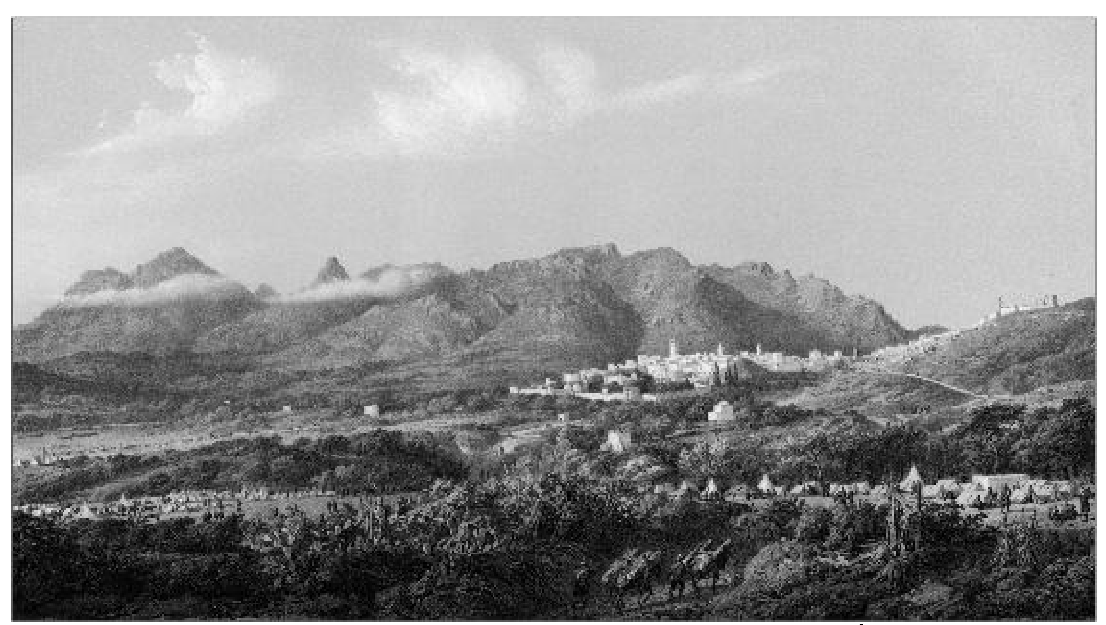
En España, la noticia[123] de la toma desató el más absoluto de los delirios. Según una crónica de Madrid[124], a las tres de la madrugada ya había algunas casas iluminadas por ese motivo, y a las seis y cuarto, las salvas de artillería ratificaban el triunfo; «todo el mundo se disputaba los ejemplares de la *Gaceta Extraordinaria*, habiéndose vendido en una hora muy cerca de 20 000»; los estudiantes se precipitan a pedir permiso para sacar a la calle el pendón de Orán, de Cisneros; la gente, sin conocerse, se abraza; «Madrid no solo está colgado, puede decirse que está empavesado». Con un tono más solemne, al día siguiente[125], se decretó en Palacio un besamanos general, además de otro para señoras, al que debían asistir «de gala con manto». La fiebre se extendió a toda España. Hasta el mes de marzo no dejan de aparecer informaciones sobre los más variados festejos en los sitios más diversos.

La prensa se unió al frenesí, aunque con matices. Un criterio elemental, pero eficaz, para medir su entusiasmo es la cifra de números «orlados» que publicaron, como se llamaba a aquellos adornados con una especie de cenefa en la primera página, lo que denotaba un gran acontecimiento. Así, *La Época*, de la Unión Liberal, distinguió de esa forma los ejemplares de los días 7, 8 y 9, más que la propia *Gaceta*, que lo haría el 8 y el 9; el conservador *La España*, el demócrata *La Discusión*, y el liberal progresista *La Iberia*, solo el 8; el absolutista *La Esperanza*, el 7, nada más, y el neocatólico *La Regeneración* no lo hizo ningún día. Todos exaltaron la unidad nacional y la trascendencia del acontecimiento, pero en *La Discusión*[126], Castelar acaba su columna con un «¡Viva la libertad!» —lo que no deja de ser paradójico, cuando se celebraba el sojuzgamiento de una ciudad—, mientras que *La Iberia*[127] proclamaba que «nuestros soldados […] son liberales», atribuyéndoles una ideología que no necesariamente compartían todos, y en *La Regeneración*[128], Canga Argüelles firmaba un tardío y brevísimo artículo, con alusiones a las Navas, San Quintín, Pavía, «el signo de la Cruz y la imagen de la Reina de los Cielos», y manifestando su esperanza de que O'Donnell hubiese convertido alguna mezquita en templo católico.

Las celebraciones de gente, mucha de ella «armada de banderas y sendos pellejos de vino»[129], bailes de máscaras, fuegos artificiales, tedeums, poemas indigestos, desfiles, procesiones, repiques de campanas, fueron

innumerables. Hubo gritos de «¡Muera Mahoma!», y en Córdoba se llegó al extremo de dar carne en el rancho de los soldados. Fue, en suma, una locura nacional[130], que incluyó dosis de triunfalismo de dudoso gusto:

Tetuán es nuestra,
pese al Corán y al Talmud,
y pese, si les pesare,
a Londres y Liverpul[131]



Vista de Tetuán en *Atlas histórico y topográfico de la Guerra de África* (1861).

Para dar una idea del ambiente reinante, basta leer a Fernández Cuesta, en la generalmente muy moderada *La América*[132]. Considera «el ejército enemigo, disuelto completamente»; «Tánger, en gran consternación»; «Alcazarquivir, teatro de las más sangrientas escenas»; «Fez, llena de confusión y espanto». Sentencia: «se ha despertado, sí, el león español»; «¡la conquista de Marruecos!, el país la quiere»; «Tetuán es ciudad española». Recoge, no obstante, que existen disensiones en el seno del Gobierno, materia que se tratará en un capítulo posterior. Ese optimismo venía reforzado por los persistentes rumores: «país y ejército están en completa desorganización»; solo 1800 hombres siguen a Muley Abbas y a su hermano, que «tienen poca confianza en sus soldados»; «los montañeses no son más que bandas de ladrones»[133].

El clima en el Ejército de África contrastaba con esa euforia. La disciplina se mantenía intacta; los soldados observaban una actitud tan irreprochable con la población local que sorprendía a los observadores extranjeros, y, desde luego, seguían dispuestos a seguir a sus mandos donde los llevaran, pero no

dejaba de apreciarse un cierto cansancio. La campaña, emprendida en la peor época del año, estaba siendo muy exigente, a causa del cólera y del tiempo adverso, y las tropas estaban fatigadas.

Además, Tetuán fue una enorme desilusión para casi todos, excepto para los imaginativos como Yriarte que experimentaba allí «una especie de borrachera»[134], y Alarcón, quien evocaba a La Alhambra, Rubens, Virgilio y Jenofonte. Pero, aun así, este admitía que «la generalidad del ejército está desencantada con lo que se ha encontrado»[135]. En efecto, él la contemplaba con su «brillante imaginación de poeta, y no como la vemos en su árida desnudez nosotros, los soldados»[136]. Incluso en medio de su éxtasis, reconocía que «lo que sí ha sobrepujado mis presentimientos es la suciedad, la miseria, la inmundicia»[137].

Quizá lo peor fue el contraste entre su apariencia a cierta distancia y la realidad vista desde cerca. De lejos, parecía «un inmenso grupo de cisnes»; pero cuando se entraba en ella, se descubría «un conjunto de apiñados edificios, sucios y oscuros, un dédalo de intrincadas calles llenas de inmundicias», donde reinaba «la más degradante miseria […] Tetuán dio al traste con todas las esperanzas»[138], acariciadas desde hacía semanas en los campamentos azotados por las enfermedades y las inclemencias; «desde la playa, es una ciudad de las *Mil y una noches*, […] acercándose poco a poco, desparece la magia»[139], «apenas se penetra en la ciudad, se apodera del ánimo una impresión de disgusto, y de desaliento»[140]. Si parecía hecha «de nieve o de plata escarchada» al viajero, cuando se internaba en ella, «los ojos y la nariz son ofendidos por la suciedad, pobreza y miseria», dice alguien tan disgustado que proponía arrasarla y sembrarla de cal[141]. En suma, «ha matado nuestras ilusiones»[142].

Dos factores contribuyeron a aumentar los sentimientos de repulsa. De un lado, la población, que estaba dividida entre judíos y musulmanes. Los primeros, acogieron a los españoles en su castellano arcaico, con los brazos abiertos, como libertadores de la tiranía de los segundos[143]. No bastó, sin embargo, para evitar que salieran a relucir los prejuicios de raza; se les consideró taimados, hipócritas, falsos y avaros. Todos los epítetos racistas cayeron sobre ellos, adobados con lascivas descripciones de las bellas mujeres «semidesnudas». Los pocos árabes que quedaron en la ciudad, en cambio, no mostraban sino indiferencia y desprecio hacia los vencedores, que, a pesar de eso, y obnubilados por el romanticismo, veían en ellos personajes de leyenda, caballerosos y altivos.

Quizá eran altivos, pero ciertamente no todos eran caballerosos. Lo demostraron enseguida, y este fue el segundo factor de disgusto. Comenzaron a producirse atentados diarios contra las tropas, en forma de golpes de mano, asesinatos, agresiones, emboscadas y latrocinios, con vivanderos y soldados aislados como objetivos preferidos. Hubo un momento en que no solo las comunicaciones con la Aduana estaban amenazadas, sino que hasta «las calles no eran seguras»[144], cuando «nuestro dominio se circunscribía solo al terreno que pisaban nuestros soldados, y eso, no sin peligro»[145]. Era tal su osadía que tirotearon al séquito del general en jefe, cuando volvía de la playa, de despedir a su esposa que había hecho una corta visita, y que robaron el equipaje de Prim.

La respuesta, aunque O'Donnell intentó evitarla todo lo posible, fue la clásica: represalias y operaciones de castigo[146]. «Cambió la benevolencia con que había tratado a los habitantes por dureza, y la bondad por el rigor»[147]; hubo ahorcamientos y fusilamientos y razias contra aduares hostiles, sin que por eso se lograra reducir la permanente inseguridad.

Porque, en contra de lo que se decía en Madrid, los marroquíes, tras unos momentos iniciales de desconcierto después de la derrota del 4, habían comenzado de nuevo el proceso de acumulación de fuerzas que seguía a cada descalabro. Les ayudó a recuperar la moral un desdichado incidente en el que se vio envuelta la guarnición de Melilla, por una imprudencia de su comandante, el brigadier Buceta, del que se ha hablado en el capítulo 1.

En contravención de «las órdenes terminantes»[148] que tenía, el 7 hizo una salida con dieciocho hombres de la «sección de moros», cuarenta confinados y la Compañía de Cazadores del 2.º del Fijo de Ceuta —como se recordará el 1.er Batallón se hallaba en Ceuta—, ahuyentando a unos cabileños que hostigaban a la plaza con un cañón. Orgulloso del éxito, decide consolidarlo, estableciendo una fortificación, a cargo del 2.º de Murcia, en el llamado Ataque Seco. Durante los tres días siguientes los marroquíes no dejan de entorpecer los trabajos, hasta que el 9 se lanzan al asalto y expulsan a los españoles. Buceta dirige un contraataque sin éxito y se tiene que replegar al presidio. En total, perdió 5 oficiales y 50 soldados muertos, y 14 y 146 heridos. Parte de ellos pertenecían al Provincial de Granada, enviado como refuerzo y que fue lanzado a la lucha sin la menor preparación.

Fue un golpe para la reputación de España, y más porque se produjo a las 72 horas de la toma de Tetuán. Buceta, que había tenido la vileza de informar que «de público se decía que no existió la debida vigilancia y que el jefe que mandaba el campamento se hallaba durmiendo en ropas menores»[149], fue

sometido a consejo de guerra. Después de dos meses en un castillo, fue indultado «por tenerse justamente en cuenta sus meritorios servicios anteriores»[150], malhadado hábito, que se repetiría en Cuba, Filipinas y Annual, con nefastas consecuencias para la moral del ejército.

Durante las siguientes semanas, y en paralelo con negociaciones que se estaban desarrollando, el ejército se preparaba para la que nadie dudaba que fuera la ocupación permanente de la ciudad. Los optimistas veían en ella «el punto de depósito de las mercancías de Europa, como de las que traen las caravanas del corazón de África», por ello, «el comercio español debe prepararse para abastecer los nuevos mercados que se van abrir», a lo que ayudaría considerablemente «el ferrocarril que no tardará mucho en hallarse en estado de explotación»[151]. De este se hallaban construidos el 1 de marzo dos kilómetros, la tercera parte del recorrido previsto, y se anunciaba que «llegó una especie de ómnibus que iba a servir de diligencia de la Aduana a la ciudad»[152]. Al tiempo, se estaba haciendo de Tetuán una población española; se ampliaron las calles, a las que se pusieron nombres hispánicos; con poco tacto, las puertas recibieron denominaciones como el Cid o Reyes Católicos, y lo que era mucho más grave, «profanó el mausoleo de Sidi Abdallâh Elbaqqâl, que transformó en iglesia, y almacenó el arroz y la cebada en la mezquita de Elbàcha»[153].

Se retiraron las toneladas de inmundicia que había por doquier y se instaló un alumbrado público provisional, a la espera de que llegaran de Madrid las farolas desechadas por el cambio de las de aceite por las de gas. Al tiempo, surgían nuevos negocios, como zapaterías —La Madrileña y La Catalana son dos ejemplos—, fondas, en las que se comía mal por 35 reales, y cafés, como Los Argelinos, «una cueva húmeda». Inevitablemente, los precios se dispararon; las naranjas pasaron de costar un cuarto por doce, a dos, por una sola[154].

Era, asimismo, ineludible que los forasteros afluyeran a la «nueva diadema» de Isabel II, que se convirtió, muy brevemente, en destino de moda, «como todo lo que procede de África»[155]. Hasta trescientos «curiosos», entre ellos no pocos artistas, tomaron el tren Madrid-Alicante para realizar visitas organizadas y se esperaba que les siguieran «casi todos los turistas de Europa»[156]. Había distintas tarifas de los «viajes de recreo a Tetuán», desde 400 a 600 reales, «según sea la clase de carruaje y de aposento a bordo que elijan», pero se advertía a las señoras de una dificultad que iban a encontrar: «la estrechez de las calles no corresponde a la voluminosa amplitud de los miriñaques»[157].

También acudió gente de mala calaña, lo que obligó a exigir un mínimo de 8000 reales en mercancías para obtener la autorización de comerciar en Tetuán, ya que hasta entonces lo hacía «cualquier rufián que podía reunir bastante dinero para el pasaje, un odre de vino y una ristra de chorizos»[158]. Hubo varias decenas de expulsiones, marchando los réprobos esposados de dos en dos hasta los buques.

Por otro lado, el «yugo» español fue ligero. Los propios marroquíes reconocen que, hasta que la situación de seguridad se degradó, O'Donnell, ya duque de Tetuán[159] —«aunque algunos hubiéramos deseado que se hubiese reservado la gracia para que el título del ducado fuese de Tánger», hizo apostillar el optimismo—,[160] «trató a los musulmanes con miramiento y respeto, sin hacerles sufrir humillaciones, ni imponerles trabajos, ni exigirles impuestos; buscaba ganárselos así». Sea por cálculo o por ingenuidad, se pagaban precios dobles a los cabileños que acudían a vender productos en el zoco[161].

ESCARAMUZAS DIPLOMÁTICAS

En cuanto a las negociaciones a las que se acaba de aludir, todo empezó el 11 de febrero. Ese día se presentaron el gobernador de Tánger, el del Rif, el vicegobernador de Tánger y Ben-Abu, general de la Caballería[162], acompañados de cinco hombres, uno de los cuales llevaba una bandera blanca. Tras ser admitidos por las avanzadas, fueron recibidos por Prim, ya que habían llegado por el sector del II Cuerpo. A los pocos instantes, un coronel de Estado Mayor les condujo a la tienda de O'Donnell. Los comisionados manifestaron que iban de parte de Muley el-Abbás, para preguntar las condiciones que España pondría a una paz. En el parte[163] que el duque de Tetuán envió a Madrid se lee que «he contestado que solo las podía fijar S. M. la Reina». En el camino de regreso, los marroquíes pasaron por el campamento del conde de Reus, que les hizo una exhibición disparando desde el caballo los seis tiros de su revólver. A continuación, en un gesto de hidalguía muy propio de él, regaló el arma a uno de ellos.

El duque de Tetuán terminaba su despacho indicando que: «el general Ustáriz marcha de esta y lleva pliegos». En efecto, un vapor le condujo a Alicante, donde tomó el tren para Madrid. Isabel II le recibió durante dos horas a su llegada, y en los dos días siguientes hubo otros tantos consejos de ministros —uno de los cuales duró hasta las 5 de la mañana—, al término de

los cuales se entregaron al general las instrucciones, con las que salió de Madrid el 16.

Respecto a cuál fuera el contenido de los pliegos de los que era portador Ustáriz, y que sirvieron de base a la reuniones del gabinete, puede dar indicios una carta de O'Donnell a Calderón Collantes, del mismo 11 de febrero. En ella, recoge las concesiones que, a su entender, se debían pedir a los marroquíes.

Las principales eran, en el orden que las anotó su propio autor: «para Ceuta, el terreno que hoy ocupa su campo atrincherado; un establecimiento cerca de Canarias para proteger la pesca; […] la revisión del tratado de comercio; […] una indemnización de 25 millones de duros; […] la conservación de todo el terreno desde Ceuta hasta dos leguas más allá de Tetuán, como garantía del pago». En caso de que Muley el-Abbás no las aceptara, se muestra «dispuesto» a «la continuación de la guerra»[164]. Conviene anotar que no incluía la cesión permanente de la última ciudad mencionada.

Resulta interesante, porque refleja el estado de excitación que había en España, que la iniciativa marroquí fuera acogida con marcadas reticencias. Abundan en los periódicos palabras como «mal efecto», «frialdad» y «desconfianza», y advertencias ante «la perfidia» del enemigo. No ayudó en nada que por esas fechas, el 14, en concreto, desfilaron en Madrid en medio del delirio popular, los trofeos de Tetuán. Aparte de los cañones, da la sensación de que el botín en sí, más allá de su simbolismo, impresionó poco; la tienda de Muley el-Abbás «nos pareció bastante vieja, aunque no tanto como los pendones», que fueron calificados de «sucios y mugrientos»[165].

Cometiendo un grave error de apreciación, se daba al enemigo por vencido, disperso y desmoralizado. España, pues, tenía que mantenerse firme. O se obtenía una paz honrosa, o la guerra debía proseguir. Lo reflejó bien *La Discusión*[166]: se trataba de que «la diplomacia no eche por tierra la obra del ejército y del pueblo español». En efecto, si se creía que «la defensa de nuestra nacionalidad estriba en las posesiones que tengamos al otro lado del Estrecho», no sorprende que se exigiera como mínimo la franja de terreno que hay entre Ceuta y Melilla, Tetuán y su entorno, Mogador y una jugosa indemnización[167], o «la posesión perpetua e indefinida de Tetuán», «un ancho circuito» para los presidios en África, «un puerto de Marruecos en el camino del Atlántico» y una suma de dinero garantizada «con una gran hipoteca, y esta hipoteca debe ser Tánger»[168].

Las aspiraciones eran extravagantes: «debemos ir al África […] con pensamientos permanentes, que rebosen del día de hoy y miren fijamente el gran porvenir reservado por la Providencia a la nación española»; «una línea militar desde Ceuta a las Chafarinas que contenga la invasión francesa, fuerte indemnización» y obtener «un gran predominio en el imperio de Marruecos» no solo parecían objetivos asequibles, sino que se envolvían en veladas amenazas al gabinete: «mire mucho el gobierno lo que hace»[169], se podía leer.

Se llegó a escribir que «nos ha complacido la noticia […] que dice que las condiciones propuestas por el Gobierno nada tienen de blandas, y que la guerra continuará probablemente»[170], y que, «hoy la paz con Marruecos sería por lo menos un gran yerro; el general O'Donnell haciéndola habría preparado su ruina, […] por desgracia, la opinión más común es triste, la opinión más común es que se hará la paz»[171]. Desde luego, «la opinión común» no pensaba eso, sino lo contrario, pero lo significativo es que se considerase eso una «desgracia» o algo «triste».

Los ardores guerreros de la prensa y de la calle se sentirían aliviados cuando, después de unos días de «ansiedad»[172] ante la «reserva impenetrable»[173] del Gobierno, trascendieron las exigencias que O'Donnell presentó a los emisarios, cuando regresaron, según se había acordado, el 16. Se les pidió «la cesión a perpetuidad de todo el terreno comprendido entre el mar y la altura de sierra de Bullones y Sierra Bermeja hasta Tetuán, y de esta ciudad y su territorio; cesión en Santa Cruz de Mar Pequeña del terreno necesario para fundar un establecimiento, y una indemnización de 200 millones de reales». El plazo para contestar expiraría el 23[174]. Al parecer, oyeron impasibles todas las condiciones, pero al oír la referente a Tetuán, su expresión cambió, dando a entender que se trataba de un problema insalvable.

Es preciso puntualizar, sin embargo, que las instrucciones que había recibido el día 14 ofrecían una alternativa a la que presentó el general en jefe. En efecto, planteaban dos posibilidades; la primera, y más deseable, conseguir «200 millones y Tetuán con el territorio a perpetuidad». Pero había una segunda: «si esto fuese *casus belli*, 400 millones o menor cantidad, y Tetuán con su territorio como garantía»[175]. O'Donnell no jugó esa segunda carta, y solo utilizó la primera, quizá porque pensó que era posible obtener la posesión de Tetuán, o porque temía las repercusiones políticas que podían producirse en España si se mostraba demasiado conciliador.

Los enviados trajeron como regalo un cajón de dátiles, que «un esclavo negro, adornado caprichosamente con un gran anillo de plata en la oreja

izquierda, y un montañés del Rif, con el pelo cortado como los chinos»[176], entregaron a O’Donnell. Como ya estaba avanzado el día, pidieron permiso, que les fue concedido, para quedarse en la ciudad. Ríos actuó de anfitrión, y les enseñó el telégrafo, que no les impresionó demasiado, lo que se atribuyó a que «su inteligencia no está suficientemente ilustrada». Luego les mostró uno de los hornos de campaña que se habían montado, y alardeó de que en media hora hacían pan. Tampoco tuvo mucho éxito, porque uno de los comisionados dejó caer que «en mi huerta tengo yo un horno que en un cuarto de hora cuece una gallina».

Tras este pequeño fracaso, el general les invitó a tomar café. Asistieron por parte marroquí, entre otros, el gobernador de Tánger, al que Alarcón[177] encontró un «aire de aristócrata andaluz»; el del Rif, «grave y severo personaje»; el jefe de la Caballería, un hombre parlanchín que hablaba algo de español, o mejor dicho, «presidiario»[178], ya que lo había aprendido de penados fugados que habían renegado, y el vicegobernador de Fez, «de mirada torva, retraído y silencioso, como el dolor o el crimen». Era el único vestido de negro —los demás iban de blanco— lo que acentuaba su fúnebre aspecto. No despegó los labios mientras duró el encuentro. Ríos les ofreció ponche, advirtiéndoles «que se lo indicaba porque no sabía si su religión les prohibía el uso de licores». Núñez de Arce afirma que «fue oportunísimo y produjo el mejor efecto». También puede interpretarse como una falta de tacto; sus interlocutores pudieron quedarse extrañados de que, después de varias semanas en Marruecos, ignorara algo tan elemental.

La reunión, que duró desde las ocho de la tarde a las once de la noche, aportó, anécdotas aparte, algunos comentarios de los enviados que eran dignos de ser tenidos en cuenta. Dijeron, por ejemplo, que «el que quiera a Tetuán, no quiere la paz», y que, mientras a España se le podía acabar el dinero para terminar la guerra, «los que no tienen fin son los moros; […] morir unos, y venir otros […] muchos moros… muchos…»[179]. Eran dos formas de decir que no estaban dispuestos a renunciar a la ciudad, costara lo que costase. Al día siguiente, regresaron a su campamento.

O’Donnell daría dos versiones de lo que pasó en el siguiente encuentro, el 23. Según la *Gaceta de Madrid*[180], se le presentó un enviado de Muley el-Abbás —era el general de la Caballería—, que le dijo que este le esperaba a «una hora corta» para tener una reunión con él. Precisa el duque de Tetuán que el príncipe marroquí se había desplazado por su parte cuatro leguas. Acudió al lugar de la conferencia, donde, continúa la narración, «me esperaba acompañado del ministro Mohamed el Jetif (sic), según yo había exigido; El

Jetif manifestó les era imposible conceder lo que les exigía; di por terminada la entrevista». Añade que, a ruego de Muley el-Abbás, esta se prolongó algo más, y que entonces se le pidió un plazo más largo, a la espera de una contestación del sultán, a lo que se negó. Con eso, se dio por fracasada la negociación. Agrega ominosamente: «voy a conferenciar con el general Bustillo».

Hay una segunda versión, más explícita, que se exhibió en los lugares públicos habituales de Madrid, como la Bolsa[181]. De acuerdo con ella, el parte original decía: «se ha dado principio a la discusión por el punto concerniente a la cesión de la ciudad de Tetuán; El Ketib (sic) ha manifestado les era imposible conceder lo que se les exigía». La supresión en la *Gaceta* de la referencia expresa a Tetuán no parece inocente, a la vista de lo que al final acabaría por suceder.

Por último, habría que citar la poco conocida relación de los hechos que Francisco Merry y Colom, un diplomático destinado a jugar un papel importante en las relaciones hispanomarroquíes, envió a Calderón Collantes[182].

Según esta fuente, en principio irreprochable, fue O'Donnell quien tomó la iniciativa de proponer una entrevista a Muley el-Abbás para «entablar en forma amistosa una discusión razonada» entre los dos, como método más práctico para llegar a un acuerdo que el intercambio de mensajes escritos. Era, también, una forma de sondear las verdaderas intenciones del sultán y de explorar la influencia que el califa tenía sobre él. Sugería como punto de encuentro el puente de Busceja, a cuatro leguas de las líneas marroquíes y a una de las españolas, lo que fue aceptado.

El general en jefe acudió a la reunión —que comenzó a las 2.15 de la tarde—, pertrechado de «un proyecto de preliminares de paz» y otro de armisticio, redactados por Merry, al que luego le hizo un relato de lo sucedido. Tetuán fue, en efecto, «el primer punto y único que se trató», ya que resultó un escollo insalvable, al tropezar con una cerrada negativa de sus dos interlocutores, el príncipe y El Jetib. Ante el desacuerdo, Muley el-Abbás, más conciliador que el ministro, dijo que necesitaba instrucciones de su hermano Mohammed IV, y sugirió una tregua mientras que las recibía, a lo que se negó O'Donnell, añadiendo que «se consideraba en plena libertad para obrar por mar y por tierra».

Según dijo el duque de Tetuán a su colaborador, encontró al príncipe «afable, cariñoso y abatido de espíritu», y a El Jetib, «un tanto altivo», lo que no sabía si atribuir a «marrullería», a «sus propias convicciones», a

«sugestiones extrañas» —en lo que parece una alusión a Inglaterra—, o a que reflejaba la posición del sultán. Es interesante que apostille: «de todos modos, se desprende que Muley Abbas, que nos es favorable, no tiene grande influencia con su hermano», lo que demuestra que por parte española se había percibido la existencia de pareceres contrapuestosm en el campo contrario. Hay que anotar que, pese a la falta de entendimiento, Merry, y es de suponer que también su superior, no consideraba entonces rotas las negociaciones, ya que no descartaba que Mohammed IV enviara una respuesta favorable.

Aunque la entrevista tuvo un carácter muy restringido —O'Donnell estuvo solo acompañado por un intérprete—, miembros de su séquito que esperaban fuera, oyeron, a través del lienzo de la tienda, la voz «enérgica y amenazadora» del español, mientras que Muley el-Abbás se mostraba «triste y abatido» y El Jetib conservaba una «maravillosa sangre fría»**[183]**. Se dijo que el duque de Tetuán mostró «la más extrema consideración y la mayor cortesía»**[184]** con su rival, lo que no es de extrañar, ya que ambos, al margen del papel que tenían que jugar por sus respectivas posiciones, habían aprendido a estimarse mutuamente.

Circularon anécdotas sobre el duro enfrentamiento entre el español y el ministro de Mohammed IV, pero lo importante es que no iba a haber paz, para mayor satisfacción de grandes sectores del país —«no nos pesa el resultado [negativo] de las negociaciones»**[185]**, es un comentario representativo—, aunque no todos: la Bolsa de Madrid sufrirá una baja «de consideración» por «la noticia de haber quedado rotas las negociaciones de paz y abierto el segundo periodo de la campaña»**[186]**. Así era, se había cerrado el pequeño resquicio que aún quedaba para evitar la reanudación de los combates, y la única opción eran las armas.

Consecuencia directa de la ruptura fue el bombardeo por la escuadra de los puertos de Larache y de Arcila, los días 25 y 26 de febrero, respectivamente. El mal tiempo, que persistía, impidió hacer lo mismo contra Rabat y Salé. Fue una operación fácil, habida cuenta de la desproporción de medios, aunque se presentó como algo épico. Solo costó a Bustillo un muerto y ocho heridos**[187]**.

El 27, Gran Bretaña volvería a poner sus intereses sobre la mesa, recordando por una nota los compromisos adquiridos por España respecto a Tánger, y pidiendo que, si se ataca esa ciudad, se tomasen medidas para garantizar la seguridad de su representante allí. La gestión se tomó como «una impertinencia inadmisible», y Calderón Collantes, el ministro de Exteriores,

se negó a contestar, como se le pedía, por escrito[188], pero no hay duda que hizo mella en el gabinete.

Mientras, continuaban llegando voluntarios y convalecientes que se incorporaban al ejército y el 27, ya se ha dicho, lo hicieron los tercios vascos. En contrapartida, el 3 de marzo comenzó el reembarque del tren de sitio, transportado a esas playas con tantos esfuerzos. Lo más sonado, sin embargo, fue la presentación, el 5, de fuerzas del I Cuerpo, con Echagüe a la cabeza, que llegaron por tierra desde Ceuta. Eran dos batallones de Granada, dos de Borbón, y los de Cazadores de Madrid, Barcelona, Alcántara y Barbastro, pertenecientes a las dos divisiones, con los que se había improvisado una *ad hoc*, al mando de Lassausaye, junto con el Escuadrón de Albuera, un destacamento del de Mallorca, dos compañías del 1.º de Artillería de Montaña y otras tantas de ingenieros[189]. El desdichado Gasset se quedó con el resto en el campo atrincherado de Ceuta, lejos del principal teatro de operaciones, y sin muchas posibilidades de distinguirse.

La incorporación de Echagüe despertó renovadas críticas. De un lado, se acusó a O’Donnell de haber mantenido tantos hombres de forma innecesaria en un frente ya secundario, y dotado de fuertes defensas que le ponían al abrigo de cualquier ataque. De otro, no se podían evitar las comparaciones. Hasta el fiel Alarcón anotó que «en día y medio han atravesado todo el terreno que nosotros tardamos 24 días en recorrer y 35 en dominar completamente»[190]. Claro es que el general en jefe había tenido que abrirse paso entre el enemigo, además de ampliar el camino y de arrastrar piezas rodadas y una gran impedimenta, pero, aun así, el contraste entre la velocidad de ambas fuerzas era muy notable.

Hay que anotar otro incremento de efectivos, aunque fuera mínimo. El 15 se vio en Tetuán a veinticuatro rifeños, que ostentaban en su hombro un lazo rojo y amarillo. Eran hombres reclutados en el entorno de Melilla, y habían sido enviados para realizar misiones similares a las de los antiguos mogataces.

Un refuerzo exótico serían los camellos, con una capacidad de carga doble que las acémilas, que se mandaron comprar en Orán para la siguiente etapa de la campaña. Llegarían, eventualmente, «conducidos por moros argelinos, pues los acemileros españoles no han podido hacer cargo de ellos por lo difícil que es acostumbrarse a su cuidado»[191]. Se distinguían los argelinos por su «gorro turco, albornoz gris corto, con capucha, pantalón de lienzo crudo con franja encarnada y zapato borceguí»[192].

No obstante, el ejército se seguía erosionando, como siempre más por la acción de las enfermedades y del clima que por la de los enemigos. Por otro lado, la situación sanitaria continuaba sin ser satisfactoria; en Tetuán no se habían hallado locales adecuados para todos los hospitales necesarios, y los pacientes eran enviados, con carácter previo a su evacuación, a la Aduana. De los dos grandes barracones que allí había, solo uno estaba habilitado, con capacidad para cien camas, pero, «la lluvia se filtraba a través de las juntas de la techumbre y caía sobre los enfermos», que a veces yacían sobre jergones en el suelo, sin mudar de ropa en quince días, y, además faltaban enfermeros[193].

La meteorología era en parte responsable de que no se les pudiera llevar a la Península con tanta rapidez como se quería. Sin entrar en demasiados detalles, algunos ejemplos pueden bastar. En las notas cotidianas de González Ruesgas[194], entre el 17 y el 29 de febrero aparece: «volvió el temporal con viento de poniente» —el 17—; del 20 al 22, «el tiempo fue fatal […] frío glacial», nieve en las cumbres; el 25 y el 26, «el temporal fue terrible de agua y viento»; el 29, hubo «nieve y aire». Respecto a marzo, el 13 se dice[195]: «apenas puede desembarcarse nada, pues hace quince días que hay temporal fuerte», y el 18 se desató un «horrible levante»[196].

Con el ejército incomunicado, no hubo más remedio que correr el riesgo de enviar por tierra la correspondencia entre O’Donnell y España. En una ocasión, la escolta fue de veinte voluntarios catalanes y treinta húsares; en otra, de miembros de la vieja compañía de lanzas, de guarnición en Ceuta desde tiempo inmemorial, y de veinticinco confinados, que lograron pasar, pero tuvieron tres bajas. Gasset se vio obligado a mandar tropas a su encuentro para protegerles de los ataques[197].

En tan adversas condiciones, las unidades se fundían, literalmente. Un ejemplo podía ser el Batallón de Alba de Tormes, que llegó a África con 726 plazas que el 4 de febrero eran solo 420[198]. Teniendo en cuenta sus bajas en la batalla de ese día, para cuando se ocupó Tetuán apenas llegaría a las 300, unas pérdidas superiores al 50 %. Había cálculos que indicaban que los batallones de línea ya solo reunían unos 450 hombres, y los de cazadores, antes tan nutridos, todavía menos, siendo los efectivos totales de 25 000, a pesar de todos los refuerzos[199]. Otros[200] eran todavía más negativos: los batallones tendrían de 200 a 300 plazas, lo que es poco verosímil, y los escuadrones, entre 60 y 100 caballos. Prueba de la escasa fiabilidad de esos últimos datos tan pesimistas es que si los efectivos medios del ejército fueron de 41 518 hombres en enero, en febrero, a pesar de la merma sufrida,

alcanzaron los 44 957[201], como resultado de la llegada de nuevas unidades o de hombres ya recuperados de sus heridas o de sus dolencias.



Vista del interior de Tetuán en *Atlas histórico y topográfico de la Guerra de África* (1861).

Al tiempo, aumentaba la frustración por los largos días de inactividad, en esas difíciles circunstancias: «el ejército, convertido en ranas, cantaba y vivía sobre lagunas»[202]. Pero el general en jefe no se consideraba capacitado para iniciar la ofensiva hasta que no reuniera los recursos que estimaba imprescindibles, y el tiempo adverso lo impedía. El problema, por lo que se refiere a los víveres, es que se llenaban los almacenes, pero, tras unas jornadas sin abastecimiento a causa del levante, se vaciaban para suministrar a las unidades, por lo que había que iniciar de nuevo el proceso de acumulación. En cuanto a otros medios, como dijo, por ejemplo, un día en que anunciaba «estamos incomunicados», «las operaciones no pueden emprenderse mientras no lleguen los vapores que se mandaron a Málaga y a Orán en busca de acémilas y camellos»[203], pero el levante no lo permitía. De hecho, a causa del tiempo, los animales «se pasean por las agitadas olas del Mediterráneo, hoy a la vista de Algeciras, mañana, a la de Tetuán, pasado mañana, en Puente Mayorga, sin hallar medio de saltar a la deseada tierra»[204].

Por si todo ello fuera poco, la posición política de O’Donnell, aparentemente, no era tan sólida como cabía imaginarse. Según uno de sus biógrafos: «en vísperas de la batalla de Tetuán había quien se brindaba en la corte a reemplazar al general ilustre», «el Partido Moderado […] tenía muy adelantada en Palacio una intriga, para sustituir a la Unión Liberal en el

Gobierno, pero la noticia de la batalla de Tetuán hizo abortar[la]». Más tarde «aun en aquellos instantes [tras dicho combate y la ocupación de la ciudad] que parecían de unanimidad de sentimientos, se conspiraba activa y tenebrosamente contra nuestra grandeza»[205]. Desde una perspectiva ideológica opuesta se decía casi lo mismo, afirmando que la batalla impidió la caída del gabinete[206].

El transcurso de las semanas sin avances diplomáticos ni militares, aunque el 22 de febrero había anunciado que se disponía a emprender las operaciones «de un momento a otro»[207]; lo precario de la posesión de Tetuán, y el desgaste del ejército debilitaban al general en jefe, cada día más criticado, y que quizá tendría la sensación de encontrarse en un callejón sin salida, cogido entre «las masas inconscientes, engañadas», que no dejaban de exigir victorias, y «los políticos […] de oposición [que] esperaban sucumbiese»[208] en la empresa.

El 10 de marzo tomó la pluma para escribir a Calderón Collantes una carta[209] en la que plasmaba su estado de ánimo entonces. Da por «desvanecidas las esperanzas de paz, de las que siempre dudé, conociendo el carácter falaz de estos semi bárbaros». Se muestra dispuesto a operar pero sin gran entusiasmo, al parecer, ya que dice «no hay que hacer otra cosa sino seguir adelante y tomar Tánger». El tiempo, sin embargo, lo impedía, por el momento: «hace ocho días que tenemos levante, que impide desembarcar víveres, acémilas y camellos, además, hemos tenido un diluvio de agua que nos hace estar metidos en el barro hasta la rodilla».

Continúa, por otra parte, preocupado con la corte: «estoy seguro que no todas las personas que la rodean [a Isabel II] son amigas mías» y que aprovechan «todas las ocasiones posibles para predisponer su Real ánimo contra mí». A pesar del «buen afecto» mostrado por la reina, suspira por «volver a la vida privada el día que termine la campaña».

Casi sería un alivio para él cuando al día siguiente, los marroquíes se presentaron en son de guerra.

CAMBIO DE VIENTOS

La primera noticia le llegó en plena misa, ya que era domingo. Cuando terminó, fue a primera línea, pero, convencido de que se trataba de una simple demostración, regresó a su tienda. Sin embargo, a partir de la una de la tarde ya se divisaban grandes contingentes, lo que le hizo adoptar medidas para hacerles frente[210].

El ataque enemigo dibujaba una media luna, con fuerzas avanzando por la izquierda española a cubierto de la vegetación que cubría el Guad-el-Jelú, que algunas vadean, mientras que otras, más numerosas, lo hacían por el extremo opuesto, descolgándose de las alturas de Sierra Bermeja donde se hallaba el aduar de Samsa. Lo primero que hizo el de Tetuán fue reforzar el mal llamado I Cuerpo —una sola división— que cubría su centro y su izquierda, y acudir con el II, a la vez que movilizaba dos escuadrones de artillería a caballo y a los jinetes de Alcalá Galiano.

La ofensiva de la derecha contraria puso en situación comprometida a una guerrilla de Cazadores de Madrid, que fue salvada, según el parte de los Cazadores a Caballo de Albuera, por el 2.º Escuadrón de ese regimiento. Se adelantó al trote en columna de secciones y, a distancia oportuna, pasó a línea, y, «unido como una tabla»[211], dio una carga que dispersó a los contrarios. Lamentablemente, el comandante de la unidad, parece que herido, fue arrastrado por su caballo al río, donde se ahogó[212]. Al margen de ello, fue una pequeña operación bien medida, a lo que ayudó que la corriente impidiera una persecución excesiva. Se saldó con un capitán y dos soldados heridos, y cuatro caballos muertos y seis heridos[213]. A su término, los jinetes, tras reagruparse, despliegan en tiradores, formando una guerrilla montada.

Para entonces, las piezas a caballo han entrado en batería, y obligan a los atacantes de la izquierda y del centro a replegarse, lo que permite a O’Donnell concentrarse en su derecha. Manda avanzar por ese lado a Echagüe con tres batallones y una batería de montaña, y, simultáneamente, envía a García de Paredes con su brigada, la I de la 1.ª División del II Cuerpo, para que flanquee al adversario por la izquierda española, procurando cortarlo. La 2.ª División de Prim, dirigida por Enrique O’Donnell, prolonga el movimiento por ese lado. La maniobra da resultado, y los enemigos, para no ser cortados, empiezan a retirarse.

La acción, de hecho, estaba ya terminada, pero el duque de Tetuán quiere asestar un golpe decisivo. Su cornetín de órdenes lanza el toque de ataque general, que es repetido en todos los batallones. Orozco, con dos batallones de su 1.ª División del II Cuerpo, apuntala la izquierda, que se pone en movimiento. Ríos, con cuatro batallones de la 2.ª División de Reserva, recibe instrucciones de relevar a Echagüe, que ya había ganado con uno de los suyos las cumbres de Sierra Bermeja. En el centro, se adelanta Prim, también con cuatro batallones, del II Cuerpo, y sostenido por dos escuadrones de coraceros, llevando por la izquierda a Mackenna, con otros cuatro de la

1.ª División de Reserva. Dos compañías de montaña prestan sus fuegos desde la vanguardia, como era su costumbre.

Es la clásica maniobra de O'Donnell para acabar un combate, un avance irresistible, masivo. Los observadores prusianos, uno de los cuales, por cierto, resultó herido, no ocultaron su admiración:

> ¡qué notables estos soldados españoles!; a la carrera —porque habían dejado las mochilas en el campamento— toda la línea se precipitó tras los marroquíes, que continuaban disparando mientras huían, y saltaban sobre las rocas y las malezas; las cornetas tocaban la electrizante carga y todos gritaban sin cesar «¡Adelante, adelante!», […] la infantería española se ha batido con mucha bravura, los Cazadores sobre todo, y sus oficiales los conducían de la manera más brillante[214].

Por otro lado, un francés[215] destacaría que «las mulas de la artillería de montaña subían como cabras» las pendientes, para apoyar a los batallones.

Una a una, van cayendo hasta las más elevadas alturas de Sierra Bermeja ocupadas por los contrarios, llegándose hasta cerca del aduar de Sadina. Se elogió en particular la agresividad de Borbón, recién llegado de Ceuta, del 1.º de Navarra y de medio batallón de Chiclana.

Pero, una vez tomados todos los objetivos, llegó, como siempre, el momento decepcionante del repliegue. Tuvo lugar, como dice O'Donnell, «muy de noche». Hasta las once no llegó la última unidad a sus tiendas, es de imaginar que aspeada por el largo día trepando cerros, y suspirando por algún descanso. Se lo negó, sin embargo, una lluvia copiosa, y un viento tan fuerte y frío «que hacía vacilar las tiendas»[216]. Una vez más, ateridos y mojados, esperaron al amanecer, que fue igual de inmisericorde, como si África quisiera mostrar su rechazo a aquellos intrusos.

Las bajas fueron de 1 jefe, 2 oficiales y 19 soldados muertos, y 3, 14 y 174 heridos[217]. Los procedimientos de evacuación funcionaron tan bien que a los dos días, en cuanto mejoró el tiempo, estaban en hospitales de la Península. Dijo el vencedor que la pérdida del enemigo «la considero (sic) muy grande», y alude a «multitud de cadáveres» abandonados. Von Goeben, mucho más sobrio, la sitúa en 100[218]. Su argumento, atendible, se basa en que los marroquíes se presentaron en largas líneas de tiradores, que ofrecían muy poco blanco.

Parece que se produjo un incidente —siempre los había— que el parte oficial no menciona. La fuente, sin embargo, es fiable, porque se trata de un edecán de Enrique O'Donnell, jefe de la 2.ª División del II Cuerpo. Cuenta que Prim atacó, acompañado del hermano del general en jefe, con los dos batallones de Toledo —de la I Brigada de esa división—, formados en escalones, derrotando al enemigo; «no satisfecho, sin embargo, don Juan Prim

con este brillante resultado, […] siguió adelante, y rebasando nuestras líneas, penetrando entre los grupos agarenos, separándose cada vez más de sus naturales reservas», avanzó, «con sobrado arrojo y no poca imprudencia», hasta verse envuelto por «una enorme masa de caballería»; por lo que «nuestra situación y la del Regimiento de Toledo, […] aislado en un todo del resto de las fuerzas españolas se hacía por segundos crítica en extremo».

Se forman dos cuadros oblicuos, que son acribillados a quemarropa por los infantes y los jinetes contrarios, mientras que el fuego de Toledo, muy impreciso y demasiado alto, propio de tropas poco instruidas, pasaba por encima de sus cabezas. Por suerte, el duque de Tetuán se ha percatado de la situación, y envía en su socorro artillería y a la 1.ª de Reserva, que los saca del aprieto[219]. Resultaron heridos Carlos O'Donnell, sobrino y ayudante de Enrique y un oficial de Cazadores de la Guardia del rey de Prusia, que acompañaba a Prim como observador.

Es curioso, a la vista del carácter irregular de las fuerzas marroquíes que intervinieron el 11 de febrero, que se haya destacado la precisión de sus movimientos. Parece que, una vez batidas, se retiraron «con orden y sin precipitación; su caballería sostuvo siempre a la infantería, haciendo fuego desde el caballo con sus espingardas, así es que aun cuando nuestras guerrillas les seguían muy de cerca, no pudieron desbaratarlos». Habrían seguido las órdenes de «tres jinetes muy bien vestidos, que llevaban cada uno una bandera de color diferente, encarnado, amarillo y verde»[220]. Quizá uno de ellos, vestido con albornoz rojo, fuera el que derribó el brigadier Caballero de Rodas, con una carabina que tomó prestada de un cazador.

La acción de Samsa, como se le bautizó, fue, en realidad, «una especie de episodio con poco sentido»[221]. La iniciaron cabilas rifeñas recién llegadas, ufanas de su éxito frente a Melilla contra Buceta, deseosas de mostrar su superioridad sobre los españoles y, también, sobre sus compañeros de armas que hasta entonces habían sido incapaces de batir a los invasores. Para Ennasiri Esslaoui[222], que hace un relato poco creíble del enfrentamiento, también habrían participado «árabes Elhayaina». Muley el-Abbás no quiso mezclarse en la iniciativa, que costó la vida a quien la mandó —«Cerid-Er-Jac», le llama el parte—, pero se mantuvo en actitud expectante, por si se presentaba una coyuntura favorable. Luego, enviaría excusas a su rival por ese ataque intempestivo.

Por el lado de las tropas de Isabel II, se sabe que Echagüe rogó a O'Donnell que permitiera a sus hombres entrar en fuego, tras la larga frustración en Ceuta, donde apenas habían realizado alguna pequeña razia de

castigo, pero no tenía mucho sentido enviar a los soldados monte arriba tras un adversario más ágil, que siempre lograba escurrirse.



África (1894), obra de José Cusachs i Cusachs. Colección particular.

Samsa no resolvió nada, y dejó intacto el problema de fondo que se había presentado el 6 de febrero con la ocupación de Tetuán, y que las gestiones diplomáticas habían sido hasta entonces incapaces de resolver. Se trataba de algo tan importante como decidir qué hacer tras aquella conquista que, en contra de lo esperado, sobre todo en el ejército, no había bastado para obligar a Mohammed IV a hacer las grandes concesiones que exigían una opinión pública y una prensa vociferantes; «¡A la bayoneta, y a Fez!»[223], resume lo que muchos pensaban.

Una segunda ronda de contactos bilaterales tampoco ayudó a solucionar el dilema. El 12, y a causa de la nueva derrota sufrida, Muley el-Abbás volvió a enviar a O'Donnell un mensajero portador de una carta. Dice el general en jefe[224]: «he dado la conveniente contestación al comisionado del califa; al cual he manifestado que, sin embargo de las negociaciones, no paralizaría las operaciones de guerra mientras no tuviesen aquellas un resultado satisfactorio».

Sin embargo, ese mismo día escribe al Gobierno en un tono muy distinto. Alude a las instrucciones recibidas el 14 de febrero, que, como se ha visto, le daban un importante margen de maniobra. Por eso, el general propone ahora acudir a la segunda opción que el Gobierno le había ofrecido: aumentar a 25 los 20 millones de duros pedidos a los marroquíes, y retener la ciudad solo

como garantía hasta que se completase el pago, dado que ya estaba claro que la pretensión de conservarla indefinidamente era un *casus belli*. Con gran lucidez, reconoce que «ni el emperador actual, ni cualquier otro que le suceda», podría admitir jamás la pérdida definitiva de la población; recuerda que no ceder en ese punto puede llevar a «una guerra indefinida», nada conveniente para España, y da a entender que el incremento de la indemnización es solo una forma de salvar la cara, ya que «puede ser, y será probablemente, ilusorio»[225].

Los argumentos de O'Donnell debieron pesar en Madrid, ya que no los firmaba solo el general en jefe, sino el primer ministro, lo que llevó a que, quizá el 17, se le mandaran nuevas directrices. La principal novedad es que se aceptaba su criterio sobre Tetuán y sobre la cantidad a exigir, y se añadían solo unos puntos secundarios, como el derecho a establecer una pesquería, que luego se precisaría que debía estar situada en Santa Cruz de la Mar Pequeña —punto que nadie en el gabinete podría situar con exactitud en el mapa— y libertad para que los misioneros pudieran ejercer su actividad en determinadas ciudades. Más importante es que las aspiraciones territoriales se constreñían ahora a situar los límites de Ceuta en la nueva línea fortificada que se había construido, abandonando la anexión de Tetuán[226].

Una carta del 14[227], dirigida por Merry y Colom a Calderón Collantes, describe a la perfección el análisis que se hacía en el entorno del general, pero, sobre todo, indica que este consultó a Madrid por pura fórmula, ya que había hecho la oferta de las nuevas y más suaves condiciones a Muley el-Abbás antes de que le llegara la respuesta del Gobierno.

Dice el diplomático que «no podía hacerse más» de lo que O'Donnell había hecho «para inculcar en el ánimo de los marroquíes la persuasión de que nosotros no haríamos la paz sin alcanzar la cesión perpetua de Tetuán y de su territorio»; este «inalterable propósito» había sido reiterado en «manifestaciones oficiales y confidenciales». No obstante, a pesar de que el 11 «fueron derrotados, completamente deshechos y perseguidos a larga distancia», persistían en su negativa a avenirse a esa exigencia.

La conclusión a la que se había llegado en el ejército es que «estaba, pues, probado que aquella condición no podía ser aceptada por el Gobierno marroquí». «La cuestión presentó entonces una faz importantísima y decisiva, ¿convenía a la nación y al Gobierno exponerse a una guerra indefinida?», sin por ello hacer cejar a Mohammed IV. La respuesta, obviamente, era que no, desde la perspectiva del campamento español.

Por suerte, «las instrucciones del Gobierno habían previsto este caso; el general en jefe, que tantos datos tiene para apreciar el estado de la cuestión, creyó, con grandísima razón, que era llegado el momento de hacer uso de la segunda parte de las instrucciones». En vista de ello, se redactaron «las nuevas proposiciones», que fueron «entregadas en forma confidencial al último comisionado de Muley Abbas, proposiciones ventajosísimas, si bien no tan extremas como las primeras». Hay que recalcar la fecha en que esto se escribía, el 14 de febrero, cuando el gabinete no es que no hubiese contestado a la teórica «propuesta» de O'Donnell de variar las condiciones, es que ni siquiera la había recibido.

Seguramente con la intención de justificar esa decisión, añade Merry que «estoy tocando desde mi llegada las dificultades de todo género con que lucha el ejército, la menor de las cuales es el pelear», y que se deben sobre todo al «trabajo inaudito que cuesta luchar con el tiempo, casi siempre malo», que impide abastecer a las tropas, «cuestión esencialísima y angustiosa, […] porque los moros no traen ni una gallina».

En otras palabras, los españoles habían claudicado. Muy probablemente «con grandísima razón», pero la verdad es que la firmeza marroquí se había impuesto, de momento, con la ayuda de la infame meteorología, fruto a su vez de la estación en la que se estaba operando.

El 17, hubo un nuevo contacto[228], pero ya no directo, sino a través de un enviado, portador de una carta redactada «en términos satisfactorios, pero vagos». Reunido con O'Donnell, dio su acuerdo de principio a los nuevos límites de Ceuta, y se centró en discutir la cesión de la pesquería y, sobre todo, la indemnización. Respecto a esta, empezó por ofrecer 200 millones de reales —10 millones de duros—, pero acabó por subir hasta 500.

Tetuán seguía siendo el gran problema: «ha sido muy viva la resistencia que han opuesto a la retención de esta ciudad como prenda», y, al parecer planteó «otras garantías alternativas», que no se mencionan en el documento consultado. Los españoles sospechaban que precisamente por ello su interlocutor pedía una rebaja en la indemnización, a fin de poder pagarla de forma rápida y recuperar así Tetuán: «en todos los incidentes de su proceder resalta la idea fija de alejar toda posibilidad de cesión perpetua». El encuentro terminó así, y el comisionado partió llevando «un proyecto de preliminares» del que se desprendía que O'Donnell «no podía ceder un punto de sus demandas». De todas formas, Merry siguió creyendo que «ahora hay probabilidades de acuerdo».

Pronto se desengañaría, porque Muley el-Abbás también estimó imposible aceptar la nueva propuesta, por considerar que debía descartarse totalmente la entrega de Tetuán, siquiera fuera de forma transitoria.

Las espadas siguieron en alto, pues, pero con serias discrepancias en el seno de ambas partes. Del lado marroquí, el príncipe era partidario de la paz[229], quizá porque era el que mejor sabía el coste que estaba teniendo la guerra y la impotencia de sus fuerzas ante tropas regulares dotadas de elementos modernos. En la corte, en cambio, no faltaban los que propugnaban la continuación de la campaña, a cualquier precio, posición que, por el momento, era la de Mohammed IV, y que se recogió en las instrucciones que había enviado a su hermano.

Por lo que se refiere al punto de vista español, los observadores prusianos presentan de forma muy clara las causas del bloqueo al que se había llegado[230]. En Cádiz habían constatado que la población temía, igual que en el resto del país, una paz prematura, que impidiera nuevos laureles. Sin embargo, una vez en Marruecos, comprobaron que los militares, que eran quienes sufrían la campaña, deseaban terminarla, «aunque al otro lado del Estrecho […] no se sueña más que en glorias, victorias y conquistas», mientras la sangre, se podía añadir, la pusieran otros. De hecho, cuando se conocieron en el campamento las duras exigencias que se habían planteado a los marroquíes, la reacción había sido clara: «“¡Qué imprudencia!”, ha sido la exclamación del ejército», que pensaba que «la razón nos gritaba que habíamos hecho mal en provocar nuevas lides después de cumplido el objeto que nos sacó de nuestra patria»[231].

Como se ha escrito con sorna, «el campamento no está de acuerdo con la corte y con el gabinete; […] se está haciendo muy partidario de los moros», pero lo esencial era que, a pesar de eso, «estoy convencido de que, si se le ordena, el ejército avanzará alegremente»[232] contra el enemigo.

O’Donnell, seguramente por los mismos motivos que Muley el-Abbás, compartía la opinión de sus compañeros y subordinados, y lo mismo pensaba, aseguran, Prim. Creía también el duque de Tetuán que adentrarse en el imperio enemigo no aportaría un desenlace satisfactorio a la campaña, mientras que haría cada vez más comprometida su propia situación. Von Goeben coincidía, cuando hablaba de «esta guerra estéril»[233]. En cuanto al conde de Reus, gran guerrero, pero quizá mejor político que general, pensaba que los partidarios de la continuación de la campaña eran «unos ignorantes o discuten de mala fe»; en su criterio, el «villorrio sucio e indecente» que era Tetuán no valía la vida «del último de nuestros bravos soldados»[234].

El pueblo de Madrid, por el contrario, «solo quiere conquistas»; un «primer impulso magnífico, hoy se desborda en la exaltación, la nación se emborracha» de afanes de gloria, aunque «la parte más sana, mejor informada sobre los verdaderos recursos de España, quiere moderar ese entusiasmo peligroso»[235]. Aunque el calificativo «sana» está abierto a discusión, dado que Isabel II era una belicista confesa. Lo prueba que en las instrucciones remitidas a O'Donnell durante la ronda de contactos diplomáticos de febrero, los ministros habían especificado que «S. M. nos encarga decir a V. E. que desea la conservación de Tetuán y de todo lo conquistado, y además una grande indemnización»[236].

Más tarde, cuando fueron suavizadas, y de creer a los rumores que circularon por Madrid, la reina se plegó de mal grado a estos cambios. Habría comentado al Consejo de Ministros que «había pensado que el porvenir de España estaba en África; no creía que fuese imposible o desventajoso para nuestro país mantener para siempre su bandera sobre los muros de Tetuán». Terminada la sesión, se retiró a sus apartamentos, diciendo que no deseaba recibir a nadie, porque «acaba de pasar un momento cruel»[237]. Antes de ello, «manifestó que quería supieran todos que veía con sentimiento el abandono de Tetuán»[238].

Lo confirma un escrito del presidente interino a O'Donnell[239]. Isabel II habría indicado que «nos dejaba en plena libertad para decidir», ya que tenía «plena confianza» en él y en el Gobierno. No obstante, añadió que «deseaba que V. E. y todos supiésemos que vería con sentimiento el abandono de Tetuán y la necesidad en que pudiésemos creer hallarnos de consentir en esta condición». No podía la reina ser más explícita, dentro de los límites constitucionales. Por otro lado, las palabras «necesidad» y «condición», si las pronunció literalmente, son hirientes, ya que implican que la posición negociadora española no era tan firme como se dio a entender.

En el seno mismo del gabinete existían discrepancias en la materia. Por ejemplo, Calderón Collantes, el ministro de Estado se inclinaba por la paz[240], mientras que era un secreto a voces que Posada Herrera, su colega de Gobernación, sostenía un criterio opuesto[241]. En la prensa también estaban apareciendo divergencias, pero la gran mayoría seguía defendiendo la continuación de la campaña[242].

Las contradicciones revientan con gran estrépito cuando Alarcón, Navarro y Núñez de Arce, que habían sido fervientes partidarios de la campaña, y que tanto habían hecho por enaltecerla y hacerla popular, manifiestan públicamente sus dudas sobre la oportunidad de la prolongación de la misma.

Como dijo el último de los citados, el ejército «no quiere que se esterilicen sus victorias, pero se comprende bien que al cabo de cuatro meses de privaciones como nadie puede formarse idea; cuatro meses de lucha contra un enemigo incansable, con una epidemia jamás satisfecha, con un clima siempre inclemente; cuatro meses de dormir entre el cieno, bajo una miserable tienda de lona combatida por los vientos y empapada por la lluvia; cuatro meses de servicio de trinchera y de incesantes combates por el día; se comprende bien, como digo, que desee volver al seno de su familia»[243]. Solo aceptaría, desde luego, «la paz con honra», pero esta es preferible a «una guerra a través de precipicios, entre nieves eternas en las cumbres, y febriles calores en los valles, una guerra preñada de epidemias y de hambres»[244] y sin un objetivo realista y definido.

Alarcón, por su parte, irá reflejando sus crecientes dudas en su famoso *Diario*, en el que ya el 5 de febrero[245], quizá a raíz de la batalla de la víspera, expresa sus preocupaciones: «la rendición de Tetuán, pensamos todos, […] no traerá forzosamente consigo, como creíamos antes, la terminación de la guerra». Considera «un síntoma horrible», «la indiferencia» con que los enemigos contemplaban la inminente caída de la ciudad. De ahí sus temores ante «las guerras a la desesperada», como la de Independencia de España, que preveía. En ellas, «las victorias son vanas quimeras» ante la determinación de un pueblo: «desde el momento que [los marroquíes] se disponen a resistirnos, contando de antemano con su derrota, nuestros triunfos serán ineficaces y la guerra no ofrece otro desenlace que el cansancio».

Los acontecimientos desde entonces hasta la segunda mitad de marzo, a pesar de su éxtasis en Tetuán, solo confirman su opinión. Doce días después, afirma que «no hay razón ni motivo alguno» para reemprender la campaña, y dice despectivamente de la ciudad: «¡flamante vellocino de oro!»[246]. Por fin, el 22 de marzo, se decide a partir para España, dispuesto a «guerrear por la paz»[247], con la intención de proclamar que, si al principio de las operaciones «creí que su interés [de España], su gloria, su prosperidad estaba en esta tierra, […] hace más de mes y medio que creo que nuestra misión en África está terminada por ahora, que la continuación de la guerra no tiene objeto, que sería una calamidad para mi país»[248]. Convencido de «que la prensa de la corte, poderosa palanca que agita a su placer a la opinión, empuja a nuestro ejército hacia un abismo», regresa a la Península como apóstol de la paz.

Si hoy la caída del caballo de Alarcón es la más conocida, en su día causó gran estampido la de Núñez de Arce. A su vuelta a Madrid, envió una carta al director de su periódico, *La Iberia*, que, al parecer, se negó a publicarla. En

ella, justificaba su actitud y manifestaba la voluntad de luchar «contra el torrente de la opinión, equivocada de intento, por unos y de buena fe, por otros». Sí que la recogió, en cambio, *La Época*[249], interesada en exponer una opinión que coincidía con la del jefe de la Unión Liberal, mientras que *La Iberia* saldría tardíamente de su mutismo, en furiosas columnas en las que le calificaba de «desertor» y denunciaba que «se revolvía contra la opinión que el periódico sustentaba»[250]. El cronista, fiel a sus propósitos, emprendería una verdadera cruzada contra «estériles empresas», como calificaba la prolongación de la guerra[251].

Por su parte, Navarro comentaría que cuando fue con Alarcón y Núñez de Arce a despedirse de O'Donnell, pudo advertir su «sombría preocupación» ante el porvenir, y que el general les dijo con «ironía punzante»: «si por ventura me pierdo, que me busquen en el desierto del Sahara»[252].

Midió bien el estado de ánimo del general, que ese mismo día, 22 de marzo, escribía un extenso despacho al Gobierno. Aprovechaba la ocasión para acallar las críticas que le acusaban de no haber continuado el avance inmediatamente después de la ocupación de Tetuán. Habla, al respecto, de «los obstáculos —repite la palabra— que he encontrado en todo»; de «la impotencia en que me encontraba»; de lo «imposible» de dejar una guarnición en la ciudad, con «un inmenso recinto» que no había logrado fortificar a su satisfacción, a pesar de que habían trabajado «diariamente miles de soldados», y de «una playa ingrata, sin ningún abrigo para los vientos de levante», que había dificultado enormemente la acumulación de abastecimientos.

Anunciaba —se percibe un resignado cansancio entre líneas—, que «en el día de mañana, y después de vencer los obstáculos que para moverse el ejército se han presentado, emprenderé las operaciones». En ese momento contaba ya como refuerzos con el recién llegado 6.º de Infantería de Marina[253] y con los tercios vascos, y se le habían incorporado entre 6000 y 7000 hombres restablecidos de sus enfermedades o de sus heridas. Disponía, también, de 200 camellos y más de 700 acémilas, aunque muchas de ellas malas[254]. Por otro lado, no solo se había renovado todo el material sanitario, sino que se habían incorporado novedades, como unas sillas-mochilas experimentales, aunque el tren de transporte de enfermos y heridos a lomo no había podido incrementarse, debido a la falta de caballerías[255].

O'Donnell no lo sabía entonces, pero a pocos kilómetros le esperaba la batalla final.

7

UNA BATALLA DIFÍCIL, UNA PAZ COMPLICADA Y OTROS COMBATES

WAD-RAS

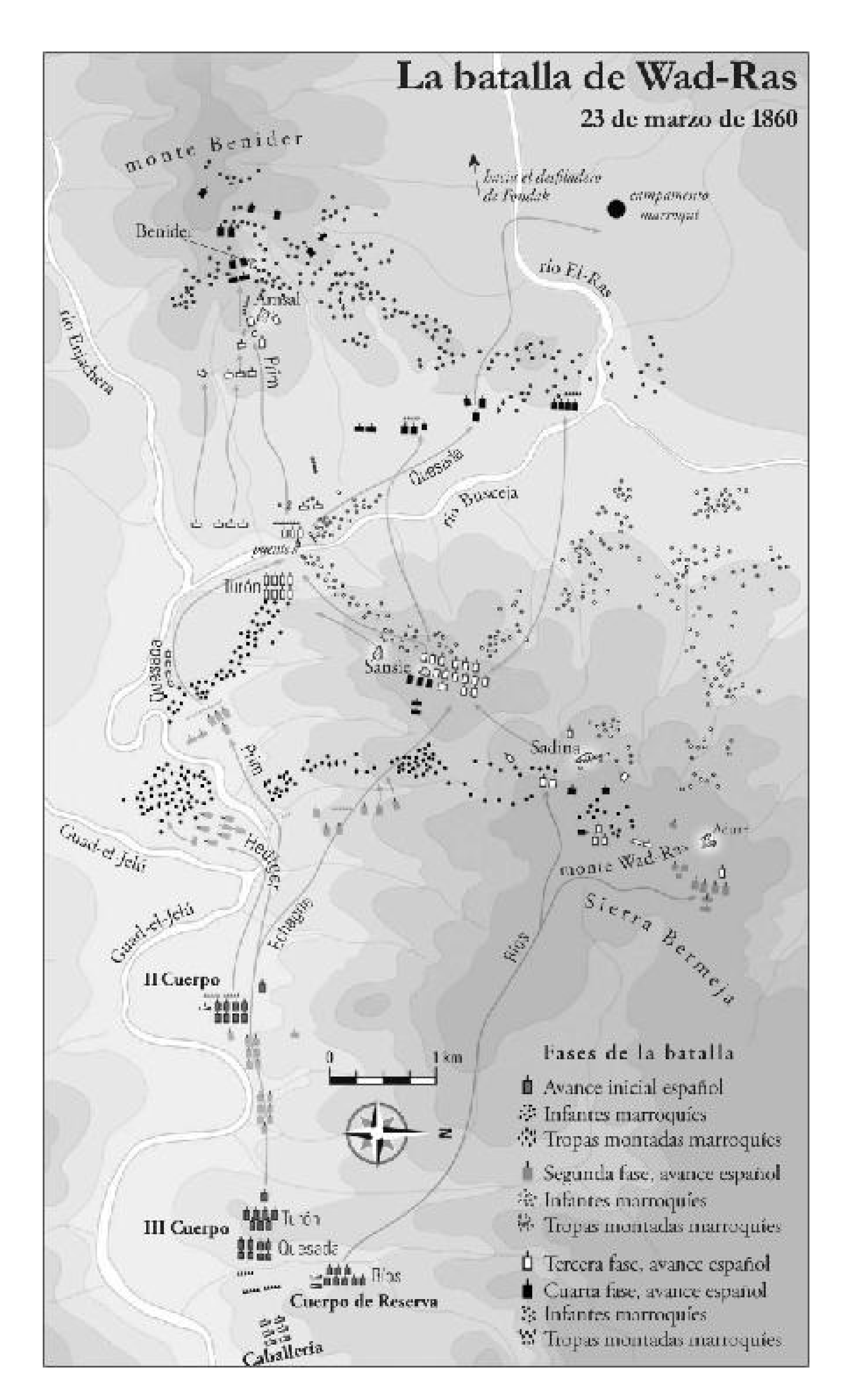
Antes de continuar la fase ofensiva de lo que se podría llamar segunda parte de la campaña, tras la toma de Tetuán se produjo una nueva reorganización del ejército (véase orden de batalla del 22 de marzo de 1860 en apéndice III).

Ya cerca del final de la guerra, la estructura orgánica es todavía más inconsistente que antes, con el agravante de que, como se ha visto antes, casi todos los jefes de las pequeñas divisiones habían ascendido a tenientes generales. Así, el mariscal de campo Tomás Cervino estaba al frente de cuatro batallones, cuando debería haber tenido a sus órdenes toda una división. Pocas veces alguien con tan elevado empleo habrá mandado tan escuálidos efectivos, sobre todo si, como se afirmó, para entonces pocos batallones superaban las cuatrocientas plazas, y algunos no llegaban a las trescientas[1].

Mientras la fuerza del ejército había pasado de 35 000 a 45 000 efectivos, el número de tenientes generales se había triplicado —de 3 a 10—, y el de brigadieres, duplicado —de 16 a 32—, mientras el de mariscales de campo permanecía estable, aumentando solo en uno, de 8 a 9. El resultado era un organigrama aún más disfuncional que al principio del conflicto. En el cuerpo de Prim se llegaba al caso extremo de que 3 tenientes generales y otros tantos mariscales de campo mandaban 9028 hombres. Con tal ritmo de ascensos, si la guerra hubiese tenido mayor duración, el ejército habría acabado con una estructura totalmente aberrante.

Hay un cuerpo, el I, con solo una división, a efectos operativos; una división, la 1.ª de Reserva, con una brigada nada más; una brigada, la «Provisional», con dos batallones, esto es, un regimiento, en realidad. Se llama división a la de Caballería, y no llega a las dos mil plazas, y brigada a la de Ingenieros y Artilleros, que apenas las tiene, con la particularidad de que esta, con unos efectivos similares a aquella, dispone de bastante menos de la mitad de mandos. Es sorprendente, en cambio, lo nutrido de la I Brigada de la

2.ª División de Reserva, aunque todo el cuerpo muestra una extraordinaria escasez de caballerías. Da la impresión de que se acumularon en ella los batallones recién llegados.


La batalla de Wad-Ras
23 de marzo de 1860
monte Benider
Benider
Aníbal
Prim
río Enjachera
campamento marroquí
río El-Ras
Quesada
río Busceja
Turón
Sansic
Sadina
Prim
Guad-el-Jelú
Hediger
Echagüe
monte Wad-Ras
Sierra Bermeja
Ríos
II Cuerpo
III Cuerpo
Turón
Quesada
Ríos
Cuerpo de Reserva
Caballería
0
1 km
N
Fases de la batalla
Avance inicial español
Infantes marroquíes
Tropas montadas marroquíes
Segunda fase, avance español
Infantes marroquíes
Tropas montadas marroquíes
Tercera fase, avance español
Cuarta fase, avance español
Infantes marroquíes
Tropas montadas marroquíes

Esas serán las tropas con las que O'Donnell inicia el 23 de marzo su avance sobre Tánger. Eran el componente terrestre de una operación compleja, a la que debían sumarse fuerzas navales formadas por dos navíos de línea; tres fragatas de vela; otras dos, y cuatro goletas cañoneras, de hélice; una fragata de vapor de 500 caballos; dos goletas de 350, cinco o seis vapores de menor porte y una división de lanchas cañoneras. Estaba también previsto transportar allí por mar el tren de sitio, para facilitar la toma de la ciudad[2]. Bustillo no sentía especial contento ante esa perspectiva. Estaba, por supuesto, decidido a realizar la empresa de atacar Tánger, pero estimaba que le costaría «la mitad de nuestras gentes y dos terceras partes de nuestros barcos»[3], desolador vaticinio que ni la calidad de la artillería marroquí ni la puntería de sus artilleros parecían respaldar, a la vista de los bombardeos que él mismo había realizado y de lo que se vio en la batalla de Tetuán.

Un informe anónimo[4], fechado en Gibraltar y redactado «por un caballero que ha visitado el país [Marruecos]», analiza, aunque con alguna inconsistencia, lo que supondría una ofensiva contra Tánger. La califica de «empresa arriesgada y [que] puede ocasionar grandes sacrificios a las fuerzas españolas». Por tierra, «el camino es difícil y tiene algunos pasos fuertes por la naturaleza y susceptibles de ser defendidos contra un numeroso ejército por una pequeñísima fuerza». Por mar, afirma, «una escuadra invasora puede experimentar pérdidas muy considerables», lo que se compagina mal con la valoración de que «no se supone que los moros tengan grandes conocimientos en artillería» y de que los cañones son «por la mayor parte viejos y muy estropeados».

En cambio, un desembarco «en la playa arenosa al este» de la ciudad, lejos de sus baterías, presentaba grandes probabilidades de éxito; «un pequeño cuerpo de 5000 o 6000 hombres sería muy suficiente», con el apoyo de «un par de buques de guerra», para tomarla «con muy pequeña pérdida», ya que la guarnición se reducía a «1200 hombres de tropas irregulares, sin disciplina ni oficiales, completamente incapaces de resistir». Eso sí, «esta operación no puede hacerse en el presente estado del viento y de la temperatura». Habría que esperar a que fuesen favorables para lanzarla, y entonces, «pocas horas, acaso un solo día, bastarían para conseguir su propósito». De ser fiable, el informe arrojaría nuevas dudas tanto sobre el momento en que España empezó la guerra —universalmente considerado como equivocado—, como sobre la elección del primer objetivo, Tetuán en lugar de Tánger.

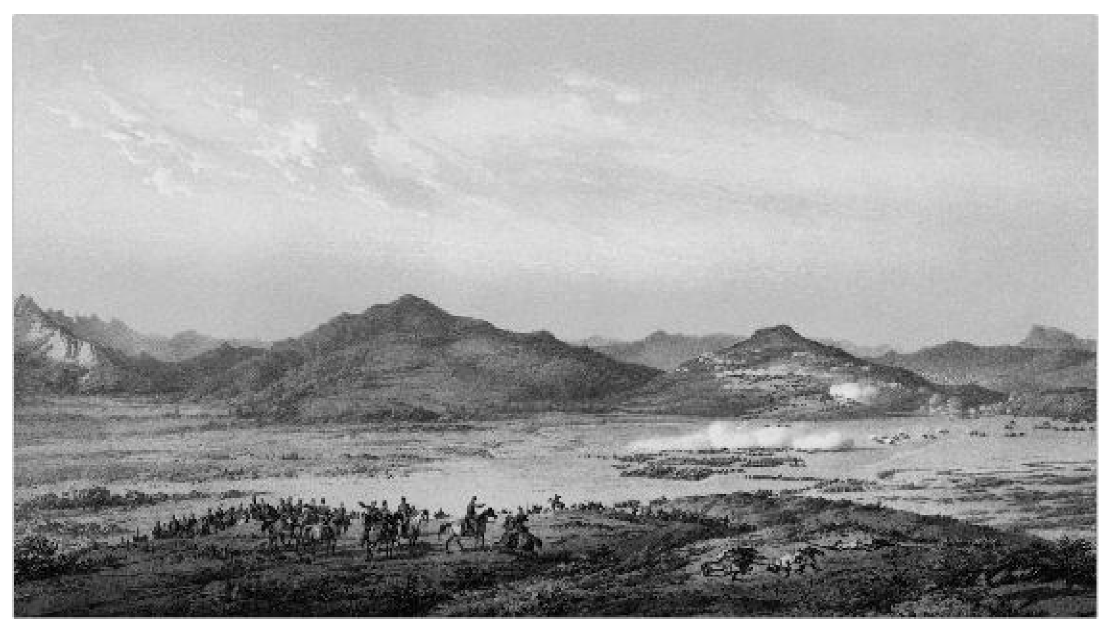
Volviendo a los movimientos del general en jefe, no espera resistencia antes del desfiladero del Fondak —a unos 25 kilómetros, equidistante entre

esa ciudad y Tetuán—, por lo que dispone sus fuerzas en lo que se podría calificar de una larga columna de viaje. De hecho, los infantes caminarán con un frente de a cuatro, lo que es propio de ese tipo de formación. Considera que su flanco izquierdo está cubierto por el río Guad-el-Jelú, primero y por el Busceja, después, por lo que no adopta allí ninguna precaución; en cambio, cubre su derecha con la reserva, de Ríos, que avanzará por Sierra Bermeja, por el monte de Wad-Ras, concretamente, en paralelo al avance del grueso. Dado que pensaba que solo emprendía una larga marcha, sin combate, los soldados van pesadamente cargados con mochila, manta, munición y seis días de víveres. Se ha estimado que, en total, sin los diez paquetes de cartuchos[5], eran 22 kilos, «un peso enorme», según el parte oficial, aunque en ningún momento indica que se tomaran medidas para aliviarlo, una vez empeñado el combate.

Al parecer, se había pensado en un principio llegar hasta Tánger a la ligera, mediante marchas forzadas, para lo que estaba previsto incluso que los generales utilizarían tiendas de soldado, no las suyas, mucho más voluminosas. Se desistió de la idea por la gran cantidad de impedimenta que, en cualquier caso, el ejército tendría que acarrear, ya que carecería de comunicación con el mar, su vital cordón umbilical para el abastecimiento[6]. Al final, O'Donnell llevaría más de 2000 mulas; 150 cabezas de ganado, como depósito ambulante de carne; por encima de 1000 caballos y los 200 camellos, prudentemente separados de aquellos, ya que se espantaban con su olor.

Según el parte[7], a las cuatro de la mañana se toca diana, aunque Monedero[8] recuerda que fue a las dos, que tomaron café preparado la noche anterior y que a las cuatro y media se cargaron las acémilas. Un telegrama, emitido a las cinco, indica: «en este momento emprendo las operaciones»[9]. A las ocho, las siete dice dicho autor, empieza el movimiento, con cierto retraso porque hubo que esperar a que se levantara la niebla. Va en vanguardia Echagüe con su cuerpo —como se acaba de decir, de una sola división—, dos compañías de montaña y un escuadrón de Albuera, seguido por los ingenieros, para allanar cualquier obstáculo que se encuentre; luego, el II, con otra compañía de montaña, la de cohetes y el 2.º de Artillería Montada. A continuación, la División de Caballería, menos un escuadrón de coraceros y uno de lanceros, seguida por el bagaje de las unidades mencionadas. Después, el III, con otra compañía de montaña, el otro escuadrón de Albuera y su propia impedimenta. Cierra la retaguardia, la 1.ª de Reserva, con una compañía de montaña y un escuadrón de Coraceros del Rey. Se apreciará que,

a pesar de la amarga experiencia del recorrido Ceuta-Tetuán, solo se ha renunciado a parte de la artillería rodada, que tan embarazosa había sido. El mínimo contingente de rifeños venido de Melilla acompañaba a las piezas[10].


Wad-Ras, el 23 de marzo de 1860, en *Atlas histórico y topográfico de la Guerra de África* (1861).

Ríos, de su lado, tenía casi toda la I Brigada de su 2.ª División —el batallón de América, perteneciente a ella, y la II habían quedado de guarnición en Tetuán y en el campo atrincherado, con el 4.º Vasco—; los tercios vascos 1.º, 2.º y 3.º, y dos escuadrones de Lanceros de Villaviciosa. Se ha dicho que ese contingente iba sin mochilas, ya que la idea era flanquear al ejército en su primera jornada y luego regresar a Tetuán, pero el jefe de la División Vascongada especifica claramente en su parte, que después se comentará, que sus hombres llevaban «encima las mochilas, las raciones, [y] los útiles de campaña».

El camino que iba a seguir O’Donnell y que sería el escenario de la batalla, transcurría, en su primera parte, como se ha dicho, a lo largo del sinuoso Guad-el-Jelú, sobre su izquierda, al otro lado del cual se alzaban alturas, en las que había pequeños aduares. A la derecha se elevaban otras más altas, con dos grandes poblados, Sadina y Sansie. Cerca de donde el Busceja, descendiendo desde el norte, desemboca en el río mencionado, las estribaciones de Sierra Bermeja se aproximaban, estrechando el paso. Más allá, se encontraba el puente sobre el Busceja, que se abría sobre un valle dominado por el monte de Benider, con el aduar de ese nombre y el de Amsal. Dejándolo a la izquierda, la ruta serpentea hasta el desfiladero del Fondak.

En cuanto a la calidad de la ruta, al menos en su primera parte era «dificultosa, […] se deslizaba trabajosamente de barranco en barranco, sobre hondos lodazales o peladas guijas»[11].

Enseguida se disiparon las esperanzas de que aquel día no habría lucha: «tan pronto como se entró en la alameda que está fuera de Tetuán, en dirección a Tánger, se rompió el fuego»[12], aunque otras fuentes precisan que fue a los cinco o seis kilómetros. Lo peor es que provenía de la izquierda, el flanco español, que estaba al descubierto. En efecto, los habitantes de los míseros poblados vecinos se descolgaban de sus guaridas, espingarda en ristre.

La agresión afectó en primer lugar al cuerpo de Echagüe, que llevaba en vanguardia a los Cazadores de Barbastro, seguidos por el cuartel general, los dos batallones de Granada, tres compañías de ingenieros, dos de artillería de montaña, el escuadrón de Albuera y los Cazadores de Cataluña, Madrid y Alcántara. Es muy significativo que los jinetes iban a pie, «porque en los caballos tenían que llevar las raciones de cebada», prueba definitiva de que no se esperaba combatir.

Cuando, en la confluencia del Guad-el-Jelú y el Busceja, los ingenieros improvisaban el medio de franquear un barranco, arrecia el hostigamiento. Para hacerlo cesar, se envía, vadeando el río mencionado en primer término, a la compañía de granaderos del 2.º de Granada, y, luego, a todo el batallón y a la caballería, que apresuradamente tiene que descargar a las monturas. Por el momento, ahuyentan al enemigo, mientras que, para cubrir el hueco que se ha creado, Borbón[13] entra en línea[14].

Para entonces, la marcha, que proseguía, había llevado frente a «una aislada colina situada entre ambos contendientes»[15], que era preciso tomar. Echagüe llevaba entonces a su izquierda al 1.º de Granada —se supone que Borbón quedó en segunda línea, de reserva— y a la derecha a su II Brigada, de cazadores. Cataluña se lanza al trote cuesta arriba, justo cuando por el lado opuesto suben los marroquíes. Se traba en la cresta una feroz lucha, en el curso de la cual cae el comandante del batallón, que sufre pérdidas sensibles. Por suerte, Alcántara y Madrid envuelven la posición, respectivamente por la izquierda y por la derecha, y se hacen dueños de ella. Entre las bajas hay una más de las «milagrosas»; un corneta de doce años de Cazadores de Madrid, al que «la bala le había penetrado por debajo de la comisura de los labios, y, recorriendo un caprichoso trayecto subcutáneo, se presentaba en la nuca», de donde fue extraída[16].

Parece, aunque no se menciona en ningún parte, que O’Donnell debió considerar agotado al débil I Cuerpo, al menos de forma temporal —«ya el general Echagüe no disponía ni de una compañía» de reserva—,[17] porque dispone que se adelante el II, cuyos dos batallones de Castilla —de la I Brigada de la 1.ª División— intervienen en apoyo de Echagüe. Para entonces, el duque de Tetuán sabía que tenía una batalla entre manos, y da la misma orden al III, para que rebase a la impedimenta que le separaba del grueso. A fin de completar la maniobra, se ordena a los Voluntarios Catalanes que pasen el río para reforzar al 2.º de Granada, «con la seguridad de que ellos solos se bastarían», afirma Prim en su parte.

Hay alguna confusión sobre lo que pasó a continuación. Según el coronel Francisco Fort, en su parte a la Diputación de Barcelona, Albuera, tras una carga desafortunada, cayó sobre los catalanes y los puso en desorden. Según el *Diario de Barcelona*[18], a los voluntarios, atacados por una nube de caballos contrarios, «su corto número y su falta de instrucción táctica ni les permitió imponer al enemigo, ni formar el cuadro; no queriendo dar un paso atrás, se agruparon y resistieron lo mejor que pudieron». Por desgracia, «el grupo tenía pocos fuegos y los jinetes enemigos pudieron llegar hasta ellos y acuchillar a muchos». En cualquier caso, se pudo estabilizar la situación en ese flanco con la llegada de la Brigada Hediger, la II de la 2.ª División.

Una vez conseguido, se dan órdenes a Prim de romper el frente enemigo y forzar el paso del puente. Su II Cuerpo había avanzado llevando a la cabeza a la 1.ª División, de Orozco, y a vanguardia de esta los Cazadores de Figueras, los pontoneros y los Voluntarios Catalanes. De forma algo confusa, se dice que la 2.ª, de Enrique O’Donnell iba «paralelamente a la 1.ª», lo que no se entiende, si esta marchaba «en cabeza»[19]. Era la misión ideal para el conde de Reus, que lanzando a la I Brigada de la 2.ª División, con el 1.º de Navarra al frente, y sostenida por la compañía de montaña del 5.º a Pie y por los cohetes, consigue el doble objetivo: «el puente fue tomado, la Caballería vadeó el río —era la Brigada de Coraceros, en concreto— y casi toda la Infantería hizo lo mismo, escalando las escarpadas orillas»[20]. Al tiempo, la obra «de morisca y hermosa arquitectura, y de cuyos cuatro arcos, los dos del centro miden 16 varas de altura»[21], retumbaba al paso de la 4.ª Compañía del 2.º de Artillería Montada.

La Compañía de Cohetes jugó un papel importante, tirando contra «grandes masas de caballería […] que nos esperaban allende el Guad el Jelú, en la ancha vega del puente de Busceja» y que «desaparecieron, dejándonos

vadear el río y avanzar hasta los montes Benider a los pocos certeros disparos que les dirigimos a una distancia de 2000 metros»[22].

La unidad estaba presente debido a la tozudez de su capitán. Tras la acción del 31 de enero, los «trabuquillos» habían quedado muy disminuidos, y, además, el general en jefe le había convocado para decirle que «en vista del mal resultado que habían dado los cohetes, y por más que estaba muy satisfecho de su dirección, alcance y efecto cuando no reventaban, debíamos embarcarnos para España». El capitán contestó garantizando que en 48 horas podía arreglar el baqueteado material para poder seguir la campaña. Logró, es de suponer que a base de canibalizar piezas, montar cuatro de los trabuquillos. Esos fueron los que tiraron en Wad-Ras, explotando dos de ellos, aunque se lograron hacer «50 o 60 disparos»[23].

El paso del puente fue un éxito —«mi pensamiento iba ejecutándose a mi entera satisfacción», escribe O'Donnell, contento—, pero no decisivo, porque los contrarios se repliegan a una serie de lomas, a la izquierda, desde la perspectiva española, cubiertas de bosques y de matorrales, cortadas por barrancos, donde se disponen a seguir resistiendo.

Es preciso ahora comentar la situación de los otros cuerpos, que, lejos de permanecer inactivos, habían sostenido sus propios enfrentamientos.

En la derecha, la parte de la reserva que mandaba Ríos había visto transformarse su original misión de simple flanqueo en una de áspero combate. En efecto, el monte Wad-Ras estaba plagado de enemigos, que se defienden palmo a palmo, apoyándose sobre todo en los aduares, en especial el de Sadina.

Para seguir los avatares de esta fuerza, resulta esencial el parte que redactó La Torre, el comandante de la División Vascongada[24]. Comenta que su general le encomendó la vanguardia, formada por el Batallón de Cazadores de Tarifa, seguido por los tres tercios vascos que se hallaban presentes. Según su descripción, fue una lucha de líneas de tiradores, en la que el módulo esencial fue la compañía, no el batallón. Tarifa inició su avance con cuatro de las suyas en guerrilla, y las restantes en reserva, seguidas de los guipuzcoanos y los vizcaínos, con los alaveses algo retrasados. Cerca ya de la cumbre, arreció tanto la resistencia enemiga que el 2.º Tercio (Guipúzcoa), luego reforzado por el 1.º (Álava), tuvo que sostener a las compañías de la derecha, y el 3.º (Vizcaya) a las de la izquierda.

Se ha dicho que «los tercios vascongados, una vez repuestos del primer movimiento que, naturalmente, produce un enemigo salvaje y desconocido, se sostuvieron con intrépida firmeza»[25]. Nada tendría de sorprendente, esta

vacilación, de haberse producido. Era el resultado arrojar al fuego a unas unidades bisoñas, como también lo era Tarifa. Lo que extraña es que se las colocase a vanguardia. La única explicación posible reside en las consideraciones políticas ya expuestas, esto es, el deseo de que se asignase a los tercios un papel lucido, para dar relevancia a la contribución vasca. Ríos tenía tropas más fogueadas, en la II Brigada de su 2.ª División, pero habían quedado en Tetuán, mientras que la I, bisoña, participó en Wad-Ras.

Llegó un momento en que se hizo «necesario disponer el ataque a la bayoneta». Quizá fue entonces cuando a los de Tarifa, «una carga a la bayoneta dada a la carrera, les hace penetrar sin saberlo siquiera en un pueblecillo formado por chozas»[26], que sería el aduar de Sadina, donde se traba un feroz cuerpo a cuerpo, en el que «hubo hechos de distinguido valor», en palabras de La Torre que, lamentablemente, no da una sola referencia geográfica concreta en su parte. Parece que los cazadores, diezmados, solo debieron su salvación a los de Guipúzcoa, que acudieron en su auxilio, logrando conquistar el pueblecillo a sangre y fuego, literalmente, ya que fue incendiado. Sin embargo, «el enemigo, envalentonado con los refuerzos que había recibido», realizó varios contraataques, que requirieron la intervención del tercio 3.º, primero, y del 6.º de Infantería de Marina y del 1.º de Bailén, después. Por fin, el adversario, «por consecuencia de los rudos ataques que recibió, se fue retirando», y los de Ríos, aunque maltrechos, pudieron continuar su progresión, hasta situarse a la altura de la derecha de O'Donnell. La Torre solicitaría la Laureada para la bandera de Tarifa, que se batió con particular denuedo.

Para el III Cuerpo, de Ros, las cosas tampoco habían sido fáciles[27]. A medida que la vanguardia avanzaba, había seguido el movimiento general. Pronto, «vimos por las alturas de nuestra izquierda numerosos grupos de infantería y caballería agarena», y se oyeron «sus espantosos aullidos» y gritos de «¡jámela! y ¡perro! [en español]». Como para alterar aún más el ánimo de la tropa, se empezaron a cruzar con «una interminable hilera de camillas», que bajaban desde el frente cargadas de bajas, mientras que «desde la derecha del río Jelú —es decir, la orilla opuesta— cubierta de arbustos y malezas, nos hacían un fuego horroroso […] numerosos e invisibles enemigos». Se desplegaron guerrillas para cubrir ese flanco, el izquierdo, según el sentido de la marcha, apoyadas por artillería de montaña.

El consiguiente estruendo dio lugar a una anécdota. Andaba por allí «una cantinera, vestida con el traje característico de las de nuestro ejército [que] conducía tres machos, que se encabritaban relinchando, y que no querían

avanzar». La mujer, entonces, se volvió hacia los marroquíes y les increpó: «¡miserables, cobardes; así os batiréis vosotros, escondidos; salid aquí a campo raso, como estos valientes!». No logró con eso refrenar el pánico de sus caballerías, a las que dedicó insultos tan pintorescos que los soldados, en medio de la granizada de balas, no pudieron evitar las carcajadas. La protagonista del incidente era, lo que no resulta sorprendente, la famosa Ignacia, de Cazadores de Baza, a la que ya se ha hecho referencia.

A pesar de la fusilería y del cañoneo, los marroquíes lograron vadear el río, obligando a los de Ros a «formar grupos», que rechazaron a los jinetes enemigos, con la ayuda de una carga del escuadrón de Albuera. Un ataque a la bayoneta de cuatro compañías del 1.º de Almansa, acabó por arrojarlos a la otra orilla. Las mandaba el comandante del cuerpo, del que dice Dionisio Monedero: «yo gozaba contemplando a mi bravo jefe, el coronel Javier Salcedo, montado airosamente en su brioso caballo, desafiando el peligro que le amenazaba». No obstante, para más seguridad, se dispuso que el bagaje se alejase del camino, corriéndose a la derecha.

El III Cuerpo había conseguido consolidar su flanco vulnerable, pero el punto de gravedad del combate se hallaba en la vanguardia. De ahí que, como se ha dicho más arriba, O’Donnell reclamase con urgencia su presencia allí. Cumplimentar la orden supuso que «dos leguas muy largas —más de doce kilómetros— fuesen recorridas a paso ligero», con una temperatura de 30°, lo que se tradujo en que «muchos oficiales y soldados cayeron casi asfixiados por la velocidad de la marcha» y por la gran carga que llevaban a cuestas, que, de nuevo, fue objeto de críticas[28]. Aun así, «rebasando el convoy, según le tenía yo prevenido», comenta O’Donnell, lograron alcanzar el frente.

Su llegada no pudo ser más oportuna. Mientras la Reserva y los de Ros sostenían los combates que se acaban de mencionar, Prim se había lanzado al asalto de las primeras estribaciones de Benider, que conquista sin grandes dificultades. Pero, entonces, se produjo una situación a la que el de Reus ya estaba acostumbrado desde los Castillejos. En sus propias palabras, una vez allí «hacía ánimo de sostenerme, […] sin ir más adelante hasta recibir instrucciones de V. E., pero el enemigo, comprendiendo la importancia de aquel punto, quiso arrojarme de él, y me obligó a avanzar hasta el primer aduar»[29]. O’Donnell, en la línea conciliadora hacia Prim que venía observando, dice comprensivo que este «se vio precisado a avanzar»[30].

Las breves frases de uno y de otro se tradujeron en mucha sangre sobre el terreno. Porque el ataque, ladera arriba, en un terreno escabroso, llevaría al infierno de Amsal al 1.º de Navarra y a la Compañía de Pontoneros, fuerza

esta última empleada ahora en una función que nada tenía que ver con su especialidad, como lo habían sido ingenieros y artilleros en Castillejos. Se trataba de «una informe aglomeración de casuchas hechas de piedra y barro, de un solo piso, y cubiertas con una gran techumbre de cañizo y palma; por dentro estaban groseramente blanqueadas, pero no por fuera», una colección de «miserables chozas, indignas del último pastor europeo»[31].

Quizá, pero los marroquíes la defendieron como si fuera la más preciada joya del imperio. Tras ser expulsados, después de un sañudo cuerpo a cuerpo, se acogen a un aduar más elevado, el de Benider. Una vez allí, se reagrupan y, unidos a refuerzos que han acudido, montan una serie de contraataques feroces. Hasta tres veces cambia el villorrio de dueño. Se lucha dentro de las cabañas, fuera de ellas, en los callejones sombríos que las separan; «en la feroz carnicería», hay «muertos hasta en los más recónditos sitios»[32]. Hubo casos como el de un teniente, que aunque acribillado a golpes de gumía, seguía tratando de defenderse, al que le cortaron, además, tres dedos para arrebatarle el revólver; o el de un abanderado, al que un enemigo hercúleo levantó y lo arrojó a una choza en llamas. Fue rescatado por sus hombres, con graves quemaduras. Ennasiri Esslaoui afirma que sus compatriotas mataron allí «un número incalculable» de españoles[33]. Exagera, desde luego, pero sin duda hicieron mucho daño.

Navarra «se cubrió de gloria»[34] en aquella lucha de fieras, pero no podía hacer milagros. Prim, una vez más como en Castillejos, arroja al combate lo que tiene a mano. En esta ocasión, el 1.º de León —de la misma división, pero de distinta brigada— y un escuadrón de los coraceros que le han seguido, mientras que los lanceros protegían a la artillería. Nada importa que el terreno sea el más inadecuado para jinetes instruidos en la carga bota con bota, en la llanura. Con solo el muy relativo apoyo de parte del 4.º de Húsares de la Princesa desplegado en guerrilla[35], los manda riscos arriba, probablemente al paso, «en un terreno cortado a pico, sembrado de maleza y de bosques»[36], contra tiradores que, emboscados entre arbustos, los fusilan a mansalva. Fue, dice un autor benévolo[37], «por aquellos vericuetos una carga absurda, pero salvadora», porque ganó algún respiro para los infantes. Toledo y Chiclana también se vieron envueltos en la caótica rebatiña. Por fin, Amsal es conquistado, aunque los marroquíes se repliegan a Benider, donde, desafiantes, prosiguen el fuego.

O’Donnell no alude a ello, pero parece que Muley el-Abbás intenta aprovechar la ocasión para cortar al II Cuerpo, enviando por el valle que se hallaba a la derecha de este, y por donde discurría el camino al Fondak, un

grueso contingente, con «flotantes y fantásticas vestiduras blancas las más, azules muchas, moradas y rojas algunas, con altos turbantes los unos, con rojos gorros de larga borla los otros, todos gritando de una manera infernal»[38]. Con esos atavíos, tenía que ser la Guardia Negra. Por fortuna, el III Cuerpo estaba llegando, y cruza el puente con su compañía de montaña, al tiempo que lo hace otra del 2.º Montado. El fuego de las piezas reunidas, tirando sobre un blanco tan fácil, bastó para disolver la concentración de marroquíes[39].

El duque de Tetuán, cuya descripción de esta fase de la batalla es menos triunfalista que la del conde de Reus, afirma que, en esa tesitura —eran las dos de la tarde, aproximadamente—, pide a Ros que envíe rápidamente tropas en socorro de aquel, ya que «la situación de Prim, excesivamente avanzado, desprovisto de la artillería, que había dejado a retaguardia, […] amenazado de ser envuelto, era extremadamente crítica», afirma la historia oficial[40].

Fue escogida la brigada de Cervino, II de la 1.ª División, que acude al instante. El conde de Reus dirá, aliviado, que «con tal refuerzo, ya no vacilé en seguir hasta ocupar todo el monte que, en forma de cono, se destaca y domina los valles y montes que le rodean, y constituyen la verdadera clave de la cordillera del Fondak». Manda al asalto a esos batallones, uno de Albuera y los Cazadores de Ciudad Rodrigo y de Baza, guardando de reserva el otro de Albuera.

Con la clásica despreocupación del soldado español, que llamó la atención de los observadores extranjeros, Monedero estaba allí, con unos amigos del Ciudad Rodrigo, aunque él pertenecía al Llerena, de la 2.ª División. Le sigue, pues, en la carga, y pronto se ve inmerso en una cacofonía de «gritos de rabia y de agonía, los sonidos de las bandas de música, de cornetas y clarines que tocaban paso de ataque y de degüello, el fiero silbido de las balas marroquíes»[41], mientras se desarrolla un cuerpo a cuerpo de quince minutos que dejó al batallón en cuadro. Tan cerrado fue el choque, que solo los oficiales podían disparar, haciendo uso de sus revólveres; el resto, recurrió a bayonetas y culatas. El combate de Ciudad Rodrigo, menos recordado hoy que algunas discutibles hazañas de aquella guerra, despertó entonces, con motivo, la admiración de todos. El anónimo informador de Alarcón[42], sin alejarse mucho de la realidad, habla de «aquel montón de cadáveres que aún conservaba su bandera», lo que resume bien su situación tras el salvaje combate que tuvo que sostener hasta coronar el objetivo, junto a sus compañeros de brigada.

El ataque de Prim fue parte del que, con carácter general, había dispuesto O’Donnell, ya a la caída de la tarde, tras concentrar sus fuerzas de la manera que describe: por el centro, dejando a la izquierda al de Reus, situó a su hermano Enrique, muchas de cuyas unidades había empleado ya Prim, con cuatro batallones. El mismo general en jefe, tras vadear el Busceja, se encontraba en ese sector, con otro batallón, dos compañías del 2.º de Artillería Montada y una de montaña, con dos escuadrones de lanceros. A la derecha, estaba Quesada, con dos batallones de su división del III Cuerpo. En cuanto al de Echagüe, sin duda ya con poca capacidad operativa, a la vista de que su propio parte reconoce que había tenido órdenes de «conservar las posiciones conquistadas», recibió ahora las de que «pasase el río para apoyar al II Cuerpo», de nuevo, una misión cómoda. Ríos, llegado desde las alturas del Wad-Ras, como se recordará, formaba la segunda línea.

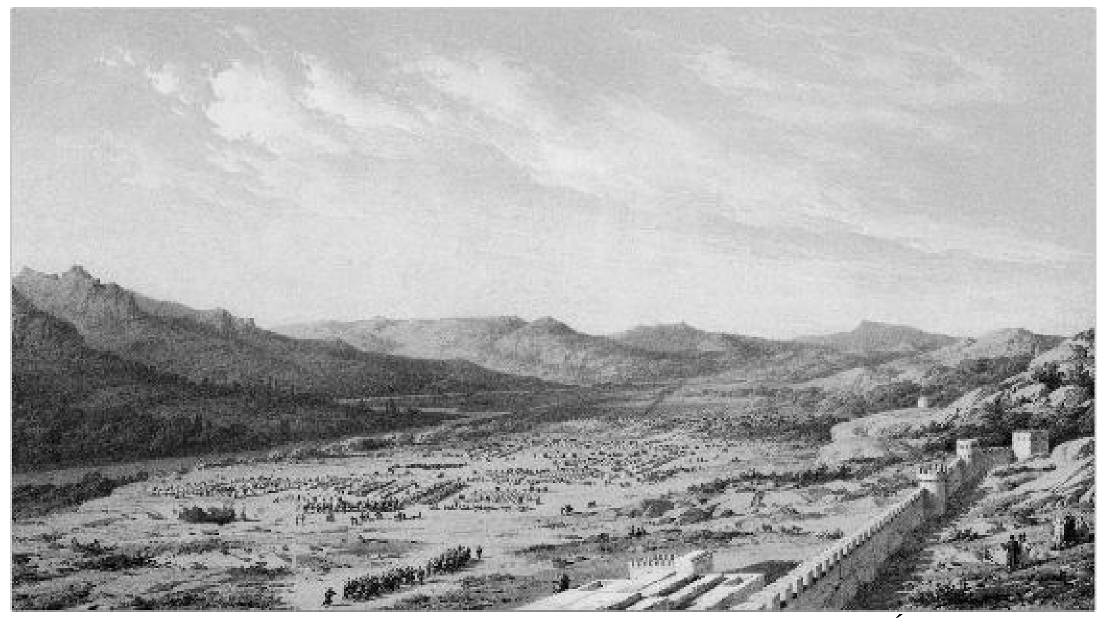
Por fin, Mackenna, con la 1.ª de Reserva, a retaguardia, aseguraba las comunicaciones con Tetuán, esenciales para la evacuación de heridos. Había sido tal la agresividad del enemigo que aun esa gran unidad, que se hallaba al final de la columna, se había visto envuelta en combates para defender el convoy.

Puestas todas esas fuerzas en movimiento, Muley el-Abbás, al fin, manda el repliegue, que se hace con tanto orden que sus hombres logran levantar todo su campamento y replegarse con él, abandonándolo a los españoles que lo ocupan enseguida, y que ni intentan la persecución. El motivo era que «la tropa no podía absolutamente ni sacar la baqueta; le faltaban las fuerzas físicas»[43].

Se la había llevado al límite, haciéndola marchar y combatir durante más de doce horas, con una temperatura muy elevada, acarreando un gran peso y sin más alimento que un café de recuelo antes de que saliera el sol: «si aquella lucha hubiera durado media hora más, creo que habríamos perecido todos ahogados por la sed y por el calor, que nos sofocaba, o reventados de fatiga»; «hubiera deseado que la muerte pusiera fin a tanto martirio»[44]. En efecto, los hombres llegaron a envidiar hasta a los muertos y a los heridos, que, al menos, podían descansar. Hubo unidades, como los Cazadores de Llerena, que iban a retaguardia, custodiando la impedimenta, que hasta las doce de la noche no llegaron al lugar de acampada[45].

O’Donnell calculó que había combatido contra 45 000 o 50 000 contrarios, a los que causó una baja «inmensa». Von Goeben pone en duda esa estimación. Según él, los marroquíes no eran más numerosos que los españoles, y habían sufrido menos bajas que estos[46]. Respecto a sus propias

pérdidas, el duque de Tetuán las sitúa en 1 jefe, 6 oficiales y 130 de tropa, muertos, y 11, 90 y 956, respectivamente, heridos, según su parte del 30 de marzo, varias veces citado. Hay que mencionar que en una relación publicada anteriormente[47], se dan cifras distintas de heridos, en concreto un general —Alcalá Galiano, muy levemente—, 16 jefes, 87 oficiales, más un capellán, y 1131 de tropa. Se añade que «habiendo parecido excesiva la cifra de 1962 heridos» que figuraba en un parte transmitido desde Algeciras, «se pidieron aclaraciones a la estación telegráfica», que facilitó entonces el dato de que los jefes y oficiales muertos eran 7 y los heridos 104, mientras que la tropa había tenido 130 muertos y 1026 heridos.

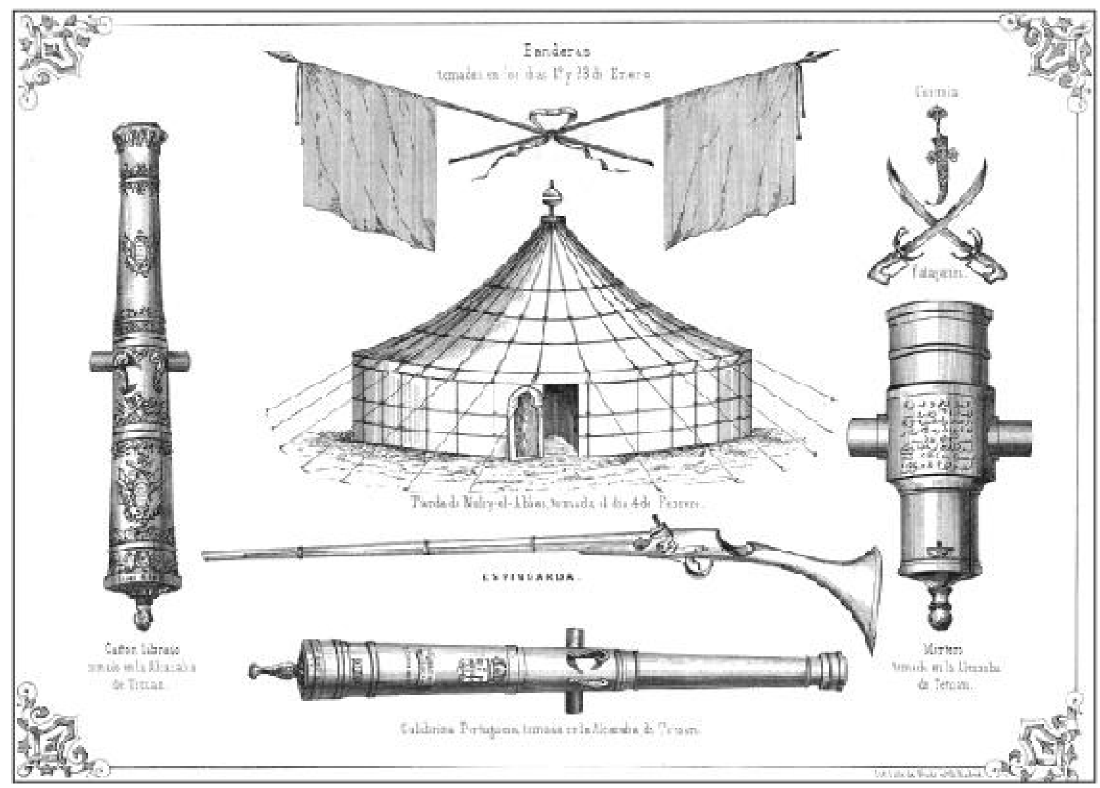

De Tetuán a Wad-Ras, en *Atlas histórico y topográfico de la Guerra de África* (1861).

La sangría siembra la consternación en España. Se discute sobre su volumen: 1177 bajas, según los primeros datos oficiales; 2117, opina la prensa; 1268, dicen los datos finales. Se afirma que, en total, desde que empezó la campaña, las pérdidas rayan en los 18 000 hombres; los periódicos se hacen eco del dolor de la población y de las dudas que empiezan a surgir[48].

Algunos casos concretos llaman particularmente la atención. Los catalanes han perdido un tercio de sus efectivos frente a Tetuán, y otro tercio —7 oficiales heridos, y 16 muertos y 92 heridos de tropa— en Wad-Ras. Aunque, nada desmoralizados, aseguran que aún quedan los suficientes para otra batalla[49], se trata de un porcentaje inadmisible, que lo único que prueba, además de su valor, es que han sido mal empleados, al margen de la explotación política que se hizo.

También se habló de los desdichados coraceros, que tuvieron que «cargar en pendientes tan abruptas, donde a los cazadores les costaba mantenerse en pie»[50], por «una áspera vertiente sembrada de breñas y jarales»[51], a pesar de lo cual «cargaban, con tanta seguridad como en un llano, en el declive de una montaña», lo que les costó perder, «en breves minutos, la mitad de los oficiales y la tercera parte de la tropa». Se dijo que, al final, con los tres escuadrones —se recordará que el cuarto iba a retaguardia— apenas se podría formar uno[52], lo que parece que es llevar las cosas demasiado lejos. En concreto, se comentó que el de Borbón quedó diezmado[53]. Desde luego, tuvo cuatro oficiales heridos. Entre las bajas de los jinetes estaba un capitán del Rey: «la bala le había penetrado por uno de sus ojos, casi sin herir los párpados, ha ido a alojarse dentro del cerebro, destruyendo su masa, […] sus movimientos instintivos le hacían unas veces llevarse las manos a la cinta de San Fernando puesta sobre su corazón; otras, a peinarse la barba»[54].

No menos cruel fue la pérdida de Ciudad Rodrigo: su jefe, 17 oficiales de 22 y más de la mitad de la tropa quedaron fuera de combate, según una fuente[55]. De acuerdo con otra[56], fueron 1 jefe, 2 oficiales y 13 de tropa muertos, y 17 oficiales y 160 de tropa heridos. La relación nominal que facilita el parte, sin embargo, menciona al teniente coronel y a 15 oficiales heridos. Por otro lado, los Cazadores de Madrid, Cataluña, Alcántara y Chiclana tuvieron a sus 4 jefes heridos, y en Navarra fueron baja, se afirmó, 14 oficiales y 120 hombres[57], si bien el parte nombra al primer comandante, muerto; y 2 jefes —incluido el segundo comandante— y 8 oficiales heridos. Se ha escrito que los cuatro batallones empleados con preferencia por Prim —el último citado, León, Chiclana y Toledo— perdieron el cincuenta por ciento de sus efectivos[58].



Botín arrebatado a los marroquíes, recogido en la revista *Las Novedades* (1860).

Una pequeña baja fue el perro *Palomo*, de los Cazadores de Baza. Recogido en las calles de Barcelona por un soldado de la 4.ª Compañía, se le dejó en tierra cuando el batallón embarcó para Málaga, pero, sin que se sepa cómo, subió a bordo y viajó con su unidad. De nuevo, no se le quiso llevar para el siguiente trayecto, a Ceuta, pero una vez más lo consiguió. Hizo toda la campaña, y estuvo en Wad-Ras, donde su dueño fue muerto, y él resultó herido. Curado, regresó a España y desfiló en Madrid, cubierto de flores, a la cabeza de Baza. Parece que fue aún más aplaudido que el «corneta de las bellotas», de Borbón, lo que es un índice de su gran popularidad[59].

Para O'Donnell, la batalla fue todo un desafío. Se ha escrito que hubo «un cierto desbarajuste»[60] en su plan, pero es que no había tal plan. Ya se ha dicho que él esperaba un enfrentamiento el 24 en el Fondak, no el 23 en el camino a este. Tuvo, pues, que improvisar, y convertir una formación de marcha en una de combate. Fue justo lo contrario que la batalla de Tetuán, en la que todo estaba previsto de antemano, y solo hubo que aplicar sobre el terreno la maniobra previamente concebida en el mapa. En Wad-Ras no se había preparado nada, y cada movimiento respondió a la intuición del instante. De ahí, el mérito de haberla ganado, pero a nadie se le ocurrió hablar de «elegancia» en la solución del problema táctico, al contrario de lo que había sucedido el 4 de febrero.

En cierto modo, se podría decir que el ejército había caído en una gran emboscada, mientras realizaba una marcha de aproximación, con un flanqueo de acompañamiento en la derecha y sin ninguno en la izquierda. Llama la atención que avanzara casi a ciegas, con su solo escuadrón, y pesadamente cargado, a vanguardia. Además, enseguida fue desviado del eje de progresión para batirse con el enemigo, al otro lado del Guad-el-Jelú. Lo ortodoxo habría sido que la larga columna hubiese ido precedida a distancia por caballería ligera, para explorar el terreno que se tenía que recorrer. Por algo se la llamaba «los ojos» del general, debido a su capacidad para adelantarse al galope al grueso, practicar reconocimientos al frente y en las alas, y enviar a escape información, en especial sobre la presencia del enemigo. Ello hubiera permitido a O'Donnell enterarse con anticipación de que su rival le estaba esperando para presentar batalla antes de lo que él pensaba.

El duque de Tetuán disponía, además de Albuera, de dos escuadrones diseñados específicamente para realizar ese tipo de tarea. Eran los de húsares, pero iban embebidos en la Brigada de Coraceros y en la de Lanceros, lejos de la vanguardia, sin posibilidad de alcanzarla rápidamente —debido a las unidades que se interponían—, y sin más misión que moverse al compás del resto del ejército. Desde luego, durante toda la campaña el general en jefe estuvo mal servido por Alcalá Galiano.

El triunfo fue aún más difícil de conseguir porque los marroquíes se batieron con tanto coraje como obstinación, y eso, en las peores condiciones físicas posible. Era el mes de Ramadán, lo que significa que lucharon de sol a sol sin probar un bocado y sin beber un sorbo. Además, lógicamente habrían tenido pocas horas de sueño, ya que este se recorta al principio de la noche, para la comida de ruptura del ayuno, y al final, para tomar algo antes de que amanezca y empiecen las largas horas que faltan hasta el fin del crepúsculo. Los propios españoles dejaron constancia de «que los marroquíes nunca habían resistido con tanto tesón», pero, añaden los observadores prusianos, «los soldados españoles dieron pruebas de la mayor audacia y del valor más notable»[61].

Si el duque de Tetuán mereció plácemes por su victoria, «muy difícil y costosa»[62], el conde de Reus fue objeto de las críticas de algunos: «según la opinión general, hubiera conseguido antes y con menos bajas el mismo resultado haciendo que la artillería le preparase el terreno», pero «en su empeño de no aguardar[la]»[63], lanzó prematuramente el asalto a los aduares, lo que motivó que «fuera criticado después el general Prim por haberse dejado llevar por su ardor»[64]. El reducido gasto de proyectiles —1161

disparos— por parte de la artillería, en proporción con la envergadura del choque, ratifica esas observaciones. Por algo los soldados llamaban al toque de carga —el calacuerda clásico— «la polka de Prim», debido a la afición a él que tenía ese general, en perjuicio de otros sistemas menos expeditivos, pero que ahorraban vidas.

Desde luego, la paciencia no era uno de sus atributos, y lo mostró con creces en Amsal y Benider, donde, literalmente empleó lo primero que encontró, aunque fuera algo tan poco adecuado para esa empresa como coraceros y pontoneros, mientras que en su frenesí se olvidaba de las piezas de montaña. Un buen resumen es que «su valor estuvo a la altura del Himalaya, pero al pie del ara de ese valor quedaron sacrificadas muchas víctimas»[65], en gran parte innecesarias, y ese es un cargo muy grave para un general.

Resulta significativo que el parte de O'Donnell de Wad-Ras fue el único en el que no elogia de forma expresa a algunos, o a todos, sus principales subordinados.

El combate había sido una prueba brutal. Se entiende que, según testigo, «nunca he visto al soldado tan serio como esa noche»[66]. Los hombres, derrengados, se instalaron cerca del campamento marroquí, en el que, aunque se habían retirado las tiendas, quedaban «infinidad de chozas de ramaje muy bien construidas»[67]. Los que pudieron se entregaron al descanso, pero había que asegurar el servicio de seguridad reglamentario, por lo que parte de la fuerza se tuvo que relevar por turnos de vigilancia. Uno de los desafortunados fue Monedero, que se retiró a dormir a la una de la madrugada. Para entonces, según sus cálculos, llevaba veintitrés horas de pie, en el curso de las cuales había caminado una veintena de kilómetros y disputado una batalla.

Peor fue la suerte de los heridos, que tuvieron que ser llevados por aquellos abruptos senderos de cabras, tan estrechos que se les ha llamado «sendas de perdices»[68], aunque la sanidad militar funcionó a la perfección: «en Wad Ras no había al anochecer del 23 ni un solo herido que estuviera por curar». Ese mismo día casi todos estaban en Tetuán y dos después, los más graves eran embarcados para la Península[69], en un ejemplo de eficacia. Se improvisó un hospital en Amsal, teatro de la mayor carnicería. Allí, los cirujanos practicaron una de las escasas amputaciones —a las que tan contraria era la escuela española— de la campaña, a un cabo del Navarra, cuyo brazo izquierdo había quedado destrozado, muy probablemente por lo que hoy se llamaría «fuego amigo»[70].

La noche del 23 al 24 «llovía y hacía mucho frío»[71], lo último que necesitaban los exhaustos soldados de guardia. Aunque hubo gente que se organizó bien. Tres oficiales de la Compañía de Cohetes y dos capitanes de infantería desnortados que aparecieron por allí, embaularon «una bota de tinto manchego; una cazuela de sopa de ajos; una tortilla en tres tomos, de veinte huevos, cuatro por cabeza, con tropezones —pero muy frecuentes— de chorizo, medio queso de bola y un tarro de dulce», rematado todo con café y aguardiente[72]. Ni el duque de Tetuán cenó mejor. Claro es que no contaba con nadie que tuviera las mismas habilidades para el pillaje que los artilleros de esa curiosa unidad.

A la mañana siguiente, se dio órdenes, al menos en los tercios vascos, de regresar al campamento de Tetuán, dejar allí las mochilas, y volver a Wad-Ras.[73] Parece que al fin se aceptaba que los soldados no podían combatir con esa carga. También, los hombres se encontraron con que «se ha distribuido una buena ración de carne de vaca, con la advertencia de que no se consuma hoy, que es para mañana, si tenemos algún descanso para ello, pues, según nos dicen, la batalla que nos espera será más reñida que la de ayer»[74].

Es seguro que O'Donnell tuvo que ver con intranquilidad la salida del sol. Acababa de librar una complicada acción que le había costado muchas bajas, y, aunque imaginaría que el enemigo habría quedado maltrecho, ahora tenía ante sí la perspectiva de forzar un desfiladero angosto, que podría ser un segundo Amsal. En caso de tener éxito, a continuación tendría que adentrarse en territorio hostil, con la certeza de que sus comunicaciones serían cortadas casi inmediatamente, lo que le obligaría a cargar con los enfermos y con los heridos —que le sería imposible evacuar—, y a administrar unas municiones y unos víveres que no podría reponer a corto plazo. Sabía también que cada paso que diera hacia Tánger haría más problemática su situación, hasta que lograra enlazar con la escuadra. Sin embargo, ante la doble intransigencia de los marroquíes y de amplios sectores de España, no tenía otra opción.

Por eso, sería un enorme alivio para él divisar a un jinete que se dirigía a todo galope hacia su campamento, procedente de las líneas enemigas y que agitaba una bandera blanca.

LAS BASES PRELIMINARES

Era el gobernador del Rif, que le transmitía, en nombre de Muley el-Abbás, su deseo de firmar un acuerdo con el Gran Cristiano, como llamaban los marroquíes a O'Donnell. Este le mostró su ejército, listo para reemprender la

marcha, con los hombres en formación, las tiendas recogidas y las mulas embastadas y cargadas. Luego, anunció al mensajero que si al día siguiente, 25 de marzo, a las seis de la mañana, no se presentaba el príncipe marroquí, se pondría en movimiento contra él. Allí mismo, el gobernador sacó un escritorio de campaña, y en cuclillas, garrapateó una nota. Partió con él tan rápido como había venido y se lo dio a uno de los hombres que le salió al encuentro, quien, a su vez, desapareció a rienda suelta[75].



La primera cura de los heridos en el campamento, de Francisco Javier Ortego y Capuz en *Diario de un testigo de la guerra de África* (1859), de P. A. de Alarcón. Cortesía del Zumalakarregi Museoa.

Nicasio Landa afirma que el emisario era el general de la Caballería, «el más simpático de los jefes, el que representaba a nuestros ojos el tipo del modo caballeresco»[76].

Si cruel había sido la batalla del 23 para los de Isabel II, no lo fue menos —aunque quizá no tanto como creían sus contrincantes— para los de Mohammed IV. Muchos estaban muertos o heridos, y otros se habían dispersado, «como era su costumbre». Aunque algunos pensaban que «era el momento de apresurarse a entablar una segunda acción»[77], seguramente eran una minoría. Parecía evidente que resultaba imposible contener a las tropas españolas, y que apenas había otra perspectiva que morir matando, por no mencionar las repercusiones políticas que podrían tener para el trono la prolongación de las continuas sangrías, y, sobre todo, la inaceptable hipótesis de la pérdida de Tánger.

Resulta elocuente, no obstante, que Muley el-Abbás recelara de su propia seguridad y solicitara por eso que el encuentro tuviera lugar media hora después de lo fijado, cuando el sol hubiera ya salido. Como medida adicional de precaución ante sus compatriotas más fanáticos, dispuso que el camino que le llevó a él estuviera cubierto por moros de rey, ya que temía la reacción de los cabileños. Su escolta personal, además, estaba formada por jinetes regulares[78]. Una anécdota amable es que uno de ellos conocía al famoso ayudante Álvarez, el prisionero del que se ha hablado en capítulos anteriores, y que estaba allí en el séquito de O'Donnell. Se saludaron ambos afectuosamente y el marroquí pidió al español unos cigarros, que le dio en el acto.

La reunión se celebró a una discreta distancia del campamento español, en una tienda prestada por el teniente coronel Rubio[79]. El príncipe llegó acompañado por un centenar de jinetes, que portaban tres banderas rojas y una verde, de mayor tamaño, vestido con una túnica celeste, jaique encarnado y turbante blanco, alrededor del cual se enrollaba un cordón verde. La mejor descripción de él la hizo un encandilado Alarcón, antes de volver a España: «alto, fuerte, recio […] de noble apostura y distinguido porte y graciosos modales»; de «verdadera belleza meridional». Destaca la «limpieza y majestad de su perfil», sus «ojos negros y tristes», y menciona, de manera velada, «la boca, un tanto africana» y lo moreno de su piel[80]. Hardman[81], más directo, afirma que era «tan oscuro como un mulato», y que sus facciones parecían más de negro que de árabe. O'Donnell, por su parte, llevó una escolta de Coraceros, con uniforme de gala, lo que probablemente indica que se pusieron el llorón en el casco.

Tras dos horas de conversaciones se firmaron los preliminares de paz. Marruecos cedía a España el terreno hasta el pie de la sierra de Bullones; otorgaba la pesquería y el derecho al representante de la reina a residir en Fez o el lugar más conveniente; también autorizaba la instalación de misioneros en esa ciudad. La indemnización quedaba fijada en 20 millones de duros, sobre los 25 que originalmente se pedían y las tropas de Isabel II permanecerían en Tetuán y su territorio hasta que fuese pagada en su totalidad. Las dos partes, por último, se comprometían a firmar un acuerdo comercial. Al final del largo proceso negociador, pues, ambas acabaron cediendo. Ni Isabel II conservaba Tetuán para siempre, ni Mohammed IV la recuperaba en el acto.

Es posible, aunque en Madrid se pensaba lo contrario, que Gran Bretaña hubiese jugado un papel positivo en la negociación. Preocupada de que

O'Donnell marchase contra Tánger, y de que Mohammed IV perdiese el que había sido en el pasado, y podía volver a ser, un lugar estratégico para el abastecimiento de la Marina Real; recelosa de que los españoles crearan allí un centro de irradiación sobre todo el imperio, estaba interesada en el final de la guerra. Por eso, desde la batalla del 31 de enero, venía recomendando al sultán que aceptase las exigencias españolas, pero las rechazó sin consultar a Drummond-Hay[82]. Este se entrevistó con Muley el-Abbás el 20 de marzo, y le «intimidó y le desmoralizó» para que aceptara negociar[83]. Desde luego, el propio Drummond-Hay opinaba que «fui yo quien hizo que este gobierno aceptara la paz, tras una reñida batalla en la llanura de Tetuán»[84].

Pero el factor decisivo, aunque se ha afirmado que «indudablemente, Gran Bretaña jugó un papel fundamental para persuadir al Majzén de que optara por la paz»[85], fue que «los dos generales, el de los musulmanes y el de los cristianos la deseaban igualmente; estaban fatigados de la campaña y cansados de combatir»[86]. Ambos, además, por sus posiciones respectivas tenían que tener en cuenta consideraciones políticas, más allá de las militares. En el caso de Muley el-Abbás se daba, además, la circunstancia, de creer a fuentes diplomáticas españolas, que desde un principio habían sido contrarias a la guerra. Así, el cónsul general en Tánger afirmó que «las hostilidades se rompieron a pesar y contra los deseos del califa»[87].

A las tres de la tarde, el ejército emprendió el regreso a Tetuán. La guerra había terminado.

LA DIFÍCIL PAZ

Un simple cazador, procedente de la quinta, expresa los sentimientos del ejército ante la noticia: «se echaron innumerables vivas, viéndose innumerables roses y pañuelos por el aire, dando muestras de alegría»[88]. Había algunos que discrepaban, como el infante de línea Monedero[89], que sostiene que «habíamos formado la idea de entrar en Tánger, y casi, casi, estoy por decir que todos, absolutamente todos, nos vemos desilusionados». Pero, como voluntario que era, debía tener una especial motivación. La realidad es que «el soldado no comprendía lo que quedaba por hacer en África, puesto que no debían hacerse conquistas»[90], como había proclamado de forma oficial el Gobierno. Aun en una unidad de choque, como Alba de Tormes, «todos los semblantes respiran alegría, todos se felicitan y abrazan»[91].

En una orden general del mismo 25, O’Donnell proclamaba que «las indemnizaciones que en terreno y en dinero se obliga a darnos el Gobierno marroquí, compensan los sacrificios que la Patria ha hecho para vengar la ofensa recibida».

Pero en la patria a la que alude, no se pensaba así. Los adjetivos negativos con que se recibió la firma fueron legión: la paz era «mezquina» y fue «acogida con desdén»[92]; «la impresión […] fue penosa»[93]; hubo «frialdad»[94], «indignación casi colérica»[95] por «el funesto tratado»[96]; «los exiguos resultados […] no han satisfecho a la opinión general»[97]. Aunque es muy cierto, y conviene subrayarlo, que «la verdad es que no habría tantos Pedros Ermitaños si todos los que piden guerra tuviesen que ir a ella»[98].

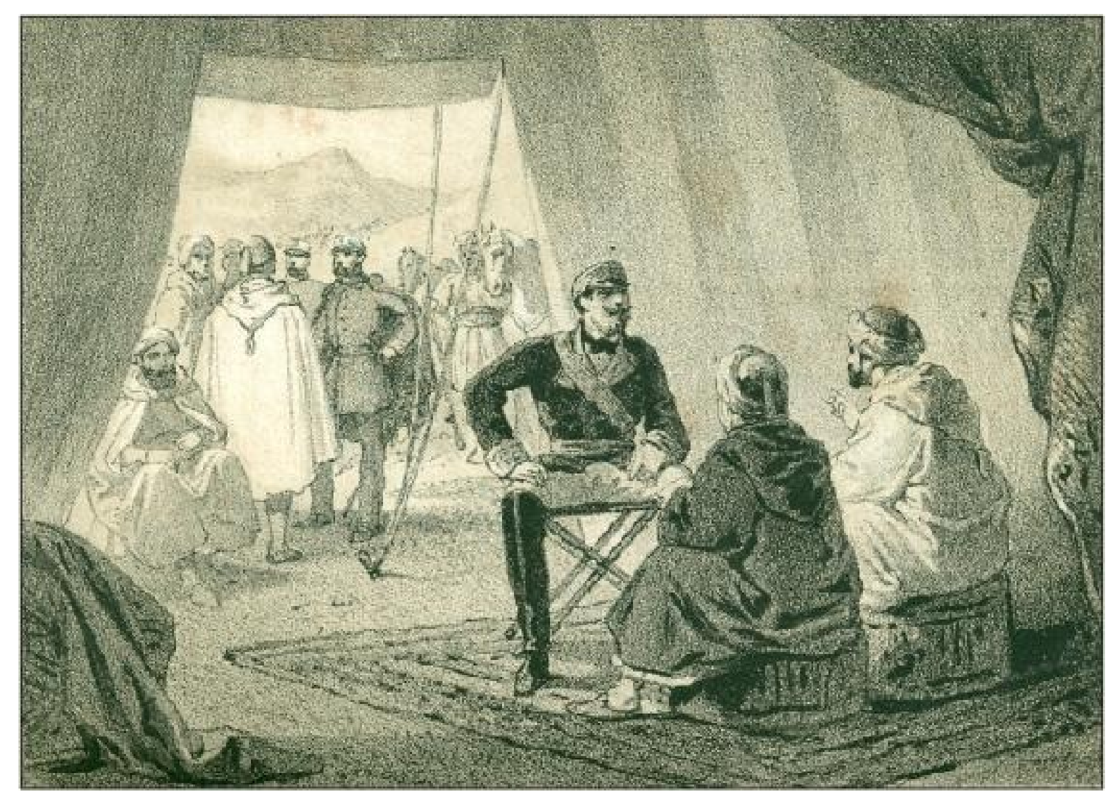
El Gobierno se había encerrado, en parte por su culpa, en un callejón sin salida. Por medio, entre otros, de los periódicos que le eran afines, «se han despertado los instintos belicosos de la población», a la que «se le ha hecho entrever que España, a través de estas nuevas glorias, recuperaría una parte de su antigua posición de preponderancia»[99]. Se explotó, ciertamente, «el patriotismo cándido e imprevisor»[100] de «las masas inconscientes, engañadas»[101].

En cuanto al resto de la prensa, «después de haber contribuido en gran medida a forzar al Gobierno para que entrase en la guerra, cuando llegó el momento oportuno para firmar la paz, hizo lo posible para evitar que el conflicto terminase de una forma honrosa y ventajosa»[102].

Porque, como en política nada es neutral, «los políticos, tomándola [la guerra] como arma de oposición, esperaban que sucumbiesen en ella, aunque también sucumbiese la nación, el general en jefe y su gabinete»[103]. Para conseguirlo, no habían vacilado en atizar desde sus diarios el espíritu belicista, confiando en que O’Donnell sufriese una derrota militar o una diplomática, al firmar un acuerdo que, por definición tendría que ser insatisfactorio, porque apenas había límite a las aspiraciones sobre Marruecos.

Al final, fue «culpa del Gobierno de Madrid, que no supo o no quiso ilustrar y dirigir a tiempo la opinión; culpa de nuestro país, que se deslumbró por las victorias y quería nada menos que la conquista de Marruecos; culpa de aquellos hombres […] que alimentaron esas ilusiones de las masas», y que si al principio querían evitar que el duque de Tetuán alcanzase victorias, luego querían que fracasase[104], al tiempo que «los partidos políticos volvieron a ensañarse contra él»[105]. Por diferentes razones y desde perspectivas distintas, progresistas, moderados, demócratas y neocatólicos se revolvieron contra el presidente, tanto en la prensa como en las tribunas del Congreso.

Hubo, naturalmente, gente lúcida, como Cánovas, que afirma que «yo era de los que querían la paz a toda costa»[106]. Pero quedaba una pregunta incómoda en el aire, el para qué de aquella guerra. Como se verá, no dejaría de perseguir al duque de Tetuán.



Conferencia entre el general O'Donnell y Muley Abbas (1860), grabado de Carlos Múgica y Pérez. Cortesía del Zumalakarregi Museoa.

A la vez que se firmaron los preliminares, se acordó un armisticio, en virtud del cual se autorizaba a las tropas españolas a castigar a los cabileños que no respetasen el acuerdo, mientras que Muley el-Abbás se comprometía a enviar moros de rey para evitar desmanes.

Al principio, todo se desarrolló de la mejor manera posible. En el ejército en marcha de Wad-Ras a Tetuán, bajo la atenta mirada de los cabileños, «nuestros soldados levantan los brazos diciéndoles adiós y ellos contestan del mismo modo». Luego, los marroquíes se acercan a las filas, y se mezclan con los hombres. Uno, al ver a dos sin barba, dice «estos ser *tararí tararí*», tomándoles por cornetas, por lo que, para sacarles de su error, esgrimen el fusil y arman la bayoneta. Se dan galletas y arroz a los hasta hace poco enemigos, e incluso se comete la imprudencia de regalarles cartuchos. Un oficial ofrece cambiar su sable por una espingarda[107], y pronto se empiezan a hacer negocios, comprando los españoles como recuerdos, a precios abusivos, toda clase de objetos a las fuerzas de Muley el-Abbás.

Pero no era más que un espejismo, y enseguida la situación empieza a degenerar. Tanto es así que cuando Enrique O'Donnell va el 25 de marzo desde Tetuán a la rada, para embarcarse y llevar a España las bases preliminares que su hermano acaba de firmar, «fue atacado y envuelto», y solo le salvaron una compañía que acababa de llegar de la Península —los refuerzos seguían afluyendo— y un destacamento enviado desde la Aduana. A pesar de que los moros de rey ejecutaban «terribles y arbitrarios castigos» contra los cabileños, el ejército se vio progresivamente casi cercado en la ciudad[108], hasta el extremo de que, para conseguir algunos víveres, se exigió una contribución en especie a los marroquíes que iban a vender ciertos productos al mercado. En concreto, dos gallinas y dos docenas de huevos por quintal de cueros, y el doble por el de lana. Con idéntico motivo, se estableció un trueque; un pan o una libra de arroz a cambio de una gallina[109].

En ese ambiente hostil, para el grueso de los abastecimientos se seguía dependiendo del transporte por mar desde la Península. Pero los convoyes que los trasladaban a la plaza eran una tentación irresistible para los habitantes de los aduares vecinos, que no cejaban en sus intentos de saquearlos, lo que, a su vez, obligaba a movilizar fuertes escoltas, que ponían en riesgo las vidas de los hombres, además de fatigarles.

Las relaciones oficiales tampoco estaban exentas de recelos. O'Donnell escribió a Madrid el 29 de marzo[110] que «aunque estoy convencido de la buena fe de Muley el-Abbás y de todos los marroquíes, no me separo de aquí hasta dejar todos los asuntos en vías de ejecución», lo que suponía que pensaba, con motivo, que todavía podían surgir problemas.

Por otro lado, reaparecieron las enfermedades: «el cólera y la disentería […] se desarrollaron en Tetuán de un modo imponente tan luego como cesaron las hostilidades»[111], «atribuyéndose esta recrudescencia, y tal vez no sin razón, a la llegada de los reclutas de España». Para combatirlo, se hicieron en Tetuán «grandes fumigaciones, incendiando buena cantidad de pólvora, con objeto, sin duda, de purificar la atmósfera»[112]. Más práctica fue la medida adoptada por el II Cuerpo, de aumentar la distancia entre las tiendas, para que se airearan mejor. Hubo, sin embargo, que improvisar nuevos hospitales. En aquellos momentos, la artera enfermedad era la peor de las amenazas para el ejército, ya sin un objetivo preciso. En efecto, la perspectiva de terminar sus días en tierra extraña, sobre un jergón mugriento, resultaba desoladora para unos hombres que habían sobrevivido a tantos riesgos y a tantas penalidades.

Todo ello transcurría en un contexto cada vez más complejo para O’Donnell, en varios ámbitos. De una parte, la reina no estaba nada satisfecha con el acuerdo alcanzado, que le parecía insuficiente. Para disipar sus reticencias, fue preciso que Enrique, el hermano del duque de Tetuán, tuviera una larga audiencia con ella, precedida por un encuentro con el presidente interino, y seguida por una reunión del gabinete a la que el propio general asistió, lo que era muy inhabitual. Esas gestiones «sirvieron no poco para rectificar opiniones equivocadas»[113] sobre la verdadera situación de los asuntos en África, se ha afirmado con cierto optimismo, ya que el carácter de Isabel II no la llevaba a olvidar fácilmente sus ilusiones frustradas. Sea como fuese, se publicó en el diario oficial[114] que «S. M. la Reina, de acuerdo con el Consejo de Ministros, se ha servido aprobar los preliminares de paz y el armisticio».

Pero ese no era el único frente que tenía abierto el general en jefe. El 29 de marzo, solo seis días después de Wad-Ras, llegaba subrepticiamente a Palma de Mallorca el pretendiente carlista, el conde de Montemolín. En la noche del 1 al 2 de abril, desembarcaba cerca de San Carlos de la Rápita (Tarragona), con el general Jaime Ortega, capitán general de Baleares, acompañado de tropas de su jurisdicción. El 5, todo estaba acabado. La conspiración, mal planteada, aunque se la ha descrito como «la más vasta que se ha tramado en España y con los más elevados y poderosos elementos»[115], se deshizo casi por sí sola, tan pronto como los batallones, que habían sido engañados, se percataron de que se les quería arrastrar a un levantamiento. Montemolín fue capturado y amnistiado, ya que, con la guerra civil todavía reciente, su prisión o su muerte hubieran podido tener consecuencias imprevisibles, mientras que Ortega fue fusilado. Sin embargo, lo sucedido mostraba tanto la fragilidad del Gobierno, fuerte solo en apariencia, como lo desaconsejable de mantener al ejército alejado de las fronteras[116].

Por si todo ello fuese poco, los marroquíes hicieron pronto gala de mala fe, y de su voluntad de entorpecer en lo posible el cumplimiento de los compromisos adquiridos.

El 20 de abril se presentaron en Tetuán para un primer contacto los plenipotenciarios designados por Muley el-Abbás. Como muestra de su buena disposición, que los hechos enseguida desmintieron, llevaron ocho caballos de regalo, dos para O’Donnell y el resto para sus contrapartes españoles y para generales, incluido, desde luego, Prim, que gozaba de gran prestigio entre ellos[117]. Escribe uno de los beneficiarios[118]: «los caballos, a la verdad, si se

exceptúan los del general en jefe, no valen gran cosa, pero procediendo del príncipe califa los llevaremos a Madrid y los presentaremos en el Prado».

El gesto amistoso no se plasmó en la mesa de negociaciones. Lo demuestra un largo despacho, de 27 de abril[119], de los representantes españoles, el general Luis García y el diplomático Tomás Lignés, en el que se plasma lo arduo que resultó llegar al texto que al fin se había firmado el día anterior. Hubo dos reuniones: una, de alto nivel, el 25, entre O'Donnell y Muley el-Abbás; otra, el 26, entre lo que se podría llamar técnicos. Los representantes del sultán discutieron un punto tras otro, desde la prevista colocación de un faro hasta las campanas de la iglesia que se iba a construir en Tetuán[120]. Para mayor escarnio, al término de la sesión descubrieron que no tenían consigo los sellos para validar el documento. Parece claro que la parte marroquí jugó con mano maestra sus cartas de dilaciones y tergiversaciones, no por primera ni por última vez.

Los españoles, en cambio, mostraron gran mansedumbre y aceptaron suprimir al menos seis artículos del proyecto original. En lo que no se transigió fue en la pretensión del príncipe de que se evacuara Tetuán tan pronto como se pagaran los primeros 200 millones de reales. Al final, acordó con O'Donnell que el total se abonaría de una sola vez «en un plazo muy próximo», aunque hay que anotar, si Drummond-Hay no miente, que el español comentó a su interlocutor que no insistiría en la ejecución de ciertas cláusulas, que se habían incluido por razones políticas[121].

Por cálculo o por optimismo, el general en jefe eligió informar al Gobierno de que tras las cinco horas de su encuentro bilateral «se resolvió todo satisfactoriamente»[122]. Pero era obvio que no fue así, ya que al día siguiente, en el largo forcejeo entre las dos delegaciones, se suscitó de nuevo el asunto de la indemnización, con olvido del compromiso adquirido por el general y el príncipe. Al final, se decidió que se haría efectiva en cuatro plazos de 100 millones, de seis en seis meses, a contar desde el 1 de julio de 1860, lo que, por cierto, no se cumplió.

Por fin, y sin duda con gran alivio, el duque de Tetuán pudo comunicar[123] el 26 la firma del tratado definitivo[124]. Lamentablemente, no tuvo tal carácter, sino que, al contrario se convirtió en fuente de roces continuos entre España y Marruecos, de un lado, y en piedra arrojadiza en manos de la oposición, de otro. Sería una auténtica pesadilla para O'Donnell al menos hasta el final de su mandato.

Durante esos meses de sinsabores para los dirigentes y de tedio y muerte para la tropa, el único episodio grato fue el canje de prisioneros. Los pocos

marroquíes que habían caído en manos españolas, la mayoría heridos, fueron devueltos, ya curados, y con un regalo de cinco duros cada uno.

En cuanto a los pertenecientes al ejército de O'Donnell, fueron dieciséis. Llegaron protegidos por moros de rey, «montados en hermosísimas mulas» y vestidos con «traje que, aunque moro, excelente: bata o chaquetilla encarnada, […], sobre esta, llevaban un ajimez de tela fina, […] y encima un hermoso jaique de lana blanca»; «en la cabeza, un gorro griego encarnado». Al principio de su cautiverio fueron maltratados y permanecieron en Fez «encerrados en una lóbrega prisión, con una argolla al cuello y cargados de cadenas»[125], pero, a la firma de la paz, su situación mejoró radicalmente. Se les trasladó a Tánger y el sultán les fijó para su mantenimiento dos panecillos y 36 cuartos diarios. Más tarde, repartió 10 duros por plaza. Al parecer, Muley el-Abbás había pagado 25 por cada uno, para evitar que los matasen en el momento de su captura.

Los entregados fueron el teniente graduado capitán Rocamora, de Arapiles, del que no se supo si había desertado o sufrido un ataque de locura; dos cazadores de Ciudad Rodrigo, otros tantos de infantería de Zamora, uno del Regimiento de Saboya y otro del de Asturias, dos lanceros de Villaviciosa, un coracero del Rey y otro de Borbón, un artillero, dos de los tercios vascos, un presidiario y un brigadero[126]. En algunos, el nombre de la unidad basta para hacerse una idea de en qué combate pudieron ser cogidos.

No estaban todos los que eran; varios presidiarios y vivanderos, y dos cornetas, habían optado por renegar y quedarse en Marruecos. Sorprende el caso de estos dos últimos, por ser tan jóvenes; quizá por ello eran más maleables. Parece que tomó la misma decisión Manuel Carranque, un teniente de los tercios vascos que desertó en cuanto llegó a África. Como las diputaciones se apresuraron a precisar, no era oriundo de las Vascongadas; se trataba de un oficial asturiano del Ejército, que ya había tenido problemas en el pasado. Fue un caso extraño, que nunca se aclaró, pero que en su día causó enorme escándalo.

Firmado el acuerdo de paz, encrespado el cólera, creciendo la incertidumbre de la situación política y la inseguridad en el entorno de Tetuán, no tenía el menor sentido que el ejército permaneciese en Marruecos. Por orden general de 27 de abril, se dictan medidas para iniciar su dislocación.

Se crea el Cuerpo de Ocupación de Tetuán, al mando de Ríos, y también una División de Ocupación de Ceuta, utilizando un curioso adjetivo para una

plaza de soberanía, que sigue al mando de Manuel Gasset (véase orden de batalla de ambos contingentes en apéndice IV).

Se decretaba que el II Cuerpo marcharía a Ceuta, para su repatriación, mientras que el III y la División Vascongada permanecerían en Tetuán a la espera de órdenes para volver a España. García estaría al frente de todas las fuerzas estacionadas en esa ciudad y su entorno, hasta que se embarcasen las que debían regresar, cuando Ríos se haría cargo del mando[127].

Resulta notable que hubiese que esperar al fin de la guerra para ver brigadas como las de ocupación de Tetuán, a cinco batallones. En cambio, las de Ceuta seguían siendo tan escuálidas como siempre.

En cuanto a las unidades que se quedaban, las destinadas a aquel presidio son las mismas que ya estaban, mientras que las de Tetuán incluían la 2.ª División del antiguo Cuerpo de Reserva. Se explica porque, al ser la última en llegar, no había sufrido los rigores de la campaña; en cambio, sus hombres, nuevos en aquellos lares, eran más vulnerables al cólera.

Se designó por sorteo al resto, extrayendo de un ros papeletas con los nombres de los batallones, y de un segundo, otras marcadas con las palabras «España» o «Marruecos». Es representativo del estado de ánimo que reinaba entonces que en un cuerpo excelente como Alba de Tormes, hubiera «momentánea ansiedad» hasta ver si partiría o no. Cuando la fortuna decidió que se iría, el batallón «supo con júbilo que no era de los destinados a permanecer»[128]. En el 1.º de Almansa, que también resultó favorecido, se lanzó «un *hurra* pronunciado por 700 voces que aclaman la buena suerte; […] gracias a Dios, decimos»[129]. Nada quedaba ya por hacer allí, y el horizonte ofrecía solo el cólera, un tiro de espingarda o el aburrimiento. Mejor, alejarse de aquellas tierras ingratas.

El propio O’Donnell pisó Alicante el 29 de abril, marchando inmediatamente a Aranjuez, donde llegó de madrugada, a pesar de lo cual, Isabel II le recibió en el acto.

Eventualmente, todos los cuerpos, menos la guarnición de Ceuta, seguirían a su general: «deseguida (sic) formamos […] para dejar esta plaza, evacuada a las 7 de la mañana; se bajó la bandera española de los muros del castillo, colocaron la de los moros en el mismo instante, según iban desfilando las tropas españolas para la Aduana, […] dejando la Gran Ciudad de Tetuán en manos de los moros y los judíos»[130]. Así se corrió el telón de la mal llamada «Guerra Romántica».

OTROS COMBATES

La paz fue solo relativa, porque a las batallas militares seguirían otras, políticas y diplomáticas, no sangrientas, pero no por eso menos encarnizadas. Refleja la complejidad de la situación que el 1 de mayo, al día siguiente de la audiencia con la reina, se celebrara un Consejo de Ministros que la prensa anunció como delicado.

Se suponía, en efecto, que de él saldría un nuevo gobierno, ya que varios ministros, y, sobre todo, Posada Herrera, abiertamente descontento con el acuerdo hispanomarroquí, iban a ser relevados. No sucedió así, porque O'Donnell optó por cerrar filas en la vidriosa tesitura, pero de la importancia de los temas tratados daría testimonio la *Gaceta de Madrid* del 2. En ella, se recogía, para indignación sobre todo de la izquierda[131], una amnistía para los participantes en la intentona de San Carlos de la Rápita, encabezados por «los ex infantes Carlos de Luis de Borbón, y su hermano, don Fernando»[132], a quienes se facilitaba un buque de guerra para trasladarlos «al punto que deseen» fuera de España. Hay que mencionar que, en un principio, el presidente se opuso a la medida de gracia, por considerar que podría «traer males inmensos al país y al trono, […] sería mal recibida y daría armas a los otros partidos extremos para conspirar». Incluso llegó a presentar su dimisión. Por motivos desconocidos, a las veinticuatro horas reconsideró su postura, diciendo «estoy de acuerdo en lo de la amnistía»[133].


Regreso de la guerra de África (1861), obra de Eduardo Cano. Museo Nacional del Romanticismo, Madrid.

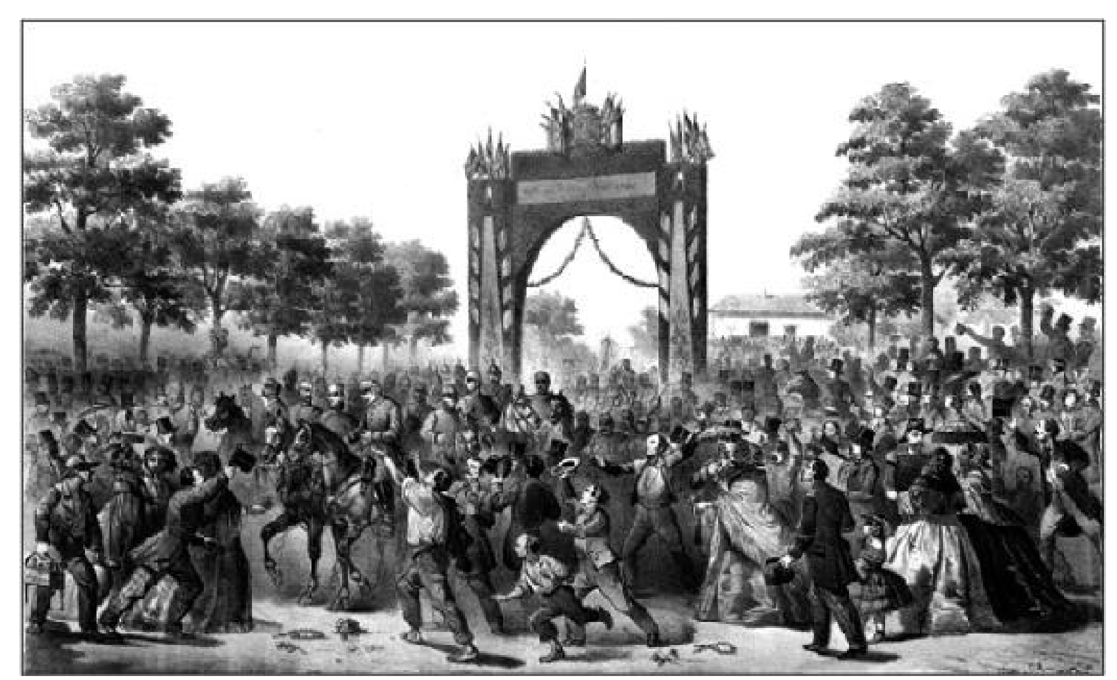
El mismo número de la *Gaceta*, en un gesto respetuoso con la Constitución, también convocaba reunión de Cortes el 25 de mayo,

prosiguiendo la legislatura interrumpida por la guerra, a sabiendas que en ellas se abrirían duras controversias. Por último, O'Donnell recuperaba la plena titularidad del Departamento de Guerra, como el día anterior[134] había hecho con la presidencia del Gobierno y el Ministerio de Ultramar.

Quedaban, sin embargo, unos días de tregua, y el regreso de las tropas a la Península fue apoteósico. Decenas de páginas de las obras contemporáneas, por no mencionar los periódicos, se dedicaron a describir los festejos. Incluso hay un librito dedicado en exclusiva a los que tuvieron lugar en Barcelona[135]. Fueron bastantes las unidades que, por su itinerario, tendrían derecho a varios de esos recibimientos, por ejemplo, el 1.º de Almansa, que tocó en Alicante, procedente de Tetuán; pasó luego por Madrid, adonde fue en tren y, por fin, marchó por carretera a Burgos, su lugar de guarnición, yendo de homenaje en homenaje.

Como indicó un periódico, en la pequeña ciudad que era entonces la capital de España, «a la simple noticia de que entraba el otro día en Madrid un regimiento, se colgaron los balcones de la carrera, toda la población acudió a saludar y vitorear a los soldados, se les echaron corona, se les dieron vivas sin cuento y la población se agolpaba a abrazarlos, de tal manera que su marcha desde la estación al cuartel duró varias horas»[136].

Más espectacular todavía fue el recibimiento oficial al ejército en Madrid, en el que participó Isabel II, con todos los principales generales, y en el que se levantó en la Dehesa de Amaniel un campamento igual a los de Marruecos, con las mismas tiendas ya muy baqueteadas, y los hombres con sus ajados uniformes. Es un pequeño detalle, pero resulta elocuente que tanto el príncipe de Asturias como el hijo de Prim vistieran en esa ocasión de cazadores de Infantería, prueba del prestigio que se habían ganado tan excelentes unidades. Fue tal la multitud presente, que las tropas que intentaban desfilar ese 11 de mayo necesitaron dos horas y media para ir desde el hospital de la Princesa hasta Atocha. Hubo repiques de campanas tocando a gloria, discursos, fuegos artificiales y, naturalmente, comidas. Mientras un droguero de Zaragoza invitó a treinta soldados a sopa, «un cocido muy bueno con un chorizo por persona, dos principios, postres» dos cigarros y dos reales a cada uno, café y licores[137], la reina obsequió a cincuenta comensales con un banquete «ajustado con un fondista a 150 reales el cubierto»[138].



Recibimiento al ejercito español en Madrid, de Jacinto Rodríguez. En *El Mundo Militar*, n.º 28, del 20 de mayo de 1860.

En el desfile jugaron un papel destacado «el corneta de las bellotas», que fue llevado a hombros sentado en una silla y «materialmente cubierto de coronas y flores», y el perro Palomo, que hizo una «entrada triunfal en la Villa y Corte»**[139]**.

El Congreso, inicialmente, participó de esa exaltación. Tras escuchar el discurso de la Corona celebrando la «paz gloriosa» que ponía término a la guerra**[140]**, aprobó el 5 de junio una moción según la cual se declaraba por unanimidad que «el ejército, su caudillo y la marina de guerra han merecido bien de la patria en la campaña de África», siguiendo la estela del Senado que el día anterior había proclamado, también sin votos en contra, un texto aún más elogioso para O'Donnell: «el general en jefe, duque de Tetuán, los generales, el ejército y la armada que han tomado parte en la gloriosa campaña de Tetuán, han merecido bien de la patria»**[141]**. Ese mismo martes 5, el presidente del Gobierno afirmó en el palacio de la Carrera de San Jerónimo que «la gran misión que llevaba a África» el ejército «no consistía en tener un palmo más o menos de terreno, sino en levantar a la nación española de la postración en que yacía por nuestras miserias, por nuestras desgracias»**[142]**.

No parece fácil que O'Donnell, con su experiencia, tuviese mucha fe en el género humano, en general —se le decía «desapasionado con sus amigos hasta la tibieza»—,**[143]** y en la clase política, en particular, pero, de haber

sido así, la perdería pronto ese mismo mes de junio de 1860, a los pocos días de su apoteosis en el Congreso.

Había habido un indicio ya el día 1, cuando se habló de la proposición declarándole benemérito de la patria. Se hizo constar[144], en efecto, que esta no serviría «de obstáculo después al juicio libérrimo y a la iniciativa de los señores diputados relativamente a las cuestiones de otro orden que hayan de debatirse con motivo de la paz y de la guerra».

A partir del 12, el horizonte empezó a ensombrecerse. El entusiasmo sin fisuras había durado apenas unos meses, y el arrebato parlamentario, una semana. Sabiendo que el duque de Tetuán tenía un flanco vulnerable por el discutible acuerdo firmado con Marruecos, la oposición se lanzó sobre él, dispuesta a hacer sangre.

El pretexto o el motivo fue el proyecto de contestación al discurso de la Corona, redactado inicialmente en ese espíritu de embelesamiento[145]. Fue el demócrata Rivero, no podía ser otro, quien encabezó la ofensiva. Sacó a relucir «las malhadadas notas» intercambiadas con Gran Bretaña; mencionó que «todo el mundo creía que conservaríamos perpetuamente» Tetuán y reprochó al Gobierno por «agitar a las nacionalidades en sus emociones de gloria […] para venir luego a dejar frustradas sus esperanzas».

Le respondió, con notable torpeza, el ministro de Gobernación, Posada Herrera, quien argumentó que «era necesario que la nación desease más de lo que iba a alcanzar para que pudiese mantener vivo ese entusiasmo». A continuación, argumentó que la intentona carlista de San Carlos de la Rápita había influido en el acuerdo con Marruecos, ya que había demostrado los riesgos de mantener al ejército al otro lado de Estrecho. Terminó sus palabras, confesando, en relación con la paz, que «reconozco y declaro aquí que mis aspiraciones, que mis esperanzas eran otras», con lo que exhibía a la luz pública sus discrepancias con el presidente.

Terció O’Donnell, desmintiéndole, ya que manifestó que «los preliminares de la paz no se hicieron por los sucesos de San Carlos de la Rápita; es verdad, yo no los sabía, ni siquiera podía imaginarlos». Aseguró, obviando las presiones británicas, que el único motivo para no haber seguido una política de conquista era la necesidad de concentrarse en el desarrollo de España, y que, en todo caso, aquella se trataba de una empresa de largo plazo, que requeriría veinticinco años de guerra, mil millones de reales y diez mil hombres anuales. Por último, defendió las ventajas del acuerdo y manifestó que «yo rompí la primera conferencia con Muley Abbas, pero no fue solo porque no cediese Tetuán», lo que contradice la versión inicial de su propia

nota de 23 de febrero —comentada en el capítulo anterior—, no la que publicó la *Gaceta*[146].

El debate del 12 fue solo la primera escaramuza de una batalla que durará años. Cabe preguntarse si, en algún momento a lo largo de la misma, O'Donnell llegaría a maldecir la hora en que puso el pie en África. El 13, Sagasta lanzó otro ataque, comedido. Habló de la precaria situación en que llegó a encontrarse el I Cuerpo en los combates alrededor de Ceuta; de la frivolidad de «subordinar el principio de la campaña» al cumpleaños de la reina; de una «paz, excusable tal vez, […] pero de ninguna manera gloriosa […] y menos en relación con los esfuerzos desplegados», y lamentó que no «hubiera tenido lugar después de la entrada de nuestras tropas en Tetuán y antes de dos combates terribles». El presidente del Gobierno refutó la primera acusación, y, respecto a la última, aseguró que «los marroquíes no quisieron la paz de buena fe hasta después de la batalla de Wad Ras»[147].

Tomó el relevo González Brabo, en nombre de la minoría moderada. Sacó a relucir el espinoso tema de las notas cruzadas con Inglaterra para señalar que, a causa de ellas, «abandonábamos nuestros derechos» desde el principio de la campaña; subrayó que se fue a ella «no en virtud de un plan preconcebido y determinado, sino en virtud de una apremiante necesidad que había ya de desembarcar allí, atendida la excitación de la opinión pública», e insistió en los críticos momentos que atravesó el cuerpo de Echagüe, que obligaron a O'Donnell a «embarcarse precipitadamente» para ir a Ceuta. Se preguntó: «¿es una paz conveniente, es una paz necesaria?, indudablemente; pero ¿es la paz que la nación tenía derecho a esperar?, no, de ningún modo». Reprochó, por último, al presidente su escrito del 23: «¿era indispensable enviar ese despacho?». Porque produjo tanto entusiasmo como la toma de Tetuán, y porque llevó a la opinión pública a creer que esta conquista «era segura e irrevocable», lo que los hechos desmintieron[148].

El 15, siguieron las espadas en alto, y el 16 intervino Calderón Collantes, ministro de Estado, para dar su versión de las notas hispanobritánicas y dejar claro que «no ha mediado compromiso alguno respecto a Tánger»[149] con Londres, logrando solo convencer a los ya convencidos.

Por fin, el 18, O'Donnell pronunció un largo discurso, de gran interés, porque plasmó en él su versión sobre toda la guerra.

Empezó por presentar las tres opciones que tenía para empezar la campaña: desembarcar cerca de Tánger; en las proximidades de Tetuán, o en Ceuta. Después de reunirse en Cádiz con los mandos de la armada «no necesité más que una hora» para constatar que las dos primeras alternativas

eran inviables, debido a «lo bravo de la costa» y las limitaciones de los medios navales.

Tras reiterar que en ningún momento estuvo el I Cuerpo expuesto, acepta que al llegar al presidio, «me encontré con un enemigo con quien no contaba; confieso que fui poco previsor, me encontré con el cólera que no había allí, sino que habíamos llevado de España». Por eso tuvo que permanecer allí 33 días, hasta que pasara «el periodo ascendente» de la epidemia, pero ese tiempo no se perdió porque «fue la escuela» para el ejército, que se fogueó y ganó confianza.

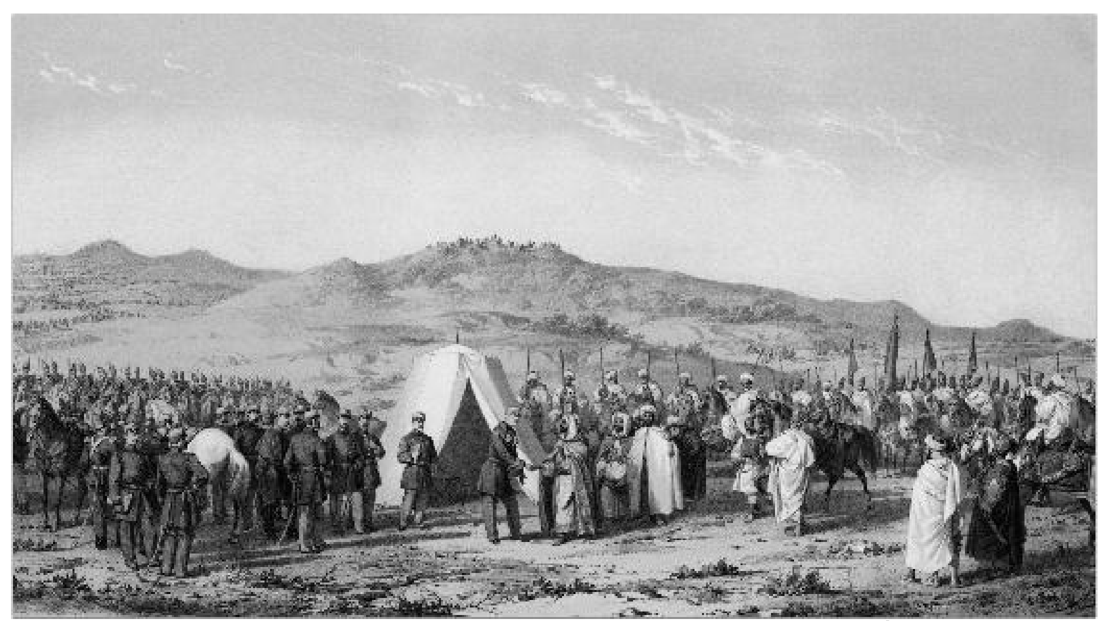
Asegura que su plan de campaña «indicaba las operaciones para ocupar Tánger», y que, tras Wad-Ras, «si no se hubiese firmado [la paz], aquel mismo día, como dije a Muley Abbas, hubiese dormido en el Fondak y al día siguiente en Tánger». Precisa que no fue contra esa ciudad porque su conquista «era la caída del emperador de Marruecos, era la guerra civil en Marruecos [y] para nosotros una guerra eterna». En un rasgo de mal estilo, impropio de él, y que reflejaba su enorme irritación con todo ese asunto, espetó a su contendiente: «he contestado a los cargos que el señor coronel González Brabo ha dirigido al general en jefe del Ejército de África». Era una frase llena de mala intención, primero, porque aquel diputado era solo coronel honorario, como él mismo lo admitió, y, segundo, porque había interpelado al presidente, no al general. El rasgo de intemperancia le costaría la censura de los periódicos que no le eran adictos.

Al final, todo se resolvió con una votación, que ganó ampliamente merced a su cómoda mayoría, por 212 votos contra 33[150]. Pero el debate no acalló las críticas y debilitó la cohesión interna de la Unión Liberal y al propio O’Donnell. La hostilidad de la oposición y la combinación de sistemática mala fe y de impotencia del Gobierno marroquí, se encargarían de mantener abierta la herida, que continuaría supurando hasta el fin del «gobierno largo» del duque de Tetuán.

«TODO SON DIFICULTADES Y DILACIONES»[151]

Una de las características de la paz llamada de Wad-Ras es que no satisfizo a ninguna de las partes. En España se consideraba insuficiente lo obtenido, y en Marruecos, en cambio, excesivo. El propio O’Donnell habría deseado un resultado más brillante, y Mohammed IV, unas condiciones menos humillantes. Uno y otro habían optado por la paz a falta de alternativas viables y ambos se encontraban en una situación delicada. El primero, por el

acoso de la oposición y por el desencanto de la opinión pública, a los que no tardaría en unirse el trágico error de «la reincorporación de la República Dominicana a la Monarquía»[152]; el segundo, porque su control sobre el país siempre había sido tenue, por las protestas del denominado «partido fanático» y de muchas «tribus», y porque su hermano Muley Solimán no cejaba en sus aspiraciones de sustituirle en el trono.



La paz de Wad-Ras, en *Atlas histórico y topográfico de la Guerra de África* (1861).

Por estos y por otros motivos, como ya se ha adelantado, una vez firmada la paz la parte marroquí hizo todo lo posible por dificultar la aplicación de lo acordado. Hubo, desde el principio, reticencias sobre tres aspectos esenciales: la indemnización, Tetuán y la aplicación del convenio de 1859 sobre los límites de Melilla. Los de Ceuta, en cambio, plantearon menos problemas, quizá porque Mohammed IV se encontró ante un hecho consumado: la pérdida efectiva del territorio en cuestión.

El primer caballo de batalla fue la indemnización que, por su cuantía, excedía las posibilidades del Majzén —«nunca hemos tenido más de ocho millones de duros en el tesoro de Fez» reconocería Muley el-Abbás—,[153] lo que sin duda sabía de antemano cuando negociaba con O'Donnell. A pesar de ello, adquirió el compromiso de pagarla, ya que la parte española, que había cedido en otros aspectos, tuvo que mostrarse inflexible al menos en este, una vez concedida la rebaja solicitada por el príncipe marroquí.

«Del primer plazo entregaron una parte y del segundo solo dieron buenas palabras»[154], y a partir de ahí empezarían las dificultades, que durarían años. Por parte del Gobierno de O'Donnell, las tendría que manejar sobre el terreno

Francisco Merry y Colom, nuevo cónsul general y encargado de negocios, hombre inteligente y sensato.

Según el tratado de paz, deberían abonarse veinte millones de duros en cuatro porciones iguales, el 1 de julio, el 29 de agosto, el 29 de octubre y el 28 de diciembre de 1860. Pasada la segunda de estas fechas sin que se hubiesen pagado los cinco millones acordados, Merry y Colom presentó la correspondiente reclamación. Tras forcejeos, que se convertirían en habituales, el 19 de noviembre —cuando ya eran dos los plazos incumplidos — llegó a un entendimiento con Muley el-Abbás[155]. Este le había anunciado el envío de dos millones a Mogador, donde serían embarcados para España. Mientras se hacía efectivo el resto de la deuda, Marruecos se comprometía a entregar en Tetuán, siempre con problemas de abastecimiento, 20 000 libras de carne diarias y 10 000 fanegas de trigo o de cebada en una sola vez.

Pasaba el tiempo y la deuda seguía, en parte, sin saldar. Ante sus apuros económicos y las dificultades internas que le causaba la ocupación de Tetuán, Mohammed IV envió una embajada a Madrid, para renegociar el tratado vigente. Según el nuevo que se firmó en Tánger, el 4 de marzo de 1861, Marruecos pagaría los diez millones de los dos primeros plazos y uno y medio del tercero; entonces, las tropas españolas evacuarían Tetuán. En cuanto al resto de lo debido, se reestructuraba el mecanismo. Habría ahora tres plazos anuales, que vencerían en octubre de 1861, de 1862 y de 1863. Además, se daría un interés del 5 %, y se indemnizaría a España por los gastos de ocupación. Esas dos partidas equivalían a dos millones adicionales. Si no se cumplían estas condiciones, el Gobierno de O’Donnell tendría derecho a desplazar funcionarios a las aduanas marroquíes, que se encargarían de retener la mitad de lo recaudado. La reina ratificó este texto, lo que no juzgó oportuno hacer el sultán, haciendo un desaire que molestó profundamente en Madrid, y que exasperó a una oposición, siempre al acecho de armas arrojadizas para lanzarlas contra el gabinete.

En España, por otra parte, se habían evaporado ya las ilusiones tetuaníes. No era el emporio comercial soñado; la guarnición seguía aislada y era vulnerable a hostigamientos y a enfermedades; su sostenimiento resultaba caro y, el valor de la ciudad como garantía, problemático. Tardíamente, se había descubierto que sus caminos no llevaban a ninguna parte. Es muy probable que una ocupación permanente, tan ansiada, «hubiera tenido para España todos los inconvenientes de una ocupación forzosa y ninguna de las ventajas que produce una conquista»[156].

Ante la actitud de Marruecos, «fiel a su política de desconfianza al aceptar y aprobar el convenio de 4 de marzo»[157], la tensión entre ambos países subió de modo alarmante durante los meses siguientes.

España movilizó tropas y la escuadra, que concentró 25 buques en Algeciras, y destacó 3 a la bahía de Tánger. A su vez, Mohammed IV, sin dejar de alegar que no tenía dinero para pagar la deuda, realizó importantes compras de armas, que distribuyó a las tribus, concentró más de 30 000 hombres con 60 cañones[158] en Mequínez y parece, incluso, lo que luego negó, que llegó a decretar la guerra santa. Más tarde, y ante las protestas diplomáticas, culpó de la agitación a dos mensajeros, que se habrían dejado arrastrar por su fanatismo, alterando a los habitantes. Para demostrar su buena fe, hizo que se les restregara la lengua con guindillas y pimientos picantes «por hablar lo que no debían», y ordenó que se propinaran además 500 palos a cada uno. Ante el ambiente belicoso que percibía, Merry escribió el 6 e mayo: «se preparan a la guerra».

El Gobierno de la reina manejó con poca fortuna la crisis, multiplicando las amenazas de tomar posesión definitiva de Tetuán y de romper las hostilidades, sin llegar a hacerlo, a pesar de que, como se quejaba Calderón Collantes, ese mismo 6 de mayo, tras destacar que «el descontento del Gobierno de S. M. aumenta», «ninguna de las [disposiciones] comprendidas en el tratado de paz se ha cumplido hasta ahora por entero, y si la atención pública no hubiese estado preocupada en España con otros sucesos, ya se habría levantado un fuerte clamoreo». Pero no solo fue eso, sino que el sultán, intratable, se enrocó en una exigencia nueva. No negociaría sobre nada sin la previa evacuación de Tetuán, aunque seguía sin liquidar la deuda. España ofreció entonces canjear esa ciudad, como garantía, por Mogador, propuesta arriesgada sin contar con el beneplácito inglés, y que, en cualquier caso, no tuvo el menor éxito[159].

La tirantez, y la impotencia, fueron tales que, según el representante británico en Madrid, O'Donnell le pidió la intervención diplomática de su país. Parece que fue así, aunque el gabinete español, temeroso de las repercusiones internas —«O'Donnell prefería enfrentarse con 10 000 moros antes que con un párrafo de un periódico de la oposición», pensaba el inglés[160]— aseguró que este había transmitido a Londres «noticias exageradas»[161]. No era más cómoda la situación de Muley el-Abbás, que en una ocasión se mostraría ante el representante español «con la cabeza inclinada sobre las rodillas, demudado el color, y las lágrimas en los ojos»[162] ante el giro que estaban tomando los acontecimientos.

Incidentalmente, una de las últimas víctimas de la guerra sería El-Jetib, cesado por esas fechas y sustituido por Mohamed Vargas, considerado afín a España, y del que Drummond-Hay no sabía si era «un tonto o un bribón que se hacía pasar por tonto»[163].

Dado que, a pesar del segundo acuerdo, la situación no solo continuaba bloqueada, sino que estaba empeorando, Muley el-Abbás, en lo que la corte marroquí consideró un gran gesto, viajó a Madrid para resolver los contenciosos. Fue recibido con tal deferencia que suscitó las iras de la oposición, siempre atenta a socavar al gabinete.

Con su aire caballeresco, obtuvo un gran triunfo personal entre la población y en los salones aristocráticos, y no menor en el ámbito diplomático. El 30 de octubre firmó otro tratado más[164]. Marruecos haría efectivos tres millones de duros; acto seguido, España procedería a evacuar Tetuán. El resto de la deuda se pagaría con el cincuenta por ciento del producto de las aduanas marroquíes. Merced a ese acuerdo, en 1888 quedaría liquidada, mientras que en virtud del mismo, el 2 de mayo de 1862 se arriaba la bandera española en Tetuán. No era un final muy glorioso.

La enorme demora —28 años— en liquidar los famosos veinte millones tuvo aspectos positivos, ya que permitió una intervención española del comercio exterior marroquí. Pero también los hubo negativos.

A fin de reunir el dinero, Mohammed IV, con el beneplácito del Gobierno inglés, concertó un empréstito[165] en Gran Bretaña para reunir 426 000 libras esterlinas, que se devolverían con el cincuenta por ciento restante del producto de las aduanas. Así, involuntariamente, España ayudó al gabinete de Londres a consolidar su posición en Marruecos.

Por otra parte, dentro del nuevo clima bilateral que en apariencia se estaba imponiendo, el 20 de noviembre de 1861 se suscribió un acuerdo de comercio hispanomarroquí. Sin duda, como ha dicho Jerónimo Becker[166], contenía «profundos gérmenes» para el futuro, pero la debilidad de la industria, y la casi permanente inestabilidad que se instalaría una vez más en España, impidió que diera todos los frutos deseados, al tiempo que benefició considerablemente a otros estados, que se ampararon en la tradicional cláusula de nación más favorecida.

Según el firmante español del tratado[167], «si en Melilla se hubiese disminuido el número de presidiarios, haciendo de aquella ciudad un puerto de comercio, si hubiese habido siempre justicia en el trato de nuestras autoridades con los rifeños, si nuestros fabricantes hubiesen estudiado mejor el mercado, […] hubiese dado mayores resultados de los que ha producido».

No acaba aquí la melancólica historia. La fijación de los límites de Ceuta y de Melilla era parte esencial del tratado firmado tras Wad-Ras. Quizá por la amarga experiencia de la guerra, los primeros se establecieron sin graves entorpecimientos. Los segundos, en cambio, fueron motivo de fricciones adicionales. El 27 de agosto de 1862 hubo tiroteos en la zona y se tuvieron que mandar refuerzos desde la Península. Antes de que la situación degenerase, Merry se embarcó el 12 de mayo de 1863, con destino a Marrakech. Allí, «el entendido caballero ministro de la magnífica sultana [cuyas prendas son imponderables]», como se le designó en un firmán, se entrevistaría con Mohammed IV, lo que era un gran honor, porque desde tiempos de Carlos III ningún representante español se reunía con un sultán.

El encargado de negocios publicó un curioso relato de su viaje[168], en el que describe a su imperial interlocutor como un hombre «de más de 50 años»[169], «alto, grueso y mulato, […] labios abultados y la barba entrecana y rizada», con el rostro picado por la viruela; «la expresión de su fisonomía es dulce, bondadosa e inteligente» y tenía «maneras distinguidas»[170]. Guardaba gran parecido con Muley el-Abbás. A pesar del protocolo que envolvió la ceremonia de presentación de cartas credenciales, en la que, por primera vez un diplomático extranjero no ofreció un obsequio al sultán —en lo que se consideraba casi un gesto de pleitesía—, resultaba perceptible «la gran miseria» que reinaba en el palacio. La guardia, formada por un regimiento que se estaba organizando a la europea, con soldados sucios y de «caras famélicas» era «una caricatura risible; […] no era más brillante el estado de los moros de rey de la Guardia Negra»[171].

Es notable que una de las misiones de Merry fuera «el arreglo de las graves diferencias que habían surgido entre el soberano marroquí y su hermano», lo que consiguió «no sin dificultades»[172], debido a que «el partido fanático» de la corte le acusaba de estar vendido a España y de aspirar al trono. La situación entre ambos llegó a ser tan tensa que, en marzo de 1861, Muley el-Abbás había preguntado al encargado de negocios si, en caso necesario, podría acogerse a su protección[173]. Para el diplomático, «este honrado e inteligente príncipe fue para mí el mejor de mis amigos»[174].

Mohammed IV aceptó pagar una indemnización de 85 000 duros a los belicosos cabileños de los alrededores de Melilla, que iban a perder sus propiedades, dos aduares, una mezquita muy venerada y «unas chumberas sagradas, […] remedio de la esterilidad»[175], a consecuencia de la extensión de la frontera hasta el alcance de un cañón de a 24, como se había acordado. Se comprometió, también, a que Muley el-Abbás se desplazaría con tropas

para aplicar esta decisión. Así lo hizo, a fines de octubre. El 14 de noviembre de 1863, se reunió con el diplomático español, para fijar los detalles, y entre el 16 y el 17 se colocaron los hitos, con tres años de retraso respecto al Tratado de Wad-Ras, aún más con el acuerdo de límites del 24 de agosto de 1859, y mucho después de que España hubiese abandonado Tetuán, cuando la evacuación debería haberse producido solo tras el establecimiento de los dichos límites[176].

Por último, en torno a Santa Cruz de la Mar Pequeña se entabló una pequeña comedia, parte de la cual consistió en determinar su localización exacta, cuestión que en Madrid no estaba clara[177], mientras que sucesivos sultanes admitirían paladinamente que no ejercían control sobre la región[178] donde podría estar situada la «pesquería miserable»[179]. Tan grande era el desconcierto que reinaba en el gabinete, que cuando Merry fue a entrevistarse con Mohammed IV, no recibió instrucciones sobre esta materia, porque «para el Gobierno español era entonces problemático si convendría o no tomar posesión de dicho territorio, cuya verdadera situación se desconocía, […] dada la barbarie de las tribus». Para formarse una idea, en 1864 envió a la apartada y peligrosa zona en «comisión secreta», a Joaquín Gatell y Folch, «valiente catalán»[180]. Hasta diciembre de 1884, veinticuatro años más tarde de lo previsto, el asunto no quedó resuelto.

«UNA CUESTIÓN ENOJOSA»

La resistencia de la corte de Marruecos era solo uno de los escollos con que O’Donnell tropezó durante esos años. Otro, de mayor cuantía, fueron los ataques de la oposición en el Congreso, que no solo le reprochaba los distintos incumplimientos de los tratados con aquel país, sino que aprovechaba la oportunidad para resucitar periódicamente las críticas a su conducción de la guerra y a la paz que se había firmado. Tuvo que hacer frente a ellos ya el 16 y el 27 de noviembre de 1860[181], cuando se suscitaron los retrasos en los pagos de la indemnización, la indefinición de las fronteras de Melilla y se le afeó que no se hubiera ocupado el «miserable rincón» de Santa Cruz de la Mar Pequeña. De paso, se le reprochaba que «pintó a Tetuán como un emporio, y su posesión muy a propósito para servir de ensanche a nuestras posesiones», para luego renunciar a la ocupación permanente de la ciudad. Contestó como pudo, manteniendo, lo que seguramente no pensaba, que «no puede llevarse la buena fe hasta más alto punto que la lleva Muley Abbas». El 16 de enero, el 25 de febrero y el 21 de marzo del año

siguiente[182] siguió el goteo de acusaciones, de las que era difícil defenderse ya que, como admitió en la segunda de las fechas citadas, hasta entonces solo se habían recibido siete millones.

El discurso de la Corona con motivo de la apertura de la legislatura 1861-1862 al menos reconoció lo obvio: «la ejecución de las estipulaciones del tratado de Wad-Ras […] halló graves dificultades»[183]. El 5 de diciembre de 1861 —cuando ya estaba en marcha la aventura mexicana, que gracias a la cordura de Prim no se convirtió en un desastre similar a la «incorporación dominicana»—, Rivero planteó de nuevo en el Congreso «la cuestión ya enojosa de Marruecos», para tildar esta vez al Gobierno de codicioso, por haber fijado una indemnización que provocaría el «perpetuo odio contra nosotros» en aquel país. El 10, González Brabo fue más ácido. Habló de las ignominiosas limitaciones impuestas por Gran Bretaña, del desaire por la no ratificación del tratado por parte del sultán, de las «arrogancias» del Gobierno antes de Wad-Ras y terminó con un demoledor «habéis entrado en África sin saber para qué y habéis salido de allí sin saber por qué». Olózaga le secundó el 12: «no hay nada que se refiera a la campaña de África que no sea triste y lamentable».

En paralelo, el gabinete tuvo que hacer frente a una ofensiva similar en el Senado. El 22 y el 30 de noviembre, y el 2, el 4, el 17, el 18 y el 19 de diciembre, se encontró en la incómoda posición de quien defiende algo que no tiene defensa. Era un hecho que Marruecos no cumplía los compromisos que había suscrito, y no había forma de disimular que se había ido de concesión en concesión sin resultados tangibles: «los tratados que se hacen son un pobre epílogo de gloriosas páginas»[184]; «esta paz fue saludable para el país, pero gloriosa, de ninguna manera, fue la que debía ser, el resultado de una empresa mal meditada y sin objeto alguno»[185], fueron, entre otros, algunos de los reproches que se oyeron y que el Gobierno intentó en vano contrarrestar.

La intervención que más llamó la atención fue la muy larga[186] de Manuel Pavía, marqués de Novaliches, un espadón arquetípico, que había ascendido desde subteniente, en 1833, a teniente general en 1844, a los treinta años, en una trayectoria tan fulgurante como inconcebible en un país bien organizado. Consagró dos días, apoyándose en documentos oficiales y en los textos de los acuerdos, a zaherir al gabinete, concluyendo, irónicamente que «mi limitado entendimiento no alcanzaba a comprender cuál era el objeto del Gobierno al declarar la guerra»[187].

Calderón Collantes, acorralado, acabó por admitir que «la situación en que el Gobierno marroquí se encontró, las sublevaciones que ocurrieron a

consecuencia de la muerte del sultán y la debilidad consiguiente de la autoridad es lo que ha impedido el cumplimiento de la mayor parte de las estipulaciones». Como esos acontecimientos fueron anteriores a la ruptura de hostilidades, estaba diciendo que el ejecutivo no había valorado adecuadamente la tesitura en que se hallaba entonces el país vecino. A continuación, debilitó aún su posición más al reconocer otro error de cálculo: «hemos llegado a adquirir el convencimiento de que el Gobierno de Marruecos no posee las cantidades de dinero que se creía»[188] cuando se fijó la indemnización. O'Donnell, por su parte, hizo una confesión interesante, que refleja la tensión a la que estuvo sometido durante toda la guerra: «yo sabía que si la suerte me era adversa [en África], no podía volver a España»[189].

Todo eso era poco, comparado con la andanada que en la Cámara Baja asestó Juan Valero y Soto, de la minoría moderada, el 9 de enero de 1862: «el Gobierno no ha procedido en virtud de un pensamiento premeditado en cuanto al objeto de la guerra y modo de hacerla»; «no ha seguido decididamente ninguna línea», «no había ningún plan», hizo «muy poco» o «demasiado», y las exigencias inglesas «esterilizaron de antemano los resultados» de la campaña. Habló de «cruel desengaño» y de «las pocas, poquísimas ventajas» obtenidas; calificó de «infinitamente peor» el acuerdo de 30 de octubre, comparado con el de Wad-Ras, y terminó sentenciando: «hemos perdido la campaña», en alusión a las declaraciones atribuidas a Ros de Olano, según las cuales se había perdido la guerra, después de haber ganado todas las batallas.

El 3 de febrero se dijo que «el Gobierno no está a la altura de la situación», juzgándose al día siguiente que en España había «un pueblo grande y un gobierno muy pequeño». El 6 respondió el poco hábil Calderón Collantes que «la demarcación de Ceuta sola, por sí, bastaría para honrar a cualquier gobierno y para haber legitimado» la guerra. Añadió, al menos, el dato curioso, y difícil de contrastar, de que los presidios del norte de África habían tenido 80 000 desertores en un siglo, lo que arroja la enorme media de 800 al año.

La disputa en el Congreso, que seguía abierta en mayo de 1862, cuando O'Donnell afirmó, lo que es muy discutible, que la fijación de los límites de Melilla era «la única cláusula del tratado que quedaba por cumplir», supuso un continuo desgaste para él y para el gabinete que presidía, lo que no fue uno de los menores costes de la Guerra de África.

OTRAS OPINIONES

Como es natural, no solo los parlamentarios y los periodistas airearon su opinión sobre la guerra, sino que también lo han hecho diversos autores.

La forma en que se dirigió fue objeto, en su día y especialmente mientras se estaba desarrollando, de multitud de alabanzas. Sin embargo, gran parte de ellas, por incondicionales y desmedidas, revisten escaso interés. Mayor es el número de las censuras razonadas que se hicieron posteriormente, abundantes, y no todas fáciles de rebatir. Sin llegar al extremo de una obra dedicada en exclusiva a fustigar todos y cada uno de los aspectos de la campaña[190], son muchos los autores que presentan objeciones, a veces bien fundadas.

Las primeras giran en torno a la oportunidad de la guerra y partieron de la base de que se trató, ante todo, de una decisión eminentemente política, con objetivos, en gran parte, de la misma índole. Desde esa perspectiva, «no consiguió su objeto de unir a los partidos»[191]; incluso se ha afirmado que «al iniciarse la cuestión de Marruecos, existió aquella magnífica unidad de sentimientos y de actitudes en todos los partidos, pero duró poco, ni siquiera el tiempo necesario para abrir la campaña»[192]. Habría sido solo «una llamarada de entusiasmo, […] pasajera y fosfórica»[193], que no cuajó en la gran unión estable de todos los españoles en torno a un proyecto compartido, con la que soñaba O'Donnell, cuyos «laureles ultramarinos se marchitaron sin dejar huella»[194].

Una visión opuesta, aun reconociendo que solo hubo en el país «un entusiasmo pasajero», sostiene que la campaña «desempeñó un papel fundamental en la permanencia del gabinete o'donnellista en el poder»[195].

En el ámbito internacional, en cambio, sí que parece indiscutible que contribuyó a mejorar la concepción que se tenía de España, un país visto hasta entonces como un singular amasijo de cainitas dedicados a matarse entre sí, de espadones encaramados al poder a través de pronunciamientos —transparente eufemismo para las sublevaciones militares— y de estereotipos románticos. La puesta a contribución para el esfuerzo bélico de los medios más nuevos, como el ferrocarril, los vapores o el telégrafo, la voluntad de poder demostrada con motivo de la misma y la capacidad de proyectar y mantener a miles de hombres más allá del Estrecho, transmitía una inesperada imagen de modernidad. En cierto modo, había regresado a Europa, como soñaban los regeneracionistas tempranos: «no hay duda de que por medio de esta guerra, España ha mejorado su posición»[196] en el continente. Fue una gran lástima que no se tratara más que de un espejismo.

Respecto a la finalidad de la campaña en sí, esto es, lo que se buscaba conseguir sobre el terreno, al margen de las consideraciones políticas, aparece difuminado desde antes de que se disparase el primer tiro. En realidad, al plegarse, lo que quizá era inevitable, a las exigencias inglesas, no existía una meta que justificase el formidable dispositivo que se puso en marcha. Este solo se podía explicar, como denunciaba el poderoso tren de sitio que se llevó, por el deseo de conquistar al menos una ciudad, que era, por otra parte, a lo que aspiraba la opinión pública. Pero tomarla para después devolverla, no tenía mucho sentido, mientras que conservarla habría equivalido a entrar en rumbo de colisión con Londres, lo que nadie deseaba. Por otra parte, ensanchar los dominios del presidio ceutí no requería tamaño despliegue, ni medios como caballería o artillería pesada. A qué se iba a África era, pues, una pregunta de difícil respuesta.

Al final, se ha dicho, «el Gobierno huyó de las dos políticas posibles: la de expansión absoluta y la reducida a castigar los desmanes de Ceuta»[197], lo que explica la imagen de cierta desorientación que, en ocasiones, se percibe.

Por lo que se refiere a la guerra en sí misma, desde el punto de vista militar, casi todos sus aspectos fueron objeto de censuras[198].

Ya se ha visto antes la justificación dada por el duque de Tetuán sobre el punto elegido para comenzar las operaciones. En general, sus argumentos son sólidos y, como tales, han sido aceptados por muchos autores. Ceuta era un mal lugar como base de lanzamiento de la ofensiva, pero seguramente era el menos malo de los posibles. Lo que suscita perplejidad es que el presidente del Gobierno, tras solo un breve reconocimiento y una hora de reunión con los responsables de la Armada, se percatara de ello. Parece que tendría que haber conocido, antes de optar por la declaración de guerra, las limitaciones de los medios navales. Hubiera sido más provechoso celebrar el encuentro con los marinos en Madrid, antes de la ruptura de hostilidades, y no una vez producida esta, en Cádiz, sobre todo sabiendo que, como dictaba la geografía, la campaña habría de tener un elemento anfibio, vital desde su propio inicio.

Aun así, de fuente solvente se ha criticado el abandono de la idea de un desembarco en fuerza en la playa de Tetuán, que se ha juzgado, al menos, poco meditado[199].

Se ha objetado también, con razones que parecen irrefutables, el momento escogido. Los problemas de todo tipo que la climatología planteaba en invierno, tanto en mar como en tierra, eran algo tan público y notorio que apenas merece mencionarse, y suponían un factor de suficiente entidad —como se demostró— para haber retrasado el desencadenamiento de la guerra.

Si no se hizo, y dado que las negociaciones con Marruecos podrían haberse alargado o dirigido en otro sentido, tuvo que ser únicamente por dos motivos: el temor a que las presiones inglesas se incrementaran o a las impaciencias de la opinión pública. Pero uno y otro resultan insuficientes para justificar las pesadas consecuencias de esa decisión.

En efecto, en el mar, las comunicaciones con la Península, los suministros y los movimientos de tropas se vieron permanentemente afectados, si no interrumpidos. Por tierra, las tropas fueron expuestas a penalidades innecesarias, que afectaron de forma seria a su estado sanitario. En relación con este, hay una grave acusación adicional, la falta de la más elemental previsión respecto al cólera. Se sabía que la epidemia existía por entonces en la Península, que, en cualquier caso, tendía a presentarse tan pronto como se producían grandes concentraciones de hombres y, a pesar de ello, no se tomó ninguna medida. El *mea culpa* en el Congreso no borra los miles de muertos.

Una vez desembarcado en Ceuta el I Cuerpo de Ejército, se pudo constatar que era inadecuado para asumir la tarea que se le había encomendado. Los cálculos de que no solo se hiciera fuerte allí, sino que podría destacar fuerzas para apoyar la ofensiva principal contra Tetuán, resultaron muy alejados de la realidad. Tanto que O’Donnell tuvo que abandonar en unas horas sus planes y se creyó obligado a trasladar allí la totalidad de sus elementos. Está claro que no se había medido ni la agresividad y constancia del enemigo, ni los efectos del cólera.

Respecto a la táctica adoptada desde el principio, consistente en salir al encuentro del adversario, con la bayoneta calada, renunciando a la protección de los atrincheramientos, ya ha sido mencionada demasiadas veces como para que sea preciso insistir en ello.

Da la sensación de que, si inicialmente se infravaloró la capacidad de los marroquíes, luego se cayó en el extremo opuesto. En efecto, se ha censurado el lujo de las precauciones que se tomaron, y que se tradujo en sobrecarga de trabajo para los hombres y en pérdidas de tiempo y luz que permitían a los contrarios reagruparse y reforzarse tras cada combate.

Pudo apreciarse en la marcha desde Ceuta, donde al final de cada etapa se construyeron defensas que muchos autores han juzgado excesivas; lo mismo podría decirse del periodo que media entre la llegada a la rada de Tetuán y el asalto a los campamentos de los príncipes, el 31 de enero. La costumbre de arrojarse contra el enemigo, renunciando a la protección que esas obras ofrecían, acentúa las dudas sobre la necesidad de las mismas, al menos en la escala en que se erigieron.

Otro aspecto de esa percepción sobre el potencial marroquí es la opción de llevar por tierra hasta Tetuán toda la artillería de campaña del ejército, incluida la rodada, que, por sus características, exigía la preparación de un camino muy diferente a los senderos que hubieran bastado a los hombres y a los mulos de la artillería de montaña, con las consiguientes demoras y esfuerzos que ello suponía. No obstante, se pensó que el regimiento entero de aquella con que se contaba, más una compañía —30 piezas—, resultaba insuficiente para enfrentarse a los hombres de Muley el-Abbás, que carecían de cañones.

La mitificación de las defensas de la rada tetuaní es un ejemplo más. Posiblemente debido a la paranoia de ver consejeros ingleses por todas partes, y no encontrarlos en ninguna, se las creía erizadas de una moderna artillería, que haría de cualquier desembarco un riesgo considerable. La impunidad con que la armada francesa, primero, y la española, después, las batieron, y la facilidad del desembarco de la División Ríos, prueban lo infundado de esos recelos, que se confirmó cuando se vio el venerable material de que disponían. Quizá el brioso parte de Bustillo describiendo su ataque en tonos épicos contribuyó a alimentar el error.

También se desorbitó la solidez de las fortificaciones de Larache. El mismo Bustillo, ya se ha visto, hizo una narración heroica del bombardeo a esa plaza, pero, más tarde, el vicecónsul de España en ella diría que solo existía un fuerte «regular», y que, además, se hallaba «en mal estado», añadiendo que las reparaciones se hacían de forma «bien mezquina», con «arena colorada y poca cal»[200].

El tren de sitio ha sido, asimismo, blanco de críticas. Su reunión en la Península, su embarque allí, su traslado a África, su desembarco en la rada de Tetuán, su reembarque, su viaje hacia Tánger, su regreso y su desembarco en España, para su posterior dislocación, han causado general extrañeza. Ese inútil trasiego de cientos de toneladas también parece atribuible a un error de apreciación. Sin embargo, había recientes relatos de viajeros, algunos de los cuales se han citado, que describían Tetuán y sus murallas como un vestigio medieval, cuyo ataque, por tanto, no requería medios excepcionales. Por otro lado, tampoco era previsible que una fuerza como la marroquí, eminentemente irregular, con la más tenue de las disciplinas y sin estructura logística, fuera adecuada para encerrarla en una población y defenderla a través de las penalidades de un asedio. Se vio en la práctica, cuando optó por luchar por ella fuera de sus muros y, a continuación, saquearla.

Se ha destacado la lentitud que todas esas cautelas impusieron a las operaciones. Presidió, en efecto, el desplazamiento hasta Tetuán; el periodo que transcurrió hasta el ataque a los campamentos del ejército enemigo, y el que siguió a la toma de la ciudad, antes de Wad-Ras. La comparación entre el espacio recorrido y la duración de la campaña resulta, ciertamente, llamativa, pero, al menos en parte, es justificable. La marcha hacia esa población requería tiempo, porque, machadianamente, se hacía camino al andar. Antes de que la artillería rodada avanzara un metro, había que abrir la vía para que lo hiciera. Como, además, el ejército se atrincheraba al final de cada día, las jornadas no podían ser muy largas, a fin de que hubiera tiempo para realizar los oportunos trabajos. La oposición del enemigo, aunque rudimentaria —ni maniobró ni hostigó el flanco expuesto—, era, naturalmente, otro factor. Por último la falta de suministros en el Campamento del Hambre, imputable a la mala elegida estación, forzó un largo alto.

Debido a aquella mala experiencia, una vez ante Tetuán, O'Donnell, casi cercado en la ciudad, sintió la necesidad de acumular reservas de abastecimientos, que solo podían venir de España, lo que se vio entorpecido, de nuevo, por el mal tiempo, que impidió un flujo regular de entregas. Además, el embarazoso tren de sitio y la percepción de que era imprescindible contar con un formidable campo fortificado, no ayudaron a agilizar los movimientos.

Ocupada la ciudad, son perceptibles las vacilaciones del general en jefe, que duda sobre el siguiente paso. Los enemigos no cejaban, en contra de lo previsto; solo poseía el terreno que pisaba, ante la hostilidad de los habitantes; sabía que su ejército había llegado a ver a Tetuán como la culminación de la campaña, pero no ignoraba que, en cambio, para muchos en la Península, incluida Isabel II, era únicamente el principio de la misma. Por otro lado, las dificultades de la marcha desde Ceuta, con el apoyo de la armada, le hacían entrever las que se opondrían al avance hacia Tánger, sin respaldo naval, y con la certeza de ver cortadas sus comunicaciones a los pocos kilómetros, como casi sucedió en Wad-Ras.

Al tiempo, comprobó en la mesa de negociaciones que en ella chocaban dos intransigencias, la marroquí y la española, que, ciertamente, no le incluía ni a él ni a sus propias tropas, poco entusiastas ante la idea de proseguir la guerra. Lo mínimo que exigía su país superaba con mucho lo máximo que Mohammed IV estaba dispuesto a ceder. Ya se ha visto que la rebaja en las condiciones, impuesta por O'Donnell a Madrid, no dio resultado.

Complicaba su situación la imposibilidad que había de conciliar las miríficas promesas sobre Tetuán formuladas y alentadas desde el Gobierno, y hechas suyas por la prensa, con la escuálida realidad. Si las primeras alentaban la ocupación permanente, la segunda la rechazaba por costosa en hombres y en dinero. Hubiese sido un presidio más, tan caro como los tradicionales, aislado y sin valor ni estratégico ni comercial. Era algo que parecía evidente, pero nada sencillo de explicar a una opinión pública a la que durante meses se había ofrecido como meta lo que no era más que un espejismo. Empujado por la calle y por la prensa, el Gobierno se creyó obligado a «pedir lo que no nos podían conceder y lo que no estábamos en condiciones de conservar»[201] —una discutible posición negociadora— y, lo que es más grave, a combatir por ese objetivo ilusorio y nada deseable.

No resultaba pues, fácil, la posición del presidente del Gobierno, ni desde el punto de vista diplomático, ni desde el político, ni desde el militar. Para empeorarla, era consciente de que, con cada día que pasaba, el enemigo se reforzaba y su ejército se desgastaba. Los bisoños y los convalecientes que le llegaban eran pobres sustitutos de los veteranos que había perdido y que seguía perdiendo.

Por último, para acabar con las cuestiones militares, hay dos aspectos tácticos que se han cuestionado. El uno, la falta de persecución tras la batalla de Tetuán. Desde luego, el terreno, cortado de huertos y de muretes, no era el más propicio para la caballería. Pero, si hubo un momento para la audacia en toda la campaña, fue ese, cuando se ofreció la posibilidad de dar un golpe de muerte al núcleo de las tropas enemigas, acosándolas sin tregua. El otro, la sorpresa de Wad-Ras. Ni se esperaba el choque que se produjo, ni se cubrió el avance por la izquierda, como si un río vadeable fuese obstáculo para montañeses aguerridos. Se habían practicado reconocimientos antes, pero, por lo que se constató, resultaron insuficientes. En caso contrario, no se explica por qué se dio por hecho que Muley el-Abbás no ofrecería resistencia antes del Fondak, y que las cabilas dejarían desfilar ante ellas, sin oponerse, a un ejército con el flanco totalmente descubierto.

Algunas referencias de autores respetados pueden ser útiles para apuntalar los juicios de valor que se han hecho hasta aquí. Sobre el planteamiento de la campaña, en general, se ha hablado de «improvisación, escasa reflexión y desconcierto»[202], y de que se inició «atropelladamente»[203], planteando la difícil pregunta: «¿por qué no se aguardaba a mejor estación para dar principio a las operaciones?»[204]. Por otra parte, los estragos del cólera, que considera fácilmente predecibles, llevan a un doctor[205] a comentar que «tal

vez habría sido un bien que, en un arranque de heroísmo, el general en jefe hubiera mandado prontamente tomar la ofensiva», para alejarse de los focos de infección que eran Ceuta y sus alrededores. En cuanto a la obsesión por los atrincheramientos, «se ha reprochado, sobre todo, a los españoles el haber abusado de la fortificación pasajera»[206]. En la misma línea, Von Goeben denuncia la idea exagerada que el general se hizo de los efectivos contrarios, de la solidez de sus trabajos defensivos y del armamento que estos disponían[207]. En efecto, a lo largo de la campaña «se repitió la construcción y mejora de los reductos, como si los españoles hubiesen tenido enfrente al ejército mejor organizado»[208].

Asimismo, se ha sostenido que si el ejército hubiera llevado solo artillería de montaña —suficiente para enfrentarse a un enemigo carente de cañones—, mientras que la rodada se desplazaba en los buques, «los españoles, infatigables andarines, podrían haber llegado fácilmente a Tetuán en dos o tres días»[209].

También se ha censurado la parsimonia en los desplazamientos, manifestando asombro porque se hubiesen empleado diecisiete días para recorrer la distancia que media entre los Castillejos y el valle de Tetuán, «unas seis leguas, es decir, menos que las que hay del puerto de Guadarrama a Madrid»[210]. Es cierto, sin embargo, que se han contrarrestado con el argumento de que, si «el avance de O'Donnell fue lento y cauteloso, […] teniendo en cuenta las naturales dificultades y su completa ignorancia de los medios e intenciones del enemigo, cualquier otra opción habría sido tildada de temeraria»[211].

Para la batalla de Wad-Ras, se puede consultar a Mordacq, que coincide con otras fuentes al destacar «tres faltas bastante graves»[212] que ya han sido mencionadas al describir ese combate: la vulnerabilidad del ala izquierda y el mal uso de la artillería y de la caballería.

Pero las críticas más significativas, por proceder de un militar español que, en principio, tiene una actitud positiva hacia toda la guerra, son las de Martín Arrúe, que, entre otras cosas, alude a la «imprevisión», tanto por haber juzgado mal los efectos del clima y de la epidemia, como por no valorar las limitaciones de los medios navales con que se contaba. Así, califica de «aventura temeraria» «lanzarse a una empresa marítima» sin atenerse a las disponibilidades navales[213].

Al margen de estas valoraciones de índole estratégica y táctica, el comportamiento del ejército solo mereció elogios. Por citar exclusivamente a extranjeros, por más objetivos: fue «excelente», «demostró constantemente

una tenacidad, una resistencia y una paciencia a toda prueba»; «obediente, más que disciplinado, el soldado español mostró siempre un valor a toda prueba»[214]; «ha ganado reputación en Europa por su constancia en situaciones difíciles, su pronta obediencia a los superiores, su excelente comportamiento en los campamentos y por su bravura en el campo de batalla»[215]; «a juicio de observadores extranjeros imparciales, las tropas españolas se comportaron extraordinariamente»[216].

En lo que respecta a los distintos componentes, Pirala[217] aplaude, como no puede ser menos, a la infantería, que fue realmente ejemplar, pero destaca, con razón su escasa instrucción en el tiro, «cuya práctica está desgraciadamente abandonada en nuestro país». De la caballería alaba su coraje, pero añade, de nuevo con motivo, que «casi siempre ha operado en circunstancias desfavorables a la índole de su constitución y su táctica». Estuvo, sin duda, muy mal mandada. Sobre la artillería, tan admirada, dice algo muy interesante: «las piezas rayadas fuimos a ensayarlas en el campo de batalla; los regimientos no las habían usado, y, por consiguiente, no conocían su manejo». Cuenta, al respecto, que en combate del 11 de marzo, una sección de montaña de cañones rayados tiraba sin ningún éxito sobre el enemigo, hasta que llegó otra de piezas lisas, que al segundo disparo dio en el blanco.

Así era, la nueva artillería despertó la admiración de los españoles, y sembró al principio el pánico entre sus adversarios, pero quizá más por su alcance que por sus resultados: «según ha podido apreciarse en esta campaña, ha producido mejores efectos el uso de la artillería lisa; si los cañones rayados tienen mayor alcance, en cambio revientan muy pocos de sus proyectiles, inconveniente que debe estudiarse y remediarse al terminar la presente lucha; las piezas lisas, pudiendo emplear siempre sus fuegos a distancia del tiro de fusil, causaban mayor estrago entre los árabes, por la explosión casi segura de todas las granadas»[218].

Una consecuencia de ello es que, hasta cierto punto, los enemigos acabaron por perder el respeto a esas armas, como les sucedió también con los cohetes[219], a lo que quizá contribuyó el uso que se hizo: «se prodigaba con exceso el fuego de la infantería y del cañón», por una tendencia a «hacer aparecer los guerrillones de los moros como numerosas masas de ejército, para, sin necesidad alguna, mandar que el fuego […] fuese intenso, sin duda para hacer ruido». En concreto de la acción del 23 de enero, se ha escrito: «la artillería, como siempre, abusó, por orden superior, de sus fuegos de un modo inconveniente y ridículo, notando yo, durante la batalla, el poco caso que

hacían los moros de sus incesantes disparos»[220], afirmación esta última quizá exagerada.

Se dice que O'Donnell habría afirmado que «hay que hacer ruido, así se espanta a los moros», aunque la anécdota bien puede ser apócrifa[221]. Lo que parece seguro es que había encontrado en la masa de fuegos artilleros una manera eficaz de batir al contrario, que ahorraba bajas a la infantería, al tiempo que reforzaba su confianza.

Dicho esto, su movilidad y su agresividad fueron ejemplares. No es evidente que se hubiera ganado la guerra sin el concurso de ese real cuerpo.

Según otras valoraciones, «la artillería de montaña prestó los mayores servicios; de hecho, preparó el éxito de casi todos los combates». La caballería, «por el contrario, desempeñó un papel más modesto». Así, revisando los combates en los que participó, en Wad-Ras, «fue mal empleada», en los Castillejos, «se dejó arrastrar por su excesivo ardor» y, «en general, atacaba sin reconocer el terreno que había de recorrer»[222]; «el mando es casi el único responsable, porque no la ha sabido utilizar»[223]. Era «brava, pero en absoluto eficaz, los mismos españoles admiten que es la peor arma de su ejército» y se comentaba que «O'Donnell muestra poco interés por ella y le da poca importancia». De ahí que si a la artillería se la llamó «la indispensable», la caballería fue «la víctima»[224].

En cuanto a los ingenieros, cimentaron su bien ganado prestigio, trabajando sin cesar en las múltiples labores a las que obligaba la orientación que el duque de Tetuán dio a la campaña. También ellos fueron imprescindibles.

De la sanidad militar, ya se ha hecho abundante mención; desempeñó sus funciones de manera irreprochable. Se han comentado, asimismo, las limitaciones de la administración militar, en parte debidas a la inexperiencia y en parte a una organización defectuosa. No obstante, mantuvo al ejército alimentado —distribuyó más de siete millones y medio de raciones—, abastecido y vestido en condiciones muy difíciles, lo que tiene un mérito innegable.

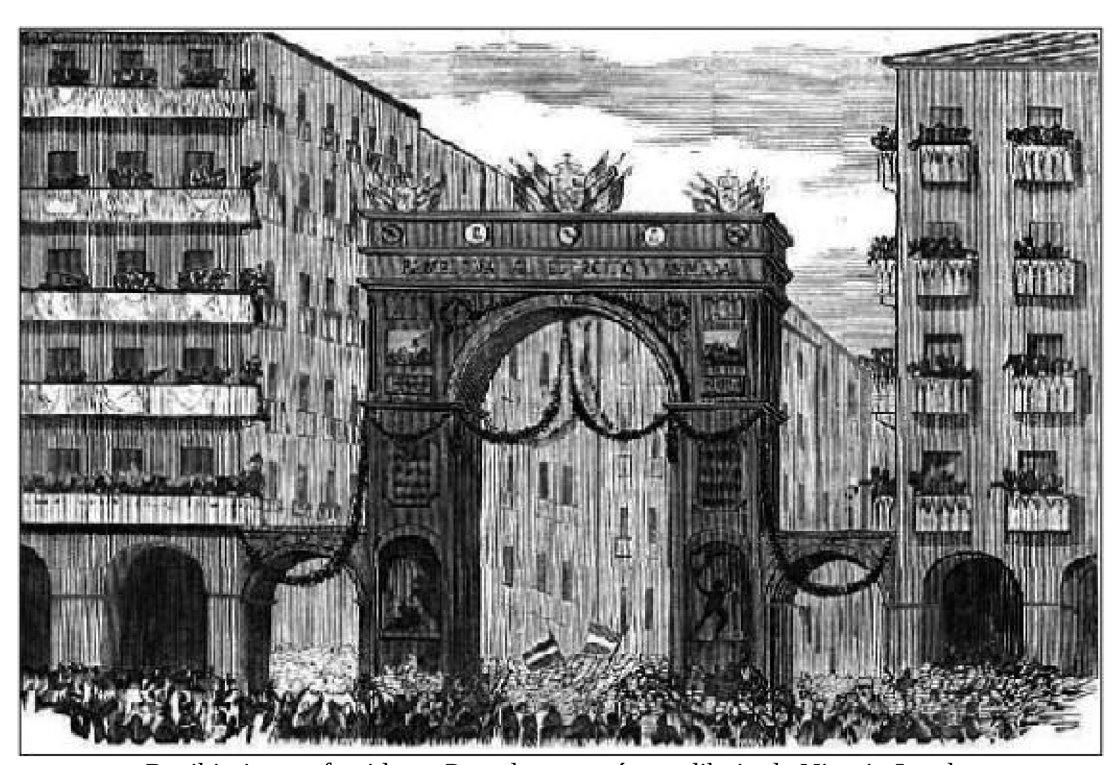
La armada, por último, hizo todo lo que pudo con los medios disponibles. Su falta de capacidades, que tanto se hizo sentir, era responsabilidad de los gobiernos, no de los marinos.

Sobre un aspecto relativamente menor como son los premios o gracias distribuidos, palabras más aplicables que recompensas, se pueden mencionar dos opiniones opuestas, producto de dos sensibilidades muy distintas. De un lado, se exaltó el «el espíritu de justicia, la elevación de miras, la

imparcialidad» que presidió su distribución, «alternando debidamente grado, cruz y empleo». Sorprende que, a la vez, se reconozca que entre el 19 de noviembre y el 9 de diciembre —época de combates de solo relativa envergadura, ninguno de los cuales recibió la categoría oficial de batalla—, se otorgaron 123 empleos y 102 grados, por no hablar de condecoraciones[225].

Desde otro punto de vista, en cambio, se ha mostrado asombro ante «la extraordinaria avidez de ascensos y condecoraciones», anotando, con razón, que «por desgracia, en el servicio español, todo oficial al final de una campaña, aunque haya jugado un pequeño papel en ella, se considera con derecho a ser premiado, simplemente por haber cumplido con su deber»[226]. Así es, con frecuencia, hacer bien un trabajo se considera un mérito.

Del propio O'Donnell se ha elogiado «su naturalidad, su sangre fría y aún cierta temeridad» personal[227]; poseía «eminentes cualidades», como «hombre de acción», y tuvo que vencer «dificultades enormes», pero, se dice, carecía de preparación para mandar un número tan elevado de efectivos y de «la ciencia previsora de la organización»[228]. Incluso recibió las improbables alabanzas de Engels[229]: «ha demostrado valor, prudencia, sangre fría y otras virtudes militares». Un análisis que podría ser equilibrado apunta a que, «indudablemente, merece por su obra censuras y alabanzas»; empezó la guerra «sin preparación suficiente para ello, en terreno desconocido», pero su «serenidad, patriotismo e inteligencia […] evitaron una catástrofe»[230].



Recibimiento ofrecido en Pamplona, según un dibujo de Nicasio Landa.

Quizá se puede concluir que cualquier análisis de la campaña tiene que tener en cuenta que su ejecutor revestía la doble condición de político y general. Aunque su temperamento le hubiera empujado al «arranque de heroísmo» al que antes se ha aludido, como presidente del Gobierno no podía permitirse el menor riesgo, sabiendo que en España nunca se había dejado de conspirar contra él, incluso en círculos próximos a la reina, y que eran muchos los que solo aguardaban un revés para desbancarle.

Ello podría explicar una campaña desprovista de rasgos de genio, a veces de desesperante lentitud, pero segura, inexorable, y sin apenas margen para la derrota, con la grandeza y las servidumbres que implica. Lo que tiene difícil justificación es el momento escogido para iniciarla; la falta de información previa tanto sobre el enemigo como sobre las capacidades navales propias, y la ausencia de medidas anticipadas frente al cólera. Teniendo en cuenta todos estos pesados factores, y la autolimitación asumida por las presiones británicas, sus alternativas eran limitadas, y, si cometió indudables errores, también es cierto que no hay campaña que carezca de ellos.

LA FACTURA

Por encima de los diferentes criterios, como es inevitable impregnados de subjetivismo, hay un elemento objetivo y que resulta imprescindible para formarse una opinión sobre la guerra. Se trata de su coste, en vidas y en dinero.

Respecto al primero, distintos autores aportan cifras diferentes, pero según una fuente oficial fiable[231], los «hombres perdidos» sumaron 7777 en conjunto, incluyendo los «inutilizados». El dato se descompone en 2121 muertos en acción de guerra o como resultado de las heridas sufridas y 4899 por el cólera y otras enfermedades, lo que da un total parcial de 7020 «fallecidos o cuyo paradero se ignora», al que se añaden 757 inutilizados. En concreto, fueron 34 jefes y oficiales muertos en combate; 30, a causa de las heridas; 121 por el cólera y 22 «en los campamentos»[232]. Para la tropa, los números respectivos fueron 533, 1588, 3752 y 818, más los inutilizados ya mencionados, 40 desertores, 15 condenados a presidio y 122 extraviados. Es necesario precisar que esta cifra incluye las bajas, seguramente escasas, habidas en los cuerpos de ocupación hasta fines de 1860.

Es de notar la alta proporción de mandos caídos en batalla, en relación con la tropa, mientras que en esta el porcentaje de muertes por heridas, por enfermedad o en los campamentos es más elevado, seguramente, porque

recibía menos cuidados y porque sus condiciones de vida, su higiene y su alimentación eran de inferior calidad.

Dicha fuente no menciona el número de heridos, pero Joly[233] indica que, según distintas versiones, oscilaron entre los 4994 y los 5990. Destaca que es muy superior a lo normal, comparado con el de muertos en acción, y lo atribuye a la carencia de artillería en el bando marroquí y al escaso alcance y mala calidad de la munición de las espingardas.

Los doctores españoles, sin discutir esta innegable verdad, consideraban importante otro factor, a la hora de explicar esa mortalidad relativamente baja. Se trataría de que, a diferencia de sus colegas de otros países, practicaban «los principios de la cirugía conservadora, que prescribe evitar lo posible la amputación, limitando a un número escaso las efectuadas». Añadían con orgullo: «somos reconocidamente parcos los médicos militares españoles en practicar amputaciones»[234].

Mencionan al respecto que en toda la campaña solo se hicieron 28, aunque otras fuentes aluden a 33. Es decir, menos del 1 % de los heridos las sufrieron. En cambio, en la Guerra de Crimea superaron el 10 % en el ejército francés, llegando a una cifra similar en el británico para los heridos en los miembros. De los 332 amputados de este, murieron 190.

Señalan, también, que en las tropas francesas en Argelia, expuestas a los efectos de un armamento similar al de los marroquíes, se apelaba a la amputación con más frecuencia que en las de O'Donnell. Se trataría, pues, sobre todo de una cuestión de doctrina quirúrgica: «no se han practicado más amputaciones que las absolutamente indispensables, habiéndose salvado muchos miembros que en el extranjero indefectiblemente se hubieran amputado»[235].

Llama la atención la elevada cifra de fallecimientos que no se debieron a los combates, pero eso era algo habitual entonces. Por ejemplo, en la recién terminada Guerra de Crimea se estima que los franceses sufrieron 10 000 muertos en combate, 20 000 por heridas y 60 000 por enfermedades, y los británicos, 2800, 2000 y más de 16 000, respectivamente.

Otra fuente también oficial[236] aporta sobre las bajas una información muy distinta, y probablemente errónea: los muertos en acción de guerra habrían sido 786; a consecuencia de las heridas, 366 y por enfermedad, 2888: 4040 en total. Los heridos serían 4994.

Datos adicionales[237] son las estancias en hospital que se produjeron y que suman 931 209, en 38 establecimientos en África y 24 en el litoral español. Respecto a las evacuaciones de heridos y enfermos a la Península, lo

que excluye a los coléricos, que fueron tratados en Ceuta o en Tetuán, fueron 20 000, cifra muy alta para un ejército cuya media de efectivos se situó en 38 600.

El doctor Población[238] señala que según «datos particulares», fueron 14 000 los atacados por el cólera, de los que fallecieron 2800; de acuerdo con otros «casi oficiales», esas cifras habrían sido de 12 000 y 2500, mientras que «la tenida por oficial» apunta a 13 000 y 2254. Las bajas «provisionales» habrían sido, en su opinión, 26 000 y las definitivas 3735. A esos 26 000 hospitalizados añade 24 000 tratados sin salir de sus tiendas, de lo que se deduce que la práctica totalidad del ejército se vio atacada, si bien hay que tener en cuenta los numerosos casos de recaída que se dieron. Para situar esa información en su contexto, apunta que se consideraba normal que un ejército en campaña tuviera un tercio de sus hombres de baja por enfermedades ordinarias, y que las pérdidas por estas fueran tres veces superiores a las producidas por los combates.

Resulta indiscutible que el ejército sufrió un gran desgaste. Por ejemplo, el Batallón de Cazadores Alba de Tormes tuvo 99 muertos en conjunto: 19, en combate; 21, por heridas y 59 por el cólera. Los heridos fueron 157, de los cuales 116 regresaron a la unidad y 20 quedaron inútiles, siendo de imaginar que el resto o fue licenciado o destinado a otro cuerpo. Lamentablemente, no hay cifras de enfermos, pero aplicando la proporción que aparece en los primeros párrafos de este epígrafe, las bajas definitivas o temporales de la unidad habrían superado el cincuenta por ciento. Respecto a los mandos, en concreto, de un total que osciló entre 32 y 34, la merma por todos los conceptos fue de 22[239].

Como mera curiosidad, porque no se cita la fuente y en ocasiones se incluye a los contusos, pero, al parecer, nunca a las víctimas de las enfermedades, se recogen las pérdidas sufridas por algunos batallones[240]: los dos del Regimiento de Zamora: 77; los otros tantos de Borbón, 200; el de Almansa, 2 oficiales y 30 de tropa; el de Navarra, 1 jefe muerto y 2 heridos, y 7 oficiales y 290 de tropa muertos o heridos, y en los dos batallones de Toledo, 23 oficiales y 293 de tropa fueron baja. En cuanto a los batallones de cazadores, Madrid, tuvo 3 jefes, 7 oficiales y 299 de tropa; Barcelona[241], 4 oficiales y 58 de tropa; Barbastro, 1 jefe, 5 oficiales y 63 de tropa; Chiclana, 2, 22 y 294; Baza, 2, 19 y 294; Las Navas[242], 140 en total, y Vergara, 207 en conjunto.

Se puede apreciar el uso intensivo que se hizo de los cazadores, teniendo en cuenta, además, que ni Madrid ni Las Navas hicieron la dura marcha con

O’Donnell desde Ceuta a Tetuán.

A los datos anteriores, se pueden añadir los siguientes, que tienen carácter oficial[243], pero que solo facilitan cifras globales de muertos por todos los conceptos. Borbón fue el cuerpo más castigado, con 231 —incluidos 6 jefes y oficiales— en sus dos batallones. De los 31 regimientos de línea, son dos, además del recién mencionado, los que superan los 200 fallecidos. Se trata de Princesa y Córdoba, con 213 y 214, respectivamente, con 7 y 9 mandos.

Entre los cazadores, el que sufrió mayor merma fue Simancas, con la cifra muy elevada de 158, aunque ninguno era jefe ni oficial. Además de él, otros cinco (Cataluña, Madrid, Alba de Tormes, Arapiles y Alcántara) tuvieron más de 100 muertos. Si se baja el listón hasta los 80, número que sigue siendo alto para batallones sueltos, se añadirían a la lista otros seis, con lo que se confirma la frecuencia con que se recurrió a este tipo de fuerzas.

Una última anotación, para reflejar la terrible incidencia del cólera. Los Tercios Vascongados, que tuvieron 6 muertos en combate —de ellos 4 a consecuencia de las heridas— registraron en total 108 fallecidos.

Respecto a las pérdidas marroquíes, se ha estimado que debieron ser muy similares a las españolas, ya que habitualmente combatían dispersos y a cubierto. Desde luego, la proporción de heridos que sobrevivió habría sido bastante más reducida, por la precariedad de los servicios médicos[244]. Un oficial español[245] ratifica que la merma no debió ser tan sensible como se supuso, al destacar que, sobre todo en la primera fase de la campaña, sus compatriotas luchaban sin protección, mientras que el adversario sí la tenía, por lo que «sin ser visto, nos causaba bajas dobles». En la segunda, había combatido «presentando abierto y extendido frente, con extensos vacíos que daban fácil paso al proyectil cristiano, y ofreciendo [en cambio] nuestras cerradas y cercanas masas blanco seguro a los certeros disparos del enemigo». Es muy posible que esa fuera la realidad, al margen de las exageraciones de los partes.

En lo que se refiere al precio económico de la guerra, la *Memoria administrativa*[246]… presenta una cifra que se puede suponer que responde a la realidad: 208 337 914 de reales, en torno a la mitad de la indemnización que se fijó a Marruecos.

EL BALANCE

Es difícil resumir en unas pocas líneas los resultados de algo tan complejo como fue la guerra de 1859-1860, aunque haya pasado al imaginario colectivo

como una especie de «guerra bonita», lo que distó mucho de ser, como se ha visto.

Desde antes de que se rompieran las hostilidades reinaba en torno a la campaña un ambiente de indefinición que afectó de forma negativa a su desarrollo. Tras las insalvables limitaciones impuestas por Gran Bretaña, y cuidadosamente ocultadas mientras se pudo a la opinión pública, los objetivos no estaban claros. Ya que, como proclamó O'Donnell en el Congreso, no se trataba de emprender una guerra de conquista, cabe preguntarse de qué era entonces. Si se trataba de una operación de castigo, no hacía falta tantos medios como se movilizaron. Los agresores eran unos cabileños desharrapados, armados con espingardas de chispa, más propias del siglo XVII que del XIX. Para escarmentarlos, bastaba un golpe de mano de la guarnición de los presidios, como se venía practicando desde la fundación de estos.

Para explicar la guerra, se acudió al fácil, y nebuloso, llamamiento a reparar el honor patrio mancillado —«íbamos puramente a conseguir la reparación de nuestros agravios y las garantías necesarias para que no se repitiesen», era la doctrina oficial—,[247] tan práctico para las soflamas parlamentarias como complicado a la hora de traducirlo sobre el terreno. Hasta qué punto exacto había sido ultrajado, cuánta sangre se necesitaba para lavarlo, eran cuestiones imposibles de concretar. Se disparó, pues, el primer tiro sin saber qué llevaría a que se disparase el último. Al tiempo, las apelaciones al orgullo nacional herido despertaron ambiciosas expectativas, destinadas a quedar frustradas por el compromiso de no ocupar de forma permanente plaza alguna.

La finalidad, entonces, se redujo a doblegar la voluntad del sultán, del que eran súbditos —más en la teoría que en la práctica—, los culpables del ultraje que llevaría oficialmente a la ruptura de hostilidades. Pero, desde el momento en que las conquistas estaban excluidas, se trataba de algo tan genérico que, por carecer de una meta concreta, conducía a lo que se produjo, una guerra a tientas, a la espera de que cada golpe llevara a unas negociaciones en las que, en el fondo, no se sabía qué pedir para justificar el esfuerzo realizado. Como no era realista exigir la entrega definitiva de una ciudad, a lo que Londres se había opuesto formalmente, se optó, de nuevo para justificar la tan considerable movilización de recursos de toda clase, por una indemnización que, a su vez, resultaba desproporcionada a las posibilidades económicas y políticas del vencido.

Por otro lado, y esta era una limitación que el Gobierno se impuso a sí mismo, tampoco se deseaba que dichos golpes fueran tan brutales como para

desestabilizar al imperio marroquí, un escenario que las grandes potencias no hubiesen consentido, y que habría desembocado, además, en una anarquía perjudicial para los presidios españoles.

Todos estos elementos combinados hicieron que la guerra, al final, e incluso al margen de cómo fuera conducida, solo pudiera desembocar, como sucedió, en la melancolía de las esperanzas insatisfechas.

Eso explica muchos de los comentarios que en su día, y posteriormente, se han hecho sobre ella: «ha sido un desengaño para España no ver realizado el sueño que se había forjado sobre (sic) conquista de África»[248]; la campaña fue «por sí misma estéril en resultados, si estos se comparan con los sacrificios»; para el pueblo español, «sus aspiraciones no han quedado satisfechas»[249]. En efecto, «las ventajas obtenidas no fueron en definitiva proporcionales»[250], a lo que habría sido «un acto de estéril y perjudicial quijotismo»[251]. Un análisis que pretende ser global resume[252]: «fue la guerra de África un ruido estéril, pero caro; costó 20 000 hombres y 500 millones», y añade con sarcasmo: «produjo una indemnización de 100 millones pagados a plazos, 9 tenientes generales, 11 mariscales de campo, 27 brigadieres y otros ascensos, amén de un ducado, un condado y tres marquesados».

Autores más recientes coinciden en esa visión negativa: «los medios empleados indican una voluntad de conquista; los resultados son apenas dignos de una operación de policía»[253]. Al poco de terminar el conflicto, se acuñó una frase demoledora: «una guerra grande ha sido coronada por una paz chica»[254]. Aunque, sin duda simplista —porque devalúa la importancia de la fijación de los límites de Melilla y del engrandecimiento de los de Ceuta —,[255] y recientemente cuestionada[256], contiene no poco de verdad, y, desde luego, plasma el sentimiento mayoritario en la época. El propio duque de Tetuán, hombre sobrio, se alejaría en privado de todo triunfalismo. En respuesta a las críticas que se formulaban, se redujo a decir que «*puesto que había hecho cuanto había podido, poco le importaba lo que de él dijeran*»[257]. Era una forma de admitir la transformación de una campaña rutilante en un «asunto enojoso».

Respecto a las repercusiones de la guerra para los vencidos, hay opiniones opuestas. De acuerdo con un punto de vista, y en contra de los que preconizaban que se trataba de llevar la modernidad a Marruecos, «la guerra de España […] y el pago de la indemnización de guerra, han arrebatado los recursos pecuniarios con que, gobernado por un príncipe inteligente, hubiera podido dar algunos pasos en la senda de la civilización»; han sido «dos golpes

de muerte»[258]. Lo mismo sostuvieron fuentes locales: «este asunto de Tetuán ha determinado el desplome del prestigio del Magreb y la invasión del país por parte de los cristianos; nunca un desastre parecido se había abatido sobre los musulmanes»[259]. Desde otra perspectiva, se ha mantenido que «la lucha despertó en los moros, y sobre todo en los bereberes, reminiscencias de fanatismo religioso», por lo que se repetirían «en lo sucesivo hechos análogos a los que motivaron la contienda armada»[260], como así sucedió, hasta el desembarco de Alhucemas, en 1925.

Solo una minoría pensó que «todo ha sido grande y noble», y que con la guerra «los nuevos destinos de la monarquía se han dibujado con sonrosados tintes en el horizonte de la historia»[261]. Más común fue la decepción, como la experimentada por Estébanez Calderón. Tras escribir unos versos en los que exaltaba el pendón de Castilla «en Tetuán, siempre enarbolado» y pronosticaba que luego flotaría «en Fez, Tarundante y Marruecos [Marrakech]», los sustituyó por otros, devastadores, dictados por el más negro pesimismo. Afirmaba en ellos que Cisneros tenía que regresar al sepulcro del que le había convocado, y sentenciaba:

> Tu empeño y mi anhelo fueron en vano,
> todo ignominia es ya; no hay españoles[262].

Sin llegar a esos extremos, hasta un defensor de aquella campaña reconoce que «el mayor mérito» de O’Donnell «consistió en detenerse donde se detuvo», porque, aunque se produjo «un general desencanto», «no debíamos ni podíamos prolongar la guerra»[263]. Era el consuelo de haber minimizado los daños, más que la exaltación de una victoria. En todo caso, quizá fue «la única satisfacción del orgullo nacional español en la época moderna»[264], un colofón un tanto sombrío para una «Guerra Romántica».

APÉNDICE I
Orden de batalla del 18 de noviembre de 1859

EJÉRCITO ESPAÑOL EN MARRUECOS
General en jefe, capitán general Leopoldo O'Donnell, conde de Lucena Jefe del Estado Mayor, mariscal de campo Luis García

Plana mayor general de artillería comandante general, brigadier José Dolz	**Plana mayor general de ingenieros** comandante general, coronel Juan Porcel	**Justicia militar** auditor general del Ejército, Eusebio Morales	**Vicariato castrense** subdelegado castrense del Ejército, Joaquín Ortega
Administración militar intendente del Ejército, Manuel Moradillo	**Sanidad militar** jefe e inspector, León Anel	**Veterinaria militar** primer profesor, Juan Cubas	**Gobernador del cuartel general** coronel Juan Ramírez
Aposentador comandante general, capitán Constancio Cambel	**Conductor de equipajes** comandante general, capitán Francisco Segura	**Cronista y sección de imprenta** cronista Carlos Navarro	**Intérpretes de lenguas** Anibal Reinaldy

I CUERPO DE EJÉRCITO
Comandante en jefe, mariscal de campo Rafael Echagüe
Jefe del Estado Mayor, teniente coronel Joaquín Souza

Brigada de Vanguardia
Brigadier[1] Ricardo de Lassausaye[*]

1.er y 2.º bons. del Regimiento de Infantería de Granada
Bón. de Cazadores de Cataluña
Bón. de Cazadores de Madrid
Bón. de Cazadores de Alcántara

1.ª DIVISIÓN
Mariscal de campo Manuel Gasset*

I Brigada
Brigadier Crispín Jiménez Sandoval

1.er y 2.º bons. del Regimiento de Infantería de Borbón
Bón. de Cazadores de Talavera
Bón. de Cazadores de Mérida

II Brigada
Brigadier Fausto Elío*

1.er y 2.º bons. del Regimiento de Infantería del Rey
Bón. de Cazadores de Barbastro
Bón. de Cazadores de Las Navas
Bón. de Cazadores de Simancas

Tropas de Cuerpo de Ejército

1 escuadrón de Cazadores a Caballo de Albuera
Escuadrón de Cazadores a Caballo de Mallorca
3 compañías del 1.er Regimiento de Artillería de Montaña
Compañía de Montaña del 5.º Regimiento de Artillería a Pie
4 compañías del 2.º Bón. de Ingenieros
15 guardias civiles de Infantería
15 guardias civiles de Caballería[2]

Total del Cuerpo: 52 jefes, 486 oficiales, 10 947 de tropa y 364 caballos y mulos

II CUERPO DE EJÉRCITO
Comandante en jefe, teniente general Juan de Zavala, conde de Paredes
Jefe del Estado Mayor,

1.ª DIVISIÓN
Mariscal de campo José de Orozco*

I Brigada
Brigadier José García de Paredes*

1.er y 2.º bons. del Regimiento de Infantería de Castilla
Bón. de Cazadores de Figueras

II Brigada
Brigadier José Angulo*

1.er y 2.º bons. del Regimiento de Infantería de Córdoba
1.er Bón. del Regimiento de Infantería de Saboya
Bón. de Cazadores de Arapiles

2.ª DIVISIÓN
Mariscal de campo Enrique O’Donnell*

I Brigada

II Brigada

Brigadier Luis Serrano*

1.er y 2.º bons. del Regimiento de Infantería de Toledo
1.er Bón. del Regimiento de Infantería de Navarra
Bón. de Cazadores de Chiclana

Brigadier Victorio Hediger*

1.er y 2.º bons. del Regimiento de Infantería de la Princesa
1.er Bón. del Regimiento de Infantería de León
Bón. de Cazadores de Alba de Tormes

Tropas de Cuerpo de Ejército

1 escuadrón de Húsares de la Princesa
3 compañías del 2.º Regimiento de Artillería Montada
1 compañía del 2.º Bón. de Ingenieros

Total del Cuerpo: 39 jefes, 364 oficiales, 7126 de tropa y 370 caballos y mulos

III CUERPO DE EJÉRCITO
Comandante en jefe, teniente general Antonio Ros de Olano, conde de la Almina
Jefe del Estado Mayor, coronel José de la Puente

1.ª DIVISIÓN
Mariscal de campo José Turón*

I Brigada
Brigadier Antonio Díez Mogrobejo*

1.er y 2.º bons. del Regimiento de Infantería de Zamora
Bón. de Cazadores de Segorbe

II Brigada
Brigadier Tomás Cervino*

1.er y 2.º bons. del Regimiento de Infantería de Albuera
Bón. de Cazadores de Ciudad Rodrigo
Bón. de Cazadores de Baza

2.ª DIVISIÓN
Mariscal de campo Genaro de Quesada*

I Brigada
Brigadier Manuel Moreta*

2.º Bón. del Rgto. de Infantería del Infante
1.er Bón. del Rgto. de Infantería de San Fernando
1.er Bón. del Rgto. de Infantería de África
Bón. de Cazadores de Llerena

II Brigada
Brigadier Santiago Otero*

1.er Bón. del Rgto. de Infantería de la Reina
1.er Bón. del Rgto. de Infantería de Almansa
1.er Bón. del Rgto. de Infantería de Asturias
Bón. de Cazadores de Barcelona

Tropas de Cuerpo de Ejército

1 escuadrón de Cazadores a Caballo de Albuera
2 compañías del 1.er Regimiento de Artillería Montada
1 compañía del 1.er Regimiento de Artillería de Montaña
1 compañía del 1.er Bón. de Ingenieros

Total del Cuerpo: 40 jefes, 443 oficiales, 8812 de tropa y 309 caballos y mulos

DIVISIÓN DE RESERVA
Teniente general Juan Prim, conde de Reus

I Brigada
Brigadier Rafael Hore*

1.er Bón. del Rgto. de Infantería del Príncipe
1.er Bón. del Rgto. de Infantería de Cuenca
1.er Bón. del Rgto. de Infantería de Luchana
Bón. de Cazadores de Vergara

II Brigada
Brigadier coronel Julián Angulo*

1.er Bón. del 3.er Rgto. de Artillería a Pie
2.º Bón. del 5.º Rgto. de Artillería a
Pie 2 bons. de Ingenieros

Total de la División: 17 jefes, 149 oficiales, y 3922 de tropa

DIVISIÓN DE CABALLERÍA
Mariscal de campo Félix Alcalá Galiano, marqués de San Juan de Piedras Albas

I Brigada
Brigadier Blas Villate*, conde de Balmaseda

1 escuadrón de Coraceros del Rey
1 escuadrón de Coraceros de la Reina
1 escuadrón de Coraceros del Príncipe
1 escuadrón de Coraceros de Borbón
1 escuadrón de Húsares de la Princesa

II Brigada
Brigadier Francisco Romero Palomeque*

2 escuadrones de Lanceros de Farnesio
1 escuadrón de Lanceros de Villaviciosa
1 escuadrón de Lanceros de Santiago

Artillería

3 escuadrones del Regimiento de Artillería a Caballo
3 cías. del 3.er Rgto. de Artillería Montada o de Reserva (también llamado de Posición)

Total de la División: 14 jefes, 147 oficiales, 2201 de tropa y 1851 caballos y mulos

Total del Ejército: 163 jefes, 1599 oficiales, 33 228 de tropa, 2974 caballos y mulos y 74 cañones[3].

APÉNDICE II
Orden de batalla del 3 de febrero de 1860

EJÉRCITO ESPAÑOL EN MARRUECOS
General en jefe, capitán general Leopoldo O’Donnell, conde de Lucena
Jefe del Estado Mayor, mariscal de campo Luis García

I CUERPO DE EJÉRCITO
Comandante en jefe, teniente general Rafael Echagüe
Jefe del Estado Mayor, coronel Joaquín de Souza

1.ª DIVISIÓN
Mariscal de campo Manuel Gasset[*]

I Brigada
Brigadier Crispín Jiménez Sandoval

1.er y 2.º bons. del Regimiento de Infantería de Borbón
Bón. de Cazadores de Mérida*
Bón. de Cazadores de Talavera*

II Brigada
Brigadier Fausto Elío

1.er y 2.º bons. del Regimiento de Infantería del Rey*
Bón. de Cazadores de Barbastro
Bón. de Cazadores de Las Navas*

2.ª DIVISIÓN
Mariscal de campo Ricardo de Lassausaye

I Brigada
Brigadier Miguel Trillo

1.er y 2.º bons. del Regimiento de Infantería de Granada
1.er Bón. del Regimiento de Infantería del Fijo de Ceuta*

II Brigada
Brigadier José Berruezo

Bón. de Cazadores de Cataluña
Bón. de Cazadores de Madrid
Bón. de Cazadores de Alcántara

Tropas de Cuerpo de Ejército

1 escuadrón de Cazadores a Caballo de Albuera
Escuadrón de Cazadores a Caballo de Mallorca*
3 compañías del 1.er Regimiento de Artillería de Montaña
2 compañías del 1.er Regimiento de Artillería Montada*
4 compañías del 2.º Bón. de Ingenieros*

Total del Cuerpo[1]: 52 jefes, 393 oficiales, 8466 de tropa y 624 caballos y mulos

II CUERPO DE EJÉRCITO
Comandante en jefe, teniente general Juan Prim, conde de Reus
Jefe del Estado Mayor, brigadier coronel Gabriel de Torres

1.ª DIVISIÓN
Mariscal de campo José de Orozco

I Brigada
Brigadier José García de Paredes

1.er y 2.º bons. del Rgto. de Infantería de Castilla
Bón. de Cazadores de Simancas
Bón. de Cazadores de Figueras

II Brigada
Brigadier Carlos Bernaldo de Quirós

1.er y 2.º bons. del Rgto. de Infantería de Córdoba
1.er Bón. del Rgto. de Infantería de Saboya
Bón. de Cazadores de Arapiles
Bón. de Voluntarios de Cataluña

2.ª DIVISIÓN
Mariscal de campo Enrique O’Donnell

I Brigada
Brigadier Luis Serrano

1.er y 2.º bons. del Rgto. de Infantería de Toledo
1.er Bón. del Rgto. de Infantería de Navarra
Bón. de Cazadores de Chiclana

II Brigada
Brigadier Victorino Hediger

1.er y 2.º bons. del Rgto. de Infantería de la Princesa
1.er Bón. del Rgto. de Infantería de León
Bón. de Cazadores de Alba de Tormes

Tropas de Cuerpo de Ejército

3 compañías del 2.º Regimiento de Artillería Montada
Compañía de Montaña del 5.º Regimiento de Artillería a Pie
1 compañía del 2.º Bón. de Ingenieros

Total del Cuerpo: 40 jefes, 367 oficiales, 8161 de tropa y 361 caballos y mulos

III CUERPO DE EJÉRCITO

Comandante en jefe, teniente general Antonio Ros de Olano, conde de la Almina
Jefe del Estado Mayor, coronel José Ortiz de Rozas, conde de Poblaciones

1.ª DIVISIÓN

Mariscal de campo José Turón

I Brigada
Brigadier Antonio Díez Mogrobejo

1.er y 2.º bons. del Regimiento de Infantería de Zamora
Bón. de Cazadores de Segorbe

II Brigada
Brigadier Tomás Cervino

1.er y 2.º bons. del Regimiento de Infantería de Albuera
Bón. de Cazadores de Ciudad Rodrigo
Bón. de Cazadores de Baza

2.ª DIVISIÓN

Mariscal de campo Genaro de Quesada

I Brigada
Brigadier Manuel Moreta

2.º Bón. del Rgto. de Infantería del Infante
1.er Bón. del Rgto. de Infantería de San Fernando
1.er Bón. del Rgto. de Infantería de África
Bón. de Cazadores de Llerena

II Brigada
Brigadier Santiago Otero

1.er Bón. del Rgto. de Infantería de Almansa
1.er Bón. del Rgto. de Infantería de Asturias
1.er Bón. del Rgto. de Infantería de la Reina
Cazadores de Barcelona

Tropas de Cuerpo de Ejército

1 escuadrón de Cazadores a Caballo de Albuera
3 cías. del 3.er Rgto. de Artillería Montada o de Reserva (también llamado de Posición)
1 compañía del 1.er Regimiento de Artillería de Montaña
1 compañía del 1.er Bón. de Ingenieros

Total del Cuerpo: 38 jefes, 403 oficiales, 7874 de tropa y 525 caballos y mulos

CUERPO DE EJÉRCITO DE RESERVA

Comandante en jefe, mariscal de campo Diego de Ríos
Jefe del Estado Mayor, coronel, comandante, Manuel Graywinckel

1.ª DIVISIÓN

Mariscal de campo Leoncio Rubín de Celis

I Brigada
Brigadier Rafael Hore

1.er Bón. del Regimiento de Infantería del Príncipe
1.er Bón. del Regimiento de Infantería de Cuenca
1.er Bón del Regimiento de Infantería de Luchana
Bón. de Cazadores de Vergara

2.ª DIVISIÓN
Mariscal de campo Joaquín Morales de Rada

I Brigada
Brigadier Juan Lesca

1.er y 2.º bons. del Regimiento de Infantería de Zaragoza
1.er Bón. del Regimiento de Infantería de Bailén
2.º Bón. del Regimiento de Infantería de Soria

II Brigada
Brigadier Francisco Naneti

1.er y 2.º bons. del Regimiento de Infantería de Iberia
1.er Bón. del Regimiento de Infantería de América
2.º Bón. del Regimiento de Infantería de Cantabria

Tropas de Cuerpo de Ejército

1 escuadrón de Lanceros de Villaviciosa
Compañía de Cohetes

Total del Cuerpo: 32 jefes, 268 oficiales, 6690 de tropa y 452 caballos y mulos

DIVISIÓN DE CABALLERÍA
Mariscal de campo Félix Alcalá Galiano, marqués de San Juan de Piedras Albas

I Brigada
Brigadier Blas Villate, conde de Balmaseda

1 escuadrón de Coraceros del Rey
1 escuadrón de Coraceros de la Reina
1 escuadrón de Coraceros del Príncipe
1 escuadrón de Coraceros de Borbón
1 escuadrón de Húsares de la Princesa

II Brigada
Brigadier Mariano San Juan, conde de la Cimera

2 escuadrones de Lanceros de Farnesio
1 escuadrón de Lanceros de Villaviciosa
1 escuadrón de Lanceros de Santiago
1 escuadrón de Húsares de la Princesa

Artillería
Teniente coronel Jacobo Gil de Aballe

3 escuadrones del Regimiento de Artillería a Caballo

Total de la División: 11 jefes, 126 oficiales, 1495 de tropa y 1491 caballos

BRIGADA DE ARTILLEROS E INGENIEROS AFECTA A LOS TRENES
Brigadier, coronel de ingenieros, Juan de Angulo

8 compañías de Ingenieros
1.er Bón. del 5.º Regimiento de Artillería a Pie
2 compañías del 4.º Regimiento de Artillería a Pie
1.er Bón. del 3.er Regimiento de Artillería a Pie

Total de la Brigada: 4 jefes, 49 oficiales, 1980 de tropa

Total del Ejército: 179 jefes, 1623 oficiales, 35 079 de tropa, 3210 caballos y mulos.

APÉNDICE III
Orden de batalla del 22 de marzo de 1860

EJÉRCITO ESPAÑOL EN MARRUECOS
General en jefe, capitán general Leopoldo O'Donnell, conde de Lucena, duque de Tetuán Jefe del Estado Mayor, mariscal de campo Luis García

I CUERPO DE EJÉRCITO
Comandante en jefe teniente general Rafael Echagüe
Jefe del Estado Mayor brigadier Joaquín de Souza

1.ª DIVISIÓN
Mariscal de campo Manuel Gasset[*]

I Brigada
Brigadier Crispín Jiménez Sandoval

1.er Bón. del Regimiento de Infantería del Fijo de Ceuta
Bón. de Cazadores de Talavera
Bón. de Cazadores de Mérida

II Brigada
Brigadier Fausto Elío

1.er y 2.º bons. del Regimiento de Infantería del Rey
Bón. de Cazadores de Las Navas

2.ª DIVISIÓN
Mariscal de campo Ricardo de Lassausaye

I Brigada
Brigadier Miguel Trillo

1.er y 2.º bons. del Regimiento de Infantería de Granada
Bón. de Cazadores de Barbastro

II Brigada
Brigadier José Berruezo

Bón. de Cazadores de Cataluña
Bón. de Cazadores de Madrid
Bón. de Cazadores de Alcántara

Brigada Provisional
Brigadier Antonio Caballero

1.er y 2.º bons. del Regimiento de Infantería de Borbón

Tropas de Cuerpo de Ejército

1 escuadrón de Cazadores a Caballo de Albuera
1 escuadrón de Cazadores a Caballo de Mallorca*
3 compañías del 1.er Regimiento de Artillería de Montaña
2 compañías del 1.er Regimiento de Artillería Montada*
2 compañías del 2.º Bón. de Ingenieros*
Compañía de Pontoneros del 1.er Bón. de Ingenieros

Total del Cuerpo[1]: 53 jefes, 404 oficiales, 8661 de tropa y 464 caballos y mulos

II CUERPO DE EJÉRCITO

Comandante en jefe teniente general Juan Prim, conde de Reus y marqués de los Castillejos
Jefe del Estado Mayor brigadier Gabriel de Torres

1.ª DIVISIÓN

Teniente general José de Orozco

I Brigada
Mariscal de campo José García de Paredes

1.er y 2.º bons. del Regimiento de Infantería de Castilla
Bón. de Cazadores de Figueras
Bón. de Cazadores de Simancas

II Brigada
Brigadier José Angulo

1.er y 2.º bons. del Regimiento de Infantería de Córdoba
1.er Bón. del Regimiento de Infantería de Saboya
Bón. de Cazadores de Arapiles
Bón. de Voluntarios de Cataluña

2.ª DIVISIÓN

Teniente general Enrique O’Donnell

I Brigada
Mariscal de campo Luis Serrano

1.er y 2.º bons. del Regimiento de Infantería de Toledo
1.er Bón. del Regimiento de Infantería de Navarra
Bón. de Cazadores de Chiclana

II Brigada
Mariscal de campo Victorino Hediger

1.er y 2.º bons. del Regimiento de Infantería de la Princesa
1.er Bón. del Regimiento de Infantería de León
Bón. de Cazadores de Alba de Tormes

Tropas de Cuerpo de Ejército

3 compañías del 2.º Regimiento de Artillería Montada
Compañía de Montaña del 5.º Regimiento de Artillería a Pie
Compañía de Pontoneros del 2.º Bón. de Ingenieros

Total del Cuerpo: 43 jefes, 372 oficiales, 8613 de tropa, 355 caballos y mulos

III CUERPO DE EJÉRCITO

Comandante en jefe teniente general Antonio Ros de Olano, conde de la Almina
Jefe del Estado Mayor, coronel José Ortiz de Rozas, conde de Poblaciones

1.ª DIVISIÓN

Teniente general José Turón

I Brigada
Brigadier Antonio Díez Mogrobejo

1.er y 2.º bons. del Regimiento de Infantería de Zamora
Bón. de Cazadores de Segorbe

II Brigada
Mariscal de campo Tomás Cervino

1.er y 2.º bons. del Regimiento de Infantería de Albuera
Bón. de Cazadores de Ciudad Rodrigo
Bón. de Cazadores de Baza

2.ª DIVISIÓN

Teniente general Genaro de Quesada

I Brigada
Brigadier Manuel Moreta

2.º Bón. del Rgto. de Infantería del Infante
1.er Bón. del Rgto. de Infantería de San Fernando
1.er Bón. del Rgto. de Infantería de África
Bón. de Cazadores de Llerena

II Brigada
Brigadier Santiago Otero

1.er Bón. del Rgto. de Infantería de Almansa
1.er Bón. del Rgto. de Infantería de Asturias
1.er Bón. del Rgto. de Infantería de la Reina
Cazadores de Barcelona

Tropas de Cuerpo de Ejército

1 escuadrón de Cazadores a Caballo de Albuera
3 cías. del 3.er Rgto. de Artillería Montada o de Reserva (también llamado de Posición)
1 compañía del 1.er Regimiento de Artillería de Montaña
2.ª Compañía del 1.er Bón. de Ingenieros

Total del Cuerpo: 52 jefes, 420 oficiales, 8765 de tropa y 546 caballos y mulos

CUERPO DE EJÉRCITO DE RESERVA
Comandante en jefe teniente general Diego de Ríos
Jefe del Estado Mayor brigadier teniente coronel Miguel de la Puente

1.ª DIVISIÓN
Mariscal de campo José Ramón Mackenna

I Brigada
Brigadier Rafael Hore

1.er Bón. del Regimiento de Infantería del Príncipe
2.º Bón. del Regimiento de Infantería de Cuenca
2.º Bón. del Regimiento de Infantería de Luchana
Bón. de Cazadores de Vergara

2.ª DIVISIÓN
Mariscal de campo Joaquín Morales de Rada

I Brigada
Brigadier Juan Lesca

6.º Bón. de Infantería de Marina
1.er Bón. del Regimiento de Infantería de Bailén
1.er y 2.º bons. del Regimiento de Infantería de Zaragoza
1.er Bón. del Regimiento de Infantería de América
Bón. de Cazadores de Tarifa

II Brigada
Brigadier Francisco Naneti

1.er y 2.º bons. del Regimiento de Infantería de Iberia
Bón. Provincial de Málaga
2.º Bón. del Regimiento de Infantería de Soria
2.º Bón. del Regimiento de Infantería de Cantabria

DIVISIÓN VASCONGADA
Mariscal de campo Carlos de la Torre

1.er Tercio Vascongado[2]
2.º Tercio Vascongado
3.er Tercio Vascongado
4.º Tercio Vascongado

Tropas de Cuerpo de Ejército

1 escuadrón de Lanceros de Villaviciosa
Compañía de Cohetes

Total del Cuerpo: 65 jefes, 496 oficiales, 12 560 de tropa y 154 caballos y mulos

DIVISIÓN DE CABALLERÍA
Teniente general Félix Alcalá Galiano, marqués de San Juan de Piedras Albas

I Brigada
Brigadier Blas Villate, conde de Balmaseda

1 escuadrón de Coraceros del Rey
1 escuadrón de Coraceros de la Reina
1 escuadrón de Coraceros del Príncipe
1 escuadrón de Coraceros de Borbón
1 escuadrón de Húsares de la Princesa

II Brigada
Brigadier Mariano San Juan, conde de la Cimera

2 escuadrones de Lanceros de Farnesio
1 escuadrón de Lanceros de Villaviciosa
1 escuadrón de Lanceros de Santiago
1 escuadrón de Húsares de la Princesa

Artillería
Teniente coronel Jacobo Gil de Aballe

3 escuadrones del Regimiento de Artillería a Caballo

Total de la División: 13 jefes, 122 oficiales, 1954 de tropa y 1460 caballos

BRIGADA DE ARTILLEROS E INGENIEROS AFECTA A LOS TRENES
Brigadier, coronel de ingenieros, Julián Angulo

8 compañías de Ingenieros
2.º Bón. del 5.º Regimiento de Artillería a Pie
2 compañías del 4.º Regimiento de Artillería a Pie
1.er Bón. del 3.er Regimiento de Artillería a Pie

Total de la Brigada: 3 jefes, 52 oficiales, 1990 de tropa

Total del Ejército[3]: 231 jefes, 1888 oficiales, 43 069 de tropa y 3033 caballos y mulos.

APÉNDICE IV
Cuerpos de Ocupación de Tetuán y Ceuta

CUERPO DE OCUPACIÓN DE TETUÁN[1]
Comandante en jefe teniente general Diego de Ríos

1.ª DIVISIÓN
Mariscal de campo Joaquín Morales de Rada

I Brigada
Brigadier Francisco Naneti

1.er y 2.º bons. del Rgto. de Infantería de Zaragoza
6.º Bón. de Infantería de Marina
2.º Bón. del Rgto. de Infantería de Soria
Bón. de Cazadores de Tarifa

II Brigada
Brigadier Calixto Arteaga

1.er y 2.º bons. del Rgto. de Infantería de Iberia
1.er Bón. del Rgto. de Infantería de América
1.er Bón. del Rgto. de Infantería de Mallorca
1.er Bón. del Rgto. de Infantería de Extremadura

2.ª DIVISIÓN
Mariscal de campo Fausto Elío[2]

I Brigada
Brigadier Carlos Bernaldo de Quirós

1.er y 2.º bons. del Regimiento de Infantería de la Princesa
2.º Bón. del Rgto. de Infantería de Cantabria
Bón. de Cazadores de Simancas
Bón. de Cazadores de Figueras

II Brigada
Brigadier Félix Sánchez

1.er Bón. del Rgto. de Infantería de Bailén
1.er Bón. del Rgto. de Infantería de África
1.er Bón. del Rgto. de Infantería de San Fernando
Bón. de Cazadores de Llerena
Bón. de Cazadores de Ciudad Rodrigo

BRIGADA DE CABALLERÍA
Brigadier José Chinchilla

2 escuadrones de Lanceros de Villaviciosa
2 escuadrones de Lanceros de Farnesio[3]
1 escuadrón de Lanceros de Santiago
2 escuadrones de Cazadores a Caballo de Albuera

ARTILLERÍA
Comandante general del Cuerpo de Ejército, comandante del arma en la plaza de Tetuán, coronel Joaquín Vivanco y León

1 batallón del 3.er Regimiento de Artillería a Pie
3 compañías de un Regimiento de Artillería Montada[4]
4 compañías del 1.er Regimiento de Artillería de Montaña

INGENIEROS

4 compañías del 1.er Batallón

CUERPO DE OCUPACIÓN DE CEUTA
Mariscal de campo Manuel Gasset

I Brigada
Brigadier Juan García

1.er y 2.º bons. del Regimiento de Infantería del Rey
Bón. de Cazadores de Cataluña

II Brigada

Bón. de Cazadores de Talavera
Bón. de Cazadores de Mérida
Bón. de Cazadores de Alcántara[5]

CABALLERÍA

Escuadrón de Cazadores a Caballo de Mallorca

ARTILLERÍA

Compañía del 1.er Regimiento de Artillería de Montaña

INGENIEROS

1 compañía del 1.er Bón. de Ingenieros
1 compañía del 3.er Bón. de Ingenieros

APÉNDICE V

EXTRACTO DE LAS BASES PRELIMINARES FIRMADAS POR O'DONNELL Y MULEY EL-ABBÁS EL 25 DE MARZO DE 1860

Artículo 1.º «Su Majestad el Rey de Marruecos cede a Su Majestad la Reina de las Españas, a perpetuidad y en pleno dominio y soberanía, todo el territorio comprendido desde el mar, siguiendo las alturas de Sierra Bullones hasta el barranco de Anghera».

Art. 2.º «Se obliga a conceder en perpetuidad en la costa del Océano en Santa Cruz la Pequeña el territorio suficiente para la formación de un establecimiento».

Art. 3.º «Ratificará a la mayor brevedad posible el convenio relativo a las plazas de Melilla, el Peñón y Alhucemas», de 24 de agosto de 1859.

Art. 4.º «Se obliga a pagar […] la suma de 20 millones de duros. La forma de pago de esta suma se estipulará en el tratado de paz».

Art. 5.º. «La ciudad de Tetuán con todo el territorio que formaba el antiguo bajalato del mismo nombre quedará en poder de S. M. la Reina de las Españas como garantía del cumplimiento de la obligación del artículo anterior hasta el completo pago de la indemnización de guerra. Verificado que sea este en su totalidad, las tropas españolas evacuarán seguidamente dicha ciudad y su territorio».

Art. 6.º. «Se celebrará un tratado de comercio».

EXTRACTO DEL TRATADO DE PAZ FIRMADO EN TETUÁN EL 26 DE ABRIL DE 1860

Artículo 1.º «Habrá perpetua paz y buena amistad» entre los dos países.

Art. 2.º «S. M. el Rey de Marruecos, llevado de su sincero deseo de consolidar la paz, conviene en ampliar el territorio jurisdiccional de la plaza española de Ceuta hasta los parajes más convenientes para la completa seguridad y resguardo de su guarnición».

Art. 3.º «Cede a S. M. la Reina de las Españas en pleno dominio y soberanía el territorio comprendido desde el mar, siguiendo las alturas de Sierra Bullones, hasta el barranco de Anghera». Los nuevos límites pasarían «por la falda o vertiente de las montañas o estribos de Sierra Bullones, en cuyas principales cúspides están los reductos de Isabel II, Francisco de Asís, Piniés, Cisneros y Príncipe Alfonso», describiendo un «arco de círculo» desde «la bahía de Handz

Rahma, en la costa norte de la plaza de Ceuta», hasta «la ensenada del Príncipe Alfonso en la costa sur». «Se establecerá un campo neutral […] hasta la cima de las montañas».

Art. 5.º Repite el 3.º de las Bases preliminares.

Art. 7.º En los territorios cuya soberanía se cede, «S. M. Católica [la reina de España] podrá adoptar todas las medidas que juzgue adecuadas para la seguridad de los mismos, levantando en cualquier parte de ellos las fortificaciones y defensas que estime convenientes».

Art. 8.º Repite el 2.º de las bases, y establece la formación de una comisión mixta para «señalar el terreno y los límites que debe tener».

Art. 9.º «S. M. marroquí se obliga a satisfacer a S. M. Católica como indemnización de los gastos de la guerra la suma de 20 millones de duros, o sean, 400 millones de reales». Lo hará «por cuartas partes», el 1 de julio, el 29 de agosto, el 29 de octubre y el 28 de diciembre. Si el pago total se realiza antes de esos plazos, «el ejército español evacuará en el acto» Tetuán y su territorio. Mientras no se haga, continuará la ocupación.

Art. 13.º Repite el 6.º de las bases.

Art. 14.º Un mes después de la ratificación del tratado de paz, «se reunirán los comisionados nombrados por ambos gobiernos para la celebración del de comercio».

BIBLIOGRAFÍA

Fuentes impresas

ABENIA TAURE, I., 1859: *Memorias sobre el Riff, su conquista y colonización: obra original, interesante a las naciones civilizadas y en particular al ejército español / dála á la luz su autor Ignacio de Abenia Taure*, Zaragoza, Imprenta de Antonio Gallifa.

ACASO DELTELL, S., 2001: «Orígenes y características de la guerra de África», en *Ceuta y la guerra de África de 1859-1869*, Instituto de Estudios Ceutíes, Ceuta.

ACASO DELTELL, S., 2007: *Una guerra olvidada (Marruecos 1859-1860)*, Inédita, Barcelona.

ALARCÓN, P. A. de, 1859: *Diario de un testigo de la guerra de África*, Imprenta y librería de Gaspar y Roig Editores, Madrid.

ALARCÓN CABALLERO, J. A., 2011: «Ceuta en la guerra de África de 1859-1860, la forja de una ciudad», en *Ceuta y la guerra de África de 1859-1860*, Instituto de Estudios Ceutíes, Ceuta.

ALBISU ANDRADE, P., 2011: *La guerra de África 1859-1860. La División Vascongada (el 2.º Tercio)*, Patxi Albisu Andrade, San Sebastián.

Álbum de la guerra de África, Periódico *Las Novedades*, Madrid, 1860.

ALCALÁ, C., 2005: *La campaña de Marruecos 1859-1860*, Quirón Ediciones, Valladolid.

ALERMÓN Y DORREGUIZ, 1859: *Descripción del imperio de Marruecos*, Imprenta de don Alejandro Gómez Fuentenebro, Madrid.

AMELLER, V. de, 1861: *Juicio crítico de la guerra de África o Apuntes para la Historia Contemporánea: dedicados a la prensa periódica de todos los matices políticos*, Imprenta de Francisco Abienzo, Madrid.

AMOR Y MAYOR, F., 1859: *Recuerdos de un viaje a Marruecos*, Imprenta de La Andalucía, Sevilla.

Anuario estadístico de España 1860-1861, Junta General de Estadística, Madrid, 1862-1863.

Anuario estadístico de España correspondiente a 1859 y 1860, Imprenta Nacional, Madrid, 1860.

ARQUÉS, E. Y GIBERT, N., 1992: *Los mogataces*, los primitivos soldados moros de España en África. Datos para la Historia del Ejército colonial, Algazara, Málaga.

Atlas histórico y topográfico de la Guerra de África, 1861, Depósito de la Guerra, Madrid.

BALAGUER, V., 1860a: *Jornadas de gloria o los españoles en África*, 2 vols., Plus Ultra, Madrid/Barcelona/La Habana.

BALAGUER, V., 1860b: *Relación de los festejos celebrados en Barcelona en los primeros días de mayo de 1860, con motivo del regreso de los voluntarios de Cataluña y tropas del Ejército de África*, Librería Española, Madrid-Barcelona.

BAUDOZ, A. et OSIRIS, I., 1860: *Histoire de la guerre de l'Espagne avec le Maroc*, Lebigre-Duquesne Frères Editeurs, Paris.

BECKER, J., 1903: *España y Marruecos, sus relaciones diplomáticas durante el siglo XIX*, Tipolitografía Raoul Péant, Madrid.

BECKER, J., 1915: *Historia de Marruecos*, Establecimiento tipográfico de Jaime Ratés, Madrid.

BECKER, J., 1918: *Tratados, convenios y acuerdos referentes a Marruecos y la Guinea Española/coleccionados por encargo de la Liga Africanista Española*, Imprenta del Patronato de Huérfanos de Intendencia e Intervención Militares, Madrid.

BELLIDO Y MONTESINOS, J., 1869: *El general Prim en Méjico y Castillejos*, Imprenta y Librería de José Antonio García, Madrid.

BELTRÁN, F. C., 1860: *Historia de la guerra de África*, Imprenta de M. G. Marín, Madrid.

BEN-SRHIR, K., 2004: *Britain and Morocco during the Embassy of John Drummond Hay*, Routledge, London.

BOUDOT, P. et PAULIER, V., 1909: *Une mission militaire prussienne au Maroc en 1860*, Librairie MIlitaire R. Chapelot et Cie, Paris, 1908.

BRUGADA Y ROS, F., 1861: *Historia del batallón de cazadores de Alba de Tormes n.º 10 durante la campaña de África ocurrida en 1859-1860*, Imprenta de Andrés Abadal, Manresa.

BUGEAUD, mariscal, 1846: *Aperçus sur quelques details de la guerre*, avec des planches explicatives, Imprimerie de Gustave Gratiot, Paris.

CAJAL VALERO, A., 2012a: «Discrepancias entre las tres “Provincias Hermanas”. El reclutamiento de los Tercios Vascongados para la guerra de África», *Sancho el Sabio: Revista de Cultura e Investigación Vasca*, n.º 35, 67-84.

CAJAL VALERO, A., 2012b: «La participación de los Tercios Vascongados en la guerra de África (1859-1860)», *Revista de Historia Militar*, n.º 112, año LVI, 125-196.

CAJAL VALERO, A., 2013: «La cuestión foral vasca y el gobierno O’Donnell durante la guerra de África», *Historia Contemporánea*, n.º 46, 85-110.

CAMPUZANO, F., 1859: *La cuestión de Marruecos considerada según el interés del Partido Liberal y la conveniencia de la nación*, Imprenta de Manuel Anoz, Madrid.

CÁNOVAS DEL CASTILLO, A., 1854: *Historia de la decadencia de España desde el advenimiento de Felipe III al trono hasta la muerte de Carlos II*, Biblioteca Universal, Madrid.

CÁNOVAS DEL CASTILLO, A., 1860: *Apuntes para la historia de Marruecos*, Imprenta la Americana, Madrid.

CÁNOVAS DEL CASTILLO, A., 1883: *El solitario y su tiempo*, vol. II, A. Pérez Dubrull, Madrid.

CARR, R., 1969: *España 1808-1939*, Ariel, Barcelona.

CASTELAR, E., Paula Canalejas, D. F. de, CRUZADA VILLAMIL, D. G., MIGUEL MORAYTA, D., 1859: *Crónica de la guerra de África*, Imprenta de V. Matute y B. Compagni, Madrid[*].

CASTILLO, R. del, 1859: *España y Marruecos: Historia de la guerra de África. Escrita desde el campamento*, Jesús Gracia Editor, Cádiz.

CASTILLO, R. del, 1860: *Historia de la vida militar y política de O’Donnell*, La Publicidad-Librería Española, Cádiz-Madrid.

Comisión de Estadística General del Reino, 1858: *Censo de la población de España, según el recuento verificado en 21 de mayo de 1857*, Imprenta Nacional, Madrid.

CHAUCHAR, A. (capitaine d’Infanterie), 1862: *Espagne et Maroc*, campagne de 1859-1860, J. Corréard éditeur, Paris.

CHRISTIANSEN, E., 1974: *Los orígenes del poder militar en España, 1808-1854*, Aguilar, Madrid.

DIANA, M. J., 1859: *Un prisionero en el Rif. Memorias del ayudante Álvarez*, Imprenta Nacional, Madrid.

DRUMMOND-HAY, L. A. E. & DRUMMOND-HAY, A. E., 1896: *A memoir of sir John Drummond Hay,* John Murray Albemarle Street, London.

DURÁN, N., 1979: *La Unión Liberal y la modernización de la España isabelina: una convivencia frustrada, 1854-1868,* Akal Editor, Madrid.

ENNASIRI ESSLAOUI, A., 1907: *Chronique de la dynastie Alaouie du Maroc (Kitab Elistiqsa el Maggrib Elqasa), Archives Marocaines*, publication de la mission scientifique du Maroc, vol. X, Ernest Léroux Éditeur, Paris.

ESTÉBANEZ CALDERÓN, S. E., 1844: *Manual del oficial en Marruecos*, Imprenta de D. Ignacio Boix, editor, Madrid.

FEIJÓO GÓMEZ, A., 1966: «Quintas y protesta social en el siglo XIX», *Historia 16,* n.º 191, 19-30.

FERNÁNDEZ BASTARRECHE, F., 1978: *El Ejército español en el siglo XIX*, Siglo XXI, Madrid.

FERNÁNDEZ DE CÓRDOVA, F., 1882: *La Revolución de Roma y la expedición española de 1849,* Imprenta de Manuel G. Hernández, Madrid.

FERNÁNDEZ DE CÓRDOVA, F., 1889: *Mis Memorias íntimas*, vol. III, Establ. tipog. «Sucesores de Rivadeneyra», Madrid.

FERREIRO, Martín, 1860: *Descripción del imperio de Marruecos y esplicación del nuevo mapa del teatro de la guerra,* Imprenta de Las Novedades, Madrid.

FILLIAS, M. A., 1860: *L'Espagne et le Maroc en 1860,* Poulet-Malassis et De Broise Imprimeurs-Libraires-Éditeurs, Paris.

FLOURNOY, F. R., 1935: *British Policy towards Morocco in the age of Palmerston (1830-1865)*, John Hopkins Press, Baltimore.

FRONTERA CARRERAS, G., HERRERO FERNÁNDEZ-QUESADA, M. D.ª, MEDINA ÁVILA, C., VERDERA FRANCO, L., 1994: *La Artillería española: Al pie de los cañones*, Tabapress, Madrid.

GALIBERT, L. y ROTONDO, A., 1859: *La Argelia antigua y moderna desde los primeros establecimientos de los cartagineses, hasta la espedicion* (sic) *del general Random, en 1853, por M. Leon Galibert y el Imperio de Marruecos, escrito por los historiadores de más fama, traducido y continuado con todos los acontecimientos a que pueda dar lugar la cuestión hoy pendiente entre España y dicho país, por Antonio Rotondo*, vol. II, Don Joaquín Sierra editor, Madrid.

GALINDO Y DE VERA, L., 1861: *Intereses legítimos y permanentes que en África tiene España y deberes que la civilización le impone respecto a aquel país*, Imprenta del Colegio de Sordomudos y de ciegos, Madrid.

GARCÍA FIGUERAS, T., 1961: *Recuerdos centenarios de una guerra romántica. La guerra de África de nuestros abuelos (1859-1860)*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid.

GARRIDO GUIJARRO, Ó., 2014: *Aproximación a los antecedentes, las causas, y las consecuencias de la guerra de África (1859-1860)*, Tesis doctoral de la UNED, Madrid.

GARRIDO Y TORTOSA, F., 1862: *L'Espagne contemporaine: ses progres moraux et materiels au XIX siècle*, A. Lacroix, Verboeckhoven et Cie, Bruselas y Leipzig, Bruselas [ed. en esp.: *La España contemporánea*, Urgoiti Editores, Pamplona, 2009].

GERMOND DE LAVIGNE, A., 1889: *Les espagnols au Maroc*, Charles Bayle Éditeur, Paris.

GIMÉNEZ Y GUITED, F., 1871: *Historia militar y política del Excmo. Sr. don Juan Prim, conde de Reus*, Establecimiento de El Plus Ultra, Barcelona-Madrid.

GODARD, L., 1859: *Notes d'un voyageur*, [s. n.], Alger.

GÓMEZ DE ARTECHE, J. y COELLO, F., 1859: *Descripción y mapas de Marruecos*, Establecimiento tipográfico de D. Francisco de P. Mellado, Madrid.

GÓMEZ RODRÍGUEZ, L., 2013: «La Sanidad Militar en la Guerra de África (1859-1860)», *Sanidad Militar*, vol. 69 (2), abril/junio.

GONZÁLEZ ALCANTUD, J. A. (ed.) y LORENTE RIVAS, M. (col.), 2004: *Pedro Antonio de Alarcón y la guerra de África*, Anthropos Editorial, Barcelona.

GONZÁLEZ RUESGAS, F., 1860: *Diario de la Guerra de África*, Imprenta de don Anselmo Santa Coloma, Madrid.

GOROSTIDI, Ángel de, 1907: «Tercios Vascongados en África», *Euskal-Herria, Revista Vascongada*, t. 57, 2.º semestre.

GUTIÉRREZ MATURANA, J., 1876: *Bajo la tienda, 1859 y 1860: impresiones del momento*, Imprenta, Librería, Estereo-galvanoplastia y Taller de Grabado de Gaviria y Zapatero, Valladolid.

HARDMAN, F., 1860: *The Spanish campaign in Morocco*, William Blackwood and Sons, Edinburgh-London.

HEADRICK, D. R., 1981: *Ejército y política en España (1866-1898)*, Editorial Tecnos, Madrid.

HERRERO DE COLLANTES, I. (marqués de Aledo), 1952: «Unos documentos inéditos para la historia de la guerra de África (enero-abril 1860)», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, tomo CXXXI, cuaderno 1, julio-septiembre.

Historia del Regimiento de Húsares de la Princesa, Madrid, Imprenta de Francisco Nozal, 1883.

HOOKER, J. D. & BALL, J., 1878: *Journal of a tour in Morocco*, Macmillan and Co., London.

IBO ALFARO, M., 1859: *Españoles… a Marruecos*, Imprenta de D. Manuel de Ancos, Madrid.

IBO ALFARO, M., 1860: *La corona de laurel*, 3 vols., Establecimiento Literario y Tipográfico de don Manuel Ibo Alfaro, Madrid.

IBO ALFARO, M., 1868: *Apuntes para la historia de don Leopoldo O'Donnell*, Imprenta del Indicador de los Caminos de Hierro, Madrid.

INAREJOS MUÑOZ, J. A., 2007: *Intervenciones coloniales y nacionalismo español: la política exterior de la Unión Liberal y sus vínculos con la Francia de Napoleón III (1856-1868)*, Sílex, Madrid.

J. R. S., 1859: *El imperio de Marruecos, reseña general histórico-político-militar*, Librería de Juan Oliveras, Barcelona.

JOLY, A., 1910: *Historia crítica de la guerra de África en 1859-1860*, Imprenta y Litografía de Bernardo Rodríguez, Madrid.

La Guerra de África emprendida por el Ejército español en octubre de 1859. Historia de los sucesos que están ocurriendo con admiración general de Europa en el norte de aquel vasto y dilatado Imperio, Tipografía de José Gaspar, Barcelona, 1859.

LAFUENTE Y ALCÁNTARA, E., 1862: *Catálogo de los códices arábigos adquiridos en Tetuán*, Imprenta Nacional, Madrid.

LANDA, N., 1859: *Memoria sobre la alimentación del soldado: necesidad de mejorarla y reglas que deben observarse para la confección de los ranchos en guarnición y en campaña*, Imprenta de Manuel Álvarez, Madrid.

LANDA, N., 1860: *La campaña de Marruecos*. Memorias de un médico militar, Imprenta de Manuel Álvarez, Madrid.

LAVALLÉE, T., 1859: *Géographie physique, Historique et militaire*, Roussell jeane, Metz.

LÉCUYER, M. C. y SERRANO, C., 1976: *La guerre d'Afrique et ses répercussions en Espagne*, Presses Universitaires de France, Paris.

LLANOS Y ALCARAZ, A., s. a.: *Siete años en África. Aventuras del renegado Sousa en Marruecos, Argelia, el Sahara, Nubia y Abisinia*, Librería de Cuesta, Madrid.

LLANTA, S., 1869: *Los diputados pintados por sus hechos*, R. Labajos y Compañía, Editores, Madrid.

LÓPEZ DE LETONA, A., 1866: *Estudios críticos sobre el estado militar de España*, Imprenta de José M. Ducazcal, Madrid.

LOZANO MUÑOZ, F., 1872: «Apuntes sobre Marruecos», *Revista de España*, 5.º año, tomo XXVIII (julio y agosto).

MÁRQUEZ DE PRADO, José A., 1859: *Recuerdos de África*, Imprenta de José Gaspar, Madrid.

MARTÍN ARRÚE, F., 1898: *La Guerra de África de 1859 a 1860. Lecciones que explicó en el curso de estudios superiores del Ateneo de Madrid*, Imprenta del Cuerpo de Artillería, Madrid.

MARTÍN ARRÚE, F., 1915: *Guerra hispano-marroquí de 1859 y 1860*, Real Academia de la Historia, Madrid.

MARTÍN GÓMEZ, A., 2009a: *La batalla de los Castillejos*, Almena, Madrid.

MARTÍN GÓMEZ, A., 2009b: *Los combates de Ceuta*, Madrid.

MARTÍN GÓMEZ, A., 2011: *De Tetuán a Guad Ras*, Almena, Madrid.

MAURA GAMAZO, G., 1905: *La cuestión de Marruecos desde el punto de vista español*, M. Romero, impresor, Madrid.

MEAKIN, B., 1899: *The Moorish Empire*, Swan Sonnenschein & Co., Lim, London.

Memoria administrativa de la campaña de África, Imprenta Nacional, Madrid, 1862.

Memoria sobre la organización y estado del Ejército en 1.º de enero de 1860, Depósito de Guerra, Madrid, 1860.

MERRY Y COLOM, F. (1864): *Relación del viaje a la ciudad de Marruecos que por disposición del Excmo. Sr. D. Manuel Pando, marqués de Miraflores, Primer Secretario de Estado, verificó en el mes de mayo de 1863 D. […], Ministro residente de S. M. la Reina de España cerca del Sultán Sid Mohamed Ben Abderraman*, Imprenta Nacional, Madrid.

MERRY Y COLOM, F., 1894: *Mi embajada extraordinaria a Marruecos en 1863*. Por D. (…), Conde de Benomar, (…), Librería Viuda de Hernando y Cía, Madrid.

MESA GUTIÉRREZ, J. L. de, 2017: *De los mogataces a la Milicia Voluntaria de Ceuta*, Fajardo el Bravo, Lorca (Murcia).

«Milhombres» en África. Hazañas en la Guerra de África del general don Francisco de Paula Romero y Palomeque (1859-1860), El mensajero del corazón de Jesús, Bilbao, 1923.

MIRAFLORES, Manuel Pando Fernández de Pinedo, marqués de, 1873: *Continuación de las Memorias políticas para escribir la historia del reinado de Isabel II*, vol. II, Imprenta y Estereotipia de M. Rivadeneyra, Madrid.

MONEDERO ORDÓÑEZ, D., 1893: *Episodios militares del Ejército de África*, Imp. y Lib. del Centro Católico, Burgos.

MORDACQ (commandant), 1904: *La guerre au Maroc*; enseignements tactiques des deux guerres franco-marocaine, 1844, et hispano-marocaine, 1859-1860, Henri Charles-Lavauzelle, Éditeur militaire, Paris.

NAVARRETE, J., s. a.: *Desde Vad-Ras a Sevilla*, Imprenta a cargo de Víctor Saiz, Madrid.

NAVARRO Y RODRIGO, C., 1869: *O'Donnell y su tiempo*, Imprenta de la Biblioteca Universal Económica, Madrid.

NÚÑEZ DE ARCE, G., 2003: *Crónicas periodísticas de la guerra de África (1859-1860)*, Biblioteca Nueva, Madrid.

O'DONNELL, L., 1861: *El ministerio O'Donnell ante la representación nacional de 1861*, por un español ni moderado, ni progresista, ni demócrata, ni neo-católico, ni de la Unión Liberal, Imprenta de la Galería Literaria, Madrid.

ORELLANA, F. J., 1871: *Historia del general Prim*, 3 tomos, Centro Editorial Artístico de Miguel Seguí, Barcelona.

OTERO, R., 1860: *Descripción del plano de la batalla de Tetuán*, Imprenta de Las Novedades, Madrid.

PAYNE, S. G., 1968: *Los militares y la política en la España contemporánea*, Ruedo Ibérico, Paris.

PÉREZ CALVO, J., 1860: *Siete días en el campamento de África al lado del general Prim*, Imprenta de T. Fortanet, Madrid.

PÉREZ GALDÓS, B., 1905: *Aita Tettauen*, Establecimiento tipográfico de la Viuda e Hijos de Tello, Madrid.

PIELTAIN DE LA PEÑA, R., 1960: «Panorama general de la guerra de África», *Revista de Historia Militar*, n.º 6, año VI.

PIRALA, A., 1876: *Historia contemporánea. Anales desde 1843 hasta la conclusión de la actual guerra civil*, vol. II, Imprenta y Fundición de Manuel Tello, Madrid.

POBLACIÓN Y FERNÁNDEZ, A., 1860: *Historia médica de la guerra de África*, Imprenta de Manuel Álvarez, Madrid.

PUELL, F., 1996: *El soldado desconocido. De la leva a la «mili»*, Biblioteca Nueva, Madrid.

R. R. de M., 1860: *Crónica de la guerra de África*, Imprenta y Litografía de D. Juan José Martínez, Madrid.

RAMÍREZ ARCAS, A., 1859: *Manual descriptivo y estadístico de las Españas consideradas bajo todas sus fases y condiciones*, Imprenta Nacional, Madrid.

REDONDO PENAS, A., 2010: *Voluntarios catalanes en la guerra de África*, Archivo General, Ceuta.

REMACHA, José Ramón, 2011: «La paz de Tetuán de 1860. Ni tan chica la paz, ni tan grande la guerra», en *Ceuta y la guerra de África de 1859-1860*, XII Jornadas de Historia de Ceuta, Instituto de Estudios Ceutíes.

REPARAZ, G. de, 1907: *Política de España en África*, Imprenta Barcelonesa, Barcelona.

REY, M. del, 2001: *La guerra de África. Uniformes, armas y banderas*, Grupo Medusa Ediciones, Madrid.

RIEGO AMÉZAGA, B., 2001: «La campaña de África de 1859, primera guerra mediática española», en M. Parias Sáinz de Rozas, E. Arias Castañón, M.ª José Ruiz, M.ª Elena Barroso Villar (coords.), *Comunicación, historia y sociedad: Homenaje a Alfonso Braojos*, Universidad de Sevilla, Sevilla.

ROCA, M. V., 1860: *Europa, la guerra de África y los partidos políticos en España*, Imprenta de C. Bailly-Baillière, Madrid.

ROMERO MORALES, Y., 2014: «Prensa y literatura en la Guerra de África (1859-1860). Opinión publicada, patriotismo y xenofobia», *Revista de Historia Contemporánea*, n.º 49, 619-644.

SANZ LALLANA, P. (ed.), 2002: *Sucesos de la guerra de África. Diario de Clemente Borobio*, Centro Soriano de Estudios Tradicionales, Soria.

SECO SERRANO, C., 1984: *Militarismo y civilismo en la España contemporánea*, Instituto de Estudios Económicos, Madrid.

SERRALLONGA URQUIDI, J., 1998a: «La guerra de África (1859-1869). Una revisión crítica», en *Ayer*, Madrid, Asociación de Historia Contemporánea y Ed. Marcial Pons, n.º 29, 139-159.

SERRALLONGA URQUIDI, J., 1998b: «La guerra de África y el cólera», en *Hispania, Revista Española de Historia*, 58/I, n.º 198, 233-260.

Servicio Histórico Militar, 1947: *Historia de las campañas de Marruecos*, tomo I, Imprenta del Servicio Geográfico del Ejército, Madrid.

Sevilla Andrés, D., 1960: *África en la política española del siglo XIX*, Instituto Superior de Estudios Africanos, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid.

Soraluce, P. M. de, 1913: «23 de marzo de 1860. Wad Ras», *Euskal-Herria, Revista Vascongada*, t. 68, 1.er semestre, 299-306.

Soto, S. M., 1897: *El Tercio alavés en la Guerra de África*, Imprenta de Domingo Sar, Vitoria.

Torrijos, M., 1860: *El imperio de Marruecos*, su historia, geografía, topografía, estadística, religión, costumbres, industria, agricultura, artes, milicia, etc., Imprenta a cargo de Eduardo Martínez, Madrid.

Tuñón de Lara, M., 1975: *La España del siglo XIX*, vol. I, Editorial Laia, Barcelona.

Valdés, S., 1859: *Apuntes sobre el imperio de Marruecos*, Imprenta de C. González, Madrid.

Valdespino, S. A., 1859: *La question du Maroc examiné au point de vue espagnol et européen (Ce qu'elle est, a été et sera)*, Librairie Ledoyen, Paris.

El Romancero de la guerra de África, Imprenta y Estereotipia de M. Rivadeneyra, Madrid, 1860.

Ventosa, E., 1859: *Españoles y marroquíes. Historia de la guerra de África*, 2 vols., Librería de Salvador Manero, Barcelona.

Ventosa, E., 1860: *La regeneración de España*, Librería de Salvador Manero, Barcelona.

Vidal, L., 1860: *L'Espagne en 1860*, Chez Ledoyen, Libraire au Palais Royal, Paris.

Wallis, S. T., 1853: *Spain, her institutions, politics and public men*, Ticknor, Reid, and Fields, Boston.

Weil, 1883: *Oeuvres militaires du Maréchal Bugeaud, duc d'Isly*, Librairie MIlitaire de L. Baudoin, Paris.

Yriarte, Ch., 1870: *Les tableaux de la guerre*, Alphonse Lemerre, Éditeur, Paris.

Yriarte, Ch., s. a.: *Recuerdos de la Guerra de África: bajo la tienda*, B. Castellá, Barcelona.

Yusuf (général), 1851: *De la guerre en Afrique*, Librairie Militaire de J. Dumaine, Paris.

Diarios, periódicos y revistas

Diario del Congreso.
Diario del Senado.
El Cañón Rayado, impresa entre 1859 y 1860, Imprenta de Euterpe, de J. Anselmo Clavé y A. Bosch, Barcelona.
El Mundo Militar, impresa entre 1859 y 1865, Imprenta y Litografía militar del Atlas, Madrid.
El Museo Universal, impresa entre 1857 y 1869, Imprenta y librería de Gaspar y Roig, Madrid.
Gaceta de Madrid¸impresa entre 1808 y 1936, Antonio Bizarròn, Madrid.
La América: crónica hispano-americana, impresa entre 1857 y 1886, Imprenta de La Tutelar, Madrid.
La Discusión. Diario Democrático, impresa entre 1856 y 1887, Imprenta de D. Antonio Morales, Madrid.
La Época, impresa entre 1849 y 1936, Establecimiento tipográfico de D. Agustín Aguirre y compañía, Madrid.
La España, impresa entre 1848 y 1868. Durante la guerra: Imprenta de La España, Madrid.
La Esperanza, periódico de la tarde, impreso entre 1844 y 1874, Imprenta de D. Pedro Mora y Soler, Madrid.
La Iberia. Diario liberal de la mañana, impreso entre 1854 y 1898, Imprenta de La Iberia, Madrid.
Revista de Sanidad Militar Española y Extranjera, 1864-1865, Imprenta de D. Alejandro Gómez Fuentenebro, Madrid.

Otros

FERNÁNDEZ RIVERO, J. A., 2011: *La fotografía militar en la Guerra de África: Enrique Facio*, Ceuta y la guerra de África de 1859-1860: XII Jornadas de Historia de Ceuta. Instituto de Estudios Ceutíes, Ceuta.



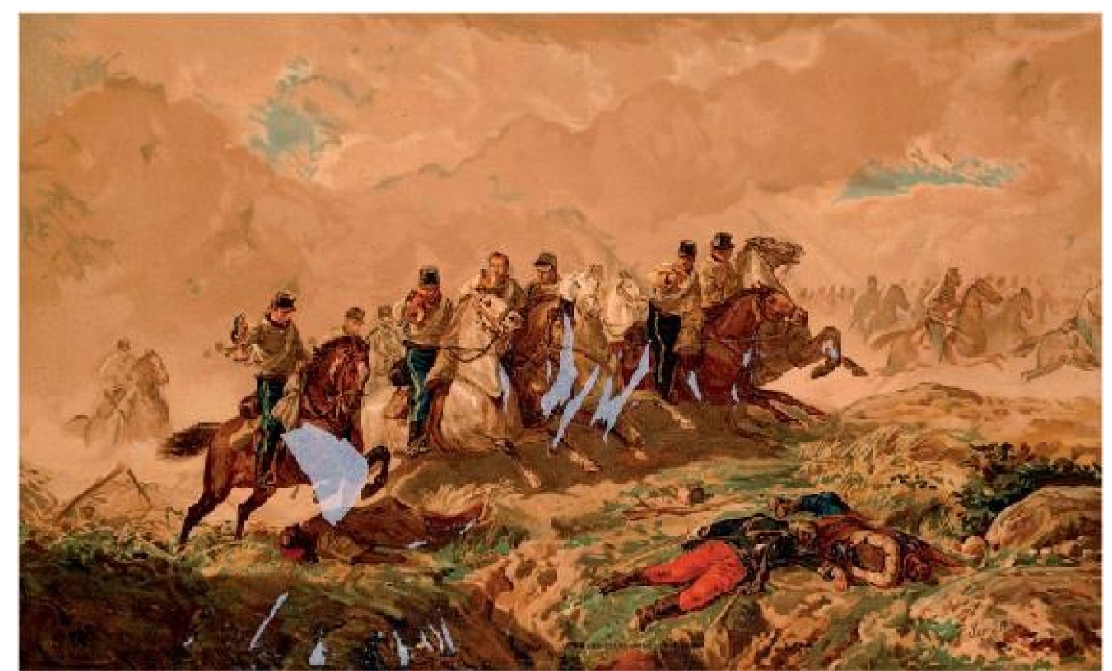
El sultán de Marruecos Muley Abderramán junto a su guardia y oficiales (1845), óleo de Eugène Delacroix (1798-1863), Museo de los Agustinos de Toulouse.



Fantasía árabe (1867), óleo de Mariano Fortuny (1838-1874), Walters Art Museum de Baltimore, Maryland.



Choque de la caballería española con la marroquí durante la Guerra de África, Museo Nacional del Romanticismo, Madrid.



Carga de húsares en la Guerra de África (1859), estampa litográfica de P. Serrallonga y R. Balaca, Biblioteca Nacional, Madrid.



La batalla de Tetuán, óleo de Francesc Sans i Cabot (1828-1881), Museo del Ejército, Toledo. © Museo del Ejército.


Choque de la infantería marroquí y la española durante la Batalla de Tetuán (1870), óleo de Vicente Palmaroli (1834-1896), Museo del Ejército, Toledo. © Museo del Ejército.


La batalla de Tetuán (1862-1864), óleo de Mariano Fortuny (1838-1874), Museo Nacional de Arte de Cataluña, Barcelona.



Combate entre tropas marroquíes y españolas en la Guerra de África (1889), obra de César Álvarez Dumont (1866-1945), Palacio del Senado, Madrid.



Soldado español victorioso sobre un marroquí durante la Guerra de África, dibujo a color en *Jornadas de Gloria o Los Españoles en África* (1860), de Víctor Balaguer.



El general Prim en la batalla de Tetuán junto a los Voluntarios Catalanes (1865), óleo de Francesc Sans i Cabot (1828-1881), Palacio de la Capitanía General de Barcelona. © MNAC.



Cuadro que representa al general Prim y los Voluntarios Catalanes durante la batalla de Tetuán, óleo de Francesc Sans i Cabot (1828-1881), Salón Prim del Cuartel General del Ejército, Palacio de Buenavista, Madrid.



La batalla de Wad-Ras (1863), óleo de Mariano Fortuny (1838-1874), Museo Nacional del Prado, Madrid.



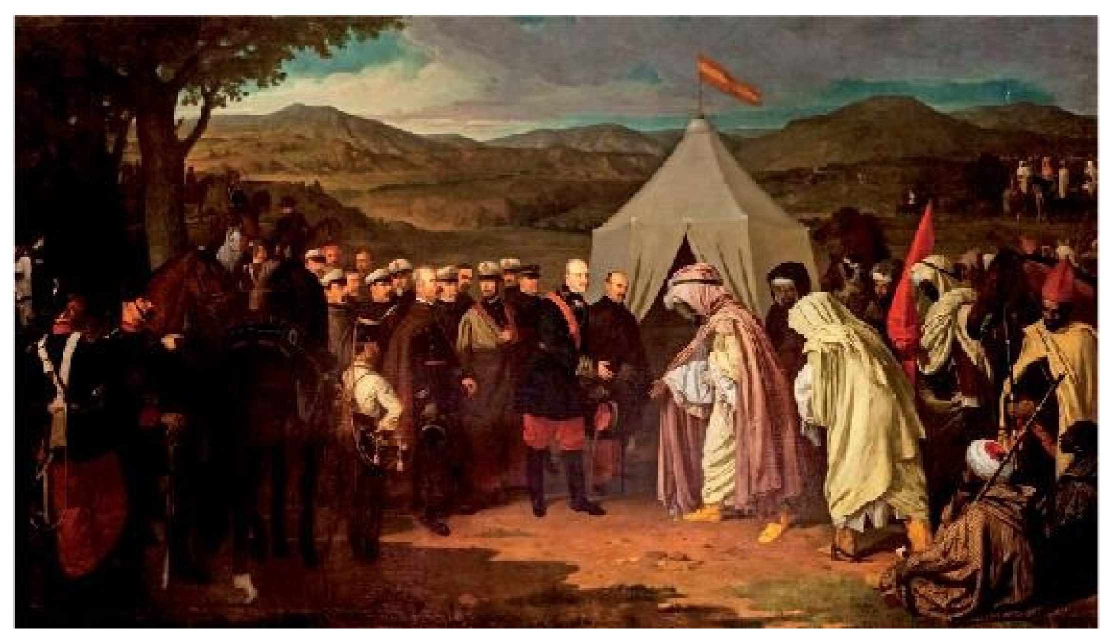
«Batalla del 23 de marzo de 1860. Los Tercios Vascongados y Cazadores de Tarifa, atacan las posiciones marroquíes y logran un triunfo completo», litografía a partir de dibujo de C. Múgica en *Episodios de la Guerra de África* (1859-1860). Cortesía del Museo de San Telmo, San Sebastián.



Retrato del teniente general Antonio Ros de Olano (1849), óleo de José Gutiérrez de la Vega (1791-1865), Museo Nacional del Prado, Madrid (no expuesto).



Jefe árabe (1874), óleo de Mariano Fortuny (1838-1874), Philadelphia Museum of Arts, Pensilvania.



La paz de Wad-Ras (1870), óleo de Joaquín Domínguez Bécquer (1817-1879), Casa Consistorial de Sevilla.

Notas

[1] Título de una obra de Manuel Ibo Alfaro, impresa en Madrid en 1869. Está firmada el 16 de noviembre, pocos días antes de que empezaran las hostilidades formales. <<

[2] Martín Arrúe, F., 1915. En las páginas 16-32 reproduce los intercambios escritos que se produjeron entre distintas autoridades, utilizando documentación existente entonces en el Depósito de la Guerra. Es una fuente esencial para la gestación de la crisis. <<

[3] *Ibid*., 17. <<

[4] Cuando los españoles ocuparon Tetuán, encontraron en la casa del ministro marroquí de Negocios Extranjeros documentación sobre la firma de ese acuerdo, que revelaba la ambigua actitud británica sobre el mismo. Ver una carta del cónsul inglés de 15 de enero de 1859 en Herrero de Collantes, I. (marqués de Aledo), 1952, 44-45. <<

[5] Ver el texto en Becker, J., 1918, 20. <<

[6] Remacha, J. R., 2001, 21 y 25. <<

[7] Acaso Deltell, S., 2007, 32. <<

[8] Martín Arrúe, F., 1915, 14-15. <<

[9] Becker, J., 1918, 47-49. <<

[10] Ennasiri Esslaoui, A., 1907, 212. «Corona» figura en español, en el original. <<

[11] Un estudio exhaustivo sobre el proceso negociador en Garrido Guijarro, Ó., 2014, 162-218. <<

[12] Amor y Mayor, F., 1859, 52. La dedicatoria es del 15 de agosto del mismo año. <<

[13] Ennasiri Esslaoui, A., 1907, 213. <<

[14] Godard, L., 1859, 66. <<

[15] Herrero de Collantes, I. (marqués de Aledo), 1952, 58-59. Carta de Tomás de Lignés a Calderón Collantes. **<<**

[16] Diana, M. J., 1859. <<

[17] Servicio Histórico Militar, tomo I, 1947, 196. El cuerpo de observación comprendía también tres escuadrones, tres compañías de artillería de montaña y una de ingenieros. <<

[18] La correspondencia intercambiada aparece, más o menos completa, en diversas fuentes, pero la que el Gobierno dio a conocer oficialmente al Parlamento, nutrida, aunque expurgada, figura en el apéndice 3.º del número de 4 de junio de 1860 del *Diario del Congreso*. <<

[19] *El Mundo Militar*, año 1, n.º 1, de 13 de noviembre de 1859, 3-6, para una descripción de esos pequeños combates. <<

[20] Maura Gamazo, G., 1905, 18. <<

[21] Garrido Guijarro, Ó., 2014, 173-174. <<

[22] Es significativo que esta carta no aparezca en la colección enviada al Congreso. Se encuentra en Beltrán, F. C., 1860, 33-34. <<

[23] *Ibid*., 36-37. Tampoco fue publicada en el *Diario del Congreso*. <<

[24] Alarcón Caballero, J. A., 2001, 329. <<

[25] Garrido Guijarro, Ó., 2014, 179. Despacho a Calderón Collantes, de 9 de octubre. El autor describe con sólido apoyo documental la posición falsa en la que el Gobierno, con sus exigencias, colocó al cónsul. <<

[26] Fillias, M. A., 1860, 146 y 148. El autor, no obstante, consideraba dichas condiciones «justas y necesarias». <<

[27] *Diario del Congreso* del 13 de marzo de 1859. La enmienda figura en el apéndice 1.º. <<

[28] *Diario del Congreso*, del 1 de octubre de 1859, apéndice 2.º. <<

[29] *Diario del Congreso*, del 1 de octubre de 1859, apéndice 3.º. **<<**

[30] *Diario del Congreso*, del 8 de octubre de 1859, apéndice 2.º. <<

[31] *Diario del Congreso*, del 8 de octubre de 1859, apéndice 4.º. <<

[32] *Diario del Congreso*, del 11 de octubre de 1859. <<

[33] Entonces se escribía así habitualmente. <<

[34] *Diario del Congreso*, del 12 de octubre de 1859, apéndices 1.º y 2.º, respectivamente. <<

[35] *Diario del Congreso*, del 17 de octubre de 1859. <<

[36] Pirala, A., 1876, vol. II, 344. <<

[37] Una obra más reciente que mantiene esa línea es la de Sevilla Andrés, D., 1960, 108 y ss. <<

[38] Ver el periódico satírico *El Cañón Rayado*, permanentemente obsesionado por «el inglés, […] sustancia dañina», n.º 1, de 11 de diciembre de 1859. <<

[39] Becker, J., 1903, 44-61, para esta crisis. <<

[40] Ben-Srhir, K., 2005, 40-46, obra imprescindible, basada en documentación oficial marroquí y británica. <<

[41] Ben-Srhir, K., 2005, XV-XVII, introducción de Daniel J. Schroester. <<

[42] *Ibid.*, 79. <<

[43] *Ibid*., 233. Ver también Drummond-Hay, L. A. E. & Drummond-Hay, A. E., 1896 para su argumentación. <<

[44] Becker, J., 1918, 31-41, para los distintos documentos firmados. <<

[45] Ennasiri Esslaoui, A., 1907, 213. <<

[46] Ben Srhir, K., 2005, 81, para ambos oficios. <<

[47] *Ibid*., 83-84. <<

[48] Flournoy, F. R., 1935, 193. <<

[49] Ben Srhir, K., 2005, 90-91, para ambos escritos. <<

[50] *Ibid.*, 91. <<

[51] Drummond-Hay, J., *sir*, 1896, 205-206. <<

[52] Ben Srhir, K., 2005, 88. Escrito del 12 de octubre de 1859. <<

[53] *Ibid*., 306, nota 158, citando fuentes marroquíes. <<

[54] *Gaceta de Madrid*, del 4 de junio de 1860, ya citada, para este y todos los documentos que se mencionan a continuación. <<

[55] Ben Srhir, K., 2005, 83. <<

[56] Ibo Alfaro, M., 1859, 24. <<

[57] R. R. de M., 1860, 294-296. <<

[58] Nelson, D., 1979, nota en página 236. <<

[59] Hardman, F., 1860, 24-26, para los sentimientos del Ejército de África al respecto y 138-139 para las sospechas sobre Drummond-Hay. <<

[60] *Ibid.*, 80, para un ejemplo del duro lenguaje que Buchanan llegó a utilizar con Calderón Collantes. No extraña que este acabara hastiado de su interlocutor británico. <<

[61] Flournoy, F. R., 1935, 195 y 196, respectivamente. Como reconoció Buchanan, Calderón Collantes llegó a estar tan hastiado de él que intentaba evitar los contactos directos entre ambos. Ben Srhir, K., 2005, 89. <<

[62] *Ibid*., 198-199. <<

[63] Ben-Srhir, K., 2005, 93. <<

[64] Ver un paralelismo interesante en Valdespino, S. A., 1859, 141-151. <<

[65] Flournoy, F. R., 1935, 259. <<

[66] Inarejos Muñoz, J. A., 2007, 26. <<

[67] *Ibid.*, 4. <<

[68] *Ibid.*, 5. <<

[69] Ramírez Arcas, A., 1859, 304-305. <<

[70] Está reproducida en Beltrán, F. C., 1860, 28-30, aunque no figura en los documentos de la *Gaceta de Madrid*. Tiene fecha del 25 de octubre de 1859. <<

[71] Miraflores, M., 1873, vol. II, 829. <<

[72] Reparaz, G. de, 1907, 223-224. <<

[73] Cánovas del Castillo, A., 1860, 191 y 207, respectivamente. <<

[74] *Ibid.*, 190-191. <<

[75] Weil, 1893, ver páginas 330-336 y 340-347, para una completa descripción de esa batalla. <<

[76] Servicio Histórico Militar, 1947, tomo I, 191. <<

[77] Flournoy, F. R., 1935, 190. <<

[78] Alermón y Dorreguiz, B., 1859, V. Los términos empleados dan idea del estilo de muchas publicaciones de la época. <<

[79] Fernández Bastarreche, F., 1978, 65. <<

[80] Para un completo estudio, ver Lécuyer, M. C. y Serrano, C., 1976, 35-92.
<<

[81] Riego Amézaga, B., 2001, 563-575. <<

[82] Hardman, F., 1860, 92. <<

[83] Germond de Lavigne, A., 1889, 116. <<

[84] Maura Gamazo, G., 1905, 21. <<

[85] Galibert, L. y Rotondo, A., 1859, vol. II, 372. <<

[86] Fillias, M. A., 1860, 148. <<

[87] Navarro y Rodrigo, C., 1869, 16. <<

[88] Bellido y Montesinos, J., 1866, 22. <<

[89] Balaguer, V., 1860, vol. I, 10-11. <<

[90] Gómez de Arteche, J. y Coello, F., 1859, VI. El proyecto de colonia, entre el Atlántico, el Mediterráneo y el Muluya figura en la página 99. Se publicó el libro «cuando la guerra con el imperio de Marruecos aparece como inevitable». <<

[91] Ventosa, E., 1859, vol. I, 201 y 209, respectivamente. En realidad, el autor es Fernando Garrido, notable republicano federal socialista. <<

[92] Valdespino, S. A., 1859, 58. <<

[93] Diana, M. J., 1859, 246. <<

[94] *La Guerra de África emprendida por el Ejército español*, 1859, 47-48. <<

[95] Ibo Alfaro, M., 1859, 12. <<

[96] Campuzano, F., 1859, 5. <<

[97] O’Donnell, L., 1861, 11. <<

[98] R. R. de M., 1860, 2. <<

[99] Galindo y de Vera, L., 1861, 49-50. <<

[100] Castelar, E., Paula Canalejas, D. F. de, Cruzada Villaamil, D. G., Miguel Morayta, D., 1859, 5. <<

[101] Galibert, L. y Rotondo, A., 1859, vol. II, 112 y 124, respectivamente. <<

[102] Estébanez Calderón, S. E., 1844, del prólogo, sin paginar. Fernando V es más conocido como Fernando el Católico. <<

[103] Abenia Taure, I. de, 1859, 1 y 54 y ss, respectivamente. <<

[104] Márquez de Prado, J. A., 1859, VI. <<

[105] *Ibid.*, 226-227. <<

[106] Cánovas del Castillo, A., 1860, 202, reproduciendo una frase de la edición de 1851. <<

[107] Cánovas del Castillo, A., 1854, 120. <<

[108] Cánovas, del Castillo, A., 1860, 201. <<

[109] *Diario del Congreso*, del 17 de agosto de 1896. <<

[110] Ramírez Arcas, A., 1859, 304-305. <<

[111] J. R. S., 1860, 85 y 87. <<

[112] Ibo Alfaro, M., 1860, VI. <<

[113] Roca, M. V., 1860, 24. <<

[114] Navarro y Rodrigo, C., 1869, 163. <<

[115] *La América*, de noviembre de 1859. <<

[116] González Alcantud, J. A. (ed.) y Lorente Rivas, M. (Col.), 2004. <<

[117] Alarcón, P. A. de, 1859, 3. <<

[118] Ibo Alfaro, M., 1859, 20. <<

[119] Galibert, L. y Rotondo, A., 1859, vol. II, 126. <<

[120] Núñez de Arce, G., 2003, 141. <<

[121] Carr, R., 1969, 258. <<

[122] Alarcón, P. A. de: *loc. cit.* **<<**

[123] Navarro y Rodrigo, C., 1869, 162. <<

[124] Maura Gamazo, G., 1905, 20. <<

[125] Pirala, A., 1876, vol. II, 422. <<

[126] Ventosa, E., 1860, 129. <<

[127] Joly, A., 1910, 11. <<

[128] Navarro y Rodrigo, C., 1869, 163. <<

[129] García Figueras, T., 1961, 176. <<

[130] Durán, N., 1979, 104. <<

[131] Germond de Lavigne, A., 1889, 7. <<

[132] Pirala, A., 1876, vol. II, 430-431. <<

[133] Maura Gamazo, G., 1905, 20-21. <<

[134] Joly, A., 1910, 20. <<

[135] Mordacq, 1904, 54. <<

[136] O’Donnell, L., 1861, 10. <<

[137] Inarejos Muñoz, J. A., 2007, 18. <<

[138] *Ibid*., 16. <<

[139] Garrido Guijarro, Ó., 2014, 162-163 y 175, respectivamente. <<

[140] Del año 1860, 407-414. <<

[141] Ibo Alfaro, M., 1868, 213. <<

[142] Castillo, R. del, 1860, 455-456 y 539, respectivamente. <<

[143] Pérez Galdós, B., 1906, 45. <<

[144] Hardman, F., 1860, 92. <<

[145] Flournoy, F. R., 1935, 197. <<

[146] Gutiérrez Maturana, J., 1876, 5. <<

[147] Beltrán, F. C., 1860, 223. <<

[1] La expresión aparece en Carr, R., 1969, 259. <<

[2] Garrido y Tortosa, F., 1862, V. En la VII, sin embargo, comenta que la situación estaba empezando a cambiar. <<

[3] Baudoz, A. y Osiris, I. 1860, 172. <<

[4] Vidal, L., 1860, 5. <<

[5] La cita literal es: «si gloria puede haber en una guerra civil, que no yo no lo creo», en *Diario del Congreso*, del 18 de junio de 1860. <<

[6] López de Letona, A., 1866, 1866, 110. <<

[7] Prólogo de Stanley Payne a la obra de Durán, N., 1979, 9. <<

[8] Payne, S. G., 1968, 25. <<

[9] Alarcón, P. A. de, 1859, 15. <<

[10] López de Letona, A., 1866, 32. <<

[11] Carr, R., 1969, 255. <<

[12] Ventosa, E., 1860, vol. I, 118. <<

[13] Carr, R.: *op. loc. cit*., 1969. <<

[14] Durán, N., 1979, 87-89. <<

[15] *Diario del Congreso*, del 13 de junio de 1860. <<

[16] *Diario del Congreso*, del 11 de octubre de 1859. <<

[17] *La Discusión*, del 23 de junio de 1860. <<

[18] Durán, N., 1979, 103. <<

[19] Martín Arrúe, M., 1915, 49. <<

[20] Ventosa, E., 1860, vol. I, 115. <<

[21] Miraflores, M., 1873, vol. II, 826. <<

[22] Pirala, A., 1876, vol. II, 392. <<

[23] Ventosa E., 1860, vol. I, 333. La calificación de «crimen», aparece en la página 200. <<

[24] Pirala, A., 1876, vol. II, 337. <<

[25] Serrallonga, J., 1998a, 145. Agradezco a Enrique Martínez Ruiz su ayuda con ese trabajo. <<

[26] *Gaceta de Madrid*, del 13 de noviembre de 1859, pero también la de fecha tan tardía como 25 de marzo de 1860, en la que se recuerda a los gobernadores la obligación de impedir la aparición en la prensa de «intemperancias en publicar datos o entablar polémicas». <<

[27] Roca, M. V., 1860, 35. <<

[28] Ver, por ejemplo, *Gaceta de Madrid*, del 16 de noviembre de 1859, y del 11 de enero y 11 de febrero de 1860, con noticias sobre ambos conflictos. <<

[29] Seco Serrano, C., 1984, 118. <<

[30] Durán, N., 1979, 88. <<

[31] Campuzano, F., 1859, 6. <<

[32] Vidal, L., 1860, 24. <<

[33] Chauchar (capitán), 1862, 2. <<

[34] Baudoz, A. y Osiris, I., 1860, 277. <<

[35] Alarcón, P. A. de, 1859, 6. <<

[36] *Anuario estadístico de España correspondiente a 1859 y 1860*, 1860, 435.
<<

[37] *Ibid*., 462. <<

[38] Garrido y Tortosa, F., 1862, 280. <<

[39] Tuñón de Lara, M., vol. I, 1975, 185. <<

[40] Durán, N., 1979, 185. <<

[41] *Censo de la población de España en 1857*, 1858, 856-860. <<

[42] Ventosa, E., 1859, vol. I, 285. <<

[43] *Anuario estadístico de España 1860-1861*, 1862-1863, 44-45. <<

[44] *Anuario estadístico de España correspondiente a 1859 y 1860*, 1860, 180-184. <<

[45] *Ibid*., 186-187. <<

[46] Lécuyer, M. C. y Serrano, C., 1976, nota en la página 24. <<

[47] Tuñón de Lara, M., 1975, 209. <<

[48] Ventosa, E., 1860, vol. I, 331-332. <<

[49] Tuñón de Lara, M., 1975, 197-198. <<

[50] Durán, N., 1979, 140. <<

[51] Lécuyer, M. C. y Serrano, C., 29, siguiendo a N. Sánchez Albornoz en *España hace un siglo: una economía dual*. **<<**

[52] Tuñón de Lara, M., 1975, 183. <<

[53] Citado por Carr, R., 1969, 25. <<

[54] Ventosa, E. 1860, vol. I, 106-107. <<

[55] *Ibid*., 102. La enumeración es del mismo autor. <<

[56] Payne, S. G., 1968, 24. <<

[57] Puell, F., 1996, 165. Para su estado en la época anterior, ver F. Fernández de Córdova, vol. III, 1889, 91-95. <<

[58] En 1849, en apoyo del papa Pío IX. Ver F. Fernández de Córdova, 1882. <<

[59] Wallis, S. T., 1853, 255. <<

[60] Págs. 484-485. <<

[61] Pág. 325. <<

[62] Ramírez Arcas, A., 1859, 190. <<

[63] López de Letona, A., 1866, 182. <<

[64] Wallis, T. S., 1853, 253-254. <<

[65] Headrick, D. R., 1981, 275. <<

[66] *Ibid.*, 116. <<

[67] Fernández Bastarreche, F., 1978, 122. <<

[68] Wallis, T. S., 1853, 255 y 256-257, respectivamente. <<

[69] Fernández Bastarreche, F., 1978, 112-113. <<

[70] Headrick, D. R., 41 y 43, respectivamente. <<

[71] López de Letona, A., 1866, 49. <<

[72] Fernández Bastarreche, F., 1978, 94-98. <<

[73] Feijóo González, A., 1966, 150. <<

[74] Aun así, era más elevada que en Francia, Bélgica o el Piamonte. Ver *Diario del Congreso*, del 31 de marzo de 1859, apéndice 4.º. **<<**

[75] *Anuario estadístico de España correspondiente a 1859 y 1860*, 1860, cuadros de las páginas 96, 478, 479 y 486, respectivamente. <<

[76] Puell, F., 1996, 173. <<

[77] Ventosa, E., 1859, 206-207. <<

[78] López de Letona, A., 1866, 36-41. <<

[79] *Diario del Congreso*, del 14 de abril de 1859. <<

[80] *Diario del Congreso*, del 15 de abril de 1859. <<

[81] Proyecto de Ley, presentado a las Cortes el 1 de octubre de 1859, *Diario del Congreso* de ese día, apéndice 4.º. <<

[82] *Diario del Congreso*, del 14 de octubre, apéndice único. **<<**

[83] El texto figura en el *Diario del Congreso* de esa fecha, apéndice 1.º. <<

[84] Ver Feijóo González, A., 1966, 363-373 y Puell, F., 1996, 202-204 para el funcionamiento de esas «Sociedades contra “Quintos” y de “Crédito a la sustitución o adquisición de sustitutos”». <<

[85] *Anuario estadístico de España 1860-1861*, 1862-1863, 686. <<

[86] Feijóo González, A., 1966, 360. <<

[87] *Anuario estadístico de España correspondiente a 1859 y 1860*, 1860, 479-480. <<

[88] *Anuario estadístico de España 1860-1861*, 1862-1863, 673. En las páginas 674 y 675 figura un interesante cuadro de redenciones y sustituciones por provincias. <<

[89] *Memoria sobre la organización y estado del Ejército en 1.º de enero de 1860*, 1860, 127. En las páginas 211-240 figura un análisis de todos los cuarteles de España. Se trata de una obra de excepcional interés, elaborada por la Sección de Historia del Depósito de la Guerra. A ella pertenecen todos los entrecomillados de este capítulo que no están acompañados de notas. El núcleo de la información facilitada en este y los siguientes epígrafes proviene de esta fuente. <<

[90] Landa, N., 1859, 7-8. <<

[91] Yusuf (général), 1859, 15. <<

[92] Landa, N., 1859, 8. <<

[93] *Diario del Congreso*, del 5 de octubre de 1859, apéndice único. **<<**

[94] Ramírez Arcas, A., 1859, 199. <<

[95] *Ibid*., 198 y 197, respectivamente. **<<**

[96] Hardman, F., 1860, 290 y 308, respectivamente. <<

[97] *Ibid*., 243 y 247-248. <<

[98] Boudot, P. et Paulier, V., 1908, *passim*. <<

[99] Los datos sobre el material del distinto tipo de unidades está tomado de Frontera Carreras, G., Herrero Fernández-Quesada, M. D.ª, Medina Ávila, C., Verdera Franco, L., 1994, 354. <<

[100] *Gaceta de Madrid*, del 29 abril de 1860, publicando una circular de 28 de marzo. <<

[101] Landa, N., 1860, nota en la página 228. <<

[102] Boudot, P. et Paulier, V., 1908, 27-28. <<

[103] Joly, A., 1910, 145. <<

[104] Baudoz, A. y Osiris, I., 1860, 237. Ver también Frontera Carreras, G., Herrero Fernández-Quesada, M. D.ª, Medina Ávila, C., Verdera Franco, L., 1994, 606. <<

[105] Población y Fernández, A., 1860, 107, para todo el párrafo. <<

[106] Se mencionan solo los llevados en Marruecos por las unidades que participaron en la campaña. <<

[107] *El Mundo Militar*, año I, n.º 1, del 13 de noviembre de 1859, 8, reproduciendo el «kepis-ros» de capitán general. <<

[108] Castillo, R. de, 1859, 277. <<

[109] En *El Mundo Militar*, año I, n.º 4, del 4 de diciembre de 1859, 32, hay un dibujo del mismo. <<

[110] Castelar, E., Paula Canalejas, D. F. de, Cruzada Villaamil, D. G., Miguel Morayta, D., 1859, 22. La información procede de un miembro de Cazadores de Talavera. De ahí la alusión al «pantalón colorado». <<

[111] Población y Fernández, A., 1860, 90. <<

[112] Alarcón, P. A. de, 1859, 19. <<

[113] *El Mundo Militar*, año I, n.º 2, del 20 de noviembre de 1859, 13 y n.º 7, del 25 de diciembre de 1859, 52. <<

[114] Boudot, P. et Paulier, V., 1908, 27 y 12, respectivamente. <<

[115] Hardman, F., 1860, 5. <<

[116] Población y Fernández, A., 1908, 104-106. <<

[117] *La Época*, del 24 de diciembre de 1859. <<

[118] Monedero Ordoñez, D., 1893, 114. <<

[119] Boudot, P. et Paulier, V., 1908, 28. <<

[120] *El Mundo Militar*, año I, n.º 7, del 25 de diciembre de 1859, 52 y año II, n.º 10, del 15 de enero de 1860, 70. <<

[121] *La Guerra de África emprendida…*, 1859, 290. Seguramente, se confunde con la pelliza. <<

[122] Navarrete, J., s. a., 70. <<

[123] Pérez Calvo, J., 1860, 19. <<

[124] Yriarte, Ch., 1870, 5. <<

[125] Ibo Alfaro, M., 1860, vol. III, 575. <<

[126] Ventosa, E., 1859, vol. II, 1120. <<

[127] Varios autores, *El Romancero de la guerra de África*, Madrid 1860, pág. 29. <<

[128] Germond de Lavigne, A., 1889, 143. <<

[129] Pérez Galdós, B., 1905, 45. <<

[130] Landa, N., 1860, 77. <<

[131] *Gaceta de Madrid*, del 26 de diciembre de 1859. <<

[132] *Gaceta de Madrid*, del 8 de noviembre de 1859. La noticia se refiere a un grupo de señoras de Mahón. <<

[133] *Álbum de la guerra de África*, 1860, d 1-d 29. <<

[134] *Memoria administrativa de la campaña de África*, 1862, 93-112. <<

[135] Landa, N., 1860. <<

[136] Castelar, E., Paula Canalejas, D. F. de, Cruzada Villaamil, D. G., Miguel Morayta, D., 1859, 156. <<

[137] R. R. de M. cita esos casos, respectivamente, en las páginas 41 y 380. <<

[138] Galibert, L. y Rotondo, A., 1859, vol. II, 647. <<

[139] *Gaceta de Madrid*, del 18 de noviembre de 1859. <<

[140] *Gaceta de Madrid*, del 23 de noviembre de 1859. <<

[141] *La Época*, del 22 de diciembre de 1859. <<

[142] *La Correspondencia*, del 14 de enero de 1860. <<

[143] *La América*, del 24 de septiembre de 1859. Primero de dos sonados artículos que publicó, el segundo en el número de 8 de octubre, en apoyo de la guerra. <<

[144] *La Discusión*, del 22 y 29 de noviembre de 1859, respectivamente. <<

[145] Castelar, E., Paula Canalejas, D. F. de, Cruzada Villaamil, D. G., Miguel Morayta, D., 1859, 62. <<

[146] Cánovas del Castillo, A., 1860, 193. <<

[147] *La Guerra de África emprendida…*, 1859, 321. <<

[148] Población y Fernández, A., 1860, 17-19. <<

[149] Landa, N., 1860, 75. <<

[150] *La Guerra de África emprendida…*, 1859, 156-157. Son noticias típicas de la época, no siempre contrastadas, que aparecían en la prensa y en las publicaciones por entregas. <<

[151] Costaron medio millón de reales, según la *Gaceta de Madrid*, del 7 de noviembre de 1859. <<

[152] Germond de Lavigne, A., 1889, 86. Este autor subraya la diferencia en los arsenales, hasta entonces abandonados y que con motivo de la guerra emprendieron una muy notable actividad. <<

[153] Llanta, S., 1869, vol. I, 265-267 para una breve semblanza. <<

[154] Navarrete, J., s. a., 25. Quizá las memorias más refrescantes y menos grandilocuentes de la guerra. <<

[155] Ventosa, E., 1859, 648 y 641, respectivamente. <<

[156] *Memoria administrativa de la campaña de África*, 1862, V-VI. Los datos siguientes provienen de esa fuente. <<

[157] Germond de Lavigne, A., 1889, 43 y 49. <<

[158] *El Museo Universal*, n.º 9, del 26 de febrero de 1860. <<

[159] Población y Fernández, A., 1860, 105. <<

[160] *Ibid*., 20. <<

[161] Hardman, F., 1860, 32. <<

[162] Ventosa, E. 1859, vol. II, 1120. <<

[163] Yriarte, Ch., 1870, 256. <<

[164] Ibid. <<

[165] Hardman, F., 1860, 38. <<

[166] Alarcón, P. A. de, 1859, 31-32, para una descripción del interior de esas tiendas. <<

[167] Ver en *El Mundo Militar*, año II, n.º 24, del 22 de abril de 1860, dibujos del interior de ambos tipos de tiendas. Se representa también una bayoneta usada como candelero, práctica extendida en todos los grados del ejército. <<

[168] Landa, N., 1860, 32. <<

[169] Ibo Alfaro, M., 1860, vol. III, 491 (por error, figura la 591). Dice de ellas que eran «miserable albergue». <<

[170] Población y Fernández, A., 1860, 39-42 sobre los distintos tipos de tiendas. <<

[171] Hardman, F., 1860, 6. <<

[172] Ventosa, E., 1859. En *El Mundo Militar*, año I, n.º 2, del 20 de noviembre de 1859, 16, hay sendos dibujos de la tienda, la forma de montarla y de transportarla. <<

[173] Ennasiri Esslaoui, A., 1907, 229-230. <<

[174] Población y Fernández, A., 1860, 94-100. <<

[175] Yriarte, Ch., 1870, 20. <<

[176] Pérez Calvo, J., 1860, 22. <<

[177] *Gaceta de Madrid*, del 9 de noviembre de 1859. <<

[178] Gómez de Arteche, J. y Coello, F., 1859, 116, y nota en la misma. <<

[179] Galibert, L. y Rotondo, A., 1859, vol. II, nota en la página 322. <<

[180] *La Iberia*, del 18 de noviembre de 1859. <<

[181] Yusuf (général), 1859, 16-17. <<

[182] Población y Fernández, A., 1860, 118. <<

[183] Landa, N., 1860, 33. <<

[184] Hardman, F., 1860, 48 y 189. <<

[185] Gutiérrez Maturana, J., 1876, 163. <<

[186] Boudot, P. et Paulier, V., 1908, 31. <<

[187] Ennasiri Esslaoui, A., 1907, 217. <<

[1] *Gaceta de Madrid*, del día 4 de noviembre de 1859. <<

[2] Germond de Lavigne, A., 1889, 128. <<

[3] Ibo Alfaro, A., 1868, 79. <<

[4] *Gaceta de Madrid*, del 8 de noviembre de 1859, que publica el real decreto, del 7. <<

[5] Fernández Bastarreche, F., 1978, 65. <<

[6] Archivo General Militar, Segovia, legajo 1.º/85E, Exp. 0, Carpeta 1. Agradezco al capitán Germán Segura por haberme facilitado las hojas de servicios de los generales de mayor rango. <<

[7] *Ibid*., CELEB, caja 176, Exp. 1, Carpeta 1. <<

[8] *Ibid.*, CELEB, caja 149, Exp. 4. <<

[9] *Ibid*., CELEB, caja 136, Exp. 1 <<

[10] Pirala, A., 1876, vol. II, 332. <<

[11] Giménez y Guited, F., 1871, vol. II, 112. <<

[12] Citado por Headrick, D. R., 1981, 148. <<

[13] Germond de Lavigne, A., 1889, 128. <<

[14] Boudot, P. et Paulier, V., 1909, nota en página 25. <<

[15] Anónimo, *«Milhombres» en África*, Bilbao 1923, nota en pág. 24. El autor se basó en el *Diario* de su biografiado, que no había sido escrito para su publicación, lo que le confiere un valor añadido. Se trata de un opúsculo muy poco difundido. <<

[16] Archivo General Militar, Segovia, 1.ª/1469G, Exp. 0, Carpeta 1. <<

[17] *Ibid*., 1.ª/1048.ª, Exp 0, Carpeta 1. <<

[18] Risco, A., 1920 y *«Milhombres» en África*. <<

[19] Hardman, F., 1860, 115. <<

[20] *Ibid*., 168. <<

[21] López de Letona, A., 1866, 52. <<

[22] Boudot, P. et Paulier, V., 1909, nota en la página 26. <<

[23] *«Milhombres» en África*, pág. 11, tomado del Diario de Romero Palomeque. <<

[24] Martín Arrúe, F., 1915, 68-69, con una crítica sobre la forma de constituir las unidades. <<

[25] Ver Castelar E., Paula Canalejas, D. F. de, Cruzada Villaamil, D. G., Miguel Morayta, D., 1859, 70, para el caso del Regimiento de Granada. <<

[26] Fernández de Córdova, F., 1889, vol. III, 421. El complicado despliegue de la artillería, compañía por compañía, se encuentra en *Memoria sobre la organización y estado del Ejército*, 1860, 399-401. <<

[27] Servicio Histórico Militar, 1947, vol. I, 227. <<

[28] En realidad, como se ha visto en el capítulo anterior se denominaban «secciones». La compañía existía a nivel de brigada, no de batallón. <<

[29] Para el material empleado, y, en general, sobre la sanidad en la guerra, ver los artículos de José María Santucho que con el título genérico de «Estudios sobre el servicio de la sanidad militar en campaña» se publicaron en la *Revista de Sanidad Militar Española y Extranjera*, del 15 y 31 de mayo, 15 y 30 de junio, 15 de octubre y 15 de noviembre, todos de 1864. <<

[30] Población y Fernández, A. 1860, 29-39. <<

[31] Para el caso de estos barcos, ver Landa, N., 1860, 96-98, y 87 y ss., para sus experiencias a bordo. Uno de los buques transportó material del tren de sitio, que nunca se usó. <<

[32] Población y Fernández, A., 1860, 31. <<

[33] Eran los denominados factores, cabos de sala y enfermeros. <<

[34] *Memoria administrativa de la campaña de África*, 1862, VII. <<

[35] Galibert, L. y Rotondo, A., 1859, vol. II, nota en página 208. <<

[36] *Gaceta de Madrid*, del 9 de noviembre de 1859. En la edición de 1859 del libro de P. A., de Alarcón, 112, hay un magnífico retrato de ella, que fue reproducido en otras publicaciones. <<

[37] Castelar E., Paula Canalejas, D. F. de, Cruzada Villaamil, D. G., Miguel Morayta, D., 1859, 72. <<

[38] Población y Fernández, A., 1860, 101. <<

[39] Ventosa, E., 1859, 123. <<

[40] *La Iberia*, del 26 de noviembre de 1859. <<

[41] *Historia del Regimiento de Húsares de la Princesa*, 1883, 44-46. <<

[42] Brugada y Ros, F., 1861, 7-9. <<

[43] Sanz Lallana, P. (ed.), 2002, 49-52. <<

[44] Yriarte, Ch., s. a., 7. <<

[45] Giménez y Guited, F., 1871, vol. II, 123. <<

[46] Castelar y E., Paula Canalejas, D. F. de, Cruzada Villaamil, D. G., Miguel Morayta, D., 1859, 112. <<

[47] *Gaceta de Madrid*, del 14 de noviembre de 1859. <<

[48] *Gaceta de Madrid*, del 13 de noviembre de 1859. <<

[49] Monedero Ordóñez, D., 1983, 32-47, para una descripción de su viaje. <<

[50] Castelar y E., Paula Canalejas, D. F. de, Cruzada Villaamil, D. G., Miguel Morayta, D., 1859, 168-169, para los avatares de esa unidad. <<

[51] *Gaceta de Madrid*, del 22 de noviembre de 1859. <<

[52] *Gaceta de Madrid*, del 8 de noviembre de 1859. <<

[53] Navarrete, J., s. a., *passim*. <<

[54] Ver la *Gaceta de Madrid* de esas fechas. **<<**

[55] *Gaceta de Madrid*, del 5 de enero de 1860, para un ejemplo entre muchos.
<<

[56] Ventosa, E., 1859, vol. I, 31-36, para el despliegue de la armada en todo el mundo, incluida Cochinchina y Fernando Poo, al principio de la guerra. El autor era un fanático de asuntos navales. <<

[57] R. R. de M., 1860, 325-328, sobre este proyecto. <<

[58] *Anuario estadístico de España correspondiente a 1859 y 1860*, 1860, 498. Para la marina mercante, ver 502 y ss. <<

[59] *Anuario estadístico de España 1860-1861*, 1862-1863, 696. <<

[60] *La Discusión*, del 7 de diciembre de 1859. <<

[61] Galibert, L. y Rotondo, A., 1859, vol. II, 186-188. <<

[62] Ventosa, E., 1860, 124. Como se verá, no fue el único que formuló esta acusación. En esa misma página y las siguientes, se extiende sobre la materia. <<

[63] Fillias, M. A., 1860, 3. <<

[64] Godard, L., 1859, 4. <<

[65] Valdés, S., 1859, 35. Escrito, según dice, siguiendo «mis propias observaciones». <<

[66] Galibert, L. y Rotondo, A., 1859, vol. II, 44. Quizá debería leerse «forzudos». <<

[67] Pirala, A., 1876, vol. II, 428-430, para el Ejército marroquí. <<

[68] Torrijos, M., 1860, 111. <<

[69] Valdés, S., 1859, 13. <<

[70] Diana, M. J. (ed.), 1859, 208-212 para el Ejército marroquí. Los datos son interesantes, porque proceden de un testimonio directo, anterior a la guerra. La alusión al color de la borla es sorprendente. Por regla general, se le atribuía el azul. <<

[71] Godard, L., 1859, 74-80 para el Ejército marroquí. <<

[72] González Ruesgas, F., 1860, 130-131. <<

[73] Godard, L., 1859, 74-80. <<

[74] Fillias, M. A., 1860, 87-88. <<

[75] Godard, L.: *op. cit.*, 1859, 74-80. <<

[76] Las cabilas del Rif mantenían esa costumbre en los años veinte del siglo XX. <<

[77] Ennasiri Esslaoui, A., 1907, 238. <<

[78] Diana, M. J. (ed.), 1859, 212. <<

[79] Llanos y Alcaraz, A., s. f., 28-29. También se trata, al menos en teoría, de un testimonio de lo visto por Sousa. <<

[80] Torrijos, M., 1860, 116. <<

[81] Valdés, S., 1859, 13. <<

[82] Gómez de Arteche, J. y Coello, F., 1859, 92-93. <<

[83] *Atlas histórico y topográfico de la Guerra de África*, 1861, 9. <<

[84] Alarcón, P. A. de, 1859, 212-214. <<

[85] De un documento en manos de ingenieros españoles. Anejo al despacho n.º 45, de 28 de mayo de 1861, del encargado de negocios de España en Tánger, reproducido en la *Gaceta de Madrid*, del 14 de noviembre de 1861, anejo 4.º. <<

[86] Servicio Histórico Militar, 1947, vol. I, 204-205 <<

[87] Diana, M. J. (ed.), 1859, 212. <<

[88] *La Guerra de África emprendida por el Ejército español en octubre de 1859*…, 1859, 190. <<

[89] Población y Fernández, A., 1860, 172. <<

[90] Joly, A., 1910, 146. <<

[91] Torrijos, M., 1860, 113. <<

[92] Diana, M. J. (ed.), 1859, 212. <<

[93] *La Época*, del 2 de diciembre de 1859. <<

[94] Población y Fernández, A., 1860, 171-173. En las páginas siguientes hace un curioso estudio de diversas heridas. <<

[95] *Revista de Sanidad Militar Española y Extranjera*, del 30 de mayo de 1864, intervención del doctor Landa en Actas de la Conferencia Internacional reunida en Ginebra para estudiar el modo de remediar las insuficiencias del servicio sanitario de los ejércitos en campaña. <<

[96] Landa, N., 1860, 80-81. <<

[97] Castelar E., Paula Canalejas, D. F. de, Cruzada Villaamil, D. G., Miguel Morayta, D., 1859, 15, 65 y 68, respectivamente. <<

[98] Núñez de Arce, G., 2003, 89. <<

[99] Torrijos, M., 1860, 111. <<

[100] Monedero Ordóñez, D., 1983, 176. «Serita» en este contexto debe significar una pequeña estera sin asas. <<

[101] Diana, M. J. (ed.), 1859, 248-250. <<

[102] Valdés, S., 1859, 12. <<

[103] Servicio Histórico Militar, 1947, vol. I, 204-205. <<

[104] Castelar E., Paula Canalejas, D. F. de, Cruzada Villaamil, D. G., Miguel Morayta, D., 1859, 14. <<

[105] Bugeaud, 1846, 120. <<

[106] Ennasiri Esslaoui, A., 1907, 217. <<

[107] *Ibid*., 1907, 230-231. <<

[108] Joly, A., 1910, 134-135. <<

[109] Página 206. <<

[110] Giménez y Guited, F., 1871, vol. II, 301, parte del 12 de enero de 1860. <<

[111] Hardman, F., 1860, 100. <<

[112] Ennasiri Esslaoui, A., 1907, 217. <<

[113] Gutiérrez Maturana, J., 1876, 10 y 28, respectivamente. <<

[114] Hardman, F., 1860, 100. <<

[115] Gutiérrez Maturana, J., 1876, 96. <<

[116] Boudot, P. et Paulier, V., 1909, 32. <<

[117] Población y Fernández, A., 1860, 171-173, con ejemplo de heridas de gumía, casi todas en la cabeza. <<

[118] Alarcón, P. A. de, 1859, 147 y 115, respectivamente. <<

[119] González Ruesgas, F., 1860, 132-133. <<

[120] Baudoz, A. y Osiris, I., 1860, 214. <<

[121] Gómez de Arteche, J. y Coello, F., 1859, nota en la página 95, citando a Hoefer. <<

[122] Gutiérrez Maturana, J., 1876, 174. <<

[123] *La Época*, del 24 de diciembre. <<

[124] Martín Arrúe, F., 1915, 63-64. <<

[125] *La Guerra de África emprendida por el Ejército español en octubre de 1859*…, 1859, 482. <<

[126] Otero, R., 1860, 21. El autor era coronel. <<

[127] Alarcón, P. E. de, 1859, 51. <<

[128] Gutiérrez Maturana, J., 1876, 32. <<

[129] Joly, A., 1910, 138 y nota en ella. <<

[130] Martín Arrúe, F., 1915, 54-55. <<

[131] Alarcón, P. E. de, 1859, 52. <<

[132] Población y Fernández, A., 1860, 232. <<

[133] Hardman, F., 1860, 96. <<

[134] *Ibid.*, 144. <<

[135] Alarcón, P. E. de, 1859, 95. Si en verdad se movían con tanta unión en ese terreno tan difícil, las unidades tenían que estar perfectamente instruidas. En el caso citado eran los batallones de cazadores de Arapiles y de Llerena. <<

[136] Ventosa, E., 1860, 608-609. <<

[137] Yriarte, Ch., 1870, 24-28 para una interesante descripción de ese tipo de combate. <<

[138] Balaguer, V., 1860a, vol. II, pág. 258. <<

[139] Hardman, F., 1860, 145. <<

[140] Ventosa, E. 1859, 212. <<

[141] Hardman, F., 1860, 100. <<

[142] *Diario del Congreso*, del 16 de junio de 1860. <<

[143] Seguimos a Martín Arrúe, F., 1915, 84-87, que se basa en documentación oficial. <<

[144] Apéndice, sin firma, a la obra de P. E. de Alarcón, 1859, 298. <<

[145] Navarro y Rodrigo, C., 1869, 166. <<

[146] Pirala, A., 1876, vol. II, 436. Ese autor afirma que, no obstante, O'Donnell se negó a renunciar a su plan de marchar sobre Tánger, que luego tuvo que abandonar. Parece más acertado Martín Arrúe, cuando dice, en cambio, que escogió Tetuán como primer objetivo. <<

[147] *La Guerra de África emprendida por el Ejército español en octubre de 1859*…, 1859, 184. <<

[148] Pirala, A., 1876, 433. <<

[149] Godard, L., 1859, 85. <<

[150] Página 79. <<

[151] Inarejos Muñoz, J. A., 2007, 24. <<

[152] *Al pie de los cañones*, 355. <<

[153] Gómez de Arteche, J. y Coello, F., 1859, 103-104. <<

[154] Baudoz, A. y Osiris, I., 1860, 197-199. Analizan también los inconvenientes de las otras alternativas. <<

[155] *New York Daily Tribune*, del 19 de enero de 1860, uno de los no muy afortunados artículos que escribió sobre la guerra. <<

[156] *Atlas histórico y topográfico de la Guerra de África*, 1861, 9. <<

[157] Ennasiri Esslaoui, A., 1907, 215. <<

[1] *La Época*, del 8 de noviembre. Fue uno de los periódicos que mejor informó sobre la guerra. Las crónicas de su corresponsal, Carlos Navarro, no fueron publicadas por separado, al contrario de las de Alarcón y Núñez de Arce. Navarro fue considerado cronista oficial, título que tuvo que abandonar ante las protestas de sus colegas. Luego sería interesante —e interesado— biógrafo de O’Donnell. <<

[2] *La Discusión*, del 7 y del 8 de noviembre. <<

[3] Ventosa, E., 1859, vol. I, 93-94. <<

[4] *La Esperanza*, periódico absolutista, del 22 de noviembre. Este diario dio información de muy baja calidad sobre la guerra. <<

[5] *La España*, conservador, del 29 de noviembre. Había sido «recogido» ese día «por dos artículos de fondo y dos sueltos»; el 30 fue «horriblemente mutilado» por la censura. <<

[6] Ver *La Discusión*, del 8 de febrero de 1860, en la que la redacción se excusa de haber tenido que interrumpir por ese motivo su folletín. <<

[7] Ver *La Discusión*, del 24 de noviembre de 1860. Debía ser conocida esa tendencia de O'Donnell, ya que *La Época* de ese mismo día también la comenta. <<

[8] *La Época*, del 17 de noviembre. <<

[9] Seguimos fundamentalmente el *Diario de operaciones del I Cuerpo*, publicado en Ibo Alfaro, M., 1860, vol. I, 348-395. Las citas referentes a las operaciones de noviembre proceden, si no se indica otro origen, de esta fuente. <<

[10] Castelar E., Paula Canalejas, D. F. de, Cruzada Villaamil, D. G., Miguel Morayta, D., 1859, 16. <<

[11] Lafuente y Alcántara, E., 1862, 8. <<

[12] Yriarte, Ch., s. a., 12. <<

[13] Servicio Histórico Militar, 1947, vol. I, 208. <<

[14] Alarcón, P. A. de, 1859, 19. <<

[15] *La Guerra de África emprendida…*, 1859, 184. <<

[16] Martín Arrúe, F., 1915, 88. <<

[17] Población y Fernández, A., 1860, 109. <<

[18] Balaguer, V., 1860b, 17. <<

[19] Castillo, R. del, 1859, 10. <<

[20] Para esta singular unidad, ver Arqués, E. y Gibert, N., 1992, y Mesa Gutiérrez, J. L. de, 2017. <<

[21] *La Época*, del 1 de diciembre. La noticia es del 24 de noviembre. **<<**

[22] *Gaceta de Madrid*, del 21 de noviembre, para las tres comunicaciones de O'Donnell. <<

[23] *Gaceta de Madrid*, del 23 de noviembre. <<

[24] Torrijos, M., 1860, 16. <<

[25] *Gaceta de Madrid*, del 28 de noviembre. <<

[26] Lafuente y Alcántara, E., 1862, 7. <<

[27] Servicio Histórico Militar, 1947, vol. I, 212. <<

[28] *Ibid.*, 352. <<

[29] *La Época*, crónicas de los días 23 y 24 de noviembre. <<

[30] R. R. de M., 1860, 69-70. <<

[31] Balaguer, V., 1860b, 24. <<

[32] *Ibid*., 353. <<

[33] Ventosa, E., 1859, vol. I, 120. <<

[34] Yriarte, Ch., s. a., 22. <<

[35] *Gaceta de Madrid*, del 12 de diciembre de 1859. <<

[36] *La Época*, del 1 de diciembre. <<

[37] Ventosa, E., 1859, vol. I, 125. <<

[38] Los datos sobre el fuego de artillería que se mencionan en las distintas acciones, y que dan una idea de la importancia relativa de las mismas, proceden de *Al pie de los cañones*, 367-384. <<

[39] *Gaceta de Madrid*, del 11 de diciembre de 1859 para el parte «detallado». Había dos clases de partes, el «telegráfico», casi inmediato, y muy breve, y el «detallado», más extenso. El telegráfico está en la página 356. La *Gaceta* del 2 de diciembre publicó la lista de heridos, precisando dónde habían sido alcanzados, práctica que después se abandonó. Una colección muy útil de partes se recoge en el *Álbum de la guerra de África*, 1860, 31-50. <<

[40] Ventosa, E., 1859, vol. I, 126. Este autor estaba particularmente ofuscado con el tema. <<

[41] *La Época*, del 25 de noviembre. <<

[42] *Memoria administrativa…*, 1862, 7. <<

[43] Landa, N., 1860, 62-63. <<

[44] Población y Fernández, A., 1860, 46. <<

[45] Apéndice a la obra de Alarcón, P. A. de, 1859, 299. <<

[46] *Revista de Sanidad Militar Española y Extranjera*, n.º de 10 de septiembre de 1865, 465, artículo de Poggio. <<

[47] Población y Fernández, A., 1860, 113. <<

[48] Landa, N., 1860, 54. <<

[49] Población y Fernández, A., 1860, 129. <<

[50] Pérez Calvo, J., 1860, 84. <<

[51] Balaguer, V., 1860b, 26. <<

[52] Apéndice a la obra de Alarcón, P. A. de, 1859, 299. <<

[53] Las compañías de preferencia se numeraban a escala de regimiento, no de batallón. Así, la 2.ª de Granaderos, por ejemplo, formaba parte del 2.º Batallón. <<

[54] *Gaceta de Madrid*, del 5 de diciembre, para el parte oficial. <<

[55] Denominación muy genérica, que podía abarcar hasta un simple golpe. Los verdaderamente heridos fueron veintidós. <<

[56] Ver el número correspondiente al 17 de diciembre. <<

[57] *Gaceta de Madrid*, del 20 de diciembre. <<

[58] Balaguer, V., 1860b, 30. Por error, se atribuye la carga al 1.º del Rey y a Simancas. <<

[59] Ibo Alfaro, M., 1860, vol. III, 402-405, es uno de los muchos autores que narran este suceso. Castillo, R. de, 1860, 154-156, se extiende sobre él. <<

[60] Landa, N., 1860, 42. <<

[61] Joly, A., 1910, 45. <<

[62] Ventosa, E., 1859, vol. I, 165. Quizá fueran santones o algún tipo de personajes religiosos. **<<**

[63] Apéndice a la obra de P. A. de Alarcón, 1859, 302-303 para este combate.
<<

[64] Galibert, L. y Rotondo, A., 1859, vol. II, 359. Calculan el total de los marroquíes en 14 000 y el número de los que atacaron el reducto en 4000, cifras a todas luces desorbitadas. <<

[65] *La Época*, del 3 de diciembre. <<

[66] Ibo Alfaro, M., 1860, vol. III, 405 y ss. Son varios los autores que escriben sobre él, incluido Lavigne, que, aun siendo un extranjero en Madrid, oyó de su hazaña. <<

[67] Landa, N., 1860, 44. <<

[68] *Gaceta de Madrid*, del 19 de diciembre. <<

[69] Mordacq (commandant), 1904, 70-71. <<

[70] Ver el parte telegráfico en la *Gaceta de Madrid*, del 27 de noviembre; el detallado está en la del 17 de diciembre. <<

[71] Lo afirma Martín Arrúe, F., 1898, 35. <<

[72] Landa, N., 1860, 74. <<

[73] *La Guerra de África emprendida…*, 1859, 144. Ventosa sostiene lo mismo con idénticas palabras. Ya se ha dicho que en ese tipo de obras era frecuente el plagio. <<

[74] Galibert, L. y Rotondo, A., 1859, vol. II, 438. <<

[75] *La Época*, del 8 de diciembre. <<

[76] Martín Arrúe, F., 1915, 103. <<

[77] Castillo, R. del, 1860, 467. <<

[78] Chauchar, 1862, 147. <<

[79] Martín Arrúe, F., 1915, 103-104. <<

[80] Germond de Lavigne, A., 1889, 41. <<

[81] Chauchar, 1862, 143. <<

[82] Germond de Lavigne, A., 1889, 51. <<

[83] Pirala, A., 1876, vol. II, 436. <<

[84] Galibert, L. y Rotondo, A., 1859, vol. II, 357. <<

[85] *Gaceta de Madrid*, del 19 de diciembre para el ascenso por su actuación en los combates del 20, 24 y 25. <<

[86] Los dos telegramas, en *Gaceta de Madrid*, del 27 de noviembre. **<<**

[87] *Gaceta de Madrid*, del 1 de diciembre. <<

[88] *Gaceta de Madrid*, del 29 de noviembre. <<

[89] Germond de Lavigne, A., 1889, 48. <<

[90] *Gaceta de Madrid*, del 9 de diciembre. <<

[91] Martín Arrúe, F., 1915, 116. <<

[92] *La Época*, del 1 de diciembre. <<

[93] *Memoria administrativa…*, 1862, 80. <<

[94] Mordacq (commandant), 1904, 71. <<

[95] Pirala, A., 1876, vol. II, 456. <<

[96] Castelar E., Paula Canalejas, D. F. de, Cruzada Villaamil, D. G., Miguel Morayta, D., 1859, 16. <<

[97] Martín Arrúe, F., 1915, 105. <<

[98] Yriarte, Ch., 1870, 19. O’Donnell tenía entonces cincuenta años. <<

[99] Hardman, F., 1860, 65. <<

[100] *La Época*, del 16 de diciembre. Quizá la premura explica la defectuosa redacción. <<

[101] Castelar E., Paula Canalejas, D. F. de, Cruzada Villaamil, D. G., Miguel Morayta, D., 1859, 23. <<

[102] Núñez de Arce, G., 2003, 78. <<

[103] Castelar E., Paula Canalejas, D. F. de, Cruzada Villaamil, D. G., Miguel Morayta, D., 1859, 14. <<

[104] *La Época*, del 17 de noviembre. <<

[105] *La Época*, del 9 de diciembre. <<

[106] *Gaceta de Madrid*, del 12 de diciembre, para el parte; del día siguiente y del 23 del mismo mes para las recompensas. <<

[107] *Gaceta de Madrid*, del 20 de diciembre. <<

[108] González Ruesgas, F., 1860, 16. El autor tiene un castellano peculiar. <<

[109] Gutiérrez Maturana, J., 1876, entre las páginas 3 y 16. <<

[110] Ver Serrallonga, J., 1998b, *passim*. Agradezco a Enrique Martínez Ruíz por haber compartido ese trabajo. <<

[111] *Gaceta de Madrid*, de los días 2 a 9 de diciembre. <<

[112] *El Romancero de la guerra de África*, 1860, 113. <<

[113] Castelar E., Paula Canalejas, D. F. de, Cruzada Villaamil, D. G., Miguel Morayta, D., 1859, 15 y 17. <<

[114] Núñez de Arce, G., 2003, 118-119. <<

[115] González Ruesgas, F., 1860, 19. <<

[116] Hardman, F., 1860, 90. <<

[117] Población y Fernández, A., 1860, 88. <<

[118] Monedero Ordóñez, D., 1893, 80-82. <<

[119] Población y Fernández, A., 1860, 113. <<

[120] González Ruesgas, F., 1860, 19. <<

[121] *Memoria administrativa…*, 1862, VII y 28, respectivamente. **<<**

[122] *La Guerra de África emprendida…*, 1859, 187. <<

[123] Están en Martín Arrúe, F., 1915, 113-118. <<

[124] Servicio Histórico Militar, 1947, vol. I, 217-218. <<

[125] Martín Arrúe, F., 1915, 117. <<

[126] Galibert, L. y Rotondo, A., 1859, vol. II, 446. <<

[127] Landa, N., 1860, 59 y 70, respectivamente. <<

[128] Yriarte, Ch., 1870, 21. <<

[129] El parte telegráfico está en la *Gaceta de Madrid*, del 11 de diciembre; el ampliado, en la del 18. <<

[130] Gutiérrez Maturana, J., 1876, 25. <<

[131] *La Época*, del 16 de diciembre. <<

[132] *Ibid*., 30. <<

[133] *Gaceta de Madrid,* del 18 de diciembre también para las bajas, aunque el 12 ya la había publicado, con una relación nominal de jefes y oficiales. <<

[134] Apéndice al libro de P. A. de Alarcón (1859), para una buena descripción de la batalla, 308-311. A ellas pertenecen los entrecomillados que no van acompañados de notas a pie de página. <<

[135] *La Época*, del ya citado 16 de diciembre. <<

[136] Pirala, A., 1876, vol. II, 439. <<

[137] *Gaceta de Madrid*, del 9 de enero de 1860. <<

[138] Brugada y Ros, F., 1861, 11. <<

[139] *Ibid.*, 14. <<

[140] Carta publicada en el *Diario de Reus*, recogida en *La Guerra de África emprendida…*, 1859, 221-222. <<

[141] O’Donnell las corrigió, mencionando 6 muertos y 78 heridos. <<

[142] Giménez y Guited, F., 1871, vol. II, 284-286. <<

[143] Lo dice González Ruesgas, F., 1860, 23, que estuvo allí. Eran dieciséis carabineros, otros tantos coraceros, seis tiradores de Albuera y ocho de Mallorca, escoltas y ordenanzas de O’Donnell. Tuvieron cinco hombres muertos y cuatro heridos, perdiendo siete caballos. Una baja apreciable en tropa tan corta. <<

[144] *Gaceta de Madrid*, del 25 de diciembre para el parte de O'Donnell sobre la acción del 12 de ese mes. <<

[145] *Gaceta de Madrid*, del 4 de diciembre. <<

[146] *Gaceta de Madrid*, para el parte del 15 de diciembre. <<

[147] Martín Arrúe, F., 1915, 60. Afirma que así el ejército marroquí se situó entre 30 000 y 34 000 hombres, incluyendo 9000 jinetes, lo que parece excesivo para aquellas fechas. <<

[148] *Gaceta de Madrid*, del 9 de enero de 1860. <<

[149] Balaguer, V., 1860a, vol. I, 111-112. <<

[150] *Al pie de los cañones*, 371. <<

[151] González Ruesgas, F., 1860, 28. <<

[152] Joly, A., 1910, 51. <<

[153] *La Correspondencia*, del 5 de diciembre. <<

[154] Castelar E., Paula Canalejas, D. F. de, Cruzada Villaamil, D. G., Miguel Morayta, D., 1859, 121. <<

[155] Ibo Alfaro, M., 1860, vol. I, *Diario de operaciones del I Cuerpo*, 373-378. <<

[156] Citado en García Figueras, T., 1961, 207. Algún testimonio confirma que los soldados lo mascullaban en África. <<

[157] Yriarte, Ch., s. a., 27. <<

[158] Castelar E., Paula Canalejas, D. F. de, Cruzada Villaamil, D. G., Miguel Morayta, D., 1859, 32. <<

[159] Núñez de Arce, G., 2003, 185. También se vio una roja y blanca con los de Anghera. <<

[160] Galibert, L. y Rotondo, A., 1859, vol. II, 540. Las bajas marroquíes, en la página 608, en la que se aporta, sin citar fuentes, una cifra bastante diferente de las pérdidas españolas: 322 muertos y 1555 heridos. <<

[161] *Gaceta de Madrid*, del 28 de diciembre. <<

[162] Giménez y Guited, F., 1871, vol. II, 286-288. <<

[163] De una carta suya el *Diario de Reus* reproducida en *La Guerra de África emprendida…*, 1859, 221-222. <<

[164] *La Época*, del 22 de diciembre. <<

[165] *La Correspondencia*, del 10 de enero, para un ejemplo entre muchos. En este caso, voluntarios de la guarnición de La Coruña. <<

[166] Martín Arrúe, F., 1898, 80. <<

[167] González Ruesgas, F., 1860, 31. <<

[168] Ambos partes en *Gaceta de Madrid*, del 20 de diciembre. <<

[169] Alarcón, P. A. de, 1859, 35-36. <<

[170] Castelar E., Paula Canalejas, D. F. de, Cruzada Villaamil, D. G., Miguel Morayta, D., 1859, 61. <<

[171] *La Guerra de África emprendida…*, 1859, 195-196. <<

[172] *La Discusión*, del 18 de noviembre. <<

[173] *La Discusión*, del 20 de noviembre. Aun así, el 24, por presiones de la censura, tuvo que señalar que «retiramos nuestro artículo de fondo». **<<**

[174] *La Discusión*, del 30 de noviembre. <<

[175] *La Discusión*, del 1 de diciembre. <<

[176] *La Discusión*, del 2 de diciembre. <<

[177] Hardman, F., 1860, 91-92. <<

[178] Apéndice a la obra de P. A. de Alarcón, 1859, 307, para un testimonio sobre los hospitales. <<

[179] *El Romancero de la guerra de África*, 1860, 159. <<

[180] Hardman, F., 1860, 78. Describe el entierro de un oficial; los de los soldados serían aún más siniestros. <<

[181] *La Guerra de África emprendida…*, 1859, 187. <<

[182] Castelar E., Paula Canalejas, D. F. de, Cruzada Villaamil, D. G., Miguel Morayta, D., 1859, 30, correspondencia del 7 de diciembre. <<

[183] *Gaceta de Madrid*, del 31 de diciembre. <<

[184] Pirala, A., 1876, vol. II, nota en 442 y 443 para una descripción del incidente, basada en el *Diario* inédito de Quesada. **<<**

[185] Balaguer, V., 1860a, vol. I, 136. En realidad, eran pellizas blancas, con pieles negras. <<

[186] *Gaceta de Madrid,* del 2 de enero de 1860 para el parte de O’Donnell. El de Prim, en Giménez y Guited, F., 1871, vol. II, 288-290. <<

[187] González Ruesgas, F., 1860, 40-41. <<

[188] *Gaceta de Madrid*, del 4 de enero de 1860. <<

[189] Alarcón, P. A. de, 1859, 215. Es difícil entender la expresión «de color pálido, ligeramente oscuro». <<

[190] *Gaceta de Madrid,* del 6 de enero de 1860. El parte no incluye las bajas de cazadores de Vergara. Es extraño que dé dos cifras de bajas; la ya citada y la de 8 muertos y 97 heridos. <<

[191] Giménez y Guited, F., 1871, vol. II, 290-291. <<

[192] *Gaceta de Madrid*, del 11 de enero. <<

[193] Balaguer, V., 1860a, vol. I, 168. <<

[194] Germond de Lavigne, A., 1889, 76. <<

[195] Pieltain de la Peña, R., 1960, 102, citando al mayor de la caballería bávara Schlagintweit. <<

[1] Martín Arrúe, F., 1915, 136. <<

[2] *La Época*, del 7 de enero de 1860, para una crónica entusiasta datada el día 1. <<

[3] Gómez de Arteche, J. y Coello, F., 1859, 40-41. <<

[4] Giménez y Guited, F., 1871, vol. II, 146. <<

[5] Servicio Histórico Militar, 1947, vol. I, 243. <<

[6] Parte detallado de O’Donnell, en la *Gaceta de Madrid*, del 17 de enero de 1860. <<

[7] *La Iberia*, del 13 de enero, con el orden del día del capitán de fragata Lobo, comandante de las fuerzas sutiles. **<<**

[8] Población y Fernández, A., 1860, 50. <<

[9] Redactado el mismo día del combate y publicado en la *Gaceta de Madrid*, del 2 de enero. **<<**

[10] Giménez y Guited, F., 1871, vol. II, 291-293, para el primero, y 293-296 para el segundo. <<

[11] Bellido y Montesinos, J., 1866, 27. <<

[12] Núñez de Arce, G., 2003, 136. <<

[13] *La Iberia*, del 10 de enero. La relación de bajas lo confirma. <<

[14] Navarrete, J., s. a., 40-41. <<

[15] González Ruesgas, F., 1860, 53. <<

[16] Está en *La Guerra de África emprendida…*, 1859, 255-256. <<

[17] Hardman, F., 1860, 106. <<

[18] Alarcón, P. A. de, 1859, 67. <<

[19] Chauchar, A., 1862, 233. <<

[20] Parte de Gosortarzu, jefe accidental del 4.º Escuadrón, a Alcalá Galiano, comandante de la división de caballería, recogido en *La Correspondencia*, del 14 de enero. <<

[21] Reproducida en Balaguer, V., 1860a, vol. I, 193-194. <<

[22] Ibo Alfaro, M., 1860, vol. III, 426-435. <<

[23] *Historia del Regimiento de Húsares de la Princesa*, 1883, 51. <<

[24] Yriarte, Ch., s. a., 37-38 para su punto de vista. <<

[25] Alarcón, P. A. de, 1859, 63 y 59, respectivamente. <<

[26] Castelar, E., Paula Canalejas, D. F. de, Cruzada Villaamil, D. G., Miguel Morayta, D., 1859, 53. <<

[27] En Balaclava se empeñaron efectivos muy superiores, y se cargó contra artillería regular, apoyada por infantería y caballería. **<<**

[28] *La Guerra de África emprendida…*, 1859, 243. El corresponsal del *The Times*, al que el anónimo autor de esta obra copia con frecuencia, sin citarlo, dice algo parecido, sin duda imbuido de lo sucedido en Crimea. <<

[29] *The New York Daily Tribune*, del 8 de febrero de 1860. <<

[30] *Historia del Regimiento de Húsares de la Princesa*, 1883, 51-54. <<

[31] Núñez de Arce, G., 2003, 191. <<

[32] Mordacq, 1904, 77. <<

[33] Yriarte, Ch., s. a., 42. Uno de los jefes de los húsares le describió lo sucedido, e incluso le hizo un croquis. <<

[34] Martín Arrue, F., 1915, 123. <<

[35] Gutiérrez Maturana, J., 1876, 56. <<

[36] Pérez Galdós, B., 1905, 118-119. <<

[37] Cuenca consiguió capturar a cinco, cifra nunca vista hasta entonces. **<<**

[38] *Gaceta de Madrid*, del 3 de enero. <<

[39] Landa, N., 1860, 90. <<

[40] *Gaceta de Madrid*, número del 22 de enero. <<

[41] Yriarte, Ch., s. a., 42. <<

[42] Alarcón, P. A. de, 1859, 68. <<

[43] Hardman, F., 1860, 108. <<

[44] *La Época*, del 7 de enero. En la cifra de húsares hay un error. El parte menciona, como se ha visto, cinco mandos heridos en total. Landa, N., 1860, 90, describe bien la evacuación, en la que participó. Confirma la cifra total de heridos que facilita el periódico. <<

[45] Alarcón, P. A. de, 1859, 70 y 76, respectivamente. <<

[46] Noticia de *La Andalucía*, citada en el número de *La Época* mencionado arriba. <<

[47] *El Museo Universal*, del 1 de enero de 1860. Aunque no era una publicación política, su carácter semanal y moderado le daba una perspectiva interesante. <<

[48] *Gaceta de Madrid*, del 11 de enero. <<

[49] *La Guerra de África emprendida…*, 1859, 252. <<

[50] Núñez de Arce, G., 2003, 138. <<

[51] Galibert, L. y Rotondo, A., 1859, vol. II, nota en la página 623. <<

[52] Ver el número de la *Gaceta de Madrid*, del 4 de enero. **<<**

[53] En teoría, se castigaba enviando al culpable a servir en ultramar. <<

[54] Ibo Alfaro, M., 1860, vol. III, 381-401. Este autor, experto en héroes, hace un relato muy novelado de la actuación de Mur. <<

[55] Castelar E., Paula Canalejas, D. F. de, Cruzada Villaamil, D. G., Miguel Morayta, D., 1859, 64. <<

[56] Germond de Lavigne, A., 1889, 76. <<

[57] Giménez y Guited, F., 1871, vol. II, 159. <<

[58] Martín Arrúe, F., 1898, 53. <<

[59] Para la visión opuesta, de un incondicional, ver F. J. Orellana, 1871, vol. II, 175-181. Reprocha a O'Donnell no haber enviado antes refuerzos al de Reus. <<

[60] Joly, A., 1910, 62-63. <<

[61] Balaguer, V., 1860a, vol. I, 186. <<

[62] Servicio Histórico Militar, 1947, vol. I, 243. <<

[63] *Ibid.*, 105-106. <<

[64] Hardman, F., 1860, 161. <<

[65] Navarrete, J., s. a., 40-42. <<

[66] «*Milhombres en África*», 1923, 24 y 25. <<

[67] *Gaceta de Madrid*, del 6 de enero, con un parte del 4 datado «sobre el valle que precede a Monte Negrón». <<

[68] González Ruesgas, F., 1860, 56. Para entonces, la escolta de O’Donnell se había completado con una compañía de carabineros a pie. <<

[69] *Gaceta de Madrid*, del 18 de enero, para el parte, fechado el 8. <<

[70] Landa, N., 1860, 102-103. <<

[71] Hemos seguido a Gutiérrez Maturana, J., 1876, 68-74, que participó en la operación. <<

[72] El orden de paso fue: artillería, III Cuerpo, caballería, división de reserva y bagaje. <<

[73] Castelar E., Paula Canalejas, D. F. de, Cruzada Villaamil, D. G., Miguel Morayta, D., 1859, 137. <<

[74] *Ibid.*, 78. <<

[75] Brugada y Ros, F., 1861, 15. <<

[76] *Gaceta de Madrid*, del 18 de enero, ya citada, para su parte detallado. **<<**

[77] *Gaceta de Madrid*, del 7 de enero, para tres partes telegráficos de O’Donnell sobre esa operación. **<<**

[78] Hardman, F., 1860, 123 y 129, respectivamente. <<

[79] González Ruesgas, F., 1860, 58. <<

[80] Llanos y Alcaraz, A., s. a., 39-40. <<

[81] Castillo R. del, 1859, 204. <<

[82] Núñez de Arce, G., 2003, 154. <<

[83] Los entrecomillados del párrafo corresponden a un parte del día 9, publicado junto a otros en un número extraordinario de la *Gaceta de Madrid* del 12. No se ha encontrado en la colección de la misma, pero los periódicos —por ejemplo, *La Correspondencia* de ese día— los recogieron. **<<**

[84] *La Correspondencia*, del 10 de enero. <<

[85] González Ruesgas, F., 1860, 59-60. <<

[86] Hardman, F., 1860, 131 y 135, respectivamente. <<

[87] Landa, N., 1860, 110. <<

[88] González Ruesgas, F., 1860, 60. <<

[89] Población y Fernández, A., 1860, 50-51. <<

[90] Balaguer, V., 1860a, vol. I, 220-221, reproduciendo una carta. <<

[91] Quizá quería decir «heterogéneas». <<

[92] González Ruesgas, F., 1860, 64. Pensaba que el campamento, además de «del Hambre» se debió llamar «de la Inmundicia». <<

[93] *Gaceta de Madrid*, del 9 de enero. <<

[94] Sanz Lallana, P. (ed.), 2002, 77-78. <<

[95] En el original se lee «crecido», quizá por error. <<

[96] Ennasiri Esslaoui, A., 1907, 218. <<

[97] Hardman, F., 1860, 140. Es curioso que otros autores no aludan a la carne, ya que era habitual que los ejércitos fueran acompañados por rebaños. Quizá el soldado echaba de menos alimentos a los que estaba más acostumbrado, como el bizcocho, a modo de pan, y, desde luego, el tabaco. <<

[98] *La Discusión*, del 12 de enero. <<

[99] *La Discusión*, del 13 y del 14 de enero, respectivamente. <<

[100] Yriarte, Ch., s. a., 51. <<

[101] Ver una larga lista en Galibert, L. y Rotondo, A., 1859, vol. II, 706-708 y en R. R. de M., 1860, 209-210. <<

[102] *Memoria administrativa…*, 1862, 79. <<

[103] *Gaceta de Madrid*, del 22 y del 23 de enero para los informes del comandante naval sobre los avatares sucedidos durante el temporal y las pérdidas experimentadas. La referencia al envío del oficial está en la del 13 del mismo mes. <<

[104] En español, en el original inglés. <<

[105] Hardman, F., 1860, 140-141. <<

[106] *Gaceta de Madrid*, del 25 de enero, con el parte detallado. <<

[107] *Gaceta de Madrid*, del 12 de enero, con el parte telegráfico. **<<**

[108] Giménez y Guited, F., 1871, vol. II, 298-301. <<

[109] Castelar E., Paula Canalejas, D. F. de, Cruzada Villaamil, D. G., Miguel Morayta, D., 1859, 75. <<

[110] Joly, A., 1910, 69. <<

[111] Ventosa, E., 1859, vol. I, 83. <<

[112] Sanz Lallana, P. (ed.), 2002, 77-78. <<

[113] Yriarte, Ch., s. a., 54. <<

[114] *Gaceta de Madrid*, del 13 de enero, para los partes de O'Donnell y de Bustillo. <<

[115] Gutiérrez Maturana, J., 1876, 102. La referencia a los heridos de días anteriores se explica porque hubo en ellos algunas escaramuzas de mínima importancia (ver, por ejemplo, la *Gaceta de Madrid*, del 25 de enero para el parte sobre una de ellas). <<

[116] *Gaceta de Madrid*, del 28 de enero. El motivo de la recompensa fueron los méritos contraídos entre el 30 de noviembre y el 3 de diciembre. <<

[117] Giménez y Guited, F., 1871, vol. II, 301-303. <<

[118] Castelar y E., Paula Canalejas, D. F. de, Cruzada Villaamil, D. G., Miguel Morayta, D., 1859, 81. <<

[119] *Gaceta de Madrid*, del 14 de enero, parte del 12. <<

[120] *Gaceta de Madrid*, del 27 de enero, parte del 20. <<

[121] *Gaceta de Madrid*, del 15 de febrero. <<

[122] Galibert, L. y Rotondo, A., 1859, vol. II, 715. <<

[123] *La Iberia*, del 11 de enero. <<

[124] *Gaceta de Madrid*, del 15 de enero, parte del 14. <<

[125] Núñez de Arce, G., 2003, 160 y 162, respectivamente. <<

[126] Yriarte, Ch., s. a., 60. <<

[127] Giménez y Guited, F., 1871, vol. II, 304-309, para el extenso parte de Prim, que seguimos con preferencia. El de O'Donnell, fechado el 21 de enero, está en la *Gaceta de Madrid*, del 3 de febrero. <<

[128] Alarcón, P. A. de, 1859, 102. <<

[129] *Gaceta de Madrid*, del 16 de enero. Parte del 14, del comandante de las fuerzas navales. <<

[130] Gutiérrez Maturana, J., 1876, 116-117. Como se sabe, el autor estaba en el II Cuerpo. De él procede el dato de que los hombres se desprendieron de las mochilas. Prim, en cambio, describe al «soldado con una pesada carga, llevando encima la ración de seis días». Extrañaría que Gutiérrez Maturana hubiese inventado un detalle tan concreto. Quizá la orden se dio solo a la 2.ª División, a la que pertenecía. Desde luego, consta que la Princesa y Alba de Tormes, de esa división, hicieron lo que él indica. <<

[131] Sanz Lallana, P. (ed.), 2002, 83. <<

[132] Brugada y Ros, F., 1861, 20. <<

[133] Castelar E., Paula Canalejas, D. F. de, Cruzada Villaamil, D. G., Miguel Morayta, D., 1859, 137. El regimiento tuvo dos jefes y cuatro oficiales heridos. <<

[134] Población y Fernández, A., 1860, 165. <<

[135] Navarrete, J., s. a., 26-27. <<

[136] Gutiérrez Maturana, J., 1876, 124-126. <<

[137] Del parte, ya citado, de Prim. <<

[138] Parece que hubo dos de estos últimos. Quizá el que iba con Prim fue reforzado con otro. <<

[139] Navarrete, J., s. a., 26-27. Los autores no están de acuerdo en si había dos obras o una. El muy oficial *Atlas histórico…* indica claramente una sola, y de una hablan O'Donnell y Prim. <<

[140] González Ruesgas, F., 1860, 66. <<

[141] Navarrete, J., s. a., 26-27. González Ruesgas, F., 1860, 69, asegura que esa noche se suicidó un comandante de artillería. Quizá puede ser una confusión con el teniente coronel que se quitó la vida tras los Castillejos. <<

[142] Yriarte, Ch., 1870, 44-46. Al parecer, fue condecorada. <<

[143] Ennasiri Esslaoui, A., 1907, 219. <<

[144] *Gaceta de Madrid*, del 18 y del 26 de enero, con los partes de Bustillo sobre la operación. <<

[145] *Gaceta de Madrid*, del 15 de enero, para el parte del comandante de la Isabel II. <<

[146] Extraído del parte publicado en la *Gaceta de* Madrid, del 26. <<

[147] *Gaceta de Madrid*, del 18 de enero, parte del 16. <<

[148] Hay varias versiones sobre la artillería desplegada. Seguimos los partes de O'Donnell del 16, ya citado, y del 17, este último publicado en la *Gaceta de Madrid*, del 19 de enero. <<

[149] Llanos y Alcaráz, A., s. a., 46. <<

[150] Alarcón, P. A. de, 1859, 11-116 para una descripción de ese día. <<

[151] Yriarte, Ch., s. a., 72. <<

[152] *Ibid.*, 74. <<

[153] *Gaceta de Madrid*, del 19 de enero. <<

[154] Yriarte, Ch., s. a., 75-76, para las citas de este párrafo. **<<**

[155] Hardman, F., 1860, 179. <<

[156] Landa, N., 1860, 127-131. <<

[157] Ventosa, E., vol. I, 586-589, citando una crónica de Joaquín Mola para el *Diario de Barcelona*, juzgado «ministerial» y, por tanto, poco crítico. <<

[158] Se halla en la *Gaceta de Madrid*, del 21 de diciembre de 1859. Hay multitud de ejemplos similares. <<

[159] Martín Arrúe, F., 1915, 136. <<

[160] Servicio Histórico Militar, 1947, vol. I, 242. <<

[161] Hooker, J. D. & Ball, J., 1878, 51. <<

[162] Población y Fernández, A., 1860, 84-85. <<

[163] *Ibid*., 115. <<

[164] *Memoria administrativa…*, 1862, 80. <<

[165] Núñez de Arce, G., 2003, 166. <<

[166] Lafuente y Alcántara, E., 1862, 9. El río se llamaba indistintamente Martil o Martín. <<

[167] Alarcón, P. A. de, 1859, 91. <<

[168] Yriarte, Ch., s. a., 97. <<

[169] Sanz Lallana, P. (ed.), 2002, 81. <<

[170] Ennasiri Esslaoui, A., 1907, 220-221. <<

[171] Balaguer, V., 1860a, vol. I, 246. <<

[172] *Gaceta de Madrid*, del 21 de enero. <<

[173] Seguimos la *Noticia de las operaciones…* reproducida en Castelar E., Paula Canalejas, D. F. de, Cruzada Villaamil, D. G., Miguel Morayta, D., 1859, 168-169. El excelente capítulo dedicado a la Guerra de África en *Al pie de los cañones*, pág. 354 en concreto, aporta datos ligeramente diferentes. <<

[174] Castelar E., Paula Canalejas, D. F. de, Cruzada Villaamil, D. G., Miguel Morayta, D., 1859, 124. <<

[175] *Gaceta de Madrid*, del 29 de enero; parte de O'Donnell del 28. <<

[176] Ventosa, E., 1859, vol. I, 555. <<

[177] *El Museo Universal*, del 5 de febrero de 1860. <<

[178] Gutiérrez Maturana, J., 1876, 154. <<

[179] Pérez Calvo, J., 1860, 37. <<

[180] *La Época*, del 4 de febrero. <<

[181] Galibert, L. y Rotondo, A., 1859, vol. II, 177. <<

[182] Núñez de Arce, G., 2003, 175. <<

[183] *Gaceta de Madrid*, del 4 de febrero, con el despacho detallado. <<

[184] Alarcón, P. A. de, 1859, 130. <<

[185] Pirala, A., 1876, vol. II, 466. <<

[186] Ibo Alfaro, M., 1860, vol. III, 436-477. <<

[187] Yriarte, Ch., s. a., 90. El autor arrancó un trozo. <<

[188] Hardman, F., 1860, 215. <<

[189] El corresponsal de la *Crónica del Ejército y Armada de África*. Ver Castelar E., Paula Canalejas, D. F. de, Cruzada Villaamil, D. G., Miguel Morayta, D., 1859, 110-111. <<

[190] Castelar E., Paula Canalejas, D. F. de, Cruzada Villaamil, D. G., Miguel Morayta, D., 1859, 126-127 para la versión de Baza. <<

[191] *Ibid.*, 127-128, para la versión de Farnesio. <<

[192] *Ibid.*, 127-128. <<

[193] Núñez de Arce, G., 2003, 177. <<

[194] «*Milhombres en África*», 1923, 13 y 14. <<

[195] *Ibid.*, 62. <<

[196] *La Iberia*, del 25 de diciembre. <<

[197] Pirala, A., 1876, vol. II, nota en la página 448. <<

[198] Ennasiri Esslaoui, A., 1907, 221. <<

[199] Herrero de Collantes, I. (marqués de Aledo), 1952, 34-35. La carta es del 26 de enero, y está fechada en «el campamento del río Martín». <<

[200] *Gaceta de Madrid*, del 12 de febrero. <<

[201] Castelar E., Paula Canalejas, D. F. de, Cruzada Villaamil, D. G., Miguel Morayta, D., 1859, 152, correspondencia del escuadrón de Coraceros del Rey. <<

[202] Alarcón, P. A. de, 1859, 148. <<

[203] Castelar E., Paula Canalejas, D. F. de, Cruzada Villaamil, D. G., Miguel Morayta, D., 1859, 122. <<

[204] Núñez de Arce, G., 2003, 196-202 para su descripción. **<<**

[205] *La Guerra de África emprendida…*, 1859, 300 <<

[206] Hardman, F., 1860, 209. <<

[207] Alarcón, P. A. de, 1859, 151. <<

[208] De una carta, del 1 de febrero, de un oficial de artillería, recogida en *La Discusión* del 10. <<

[209] Martín Arrúe, F., 1898, 95. <<

[210] De una crónica de *La Época*, del 5 de febrero. <<

[211] *Historia del Regimiento de Húsares de la Princesa*, 1883, 58. <<

[212] Como es sabido, llevaban ese nombre un regimiento de infantería de línea y uno de cazadores de caballería. <<

[213] No está claro de qué unidad se trataba. El parte habla de un escuadrón de artillería a caballo, pero Ch. Yriarte, al que pertenece la cita (s. a., páginas 109-110), que estuvo en la acción, sentado en un armón, habla con claridad de mulas, animales de dotación en la artillería montada, pero no en la de a caballo. <<

[214] En español, en el original francés de Yriarte, Ch., 1870, 79. <<

[215] Crónica de *La Época*, ya citada. **<<**

[216] Navarrete, J., s. a., 29-30. Da pormenores interesantes sobre la forma de utilizar los trabuquillos. Es una gran lástima que, en lugar de describir sus experiencias personales del 31, se remita a Alarcón. <<

[217] Joly, A., 1910, 95. <<

[218] *La Discusión*, del 14 de febrero. <<

[219] La relación figura en la ya citada *Gaceta de Madrid*, del 4 de febrero. <<

[220] Castelar E., Paula Canalejas, D. F. de, Cruzada Villaamil, D. G., Miguel Morayta, D., 1859, 143. <<

[221] *Ibid*., 120. <<

[222] *La Iberia*, del 2 de febrero. <<

[223] Se trata de otra más de esas «heridas milagrosas», y, a la vez, testimonio del cubrecabezas que usaban en combate los oficiales de artillería. <<

[224] Navarrete, J., s. a., 27-28. <<

[225] Gutiérrez Maturana, J., 1876, 179-183. <<

[226] De la carta ya citada del oficial de artillería. <<

[227] *Gaceta de Madrid*, del 7 de marzo. <<

[228] Pérez Calvo, J., 1860, 29. <<

[229] *La Época*, del 6 de febrero. <<

[230] Ver la crónica periodística ya citada. **<<**

[231] Castillo, R. del, 1859, 238. <<

[232] Galibert, L. y Rotondo, A., 1859, vol. II, 777. <<

[1] Seguimos la obra fundamental de Redondo Penas, A., 2010. <<

[2] Del 26 de diciembre de 1859. <<

[3] *La Guerra de África emprendida…*, 224, que por error en la paginación aparece como 124. <<

[4] Pérez Calvo, J., 1860, 41-42. <<

[5] Otros testimonios hablan de dos. <<

[6] De la descripción de la despedida, en *Gaceta de Madrid*, del 31 de enero, crónica de Barcelona del 27. También embarcó, con destino a Marruecos, el 1.º de Mallorca. <<

[7] Datos extraídos del *Anuario Estadístico correspondiente a 1859-1860*, págs. 479-480. Los datos correspondientes a 1860 se hallan también en el *Anuario estadístico de España 1860-1861*, 1862-1863, 651. <<

[8] De espacial interés es el testimonio del ya citado Pérez Calvo, J., 1860, 37-48. Ver también Balaguer, V., 1860, vol. I, 334-360. <<

[9] Ventosa, E., 1859, vol. II, 613-616. <<

[10] Ver los *Anuarios estadísticos* ya citados. <<

[11] También aparece como Rocaverde. <<

[12] Cajal Valero, A., 2012a, 68. <<

[13] Albisu Andrade, P., 2011, 43. Es, sin duda, la obra más exhaustiva que se ha escrito sobre una unidad del Ejército español, sobre todo, a la vista de su modesta entidad numérica y de su corta vida. <<

[14] En concreto, Álava, 354, Guipúzcoa, 574 y Vizcaya, 589. <<

[15] Albisu Andrade, P., 2011, 389-395, para una carta muy interesante de Lasala exponiendo su difícil situación, entre dos fuegos, el Gobierno y las Provincias, y respondiendo a las «amargas censuras» que había recibido del País Vasco. <<

[16] Cajal Valero, A., 2013, 91. <<

[17] Cajal Valero, A., 2012a, 76 y nota al pie de la misma. <<

[18] Ver en Albisu Andrade, P., 2011, 128-133, para Guipúzcoa. Califica el reclutamiento, con razón, de «pesadilla» para las autoridades. <<

[19] *La Época*, del 5 de diciembre de 1859, para una relación nominal de los cuadros de jefes, oficiales y sargentos primeros de los cuatro tercios. Incluye también la disposición del Ministerio de la Guerra del 29 de noviembre sobre la organización de estas fuerzas. <<

[20] Para esta materia, Arturo Cajal Valero, 2012b, 144-154. Ver también la polémica que el nombramiento de La Torre suscitó en la prensa neocatólica, deseosa de reavivar las reivindicaciones próximas al carlismo. <<

[21] Albisu Andrade, P., 2011, 150, para el tallado y 175 para las cornetas. <<

[22] Recibió el nombre el 7 de diciembre. <<

[23] Albisu Andrade, P., 2011, 138. <<

[24] Cajal Valero, A., 2012a, 82-83. <<

[25] Albisu Andrade, P., 2011, 169-170. <<

[26] *Gaceta de Madrid*, del 30 de enero de 1860; crónica desde San Sebastián del 24. <<

[27] La *Gaceta de Madrid*, que venía informando en tono triunfalista de lo referente a estas unidades (ver, por ejemplo, los números de 9, 16, 18 y 21 de noviembre y 10 de diciembre), señalaba por error el 14 de diciembre que los de los cuatro tercios eran blancos, con las armas de la respectiva provincia, menos en el 4.º, en el que aparecían entrelazadas las de Guipúzcoa y Vizcaya. El 10 de enero, rectificaba, indicando que los del 1.º eran azules, con el escudo y la inscripción «tercio alavés n.º 1». <<

[28] Albisu Andrade, P., 2011, 171-190, para todas las cuestiones relativas al equipamiento. <<

[29] *Gaceta de Madrid*, del 30 de enero, crónica de San Sebastián del 24 de ese mes, ya citada. **<<**

[30] *Gaceta de Madrid*, del 5 de febrero. Crónica de San Sebastián del 28 de enero. <<

[31] Cajal Valero, A., 2012b, 166. <<

[32] Los entrecomillados corresponden a una crónica desde Santander, del 1 de febrero, publicada en la *Gaceta de Madrid* del 8 de ese mes. <<

[33] Landa, N., 1860, 186, en la que también figura la valoración del equipo sanitario mencionada antes. <<

[34] Soto, S. M., 1897, 39. <<

[35] Martín Arrúe, F., 1915, 118. <<

[36] *Ibid.*, 48. <<

[37] Cajal Valero, A., 2012b, 177. <<

[38] Brugada y Ros, F., 1861, 25. <<

[39] *Gaceta de Madrid*, del 4 de febrero, parte de Bustillo del día 2. <<

[40] Castillo, R. del, 1859, 241-243, para la orden general, cuyos pormenores se incluirán en el texto. <<

[41] *Gaceta de Madrid*, del 4 de febrero. <<

[42] Martín Arrúe, F., 1915, 142-143. <<

[43] Weil, 1883, lámina VII. <<

[44] «Del 5.º», dice por error el parte oficial, pero parece que la única que había de ese regimiento iba con el II Cuerpo. <<

[45] Otero, R., 1860, 10 para ambas citas. <<

[46] *Gaceta de Madrid*, del 12 de febrero. <<

[47] Pérez Calvo, J., 1860, 54-55. <<

[48] Yriarte, Ch., 1870, 108. <<

[49] Castelar, E., Paula Canalejas, D. F. de, Cruzada Villaamil, D. G., Miguel Morayta, D., 1859, 158. <<

[50] Es de suponer que junto a las piezas del tren de sitio agregadas a él, pero el parte no las menciona. <<

[51] *Ibid.*, 159, relato de Cazadores de Baza. En este contexto, «división» equivale a media compañía. **<<**

[52] El parte dice «lanceros», pero estos se hallaban ya a la derecha, a no ser que haya invertido los términos, y situase a los coraceros a la derecha y a los lanceros a la izquierda. <<

[53] Núñez de Arce, G., 2003, 205. <<

[54] Navarrete, J. A., s. a., 30. <<

[55] Gutiérrez Maturana, J., 1876, 195. <<

[56] Sanz Lallana, P. (ed.), 2002, 132. <<

[57] Hardman, F., 1860, 217. <<

[58] Gutiérrez Maturana, J., 1876, 197. <<

[59] Brugada y Ros, F., 1861, 28, para el caso de Cazadores de Alba de Tormes. <<

[60] Diferentes fuentes confirman este despliegue, que recoge el parte. <<

[61] Pérez Calvo, J., 1860, 26. <<

[62] Martín Arrúe, F., 1898, 111. <<

[63] Yriarte, Ch., 1870, 104. <<

[64] Navarrete, J. A., s. a., 23. <<

[65] Alarcón, P. A. de, 1859, 170. <<

[66] Yriarte, Ch., s. a., 122. La anécdota del caballo, en su obra de 1870, 111. También Alarcón y Núñez de Arce participaron en el asalto. <<

[67] Pérez Calvo, J., 1860, 63. <<

[68] Población y Fernández, A., 1860, nota en la página 173. <<

[69] Pérez Calvo, J., 1860, 63. <<

[70] Redondo Penas, A., 2010, 89. <<

[71] Gutiérrez Maturana, J., 1876, 201. <<

[72] Yriarte, Ch., 1870, 102. <<

[73] Gutiérrez Maturana, J., 1876, 208. <<

[74] Ennasiri Esslaoui, A., 1907, 221. <<

[75] Sanz Lallana, P. (ed.), 2002, 103. <<

[76] Otras fuentes mencionan que se desmontó solo uno, e incluso ninguno. <<

[77] Navarrete, J. A., s. a., 23-24. <<

[78] Yriarte, Ch., 1870, 113. <<

[79] Galibert, L. y Rotondo, A., 1859, vol. II, 831. <<

[80] Hooker, J. D. & Ball, J., 1878, 52. <<

[81] Engels, F., *New York Daily Tribune,* del 17 de marzo de 1860. <<

[82] Hardman, F., 1860, 221. Hace grandes elogios, pero olvida el excelente comportamiento de muchos batallones de ambos en la Primera Guerra Carlista. <<

[83] Núñez de Arce, G., 2003, 207. <<

[84] *Gaceta de Madrid*, del 13 de febrero. <<

[85] *La Época*, del 10 de febrero. <<

[86] Lafuente y Alcántara, E., 1862, 9. <<

[87] Lo comenta Alarcón, P. A. de, 1859, 174. <<

[88] Castillo, R. del, 1859, 247. <<

[89] Citado en *La Guerra de África emprendida…*, 1859, 448. <<

[90] Hardman, F., 1860, 116. <<

[91] Mordacq (commandant), 1904, 92. <<

[92] *Gaceta de Madrid*, del 9 de febrero. <<

[93] Ver *Gaceta de Madrid*., del 12 de febrero para una relación nominal de las bajas de jefes y oficiales, y global para la tropa. **<<**

[94] *La Época*, del 11 de febrero. <<

[95] Según el relato del Regimiento de la Princesa que figura en Castelar E., Paula Canalejas, D. F. de, Cruzada Villaamil, D. G., Miguel Morayta, D., 1859, 159, parece que la Compañía de Cazadores del 2.º Batallón de ese regimiento tomó tres de ellas, y que Córdoba cogió otras dos. <<

[96] Ventosa, E., 1859, vol. II, 684. <<

[97] Brugada y Ros, F., 1861, 29-30. Se han recogido las bajas totales que da el parte oficial, no las que facilita el autor. <<

[98] Para estos tres batallones, cifras publicadas en la *Gaceta*, que no siempre coinciden con otras fuentes. <<

[99] *La Discusión*, del 8 de febrero. <<

[100] En *La Época*, del 6 de febrero. <<

[101] Yriarte, Ch., s. a., 126. <<

[102] Su parte, en la *Gaceta de Madrid*, del 5 de febrero. <<

[103] *Gaceta de Madrid*, del 6 de febrero para ambos partes. <<

[104] *Gaceta de Madrid*, del 8 de febrero. <<

[105] *Gaceta de Madrid*, del 9 de febrero. <<

[106] Pérez Calvo, J., 1860, 61. <<

[107] Población y Fernández, A., 1860, 28. <<

[108] Landa, N., 1860, 157. <<

[109] Brugada y Ros, F., 1861, 30. <<

[110] Galibert, L. y Rotondo, A., 1859, vol. II, 231. <<

[111] Cánovas del Castillo, A., 1860, 195-196. <<

[112] Hardman, F., 1860, 224. <<

[113] Boudot, P. et Paulier, V., 1909, 15. <<

[114] Navarrete, J. A., s. a., 23-24. <<

[115] Servicio Histórico Militar, 1947, vol. I, 284. <<

[116] *Gaceta de Madrid*, del 22 de marzo. <<

[117] Ennasiri Esslaoui, A., 1907, 221-223. <<

[118] Está en la *Gaceta de Madrid*, del 11 de febrero. <<

[119] La descripción es de Ennasiri Esslaoui, A., 1907, 224. <<

[120] Sanz Lallana, P. (ed.), 2002, 106. <<

[121] Germond de Lavigne, A., 1889, 86-85. <<

[122] Ennasiri Esslaoui, A., 1907, 224. <<

[123] *Gaceta de Madrid*, del 9 de febrero, para el parte, del 7. <<

[124] *Gaceta de Madrid*, del 8 de febrero. <<

[125] *Gaceta de Madrid*, del 9 de febrero. Incluye la descripción del tedeum celebrado en Madrid. **<<**

[126] *La Discusión*, del 7 de febrero. <<

[127] *La Iberia*, del 8 de febrero. <<

[128] *La Regeneración*, del 9 de febrero. <<

[129] Galibert, L. y Rotondo, A., 1859, vol. III, 14. <<

[130] Es interesante leer en *La Discusión*, del 11 de febrero, el eco que hubo en distintas provincias y en la prensa de las mismas. **<<**

[131] *El Romancero de la guerra de África*, 1860, 359. <<

[132] *La América*, del 24 de febrero. <<

[133] Núñez de Arce, G., 2003, 241. <<

[134] Germond de Lavigne, A., 1889, 153. <<

[135] Alarcón, P. A. de, 1859, 196. <<

[136] Gutiérrez Maturana, J., 1876, 225. <<

[137] Alarcón, P. A. de, 1859, 191-192. <<

[138] Población y Fernández, A., 1860, 52-53. <<

[139] Llanos y Alcaraz, A., s. a., 14. <<

[140] Lafuente y Alcántara, E., 1862, 10. <<

[141] Hardman, F., 1860, 297. <<

[142] Gutiérrez Maturana, J., 1876, 224 y 323, respectivamente. <<

[143] Ver Godard, L., 1859, 31-43, con curiosas noticias sobre la situación de los judíos en Marruecos. <<

[144] Yriarte, Ch., s. a., 192. <<

[145] Galibert, L. y Rotondo, A., 1859, vol. III, 147. <<

[146] Ver *Gaceta de Madrid*, del 19 de marzo para el parte de una de esas operaciones, el 10 de ese mes. <<

[147] Ennasiri Esslaoui, A., 1907, 233. Hace un relato fantasioso de uno de los ataques nocturnos. <<

[148] *Gaceta de Madrid*, del 17 de febrero. Parte, indignado, del general en jefe del 3.er Ejército. <<

[149] *Gaceta de Madrid*, del 20 de febrero, con el parte de Buceta. <<

[150] Servicio Histórico Militar, 1947, vol. I, 285-286. <<

[151] *La Guerra de África emprendida…*, 1859, 347-349. <<

[152] Balaguer, V., 1860a, vol. II, 104. <<

[153] Ennasiri Esslaoui, A., 1907, 27. <<

[154] Ventosa, E., 1859, vol. II, 855-863. <<

[155] *El Cañón Rayado*, del 22 de marzo de 1860. <<

[156] Germond de Lavigne, A., 1889, 131-132. <<

[157] *El Museo Universal*, del 26 de febrero de 1860. <<

[158] Hardman, F., 1860, 256. <<

[159] *Gaceta de Madrid*, del 8 de febrero. La concesión tiene fecha del 7, y llevaba aparejada la grandeza de primera clase. <<

[160] *El Museo Universal*, del 12 de febrero de 1860. <<

[161] Ennasiri Esslaoui, A., 1907, 228. <<

[162] Al parecer, reinaba cierta confusión entre los españoles respecto a los marroquíes. No todos los testigos coinciden al mencionar los cargos de los enviados, y, respecto a Ben Abu, Alarcón le califica una vez como hermano del gobernador de Tánger (pág. 234) y otra como hermano del gobernador del Rif (pág. 247). <<

[163] *Gaceta de Madrid*, del 13 de febrero. <<

[164] Herrero de Collantes, I. (marqués de Aledo), 1952, 36-37. <<

[165] *La Discusión*, del 15 de febrero. <<

[166] *La Discusión*, del 14 de febrero. <<

[167] *La Discusión*, del 16 de febrero. <<

[168] Castelar E., Paula Canalejas, D. F. de, Cruzada Villaamil, D. G., Miguel Morayta, D., 1859, 169-170. <<

[169] *La Discusión*, del 14 de febrero. <<

[170] *La Iberia*, del 17 de febrero. Este periódico, como otros, recogía a diario extractos de las opiniones de sus colegas, que permiten hacerse fácilmente una idea del sentir de la prensa. <<

[171] *La Iberia*, del 22 de febrero. <<

[172] *La Discusión*, del 17 de febrero. <<

[173] *La Iberia*, del 17 de febrero. <<

[174] Becker, J., 1903, 66. <<

[175] Becker, J., 1915, nota en página 261, con el texto del telegrama, del 14. Agradezco al capitán de corbeta, Juan Guerrero, que me facilitara este libro. <<

[176] Núñez de Arce, G., 2003, 232. Seguimos su descripción de la visita, en las páginas 235-241, que es curiosa. <<

[177] Alarcón, P. A. de, 1859, 247. <<

[178] *Ibid.*, 251. <<

[179] Frases recogidas por Alarcón, que estaba presente, en las páginas 248 y 249, respectivamente. Su descripción del encuentro, en las páginas 247-251. <<

[180] *Gaceta de Madrid*, del 25 de febrero. <<

[181] Está recogida, en *La Guerra de África emprendida…*, 1859, 396; y, en R. R. de M., 1860, 287. <<

[182] Herrero de Collantes, I. (marqués de Aledo), 1952, 39-43. Tiene fecha del mismo 23 de febrero. <<

[183] Yriarte, Ch., 1870, 205-209. <<

[184] Ennasiri Esslaoui, A., 1907, 232. <<

[185] R. R. de M., 1860, 291. <<

[186] *La Discusión*, del 28 de febrero. <<

[187] Ver *Gaceta de Madrid*, del 28 de febrero para el parte, y del 7 de marzo para su *Diario de operaciones*. <<

[188] Becker, J., 1903, 66-67. <<

[189] Ibo Alfaro, M., 1860, vol. I, 384-386, para una descripción del desplazamiento. <<

[190] Alarcón, P. A. de, 1859, 270. <<

[191] Sanz Lallana, P. (ed.), 2002, 86. <<

[192] Balaguer, V., 1860a, vol. II, 98. <<

[193] Landa, N., 1860, 177-180. <<

[194] González Ruesgas, F., 1860, 96-99. <<

[195] *Gaceta de Madrid,* del 15 de marzo, parte de O'Donnell. Los que envió durante la primera mitad de mes eran desoladores. <<

[196] González Ruesgas, F., 1860, 104. <<

[197] *Gaceta de Madrid*, del 18 de marzo, parte del 15. <<

[198] Brugada y Ros, F., 1861, 46. <<

[199] Castelar, E., Paula Canalejas, D. F. de, Cruzada Villaamil, D. G., Miguel Morayta, D., 1859, 178. <<

[200] Boudot, P. et Paulier, V., 1909, 11. <<

[201] *Memoria administrativa de la campaña de África*, 1862, 80. <<

[202] González Ruesgas, F., 1860, 100. <<

[203] *Gaceta de Madrid*, del 7 de marzo, despacho del 5. <<

[204] *El Museo Universal*, del 18 de marzo. <<

[205] Navarro y Rodrigo, C., 1869, 183 y 177, respectivamente. **<<**

[206] Ventosa, E., 1860, 116. <<

[207] *Gaceta de Madrid*, del 24 de febrero. <<

[208] Pirala, A., 1876, vol. II, 465. <<

[209] Herrero de Collantes, I. (marqués de Aledo), 1952, 45-46. <<

[210] *Gaceta de Madrid*, del 21 de marzo, para el parte, del 12. <<

[211] Gutiérrez Maturana, J., 1876, 245. <<

[212] Otras versiones aseguran que los marroquíes le sacaron del agua, pero que murió al poco de sus heridas. <<

[213] El parte del coronel en Ventosa, E., 1859, vol. II, 999-1001. <<

[214] Boudot, P. et Paulier, V., 1909, 32-34. <<

[215] Yriarte, Ch., 1870, 265. <<

[216] Balaguer, V., 1860a, vol. II, 130. <<

[217] Fueron adelantadas, con relación nominal en el caso de jefes y oficiales, en la *Gaceta de Madrid*, del 15 de marzo. El parte detallado publicado en la del 21 muestra una mínima diferencia. <<

[218] Boudot, P. et Paulier, V., 1909, 33. <<

[219] Gutiérrez Maturana, J., 1876, 247-250, para este nuevo acto de imprudencia. <<

[220] *La Guerra de África emprendida…*, 1859, 442-443. <<

[221] Hardman, F., 1860, 312. <<

[222] Ennasiri Esslaoui, A., 1907, 234. <<

[223] *El Cañón Rayado*, del 15 de marzo de 1860. <<

[224] *Gaceta de Madrid*, del 15 de marzo. Curiosamente, el telegrama aparece en la última página. **<<**

[225] Becker, J., 1903, 68-70. Son interesantes las reflexiones de P. A. de Alarcón (págs. 274-278) sobre este periodo. <<

[226] Joly, A., 1910, 214. <<

[227] Herrero de Collantes, I. (marqués de Aledo), 1952, 49-52. <<

[228] *Ibid*., 52-54, carta de Merry a Calderón Collantes, del 17 de marzo. <<

[229] Ennasiri Esslaoui, A., 1907, 235. <<

[230] Boudot, P. et Paulier, V., 1909, *passim*, pero sobre todo las páginas 19-23. <<

[231] Alarcón, P. A. de, 1859, 244 y 258, respectivamente. <<

[232] Hardman, F., 1860, 265 y 255, respectivamente. <<

[233] Boudot, P. et Paulier, V., 1909, 23. Es curioso que Maura (pág. 23) utilice la misma expresión. <<

[234] Sevilla Andrés, D., 1960, 149, citando a Rafael Olivar Bertrand, *El caballero Prim*, Barcelona, 1952. <<

[235] Germond de Lavigne, A., 1889, 132-134. <<

[236] Becker, J., 1915, nota en página 261, instrucciones ya citadas. <<

[237] Germond de Lavigne, A., 1889, 166. <<

[238] Becker, J., 1915, 266. <<

[239] Herrero de Collantes, I. (marqués de Aledo), 1952, 54. De Calderón Collantes a O'Donnell, 18 de marzo, a la 1 de la noche. **<<**

[240] Sevilla Andrés, D., 1960, 163. <<

[241] Durán, N., 1979, 238. <<

[242] Ventosa, E., 1859, vol. II, 903-914 para un interesante análisis de la posición de los periódicos. <<

[243] Núñez de Arce, G., 2003, 265. <<

[244] *Ibid.*, 269. <<

[245] Alarcón, P. A. de, 1859, 180. <<

[246] *Ibid.*, 251. <<

[247] Yriarte, Ch., s. a., 213. <<

[248] Alarcón, P. A. de, 1859, 277. <<

[249] Ver el número de 30 de marzo. <<

[250] *La Iberia*, del 1 de abril. <<

[251] Ver, por ejemplo, en *La Época* del 2 de abril, su larga carta al director de *El Clamor Público*. **<<**

[252] Navarro y Rodrigo, C., 1869, 179. <<

[253] Técnicamente, la denominación era «de marina», solamente, pero equivalía a la actual Infantería de Marina. <<

[254] Martín Arrúe, F., 1915, 152-154. <<

[255] Landa, N., 1860, 198-200. <<

[1] Hardman, F., 1860, 286. <<

[2] Cánovas del Castillo, A., 1860, 197. <<

[3] Alarcón, P. A. de, 1859, 279, recogiendo una conversación del autor con Bustillo. <<

[4] Herrero de Collantes, I. (marqués de Aledo), 1952, 46-49. Tiene fecha de 13 de marzo. <<

[5] Siete se llevaban bajo el poncho. <<

[6] Landa, N., 1860, 202. <<

[7] *Gaceta de Madrid*, del 26 de marzo para el parte telegráfico y del 31, para el detallado. <<

[8] Monedero Ordóñez, D., 1893, 110-111. <<

[9] *Gaceta de Madrid*, del 24 de marzo. <<

[10] Galibert, L. y Rotondo, A., 1859, vol. II, nota en la página 173. Se dice que tras la batalla pidieron a O'Donnell que les cambiara el vestuario, porque les convertía en «el blanco favorito de los súbditos del sultán». No obstante, como se ha visto, parece que solo se distinguían por un lazo rojo y amarillo. <<

[11] Alarcón, P. A. de, 1859, 252 (432, por error de paginación en la edición manejada). Lo había recorrido cuando acompañó a O'Donnell a una entrevista con Muley el-Abbás. <<

[12] Sanz Lallana, P. (ed.), 2002, 115. <<

[13] Este regimiento no figura en el orden de marcha del I Cuerpo que se acaba de citar, pero, indudablemente, formaba en este. <<

[14] Para lo relativo al I Cuerpo se ha seguido sobre todo el parte, no demasiado preciso, de Echagüe, en Ibo Alfaro, M., vol. I, 1860, 390-392. <<

[15] Gutiérrez Maturana, J., 1876, 262. <<

[16] Landa, N., 1860, 209. <<

[17] Martín Arrúe, F., 1915, 157. <<

[18] Balaguer, V., 1860a, vol. II, 255-257 y 259-260, respectivamente, cita los dos textos. <<

[19] Para lo referente al II Cuerpo, se ha seguido el parte de Prim, en Giménez y Guited, F., 1871, vol. II, 309-314. <<

[20] Yriarte, Ch., 1870, 220. <<

[21] Amor y Mayor, F., 1859, 40. <<

[22] Navarrete, J., s. a., 10. <<

[23] *Ibid*., 30-31. <<

[24] Reproducido en Soto, S. M., 1897, 68-76. Ver también, aunque es de menor interés, Soraluce, P. M. de, 1913. <<

[25] Ventosa, E., 1859, vol. II, 1036. <<

[26] R. R. de M., 1860, 375. <<

[27] Seguimos el impagable relato de Monedero Ordóñez, D., 1893, 110-148, que estuvo allí con el 1.º de Almansa, al que se había incorporado con un destacamento de refuerzo procedente del 2.º. <<

[28] Población y Fernández, A., 1860, 166. Como médico, no entiende por qué no se dieron órdenes de desprenderse de las mochilas y de las raciones. <<

[29] Ver su parte, ya mencionado, en Ibo Alfaro, M., vol. I, 310-311. <<

[30] Parte de O’Donnell, ya citado. <<

[31] Landa, N., 1860, 222. <<

[32] *Ibid*., 223. <<

[33] Ennasiri Esslaoui, A., 1907, 236. <<

[34] Joly, A., 1910, 124. <<

[35] *Historia del Regimiento Húsares de la Princesa*, 1883, 61. Es la única fuente que recoge la participación del 4.º Escuadrón en esa refriega. <<

[36] Yriarte, Ch., 1870, 220. <<

[37] Martín Arrúe, F., 1915, 158. <<

[38] Monedero Ordóñez, D., 1893, 126. <<

[39] Ver la carta del mismo 23 de marzo, publicada en Alarcón, P. A. de, 1859, 282-287. <<

[40] Servicio Histórico Militar, 1947, vol. II, 311-312. <<

[41] Monedero Ordóñez, D., 1893, 127-128. <<

[42] P. A. de, 1859, 286. <<

[43] Ventosa, E., 1859, vol. II, 1036. <<

[44] Monedero Ordóñez, D., 1893, 142 y 145, respectivamente. El comentario sobre los muertos y los heridos proviene también del mismo autor. <<

[45] Sanz Lallana, P. (ed.), 2002, 115. <<

[46] Boudot, P. et Paulier, V., nota en la página 42. <<

[47] *Gaceta de Madrid*, del 28 de marzo. <<

[48] Ventosa, E., 1859, vol. II, 1055-1057. <<

[49] Orellana, F. J., 1871, vol. II, 254. <<

[50] Yriarte, Ch., 1870, 296. <<

[51] Gutiérrez Maturana, J., 1876, 269. <<

[52] Navarrete, J., s. a., 4. Se lamenta de que el parte oficial no refleje su heroísmo. <<

[53] Yriarte, Ch., 1870, 230. <<

[54] Landa, N., 1860, 224. Curiosamente, el parte no le menciona. <<

[55] Servicio Histórico Militar, 1947, vol. II, 312. <<

[56] Galibert, L. y Rotondo, A., 1859, vol. III, 161. <<

[57] Hardman, F., 1860, 286. <<

[58] Joly, A., 1910, 126. <<

[59] Germond de Lavigne, A., 1889, 175-176. <<

[60] *Ibid*., 121. <<

[61] Boudot, P. et Paulier, V., 1909, 41. <<

[62] Martín Arrúe, F., 1915, 162. <<

[63] Joly, A., 1910, 127 y 125, respectivamente. <<

[64] Yriarte, Ch., 1870, 220. Añade este autor, justificando la decisión de Prim: «pero en la guerra hay necesidades terribles». **<<**

[65] Navarrete, J., s. a., 40. <<

[66] Yriarte, Ch., 1870, 299. <<

[67] Monedero Ordóñez, D. 1893, 143-144. <<

[68] Balaguer, V., 1860a, vol. II, 266. <<

[69] Landa, N., 1860, 226-227. <<

[70] Población y Fernández, A., 1860, 205. <<

[71] Ennasiri Esslaoui, A., 1907, 236. <<

[72] Navarrete, J., s. a., 33. <<

[73] Soto, S. M., 1897, 79. El autor afirma —en la página 99— que Prim le dijo que O'Donnell «quería darles [a los vascos] parte principalísima en la esperada batalla del Fondak». <<

[74] Monedero Ordóñez, D., 1893, 150. <<

[75] Yriarte, Ch., 1870, 302-303 (por error en la paginación, dice 333). **<<**

[76] Landa, N., 1860, 237. <<

[77] Citas de Ennasiri Esslaoui, A., 1907, 236. <<

[78] Hardman, F., 1860, 282, para estos significativos detalles. <<

[79] Este se la regalaría a O’Donnell. Fue exhibida en los jardines del Ministerio de la Guerra (*La Época*, del 4 de mayo). <<

[80] Alarcón, P. A. de, 1859, 255. En una de esas discrepancias tan frecuentes entre distintos testimonios, para Landa (pág. 239) llevaba «túnica de color lila, sobre ella un albornoz blanco y encima de este otro de paño azul». Las botas eran amarillas y «como tienen suela de tafilete —típico en los jinetes árabes—, para andar calzaba babuchas del mismo color». <<

[81] Alarcón, P. A. de, 1859, 255. <<

[82] Flournoy, F. R., 1935, 201. <<

[83] Ben-Srhir, K., 2004, 95. <<

[84] Drummond-Hay, L. A. E. & Drummond-Hay, A. E., 1896, 213. Como es sabido, los preliminares se firmaron más de mes y medio después de ese combate. <<

[85] Ben-Srhir, K., 2004, 96. <<

[86] Ennasiri Esslaoui, A., 1907, 236. <<

[87] Merry y Colom, F., 1894, 102. <<

[88] Sanz Lallana, P. (ed.), 2002, 116. <<

[89] Monedero Ordóñez, D., 1893, 162-163. <<

[90] Yriarte, Ch., 1870, 165. <<

[91] Brugada y Ros, F., 1861, 40. <<

[92] Castelar, E., Paula Canalejas, D. F. de, Cruzada Villaamil, D. G., Miguel Morayta, D., 1859, 206. <<

[93] Germond de Lavigne, A., 1889, 169. <<

[94] Ventosa, E., 1860, 126. <<

[95] Navarro y Rodrigo, C., 1869, 178. <<

[96] O’Donnell, L., 1861, 15. <<

[97] R. R. de M., 1860, 364. <<

[98] *La Guerra de África emprendida…* 1859, 476. <<

[99] Germond de Lavigne, A., 1889, 118. <<

[100] Navarro y Rodrigo, C., 1869, 178. <<

[101] Pirala, A., 1876, vol. II, 465. <<

[102] Hardman, F., 1860, 316. <<

[103] Pirala, A., 1876, vol. II, 465. <<

[104] Navarro y Rodrigo, C., 1869, 178. <<

[105] Castillo, R. del, 1860, 540. <<

[106] Cánovas del Castillo, A., 1883, vol. II, 183. <<

[107] Monedero Ordóñez, D., 1893, 165-177, para una descripción de la pintoresca marcha, con el ejército rodeado de centenares de cabileños. <<

[108] Gutiérrez Maturana, J., 1876, 229, para ambas citas. <<

[109] Ventosa, E., 1859, vol. II, 1109. <<

[110] Herrero de Collantes, I. (marqués de Aledo), 1952, 55, O’Donnell a Calderón Collantes. **<<**

[111] Galibert, L. y Rotondo, A., 1859, vol. III, 193. <<

[112] Landa, N., 1860, 271-272. <<

[113] Galibert, L. y Rotondo, A., 1859, vol. II, 181. <<

[114] *Gaceta de Madrid*, del 29 de marzo. <<

[115] Pirala, A., 1876, vol. II, 487. <<

[116] Al margen de las obras dedicadas a esta materia, la *Gaceta de Madrid*, del 5, 6, 7, 11, 12 y 13 de abril suministra interesantes y sucesivas noticias sobre el asunto y sobre algunos brotes de sublevaciones en otros lugares. <<

[117] Dice Ennasiri Esslaoui (pág. 221): «Prim marchaba siempre delante de sus tropas, montado en un caballo blanco; era célebre entre los españoles que le veían como a un hombre valiente y entendido». Es el único general español, aparte de O'Donnell, al que hace referencia. <<

[118] Herrero de Collantes, I. (marqués de Aledo), 1952, 57-59. Carta de Lignés a Calderón Collantes. <<

[119] Becker, J., 1903, 71-78. <<

[120] Lograron que se eliminaran. <<

[121] Flournoy, F. R., 1935, 203. <<

[122] *Gaceta de Madrid*, del 28 de abril, con el despacho del 25. <<

[123] *Gaceta de Madrid*, del 29 de abril, despacho del 26. <<

[124] Becker, J., 1918, 47-53, para el texto del tratado. <<

[125] *La Discusión*, del 30 de mayo. <<

[126] Ventosa, E., 1859, vol. II, 1130. <<

[127] El 9 de julio, le mataría el cólera. Le sustituyó José Turón. <<

[128] Brugada y Ros, F., 1861, 41. <<

[129] Monedero Ordóñez, D., 208. <<

[130] Sanz Lallana, P. (ed.), 2002, 118. <<

[131] Ver, por ejemplo, *La Iberia*, del 2 y 3 de mayo. **<<**

[132] Montemolín renunció a sus derechos, para luego, tan pronto como pisó tierra extranjera, retractarse. Fue todo un episodio muy poco gallardo. El único de los protagonistas que demostró entereza fue el desdichado Ortega. <<

[133] Herrero de Collantes, I. (marqués de Aledo), 1952, 60 para el telegrama, de 22 de abril, de O'Donnell a Calderón Collantes oponiéndose y su ofrecimiento de dimitir, y 62, del mismo al mismo, del 23, aceptando la amnistía. <<

[134] *Gaceta de Madrid*, del 1 de mayo. <<

[135] Balaguer, V., 1860b. Tiene 109 páginas. <<

[136] *El Museo Universal*, de 15 de abril de 1860. <<

[137] Ventosa, E., 1859, vol. II, 1126. <<

[138] Galibert y Rotondo, vol. III, pág. 199. <<

[139] *El Museo Universal*, del 13 de mayo de 1860, con curiosos retratos de ambos personajes. <<

[140] *Diario del Congreso*, del 25 de mayo de 1860. <<

[141] *Diario del Senado*, del 4 de junio. <<

[142] *Diario del Congreso*, del 5 de junio. <<

[143] López de Letona, A., 1866, 137. <<

[144] *Diario del Congreso*, del 1 de junio. <<

[145] *Diario del Congreso*, del 6 de junio, apéndice 5.º. <<

[146] *Diario del Congreso*, del 12 de junio, para ese debate. <<

[147] *Diario del Congreso*, del 13 de junio. <<

[148] *Diario del Congreso*, de 14 de junio. Ver *La Discusión* de ese día para una reacción inicialmente entusiasta desde la óptica de un partido rival. **<<**

[149] *Diario del Congreso*, del 16 de junio. <<

[150] *Diario del Congreso*, del 18 de junio. <<

[151] *Diario del Congreso*, del 14 de noviembre de 1861. Despacho del encargado de negocios del 28 de mayo, sobre la actitud marroquí. El 24 de junio hablaría de «resistencia pasiva e invencible». <<

[152] *Gaceta de Madrid*, del 19 de mayo de 1861. <<

[153] Despacho del encargado de negocios de España en Tánger, del 30 de abril de 1861, en el *Diario del Congreso*, del 14 de noviembre de 1861, apéndice 4.º. <<

[154] Becker, J., 1903, 84. Para toda esta enrevesada cuestión, ver páginas 83-121. Ver también la colección de documentos publicada en el *Diario del Congreso*, del 14 de noviembre de 1861, apéndice 4.º. <<

[155] El texto está en *Diario del Congreso*, del 9 de diciembre de 1861, apéndice único. <<

[156] Lozano Muñoz, F., 1872, 477. <<

[157] Merry al secretario de Estado, 15 de abril de 1861. Reproducida en el apéndice 4.º del *Diario del Congreso*, del 14 de noviembre de 1861. <<

[158] De los 300 artilleros, 200 eran confinados o soldados españoles, desertores de los presidios. <<

[159] Para ese periodo son imprescindibles los documentos publicados en el ya citado anejo 4.º del *Diario del Congreso*, del 14 de noviembre de 1861. <<

[160] Flournoy, F. R., 1935, 209, para la versión británica de lo sucedido. <<

[161] Anejo 4.º del *Diario del Congreso*, del 14 de noviembre, escrito del Ministerio de Estado del 25 de julio de 1861. <<

[162] *Ibid*., despacho del 30 de abril al ministro de Estado. Ver los informes del 11 y 20 de junio sobre la colaboración prestado por Drummond-Hay a Merry. <<

[163] Flournoy, F. R., 1935, 206. <<

[164] *Diario del Congreso*, del 14 noviembre, anejo 4.º, para el texto del tratado. <<

[165] Ver Ben-Srhir, K., 2004, 101-107; Flournoy, F. R., 1935, 204-212; Drummond-Hay L. A. E. & Drummond-Hay, A. E., 1896, 214-220, sobre su papel en la negociación; Joly, A., 1910, 231, que también adjudica el mérito al cónsul Drummond-Hay; Meakin, B., 1899, 177 y Hooker, J. D. & Ball, J., 1878, 53. <<

[166] Becker, J., 1903, 91. <<

[167] Merry y Colom, F., 1894, nota en página 93. <<

[168] Merry y Colom, F., 1864. Se dio la circunstancia de que, en el periodo transcurrido desde que recibió la orden de desplazarse a Madrid hasta que llegó a la capital, el Gobierno O'Donnell había caído, el 2 de marzo de 1863, siendo sustituido por el del marqués de Miraflores. Por suerte, ambos políticos estaban de acuerdo en el tema de Marruecos, cosa infrecuente, y, por consejo del propio Miraflores, antes de partir a cumplir su misión el diplomático pudo reunirse con el duque de Tetuán, que le dio su punto de vista. <<

[169] Sin embargo, en su libro de 1894 se lee «de más de 40 años». <<

[170] Merry y Colom, F., 1864, 55. <<

[171] *Ibid*., 61. <<

[172] *Ibid.*, 99. <<

[173] *Ibid*., nota en la página 91. <<

[174] *Ibid*., 92. <<

[175] *Ibid*., nota en la página 97. En otoño, el corte de esas chumberas daría lugar a un conflicto. <<

[176] Artículo 4.º del tratado de 30 de octubre de 1861. <<

[177] Becker, J., 1903, 174 y nota en la misma. <<

[178] Ennasiri Esslaoui, A., 1907, 327, para algunas noticias al respecto. <<

[179] Germond de Lavigne, A., 1889, 168. <<

[180] Merry y Colom, F., 1894, 94, para los textos entrecomillados. <<

[181] Ese día O'Donnell tuvo, además, otro enfrentamiento en el Senado con Alcalá Galiano, ver *Diario del Senado*, del 27 de noviembre de 1860. <<

[182] Ver los números del *Diario del Congreso* referentes a las fechas citadas. <<

[183] *Diario del Congreso*, del 7 de noviembre de 1861. <<

[184] *Diario del Senado*, del 22 de noviembre de 1861, intervención del senador Pacheco. <<

[185] *Diario del Senado*, del 2 de diciembre de 1861, intervención del senador Alcalá Galiano. <<

[186] *Diario del Senado*, del 17 y 18 de diciembre de 1861. <<

[187] *Diario del Senado*, del 19 de diciembre de 1861. <<

[188] *Diario del Senado*, del 19 de diciembre de 1861. <<

[189] *Diario del Senado*, del 4 de diciembre de 1861. <<

[190] Ameller, V. de, 1861. <<

[191] Pirala, A., 1876, vol. II, 487. <<

[192] Galibert, L. y Rotondo, A., 1859, vol. II, 416. <<

[193] O'Donnell, L., 1861, 15. <<

[194] Durán, N., 1979, 271. <<

[195] Inarejos Muñoz, J. A., 2007, 41-42. <<

[196] Hardman, F., 1860, 254. <<

[197] Sevilla Andrés, D., 1960, 161. <<

[198] En cambio, para un elogio incondicional de un observador extranjero, ver Chauchar, A., 1862, *passim*. <<

[199] Ver Martín Arrúe, F., 1898, 38-39 y 76-78. Pirala, A., 1876, vol. II, 433 es más crítico. <<

[200] *Diario del Congreso*, de 14 de noviembre de 1861, anejo 4.º, despacho de 12 de junio. <<

[201] Martín Arrúe, F., 1898, 118. <<

[202] Serrallonga, J., 1998b, 240. <<

[203] Ventosa, E., 1860, 123. La palabra se repite en varios autores. <<

[204] Ameller, V. de, 1861, 70. Critica, además, todos los aspectos de la campaña. <<

[205] Población y Fernández, A., 1860, 225. <<

[206] Joly, A., 1910, 143. <<

[207] Boudot, P. et Paulier, V., 1909, 12. <<

[208] Friedrich Engels, artículo en el *New York Daily Tribune*, del 17 de marzo de 1860. <<

[209] Boudot, P. et Paulier, V., 1909, 16. Se apunta, asimismo, que si se hubiera atacado Tetuán inmediatamente después de la batalla del 31 de enero, habría caído. <<

[210] Ameller, V. de, 1861, 61. <<

[211] Hooker, J. D. & Ball, J., 1878, 52. <<

[212] Mordacq (commandant), 1904, 105-106; la misma obra contiene críticas sobre otras cuestiones, como, por ejemplo, la ausencia de persecución tras la batalla de Tetuán (pág. 92). <<

[213] Martín Arrúe, F., 1915, 86-87 y 166-167, respectivamente. <<

[214] Joly, A., 1910, 153. <<

[215] Hardman, F., 1860, 265. <<

[216] Hooker, J. D. & Ball, J., 1878, 53. <<

[217] Pirala, A., 1876, vol. II, 481-482. <<

[218] *La Guerra de África emprendida…*, 1859, 443. <<

[219] Boudot, P. et Paulier, V., 1909, 40-41. Por eso los marroquíes se percataron de que hacían «más ruido que daño». <<

[220] *«Milhombres» en África…*, 1923, 12-13. <<

[221] *Ibid*., 23. Dada la peculiar estructura de la obra, es imposible saber si la frase es de O’Donnell o del editor. **<<**

[222] Joly, A., 1910, 139-140. <<

[223] Mordacq (commandant), 1904, 124. <<

[224] Hardman, F., 1860, 312 y 288, respectivamente. <<

[225] *La Guerra de África emprendida…*, 1859, 199-200. <<

[226] Hardman, F., 1860, 299 y 303, respectivamente. <<

[227] Joly, A., 1910, 164. <<

[228] Mordacq (commandant), 1904, 12 y nota en la página 109. Sigue a Germond de Lavigne, A., 1889 sin citarlo. <<

[229] *New York Daily Tribune*, del 17 de marzo de 1860. <<

[230] Martín Arrúe, F., 1898, 75. Se trata de una transcripción no literal de una serie de conferencias, pero el hecho de que autorizara la publicación indica que consideraba que el texto correspondía a sus palabras. <<

[231] *Memoria administrativa…*, 1862, 81-86. <<

[232] Parece que en esta clasificación, que es la que figura en el documento, los que perdieron la vida a causa del cólera engloban también a los fallecidos por otras enfermedades, mientras que los que fallecieron «en los campamentos» fue mayoritariamente con motivo de esa epidemia. <<

[233] Joly, A., 1910, 151-152. <<

[234] *Revista de Sanidad Militar Española y Americana*, del 10 de octubre de 1865, 535. «Práctica quirúrgica de los médicos militares españoles en la última guerra de África» (XI, conclusión), artículo firmado por Poggio. La segunda de las citas pertenece a una circular del inspector jefe de sanidad del Ejército de África. <<

[235] *Revista de Sanidad Militar Española y Extranjera*, del 10 de septiembre de 1865. «Práctica quirúrgica de los médicos militares españoles en la guerra de África», (XI continuación), artículo firmado por Poggio. A efectos puramente informativos, se señala que, según esta fuente, en Málaga ingresaron 1672 heridos; en el resto de Andalucía, 2248 y en Ceuta y Tetuán, 1074. <<

[236] *Atlas histórico y topográfico de la Guerra de África*, 1861, 8. <<

[237] *Memoria administrativa…*, 1862, 79 y 44. <<

[238] Población y Fernández, A., 1860, 226-232. <<

[239] Brugada y Ros, F., 1861, 46. <<

[240] Castillo, R. del, 1859, 563-564. Se han reproducido las cifras tal y como las enumera el autor. En los casos de Borbón y Toledo, especifica que incluyen a los contusos; solo para Navarra menciona «muertos y heridos»; en los demás se limita a mencionar «bajas». <<

[241] La relación dice «Baza», pero le adjudica el n.º 3, que corresponde a Barcelona. Además, más abajo facilita los datos de Baza, aunque con el número equivocado (14, en lugar de 12). <<

[242] Se da a este batallón su número correcto, 14. <<

[243] *Memoria administrativa*…, 1862, 82-83. Detalla los muertos unidad por unidad, incluyendo hasta los brigaderos y también los presidiarios, que tuvieron la muy elevada cifra de 95 muertos. <<

[244] Joly, A., 1910, 152. <<

[245] Gutiérrez Maturana, J., 1876, 54 y 173, respectivamente. <<

[246] *Memoria administrativa*…, 1862, 91. La obra está llena de datos interesantes. Por ejemplo, durante la campaña fallecieron 305 caballos y 1147 acémilas, lo que confirma la mala calidad de muchas de estas y el trato descuidado que se les dio. <<

[247] *Diario del Senado*, del 19 de diciembre de 1861, ya citado. Intervención del ministro de Estado. <<

[248] R. R. de M., 1860, 403. <<

[249] Ventosa, E., 1859, vol. II, 1140-1141. <<

[250] Martín Arrúe, F., 1915, 172. <<

[251] Maura Gamazo, G., 1905, 14. Es interesante que Hardman, F. (pág. 320) utilice también la expresión de «guerra quijotesca». <<

[252] Reparaz, G. de, 1907, 224. <<

[253] Lécuyer, M. C. y Serrano, C., 1976, 16. <<

[254] *La Discusión*, del 7 de junio de 1860. <<

[255] Como apunta Alarcón Caballero, J. A., 2001, 362, los 3,5 km^2 iniciales se ampliaban en 15. <<

[256] Remacha, J. R., 2001, *passim*. <<

[257] Ibo Alfaro, M., 1868, 88. La cursiva, en el original. <<

[258] Merry y Colom, F., 1894, 62. <<

[259] Ennasiri Esslaoui, A., 1907, 238. <<

[260] Maura Gamazo, G., 1905, 22. <<

[261] Cánovas del Castillo, A., 1860, 202 y 192, respectivamente. <<

[262] Cánovas del Castillo, A., 1883, 184-186. <<

[263] Becker, J., 1903, 80. <<

[264] Carr, R., 1969, 258. <<

[*] Las semblanzas de los militares marcados con este símbolo se encuentran en Ibo Alfaro, 1860, vol. I, 283-323 para Mackenna y vol. II pássim. para el resto. <<

[1] Las brigadas iban al mando de brigadieres; las divisiones, de mariscales de campo. <<

[2] El número de guardias civiles era igual en todos los cuerpos, por lo que no se citará en los demás. <<

[3] Datos del *Atlas histórico y topográfico de la Guerra de África*, completados con *Memoria sobre la organización…* Esta última obra (pág. 405) aporta información diferente sobre el despliegue artillero: I Cuerpo: tres compañías de montaña con 18 piezas; II, tres del 3.º montado de reserva con 12 y una de montaña con 6; III, dos compañías del 1.º montado y una del de montaña, con 14; reserva, tres del 2.º montado, con 12; caballería, tres de artillería a caballo con 12. <<

[*] Cuando el resto del I Cuerpo de Echagüe marche sobre Tetuán, la 1.ª División, con Gasset, el 1.º y el 2.º del Rey, el 1.º del Fijo de Ceuta; los Cazadores de Talavera, Mérida y las Navas; el escuadrón de Mallorca, disminuido; dos compañías del 1.º de Artillería Montada y una compañía de Ingenieros permanecerán en Ceuta. <<

[1] Incluye los efectivos que permanecerán con Gasset en Ceuta. <<

[*] La 1.ª División, con Gasset, el 1.º y el 2.º del Rey, el 1.º del Fijo de Ceuta; los Cazadores de Talavera, Mérida y las Navas; el escuadrón de Mallorca, disminuido; dos compañías del 1.º de Artillería Montada y una compañía de Ingenieros seguían en Ceuta. <<

[1] Incluye los efectivos en Ceuta. <<

[2] Sumaban 12 jefes, 71 oficiales y 2782 de tropa. <<

[3] Incluye los efectivos que quedaron en Ceuta, que sumarían alrededor de los 3000 hombres. <<

[1] Extraído de la «Historia de las Campañas de Marruecos» del Servicio Histórico Militar, 1947, vol. I, nota en las páginas 314-315. <<

[2] Había sido ascendido a mariscal de campo el 25, ver *Gaceta de Madrid*, del 27 de abril. <<

[3] Curiosamente, todas las fuentes consultadas, incluso las oficiales, califican de coraceros a Farnesio, cuando, obviamente, eran lanceros. <<

[4] Las mismas fuentes hablan «del» Regimiento Montado, como si solo hubiese uno. <<

[5] Más probable es que fuera Las Navas, que había estado en la zona todo el tiempo. Alcántara, en cambio, se había incorporado a las tropas de O'Donnell. <<

[*] Esta obra puede incluir *Crónica del Ejército y la Armada de África*, pero esta última también se encuentra encuadernada por separado. En cualquier caso, ambas tienen diferente numeración. <<